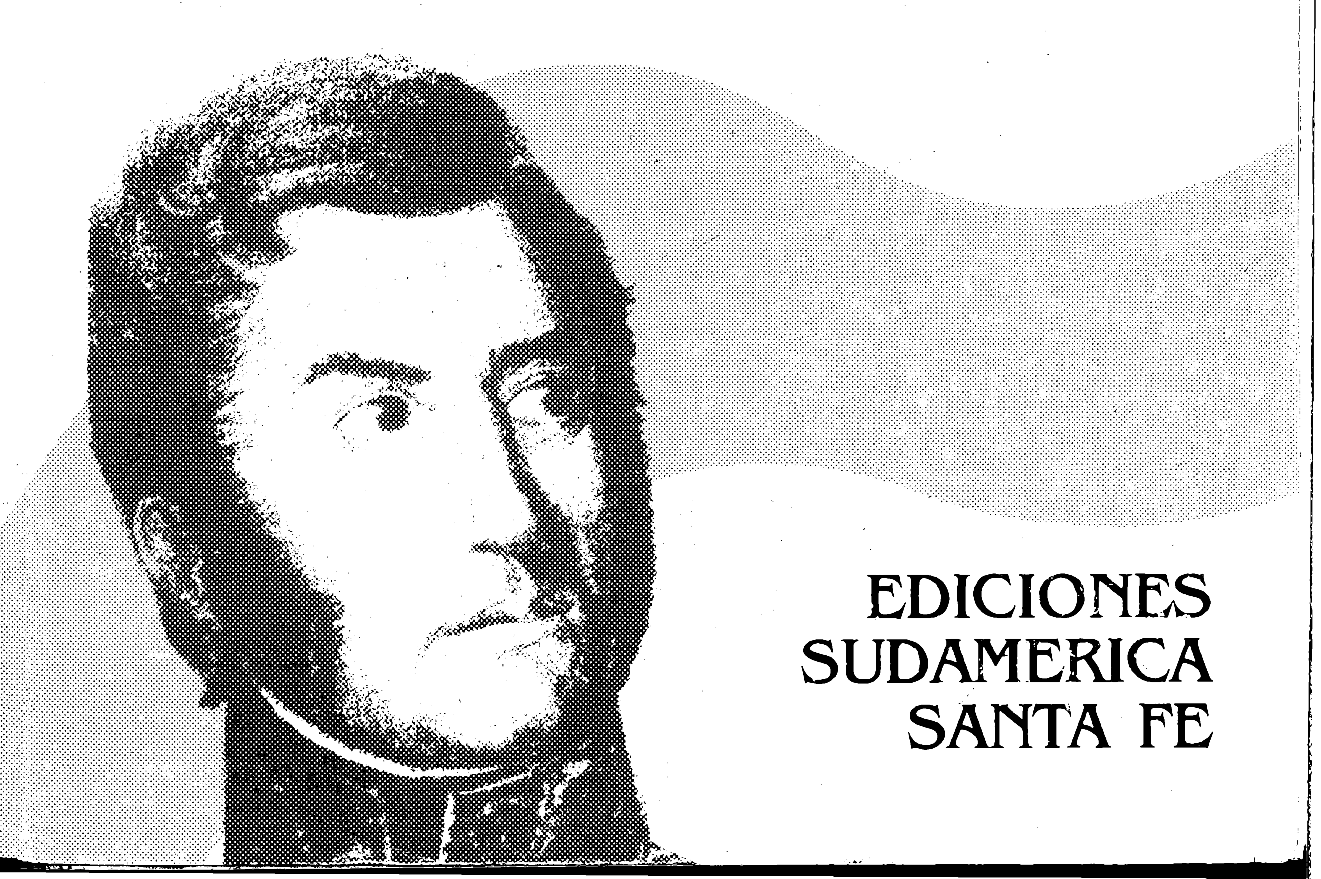
La Independencia de América y las sociedades secretas

Enrique de Gandía



EDICIONES SUDAMERICA SANTA FE



Enrique de Gandía

Enrique de Gandía pertenece a esos historiadores que acuciado por el conocimiento de los aspectos más originales de la historia americana y argentina investigó desde la historia colonial hasta el siglo presente, en sus aspectos singulares y poco conocidos en base a las fuentes históricas genuinas, archivos y museos.

Tuvo una evolución conceptual y metodológica en evolución ascendente propia para una investigación historiográfica de interés.

Nacido en Buenos Aires en 1906; fue entre los numerosos cargos que contó: subdirector del Museo de Arte Hispanoamericano "Isaac Fernández Blanco" y Conservador del Museo Histórico de la Ciudad de Buenos Aires "C. de Saavedra", ambos pertenecientes a la Municipalidad de Buenos Aires; además de Presidente del Instituto de Investigaciones Navales de la Armada Argentina. También Director de la Editorial Claridad; obteniendo numerosos premios por sus trabajos históricos; hispanistas, geográficos, numismáticos y genealógicos entre otros.

Ha sido rector, decano y profesor universitario. Es doctor *honoris causa* por cuatro Universidades.

Miembro de Número y Decano de la Academia Nacional de Historia. Presidente de la Asociación de Historiadores Argentinas.

Entre sus numerosas obras de las cuales sólo citamos algunas destacables que abarcan un tesoro de conocimientos pormenorizado de la época colonial argentina y americana: *Historia crítica de los mitos de la conquista de América* (1929); *Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay* (1931); *La Argentina: descripción histórico-geográfico* (1936); *Historia de los piratas en el Río de la Plata* (1936); en conjunto con Rómulo Zabala: *Historia de la ciudad de Buenos Aires* (1936/37); *El Río de la Plata desde sus orígenes hasta Hernandarias* (1937); *Primitivos navegantes vascos* (1942); *Notas a "La Argentina" de Ruiz Días de Guzmán* (1943) y *Problemas indígenas americanos* (1940).

Fue co-director y colaborador de *Historia de la Nación Argentina* (1940).

Posteriormente pasa al análisis de la historia de las ideas y de los conocimientos históricos; movimientos culturales y sociales con una concepción americanista: *Las ideas políticas de Mariano Moreno* (1946); *Introducción al estudio del conocimiento histórico* (1947); *Cultura y folklore de América* (1948); *La revisión de la historia argentina* (1953) y *El problema del petróleo argentino* (1988).

Actualmente vive en La Lucila (Prov. Bs. As. - Argentina).

Fuente: Quién es quién. Kraft Ed. Bs.As., 1959

Santa Fe, julio de 1994

La Independencia de América y las sociedades secretas

Enrique de Gandía

EDICIONES SUDAMERICA SANTA FE

Editado por:
EDICIONES SUDAMERICA SANTA FE
Salvador del Carril 949
Te: (042) 62626
3000 - Santa Fe

I.S.B.N.: 950-819-008-6
Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723.

Impreso en Argentina.
Diagramación y Composición Láser: LT Sistemas, Las Heras 4240 - Te: (042) 24678 - 3000 Santa Fe.
Impresión: Acosta Hnos., Belgrano 4029 - Te: (042) 20230 - 3000 Santa Fe.
Santa Fe, Julio de 1994.

"Siguiendo fielmente las ideas de mi venerado señor padre político, que no quiso en vida se hablase de sus vinculaciones con la masonería y demás sociedades secretas, considero debo abstenerme hacer uso de los documentos que poseo al respecto."

Mariano Balcarce
París, 30 de septiembre de 1860

INDICE

LA INDEPENDENCIA DE AMERICA Y LAS SOCIEDADES SECRETAS

PRESENTACION

EL PROBLEMA

Este libro es un libro polémico. Todas nuestras investigaciones históricas, desde hace más de setenta años, han sido polémicas. Nos tocó enfrentarnos con problemas históricos mal resueltos o sumidos en la oscuridad y tuvimos, desde antes de Colón hasta hechos de la actualidad, que disipar tinieblas y rectificar errores. No sabemos si en esta labor de esclarecimiento histórico, siempre en busca de la verdad, nos hemos equivocado o hemos sido injustos. Si lo fuimos, los historiadores del presente y del futuro se encargarán de demostrarlo. Muchos colegas han rehuído las polémicas. Tal vez hayan hecho bien. Las discusiones a menudo se convierten en personales. Quien sale perdiendo es la historia. La investigación, las rectificaciones, tienen por fin, como dijimos, encontrar la verdad. Ahora bien: la verdad nunca es absoluta. Podemos exceptuar las verdades matemáticas, de fechas, de hechos concretos, por no decir, materiales. Las verdades de concepto dependen de muchas influencias. Hace largo tiempo afirmamos que la historia imparcial no puede existir. Constantemente será parcial. Cada historiador tiene una cultura y unas ideas. La cultura es su información. Las ideas son sus principios, sus creencias. La erudición puede aumentarse. completarse, ser realmente iluminadora y llevar a conclusiones difícilmente objetables. Las ideas, aunque los hechos prueben lo contrario, es poco probable que se modifiquen. Hay un fanatismo religioso. Quien es víctima de este fanatismo vivirá y morirá en él y combatirá, aún a costa de malas artes, para hacerlo triunfar. Frente a este género de fanatismos están los fanáticos de la verdad. No es extraño que existan polémicas, en especial cuando los hechos parecen insolubles o se enturbian deliberadamente.

Algún lector se sorprenderá de estas convicciones y no creerá que puedan existir historiadores capaces de empeñarse en labores anticientíficas, es decir, contrarias al conocimiento, para hacer vencer una teoría. No obstante, la historia está llena de este casuismo sistemático, de intencionada persistencia científica en el error, para no reconocer una verdad. Ello ocurre cuando este reconocimiento hiere el amor propio de un estudioso o, lo que es peor, sus convencimientos ideológicos. Libros enteros hay destinados a sustentar mentiras o infamias, como hay otros libros que las refutan.

No vamos a traer ejemplos ni intentar una historiografía de los errores históricos y de las polémicas consiguientes. Sería penetrar en la historia universal y tomar partido, en favor o en contra, de teorías que aún no están resueltas, ni nadie sabe cuando se esclarecerán. Nos concretamos al caso y al tema de este libro: la vida de San Martín.

Mucho hemos admirado y amado su historia, desde nuestra juventud, en que, en Sevilla, en un café de la calle de las Sierpes, el eximio historiador José Pacífico Otero, tan perseguido

en su tiempo por haber sido fiel a un amor, y el autor de estas líneas, que concurría diariamente al Archivo General de Indias, de Sevilla, echamos las bases del Instituto Sanmartiniano que, poco después, empezó a tener vida histórica en Buenos Aires.

Desde entonces fuimos atraídos por múltiples estudios, pero la pasión sanmartiniana nunca nos abandonó. A medida que profundizábamos en la historia de la independencia hispanoamericana hallábamos en ella puntos inexplicables, teorías impropias, que los hechos desmentían. La amistad con el doctor José León Suárez, que empezó a ver las luchas que terminaron en la independencia como una inmensa guerra civil, nos hizo comprender muchas cosas. Más tarde, las conversaciones con otro amigo eminente, el doctor Ricardo Rojas, que vivía tan cerca de nuestra casa, nos llevó a otras deducciones. Las divergencias amistosas con otro maestro de la historia, el doctor Ricardo Levene, fueron otro estímulo para lanzarnos en otros rumbos. Por último, hallazgos felices de documentos no conocidos por los historiadores nos abrieron puertas nuevas. Y cuando nos dedicamos a prescindir de los grandes maestros del sanmartinismo y analizar, línea por línea, sin saltar palabra, toda la documentación referente a la vida de San Martín -labor de largos años- comprobamos que era preciso rectificar hechos fundamentales de la vida del Libertador que lo mostraban, con estas rectificaciones o iluminaciones, infinitamente más grande de lo que se suponía.

Al mismo tiempo fuimos interpretando realidades que los historiadores, principalmente europeos, descuidaron en forma difícil de disculpar. Los eminentes historiadores europeos, en particular no españoles, no comprendieron que la independencia de América fue uno de los hechos más extraordinarios de la historia humana. Hegel, que no fue historiador, a pesar de haber escrito una filosofía de la historia, cuyo único mérito es el de señalar la enorme diferencia que existía entre el despotismo de los paises orientales y el liberalismo de los occidentales, fue el que más profundamente ignoró América y, por tanto, la desdeñó. Sus continuadores no se dieron cuenta de que esta independencia marcó el fin de una época, en la historia del mundo, y el comienzo de otra época, muy diferente. Así como el descubrimiento del llamado Nuevo Mundo, tan antiguo en los geógrafos griegos como Ptolomeo y los cartógrafos medievales, dio al hombre el dominio del planeta y después del nacimiento de Cristo fue el hecho más extraordinario de la historia, la independencia de este Nuevo Mundo, impropiamente llamado América, significó la decadencia fulminante de las formas de gobierno absolutistas y monárquicas, y el nacimiento de los gobiernos de los pueblos, democráticos, republicanos, liberales. Fue el triunfo de los más puros ideales de la filosofía griega, del derecho romano y de la teología hispana. Representó el surgimiento de los derechos naturales del hombre, la realidad de la igualdad y libertad de los seres humanos, y la muerte de las tiranías políticas fundadas en el derecho divino de los reyes. Así pasó el poder a las manos de los representantes de los pueblos, bien o mal elegidos, pero siempre en nombre del pueblo.

Este cambio fundamental en la historia de las ideas políticas, en todos los tiempos y paises, coincidió con la guerra más increíble, también de todos los siglos: la guerra de dos mundos: el Viejo Mundo y el Nuevo Mundo: Europa y América. Hubo una Santa Alianza europea para sostener las formas de gobierno monárquicas y absolutistas y una Santa Alianza Americana para defender las nuevas formas de gobierno republicanas o monárquicas constitucionales y parlamentarias. El rey no importaba. Lo que importaba era la Libertad, los derechos naturales del hombre, la igualdad de todos los hombres, la desaparición de la esclavitud y de las trabas que, hasta entonces, se oponían a la libre manifestación del pensamiento.

El estudio de los orígenes de este cambio de la mentalidad humana es largo y duro. Muchas son las obras, notables algunas, que analizan esta evolución. No pocos libros hemos dedicado a estos temas. Ahora presentamos este volumen que se refiere a San Martín. No escribimos su vida, tan bien reconstruída por Mitre, por Otero y por otros historiadores. Explicamos algunos aspectos de esta vida que han sido soslayados por algunos estudiosos o mal interpretados por otros. Estos aspectos perdidos en la historia, olvidados por ignorancia o por calculados propósitos, hacen comprender realidades y verdades que nos muestran a San Martín muy superior a lo que generalmente se ha enseñado. Piénsese que él y Bolívar son los campeones máximos, las cabezas visibles y los protagonistas indiscutibles de esa guerra de dos mundos en el campo americano. En el campo europeo había otros hombres: el zar de Rusia, los reyes de Austria, de Prusia, de Francia, de España y otros menores: todos manejados por el príncipe de Meternich, que veían con terror los triunfos militares de San Martín y de Bolívar y un continente libre, infinitamente más grande que toda Europa, en el cual iban a imponerse la libertad, el republicanismo, la democracia, la igualdad de todos los hombres.

En esta lucha no estuvo ausente nuestra religión católica. Al decir nuestra religión nos referimos a la política clerical o vaticana de aquellos años. Nadie atacaba los dogmas. Ninguna herejía se perfilaba. La fe en Dios y en Cristo era más inconmovible que hoy en día. Pero la Iglesia estaba unida a la monarquía. El trono y el altar habían formado una fuerte alianza. Atacar a uno era atacar al otro. La inquisición, que hoy hace palidecer, estaba en gran fuerza. Los defensores de la libertad, de los derechos naturales del hombre, del autogobierno de los pueblos, no ofendían a la Iglesia, pero la Iglesia los condenaba porque, a su vez, sostenía los tronos. Y es aquí donde comienzan las polémicas. Los historiadores se dividen entre quienes admiten y reconocen estos hechos y los que los niegan y responden con otras afirmaciones. Estamos en plena polémica y esta polémica se torna más aguda y traerá mayores disgustos a quienes intervengan en ella si pronunciamos una palabra prohibida: masonería.

Es así como llegamos a la culminación de esta polémica o este debate entre dos bandos difíciles de conciliar. Cada bando está seguro de hallarse en la plena verdad. Cada bando exhibe sus documentos y sus interpretaciones. Nosotros no interpretamos: ponemos los papeles sobre la mesa. Sabemos lo que nos traerá este libro. Estamos al final de nuestra vida y no escuchamos a quienes nos aconsejan que no digamos lo que vamos a decir. Diremos

la verdad. Es una verdad que sale brillante de la historia y enaltece a San Martín. No defendemos la masonería, ni la atacamos. No hemos sido ni seremos masones, como no pertenecemos a otras sociedades que no sean históricas. Estudiamos la masonería como estudiamos otros círculos secretos que movieron la política europea en el siglo decimonono. Es preciso penetrar en la vida, más o menos oculta, de estos grupos políticos para comprender la lucha que existió y dio origen al mundo moderno, actual, entre quienes defendían viejas formas políticas monárquicas, absolutistas, y quienes anhelaban el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo. No somos fanáticos del populismo, aunque reconocemos, como es elemental, sus derechos y sus obligaciones. Creemos en dictaduras salvadoras, momentáneas, cuando el gobierno del pueblo cae en manos de los peores y no de los mejores. es el pensamiento de San Martín y de Bolívar, de Aristóteles, que llamó oclocracia al gobierno de los peores, y de los grandes teólogos de la escuela tomista. Por ello hemos tenido ideales políticos, a menudo en oposición a partidos políticos de nuestra patria, y nunca hemos formado parte de ningún partido. En todos hemos hallado defectos y, en consecuencia, nos hemos consagrado a la historia pura, a la comprensión de la vida en su eterno y estéril lucha por la conquista de la felicidad.

En la biografía de San Martín y en la independencia de América, la masonería ha tenido una enorme importancia. No sostenemos la tesis, errónea, de que la masonería hizo la independencia de América. La independencia llegó por otras causas que hemos analizado y expuesto en otros libros. La masonería sirvió de guía en algunos instantes, por no decir en todos, de la vida de San Martín. Y la vemos en otros instantes, trascendentalmente, de la guerra civil hispanoamericana que terminó en la independencia absoluta. Es por estas razones que es preciso, obligatorio, saber qué parte tuvo la masonería en la vida de San Martín y, principalísimamente, sobre qué era la masonería. Aquí aumentan las polémicas. Muchos son los estudiosos que hablan de la masonería sin saber qué era la masonería. Hemos profundizado este punto y ofrecemos síntesis que creemos útiles. Al toro, decían los españoles, hay que tomarlo por las astas. Nuestras raíces hispanas nos dan este consejo. Tomaremos la masonería por las astas y diremos lo que creemos verdad. Si alguien demuestra que estamos equivocados, mucho se lo agradeceremos y modificaremos nuestras ideas. El no ser masones no creemos que impida conocer a fondo la masonería. Nunca tuvo secretos, salvo los imaginarios, y los archivos y las bibliotecas están abiertas a quienes quieren penetrar en sus salas. En cambio están cerradas, no se sabe hasta cuando, algunas secciones del archivo secreto del Vaticano. No hay que rehuir a ciertos temas. Hay que analizarlos, profundizarlos, alcanzar en ellos la verdad. es así como empezaremos por dar una síntesis de lo que fue la masonería en el siglo XVIII y comienzos del XIX, cuando actuó San Martín. Y seguiremos a nuestro héroe máximo a través del breve tiempo en que salvó la independencia hispanoamericana y tuvo, junto con Bolívar, los mayores ideales de la historia política moderna y fue obligado a abandonar ese pueblo y ese continente por el cual tanto luchó y tanto soñó.

PRIMERA PARTE

LA MASONERIA EN EUROPA, EN ESPAÑA Y EN LA ARGENTINA

I

ORIGENES DE LA MASONERIA

La historia de la masonería es la más controvertida de las historias. En ella han intervenido eruditos ilustres y charlatanes vulgares. No hay una historia en la cual se haya mentido tanto, fantaseado, calumniado e infamado, como en la de la masonería. Es un tema irritante. En él chocan la sana ilustración, de hombres eruditos e imparciales, y la ignorancia de fanáticos recalcitrantes. Algunos historiadores, conocidos por su intolerancia, llegan al extremo, como si fuera un voto, de no escribir la palabra masonería ni mencionar nada que se relacione con ella. Otros lo hacen basados en obras cargadas de errores y embustes. Las más peligrosas, por sus desconocimientos, son las de los propios masones que llevan los orígenes de su institución al Hiram bíblico, amigo de Salomón, a los constructores de las pirámides y al mismo Jesucristo. Los sueños, en este sentido, son innumerables e indignos de ser recordados. En 1926, Augusto Wolfstieg mencionó más de cincuenta mil títulos en su bibliografía de la literatura masónica publicada en Burg. Desde entonces, el número de publicaciones, en todo el mundo ha crecido enormemente. Es imposible, por tanto, analizar la bibliografía universal para conocer un problema que puede resolverse acudiendo directamente a las fuentes.

Esta labor de investigación directa la han realizado algunos historiadores ilustres, investigadores serios que exiben los documentos incuestionables y definitivos. En la Argentina, campo de nuestro interés y especialidad, hay que citar a Juan María Gutierrez, del siglo decimonono, que aportó documentos concluyentes acerca de los orígenes de la masonería en nuestro país. En nuestro tiempo es obligatorio consultar las obras, definitivas y admirablemente documentadas, del eminente jesuita José A. Ferrer Benimeli. Vamos a seguir, en este breve resumen de los orígenes y la expansión de la masonería en Europa, su extraordinario libro *Los archivos secretos vaticanos y la masonería* publicado por la Universidad Católica Andrés Bello, de la ciudad de Caracas, en 1976. A este libro, fundamental, hay que agregar otros estudios de Ferrer Benimelli, como *Los católicos y la masonería*, Madrid, Vida Nueva, 1975, y *La masonería después del Concilio*, Barcelona, 1968. No vamos a extendernos sobre lo que ya ha sido escrito y muy bien probado acerca de los orígenes de la masonería. Era

el gremio de los albañiles y picapedreros de Estrasburgo que prolongó las sociedades de obreros de la Edad Media. Hoy se conoce, desde el 1936, los manuscritos de los siglos XIV y XV que se refieren a las hermandades de albañiles y constructores de esos tiempos. Hay estatutos de picapedreros de 1459. Los masones contaban con la protección del Papa y de la Iglesia. Cada cofradía tenía sus reglas y ceremonias de iniciación. Los neófitos juraban sobre los Evangelios, la escuadra y el compás, obedecer lo que ordenase la cofradía y mantener un secreto perfecto de todo lo que aprendiesen en la logia. Ferrer Benimeli cita un manuscrito de Edimburgo, de 1696, que trae la fórmula del juramento: "Juro por Dios y por San Juan, por la escuadra y el compás, someterme al juicio de todos, trabajar al servicio de mi maestro en la honorable Logia, del lunes por la mañana al sábado, y guardar las llaves, bajo la pena de que me sea arrancada la lengua a través del mentón y de ser enterrado bajo las olas, allá donde ningún hombre lo sabrá". Es, palabras más o menos, la fórmula que usaron los masones y usan en la actualidad. Se sabe, desde 1459, en que los masones o miembros de estas cofradías de albañiles, juraban también "En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, de la bienaventurada Virgen María, así como de sus bienaventurados siervos, los Cuatro Santos Coronados a su memoria eterna".

Es, por tanto, absurda la leyenda que vincula los masones a los judíos y que los presenta como enemigos de la Iglesia Católica. La masonería de los constructores de catedrales, llamada operativa, se fue transformando en especulativa con la admisión de personalidades que no eran precisamente albañiles o constructores, sino matemáticos, abogados, médicos, etc.. Estos ingresos comenzaron en 1646 y fueron reglamentados en 1703. En este año se resolvió que los privilegios de masonería se extendieran a los obreros constructores y a las personas de todas clases que quisieran tomar parte en los trabajos. Esta logia reunía otras cuatro logias anteriores. El 24 de junio de 1717, día de San Juan Bautista, se eligió Gran Maestre de la Orden al gentleman Antony Sayer. Las denominaciones técnicas empezaron a tener sentidos simbólicos. La construcción fue dejada a los trabajadores de oficio y surgió una masonería especulativa. La Gran Logia podía crear otras logias. Dos pastores protestantes, el doctor John Teóphilo Desaguliers y el doctor James Anderson, redactaron las Constituciones que, desde entonces, se llamaron Constituciones de Anderson. Era el año 1723. Estaba prohibido admitir ateos o irreligiosos. No se podía discutir de religión ni de política. Los masones debían ser hombres buenos y de honor. La masonería era un centro de unión que conciliaba una verdadera amistad. Todos reconocían un Gran Arquitecto del Universo en una catedral que era la Humanidad. No había distinciones de clases, religiones ni políticas. La libertad de pensamiento era la de Locke en su *Gobierno civil.* Católicos y protestantes convivían armoniosamente.

El problema religioso era agudo en Inglaterra. Anglicanos, Luteranos y Calvinistas se combatían entre sí. Los presbiterianos de Escocia no se avenían con los anglicanos ingleses. Irlanda seguía católica. Los congregacionistas se subdividían en baptistas y anabaptistas, unitarios, armonianos y brownianos. No faltaban unos independientes entre los cuales se hallaba

John Milton con su *Paraíso perdido.* No es extraño que un protestante convertido al anglicanismo como Desaguiliers y un presbiteriano como Anderson redactaran las primeras constituciones de la masonería que hacían convivir en paz y amor a católicos, puritanos y toda suerte de enemigos del Papa. Estaban unidos por el Gran Arquitecto del Universo. Por ello no se admitían ateos en la masonería. Lo fundamental era que los masones fueran cristianos.

La masonería se fue extendiendo. En todas partes los masones juraban, especialmente a mediados del siglo XVIII, ser fieles a Dios, a la religión que profesaban, al soberano del que eran súbditos, a su patria y a sus hermanos. También juraban no revelar los secretos que conociesen en la masonería bajo la pena de que les fuese arrancada la lengua, su corazón desgarrado, su cuerpo quemado, reducido a cenizas y arrojado al mar o al viento.

Este juramento, tan terrible y solemne, fue lo que, andando el tiempo, perdió a la masonería. Veremos cómo ocurrió. Entre tanto, en el estudio de sus orígenes no se descubre una palabra, una intención, de la masonería en contra de la existencia de Dios, ni de ninguna religión, ni del Estado del cual dependía, ni ningún género de maldad. Las fórmulas de los juramentos, en tantos paises y en tantos años, no hacen más que confirmar lo que decimos. El Gran Dios, Supremo Arquitecto del Universo, debía unir a todos los hombres, por el amor y la amistad, sin distinciones de razas, de religiones, de riqueza, ni de condición social. Todos podían afiliarse a esta sociedad de hombres puros, que se consideraban hermanos, que eran fieles a su religión y a su rey, y sólo buscaban la libertad, la igualdad y la fraternidad. El secreto que se hacía jurar era una tradición de los picapedreros y albañiles que deseaban conservar el conocimiento de sus profesiones, o sea, de su sustento. No había otros secretos. Nadie jamás los ha encontrado y todo lo que se ha dicho, en miles de obras, no es más que fantasía y mentira. Los masones, como dijo José de Maistre, juraban un secreto que no existía.

Los testimonios conocidos -y Ferrer Benimeli ha recogido muchísimos- demuestran que la masonería era una sociedad que defendía la libertad y la igualdad de los seres humanos, anhelaba su felicidad y bienestar y enaltecería las virtudes. En sus reuniones estaba prohibido hablar de religión y de política. Sus miembros debían ser fieles a su Dios y a su rey. Si a su lado, por imitación, se crearon sociedades místicas, pietistas, cabalísticas, iluministas y políticas, no es culpa de la masonería, sino de charlatanes que buscaban intereses personales o de grupos o eran unos simples fanáticos. En los últimos decenios del siglo XVIII se multiplicaron estas sectas o sociedades teosóficas y aventureras que nada tenían que ver con la masonería y que sería un grueso error confundir o mezclar con ella. La masonería inglesa se dividió en dos ramas: la propiamente inglesa y la escocesa, en 1735. La masonería inglesa clasificaba a sus miembros en aprendices, compañeros y maestros. Seguían una línea filantrópica y cultural. La escocesa suponía descender de los monjes templarios, lo cual era una fantasía, pero recordaba el crimen que habían cometido con esos monjes el rey Felipe el Hermoso y el Papa Clemente V. No nos perdemos en los vericuetos de otras sociedades místicas y teosóficas, como

los iluminados bávaros, que a fines del siglo XVIII entraban en política y dieron mucho que hablar. Hasta se dijo que influyeron en la revolución de 1789. Nadie ha podido probarlo.

Lo indudable es que la masonería se subdividió en el siglo XVIII en muchas masonerías paralelas e independientes. Algunas naciones tuvieron su propia masonería, totalmente separada de las otras. Así se desviaron en sus ideas y no pocas se combatieron entre sí. Es por esta razón y, principalmente, por el secreto que existía en ellas, que los gobiernos se inquietaron por sus posibles intenciones y no vieron con buenos ojos su espíritu de confraternidad, igualdad y libertad. No concebían que una misma sociedad convivieran un noble y un plebeyo, un rico y un pobre, un hombre culto y otro ignorante, que todos estuvieran unidos por su amor a la libertad y a la igualdad y que, además, tuvieran un secreto que les estaba terriblemente prohibido revelar. Las persecuciones, con este motivo, comenzaron en Inglaterra desde el siglo XVIII. Al mismo tiempo ingresaban en la masonería personas de primera fila en la alta nobleza y en las finanzas.

La primera persecución contra la masonería moderna fue hecha en Holanda en 1735, por los protestantes. A los dos años, la masonería fue prohibida en Ginebra, también por los protestantes. Lo mismo ocurrió en Francia, donde el rey se opuso a esta sociedad que habían fundado los católicos partidarios de los Estuardos. Era el cardenal de Fleury quien temía que se conspirase en su contra. Muchas sociedades y clubes que trataban temas políticos fueron desbaratados. El cardenal Fleury recelaba de la política, no de los ataques a la religión, que no existían. No debe sorprender que en ese mismo año de 1757 y en el siguiente de 1738 hubiera decretos en contra de la masonería del Príncipe elector del Palatinato, del magistrado de Hamburgo y del rey de Suecia. En 1736 había comenzado a inquietarse el Santo Oficio de Roma. La masonería había nacido en Italia en la ciudad de Florencia en 1733, por obra de ingleses. La inquisición se alarmó por su secreto y el Gran Duque de Toscana se apresuró a condenarla en 1737. La república de Luca tenía como gran duque a Francisco de Lorena, masón desde 1731, en La Haya. En Florencia, en 1738, había ciento cincuenta y dos iglesias y ochenta y nueve conventos con cuatro mil ochocientos cincuenta y ocho eclesíasticos. La influencia de la Iglesia era poderosa. La inquisición había disminuido, en cambio, su autoridad. La masonería contaba con las personalidades más destacadas de la ciudad, muchos eclesiásticos y frailes. Su influencia era superior a la de la inquisición.

Este choque de poderes ha sido analizado por diversos autores, con la documentación de la época, y resumido por Ferrer Benimeli. Entre los masones había un erudito prusiano, numismático y anticuario, que no simpatizaba con el clero y aparecía como un incrédulo. En Roma vivía el Papa Clemente XII, enfermo de gota, con una hernia monstruosa, siempre en cama, ciego desde el 1732 y dominado por sus parientes, los Orsini. Lorenzo Orsini, o sea, Clemente XII era dirigido por el cardenal Neri Orsini, su sobrino, hombre de escasos méritos intelectuales y enorme ambición de poder.

II

EL PAPA CLEMENTE XII Y LA BULA DE EXCOMUNION A LOS MASONES

El Papa Clemente XII, con sus ochenta y seis años, fue obligado a dar una bula en contra de la masonería, apenas visible, que existía en Roma, el 28 de abril de 1738. Los Líberi Muratori fueron prohibidos y excomulgados. Todavía en la actualidad, el Vaticano no permite consultar el Archivo del Santo Oficio a ningún historiador, sea civil o religioso. El temor a que se descubran secretos de la inquisición que no harían bien a la Iglesia obliga a esta decisión que nadie sabe cuándo terminará. El hecho es que los masones, sospechosos de quietistas o epicureos -no eran ni una ni otra cosa- quedaron fuera del catolicismo. El autor de estas calumnias era, principalmente, el asesor del Santo Oficio, monseñor Ferroni, hombre sumamente mediocre según los testimonios de la época.

La bula *In eminentis,* de Clemente XII, que excomulgó a los masones el 28 de abril de 1738, no contiene ninguna causación seria en contra de ellos. Dice que quienes se alistan en la masonería se contaminan "con el sello de la perversión y de la maldad" y no están "en armonía con las leyes civiles y canónicas". Además, había "otras causas justas y razonables conocidas de Nos", con lo cual se ignora qué motivos reales hubo para condenar a los masones. Se ha sospechado que por su catolicismo y ser partidarios de los Estuardos, católicos, vencidos por los protestantes de la dinastía de los Hannover, que reinaban en Inglaterra, el Papa y sus consejeros desearon favorecer al rey de Gran Bretaña y por ello tomaron esa decisión. Otros autores creen, con más razón, que todo dependió del temor al secreto que, con tanta severidad, se imponía en la masonería y que nadie conocía por la sencilla razón de que no existía. No agradaba, tampoco, que en una misma sociedad se uniesen hombres de diversas religiones y clases sociales. La igualdad, la libertad de pensamiento, la tolerancia recíproca, no habían gustado a los gobiernos que se habían adelantado a condenar la masonería. Era, como fue más tarde con otras fuerzas políticas, el comienzo de una lucha entre la libertad y la antilibertad. La condenación de la masonería no fue hecha por verdaderos teólogos, sino para satisfacer a otros gobiernos y tener supremacía en Florencia. En esta ciudad, la inquisición había perdido su vieja autoridad.

No se habló de ninguna herejía ni se señaló punto contrario a la religión católica. En Inglaterra y en Irlanda, la masonería protegía a los católicos.

En 1729 había sido gran maestro Tomás, duque de Norfolk, un perfecto católico.

La bula de Clemente XII, que excomulgaba a los masones, no fue tenida en cuenta en Francia por Luis XV que había prohibido la masonería. Recuerda Ferrer Benimeli que la pena de excomunión no aterrorizaba como en otros tiempos. Eran excomulgados, por ejemplo, quienes orinaban en unas paredes de las catedrales de Salamanca y de Tortosa, quienes se divirtiesen en las cencerradas que se hacían a un viudo que se casaba con una joven y quien sacase sin permiso un libro de una biblioteca. En Parlamento francés no registró la bula de Clemente XII ni fue promulgada.

En Portugal, donde había, desde el 1727, una logia de católicos y otra de protestantes, todas las averiguaciones demostraron que los masones no tocaban temas religiosos ni políticos y obedecían las decisiones de Roma. Las reuniones tenían por fin comer bien, beber discretamente y bailar con alegría. Era lo que se hacía en todas las logias. En una logia portuguesa había tres religiosos dominicos irlandeses. Los judíos estaban excluídos. En cuanto al juramento de que, en caso de revelar los secretos de la masonería, se le arrancaría la lengua a quien lo hiciese, y también el corazón, todos los masones que declararon dijeron que nunca se había hecho ni pensado hacer y no pasaba de una fórmula que hacía reír. El secreto protegía a los masones que fuesen ayudados por alguna necesidad económica o de honra. todo lo que dijesen nunca sería revelado. Las señas secretas servían para darse a conocer en otras ciudades y paises donde existiesen logias.

La bula de Clemente XII fue promulgada en 1738 en España por el inquisidor mayor; en los Paises Bajos por Carlos VI; en Venecia, en Florencia y en Irlanda; en 1739, en los Estados Pontificios. En todas partes se exponía la "sospecha de herejía y sedición", pero no se exhibía ninguna prueba.

En Florencia, el poder supraestatal de Roma trataba de imponerse sobre el gran duque Francisco de Lorena. Para ello persiguió al erudito barón Stosch, que, según muchos testimonios, era un incrédulo y nada aficionado a las buenas costumbres; a profesores de la Universidad de Pisa y al doctor Tomás Crudeli, todos masones. El gran duque se defendía, pues sabía que Roma quería llevar el comercio al puerto en Ancona y disminuir el de Livorno. La inquisición procedía, en algunos casos, en forma que indignaba. En Siena, por ejemplo, el conciliar de la inquisición, fray Cimino, hizo encarcelar al marido de su amante. El doctor Crudeli fue aprisionado el 9 de mayo de 1739 y sometido a tormento, sin ninguna razón, para que la inquisición demostrase su poder, anulase la Universidad de Pisa y arruinase el puerto de Livorno que, con la liberalidad del gran duque de Toscano, se había convertido en el primero de Italia. Crudeli no tenía más delito que enseñar la lengua italiana a los ingleses y ser masón. La inquisición trataba de aumentar su autoridad en toscana para convertirla en un Estado pobre e ignorante como había hecho con el resto de Italia. El gran duque se resistió, hasta que, en 1782, abolió la inquisición. En proceso a Crudeli puso en

.claro que cuando un masón era recibido veía una antorcha en el piso, "en un círculo hecho con yeso, en cuyo centro estaba escrita la palabra Matemático". Esto nos recuerda las alusiones a las matemáticas y academias de matemáticas que se usaban en la Argentina para designar a la masonería. En otra confesión se alude a la palabra Geometría y se refiere a que, una vez hecho el juramento, el nuevo masón veía la figura del sol en medio de un rectángulo que representaba los cuatro puntos cardinales "y todos los miembros unidos forman círculo alrededor de dicha figura. El Gran Maestre está colocado en la parte del Oriente contemplando la cadena ..." Esta mención de la cadena explica los dos 0-0 de la logia chilena a la cual pertenecía San Martín. Los dos círculos con una línea que los une son la figuración de una cadena masónica.

En la logia del doctor Crudeli había varios abates, zapateros, médicos y hombres de otros oficios, todos "hombres de bien". Se ayudaban recíprocamente. Un sacerdote acusó al doctor Crudeli de haber dicho, años antes, que la teología escolástica "era inútil, superflua, quimérica y que contenía cosas falsas". Del Santo Oficio había declarado que era injusto, aceptaba acusaciones y no concedía defensa a los acusados. Un hermano de Crudeli reveló que leía libros prohibidos. La prisión de Crudeli fue dura y, sobre todo, injusta. Crudeli estaba tuberculoso. Algunos testigos se retractaron y confesaron que lo habían acusado para satisfacer al Santo Oficio. A los quince meses de iniciado el proceso, Crudeli fue condenado a vivir en su casa, en un lugar extremadamente frío, y a dejar una fianza de mil escudos. El gran duque exigió que dos comisarios suyos tomaran parte en los procesos del Santo Oficio. El inquisidor que había perseguido al doctor Crudeli fue trasladado y el condenado fue indultado en abril de 1741, después de haber sufrido dos años de prisión. Ferrer Benimeli recuerda que fue la última víctima de la inquisición en la Toscana.

Próspero Lambertini, nacido en 1740, fue elegido Papa a la muerte de Clemente XII con el nombre de Benedicto XIV. En su pontificado, la masonería sufrió nuevas persecuciones. Un sabio erudito, tan estimado y conocido, como el historiador Ludovico Antonio Muratori, fue acusado de pertenecer a la masonería por la Universidad de Salzburgo. La calumnia nació del significado de su apellido. La masonería fue prohibida en 1740 por el Gran Maestre de la Orden de malta. El obispo de Marsella, Henri-Francois-Xavier de Belsunce de Castelmorón fue el primer obispo francés que condenó la masonería en 1742. Lo mismo hizo el intendente de Burdeos. En 1742 también se fundó la primera logia de Viena. Pertenecían a la masonería hombres eminentes, como el príncipe-obispo de Breslau, el obispo de Olmitz y el Gran duque de Toscana, Francisco de Lorena, marido de María Teresa. Algunos sacerdotes alegaban que la excomunión no tenía valor porque el Papa estaba mal informado.

En Portugal, la inquisición se dedicó a perseguir a la masonería sin saber de qué se trataba, por obediencia al papa. No se descubrió ningún indicio contrario a la religión. Sólo

se confirmaron los juramentos y las ceremonias acostumbradas. Nada se hablaba de religión ni en contra del Estado. Los masones se reunían para divertirse, comer y beber, siempre con moderación. Jamás se pudo probar lo contrario. Existía el principio de ayudarse recíprocamente en cualquier país en que se encontrasen. Por ello tenían signos secretos y prestaban el juramento de no revelarlo. Los tormentos no arrancaron otras confesiones. Los condenados debían jurar que no revelarían lo que se les había dicho y hecho en la inquisición. Además debían pagar los gastos de su manutención y del proceso. Los masones solían usar cintas azules, color que tomaron muchas banderas hispanoamericanas. En 1744, en Ginebra, las autoridades prohibieron la masonería porque las sociedades secretas podían ser peligrosas aunque nada hiciesen en contra de la religión y de las leyes. Los documentos masónicos que se iban descubriendo confirmaban el principio de que todos los hombres nacidos iguales, eran hermanos y debían estar unidos por la paz y la caridad. Los cristianos podían unirse aunque discrepasen en cuestiones teológicas. No podían pertenecer a la masonería los que no creían en Cristo, como los judíos y los musulmanes. En 1748 fue el sultán de Constantinopla quien prohibió la masonería en todos sus Estados. No toleraba el secreto que mantenían los francmasones. En España, los masones fueron denunciados en Toledo a la inquisición. en Nápoles, el jesuita Padre Francisco Pepe influyó ante el Papa Benedicto XIV para que publicara una nueva bula Providas en contra de la masonería el 18 de mayo de 1751. Al frente de la masonería se hallaba en Nápoles el príncipe de San Severo. Los masones eran acusados de unirse a gentes de otras religiones y tener secretos que las autoridades no conocían. Para colmo, el propio Papa Lambertini fue creído un masón disfrazado. Muchos autores sostienen que Benedicto XIV fue masón, iniciado en una logia de Boloña. Ferrer Benimeli no cree en esta afirmación.

Las calumnias contra la masonería aumentaron. Por el hecho de reunirse católicos y protestantes, y hombres de distintas sectas cristianas se les acusó de ser demasiado tolerantes con los herejes y marchar hacia el ateísmo. Sus signos eran mágicos y tenían correspondencia con el infierno. Violaban los derechos de la soberanía y se entregaban a la crápula. El dominico Gregorio Rocco y el jesuita Francisco Pepe fueron los más activos perseguidores. Por otra parte, el jesuita Pepe era considerado un "terrible impostor" que engañaba a medio mundo, empezando por el rey de Nápoles, "uno de los grandes bribones de la Compañía, que había tomado un tal ascendiente sobre el espíritu del pueblo que inclinaba la autoridad del rey y podía a menudo obligarle a doblegarse". Se hacía besar la mano por el propio rey.

En gran parte de Europa, los Estados absolutistas no toleraban que existiesen sociedades secretas cuyos fines no podían conocer. España tuvo en el jesuita Francisco de Rávago, confesor del rey Fernando VI, otro enemigo de la masonería. Su influencia era enorme, pues intervenía en los negocios de Estado como si fuera un ministro. Enemigo de Roma, regalista

por principio, presentó al rey, en junio de 1751, un memorial en contra de los masones basado en fantasías y calumnias. A su juicio, en España había cuatro millones de masones que él reducía a medio millón. Esta gente habría estado al servicio del rey de Prusia, el cual se proponía conquistar el mundo con unos millones de masones que eran la mejor gente de todos los paises. Además, estaban ayudados por la astucia del demonio. Fernando VI no tardó en dar un decreto que prohibía la masonería el 2 de julio de 1751. El motivo era no saber el rey qué trataban los masones en sus reuniones. Por este tiempo, nada se sabía de la masonería en América.

Los historiadores de La masonería de la Argentina discuten el carácter masón de la Logia de Cádiz en la cual actuaron hombres como el futuro general José de San Martín, Carlos de Alvear y otros que pasaron luego a Londres y fundaron la Logia que, durante largo tiempo, se creyó organizada por Francisco de Miranda. Nosotros demostramos que no fue Miranda el fundador, sino Alvear, San Martín y sus compañeros, todo esto en 1812. Ahora vamos a recordar un antecedente muy valioso que trae el eminente Ferrer Benimeli. Cita la importante obra del jesuita Hervés y Panduro, *Causas de la Revolución de la Francia* (Madrid, 1807, Tomo I, páginas 400-401), en la cual refiere que la prohibición de 1751 provenía "de haber avisado el embajador español en Viena que hasta el año 1748 en una logia alemana se había hallado un manuscrito intitulado *Antorcha resplandeciente*, en que se anotaban las logias de otras partes, y entre ellas se nombraban las de Cádiz, en donde había ochocientos francmasones".

Ferrer Benimeli declara que la obra *Antorcha resplandeciente* todavía no ha sido encontrada, por lo cual debe tratarse de una leyenda. Todo es posible; pero lo que hace meditar es que hay una afirmación, en 1807, que habla de ochocientos masones en Cádiz en 1751. La cifra puede ser equivocada y tratarse de mucha menos gente. No hay pruebas para decidirlo. Lo cierto es que Cádiz, tal vez desde mediados del siglo XVIII, era un centro de masones. No olvidemos que O'Higgins confesó haber formado parte de una sociedad secreta en Cádiz en 1802. La masonería era masonería y existía en Cádiz desde la segunda mitad del siglo XVIII. El mismo Hervés y Panduro, en otra cita de Ferrer Benimeli, recuerda que en 1751 "había francmasones ministros y oficiales de las Secretarías de Estado, y estos procuraban hacer ridículo y despreciable el secreto de querer los francmasones conspirar contra la Religión y el Trono. Los ministros que no eran francmasones temían a éstos o de ellos dependían en sus ascensos".

Un franciscano que calumnió pavorosamente a la masonería fue el Padre Joseph Torrubia, traductor de una obra de Pedro María Justiniani, obispo de Veintimilla, titulada *Centinela contra francmasones*, de 1752. En ella se acusa a los masones de ateos y hasta de sodomitas. Son una máquina destinada a destruir la religión y mudar el gobierno, desprecian los sacramentos, la excomunión y la Iglesia, etcétera. No seguimos con las fábulas de este

embustero. Ningún autor serio las creyó. Es posible que hoy las admitan los ignorantes de turno. Un sabio erudito como el Padre Fray Jerónimo Feijóo y Montenegro, en la décima sexta de sus Cartas Eruditas y curiosas, censuró en 1753 la obra del franciscano Torrubia y deshizo sus calumnias. También anuló las infamias de otro libro escrito por el Padre Fray Juan de la Madre de Dios. Se trataba de cuentos para niños y viejas en las noches de invierno. Por ejemplo: los iniciados bebían un horrendo brebaje que les impedía referir lo que habían hecho y visto en las logias.

El imperio de Austria-Hungría no dio el exequator a la bula *Próvidas*. En cambio fue aceptada en el Gran Ducado de Baden. Francia tampoco dio entrada a la bula y sólo la publicó el arzobispo del enclave de Avignon. La masonería lograba mantenerse por las excelentes personas que la componían. Al mismo tiempo se trató que el día de San Juan los masones no concurriesen a la misa, como en el pueblo de Chatellerault. En Estocolmo, en 1753, los masones fundaron una casa para niños abandonados. En España, en 1755, la masonería fue atacada por un padre Antonio Lobos o Bonal con acusaciones propias de un demente. Por ello no fueron tenidas en cuenta. Sin embargo fue prohibida en los edictos de la fe que se publicaban en cuaresma. En Cádiz se delataron en 1756 algunos masones. Eran, en su mayoría, franceses. José A. Ferrer Benimeli, en su *masonería e Inquisición en Latinoamérica* durante el siglo XVIII (Caracas, 1973) ha hecho conocer la existencia de un masón de Valdivia, en 1757, el gobernador del presidio de esa ciudad, teniente coronel Ambrosio Sáenz de Bustamante. Declaró que los masones se ayudaban los unos a los otros, especialmente si necesitaban dinero. Todos eran buenos católicos e iban a misa. El gobernador hacía decir una misa cantada todos los meses a la Purísima Concepción. La causa fue suspendida. Otro masón, en Madrid, en 1957, declaró que en las logias no se discutían temas religiosos y sólo mencionaban las alegorías de los trabajos de arquitectura. La sentencia contra este masón, francés, Tournon, lo señaló como sospechoso de indiferentismo y, entre otras imposiciones, lo obligó a aprender de memoria el catecismo del Padre Astete, tan conocido en España y en América hasta años después de la independencia. En España, en esos años, había unas noventa y tantas logias.

III

LAS PERSECUSIONES

Las persecusiones se hicieron sentir en Lombardía, en 1757; en Lieja, en 1760; en Hungría, en el mismo año; en Danzig, en 1763; en Viena, en 1764; en Bélgica y en Berna. No faltaron algunos casos en México, en 1760 y 1768, y en Francia. Fueron atacados en la isla de madera en 1770. Aquí se les acusó de buscar la ruina de los Estados y la sublevación de los pueblos, con una "desenfrenada libertad y el total desprecio de los derechos divinos, natural y de gentes". El marqués de Pombal, posiblemente masón, no persiguió a los pedreiros libres. En 1771 hubo quejas del vicario general de Livorno y en 1773 un grupo de estudiantes fundó una logia en la Universidad de Lovaina. El año siguiente, la Universidad prohibió la masonería. Esto provocó una reacción de la masonería belga. En 1775, el inquisidor de Avignon prohibió al clero frecuentar las logias. En 1778, el obispo de Quimper protestó por la elección del provincial de los franciscanos de Nantes que era masón. En algunas poblaciones no eran aceptadas las limosnas cuantiosas que hacían los masones para socorrer a los pobres. Los masones terminaron por distribuir las limosnas con otros nombres.

En Lima, en 1775, Diego de la Granja (francés, de la Grange), confesó, en el capítulo XIII, que "en Cádiz conoció muchos francmasones". Otra prueba de que la ciudad de Cádiz, desde mediados del siglo XVIII, contaba con logias masónicas perfectamente constituidas.

En España, el rey Carlos III no era masón, como se ha dicho no pocas veces, ni simpatizaba con la masonería. Así lo ha demostrado Ferrer Benimeli con el análisis de su correspondencia con su hijo, el rey de Nápoles, Fernando IV, y con su ministro Tanucci. La mujer de Fernando, la reina María Carolina, tenía un amante, don Luigi Capece Galeota, que era masón. Por tanto, la reina favorecía a la masonería. Lo dice el mismo Fernando en carta a su padre, Carlos III: "No es que yo sea celoso, pero no creo que la insinuase buenas máximas (don Luis a su mujer cuando salían de paseo con otras personas e iban del brazo, hablando secretamente) siendo uno de los que más unidos a la Termoli y, finalmente, un francmasón; y yo sé cuántas veces mi mujer quería inducirme a que me hiciese también yo, pero siempre, siempre, me he excusado diciéndole que no tenía placer en esas cosas". Carlos III prohibió la masonería el 12 de septiembre de 1775.

Acusó a los masones de ser "perturbadores de la pública tranquilidad y como a reos de violar los derechos de la soberanía".

El ministro Tanucci aconsejaba a Carlos III hacer con los masones lo que había hecho con los jesuitas: "charse a un mismo tiempo y de golpe sobre todos ellos y cogérseles". Los

jefes debían ser encarcelados en diferentes castillos. En 14 de mayo de 1776, Carlos III, en una carta de Tanucci, le dice que esperaba lograr de los masones apresados "alguna mayor individualidad tocante a los que han dicho que hay en Cádiz y en Cartagena, en lo cual no me descuido por mi padre". Otra prueba de que Cádiz era un foco importante de la masonería española.

En Nápoles, Fernando IV seguía quejándose a su padre, Carlos III, de "los francmassoni protegidos por mi mujer, ya que era demasiado cierto, como sabiamente decía Su Majestad, que quería gobernar en todo instigada por Viena". El número de los masones napolitanos era muy grande ("infinito") y el más fuerte, con gran displacer mío, es mi mujer, por la que paso no pocas desdichas".

En todas las actuaciones contrarias a la masonería se volvió a confirmar que los masones "trabajan en el restablecimiento de la libertad natural del hombre". El Creador de los hombres "no les pide más que su culto interior, sin hacer ningún caso de los actos exteriores". Había que "disipar las tinieblas de la ignorancia que han cegado a nuestros antepasados: armarse contra la tiranía, que es una usurpación del poder que pertenece sólo a Dios; invitar a todos los hombres, ya sean cristianos, turcos, idólatras, judíos, ateos, deístas, etcétera, puesto que todas las religiones son inventos artificiosos de los que quieran usurpar la autoridad divina y la libertad natural del hombre. A este fin, el secreto más inviolable debe ser el alma de esta gran empresa, siendo permitido a cada uno de sus miembros castigar de todas las formas posibles al que lo haya violado. No obstante, para mejor ocultar su fin, deben repetir sin cesar que en su instituto no hay nada contra la religión, el soberano y las buenas costumbres".

Tanucci, odiado por la mujer de Fernando IV de Nápoles y por la corte de Viena, terminó por ser destituido. Sólo se le dejó la persecución de los masones.

Hasta que se descubrió que el consejero Pallante había planeado la reunión de una logia para sorprender a sus componentes y enjuiciarlos. Para ello se había valido de un polaco al cual, más tarde, para que no revelara la verdad, hizo envenenar. El ministro Pallante era digno de la horca. Fernando IV propuso a su padre perdonar a todos, con motivo del parto de la reina, y no volver a hablar del asunto. Así terminó este proceso que, en su tiempo, hizo mucho ruido. El defensor de los masones napolitanos, Felice Lioy, huyó de ciudad en ciudad y, al último, fue perdonado. Nada más se sabe de la masonería en España durante el reinado de Carlos III, salvo unos focos en Cádiz y Cartagena en 1776. Sólo se encontraron las patentes de masones del vicecónsul de Rusia, Jorge Vregking, y de un protestante Perrón, muerto cuatro años antes. Ferrer Benimeli no halló otros indicios, a pesar de las referencias que hablan de logias en Cádiz en esos años. Lo indudable es que Cádiz, por ser un puerto muy concurrido por extranjeros, era un lugar propicio para la existencia de logias y masones. Los archivos secretos masónicos españoles que se hallan en Salamanca sólo tienen documentos que comienzan con la segunda mitad del siglo XIX. En cambio, en París, Ferrer Benimeli

encontró una carta de la Logia San Juan de Jerusalén del Oriente de Burdeos del año 1782, con el título distintivo de La Amistad, al hermano conde d'Estaing, que se encontraba en el Oriente de Cádiz. El hecho de no haber otros comprobantes no significa que no hubiese masones en Cádiz en el siglo XVIII conforme revelan otros indicios. Por otra parte, en logias francesas consta que llegaban a ellas masones de logias españolas cuya existencia no es posible verificar en Madrid y Zaragoza. Sus nombres eran, respectivamente, San Juan y San Pedro.

En marzo de 1779 fueron perseguidos los masones en Aix-La-Chapelle. El dominico Louis Greinemann, con un crucifijo en la mano, enardecía al populacho a caer sobre los masones. Si algún masón moría y era enterrado en tierra santa debía ser desenterrado y su cadáver llevado a otro lugar. La tierra profanada debía ser bendecida nuevamente.

En Filipinas, en 1780, se descubrió un caso de masonería en Manila. El mismo año, los inquisidores venecianos persiguieron las sociedades secretas. Los masones contaban siempre con la protección de la reina de Nápoles, María Carolina, y de su hermana María Ana. Sabían muy bien que era una sociedad de beneficencia en la cual se cantaba y se bailaba, se educaba a los niños y se hacían obras de caridad. Los golpes a la masonería se repitieron en 1782 en Berna y Ginebra; en 1784, en Mónaco y Baviera; en 1785, en Baden y, en otras fechas, en Rouen, París y Chambery. José II, emperador de Austria Hungría, secularizó los matrimonios, abolió las cofradías y tomó otras medidas que se llamaron josefistas. Por último, en 1785, regularizó las logias masónicas para que fuesen conocidas por la policía y sesionasen con su control. Las logias y los masones disminuyeron grandemente. En el mismo año fue descubierta una logia en Venecia y México se hizo un proceso al veneciano Felipe Fabris. Había llegado de Cádiz. Repitió que la masonería no se ocupaba de religión y sólo hacía obras de bien. En las logias de Francia había visto a frailes y obispos. En Cádiz había conocido "cinco o seis francmasones". Más tarde se desdijo.

En estos años se desarrolló la secta de los iluminados. Poco se sabe de ellos. Se decía que querían gobernar el mundo. Ningún punto de contacto tenían sus miembros con los masones. Los iluminados se dividían en dos logias: la azul y la roja. La azul respetaba las leyes y no se interesaba por asuntos políticos y de Estado. La roja quería la destrucción de los reyes, la igualdad de clases y de las propiedades. Los masones eran opuestos a los iluminados. En 1786, el ex jesuita Padre Luengo se ocupaba de las sectas que atacaban la religión católica y los reyes. Luengo unía a masones, filósofos y jansenistas y les atribuía gran influencia en la revolución francesa. En una memoria del 3 de agosto de 1790 dirigida al secretario de Estado del rey de Cerdeña se habla de la masonería como de una fuerza que produjo la revolución francesa, se dice que el conde de Cagliostro era el jefe de los iluminados de Berlín y que una logia roja de Edimburgo luchaba contra la religión y los reyes, tenían

filiales en Aviñón, París y Burdeos y ésta estaba en correspondencia con Turín, Nápoles, Berlín y España.

Estas acusaciones no se basan en ningún documento. Eran voces calumniosas, fantásticas, que corrían entre gente ignorante y supersticiosa. Los iluminados eran insensatos, fanáticos que merecían el desprecio de los masones. Entre ellos se hizo famoso el popular José Bálsamo, que se daba el título de Conde de Cagliostro. De él nos ocupamos en nuestra *Historia de las ideas políticas en la Argentina*. Involucrado en el robo del collar de la reina María Antonieta y perseguido por estafador y otras culpas, terminó por ser aprisionado en su casa de la Piazza Farnese, en Roma, el 27 de diciembre de 1789. Cagliostro había fundado una masonería egipciana que nada tenía que ver con la tradicional. Se hacía llamar Gran Copto y decía ser descendiente del profeta Elías. Había conocido a Cristo y salía como testigo su sirviente. La masonería de Lombardía protestó contra una publicación de la Cámara apostólica que vinculaba a Cagliostro con la masonería. El proceso, iniciado el 12 de agosto de 1790, terminó al año siguiente con la sentencia de muerte contra Cagliostro. No obstante, los jueces suplicaron al Papa que la conmutara por la de prisión perpetua. Cagliostro, en la prisión, intentó huir estrangulando a un fraile que lo confesaba. El fraile logró salvarse y Cagliostro fue llevado a la fortaleza de San Leo, en el ducado de Urbino, donde murió, de apoplejía, el 26 de agosto de 1795. Su mujer, Lorenza Feliciano, fue puesta en libertad. El proceso de Cagliostro contribuyó a confundir la masonería tradicional con las farsas y charlatanerías de este personaje novelesco. Además, a Cagliostro se le atribuyeron intenciones y fines que no constan en una documentación aceptable. junto a él no faltaban eclesiásticos que creían en sus prédicas de farsante y que fueron condenados por la inquisición, como un capuchino que iba a ser obispo de Lidda.

IV

LA MASONERIA DESPUES DE LA REVOLUCION FRANCESA

No olvidemos que la revolución francesa hizo su estallido en 1789. Sus ideas destructoras no se encuentran, ni por excepción, en ningún documento masónico. En cambio se infiltran en la política del tiempo y, cuando se descubren, se atribuyen a la masonería sin la más mínima prueba. Las ideas republicanas y jacobinas se extendían por Europa. El nombre de los jacobinos se une al de los francmasones e iluminados. En el mundo existían problemas políticos que, en otros años, no se habían conocido. Se hablaba de ellos especialmente en los cafés que se multiplicaron en todas partes, hasta en América. En Buenos Aires se hizo famoso el café de Marcos, lo mismo que otros, dados a conocer por nosotros, donde se discutía la política de aquellos momentos. El ejemplo de la revolución norteamericana, con las ideas de Tomás Paine, había corrido por Europa. Los franceses, en especial si simpatizaban con la revolución, eran mal vistos en Europa y en América. La inquisición de México no perdió la oportunidad, en 1793-94, de aprisionar a un francés, Pedro Burdeles, peluquero y comerciante ambulante. Se le acusó de masón, y haber dicho que "era necesario, para la felicidad del reino, ahogar a los reyes con las tripas de los sacerdotes rebeldes". Además, Burdales leía y admiraba a Voltaire. Otro proceso se hizo al cocinero francés Juan Laussel. Se le acusó de masón, de decir que los reyes eran unos trianos y defender la revolución francesa. En Francia, la policía de Fouché y los diarios de fines del siglo XVIII, estaban de acuerdo en no atribuir a la masonería el origen de la revolución. Se sabía que muchos nobles y altos personajes habían pertenecido a ella y nunca habían atacado la iglesia ni a los reyes.

Se trataba de fuerzas políticas nuevas, como las de los iluminados y los jacobinos, o sea, partidarios de la revolución. No obstante, en 1794, los emperadores de Alemania y de Rusia y el rey de Cerdeña tomaron medidas contra los masones. Los crimenes de la revolución francesa se atribuyeron a las sociedades secretas y a la masonería. En 1798, el rey de Prusia, Federico Guillermo III, prohibió las sociedades secretas que obedecían a superiores desconocidos y hacían juramentos sobre secretos que se ignoraban. Si las sociedades atentaban contra los reyes, sus miembros serían condenados a muerte o cárcel perpetua. Medidas semejantes fueron tomadas por el Parlamento inglés en 1799.

Lo que hizo terrible a la masonería fue, en primer término, el juramento de sus miembros. Es lo que reconocen los autores más serios. Ningún historiador moderno de la masonería cae en los errores y en la ignorancia de sostener, como se ha hecho algunas veces, que la

masonería era enemiga del cristianismo y catolicismo, que los masones eran herejes, etc.. Estas afirmaciones desacreditan al autor que las repite. Los masones, como reconocen los más destacados estudiosos de estos temas, constituían sociedades aparentemente secretas que hacían obras de beneficencia y servían de entrenamiento a sus componentes. Banquetes, diversiones, reuniones amables y culturales, ayudas a necesitados y lazo de unión para sus integrantes, especialmente si viajaban al extranjero.

Hoy en día no faltan instituciones semejantes que no obstentan ningún secreto ni obligan a ningún juramento. Los masones, como se ha comprobado en forma constante, eran religiosos: católicos, protestantes o de sectas protestantes. Sólo en tiempos modernos se empezó a admitir judíos y mahometanos. Los masones debían, ante todo, creer en un Dios supremo que llamaban Gran Arquitecto del Universo. Sus símbolos eran los instrumentos de los albañiles y constructores. Juraban defender su religión, su rey y su nación. Jamás se ha comprobado que hayan conspirado contra ninguna religión ni contra las autoridades des su nación. No obstante, los reyes absolutos de distintas partes de Europa desconfiaron de su actuación secreta y del juramento que prestaban de no revelar secretos que, en realidad, no existían, y empezaron a prohibir sus reuniones. Fue más tarde que los Papas los excomulgaron y persiguieron. se fundaban en el hecho que en su sociedad admitían a gentes de cualquier religión y defendían la igualdad de todos los hombres. Esta libertad de conciencia y este principio político y social de que en una misma reunión se codeasen un noble y un plebeyo, un rico y un pobre y se hiciesen obras de beneficencia sin intervención de la Iglesia fue el motivo mayor que inquietó a los Papas y a los reyes absolutistas. En cambio, atrajo a los sacerdotes comprensivos del bien que estos fines representaban y estaban seguros que en esa institución no existía ninguna irreligiosidad u oposición a la Iglesia Católica o a la religión protestante. Fue así como ingresaron en la masonería miles de sacerdotes de todas las ordenes y categorías: curas de almas, obispos, abades, priores, etc.

Los historiadores que sostienen la absurda teoría de que si un hombre era religioso, iba a misa e invocaba a Dios y a Cristo, no era ni podía ser masón, da muestra de una triste ignorancia. Precisamente se era masón si se tenían fuertes sentimientos religiosos. La mayoría de los masones eran perfectos católicos, cuando no protestantes muy firmes en sus creencias. A veces convivían en una logia; otras veces se reunían en logia separadas. Los juramentos de los masones, ante el Gran Arquitecto del Universo, se hacían sobre los Evangelios. Los iniciados debían declarar que eran católicos o protestantes: siempre buenos religiosos. Sabido es que no se admitía a los ateos. Estaban excluidos los comediantes o gente que trabajaban en los teatros. Esta prevención fue combatida por un masón, de religión católica, en el Perú, como el general San Martín, el cual tomó serias medidas para que la gente de teatro no tuviera los estigmas que siempre habían tenido.

Cuando un rey de España expulsó a los jesuitas no faltaron masones que los defendieran. La mayoría de las logias tenían nombres de santos. El patrono de la masonería era, desde el 1737, San Juan. Se festejaba a San Juan Bautista el 24 de junio, como San Juan de verano, y a San Juan Evangelista, como San Juan de invierno. Había logias que, además, festejaban a su patrono particular, otro santo.

En general se reconocía a San Juan Bautista como "patrón de todos los masones que cubren la superficie de la Tierra". Los masones estaban obligados a asistir a las misas dedicadas a sus patronos bajo pena de multas. Otras logias suspendían sus actividades durante los quince días de Pascua para que sus miembros cumplieran con sus deberes religiosos. No faltaban las misas para sus hermanos difuntos. También se celebraban misas para San Pedro y San Pablo. Además de la acostumbrada y continua beneficencia, la masonería celebraba los acontecimientos de las familias reales, como ser las muertes, los nacimientos, los casamientos. Había Te Deum para celebrar convalecencia y otros hechos. Había hermanos visitadores de enfermos, consoladores y cirujanos. La mayoría de las logias tenían algún miembro sacerdote. Todas las ordenes religiosas estaban representadas en la masonería. Muchos sacerdotes fundaron logias y otros fueron sus venerables. Ferrer Benimeli, a quien seguimos en estos pormenores, ha anotado cuarenta y cinco eclesiásticos fundadores de logias y otros sesenta y cuatro eclesiásticos que fueron Venerable, o sea, Grandes Maestros, de logias. En la logia de Saint Chinian figuraban dos obispos. El obispo de Autun, Mauricio de Talleyrand-Perigord, tan talentoso y tan desfachatado, era miembro de la logia masónica Les Philalëtes. Otra logia de Narbona estaba integrada solamente por eclesiásticos. Muchas logias fueron fundadas en conventos. El abate Gordier de Saint-Firmín propuso a Voltaire como miembro de la logia Las Nueve Hermanas, de París, cuando tenía ochenta y cuatro años, y recibió el delantal que había usado el filósofo Helvetius. En la logia de Sens, en 1777, había cincuenta eclesiásticos. En 1778, nueve benedictinos, un sacerdote y tres canónigos fundaron la logia La Fidelité de Hesdin. En la logia San Juan de la Verdadera Concordia, de Viena, en 1785 había doce eclesiásticos.

Los sacerdotes siguieron formando parte de logias masónicas hasta la Revolución francesa. Muchos fueron guillotinados o tuvieron que refugiarse en otros países. Si algún masón actuó en la Revolución francesa no fue por ser masón sino por ser adicto a ese movimiento. El abate Agustín Barruel, en sus *Mémcires pour servir e l'histoire du jacobinisme,* publicada en Londres, en 1797, fue el inventor de la teoría que atribuía a la masonería el estallido de la revolución francesa. Esta leyenda la repitieron y la repiten muchos historiadores. La Gran Logia de Francia dio fin a sus actividades en 1791, y el Gran Oriente de Francia, en 1792. La masonería fue duramente perseguida por los revolucionarios. Muchos sacerdotes masones reaccionaron el contra de la revolución; otros se adaptaron a las circunstancia. La masonería

no se pronunció; fue disminuyendo. Algunos sacerdotes fueron deportados por no jurar constitucionalmente. algunas logias fueron quemadas por los revolucionarios. Algunos sacerdotes masones fueron asesinados y guillotinados.

Un juriàta como Schiappoli, en *La masonería secondo il diritto penale canónico e la legistlazione napoletana del secolo XVIII* (Napoli, 1926), explica muy bien que los masones estaban tranquilos en su conciencia de ser masones y saber que el Papa los había excomulgado. Nada había en la masonería que estuviese en contra del catolicismo ni la autoridad del Estado. La libertad y la fraternidad masónica representaban el verdadero cristianismo y ecumenismo. Los masones, dice Bartelot, tenían más espíritu cristiano que los católicos galicanos. El eminente Ferrer Benimeli trae una lista de logias francesas con nombres de santos y otras listas de sacerdotes masones, con sus nombres, cargos, fechas de nacimiento, logias y años en que eran masones. Esta lista, que el mismo autor considera incompleta, tiene más de tres mil quinientos nombres. Todos son del siglo XVIII.

La masonería, dedicada exclusivamente a todo género de obras de bien, nada tuvo que ver con los orígenes de la Revolución francesa. Benjamín Franklin masón representante de los Estados Unidos en París y, sin duda, actuó en logias masónicas. Sus principios eran humanitarios, como los de todas las logias; pero no hay pruebas que haya predicado la decapitación de los reyes, ni atacado la Iglesia. Todo lo que se diga, en este sentido, no pasará de fábulas.

La independencia de los Estados Unidos se relaciona con los derechos del hombre y la necesidad de tener un Congreso (Estados Generales) y una Constitución. Sabido es que la francesa traduce la introducción de la norteamericana. Estos hechos nada tienen que ver con la masonería que no se ocupaba de política. En las logias no existía un fanatismo religioso y se toleraba el protestantismo.

Esta tolerancia no agradaba al catolicismo. No puede negarse que algunos grupos místicos, teosóficos e iluministas hicieron sentir algunas influencias en algunas logias, no en la masonería. Eran soñadores sueltos que se perdían en la búsqueda de la piedra filosofal, la transmutación del hierro en oro y otras sandeces. Los ocultistas no han faltado en algunos lugares y siguen molestando en instituciones actuales. Hay que distinguir lo que era la masonería en el siglo XVIII y lo que representaban otros grupos de charlatanes e ilusos. El caso de Cagliostro no pasa de ser el de un vulgar aventurero, embustero y charlatán. En su tiempo fue desenmascarado en Londres por un periodista que relató su auténtica vida. La inquisición confirmó esas noticias y fue condenado con excesiva severidad, como era su costumbre.

Lo que ocurrió con la masonería fue que el secreto y los juramentos que la caracterizaban inquietaron a los reyes absolutos y, muy pronto, por su tolerancia religiosa y la igualdad de todos los hombres, a la Iglesia Romana. Comenzaron entonces las persecuciones. Un mundo de eclesiásticos, que conocían muy bien los fines benéficos de la masonería, no tomaron en cuenta las prohibiciones y excomuniones de Clemente XII y Benedicto XIV y se afiliaron a sus logias y también las dirigieron. La Revolución francesa estuvo en contra de

la masonería. No faltaron masones decapitados y perseguidos. La masonería sufrió grandemente en Francia. En otros países le ocurrió lo mismo por el temor de que tuviese algo que ver con los jacobinos. El hecho es que el miedo al secreto hizo perseguir la masonería por reyes, primero, y por la Iglesia, después, hasta el punto de confundir el supuesto delito político, de resolver la marcha de la masonería en forma oculta, con el supuesto delito religioso, de tolerar todas las creencias, menos el ateísmo, y merecer, como consecuencia, la excomunión. La verdad es que tanto los reyes como los Papas temían la masonería porque no sabían en qué consistía. Esa ignorancia fue la culpa de su persecución. Es por ignorancia que ha pasado a una multitud de historiadores que escriben impulsados por el fanatismo o el desconocimiento, se copian los unos a los otros y no pasan de repetidores de infamias o burdos errores. La masonería debe ser estudiada con una documentación nueva, libre de los prejuicios y fábulas de otros tiempos, en relación con la política de sus años y los ideales que comenzaban a difundirse de igualdad social, libertad, justicia sin distinciones de nobleza u otros privilegios, y democracia. En estos sentidos, el ejemplo de Estados Unidos, con un Congreso o Parlamento y una Constitución, tuvo mucha importancia. El Papa veía disminuir su inmenso poder. Lo mismo les ocurría a los reyes absolutos. La masonería era una sociedad que predicaba la igualdad, la libertad, la beneficencia, y esto no convenía a los gobiernos absolutistas. La tolerancia, la amistad universal, irritaban a los privilegiados. Inútil era que los masones jurasen no desviarse de su religión católica o protestante y no oponerse a los gobiernos de los reyes. No se les creía y perseguía por el permanente temor de que fuesen enemigos del trono y del altar.

España fue, en el siglo XVIII, el país menos masón de Europa. No obstante, hay referencias a un grupo de masones que existía en Cádiz desde mediados del siglo. Lo real es que en esta pequeña ciudad españóla, adonde llegaban tanto comerciantes como extranjeros para comeriar con América por medio de firmas autorizadas españolas, es donde muchos políticos hispanoamericanos aparecen como iniciados en la masonería o como miembros de logias masónicas. Tal es el caso de O'Higgins, que habla de una sociedad secreta en 1802; de Alvear y San Martín, que salen de Cádiz, enviados por una logia gaditana, para pasar a Londres y fundar allí otra logia, y de Tomás de Iriarte, que fue iniciado en el mar, al salir de Cádiz, por masones que habían vivido en esa ciudad.

El siglo XVIII no sólo vio desenvolvese a la masonería como sociedad secreta. Había otras muchas que tenían un carácter obscuramente religioso, místico y misterioso. Se conocen los inspiradores de sus ensoñaciones. No faltaba el doctor Mesmer, que difundía el magnetismo y curaba a sus enfermos con sogas que salían de una piscina donde él había magnetizado el agua y transmitían sus virtudes a quienes les tenían en sus manos. No hablemos de las herejías de los pietistas y de los quietistas, con sus mujeres embarazadas, sin que lo advirtiesen, mientras oraban, abstraídas en la contemplación, de los ocultistas, ni de otros fanáticos y explotadores de la ignorancia general, como los astrólogos que aún perduran en revistas y

entre señoras que hablan de sus signos zodiacales. Toda esta estupidez humana, tan antigua como la pseudociencia que la envolvía, nada tiene que ver con la masonería.

La masonería del siglo XVIII se hizo política en el siglo XIX, cuando empezó a preocuparse por los destinos de la humanidad en la gran lucha que existía entre las viejas ideas del absolutismo, de los derechos divinos de los reyes y del poder omnímodo de la inquisición, y las nuevas ideas del gobierno de los pueblos por los pueblos, de un Parlamento o Congreso y de una Constitución como la de los Estados Unidos o la que proyectó Mariano Moreno, en Buenos Aires, en 1810, o los constituyentes de Cádiz, dos años después.

Es en este tiempo que la masonería hispanoamericana interviene en la política para oponerse al poder absoluto de los reyes y de sus favoritos y de la inquisición. No debe pensarse, como hacen algunos historiadores mal informados, que las decisiones de las logias masónicas, tanto en América como en la Italia que luchaba por su unidad, provenían de órdenes secretas de las logias inglesas, en particular de la de Edimburgo. Esto es una leyenda que no cuenta con el más mínimo fundamento. Las logias se gobernaban por su cuenta. Tenían sus ideales de libertad, fraternidad, igualdad y bien general, para la felicidad de todos los hombres, con tolerancia en las ideas que no fuesen contra la existencia de Dios. Es falso y estúpido que los masones americanos recibiesen órdenes de Inglaterra o de Escocia. Recibían órdenes de si mismas y resolvían los problemas que les correspondía resolver. Para ello hubo muchas masonerías, a veces en lucha unas con otras, pues unas eran partidarias de la monarquía y otras de la república. La història de cada país tiene la historia de su masonería. Decir que había sociedades secretas que tenían las ceremonias, los ritos, los signos, los símbolos de masonería y no eran masónicas, es una invención de algunos escritores, principalmente argentinos, que lo hacen por obediencia a principios religiosos. Las sociedades políticas no masónicas tenían sus nombres, como los carbonarios y tantas otras que no pueden ser confundidas con la masonería. Perseguían sus ideales y tenían sus medios para alcanzarlos.

La independencia de América no fue obra de la masonería. Es otra leyenda que es preciso arrojar al olvido. La han sostenido algunos masones o notorios desconocedores de la historia americana. La independencia nació de la oposición del absolutismo, de la lucha de las Juntas populares locales con los defensores del Consejo de Regencia de Cádiz y de los partidarios del Congreso y de la Constitución con quienes se oponían a esta forma democrática de gobierno. La masonería resolvió otros hechos, como la expedición de San Martín al Perú, su gobierno de un año solamente en Lima, y otros grandes pormenores. La masonería estuvo a menudo dividida por rivalidades de sus dirigentes: intereses personales y políticos. Hoy en día, sobre todo después de los estudios magistrales del ilustre José A. Ferrer Benimeli, puede declararse que la masonería no era anticatólica, que los masones eran masones y excelentes católicos y que las condenaciones papales no inquietaban a los hombres que tenían su conciencia en paz.

V

LA MASONERIA
Y FRAY BENITO FEIJOO Y MONTENEGRO

El odio a la masonería nace del temor de los monarcas absolutos hacia una sociedad que defendía la libertad e igualdad de todos los hombres, y de la desconfianza de la Iglesia Católica hacia una Orden llena de aparentes misterios y que no podía controlar. Todo cuanto se ha escrito en contra de la masonería tiene como fundamento estos dos temores propios de una época, como la del siglo XVIII, en que se formaba la ideología del mundo moderno y las instituciones fundadas en los derechos divinos veían sombras que pronto se transformarían en monstruos devoradores. Es lógico que, sin pruebas ni razones, muchos escritores que sabían en peligro sus principios milenarios, combatiesen la masonería con suposiciones y con calumnias. No obstante, frente a esta lucha de unos intereses tamblorosos, había otros hombres de talento que analizaban los hechos y no temían declarar lo que sus críticas e investigaciones les presentaban como verdades. Estos hombres son los que olvidan quienes siguen combatiendo a la masonería y, en particular a su historia, como si constituyese una fuerza destructora. Entre los grandes detractores de la masonería ninguno menciona el nombre de un sacerdote, "el muy ilustre señor don Fray Benito Gerónimo Feijoó y Montenegro, maestro general de la Orden de San Benito, del Consejo de Su Majestad" y otros títulos igualmente elevados.

El Padre Feijoó fue una de las figuras más eminentes entre los eruditos españoles del siglo XVIII. Vivió en la mejor época de la masonería, cuando comenzaba a extenderse y recibía más infamias. Sus obras reaccionaron contra la ignoracia y las supersticiones. Coincidió, en sus análisis, con la escuela erudita del abate Moreri y, especialmente, del insuperado Pedro Bayle, precursor de los enciclopedistas, cuya erudición fue simplemente asombrosa. *El teatro Crítico* y las *Cartas eruditas* desasnaron a muchos tragaldabas de España y de América. Se diferencia de los enciclopedistas e iluministas franceses en que no admitían, por erróneos, los ataques a la religión católica, productos de un fanatismo racionalista. Era ecuánime, justo y sabio. En sus *Cartas eruditas y curiosas, en que,por la mayor parte, se continua el designio del Theatro crítico universal, impugnando o reduciendo a dudosas varias opiniones comunes...* didicó la carta XVI a la masonería. Tenemos, en nuestra biblioteca, la edición de 1770 de las *cartas eruditas*. Podemos analizarla con detención. Es la palabra de un pre-enciclopedista, es decir, no infuído por la famosa *Enciclopedia,* contemporáneo de Bayle, el más extraordinario investigador del siglo XVIII, católico ultraperfecto y con libertad

plena para sus opiniones que jamás tocó la inquisición. Su sentencia debe ser tenida muy en cuenta por quienes hablan de la masonería con un desconocimiento lastimoso de la materia. En su *Carta XVI de los francmasones* contesta a un señor que le pregunta "si sé qué *duendes* son estos que, con nombre de Francs-masones, tanto ruido hacen hoy en el mundo". Se hablaba de ellos, en efecto, en muchas partes. Ya dijimos que, por su misterio, inquietaban a los reyes y a la Iglesia. Feijoó empezó por contestar a su corresponsal que ya había definido a los francsmasones. "No son otra cosa que unos duendes -le dijo- que hoy hacen mucho ruido en el mundo; más no puede asegurarse si su intento es sólo hacer ruido o algunos de ellos tienen otro designio encubierto". En seguida declaró que prefería llamarlos Muratores, del latín *liberi muratores* y no Francs-masones por ser estas palabras extranjeras "para quien escribe en Castellano". La credulidad, en orden a la existencia de los duendes, ha dado un gran bacío de algunos años a esta parte. Ya no hay quien asienta el sueño de que los duendes son ciertos *animales aereos,* ni pienso que esta extravagante opinión tuvo jamás mucho séquito". La suposición de que fuesen diablos tenía la dificultad de que Dios no iba a permitir que los espíritus infernales saliesen "de su tenebroso encarcelamiento no más que para juguetear de noche entre nosotros". Tampoco era natural que "ellos, al tiempo que están padeciendo los tormentos más horribles, voluntariamente se diviertan en esos jugueteos". Los que inquietaban las casas eran "duendes de nuestra especie, de uno y otro sexo". Y en este sentido digo yo que los francs-masones son duendes".

Ahora bien: estos duendes de nuestra especie enredaban más que por la frivolidad de poner miedo, por algún otro designio, " como el de lograr un galanteo o facilitar un robo". Los Muratores podían tener estos propósitos y otros peores. En efecto: "algunos que han tomado la pluma sobre el punto, sospechan, recelan o temen esta liga formada de muchos años a esta parte". Feijoó no podía asentir a estos temores. Para ello se basaba en "una razón que, en mi juicio, no tiene réplica". Entre tantos masones repartidos en toda Europa, muchos habían muerto y era difícil de creer "que entre esos muchos no hubiese algunos (y aún la mayor parte de ellos) que, estimulados a la hora de la muerte del inevitable temor de la condenación eterna, revelasen ese detestable arcano de modo que llegase a noticia de todo el mundo". Como vemos, Feijóó no dudaba que los masones eran buenos católicos que, a la hora de la muerte, se confesaban y, si tenían algún terrible secreto, lo descubrían. Ninguno, en tantos años, lo había hecho. Era lógico que los secretos no existían.

El juramento que prestaban los masones, de no revelar jamás sus secretos, "no los obliga porque es inicuo y aún el más ignorante no podrá eximirse de algún remordimiento que le abra el camino para el desengaño". En cuanto a la acusación de que los masones eran ateos y, por consiguiente, estaban libres de todo miedo a la pena eterna, "no servirá de cosa, porque aunque los ateístas se esfuerzan cuanto pueden a asegurar en si mismos la persuasión

de que no hay Dios, o que el alma no es inmortal, se sabe que nunca arriban a alejar de si todo remordimiento". Si alguno, mientras se veía sano, disfrutaba de su error con perfecta serenidad, "en viéndose a las puertas de la muerte, toda esa serenidad se desvanece y en su lugar sucede un tormentoso nublado de angustias, confusiones y horrores en que el alma, quiera o no quiera, escucha a la conciencia aquellos tristísimos ayes..." Difícil era que un ateo, por más firme que fuere en su creencia, en el momento de morir no quisiera salvarse el alma confesando sus errores.

El Padre Feijoó había leído en un pequeño libro del Padre Fray Juan de la Madre de Dios, que la masonería había tenido su principio en el año 1671, ochenta años antes del instante en que Feijoó estaba escribiendo. En ese tiempo el número de los masones había aumentado mucho. En 1741 había en Gran Bretaña ciento veintinueve cofradías de masones; en 1746, veinticinco en la ciudad de París. La masonería estaba extendida en toda Europa. El Padre Feijoó calculaba que desde su fundación habían entrado en la masonería más de dos o tres millones de masones. Aunque hubiesen sido medio millón, de ellos, en ese tiempo, habrían muerto más de doscientos mil. Pues bien; ni uno había, en la hora de la muerte, revelado secreto alguno "que llegase a la noticia de los príncipes, así eclesiásticos como seculares, si ese secreto contuviese máximas y prácticas perjudiciales a la Religión o al Estado".

Tenemos, pues, la seguridad del Padre Feijoó de que los masones nunca habían conspirado contra la religión ni contra el Estado. En cuanto a la fábula de que los masones, en el instante de alistarse en su cofradía, tomaban un brebaje que les hacía imposible revelar su secreto, el Padre Feijoó la consideraba "buena especie para divertirse con ella niños y viejas las noches de invierno en las cocinas". Si había un brebaje encantado no era necesario un juramento.

El Padre Feijoó reconoce que en otros tiempos ciertas sectas como los Nicolaitas, los Carpocráticos, los Gnósticos y, en el siglo anterior, los sectarios de Miguel de Molinos "ejercían actos viciosos sumamente torpes"; pero esto no significaba que debiesen hacerlos también los masones. Nunca había habido una prueba. En cuanto al caso de los Templarios era impropio, pues sus delitos no fueron suficientemente probados y no cayó sobre ellos la sentencia condenatoria del Papa Clemente V. En el tomo primero de las *Cartas eruditas*, en la Carta 28, el Padre Feijoó probó "concluyentemente que ni hubo tal prueba suficiente de los delitos, ni tal sentencia legal, y uno y otro constan claramente de la misma Bula de Clemente V".

El hecho de que algún masón haya confesado algún hecho torpe o práctica escandalosa, "es muy poca cosa para dar asenso a que eso sea común o general a todos los Muratores, como propio de su profesión o instituto", mayormente si no lo atestiguaban personas de autoridad. Muchos de esos cuentos habían corrido y corrían por el mundo para infamar personas sumamente respetables y aún comunidades religiosas. Si algún caso fuese verdadero ello no significaba que fuese una "consecuencia para los demás o para el todo de esa grey".

En tanto centenares de conventículos de masones no era mucho que uno u otro se hubiese inficcionado con alguna perversa doctrina o algún vicio abominable. Y agregaba el Padre Feijoó: "No sabe todo el mundo que lo mismo sucedió en una u otra comunidad religiosa sin que la infección o la nota se comunicase al todo de la Religión; antes conservando ésta la alta opinión de virtud que merecía y merece su fervorosa observancia?".

Si hubiera habido "pruebas positivas y legales de los errores y crímenes atribuídos a los Muratores", los Papas Clemente XII y Benedicto XIV los habría mencionado para prohibir sus juntas en las Bulas que expidieron. Sólo alegaron el "rumor público que había contra ellas" y la experiencia de que las sociedades secretas no aprobadas por el Príncipe o los Magistrados, generalmente ocasionaban daños a la República y a la salud de las almas. El rey don Fernando el Justo no expresaba otro motivo para prohibir las juntas de los Masones "que el que expresaban las sospechas. El Padre Feijoó nunca había leído ni oído que un masón fuese castigado "por tal" en ningún país. Si "las supersticiones y maldades que les imputan" fuesen verdaderas, reflexionaba el Padre Feijoó, entre tantos masones que había en Europa, alguno habría sido descubierto y ninguno lo había sido. En la ciudad y en el reino de Nápoles "se hallaron tantas personas ilustres implicadas en el muratorismo "que la prudencia y piedad del rey lo inspiraron no tomar castigo. El Padre Feijoó no creía que fueran tantos los masones de Nápoles, ni que en esa sociedad estuviesen incluidos tantos personajes. Si era cierto lo que había escrito en un libro italiano traducido por el franciscano fray José Torrubie con el título de *Centinela contra los francsmasones,* que el origen de la masonería databa de Adán y se continuaba por varios patriarcas y príncipes, "más fundamento da para ser reputada una sociedad de embusteros que de herejes". Su mira principal era hacerse temer, ya por su multitud, ya por la ocultación de sus máximas. En todo ello intervenía "la pueril complacencia de dar en que pensar y discurrir a las gentes".

Queda bien probado que un católico tan firme como el Reverendo Padre Feijoó no creía que los masones fuesen herejes. A lo sumo admitía que en algún conventículo pudiese existir "algún intento perjudicial y depravado". Verdad era que nadie lo había conocido; pero era preciso obedecer, "en virtud de santa obediencia", la prohibición de pertenecer a la masonería dada por el Papa bajo la pena de excomunión mayor. El obispo de Vintimilla, don Pedro María Justiniani, en la carta pastoral que había dirigido a sus diocesanos refirió "los escandalosos rumores que corrían por el mundo en orden a los Muratores" y, al final, dijo "estas formales palabras: Todas estas cosas parecen increíbles y Nos protestamos no querer creerlas". Es decir: no las admitía como verídicas. El Padre Feijoó razonó de este modo: "Si este prelado, que vive en la Italia, donde se dice que el Muratorismo hizo grandes progresos y se debe creer que para escribir su Carta pastoral hizo exactas diligencias en orden a averiguar la verdad sobre las odiosas imputaciones que se hacían a los Muratores, nada halló

de cierto, quién otro podría asegurarnos que logró una entera certeza en lo material?". Lo más que el obispo había sabido como más o menos cierto era que en un conventículo se había comido carne "en el viernes de la primera semana de Cuaresma". Este hecho, de ser exacto, no podía extenderse a toda la masonería. Así lo entendía el Padre Feijoó.

Las ceremonias con que se recibía a los novicios al Padre Feijoó le parecían "una representación cómica". El juramento del secreto era gravemente pecaminoso "porque nadie puede sujetar su vida al arbitrio de quien no tiene autoridad legítima para quitársela". Además, el Padre fray Juan de la Madre de Dios hacía una cita falsa o con un error de imprenta. Decía que en el Concilio Vaurense del año 1368 se condenó unas asambleas en las cuales sus miembros juraban ayudarse recíprocamente contra "cualesquiera dueño o superiores suyos". El Padre fray Juan relacionaba ese hecho con los masones. El Padre Feijoó comprobó que el texto no decían contra "los superiores", sino "a excepción de sus superiores".

La defensa que hizo el Padre Feijoó de los masones, acusados por la ignorancia o la superstición, es silenciada por los acusadores de la actualidad. Hay una consigna de calumniar y se cumple. El Padre Feijoó dejó bien claro que no se podía probar una conjuración de los masones contra sus príncipes y superiores. Era el temor constante de las autoridades. El "librito" *Centinela entre los Francs-masones*, de autor desconocido, traducido del italiano al español, hacía acusaciones que el Padre Feijoó consideraba inciertas. Eran dieciséis artículos atribuídos al Instituto Muratorio que, "como ciertos y constantes se ven estampados al número 36 del librito *Centinela...*" El Padre Feijoó los rechazaba por improbados y falsos; pero los actuales historiadores antimasones, que no tienen la cultura ni la honestidad del Padre Feijoó los aceptan y repiten complacidos. Eran y son los siguientes: "Que desprecian los sacramentos y leyes de la Santa Madre Iglesia; que no dan paso, ni hacen acción sin usar de máximas supersticiosas; que como los sectarios protervos insultan y maldicen a la potestad Eclesiástica y Secular que los persigue; que se dejan morir sin sacramentos, y ni en la hora de la muerte se purgan con la confesión; que comen carne en los días prohibidos; que obligan debajo de juramento a todos los que entran en su Congregación a mantenerse en su creencia, sean luteranos, calvinistas, ateistas o judíos, teniendo por buenas todas las sectas y religiones; que circunscriben la caridad fraternal a solos sus colegas pobres y a los demás tienen por etnicos y profanos".

El Padre Feijoó, con su imparcialidad y limpio sentido crítico, expuso que si el autor de ese "librito", "que no sabemos quien es", hubiese dicho que esas maldades se conjeturaban o sospechaban, "ya podría pasar"; pero las daba por ciertas. Lo mismo hacen algunos historiadores de la actualidad, que repiten esas fantasías y calumnias sólo por la consigna de negar lo que es innegable.

El Padre Feijoó declaraba que si él viese al autor de esa obra le pediría que le dijese qué era lo que discurría de los *muratores* que era lo peor de todos lo que había dicho. Luego le

pediría que le explicase cómo podían jurar los ateos que ingresaban en la masonería si no creían en Dios. En seguida le pediría que le dijese qué fórmula de juramento podían exigir los masones de unos hombres que tenían por fábula toda ley y obligación moral. Por último, le preguntaría cómo admitían los masones a quiénes profesaban otras religiones y los obligaban con juramento a mantenerse cada uno en la suya y, entre ellos, los católicos romanos, si despreciaban los sacramentos y leyes de la Santa Madres Iglesia y maldecir la potestad eclesiástica.

El padre Torrubia había traducido el "librito" que le habían puesto por delante y no había hecho bien en no agregar alguna nota que aclarese tantas contradicciones. Era un escrito que no merecía ninguna fe. No obstante, las invenciones de ese "librito" traducido por el Padre Torrubia siguen repitiéndose en la actualidad, como hechos probados, por autores que tienen fama de serios y jamás han leído las observaciones del Padre Feijoó, "nada hay que temer de ellos"; pero era injusto que, con la publicación "de tan atroces delitos se infaman enormemente muchas personas muy honradas por su nacimiento y por sus empleos que en Italia, Francia y otros reinos se señalan con el dedo". Si la divulgación de esas calumnias se hacía para justificar la prohibición de las juntas de los masones, no "se puede imponer a nadie delito que no esté suficientemente probado". Bastaba la prohibición, antiquísima, de reuniones no permitidas por las autoridades para justificar la bula de Benedicto XIV y el decreto del rey Fernando. Era suficiente para prohibir la Congregación Muratoria la reunión de juntas no autorizadas. Hasta entre los romanos estaban prohibidas las juntas sin la autorización de los magistrados. Las asociaciones en que se ocultaba lo que se trataba en ellas eran sospechosas. En ellas podía haber maquinaciones contra la religión o el Estado, etcétera.

El Padre Feijoó nos demuestra algunas verdades. En su tiempo no se había podido probar que en la sociedad de los masones se sostuviese ninguna herejía, ni se conspirase contra los reyes, ni se cayese en ningún género de delitos. Su única culpabilidad era reunirse sin autorización de los reyes o de la Iglesia. Las autoridades recelaban de sus juntas clandestinas o secretas. No sabían que se trataba en ellas y temían que se atentase contra la religión o el Estado. Nunca se pudo probar a los masones ningún delito. todo no pasó de suposiciones, de sospechas o de calumnias. El Padre Feijoó escribió en 1770, a fines del siglo XVIII, antes de la revolución francesa. Después, la masonería tuvo otros ideales: cuando se produjo la independencia de los Estados Unidos y empezó a vislumbrarse la de la América hispana con la caída de Carlos IV y la guerra civil que dividió el mundo entre liberales y antiliberales.

VI

LA MASONERIA EN LOS AÑOS DE LA INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANA

Durante siglos se ha enseñado y repetido que la masonería era enemiga del cristianismo y catolicismo. La especie no falta en ningún libro opuesto a la masonería y se ha convertido en una afirmación generalizada. No obstante, si se buscan las pruebas de ese odio de la masonería al cristianismo y al catolicismo no se encuentran. Hay un solo acusador que se convierte en único juez. Lo que se comprueba es la oposición del catolicismo a la masonería y la aceptación de todos sus ataques por historiadores indiferentes. Es por ello que, cuando se identifica un masón que, al mismo tiempo, es un excelente católico, se sostiene que ese masón, por ser católico, no es masón. También se acude a otro procedimiento, inventado el siglo pasado: la masonería de esos hombres no era masonería, sino una sociedad política que usaba los mismos ritos, las mismas ceremonias, los mismos procedimientos, signos y señas de la auténtica masonería. Esta coexistencia de dos masonerías -una masónica y la otra no masónica- es el último argumento de los historiadores que quieren demostrar, por ejemplo, en la Argentina, que San Martín y Belgrano no eran masones, sino masones de la otra masonería, la que parecía masonería y no era masonería. El sofisma es impropio y falso. Jamás, en toda la historia de la masonería, se ha encontrado un documento que demuestre esta doble existencia de una masonería que era masonería y otra masonería que no era masonería. Quienes esgrimen este argumento parten, en principio, de un desconocimiento total de estos problemas y de unos propósitos que no buscan la verdad, sino el triunfo de sus preconceptos. No es posible discutir con estos polemistas comprometidos con un fin predeterminado. No obstante, el historiador que anhela la verdad, libre de sugestiones interesadas o antihistóricas, pasa por alto esos sofismas y penetra en la maraña de este mundo de sombras y de ideales. En primer término busca las ideas políticas que animaban a masones y antimasones. Comprueba, para empezar, que, para hablar de la masonería hay que saber qué era y qué es la masonería. No podemos aceptar, en lo que se refiere a sus orígenes, las fábulas de quienes la remontan a las pirámides o a las catedrales góticas. Sin dejar de reconocer sus comienzos en el siglo XVI, en Inglaterra, saltamos al siglo siguiente y nos detenemos, obligatoriamente, en los siglos diecisiete y dieciocho.

En el siglo de las luces hallamos una masonería poco conocida por las leyendas en que se la ha envuelto, mezclada con el iluminismo y sectas religiosas a veces y utilizadas

por aventureros; otras, por fanáticos, y otras por políticos. Es a fines de este siglo y principios del diecinueve cuando comprobamos la existencia de varias masonerías. Así como cuando se habla de la Edad Media hay que preguntar en qué siglo y en qué país hay que situarse, cuando se discurre de la masonería es obligatorio inquirir a qué masonería hay que referirse: si a la inglesa, a la francesa, a la española, a la norteamericana o a la de otros paises. Hay historiadores que discurren de la masonería como si sólo hubiese habido una masonería y ésta hubiera durado siglos sin ninguna alteración.

Es notorio que, en el campo protestante, con todas sus sectas o divisiones, se puede ser masón y luterano, baptista o anapbatista, calvinista o cualquier otra parcialidad no católica. La existencia de sacerdotes católicos que han sido masones es otra prueba de que la masonería no estaba reñida con el catolicismo. Lo que hay que buscar en esta cuestión no es un fondo religioso sino político pues la masonería no es una herejía. Cuando el jesuitismo defendió el tiranicidio y el absolutismo de los reyes estuvo en peligro, los jesuitas fueron suprimidos por un Papa cultísimo, Ganganelli, Clemente XIV, que no compartía el liberalismo jesuitico, sino el absolutismo de los monarcas de Europa. Cuando la masonería sostuvo iguales teorías y los jesuitas volvieron con otras, la masonería se encontró en lucha con Roma y la Compañía de Jesús. Es sabido, como hemos explicado en otras páginas, que las excomuniones tuvieron como origen el temor a las reuniones secretas sin autorización de los reyes y de la Iglesia. Nunca se ha comprobado la existencia de herejías en la masonería. La lucha con la Iglesia ha sido de carácter político y no religioso. Así encarada la historia de la masonería, en sus ideas políticas y no en fábulas o calumnias se nos muestra clara y comprensible, como lo que fue y no como quieren hacerla aparecer ciertos historiadores sin amor a la verdad.

Empezamos este somero análisis de lo que fue la masonería en los prolegómenos de la independencia hispanoamericana con el conocimiento de lo que se entendía por masonería en España, en los momentos más dramáticos de la inmensa guerra civil entre absolutistas y liberales. Sin acudir a los historiadores usuales de la masonería española, también ellos influídos por el machacar de los antimasones, vamos a sintetizar una obra que exhibe documentos inéditos, desconocidos a los otros autores que han tratado estos mismo temas. Es el erudito, objetivo e imparcial libro *Masones, comuneros y carbonarios* de la señora Iris M. Zavala, publicado por Siglo Veintiuno de España Editores S.A. en Madrid, 1971 (362 páginas). Esta obra, cuya introducción está fechada en Nueva York, en 1970, coincide en su pensamiento, no en su rica información, con las ideas expuestas por nosotros desde el 1940 e intensificadas en cada año sucesivo, hasta el presente. Es una profundización en la historia de las ideas políticas, único camino para saber porque los hombres han luchado y hecho historia.

En efecto, es indudable que el viejo sistema de inculcar a los jóvenes que la independencia de un mundo nació de odios de razas o de intereses comerciales o de un insensato

afán de independencia, sin ninguna base ni justificación, hace años que creemos haberlo destruído, aunque la repitan no pocos historiadores.

Debemos remontarnos al fin de los Austrias en España y el comienzo de los Borbones, es decir, a todo el siglo XVIII, para otear el panorama de las luchas políticas que dividieron a los absolutistas y a los constitucionalistas, más tarde llamados liberales. El odio a Manuel Godoy, que existió en España desde comienzos de su influencia, no se debió a razones personales, sino a la política que encarnaba: despótica, absolutista. Los ideales constitucionales son tan antiguos como las fuentes del constitucionalismo norteamericano. Los autores del siglo XVIII, también llamados enciclopedistas, nada tienen que ver con la Revolución francesa de 1789, detestada en Francia, en Europa y América. Son pensamientos, principios teológicos, que tienen sus raíces en Aristóteles y su expositor magno: Santo Tomás. De ahí seguirán Locke y Paine y los hombres que defendieron la libertad en la América española: la libertad, no la independencia que vino después para alcanzar la libertad.

Las ideas expuestas en las Cortes de Cádiz de 1812 no nacieron en ese año. María Esther Martínez Quinteiro, en *Los grupos liberales antes de las Cortes de Cádiz* (Madrid, Editorial Narcea, tomo I) demuestra que los diputados surgidos del antiguo régimen tenían teorías liberales desde las primeras sesiones. No eran ideas improvisadas, sino maduradas desde tiempo antes. Es difícil que las hayan aprendido fuera de la masonería. La supresión de la Inquisición y de los instrumentos de tortura no era un ataque al catolicismo ni a ningún dogma, ni constituía ninguna herejía. No olvidemos que las Cortes de Cádiz proclamaron a Santa Teresa patrona de España: proclamación que ya había hecho Felipe III y confirmada el Papa Urbano VIII. Los liberales empezaron a llamarse con este nombre en las Cortes de Cádiz. Sus ideales no nacieron de la aplicación del vapor en 1832, ni del obrerismo de 1840, ni de Marx y Engels en 1848.

La guerra por la independencia española, en contra de Napoleón, hizo comprender a los políticos sensatos, que amaban a su patria y no al trono, ni se dejaban manejar por los párrocos de aldea, que la salvación estaba en el constitucionalismo y no en el despotismo de un Godoy, ya caído, ni en la ineptitud de un Carlos IV, también ahuyentado. El ideal del constitucionalismo, bebido en fuentes norteamericanas y, más tarde, francesas, tenía en España el antecedente de las Cortes. No necesitaban los políticos españoles buscar fuera de su historia lo que tenían en ella. Las Cortes no eran, por cierto, un Congreso, ni disponían de una Constitución, pero en ellas se expresaban ideas. A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX no se habían hecho sobre las Cortes los estudios y análisis que se hicieron a mediados del siglo XX. No se sabía lo que realmente habían sido, pero existía la creencia de que en ellas el pueblo había opinado. Por tanto había que revivirlas y lo fueron en 1812. En esta resurrección tomaron parte los masones. Muy pocos eran, en efecto, los miembros de las Cortes que no pertenecieran a la masonería.

Los orígenes de la masonería en la Península han sido muy discutidos. Los hechos ciertos, que no admiten vacilación, son los que aceptan los autores serios, empezando por el mismo Menéndez y Pelayo: la masonería de procedencia inglesa llegó a España a comienzos del siglo XVIII. En él hay indicios de una logia Matritense. El 2 de julio de 1751, en Aranjuez, el rey Fernando VI dio un decreto que demuestra la existencia de la masonería en España, sin duda desde tiempo atrás, y el temor de que pudiera atacar la religión. El decreto, publicado por la señora Zavala, comienza con estas palabras:

Hallándome informado de que la invención de los que se llaman Francs-masones es sospechosa a la religión y al Estado, y que como tal está prohibida por la Santa Sede de excomunión, y también por las leyes de estos reinos, que impiden las congregaciones de muchedumbres, no constando sus fines e institutos a su soberano: he resuelto atajar tan graves inconvenientes con toda mi autoridad y, en su consecuencia, prohibo en todos mis reinos las congregaciones de los francs-masones debajo de la pena de mi real indignación y de las demás que tuviere por conveniente imponer a los que incurriesen en esta culpa (Ob.cita. pág. s. 195-196).

No son pocos los testimonios que demuestran la existencia en España de masones a mediados del siglo XVIII. El conde de Aranda y el conde de Montijo es mu posible que hayan sido masones. Lo seguro es que la masonería actuaba y algunos de sus miembros tenían ideas republicanas. No se encuentran ataques a la Iglesia. A lo sumo, protestas contra clérigos que abusaban de los diezmos y eran contrarios a la libertad. Y esto en años muy posteriores, del siglo XIX. Lo expuesto basta, a los hispanoamericanos, para hacerles saber que los próceres masones, nacidos en el siglo XVIII, estaban excomulgados por la Iglesia católica y vivían en contra de las leyes del reino. Por ello, algunos historiadores inventaron la teoría de que había una masonería que no era masonería. Dejemos estas opiniones, que tanto daño hacen a la verdad histórica, y vamos a los hechos seguros.

Los franceses, empezando por José I Bonaparte y Joaquín Murat, difundieron la masonería en España. Algunos autores señalan el año 1811 como el de la instalación de esta masonería. Hemos visto que, mucho antes de esta fecha, había masones en la Península. La masonería no buscó el pueblo, sino el ejército y en él se hizo fuerte. La guerra de la independencia trajo hambre y grandes descontentos. No se sabía a quién culpar. Primero, al rey Carlos IV y a su fiel Godoy. En seguida, a otros políticos de ideas absolutistas. las ideas llamadas liberales se dirigían contra el rey Fernando y sus allegados. La monarquía absoluta atrajo la inquisición. Esta llenaba las cárceles de sospechosos y cerraba los diarios y periódicos que no eran absolutistas. Apareció la palabra liberal en 1812 para designar a quienes amaban la libertad y eran contrarios al absolutismo fernandino. Los partidarios de Fernando fueron llamados serviles. Liberales y serviles se combatían. La inquisición y el clero estaban

de parte del absolutismo. El clero cuidaba sus diezmos y primicias. El pueblo hambriento veía en él a un esquilador. No debe sorprender que los políticos liberales se agrupasen en la masonería que ofrecía seguridad, refugio y posibilidades de lucha a quienes querían una Constitución y un gobierno que no favoreciese tanto a la Iglesia y se ocupase de los que morían en las calles.

La autora de la obra que tan bien estudia la masonería en España no se interesa por la masonería en América, ni conoció las revelaciones que el general Tomás de Iriarte hizo en sus monumentales *Memorias*. Nos ocuparemos de este aspecto de la masonería más adelante. Aquí seguimos a la señora Zavala en su análisis de la situación española desde el 1810 hasta el 1820. La miseria fue aumentado y la masonería trató de hallar soluciones que no eran aceptadas por el egoísmo de los monárquicos. Los masones fueron creciendo hasta el 1820 en que Rafael del Riego sublevó a los veinte mil hombres que debían dirigirse al Río de la Plata e instauró de nuevo la Constitución liberal de Cádiz de 1812. La guerra de estos años, en España, tanto la sorda como la abierta, era de ideas políticas y de política económica, no era de religión. Nadie atacaba ningún dogma ni exponía ninguna herejía. No las encontró Menéndez y Pelayo, que tanto hurgó en busca de herejes. Lo que había, repetimos, era hambre, bandidos en Sierra Morena y en cualquier parte, y políticos que pedían reformas para que las ciudades no se llenasen de mendigos y de cadáveres. Ser masón, insistimos, no significaba ser anticatólico, ni enemigo de religión alguna. Representaba un ideal político, el liberal, que buscaba medios para impedir la miseria general. Fue el clero, partidario del absolutismo, que envolvió a la masonería con acusaciones que nunca probó. Al encontrarse con una sociedad secreta, que no podía dirigir, ni dominar, y que no era defensora de la monarquía absoluta, se inclinó por la monarquía, hizo causa común con el absolutismo y se puso en contra de la masonería. Esta, a su vez, tuvo que defenderse y combatir el clero absolutista que, en lugar de tomar el partido del pueblo, tomaba el de los reyes.

En esta guerra, la fuerza mayor que tenía el absolutismo para hacer frente al liberalismo era la inquisición. Es por ello que la masonería española enunció, entre sus fines, tomar medidas contra el clero. En realidad no se sabe con certeza si este propósito es de la masonería o del partido liberal. El hecho es el siguiente: en un reimpreso en Mallorca, del año 1814, publicado por la señora Zavala y titulado *Constitución fundamental de los libertadores del género humano* (*Ob. cita.* págs. 201-206) se lee: "25. El horrendo Tribunal de la inquisición es el primer blanco contra el que deben dirigirse todos nuestros escritores, y la Convención debe emplear todos sus esfuerzos para abolirla, como que él es el apoyo más firme de los déspotas".

La Inquisición, odiada en todo el mundo civilizado, fue una de las causas por la cual se separaron de la España absolutista los pueblos hispanoamericanos. Su defensa, que en el siglo XVI era justificada, en el XIX fue una vergüenza y causó el mayor de los daños a la

Iglesia y al clero que la sustentaba. Era natural que el partido liberal viese en los curas y frailes unos enemigos del pueblo y de la cultura. Sigamos con el documento que estamos glosando: "28. Los frailes con otra de las columnas que con su predicación y confesionario mantienen la superstición y la tiranía, que así oprimen la humanidad. Se tratará, pues, de abolirlos igualmente. Este es otro punto que deba llamar todas nuestras fuerzas y todos nuestros derechos. La necesidad de sus rentas en las actuales urgencias de la España es un excelente motivo pero no permitirles volver a sus conventos".

"20. Pero si no se pudiese conseguir su abolición, por de pronto, no procurará a lo menos quitarle todas sus rentas". "30. En seguida se tratará de hacer la reforma de los curas, quitándole todos sus diezmos, sujetándolos a una renta muy moderada, que no deberá pasar en los que más de ocho mil reales, y prohibiendo a los obispos al ordenar a ningún otro."

Esta Constitución fundamental deseaba que los ejércitos fuesen mandados "por militares altamente penetrados de nuestras benéficas miras" (35). Recordaba que todos nacemos iguales, "que la nación no debe ser mandada sino por quien ella quiera y como quiera; que el reinado hereditario es una usurpación de los derechos imprescriptibles de igualdad que competen a cada ciudadano; que el mando de una nación debe alternar por todos anualmente como el mando de un pueblo o de una ciudad..." Por último, había que destituir al rey y "los ministros de la superstición, y se proclamará la libertad e igualdad, convocando a los pueblos a elegir un Director de la nación para aquel año y formar la Constitución que en adelante debe hacer las delicias y la felicidad del hombre libre".

Este programa no sabemos si es de la masonería o de los liberales. No contiene la palabra masonería. Es un conjunto de deseos políticos que pueden ser anteriores a la Constitución de 1812. Fue reimpreso en Mallorca en 1814. No sabemos, por tanto, si es de ese año o de años anteriores. El propósito de "formar la Constitución" parece demostrar que es anterior a la del 1812. Los masones nunca se llamaron "libertadores del género humano". En este documento se habla de una "Convención" que debía tomar muchas resoluciones. Es una palabra de la Revolución francesa que la masonería no ha usado. Por otra parte, aunque este documento hubiese salido de la masonería, nos demostraría que sólo hacía suya a las ideas que entonces movían a media España, la liberal en contra de la absolutista. Fueron ideas que pasaron a América, que las vemos en las Cortes de Cádiz y en su continuadora, como demostró Julio V. González en una obra voluntariamente olvidada por muchos estudiosos, la Asamblea de 1813, en la Argentina. Son las ideas que, en esa Asamblea, hicieron suprimir la Inquisición, los títulos de nobleza y los retratos de los reyes y quemar los instrumentos de tortura. Parece que hubieran leído este documento y seguido fielmente sus instrucciones o propósitos.

Otro documento dado a conocer por la señora Zavala nos demuestra que en Mallorca, en 1818, había masones y que sus fines eran, según la denuncia de un delator, "restablecer

la Constitución, formar leyes y quitar derechos, para lo cual se lee un libro Francés". El funcionario de Mallorca a quien se le hizo llegar esta denuncia contestó: "Me ha llenado del mayor horror la nota reservadísima: por ella comprendo que la asociación de que trata debe ser la de Franc-Masones... Lo mismo indica el decirse su objeto final: restablecer la Constitución, formar leyes y quitar derechos... Lo que se sabe de la Franca masonería regular es que su objeto es destruir el altar y todo gobierno principalmente el que le protege". Es lo que supone o cree el funcionario mallorquín. A él le dijeron que la masonería perseguía el altar y lo creyó. Lo que sin duda la masonería perseguía eran los abusos del clero y el dominio real absolutista. El funcionario -Miguel Modet- reconocía "la extraordinaria propaganda que, por desgracia, tiene en toda la Europa la Francmasonería..." La adhesión de la isla de Menorca a Inglaterra, "donde tanto abunda la masonería", le hacía suponer que los masones quisiesen restablecer en ella "el ideal primitivo estado natural del hombre" como se había proyectado para la isla de Malta.

En una carta al Excelentísimo Señor Obispo Inquisidor general del 28 de octubre de 1818 (Ob. cita, págs. 209-212) se le da cuenta de la actividad masónica de un compañero de Juan Van Halen y se agrega, entre otras consideraciones, que "no es necesario más para convencerse cualquiera de la protección que es preciso tenga la secta masónica en la corte". Cuando se suscitaba alguna sospecha de masonismo, los masones propalaban la voz de que "la masonería es cosa ridícula y despreciable, de la cual nada hay que recelar y que es un invento pueril de la gente joven para fomentar el trato entre sí, amenizar y divertir sus tertulias y refrescos, y aún se atreven a avanzar que los verdaderos inquisidores y cismáticos son los que hacen asunto de estas bagatelas y se emplean en su persecución llevados de miras particulares y por satisfacer sus resentimientos, o cuando menos acalorados por un celo indiscreto, fanático e inconsiderado".

En otro documento (Ob.cita. pág. 212) se lee que "en la Corte los protege mucho (a los masones) uno de la Secretaría de Gracia y Justicia que escribió y dio a luz *El Lucindo*. "La masonería contaba con miembros y protectores en muchas partes, desde la Corte hasta más abajo. Por ejemplo, un tal Juan Abascal, administrador de Correos de Granada (Ob.cita. pág. 214).

En el Archivo General de Palacio, en Madrid, en los *Papeles de Fernando VII* (tomo LVII) (Ob.cita. págs. 217-220) hay una historia de la masonería, sin nombre de autor, que no pasa de un informe hecho por alguien que, en realidad, no la había profundizado. Empieza por decir que "la masonería no se conoció en España hasta la vuelta del conde de Aranda, de París; más entonces hizo poquísimos progresos.

Algunas causas hechas por la Inquisición bastaron para intimidar a los iniciados. Godoy los animó después algún tanto. Ya en su tiempo había muchos masones que habían *visto la luz* en los paises extranjeros; formaron algunas logias y se recibieron varios personajes, todos con la reserva que exigían las circunstancias".

El autor de estas líneas no sabe, por ejemplo, que Bernardo O'Higgins, según sus propios recuerdos, fue iniciado en una sociedad secreta, en Cádiz, en 1802. Tampoco tiene noticias de otros datos que llevan la masonería en España a fines del siglo XVIII. Más seguro está en los hechos posteriores. Así refiere que en Cádiz, durante la revolución contra los franceses, se desplegaron "las ideas liberales". "Parecía indispensable la calidad de masón para ser liberal, y la entrada en las logias se hizo tan común como podía serlo la de una casa particular". al autor de esta reseña no se le ocurrió pensar lo que imaginó un historiador argentino: que la masonería era una cosa, y las logias eran otra, nada masónica, por lo cual San Martín, que andaba en logias, no era masón. Tanta ingenuidad no era concebible. No obstante, continua la historia, era digno de notar que "muchos corifeos del liberalismo desdeñaron alistarse en estas banderas, aunque no por esto dejaban de valerse de la misma masonería para aumentar su partido y dirigir la opinión". Este es un dato de sumo interés. Ser liberal no significaba, como han supuesto algunos autores, ser masón. Arguelles, Canga, García Herreros, Calatrava, Giraldo" y otros muchos se negaron a las continuas instancias que se les hacían y sólo han acudido a las logias en la última época que precedió a la caída del último ministerio".

El documento continúa con otros relatos. Napoleón había puesto a la cabeza de la masonería francesa a su hermano José "con el título de Gran Maestre del Gran Oriente de Francia". En España propagó la masonería. Fundó logias en Madrid y donde pudo. "Se formó un Gran Oriente en Madrid, en la casa medio arruinada hoy en día, que hace esquina a la calle de las Tres Cruces y a la plazuela del Carmen". El rey José invirtió de su bolsillo diez mil duros para adornar ese local "que llegó a ser el más suntuoso de Europa. Jamás se vio una reunión secreta organizada con tanto esplendor. Los mariscales franceses se quedaron atónitos cuando vieron no sólo su lujo y aparato, sino el orden, la importancia y la regularidad de los trabajos. Se puede asegurar que no ha habido verdaderos afrancesados, sino los que por este medio abrazaron al partido de José". Es otro testimonio que nos hace saber que los afrancesados eran masones. No obstante, existe una contradicción, pues es notorio que los afrancesados fueron combatidos por los liberales y por muchos masones. Todo puede conciliarse si admitimos que unos masones eran afrancesados y liberales y otros no lo eran. El documento refiere que "arrojados las tropas francesas y restablecida la Inquisición quedó extinguida de hecho la masonería". Aquí el autor anónimo nos da otra noticia que puede ser útil para comprender el intríngulis de aquella política: "La de los franceses no existía porque los hombres que la componían habían pasado el Pirineo; la de Cádiz, sin duda muy modesta. A esta última pertenecieron Carlos de Alvear, José de San Martín, el presbítero Eduardo Anchoris y otros precursores de la independencia americana que fueron enviados a Londres por la Logia número 3 para fundar la número 7 en esa ciudad. Sabemos, positivamente,

ahora, que la Logia de Cádiz era masónica y no otra cosa como quieren hacer creer autores indocumentados y con propósitos no históricos.

La masonería de Cádiz era la más importante de los masones españoles, hasta 1814, en que las logias volvieron a tener sus tenidas y se reorganizó "un Gran Oriente en Granada y se puso en comunicación con todas las logias del reino". Esto fue después de 1814. La prisión de van Halen y otros hechos pusieron fin "a este punto central" (Granada); pero las logias siguieron actuando en Madrid y otros lugares. "Contaban en su seno jefes de la guarnición, magistrados de un rango superior, oficiales de Secretaría y hasta personas de servicio de palacio".

Vemos, en estos acontecimientos, referidos por un autor anónimo, que no ignoraba secretos, al rey Fernando VII, una verdad incuestionable: la masonería era una fuerza política. En nada atacaba la religión. Decir que era enemiga de la religión es una calumnia o muestra de ignorancia. A lo sumo era contraria a los excesos del clero. Los personajes españoles que actuaban en ella no eran enemigos del catolicismo y no se sentían afectados por las excomuniones de los Papas. El mismo documento dice muy bien (Ob.cita. pág. 218) que "desde entonces la masonería tuvo un fin puramente político y sólo se trató de restablecer la Constitución". Fue la Inquisición que se introdujo donde no hubiera debido intervenir. La Inquisición se hizo política, defensora del absolutismo y del inepto Fernando VII. Tomó innumerables presos y los sepultó en lóbregos calabozos. Cuando la revolución de 1820 los sacó de sus prisiones, estaba ahí Salustiano de Olózaga, el cual ha dejado esta descripción:

Si yo fuera capaz de decir algo de lo que mis ojos vieron aquel día, que fue el último de la Inquisición en España: Penetraban en confuso tropel los ciudadanos de todas clases por sus vastos y tortuosos subterráneos; las luces que algunos llevaban servían apenas para ver su inmensa obscuridad; más no bastaban para distinguir la entrada de los calabozos; del fondo de estos salían las voces de los presos, que alarmados y temerosos de tanto estrépito, servían , sin saberlo, de guía a sus libertadores; suenan los golpes que echan por tierra las últimas puertas, la vista de las víctimas enciende al pueblo en ira, pero ¡loado sea Dios! a nadie se le ocurre descargar sobre los verdugos inquisidores, y se templa y se calma la furia popular, sólo con destruir las variadas y diabólicas formas de tormentos que por espacio de más de tres siglos habían estado inventando o perfeccionando.

VII

LA MASONERIA Y OTRAS SOCIEDADES SECRETAS

El triunfo del liberalismo en España se hizo sentir en toda Europa, empezando por Nápoles, Portugal, Grecia, Norte de Italia, Inglaterra y Francia. El ejemplo de España se difundía en la propaganda que se hacía en los ejércitos franceses y de otras naciones. Fue una guerra abierta contra el régimen de la Santa Alianza. Liberales y masones actuaban a veces unidos y otras sin ningún contacto. El triunfo de Rafael del Riego, instigado por los delegados argentinos Andrés de Arguibel y Tomás de Lezica, con dinero ampliamente difundido por Ambrosio de Lezica, repercutió más allá de lo imaginado.

La Historia de la masonería, anónima, que ha publicado la señora Zavala, sigue, paso a paso, el desarrollo de los partidos políticos en España. El triunfo liberal de 1820 llevó al poder, en Madrid, a un Gran Oriente masónico que era un gobierno oculto y paralelo, que influía poderosamente en las Cortes y en el Ministerio. La masonería antigua o afrancesada quiso volver a mandar, pero el otro Gran Oriente que se había establecido en Madrid se le opuso. Los masones nuevos no quisieron ninguna unión con los antiguos. Quedaron profundamente divididos. Los modernos fueron llamados "gorros colorados". Eran exaltados y ambiciosos. Dice esta *Historia* que "los liberales de 1812 y los de 1820, separados desde la expulsión de Riego de Madrid, se unieron muy en breve por su odio a los afrancesados y por su poco afecto a las ideas monárquicas". La masonería hizo de ellos un mismo partido. Los masones del Oriente antiguo no eran todos afrancesados. Sostenían el trono constitucional, respetaban la dinastía reinante, ponían freno a los excesos de la democracia y servían de contrapeso a los exaltados. Muchos quisieron poner a su cabeza al príncipe don Carlos. En Inglaterra, en los Paises Bajos, en Wurtenberg y otros reinos, los príncipes de la sangre estaban al frente de la masonería. En ninguna parte se conocía la leyenda, muy posterior, de que la masonería era contraria a la religión.

Estas divisiones, especialmente entre los masones nuevos, dieron origen a otro partido que se llamó los Comuneros. En poco tiempo tuvieron cuatro mil adeptos. Defendían la libertad y trataban de manejar a los funcionarios públicos incorporándolos a su partido. Los comuneros no eran, por tanto, masones, sino enemigos de ellos. Sólo compartían con la masonería el secreto. Otro partido, de origen italiano, fue el de los Carboneros. La *Historia* que estamos glosando recuerda que "sus primeros pasos fueron tan desatinados que se han desacreditado para siempre". Las asociaciones secretas, agrega esta Historia, "son una enfermedad del siglo". Aclaremos nosotros que no hay que confundir a los masones con los comuneros ni con los carboneros ni con otras sociedades ocultas. Otros partidos había en

España que se llamaban moderados, anilleros y pasteleros. Los anilleros trataban de unir a los constitucionales con los masones y comuneros y convencer a los franceses que España necesitaba un gobierno representativo.

Estas sociedades secretas no fueron ignoradas en América. El *Argos*, de Buenos Aires, del primero de septiembre de 1824, (Reproducción de la Academia Nacional de la Historia, pág. 315) da cuenta que la *Gaceta* de Madrid anunciaba que pronto iba a publicarse un decreto de Fernando contra las sociedades secretas que se habían creado en España hasta el año 1823 bajo la denominación de masones, comuneros, anilleros, carboneros, europeos, clubalianos y asociación francesa. Según la *Gaceta*, la masonería había sido introducida en España por los militares franceses, particularmente los que habían servido en tiempos de Napoleón. Poco antes, el mismo *Argos* (17 de marzo de 1824) refirió los orígenes de las divisiones de los liberales y constitucionales españoles, por una parte, y los absolutistas y anticonstitucionales, por la otra. No sólo era en España, sino en el Perú y Alto Perú. Habla de Canterac, lleno de ambiciones, que se hizo liberal en el Perú para alcanzar altos puestos. Amigo del general Valdez, que dominaba al virrey Laserna, entró también en la masonería. Dice El *Argos*: "Hicieron causa común por medio de una logia masónica que tenía su origen en la misma que en España se puso al frente de lo que allí se ha llamado el sistema liberal, salvo sus derechos a América a lo que ni las logias han renunciado".

Estas líneas nos permiten afirmar, en contra de lo que han erguido algunos discutidores empeñados en demostrar que las logias no eran masónicas, que la masonería española no renunciaba a los derechos de España sobre América. No han faltado historiadores que han alegado que si esas sociedades hubieran sido masónicas hubieran llegado a un entendimiento de hermanos. La política es la política y se sobrepone a cualquier "fraternalismo". Al mismo tiempo, la noticia del *Argos* nos hace saber que en España existía una logia masónica que era el origen de la del Perú. Estas logias defendían el sistema liberal, no la independencia de América. a ella pertenecieron Valdez, Canterac y, como refiere en sus memorias, el general Tomás de Iriarte. Por último, El *Argos* del 24 de marzo de 1824, informa que en España no aprobaron ni desaprobaron la deposición de Pezuela hecha por La Serna, Valdez y otros liberales en Azanapugui, y dice: "Lo mismo era para ella (España) que la oposición a la independencia la capitanearan serviles o masones". Por algo hemos sostenido, más de una vez, que la masonería no hizo la independencia de América. Fueron los choques políticos de absolutistas y liberales constitucionales, de Juntistas y Concejistas, que dividieron a los pueblos y terminaron por separar el Nuevo Mundo, convertido en Continente de la Libertad, y el Viejo Mundo, en el cual pronto dominó la Santa Alianza, el reducto de la Antilibertad.

Los testimonios españoles y extranjeros que contemplaron el panorama político de la Península estuvieron de acuerdo en que la mejor gente -nobles, escritores, clase media- era

partidaria de "la reforma política", mientras que "son enemigos de ella el clero secular y regular, especialmente los frailes, los proletarios de las aldeas y el populacho de las ciudades, aún más ignorante y embrutecidos que lo era el de Francia..." (Dubergiere de Hauranne, *Ob.cita*. pág. 46). Otro testimonio, citado por el anterior, juzgó que "la guerra de España era guerra de clérigos y proletarios contra los hacendados y comerciantes". La invasión francesa, con sus cinco años de tiranía, hizo huir al extranjero a masones y no masones de ideas constitucionales.

Fue en el trienio constitucional, de 1820 a 1823, que el gobierno liberal resurgido de la revolución de Riego tomó algunas medidas, no contra la Iglesia, sino contra el predominio del clero. Podrían calificarse de jansenistas o regalistas. Manuel Revuelto González S.J. las ha estudiado en su *Política religiosa de los liberales en el siglo XIX* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Colección Historia de España en el Mundo Moderno. Número 4. Madrid, 1973. XVI páginas más 530. 28 láminas). Refiere cómo fue reorganizado el clero secular, cómo se modificaron las relaciones con el Papado, cómo se suprimió el diezmo y cómo se desamortizaron, redujeron o suprimieron algunas órdenes religiosas. Más o menos lo mismo hizo Rivadavia en Buenos Aires. Hubo un anticlericalismo que podría llamarse popular y la consiguiente reacción de los tradicionalistas. El choque de las tendencias fue político, no atacó ningún dogma, ni creó ninguna herejía.

Estamos saliendo de la época que interesa a nuestra historia argentina. Con el 1820 y la sublevación de Rafael del Riego terminaron para nosotros los peligros de ser invadidos por la Santa Alianza europea. Los veinte mil hombres que esperaban en Cádiz la orden de partir abandonaron el camino de América y restablecieron la Constitución en España. Este acontecimiento, provocado en parte por la influencia masónica de Juan Martín de Pueyrredón y el dinero de Ambrosio Lezica, significó el comienzo de la expansión constitucionalista en Europa y en el mundo.

Hemos comprobado que, en ningún instante, se descubre la existencia de una masonería que no era masonería, sino una simulación de la misma. La invención de esta tesis, hecha por razones políticas, por algunos eminentes historiadores argentinos de ayer y sostenida, por motivos clericales, por otros no tan eminentes de hoy, no halla un solo indicio, una semi-prueba que pueda sustentarla. Los masones se dividieron, en los fines de sus luchas, según los paises, los siglos y las circunstancias. Hemos visto cómo en España había masones y cómo de ellos salieron los llamados comuneros: otra sociedad secreta que tomó este nombre para combatir a la masonería. Los autores españoles que, en el primer cuarto del siglo XIX, escribieron anónimamente, sobre la masonería suponen que ésta era apenas conocida en 1808 y que fueron los franceses quienes la difundieron. Así consta en los principales tratadistas y en los resúmenes históricos que publicó Iris M. Zavala en su notable obra *Masones, comuneros y carbonarios*. Otros especialistas, como Ferrer Benimeli, demuestran que existían

logias masónicas con anterioridad. El detalle no tiene mayor transcendencia. Todos los autores españoles están de acuerdo en consignar que, cuando empezó a extenderse la masonería, las principales personas del reino se apresuraron a penetrar en ella. Eran católicos excelentes. La Inquisición no persiguió a ninguno de ellos, ni jamás se habló de su anticristianismo ni anticatolicismo. Sólo existieron casos aislados en que intervino la Inquisición. Quienes han querido demostrar que la masonería no era masonería porque en cartas privadas de algunos masones figuran invocaciones a Dios evidencian un fuerte desconocimiento en lo que se refiere a estos problemas. Es un argumento inconducente, impropio e inútil. El masón era un católico que no tomaba en cuenta las excomuniones y seguía firme en su catolicismo y en su masonismo porque en su conciencia no se contradecían. Los casos de innumerables sacerdotes que fueron masones son un ejemplo.

El Gran Oriente instalado en Madrid lo hizo bajo la denominación de Santa Bárbara o de Santa Eulalia (*Ob.cita.* pág. 221). El mismo documento añade que el masonismo, sin importancia política en los primeros años del siglo, empezó a tenerla en 1815 y 1816. En estos años, con el regreso de los liberales, se crearon nuevas logias independientes que luego reconocieron la supremacía de un Gran Oriente Liberal instituido en Madrid "y que quitó el de Santa Bárbara el cetro del masonismo español". En un comienzo, las ideas de los masones eran filosóficas, roussonianas, del *Contrato social*, de libertad, de igualdad, de justicia. El dominio de Manuel Godoy daba motivo para esos ideales. La gran conspiración que organizó la revolución de Rafael del Riego tuvo por fin, como dijimos, suspender la expedición a América e instaurar el constitucionalismo. No se habló de religión. Los masones tomaron el nuevo gobierno, pero, al dividirse por ambiciones y contradicciones, dieron origen a los Comuneros que se les opusieron tenazmente. Los Comuneros también se llamaron Torres. Masones y Comuneros fueron dos sociedades enemigas. Cada una buscaba el poder. En América la masonería se dividió y extinguió sola. No hay noticia de Comuneros ni de Torres, pues no salieron de España.

El documento que estamos glosando (*Ob.cita.* pág. 222) dice que en las Cortes de 1822 y 1823 se contaban cincuenta y dos masones y veintiún comuneros. En los regimientos había logias de masones. También en las naves de guerra. Sabemos muy bien, por las *Memorias* de Tomás de Iriarte, que en la nave en que embarcó había una logia que lo inició en la masonería. En algunas contadas oportunidades, masones y comuneros se unieron para fines comunes. Los masones tenían muchos periódicos. Lo cierto es que masones y comuneros durante unos años gobernaron España. Otra secta, llamada de los anilleros, el grupo aristocrático de los doceañistas, terminó por fundirse con los masones y comuneros. Los masones eran monárquicos constitucionales; los comuneros, republicanos. Los emigrados italianos y piamonteses trajeron el carbonarismo en España. Se establecieron principalmente en Cataluña.

En un momento se unieron a los masones, pero los comuneros exigieron su extinción. Una secta más fue la Europea o de los europeos traída de Italia a España por el general Guillermo Pepe. Su fin era regenerar Europa. Los europeos tuvieron la misión, confiada por los masones, de deshacer à los carbonarios. En Barcelona se formaron otros clubes: uno italiano, otro francés. Todo esto ocurrió en 1823 y en algunos años anteriores. Comuneros y gorros colorados también se separaron.

Entre los documentos reunidos por Iris M. Zavala hay uno que hace la apología de la masonería. Afirma que era monárquica, defensora del rey y de la religión, del orden, de la paz. No había que confundirla con las sectas que se apropiaban su nombre para engañar. Los masones defendían la independencia de América. Comprendían que era imposible dominar el continente hispanoamericano y que, para no perder su comercio, debían reconocer esa independencia de hecho. Si no se hacía, América dejaría de comerciar con España y, posiblemente, por culpa de la Santa Alianza, también con Europa. El comercio americano se volcaría por el Pacífico en los puertos del Oriente y de ellos recibiría, a precios más ventajosos, todo lo que antes le llegaba de Europa. José Moreno de Guerra, diputado a las Cortes por la provincia de Córdoba, insistía, por ejemplo, sobre "la necesidad de hacer la paz, sea como sea, pues ésta es uno de los negocios que más cuidadosamente han ocultado las cortes que acaban , y es el más interesante de todos, pues sin la paz de América, y saber definitivamente cómo y cuántos quedamos, es imposible hacer los debidos arreglos en los presupuestos, en el ejército, marina, etcétera, y siempre andaremos como ahora a ciegas y en el mayor desorden y confusión y sin plan en nada" (Ob.cita. págs. 277-278). Otra sociedad secreta, que trabajaba en el año 1824, fue la Santa Hermandad, presidida, en un momento, por Pablo Iglesias. Nada tenía, por cierto, de anticatólica. Su fin era libertar a España de la dominación francesa. Sabido es que Iglesias y otros conspiradores fueron fusilados en Madrid, mientras que otros lo fueron en Almería. No faltaron masones, como hemos recordado, que se oponían a la independencia hispanoamericana.

La acción de la masonería y demás sociedades secretas, siempre política, tuvo, según las épocas, distintos fines. Cuando se formó la Santa Alianza, a instancias del zar de Rusia, Alejandro I, la masonería y otras sociedades estuvieron en su contra. Sabían que era la oposición más violenta contra la Libertad política de los pueblos, el parlamentarismo y el constitucionalismo. La religión no fue tocada en absoluto como religión. Si se atacó a clérigos y frailes no fue porque fuesen religiosos, sino porque defendían el absolutismo de los reyes. Liberales de toda Europa se unieron a los españoles para poner fin al reinado de Fernando VII, último defensor de la Inquisición. Los Adelfos y Filadelfos surgieron entorno al 1804. Entre ellos figuraba el famoso Lafayette. Eran contrarios a los bonapartistas. En los Adelfos había militares; en los Filadelfos, jacobinos. Los carbonarios empezaron a actuar en 1814 y

1815, en la ciudad de Salerno. Eran republicanos y contaban con muchos masones. Después de 1820 aparecieron los sublimes Maestros Perfectos, de Filippo Buonarotti, muerto en 1837 en la guillotina de París. Seguían el pensamiento de Francois Noel Babeuf (1760-1797), republicano y comunista. Lo continuaron, después de Buonarotti, Luis Lebranc y Augusto Blanqui, en Francia; José Mazzini, en Italia, y Miguel Bakunin, en Rusia. Los carbonarios buscaban una ley agraria; los Adelfos creían necesario el regicidio. Todos estaban en contra de la Santa Alianza. La mayor jerarquía de los carbonarios era El Gran Firmamento. No faltaban entre ellos los nobles, como el conde Federico Gonfalonieri, jefe de los carbonarios en Brescia. La obsesión de las sociedades secretas, contrarias al despotismo y al fanatismo, lo hallamos hasta en un erudito tan notable como Bartolomé José Gallardo que fundó los Redentores de la Humanidad. Los comuneros ansiaban una república y la distribución de la tierra. Eran obreristas. Comuneros y masones defendían una constitución.

Los monárquicos y absolutistas también tuvieron sus sociedades secretas. Los realistas se autodenominaban los agraviados. En 1827 fundaron la sociedad El Angel Exterminador.

En 1828 apareció la sociedad Asamblea Constitucional Europea, internacional, con veintiún miembros de distintas naciones y hasta americanos. Una junta suprema establecida en Londres entabló relaciones con el gobierno de México. Estuvo dispuesta a reconocer la independencia de ese país y de otros pueblos americanos. México, a su vez, debía comprometerse a proteger la independencia de España y a hostilizar a Fernando VII.

Entre 1824 y 1830, un Resumen histórico de la emigración española en paises extranjeros da a conocer un proyecto político que apenas ha sido analizado en el Brasil. La Asamblea nacional creada en Londres por elementos liberales "pensó enviar al Janeiro un comisionado para ofrecer la corona de España al Emperador del Brasil. La Junta no tuvo lugar porque el gobierno inglés hizo saber por medio del general Wilson a los hombres más influyentes de la Asamblea que no le acomodaba se verificase ostensiblemente esa reunión, pero sí realizó el envío del comisionado al Brasil. Sierra Mariscal aceptó esta comisión, se le extendieron amplios y pomposos poderes. Saldaña, Abrantes y otros portugueses de nota le dieron recomendaciones, y salió para el Janeiro; no se ha sabido el resultado de esta embajada" (*Ob.cita.* pág. 288).

Después de 1833, en que murió Fernando VII, hubo una amnistía y volvieron los políticos emigrados españoles. Los liberales se dividieron en moderados, que alcanzaron ministerios, y radicales, que se dedicaron a fundar sociedades más o menos secretas. Fueron estudiadas por Eiras Roel, en *Sociedades secretas republicanas de Isabel II* (Madrid, 1961). Fue después de este tiempo en que la miseria aumentó en España a extremos nunca conocidos. Se echó, con razón, la culpa al rey, a sus ministros, a las pensiones a generales y otros parásitos, guardia real, guardia de corp, frailes, monjas, curas. Surgió como nunca, en el

partido republicano, el odio al rey y a la Iglesia. Altar y trono estaban fuertemente unidos para defenderse. Recibían los mismos golpes y los contestaban con prisiones y calumnias. Hasta en el ejército hubo levantamientos por falta de pago. Con la muerte de Fernando vino la guerra civil entre los partidarios de la reina María Cristina y su hija Isabel y los del pretendiente don Carlos, hermano de Fernando VII. Nacieron otras sociedades secretas con innumerables nombres. Se habló de la soberanía popular, de la división del trabajo, del reparto de bienes, de la federación europea, de la abolición de castas y privilegios. Se multiplicaron los golpes al trono, al altar y al privilegio. Un tratado con Inglaterra, en 1843, sometió a España a una especie de colonia económica, como estaba Portugal. Los socialistas se extendían. Los republicanos, también. Absolutistas y liberales constitucionales seguían combatiéndose. Diarios y revistas republicanas y socialistas. En 1846, *La Atracción* fue el primer periódico socialista de España. La revolución de 1848 en París tuvo sus ecos en Europa y en España. El general San Martín, que la presenció, la condenó. José Mazzini era el jefe de un movimiento republicano popular que se extendió por Italia y Europa y sufrió la traición del gobierno inglés. De todos estos movimientos surgieron los partidos Demócrata en 1849 y el Republicano en 1868.

Estamos muy lejos de nuestros orígenes políticos en 1810 y años siguientes. En la abundante documentación traída por Iris M. Zavala no se halla ninguna instrucción especial de carácter masónico para combatir a la Iglesia. En los *Principales objetos de que se ocupan hoy las sociedades secretas,* de 1835, todo se concentra en esta revelación: "El objeto principal de estos y otros trabajos en que se ocupan es el de poner en su fuerza y vigor la Constitución del año 12 y dar por nulo y sin valor el Estatuto Real". En los reglamentos y estatutos de muchas otras sociedades secretas, todas de carácter político, no se hallan tampoco directivas en contra de la Iglesia o de la religión. Era un tema que no interesaba, como no interesó en absoluto en América. Sólo en una *circular muy revolucionaria que la Sociedad secreta Federada* dirigió al pueblo español el primero de noviembre de 1839 se mencionan "las dos terceras partes del territorio en donde tremolaba el estandarte de la superstición y absolutismo". Estas sociedad no era masónica. Todas estas sociedades combatían las tiranías, absolutismos, despotismos, o gobiernos de una sola persona con grandes poderes. Querían un gobierno emanado del pueblo y "trabajar para dar la libertad al mundo y sacarlo de la esclavitud de estar sometido a una sola persona, aunque ésta tenga restricciones". La Confederación de regeneradores españoles perseguía, además de la ruina de los tiranos y el despotismo, "el dogma de la soberanía del pueblo y el voto universal con todas sus consecuencias". Es anterior al 1840. Los absolutistas eran llamados serviles, caballeros de la Orden del apagador, pancistas, etcétera. En la famosa canción *Trágala* del 1822, tiempos de Riego, no hay una sola palabra en contra de la Iglesia o del clero. Empezaba con estos versos, que

se repetían al final de cada estrofa y daban nombre a la canción: "Tragala o muere, / Vil servilón, / Ya no la arrancas, / Ya no la arrancas, / Ni con palancas / De la nación." Unos versos decían: "Desengañados / Hombres facciosos, / Irreligiosos, / En intrigar..." Era la canción más conocida de la masonería que hizo la revolución de 1820. Esos masones se consideraban religiosos y acusaban de irreligiosos a los absolutistas. En la conocida canción catalana *La campana* se dice que "la milicia i lo clero / no tengan más que un fuero". Es todo lo que se dice en contra de la religión.

La leyenda de que la masonería perseguía la Iglesia y los dogmas católicos no tiene más fundamento que la mala información de ciertos estudiosos. La invención, más o menos reciente, de que la masonería en la Argentina, a la cual pertenecían San Martín, Belgrano y tantos otros próceres, no era masonería, sino una sociedad política que se llamaba masonería y no era masonería, es una teoría falsa, creada en momentos en que era necesario hacerla admitir. La Iglesia excomulgó a los masones, desde el 1738, no por ser enemigos de sus dogmas, sino por no conocer su actividad, no ponerse bajo su tutela y combatir el despotismo de los reyes fuertemente sostenidos por la política romana. Fue una lucha política la que existió entre la Iglesia y la masonería, no religiosa ni dogmática. Y los ataques partieron siempre de la Iglesia y no de la masonería. No puede acusarse a los masones de haber sostenido ninguna herejía. Cuando se desató en Europa la guerra por la cultura y en España se quemaron conventos e iglesias, se acusó de instigación a la masonería. Nunca se probó su participación. Estamos lejos de nuestro propósito. Debemos estudiar la política secreta del general José de San Martín y saber si la masonería tuvo en ella alguna influencia. Digamos, de entrada, que no fue mucha, pero decisiva en algunos instantes. Las ideas de San Martín eran superiores a cualquier plan político de su tiempo. Concibió un proyecto grandioso que el odio de un enemigo hizo fracasar. Trataremos de no polemizar, sino de exponer hechos concretos, difíciles de refutar. Si no encontramos la verdad, que Dios nos perdone. No será por no haber trabajado, sino porque los documentos nos han engañado. Nunca será por mala fe, como han hecho otros historiadores, sino por un exceso de buena fe en la letra de los testimonios que creemos indubitables y aquí exponemos a los lectores, nuestros jueces.

VIII

INTERMEDIO

Hemos comprobado que la masonería fue y es una sociedad dispersa en toda la Tierra. Sus orígenes se remontan a los constructores de edificios y picapedreros de la Edad Media. No es posible precisar una fecha exacta. Sabemos que hubo muchas masonerías. Unas podían considerarse propias de una nación y otras de otras naciones. Algunas logias respondían u obedecían a una logia superior. Otras logias trabajaban aisladamente. Sus principios eran comunes y se distinguían por el secreto que imponían a sus miembros. Es una ingenuidad, propia de algunos escritores poco versados en estos estudios, suponer que los masones eran irreligiosos o anticatólicos. Esta creencia, nacida de calumnias, ha sido la causa de innúmeras persecuciones y de incontables errores. Los masones debían ser, ante todo, deístas. Además, conservaban y respetaban sus religiones. Es por ello que hubo tantos sacerdotes masones que no aceptaban las excomuniones de algunos Papas. Estos pontífices, de ideas absolutistas, especialmente en épocas en que las doctrinas democráticas, populistas, eran ignoradas o consideradas herejías, estuvieron aliados a monarcas que se mantenían gracias a las mismas convicciones. El aislamiento de los masones, sus enseñanzas de que los hombres son todos libres e iguales y la admisión, en las logias, de practicantes de cualquier religión, representaron un peligro para la Iglesia y las monarquías. Por ello las prohibiciones de los reyes y las excomuniones de los Papas. Este odio a la masonería ha influido poderosamente en la historiografía que se ha ocupado de ella. Gran número de autores, en todos los paises, han combatido a la masonería por órdenes de sus superiores o por convicciones que lindan con el fanatismo. No es extraño que en sus escritos abunden las falsedades, las calumnias y las fantasías. Los mismos masones, con sus imaginaciones y pésima información, son culpables del desentendimiento en que han caído. Se les ignora por superstición, por política y por ignorancia. Es por ello que, en algunos paises se ha acudido al argumento de afirmar que las logias eran sociedades políticas y nada tenían que ver con la masonería. No mencionaban que -y a menudo los mismos- han escrito que si un masón demostraba ser católico no era masón. Tanta ingenuidad o mala fe conmueven. No es posible polemizar con este género de estudiosos, ni perder tiempo en probarles su mala fe. Sus ideas son firmes y nada ni nadie las cambiará. En sus alegatos responderán que los fines de las logias eran los que, en el momento, ellas sostenían. En la Argentina, desde comienzos del siglo XIX, defendieron el ideal de la independencia. Por esta razón no podían ser masónicas. En consecuencia, los grandes héroes nacionales, San Martín y Belgrano, no eran masones. Esta polémica data de lejos. En un momento, cuando se pensó en traer los restos de San Martín a la patria y se

trajeron, para evitar conflictos con la Iglesia, se inventó la increíble teoría de que la masonería argentina no era masonería, sino una sociedad política. Más tarde, desde que nuestro eminente amigo y colega académico, el padre Guillermo Furlong, empezó a defender esta suposición, allá por el 1920, otros autores lo siguieron, como Armando Tonelli, en 1944, y el Padre Aníbal A. Röttjer, en 1957. No nos ocupemos de los de estos últimos años porque nos conocemos demasiado. Quisiéramos aconsejarles que no persistiesen en su error; pero sabemos que sería predicar al desierto. No olvidamos, por otra parte, que errar es humano y que persistir en el error es diabólico. Muchos de estos señores han estado y están en pleno diabolismo.

La incertidumbre, en estos estudios, ha llevado a extremos a veces risibles. Algunos llevan la masonería a orígenes inverosímiles, faltos de toda seriedad. Otros la vinculan a los templarios y a otras sociedades secretas que nada tienen que ver con la masonería. Las sociedades secretas son tan antiguas como la cultura humana. Hay diccionarios o historias de todas ellas que llenan miles de páginas, desde los adamitas y el kukluxclan hasta las sociedades de drogadictos y otros infelices que se extienden por el mundo. Los etnólogos han hallado sociedades secretas entre los onas de la Tierra del Fuego y otros pueblos primitivos. Un alumno nuestro tiene una tesis en preparación sobre la sociología de las sociedades secretas. Con ella alcanzará el título de doctor en Ciencias Políticas. Quienes escriben sobre estos temas, salvo raras excepciones, son aficionados, periodistas sensacionalistas, malos improvisadores o fanáticos. Unos lo hacen para divulgar algo que creen interesante; otros, para afirmar sus creencias. Entre estos últimos están los que buscan la verdad, sea la que fuere, y los que pretenden reforzar sus teorías, especialmente cuando se trata de combatir la masonería y repetir que los Padres de la patria no eran masones.

A nosotros nos importa muy poco que lo hayan sido o no lo hayan sido. Lo que nos importa es la verdad. Ahora bien: también hay otros estudiosos que buscan la verdad. Y lo hacen a su modo. Unos distorsionan la interpretación de los documentos. Tienen un don digno de mejor causa para leerlos al revés, ocultar ciertas partes e ignorar los fundamentales. Por ejemplo: el lector puede comprobar cómo en sus escritos se suprimen párrafos en que un masón dice que la masonería era masonería y, en cambio, se destaca que su fin era la independencia de América. Si su fin era éste y no combatir el catolicismo, ese masón no era masón. El silogismo no puede ser más perfecto. Otros callan las Memorias del general Tomás de Iriarte porque destruyen todas sus argucias. Los más "científicos" van a las pruebas incuestionables. Escriben cartas inocentes al Gran Maestre de la Logia Unida de Inglaterra, en Freemasons Hall, Great Queen Street, WC 2, de Londres, y le preguntan si San Martín, Miranda, Bolívar y otros figuran como masones en sus archivos. Con esta pregunta empiezan por demostrar que ignoran lo que el Gran Secretario masón, de Londres, les contesta muy bien: "La Gran Logia de Inglaterra no era el único organismo masónico existente durante el

período del cual usted está interesado. Existían Grandes Logias independientes en Irlanda, Escocia, Holanda y Estados Unidos de América, todas las cuales autorizaban la instalación de logias propias". El mismo Gran Maestre explica muy bien que "Nunca han existido medios legales para prohibir que extranjeros en Inglaterra crearan sus propias logias, pero tal acción siempre ha sido considerada por la Gran Logia de Inglaterra como una invasión de su soberanía territorial, y las logias así creadas no serían reconocidas como regulares, ni se permitiría a sus miembros concurrir a las logias inglesas, o que los masones ingleses concurrieran a aquellas".

Estamos leyendo cómo el Gran Maestre de la masonería inglesa informó que existían grandes logias independientes en Irlanda, Escocia, Francia, Holanda y Estados Unidos. ¿Por qué silencia España? No sabe, como es natural, que en Cádiz había una logia de suma importancia y que ella envió a Carlos de Alvear, San Martín y otros a fundar una logia en Londres con sus propios fines. Así se escribe la historia: siempre hay omisiones, ocultaciones o desconocimientos. No falta quien sostenga que la Gran Logia Unida de Inglaterra es la autoridad máxima de la masonería mundial. Esto lo creerán los ingleses o quienes creen en ellos; pero los hechos históricos demuestran lo contrario, no sólo hoy en día, sino en los tiempos que estamos estudiando. En España existía una masonería que tenía sus fines, y en Cádiz había otra rama de la masonería, una logia número 3, que tenía los suyos y los llevó adelante con un éxito inmenso. El error de quienes se entrometen, sin mayor cultura, a escribir sobre estos temas, es el de suponer que sin la autorización de la masonería inglesa no se podía fundar ninguna logia. En otros años, algo alejados, se llegó a imaginar que el sincronismo de los movimientos en favor del sistema de las Juntas populares en América no se debía, como fue, a que las noticias que llegaban de España en favor de las Juntas producían esos movimientos, sino que todos ellos estaban dirigidos por la mano oculta de Francisco de Miranda, el cual, desde su logia privada de Londres, o manejada por la inglesa, producía todos esos hechos casi simultáneamente. Hoy hemos demostrado que Miranda no se sabe si fue masón y que no fue él el fundador de la Logia de Londres, sino que la fundaron Alvear, San Martín y otros.

El desconcierto o plena ignorancia con que se expuso la historia de la masonería en distintas épocas y paises, ha hecho cometer, y sigue haciéndolo, errores y confusiones realmente lamentables. La fantasía o las suposiciones ha suplido a la documentación. El historiador correcto no debe afirmar nada que no cuente con la correspondiente pruebe documental. Cuando algo se ignora hay que confesar que se ignora. Quienes no han seguido este principio han expuesto teorías que no pasan de invenciones. En la Argentina, durante mucho tiempo, sólo se dispuso de los documentos reunidos por Juan María Gutierrez, que prueban la existencia de la masonería antes de las invasiones inglesas, y de las respuestas del general José Matías Zapiola al general Mitre que le había hecho unas pocas preguntas. Zapiola, con sus noventa años, sólo recordó que la logia a la cual se había incorporado en Cádiz se llamaba Lautaro. En

Londres asistió a las reuniones tenidas en la casa de las diputados de Venezuela, y conoció a algunos masones americanos. Supo que la Logia de Londres "estaba relacionada con la de Cádiz y otras". No sabía quién la había fundado; pero si que Alvear era el Venerable. Agrega, como masones, los nombres de Saavedra y Belgrano y confirma que "la de don Julián Alvarez era Logia masónica. Venerable don Manuel Pinto". Por último, recuerde que "San Martín fundó la Logia de Mendoza" y en ella se hallaban O'Higgins, Tomás Guido, Zapiola y Alvarado.

Estos datos del nonagenario general Zapiola son confirmados por no pocos documentos. La relación de la logia de Londres con la de Cádiz tiene una prueba imposible de discutir en las cartas de Alvear descubiertas por el almirante Guillen y Tato que nosotros fuimos los primeros en comentar. La mención de Belgrano como masón es probada por un testimonio traído por el historiador Saldías y los recuerdos del general Enrique Martínez. La aclaración que la logia porteña de Julián Alvarez era masónica ha hecho deducir a algunos comentaristas que la otra Logia, la Lautaro, no lo era; pero la palabra del general Iriarte, que formó parte de ella, disipa cualquier duda.

Es preciso no olvidar que tres masones constituían un triángulo y que siete podía establecerse como logia. Estas logias, repetimos para quienes buscan conexiones innecesarias, lo mismo podían depender de una logia mayor existente en el país o en el extranjero, que ser independientes. Estas últimas actuaban por su cuenta, tenían sus propósitos y los llevaban a cabo sin permiso ni autorizaciones de otras logias. A veces estaban de acuerdo entre sí y otras veces eran enemigas y se combatían. Los autores que imaginan que todas las logias debían recibir órdenes de la de Inglaterra o responder a una sola idea no saben lo que piensan ni lo que dicen. Cuando sostienen este burdo error lo hacen para confundir y discutir con argumentos falsos. Son los procedimientos de los aficionados y polemistas fanáticos, capaces de cualquier falsedad con tal de demostrar lo que se proponen sostener.

En el caso de San Martín, no olvidemos los años en que se empezó a discutir su masonismo. La guerra con el Paraguay impidió traer sus restos antes de su terminación. Llegado el 1870, sabido es que en este año se hizo la unidad de Italia, que el Papa se declaró prisionero en el Vaticano y que una ola anticatólica se extendió por Europa y llegó, muy atenuada, a América. La lucha por la cultura, nacida principalmente en Alemania, fue en verdad un ataque muy duro a la Iglesia. El arzobispo de la ciudad boliviana de La Plata, doctor don Pedro de Puch, escribió en Roma, en 1870, una carta pastoral al venerable deán, Cabildo, clero secular y fieles de su archidiócesis de Salta, y les dijo:

"No nos engañemos: existe un plan bien encaminado para descatolizar los pueblos, y ese plan se sigue con tenaz constancia, empleando todos los medios que sugiere el odio sistemático de la verdad. Sociedades secretas, asambleas públicas, la calumnia y la mentira, el disimulo y el fraude, doctrinas perniciosas que se propalan todos los días, abominables

errores que se ocultan bajo especiosos sistemas, pasiones las más perversas que se excitan en una literatura insana, la gaceta, el folleto, el libro, la obra seria y la novela, tales son los resortes que se ponen en juego para apagar, si posible fuese, la luz de la fe."

El dogma de la infalibilidad pontificia había irritado a los protestantes y provocado fuertes polémicas. No todos los católicos estuvieron de acuerdo. Son cosas pasadas. San Martín fue visto como masón y esto creó dificultades. Su decisión de donar su sable a Rosas las aumentó. Esto último, dispuesto en su testamento, fue interpretado como resultado de su creencia de que Rosas salvó América de una invasión franco-inglesa, hecho que la historia ha demostrado ser totalmente falso. La calidad de masón de San Martín hacía indiscutible que su corazón descansase en la catedral de Buenos Aires. San Martín no expresó que su corazón fuera depositado en la catedral; pero quienes disponían el regreso de sus restos así lo quisieron. Era obligatorio, por tanto, hallar una fórmula que lo permitiese. La solución fue declarar que la masonería a la cual pertenecía San Martín, que las logias habidas en Buenos Aires, no formaban parte de la clásica masonería. Debían ser sociedades políticas con rituales masónicos: caso único en la historia, pues nunca se conoció nada semejante. Fue así como Bartolomé Mitre fue de los primeros en explicar que la Logia Lautaro "no formaba parte de la masonería y su objetivo era sólo político ... Las sociedades secretas ... revestían todas las formas de las logias masónicas, pero sólo tenían de tales los signos, las fórmulas, los grados y los juramentos". Rómulo Avendaño que, en 1869, como Mitre, consultó al nonagenario Matías Zapiola, también escribió que era una "preocupación muy arraigada ... suponer logia masónica a lo que sólo fue una sociedad patriótica ..." Sarmiento confirmó que los americanos se reunieron en España en una sociedad secreta que, "para guardar secreto tan comprometedor, se revistió de las fórmulas, signos, juramentos y grados de las sociedades masónicas, pero no era una masonería, como generalmente se ha creído". Otros historiadores de nuestro tiempo han repetido estos conceptos sin analizar los documentos fundamentales o silenciándolos deliberadamente. la consigna de sostener que San Martín no fue un general excomulgado por ser masón fue abriéndose camino. La intransigencia halló una solución colocando la tumba de San Martín fuera de los muros de la catedral. Los escrupulosos religiosos quedaron un tanto satisfechos.

Otra prueba del masonismo de San Martín fue hábilmente puesta en duda y negada. Hay dos medallas de la masonería de Bruselas hechas acuñar en homenaje a San Martín. Ellas son la de la logia Parfaite amitié y la del capítulo Les Amis Philantrophes. Nunca se vaciló que estas medallas -la primera es la única que muestra el perfil de San Martín- probaban suficientemente la condición masónica del Padre de la Patria; pero los negadores por sistema arguyeron que en ellas no se dice, junto al nombre de San Martín, que el Héroe era masón. Puede verse La Revolución de Mayo en la Medalla, de Jorge Ferrari, José María

González Conde y Horacio A. Sánchez Caballero (Buenos Aires, 1960). También hay medallas masónicas dedicadas a Belgrano. Son pruebas terminantes de que San Martín y Belgrano pertenecían a la masonería. Los negadores pretenden, repetimos, que en ellas se exprese que eran masones. Algo que jamás se ha visto en ninguna medalla dedicada a masones.

Hay otro hecho que se discute y se exhibe como prueba de que las logias existentes en la Argentina no eran masónicas. Es la división de las mismas y las enemistades que las separaron. Si eran enemigas no eran masónicas. Sólo podían ser clubes o centros políticos con ideas encontradas. Estas deducciones son vulgares equivocaciones. Quienes las exponen ignoran u olvidan la larga historia de la masonería. La Gran Logia de Irlanda, en 1729, no reconoció la autoridad de la de Londres. Lo mismo hizo la Gran Logia de Escocia, fundada en 1786.

La de York se llamó de la entera Inglaterra. Las masonerías inglesas tenían el color azul como distintivo. En 1752 se produjo un cisma en Inglaterra y la Gran Logia de Londres vio surgir una logia rival. Su gran maestre era el impopular lord Byron, poeta corrompido. Años después volvieron a unirse. En Francia, los masones discutieron desde el 1766 hasta el 1771. Entre este año y el 1773 se creó el Gran Oriente francés. Felipe de Orleans fue el Gran Maestre. Le siguió la princesa de Lamballe. La masonería norteamericana hizo la independencia en oposición a la masonería inglesa. En el ejército de Washington, de siete mil hombres, había once logias. Franklin fue venerable de la logia las Nueve Hermanas, la más poderosa de Francia y Europa. En la guerra de la independencia, muchos masones norteamericanos quisieron crear una gran maestranza con la jefatura de Washington y separarse del maestrazgo inglés. Las logias civiles se opusieron; pero la independencia se hizo. En 1780, Washington empezó a pensar en su renuncia. Masones ingleses y norteamericanos siguieron confraternizando. Durante la revolución francesa, las logias de Francia, con el color azul, se unieron. Quedó separada la Gran Logia de Francia. Napoleón reorganizó la masonería francesa con una nueva nobleza y miembros de su familia. En 1813 se reconciliaron las dos masonerías inglesas. La familia real, la Iglesia Anglicana y la masonería constituyeron un solo cuerpo. Los masones ingleses se acercaron a su Iglesia; los franceses se alejaron. En Estados Unidos, la masonería decayó cuando se fue transformando en una religión deísta y se distanció de las religiones reveladas. Estos cambios ideológicos no eran nuevos. No olvidemos que la masonería inglesa, a comienzos del siglo XVIII, primero apoyó a los católicos Estuardos, y luego a los Hannoverianos para combatir a los Estuardos y a los Borbones y lograr una unidad nacional. Joseph de Maistre, buen católico, en 1783 dividió la masonería en tres grados: en el primero debía difundirse la beneficencia; en el segundo, lograr la unión de la Iglesia, y en el tercero conseguir un cristianismo trascendental. En 1790, la masonería francesa era tolerante y filosófica; en 1800 se hizo anticlerical. El 15 de agosto de 1844, el Gran Oriente de Francia condenó el diario L'Orient redactado por el masón Clavel. Al mismo

tiempo, el Gran Consultorio de los Ritos de la Gran Logia de Dublin condenó la Sociedad Príncipes Masónicos de Irlanda. El 3 de noviembre de 1845, el Gran Oriente del Brasil firmó un pacto de amistad con la Gran Logia de Hamburgo. El 20 de diciembre de 1845, otro pacto con la Gran Logia de Alemania. Las logias se unían, se separaban, tomaban otros nombres o vivían independientes. Las logias de Estados Unidos fundadas por Henry Price en 1733, después del 1776 no dependieron más de Inglaterra. La logia Reunión, fundada en Río de Janeiro en 1801 estaba afiliada al Oriente de la isla de Francia. En 1809, en la Logia de Pernambuco formaban parte de ella los padres Miguel Joaquín de Almeida y Castro, José Ribeiro Pessoa y Luis José Cavalcanti Lins. El 5 de diciembre de 1831, el Gran Oriente del Brasil adoptó la Constitución del Gran Oriente de Francia. El 25 de diciembre de 1857 aceptó el regulador general para las logias de rito escocés antiguo y aceptado. El 24 de marzo de 1873, en Francia, el Gran Capítulo General se fusionó con el gran capítulo de Francia. En 1893, los masones de San Pablo constituyeron un Gran Oriente autónomo e independiente. Lo mismo hicieron los masones de Río Grande del sud. Desde el 13 de junio de 1917 hay un rito brasileño. El 27 de febrero de 1954 el Gran oriente de Minas se separó del Gran Oriente Unido. En Francia y en Inglaterra hay logias que admiten mujeres, y otras no. En muchos paises la masonería está dividida. En el Brasil hay una Gran Logia y un Gran Oriente de Brasil. De éste salió un Gran Oriênte Unido. Hay grandes logias en pugna con el Gran Oriente del Brasil. En España hubo un Gran Oriente de Francia instituido por Murat; un Gran Oriente de España fundado por el conde de Aranda y de obediencia inglesa; un Supremo Concejo ligado al Gran Oriente de Portugal y un Concejo que trataba de coordinar el conjunto.

No seguimos. Y no nos extrañemos si en la Argentina, en nuestros orígenes independientes, los masones se dividían según sus ideas políticas y sus amistades y enemistades personales. Es algo humano que hallamos en todas las religiones y en todos los campos políticos. Lo imprescindible es estudiar, analizar la historia sin prejuicios y decir la verdad. Meditemos sobre estas palabras de Bernardo Fay en su obra *La francmasonería y la revolución intelectual del siglo XVIII* (Buenos Aires, 1963, prefacio): "No hay tema que haya sido tratado con mayor frecuencia ni peor que el de la francmasonería. No existe, por otra parte, asunto más difícil para su examen, ya que mientras unos escritores pueden referirse con entera libertad al mismo, pero no informarse acerca de él, otros, en cambio, que estarían facultados para informarse, se hallan impedidos de revelar lo que saben. Todo esto no les impide escribir y publicar libros voluminosos, pletóricos de elocuencia y conclusiones. Para ocultar su ignorancia o discreción, se sirven de sus convicciones. Sus plumas se hallan al servicio de la pasión".

Lo que ocurrió en la Argentina entre Alvear y San Martín, ambos masones, pasó entre Bolívar y Santander, también los dos masones grado 33. Hubo, así, logias bolivarianas y

logias sanmartinianas que se combatieron por razones políticas (Carlos Mejía Gutierrez, *Valoración de la personalidad de Bolívar*, en *Revista de Universidad Pontificia Bolivariana*, volumen 35, número 126, diciembre de 1980, página 64). Sabido es, por otra parte, que Bolívar se alejó de la masonería y la combatió abiertamente. Lo que ocurría era que en América, por ejemplo, lo mismo que en Europa, hubo un momento, a comienzos del siglo XIX, que la masonería se puso de moda. Nuestro eminente amigo, el reverendo padre Mario Germán Romero, ilustre historiador y académico colombiano, contestó a unas preguntas nuestras el 21 de marzo de 1984 y, entre otras cosas, nos enseña:

"El problema de la masonería en la época de la independencia es muy interesante. Creo yo que en esas logias se estimuló mucho a los próceres independentistas y que tuvieron una modalidad eminentemente política. Yo pienso que se presentó a estos pueblos como los Rotarios o Leones de nuestro tiempo, con fines altruistas, pero en el fondo eminentemente revolucionarios. De ahí que ingresaran a ella clérigos y laicos piadosos y de ortodoxia reconocida. Me doy cuenta que la instrucción del clero, después de la expulsión de los jesuitas, había decaído mucho, ignoraban las condenaciones de la Iglesia a esas asociaciones, y no aparecían con el carácter de lucha contra la Iglesia."

"Un historiador colombiano del siglo pasado, defensor de la fe y apologista, ingresó a la logia, que después abandonó, y decía que allí se encontraba hasta el gato de la casa, para significar que todo el mundo estaba allí. Se llamaba José Manuel Groot."

Quienes tengan honestos deseos de profundizar la historia de la masonería, en vez de inventar argucias para negar lo innegable y caer en errores mitad burdos y mitad ridículos, deberían averiguar qué influencias pudo tener la masonería en la rendición del ejército español en la batalla de Ayacucho, en América, o en la batalla de Pavón, en la Argentina, y reconstruir las actuaciones masónicas de hombrees tan ilustres como Paul Groussac, uno de los más grandes historiadores argentinos, o de Leandro Alem, cuando dijo que se suicidaba porque La Montaña (la masonería) se le venía encima ...

En cuanto a las divisiones internas, dentro de las logias argentinas, pueden consultarse estos raros folletos *Contramanifiesto. Gr...Log...Ar...* sin fecha, de 16 páginas, que trata un conflicto de sus miembros, y *A los Masones "Regulares" e "Irregulares" de la República Argentina y del Orbe. Aclaración a un folleto titulado Acusación y pedido de intervención de los Supremos Concejos confederados por actos de intrusión del Supremo Concejo 33 del rito Esc...Ant...y Acep...* (Buenos Aires, 1915, de 17 páginas). La vida es corta para penetrar en tantos misterios.

IX

CADIZ, CAPITAL DE LA MASONERIA HISPANOAMERICANA

Hemos visto, en documentos publicados por el reverendo padre jesuita Ferrer Benimeli y la señora Iris M. Zavala que, desde mediados del siglo XVIII, la ciudad de Cádiz era un conocido centro de masones. Los comerciantes de media Europa que se establecían en ella y los que pasaban por su puerto fundaron logias que pronto reunieron a muchos españoles amantes de la libertad, de los derechos naturales del hombre y de la cultura. Estos masones fueron señalados y descubiertos no pocas veces. Los documentos aludidos y que hemos glosado nos demuestran que la masonería tuvo en Cádiz un asiento sin interrupciones durante muchos años y que su influencia fue, por tanto, muy extensa.

La mención más antigua que hemos encontrado de una sociedad política cuyos fines eran los de dar la independencia a la América hispana es la de Bernardo O'Higgins, en una carta que escribió a Bernardino Rivadavia, desde Lima, el 18 de septiembre de 1826. El original se encuentra en el Archivo nacional de Santiago de Chile, en el Archivo de Vicuña Mackenna. Es una copia en inglés, letra de John Thomas. Esta carta, publicada en la *Revista de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía,* fue citada por Sergio Villalobos R. en su *Tradición y reforma en 1810* (Ediciones de la Universidad de Chile, 1961, capítulo IV, nota 40). Nosotros mencionamos el párrafo que reproducimos en nuestro libro *Mariano Moreno: su pensamiento político* (Buenos Aires, 1968, pág. 116) y volvimos a ocuparnos de la misma afirmación de O'Higgins en nuestra comunicación a la Academia Nacional de la Historia, de Buenos Aires, publicada en 1976, en el tomo XLIV de su *Boletín*, titulada La política secreta de la Gran Logia de Londres (pág. 236). La carta de O'Higgins fue reproducida integramente en 1980, en el tomo XXXI del *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, editado por la Academia Chilena de la Historia (páginas 133 a 171). Es, según los especialistas en epistolografía O'Higginiana, la más extensa que haya escrito el prócer. Acusa, con razón, a Rivadavia de calumniarlo por medio del *Argos* y le devuelve el nombramiento y título de brigadier de las Provincias Unidas que le había dado Pueyrredón el 16 de abril de 1817. En la página 139 de esta obra leemos: "En los años de 1806 y 1809 fui miembro activo de cierto selecto grupo (formado primeramente en Cádiz en el año 1802) cuyo fin era liberar no sólo a Chile de aquel odioso yugo español, convirtiéndolo en Estado independiente, sino también cooperar con Buenos Aires en el logro de ideales afines. Escapé a los calabozos de la Inquisición porque el Intendente español Alava le faltó coraje para prenderme. Pero des-

plegó más valor contra mis bienes, pues en el año 1807 se apoderó de grandes rebaños de mi propiedad en la isla de Quiriquina, con el pretexto de que esperaba de un día para otro a la escuadra inglesa en el Pacífico y era preciso privarla de víveres ..."

El erudito prologuista y compilador de este tomo, el eminente académico chileno, don Luis Valencia Avaria, dice en una nota que O'Higgins, al recordar "cierto selecto grupo (formado primeramente en Cádiz en el año 1802) cuyo fin era libertar, no sólo a Chile de aquel odioso yugo español..." "se refiere a sus relaciones con Juan Florencio Terrada y los canónigos Fretes y Cortés de Madariaga".

No olvidemos que, precisamente en ese año de 1802, en que existía una sociedad, a nuestro juicio masónica, como veremos más adelante, también se hallaba en Cádiz el general San Martín. Es posible que nuestro Héroe se haya afiliado a esa sociedad en ese año o en otros momentos posteriores. Lo indudable es que el mismo San Martín recordó en su carta al mariscal Ramón Castilla, presidente del Perú, que había servido en el ejército español "desde la edad de trece a treinta y cuatro años, hasta el grado de teniente coronel de caballería. En una reunión de americanos en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etcétera, resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de entablar". San martín obtuvo la baja del ejército español el 19 de septiembre de 1811. José Gálvez Barrenechea, en *Homenaje a San Martín* (Lima, 1952) recuerda que "Riva Agüero refiere en sus papeles que en 1807 surgió en Madrid la Logia Caballeros Racionales, formada sobre los restos de la creada por un peruano inmortal, don Pablo de Olavide, precursor del ideal de libertad americana. Esta logia fue presidida por un argentino, José Moldes, y en poco tiempo formaron parte de ella muchos jóvenes americanos, desafiando la constante vigilancia a que eran sometidos, ya que las actividades masónicas eran perseguidas tanto por la Corona como por la Iglesia".

No hemos visto los papeles que cita José Gálvez Barrenechea. Sería un descubrimiento comprobar que Pablo de Olavide había creado una logia masónica. Lo que aquí interesa es la afirmación de que los movimientos de esos jóvenes, en esas logias, eran "actividades masónica".

Alcibíades Lappas, nuestro amigo que tanto trabajó en estos estudios, escribe en *San Martín y su ideario* (separata del Primer Congreso Internacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1978, pág. 241) que el general José Rivadeneira cuenta que estuvo cuatro años preso en las Cuatro Torres, donde trató a Miranda, y luego fue trasladado a Barcelona, donde fue liberado por la revolución de Riego. Agrega Rivadeneira que esa sociedad fue dispersada en Sevilla y entonces se trasladó a Cádiz, donde tuvo hasta sesenta y tres socios. Rivadeneira se encontró con San Martín en el cuartel general de Huaura en 1821, "Me estreché en sus brazos, recordó

nuestra amistad antigua, nuestros trabajos en la Sociedad de Cádiz para que se hiciese la América independiente.

Con estos datos sabemos tres hechos seguros: la sociedad de Cádiz provino de otra que existía en Sevilla, sus "actividades" eran "masónicas" y en ella había estado San Martín. El testimonio de Rivadeneira es concluyente, pues confirma lo dicho por San Martín. "Es significativo -nos dice el eminente historiador Jorge M. Mayer- que los jefes del general San Martín, el general Ricardos, el general Castaños y el general Wellesley, fueran miembros de la Logia, que el marqués del Socorro fuera un afrancesado y el marqués de Coupigny un francés, probablemente también miembro de la logia" (*La Alborada, San Martín y Alberdi*, en la Biblioteca de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, Serie II. Obras. Número 16, 1978).

San Martín refiere que "un alto personaje inglés residente en aquella época en Cádiz y amigo del general a quien confió su resolución de pasar a América le proporcionó por su recomendación pasaje en un bergantín de guerra inglés hasta Lisboa, ofreciéndole con la mayor generosidad sus servicios pecuniarios que aunque no fueron aceptados no dejaron siempre de ser reconocidos" (Senado de la Nación. Biblioteca de Mayo, tomo II, página 1901). Era James Duff, Lord Macduff, Than of Fife (1776-1857). Jorge M. Mayer ha comprobado que era Master de la Logia Saint Andrew, Provincial Grand Master of Banffshire y Gran Master Mason de la Gran Logia de Escocia (*Dictionary of National Biographies*, tomo XII). Alfredo G. Villegas recuerda que en Cádiz era conocido como El Cónsul y que Alcalá Galiano, en sus *Recuerdos de un viejo,* dice que "los gaditanos lo llamaban don Diego Duff". Con estas amistades y su actuación en Cádiz nadie duda que San Martín perteneció a la masonería. Lo dice, sin ambages, un historiador tan probo y sin prejuicios como Alfredo G. Villegas en su premiada obra *San Martín en España* (Buenos Aires, 1976, pág. 81): "Fue francmasón, como hijo de su siglo, pero eso no lo sindica como enemigo de la fe católica. Aún en el caso de serlo, cayendo fuera del seno de la Iglesia por excomunión, continúa católico -aunque no cumplidor ni bueno- quien desea en el fondo de su alma continuar siéndolo". San Martín no hizo ostentación de su carácter masónico. Sabido es que recomendó al general Miller no hablar de las sociedades secretas y a su yerno no divulgar sus papeles referentes a la masonería. Lo dice Mariano Balcarce en una carta a Benjamín Vicuña Mackenna, el 30 de septiembre de 1860: "Siguiendo fielmente las ideas de mi venerado señor padre político, que no quiso en vida se hablase de sus vinculaciones con la masonería y demás sociedades secretas, considero debo abstenerme hacer uso de los documentos que poseo al respecto". Estos documentos masónicos de San Martín sin duda fueron destruidos.

Cádiz, como estamos viendo, fue un centro masónico de gran actividad en favor de la independencia hispanoamericana. Las memorias del general Tomás de Iriarte nos ofrecen

datos preciosos. Estas memorias permanecieron largos años inéditas e intocadas, salvo por contadas personas que sólo vieron algunas páginas, en el Archivo General de la Nación, en Buenos Aires. La familia las guardó por herencia hasta que resolvió dejarlas en custodia en el Archivo con la condición de que fueran publicadas. Ningún presidente de la república autorizó su edición por temor a herir susceptibilidades de familias encumbradas. Pero los descendientes, convencidos que hacían un bien enorme a la historiografía argentina, permitieron al autor de estas líneas que las diera a luz. El señor Arcadio Fascetti, director y dueño de una importante editorial e impresora, publicó los primeros diez tomos. El primero se agotó en quince días. Los últimos dos tomos fueron editados gracias al señor don Luis Iriarte Udondo. Los doce tomos de las memorias del general Tomás de Iriarte, con diferentes títulos e introducciones nuestras, que amplían el panorama histórico descripto por el autor, fueron considerados el aporte más extraordinario de este siglo a la historiografía argentina. Son el testimonio de un hombre que escribió, con precisión extrema, todo lo que presenció en su larga y agitadísima vida, desde la invasión de España por las fuerzas napoleónicas, hasta los tiempos de Rosas en la Argentina. Testigo único, asombroso por sus revelaciones, con una sinceridad impresionante, es insubstituible como prueba de presencia directa en todo lo que refiere. En lo que se relaciona con la masonería, a la cual perteneció desde su juventud, aporta datos que terminan con viejas dudas y esclarecen puntos que se consideraban oscuros. No pueden discutirse sus palabras. Vemos, ante todo, cómo nos describe esa ciudad de Cádiz que puede ser considerada la capital masónica de la independencia hispanoamericana.

"Era Cádiz entonces el punto de reunión de la emigración de las personas más espectables de Andalucía y de los dispersos de los ejércitos: era por mejor decir el foco de las notabilidades de toda España, y la esperanza de los españoles, como los astures en tiempos de don Pelayo; en una palabra: España estaba entonces en Cádiz. No había tampoco otro punto en toda la Península en donde pudiera situarse con seguridad el Supremo Gobierno de modo que si Cádiz se hubiese perdido, suponiendo que el gobierno, en este caso, se estableciese en las islas Baleares, como era probable, habrían sabido sacar partido de este deplorable orden de cosas. Salvando a Cádiz, la España se salvó entonces, no por sus propios esfuerzos, sino porque muchas veces sucede que las más sabias combinaciones por su complicación y detalles se desvían del objeto principal. Los franceses no ignoraban que esto era la ocupación de Cádiz y la isla de León, pero se distrajeron en operaciones que, aunque importantes en sí mismas, eran, sin embargo, comparativamente secundarias."

Cádiz era la ciudad, en aquellos momentos, de mayor importancia en la lucha contra los franceses invasores. No debe extrañar que en ella, tanto los antiguos masones, como los nuevos, de otras ciudades de España, estuviesen reunidos y trabajasen en favor de sus ideas. La ciudad tenía, según Iriarte, una setenta mil almas. En 1806 había sufrido una espantosa

epidemia. En 1808, se había rendido en Cádiz la escuadra francesa. En 1809, si José Bonaparte no se hubiese detenido en Sevilla, Cádiz habría caído, pero este error salvó a Cádiz y así seguía siendo la única ciudad española que resistía la invasión napoleónica. Los oficiales españoles a menudo rompían el fuego sobre los sitiadores por pura diversión. Si había que hacer salvas, con algún motivo especial, bombardeaban a los sitiadores para no desperdiciar la pólvora. Los franceses contestaban "y por último se hacía general en las líneas, de modo que era un espectáculo grandioso y terrible a la vez ver dos mil piezas de artillería haciendo fuego y cubrir la atmósfera en un gran espacio de un denso humo con estrepitosas y repetidas detonaciones". Los oficiales españoles, por valentía o temeridad, no se agachaban para evitar las balas. En otros momentos de calma, los soldados de ambos bandos se acercaban, conversaban y cambiaban regalos. Iriarte nos cuenta que "lord Fife, entonces Lord M'Duff, estaba allí como voluntario o aficionado y fue herido en una pierna, de cuyas resultas obtuvo los honores de Mariscal de Campo español". Iriarte asistía a las sesiones de las Cortes de Cádiz, en la iglesia de San Felipe Neri. Los debates, entre serviles y liberales, eran acalorados. El pueblo era fanático e ignorante; pero alegre y despreocupado.

"A medida que se prolongaba el sitio de Cádiz se aumentaban en esta ciudad las fiestas y regocijos y nunca estuvo Cádiz tan brillante como en el último período del asedio. Los franceses consiguieron por medio de pruebas y experiencias repetidas hallar el máximo alcance de sus cañones morteros de nueva invención, y lanzaban los proyectiles dentro de las murallas de Cádiz por el lado de la puerta de mar. Los vecinos de este barrio se vieron obligados a desalojar sus casas durante la noche, que era cuando los franceses hacían fuego, y se estableció una especie de campamento volante en la plazuela del hospicio situada dentro de murallas y a la mayor distancia de las baterías enemigas. Allí no llegaban sus bombas. Se construyeron habitaciones de tablas donde iban a guarecerse los vecinos que abandonaban su hogar, y muy pronto se convirtió aquel paraje en una verdadera romería: se establecieron fondas, cafés, salones de bailes, y toda especie de diversiones nocturnas adonde concurría un inmenso gentío particularmente las personas de las primeras clases, y estas veladas divertidas duraban hasta muy entrada la noche, de suerte que las bombas lejos de intimidar y entristecer al pueblo, fueron un motivo para proporcionarle distracciones y regocijos."

Fue en las sesiones de las Cortes donde Iriarte sintió arraigar en su corazón las nuevas doctrinas y el amor a la libertad. "Yo era entusiasta por el sistema representativo, frecuentaba asiduamente las Cortes cuando estaba en Cádiz y la Isla, y ahí aprendí, puedo decir, los primeros rudimentos del liberalismo y pertenecía a este partido".

Iriarte era un liberal que amaba el parlamentarismo y el constitucionalismo. Al mismo tiempo creía muy justa la independencia de América. También supo algo que sin duda conocía mucha gente en Cádiz, cuando se preparó la expedición de Morillo a Venezuela. Iba a dis-

poner de un ejército de diez mil hombres y nadie ignoraba su carácter feroz. Entonces, "los hombre filantrópicos de Cádiz" y muchos comerciantes que no deseaban ver extinguido el comercio con América "introdujeron a Morillo en una logia masónica a fin de suavizarlo mediante el influjo de muchos individuos de la misma asociación que pertenecían a la división de Morillo y eran la mayor parte los jefes principales. Esta medida no surtió efecto alguno, como la experiencia acreditó después".

Aquí tenemos una prueba definitiva de que en Cádiz existían logias masónicas en las cuales se iniciaban a muchos hombres de armas que partían a América. No se trataba de sociedades secretas no masónicas, como han escrito historiadores, sino bien masónicas, como lo iremos comprobando. Cádiz no era la misma ciudad de años anteriores. El comercio estaba paralizado. la mayoría de la gente se había trasladado a otras partes. Había pobreza y tristeza. No obstante, Iriarte hizo algunas amistades. Entre ellas conoció a Andrés de Arguibel, masón que estuvo en contacto con Juan Martín de Pueyrredón y, junto con Tomás Lezica y el dinero suministrado por Ambrosio Lezica logró hacer sublevar el gran ejército de Rafael del Riego, el primero de enero de 1820. Este famoso masón Arguibel debía formar parte de alguna logia. Igualmente conoció Iriarte en Cádiz a don Marcelino Martínez, natural de Montevideo, hermano del futuro general Enrique Martínez, otro masón consumado. El brigadier don José de La Serna, nombrado general del ejército del Alto Perú, "así como los oficiales de este cuerpo, estaban notados de liberales exagerados". Iriarte logró hacerse destinar a América y embarcó en el Navío *La Venganza* rumbo al Perú. Allí iba La Serna con su Estado Mayor. Jefe interino del Estado Mayor era el teniente coronel Jerónimo Valdéz. Iriarte iba como teniente coronel graduado y capitán de artillería. Valdéz, el capitán Antonio Seoane, primer ayudante, y Bernardo de la Torre, también capitán y primer ayudante, habían sido perseguidos por liberales, "no se consideraban seguros en España y la abandonaban, no sólo para buscar un asilo en América, sino para ensanchar la esfera de sus proyectos de elevación".

La pintura y descripción que Iriarte hace de los jefes que partieron a América, a defender el Perú, en el navío *La Venganza*, es simplemente asombrosa: un prodigio de psicología y de conocimientos humanos. *La Venganza* partió de Cádiz el día 10 de mayo de 1816. Uno dos meses más tarde, el Congreso de Tucumán proclamó la independencia de la América del Sud. (Véase Tomás de Iriarte, *Memorias. Napoleón y la Libertad Hispanoamericana*, Colección de Grandes Obras Históricas americanas. Directores Arcadio Fascetti y Enrique de Gandía, Buenos Aires, 1944, tomo II. Estudio preliminar de Enrique de Gandía).

X

LA MASONERIA EN EL ATLANTICO Y EN AMERICA

La Logia masónica de Cádiz extendía sus ramificaciones al otro lado del Océano. Sus miembros, al partir a América, constituían otras logias a bordo de los navíos y estas logias se multiplicaban en el Nuevo Mundo. Era una red que se extendía cada vez más. Lo que se sabe de estos hechos, que no dejan dudas acerca del carácter masónico de estas sociedades y su continua proliferación, se debe exclusivamente a Iriarte. Antes de la publicación de sus *Memorias* lo que hemos explicado y expondremos era por completo desconocido. Por ello tantos vacíos y tantas incomprensiones en estos estudios. Quienes se empeñan en mantener sus errores y hablan de una masonería que no era masonería y de logias que no eran masónicas, tienen sumo cuidado en no mencionar las *Memorias* de Iriarte porque ellas destruirían sus argucias polémicas. La historia cuenta con esta documentación y no puede desaprovecharla para bien de la verdad. Si ella deshace las fantasías de tantos polemistas sale, en cambio, ganando la autenticidad de los hechos. No nos hacemos ilusiones; los fanáticos en sus opiniones continuarán desconociendo estas pruebas e insistirán en sus errores y en sus tergiversaciones. El testimonio que vamos a presentar es el único que existe en la historia de la masonería referente a una iniciación en el mar. El haberlo ignorado o no citado tantos estudiosos de estos temas revela cuán amplias y hondas han sido sus investigaciones. He aquí el texto de Iriarte:

Fue durante esta navegación que tuvo lugar mi iniciación en los misterios de la marina: esta ceremonia se celebró el 24 de junio, día de San Juan. Yo había observado desde que me embarqué que Seoane me manifestaba gran afectación y amistad y que todas sus conversaciones concluían siempre por hacerme grandes elogios de la marina: tuve motivos para sospechar que él era un adepto; no se me ocurrió que a bordo hubiese una logia. Fui introducido en ella con todas las ceremonias rituales: el local era el camarote del segundo comandante Pardo, la hora las doce de la noche, todos dormían a no ser los centinelas que corrían la palabra; otro camarote estaba destinado para cuarto de reflexiones. Cuando me desvendaron, después de prestar el juramento de orden, no fue poca mi sorpresa al verme rodeado de los que eran a bordo mis mejores amigos: todos con sus espadas desenvainadas y asestadas contra mi corazón. El orden jerárquico de aquellos caballeros era el siguiente: Valdéz, Venerable; La Torre, orador; Seoane, primer vigilante; Ferráz, segundo; Pardo, maestre de ceremonias; Bocalán, hermano terrible. Tena y Plasencia no eran dignatarios. Yo fui nombrado secretario. Así éramos nueve los individuos que componían la sociedad. Tena y

Bocalán habían sido iniciados también a bordo. Mi recepción fue la última que se hizo durante el viaje. Con excepción de los tres últimos y de Pardo que era un antiguo marino recientemente incorporado a aquella logia, ésta había salido instalada desde Cádiz con los restantes. La adquisición de Pardo era sumamente útil, pero como tenía autoridad a bordo le era fácil proporcionarnos los medios de reunión sin que ésta se sospechase. Aquella noche se cerraron los trabajos celebrando un día tan clásico como lo es el de San Juan para los marinos con una cena abundante cuando lo permitían las circunstancias y reinó la mayor cordialidad y alegría.

Debemos analizar esta página. No sabemos si cuando Iriarte habla de la marina escribió realmente marina o masonería. El texto original fue copiado por escribientes inexpertos y sólo pudimos disponer de las copias para mandarlas a la imprenta. Suponiendo que hubiese escrito marina y marinos es evidente que quiso decir masonería. El día de San Juan -los dos San Juan: El Bautista y el Evangelista- es el de los patronos de la masonería. Los grados que tenían los distintos dignatarios son los masónicos. La ceremonia es la típica de las iniciaciones masónicas. Queda bien claro que la logia de ese barco venía instalada desde Cádiz. En esta ciudad existía, por tanto, una logia masónica que creaba otras logias que empezaban a actuar y hacer iniciaciones en pleno Océano. Se dirá que aún no aparece la palabra masonería o masón. Los críticos exigentes necesitan esta palabra para reconocer que una logia era masónica y no una sociedad secreta no masónica. Iriarte, para no atemorizar a su familia y a los posibles lectores tiene cuidado en no emplearla. Nos da datos preciosos para saber cómo obraba la masonería en su propagación de sus ideas liberales e independencistas. Más adelante nos dirá que se trataba pura y exclusivamente de la masonería. Sigamos:

No tardé mucho en imponerme de la liturgia, palabras, signos y símbolos: quedé hecho cargo de la secretaría. Todos los miembros entonces existentes teníamos el título de Fundadores. La sociedad se denominaba Logia Central la Paz Americana del Sud. El objeto de esta asociación, como más adelante se verá, era el de dar dirección a todos los negocios públicos y, al efecto, las adquisiciones que se hacían recaían siempre en personas de capacidad e influjo por su posición social y, más particularmente, por su rango en el ejército y que pertenecieran al partido liberal. En Cádiz existía otra compuesta de personas notables que iniciaba a los oficiales destinados a ultramar que más sobresalían por sus principios liberales e ilustración.

Es una ampliación de lo dicho anteriormente. Una logia de Cádiz, "compuesta de personas notables", iniciaba a los oficiales que eran enviados a América. La logia fundada en La Venganza se llamaba Logia Central la Paz Americana. Su fin era dirigir las operaciones que se realizasen en América. Sus miembros pertenecían al partido liberal; pero esto no significaba que todos los liberales fuesen masones ni todos los masones liberales. Era un deseo de la masonería contar principalmente con hombres de ideas liberales. Sigue Iriarte:

El partido liberal, perseguido entonces de muerte por Fernando, pretendía de este modo formarse una nueva patria de América si se veían obligados a abandonar la Península para

evitar los furores de aquel déspota sanguinario. Pero la sociedad en que yo acababa de entrar era independiente de aquella aunque relacionadas entre sí y con miras idénticas.

Es la revelación que coincide con muestras investigaciones acerca de los orígenes de la independencia americana. Muchos españoles, hartos del despotismo primero de Manuel Godoy, príncipe de la Paz, y luego de Fernando VII, deseaban la independencia de América para disfrutar en ella de la libertad que no hallaban en España. La masonería de Cádiz, como vemos, tenía estos ideales. Cada Logia, por otra parte, era independiente en sus ideas políticas, aunque coincidían en sus miras liberales. Todas estaban "relacionadas entre sí". Iriarte nos adelanta algo acerca de la masonería que existía en Buenos Aires y que algunos historiadores pretenden negar.

Yo estaba muy contento con los nuevos compromisos que había contraído porque, por el lenguaje de mis compañeros, tenía motivos para esperar que en último resultado nuestros trabajos podían contribuir algún día a reforzar la causa americana. ¡Cuántas veces oí proferir a Valdés, dirigiéndose a mi, estas formales palabras: La guerra que vamos a hacer a sus paisanos es tan injusta que si recibo un balazo mi muerte será tan afrentosa como si hubiera muerto en una horca! Más adelante tuve ocasión para conocer todo el partido que el gobierno de Buenos Aires pudo sacar de la sociedad de que acabo de hablar; pero la guerra civil que devoraba la República Argentina en la época a que me refiero puso un obstáculo insuperable a la realización de mi plan que yo mismo propuse al director Pueyrredón. En su lugar volveré sobre este asunto.

Empezamos a vislumbrar la influencia que tuvo y pudo tener la masonería en la política de Buenos Aires. Iriarte estaba aún lejos de ella. Sospechaba que La Serna conocía la existencia de la logia y que, en América, después de la separación de Iriarte, pudo entrar en ella, en el grado más elevado. En otra página de sus *Memorias*, Iriarte dice que en una despedida, un tanto irónica, a un tal Blanco Cabrera, fueron nombradas tres comisiones, "compuesta cada una de dos oficiales de artillería e ingenieros, dos de L.M. e igual número de caballería". L.M. significa Logia Masónica.

La logia creada en el mar no dejó de actuar en tierra. Camino de Potosí, la influencia de Valdéz sobre la Serna empezó a hacerse sentir. En realidad, era lo logia masónica la que resolvía todo.

Es verdad que para todas las deliberaciones de alguna importancia se reunía la logia, pero ya se sabe cuál es el resultado en estos cuerpos colegiales: hay dos o tres miembros que tienen todo el ascendiente y arrastran la opinión de la mayoría. Aún durante la marcha, en el desierto, siempre que la oportunidad se ofrecía, éramos convocados y se resolvía lo que había que hacer el general. Este era naturalmente suave y fácil de dirigir; pero ¿de qué le hubiera servido tener un carácter más firme e independiente, rodeado como estaba por todos nosotros? Es inconmensurable el poder e influjo de una asociación semejante siempre que sus miembros se entiendan bien ...

Después de Suipacha, en Moxos, llegó el Regimiento de Extremadura, mandado por su teniente coronel don José Carratalá. Iriarte le dio una comida junto con sus oficiales que lo acompañaban. "Antes de levantarnos de la mesa, al tiempo de los brindis, ya había yo hecho un descubrimiento importante: el coronel Carratalá, el capitán Ortega y dos o tres oficiales más eran M... y nos dimos a conocer. Con este motivo estrechamos más los pocos días que allí estuvieron.

Ellos continuaron su marcha al ejército, y yo di cuenta a la L... del descubrimiento que acababa de hacer". Es indudable que la masonería se había infiltrado ampliamente en el ejército español. Lo iremos confirmando más adelante. El hecho de ser masones no impedía los desacuerdos. Una vez Iriarte tuvo una agria discusión con el masón Carratalá y "la sociedad" tuvo que reconciliarlos ...

En Salta, una noche "la sociedad" se reunió en casa de Valdéz para elegir nuevos dignatarios. Hubo, después, una "cena de orden" y no faltaron las bromas.

"La Sociedad se había aumentado considerablemente". Para no inspirar celos se eligió venerable a Carratalá. Iriarte, como secretario, hizo una lista de todos los componentes y se la dio "al orador La Torre". Este la perdió y, por casualidad, la encontró el oidor Campo Blanco, auditor general del ejército, íntimo amigo del vicario La Torre. Dice Iriarte: "La L..., pues estaba descubierta sin que nosotros lo supiésemos". Poco después, Valdéz le dijo a Iriarte: "Hay una gran novedad y me refirió lo siguiente: el vicario general Torres había estado a verlo el día antes para comunicarle el descubrimiento de una L... M... compuesto de los jefes principales. Estamos rodeados de M... le dijo". Valdéz trató de disuadirlo, contestándole que debía ser una broma de Iriarte; pero el vicario no se dio por convencido y fue a ver al general La Serna. Este, ya prevenido por Valdéz, fingió sorprenderse y no creerlo. Por último le explicó que la mayoría de esos hombres mandaban cuerpos y era peligroso ponerse en su contra. El vicario le pidió pasaporte para pasar a Lima a dar cuenta al virrey y a la inquisición. Hubo una discusión. La Serna terminó por darle el pasaporte a condición de que quemase la lista en su presencia. Así se hizo y el vicario partió acompañado por el teniente coronel La Torre. Este "era orador de la L...". Nada sospechaba el vicario. Sin embargo, Iriarte no perdía sus temores. Es de hacer notar que Iriarte se refiere, como San Martín, a los masones con la designación de "amigos". Así escribe: "Yo no cesaba de manifestar a Valdéz el peligro que corríamos todos los amigos de resultas de la denuncia del vicario Torres..." Es por ello que Iriarte, "depositario de todos los ornamentos de la L..." resolvió enterrarlos en una arquilla al pie de un cerro para que no se descubriesen. Otro motivo de temor y desconfianza fue una orden del virrey que nombraba a Iriarte segundo jefe del estado Mayor del ejército que a las órdenes del general Osorio debía expedicionar sobre Chile. debía dirigirse a Lima para zarpar desde El Callao. Iriarte temió una celada.

Valdéz opinaba que, a lo sumo, podía ser "un medio de que se valía el vicario para debilitar la influencia de la L... separando a sus miembros". Todo fue inútil. Iriarte aprovechó esa ocasión para decir a su superior que iba a unirse a sus compatriotas. Valdéz no puso inconvenientes y dejó que pasase al ejército de Olañeta. De este modo le fue fácil llegar al campamento del argentino coronel Arias y empezar una nueva vida.

No escribimos la biografía de Iriarte: novelesca y extremadamente valiosa por los datos curiosos que descubre. Lo hemos hecho, en parte, en un resumen de dos tomos de sus *Memorias*. Se entrevistó con Güemes, del cual tuvo una mala impresión. Se fue a Salta y luego a Tucumán donde conoció al general Belgrano. Tuvo con él varias conversaciones y advirtió que no era partidario de la masonería. Es algo que no concuerda con los datos que la historia tiene de Belgrano. Tanto en los prolegómenos del 1810, como atestigua el general Enrique Martínez, como en el tiempo en que lo vio Iriarte, como demuestra el historiador José Saldías, Belgrano aparece como masón. Nos dice Iriarte:

Cuando en virtud de la recomendación de Valdés me introduje con el general sobre tratados para el canje de prisioneros, me contestó que no estaba en sus atribuciones; también estaba yo encargado de sondearlo, a fin de poner en relación la Logia del Perú con lo que pudiese haber en Buenos Aires. Hice al intento recaer la conversación sobre la masonería. El general se expresó en términos tan poco favorables acerca de esta institución que no me quedó duda de que o bien disimulaba para evitar una abertura de mi parte, o que no era masón. En cualquiera de estos dos casos era inoportuno que yo hubiese pasado adelante, así es que distraje la conversación a otro asunto y aquel no se volvió a tratar más.

Por otros datos, como dijimos, queda bien probado que Belgrano pertenecía a la masonería y que la impresión de Iriarte, de que podía disimular para evitar mayores contactos con un oficial pasado del ejército español, es muy cierta.

Iriarte se fue luego a Córdoba y a Buenos Aires. Se encontró con el director Juan Martín de Pueyrredón. No simpatizó con él. Tuvo conocimiento pleno de la masonería en Buenos Aires. Su testimonio termina con las dudas que han existido acerca de las dos logias que hubo en esta ciudad. Por los informes confusos de José Matías Zapiola se ha creído que una logia era masónica -la de Julián Alvarez- y la otra no lo era. Esto lo han repetido algunos insignes historiadores de la masonería argentina, notablemente movidos por sus convicciones religiosas. Todo es una estúpida mentira. Las dos logias eran masónicas. Quien lo discuta sólo demostrará ignorancia o mala fe. El testimonio de Iriarte no admite vacilaciones. He aquí sus palabras:

El mismo día que me presenté al Director, me acompañó en la visita que hice al coronel de artillería don Manuel Pinto. A medida que conocía los hombres de la revolución el prestigio se iba disipando y acostumbrando a tratar con jefes de artillería llenos de conocimientos y saber en su profesión, la impresión que hizo en mi Pinto fue bien desfavorable: encontró en él un

hombre ignorante en su arma, frío y apático y con exterior afable, que no tardé en conocer era fingido Pinto entonces era el Venerable en la Gran Logia de los Lautaros que trabajaba por los intereses del gobierno o, más bien, de las personas que lo componían y estaban ligados por compromisos. Nuñez también pertenecía a esta Sociedad. Pero ya que he hablado de la Gran Logia será oportuno decir que existía otra secundaria, cuyas funciones esenciales eran desempeñar el honorífico cargo de espiones. En esta Logia de escaleras abajo había jefes y oficiales subalternos, empleados y letrados de un orden inferior. Servía de instrumento a las miras de la Alta Logia y contaba en su seno dos o tres individuos de ella para presidir y dar tono a las deliberaciones y eran estos los que dirigían la opinión de la pequeña Logia.

Queda bien aclarado que en Buenos Aires había una Gran Logia de los Lautaros y otro menor, "de escaleras abajo". En la Gran Logia, presidida por entonces por el coronel Manuel Pinto, se hallaba también Justo Nuñez, marido de la tía de Iriarte. Las dos logias existentes en Buenos Aires eran, como vimos, masónicas. Los historiadores han supuesto que una era masónica y la otra no lo era por un olvido del nonagenario Zapiola o mala interpretación de sus palabras, pues, al hablar de una, dice que era masónica y nada dice de la otra, causa del error en que han caído tantos intérpretes. Iriarte termina con este pequeño problema y nos dice bien claro que la Gran Logia se llamaba de los Lautaros.

Anaya, un antiguo fraile que se había hecho masón, acompañó a Iriarte desde el Alto Perú hasta Buenos Aires y un día fue a verlo a Juan Martín de Pueyrredón. En seguida le contó a Iriarte algo que la historia no ignora -el masonismo de Pueyrredón-, pero que conviene confirmar. He aquí lo que dice Iriarte:

Anaya me visitaba todos los días. Yo lo presenté al Director y lo introduje con mis nuevas relaciones. Un día vino muy contento a decirme que había hecho un descubrimiento importante: que el Director era masón. "¿Y cómo lo sabe usted?". "Porque ha correspondido a mis señas. después nos hemos entendido y hablado con la mayor franqueza y le he dicho que usted también lo era". Yo me incomodé bastante y le reconvine fuertemente por su imprudencia, pero era una y muy grande atreverse, en una posición tan subalterna como la que él ocupaba en la Sociedad, a hacer morisquetas al Jefe del Estado, que en todo caso debía haber esperado a que éste diese los primeros pasos, y aún más que su impavidez me sorprendía la ligereza del director en haberse franqueado con un hombre desconocido; pero que lo que más me había mortificado era que se hubiese avanzado a hablarle de mí, descubriéndole un secreto que me pertenecía y del que yo sólo podía disponer. Pero Anaya me contestó muy placentero, asegurándome que nada se había perdido y que, por el contrario, creía que debía tener buenos resultados, pues el Director se había manifestado muy contento y afable. Temiendo alguna imprudencia fui inmediatamente al fuerte a ver al Director. Este me repitió cuanto me había dicho Anaya. Yo no pude excusarme de descubrirme con el y

hablamos largamente. Me dijo que el país en que vivíamos se necesitaba precaución, que las preocupaciones y el fanatismo religioso preponderaban; que yo era la tercera persona con quien él se descubría y confiaba en que yo no lo comunicaría a nadie, porque, "Créame usted -me dijo- si se supiese que yo era masón me arrastrarían". Todo esto me pareció una patraña y sirvió para que formase un juicio poco favorable de Pueyrredón porque yo encontraba una palpable contradicción entre su afectada reserva y la facilidad con que se había franqueado con un hombre desconocido, con Anaya al primer encuentro, y después conmigo, derogando de su dignidad. Ya la prueba de su superchería la tuve al poco tiempo cuando conocí la existencia de las dos logias de que he hecho mención y en la que estaba enredada una parte considerable de las personas de más viso de la ciudad.

Anaya propuso a Iriarte un plan para volver al Perú "para hacer ver a los amigos del ejército español el riesgo que corrían por el descubrimiento de la Logia" y que, si obraban un trastorno en el ejército, podían ser bien recibidos por el gobierno de Buenos Aires. Comprobamos, de continuo, como la palabra amigos designaba a los compañeros masones. Es una palabra que tanto San Martín como Belgrano usan de continuo. Iriarte no simpatizó con Pueyrredón y pronto empezó a trabajar en su contra. El gobierno no lo ignoraba y lo vigilaba. "Así -dice- sin saberlo, estaba rodeada de un enjambre de espías, individuos todos de la pequeña Logia... Yo corrí un gran riesgo, me salvé porque aprendí a guardar un secreto desde la iniciación en la Logia del Perú y éste es un bien que se adquiere en las sociedades secretas..." Ahora nos revelará quien era Julián Alvarez. Zapiola, en sus respuestas a Mitre, no dijo que la logia de Julián Alvarez era masónica. Con esto pudo dar a entender que la otra, de la cual era Venerable Manuel Pinto, no lo era. Así, insistimos en este punto, muchos historiadores movidos por su obsesión de negar la existencia de la masonería, afirmaron que la otra logia no era masónica. Hemos visto, con el testimonio de Iriarte, que las dos logias eran masónicas. La discusión, repetimos, está terminada. Iriarte vuelve a decir que Alvarez "era el Venerable de la pequeña logia y a más redactor de *La Gaceta*, único periódico que entonces se redactaba en Buenos Aires..." De Julián Alvarez nos dice. "Alvarez era un hombre falso y servil, desempeñaba el cargo de oficial mayor del ministerio de gobierno". Una vez lo hizo llamar "para tratar sobre la logia del Perú a que has pertenecido". Y agregó: "No tengas cuidado y háblale con franqueza porque Alvarez es también masón". Alvarez informó a Iriarte que un corsario argentino había apresado un buque español que iba de Lima a Cádiz y que en él halló la causa formada por la inquisición y el virrey a "la logia del Perú a que yo había pertenecido". Pueyrredón había comisionado a Alvarez para que lo hiciese saber a Iriarte, dado que éste había formado parte de esa logia. Allí había cartas de Iriarte, dado que éste había formado parte de esa logia. Allí había cartas de Iriarte y la lista de todos sus compañeros masones. Iriarte propuso hacer venir de San Juan al orador de la logia, el teniente

coronel La Torre, prisionero de guerra en la victoria de Maipú. Había que hacerle ver el proceso y enviarlo con una aparente misión al Perú para que revelase a sus compañeros el peligro que corrían por ser masones. El proceso contenía la denuncia del vicario La Torre, que no debe ser confundido con el masón del mismo apellido, teniente coronel, el virrey y al tribunal del Santo Oficio. Resaltaba el espíritu de animosidad del virrey Pezuela contra La Serna y sus amigos, "todos pertenecientes a la logia". Pezuela quería exterminar "a todos los miembros de la Sociedad". Había que separarlos uno a uno e imponerles el castigo como a enemigos "del trono y del altar". A La Serna "lo acriminaba como protector encubierto de la logia; decía que era un hombre sin religión, que asistía a la misa por mera formalidad y que cuando elevaban la hostia consagrada sólo hincaba una rodilla, con otras muchas inepcias de esta jaez". Estos datos sirven para saber cómo estaban los españoles divididos por sus ideas políticas: liberales y masones unos, y absolutistas y partidarios de la Inquisición los otros. Por ello se perdió la batalla de Ayacucho y toda América. Pueyrredón, ocupado en otros menesteres que Iriarte ignoró, le explicó que no podía hacer venir al teniente coronel La Torre desde San Juan para encomendarle una misión ante sus hermanos masones porque la guerra civil que ardía en las provincias hacía casi imposible el viaje de ida y vuelta.

No nos detenemos en la conspiración de Iriarte contra Pueyrredón. Fue a parar a la cárcel. "Pueyrredón o la Gran Logia -dice Iriarte- decretaron mi destierro y privación de empleo". No bien renunció Pueyrredón, Rondeau lo puso en libertad. En ese entonces, la masonería extendió su influjo a la Banda Oriental. En Montevideo fundó otra logia cuyo fin era conseguir la independencia. Algunos autores han supuesto que la logia de Montevideo era una sociedad secreta y no masónica. Vamos a probar que pertenecía a la masonería y en ella actuaban los masones de la Gran Logia de Buenos Aires. Nos dice Iriarte: Todas estas diligencias fueron infructuosas y yo continué en mi destierro, aunque no inactivo. Nuestra Sociedad secreta de Montevideo incrementó de un modo considerable e hizo adquisiciones entre los hijos del país de más nota, adictos a la causa de la independencia. Esta reunión tomó una nueva denominación: la de Caballeros Orientales. La mayor parte de los individuos del Cabildo fueron iniciados: Giró, Muñoz, Baluco (don Juan Benito y don Silvestre), Leconq (don Gregorio y don Francisco), Vidal (don Daniel y don Manuel), don Francisco Aguilar, Visillaga, Cullen, don Lorenzo Pérez, don Manuel Oribe y otros muchos orientales fueron introducidos. Esta Sociedad se componía de tres clases o grados. El iniciado era instalado en clase de Caballero Oriental. Seguía el grado superior inmediato de Consejero y por último el de Anciano. Pero la estructura de la Sociedad era tal que los del grado inferior ignoraban la existencia de una clase superior, y de este modo los miembros de la antigua Gran Logia, porque nos reuníamos en privado y nuestra sanción deba después la ley, porque nos era fácil conquistar el voto de algunos miembros de los ancianos y por consiguiente sucedía que,

reunidos con éstos, obteníamos la mayoría, de modo que cuando nos incorporábamos con los Consejeros para deliberar ya llevábamos la votación ganada. Y así sucesivamente para la reunión con el grado inmediato inferior. De este modo, los orientales que no conocían el secreto de la Gran Logia seguían su impulso sin poderlo evitar ni sospecharlo. Los miembros de la Gran Logia éramos: Alvear, Vázquez (don Santiago y don Ventura), Zufriategui (don Juan), Larrea y yo. Como no se dudaba de la venida de la expedición española teníamos nuestro plan para salir a la campaña en cuanto desembarcaren y establecer un gobierno patrio para administrar el país y dirigir la guerra contra los invasores.

Esta sociedad de Caballeros Orientales, manejada por la Gran Logia de Buenos Aires, trataba de salvar la Banda Oriental si era invadida por la expedición española de veinte mil hombres que esperaba en Cádiz la orden de partir. Hemos visto que estaba integrada por masones de la Gran Logia de Buenos Aires y tenía una constitución especial. Esto demuestra que las logias masónicas dependían de sí mismas o estaban ligadas a otras superiores, siempre de una misma zona, sin vinculaciones con paises extranjeros. La logia de Montevideo hizo la lista de los españoles que debían ser alejados de la ciudad a fin de que no cooperasen con los invasores.

Tomás de Iriarte es el autor americano que más pormenores nos revela de la labor que realizaban las logias masónicas en esta parte de América. Eran esencialmente políticas y a nadie se le ocurría hablar de religión. Esto lo podrán suponer y difundir los autores mal informados o movidos por sentimientos propios de sus ideas. La masonería argentina y, en general, de América, se ocupaba de sus asuntos y problemas locales. Por medio de Iriarte sabemos que cuando Pueyrredón dejó Buenos Aires y se trasladó a Montevideo, sus enemigos lo esperaron en el puerto para increparlo. Entre ellos estaban Alvear. Lo acusó de haber publicado en *La Gaceta* de Buenos Aires una carta al rey de España en que le expresaba su adhesión y renegaba de sus antiguas ideas separatistas. También había publicado una real orden falsa, etcétera. Alvear refirió a Iriarte que Pueyrredón le aseguró, "con juramentos y palabras las más expresivas que aunque sabía que no existía la real orden en cuestión, él no tenía parte en aquel negocio: que entre las diversas comisiones que tenía la logia había una expresamente encargada para falsificar firmas; que de allí había salido la real orden con la firma contrahecha y que él no pudo excusarse a hacer circular tamaña impostura por temor de incurrir en el desagrado de la logia de la que siempre había sido un pupilo, porque, durante su administración, se había visto obligado a someterse en un todo a las disposiciones de aquella sociedad, siendo su autoridad puramente nominal y la logia la que de hecho lo ejercía. La Sociedad de Caballeros Orientales, nos dice Iriarte, "a que yo entonces pertenecía, viendo que la guerra vandálica que se hacía a los invasores, ningún otro resultado podía producir que completar la ruina del país, trabajó con empeño y habilidad para pacificar, esperando una coyuntura favorable para levantar el grito de independencia". Lo que vino más tarde:

anarquía, guerras civiles interprovinciales, etcétera, significó la rápida disolución de las dos logias de Buenos Aires. Otras logias masónicas siguieron trabajando en el país y, en especial, en chile. No sabemos si lo que Alvear dijo a Iriarte, respecto a la Gran Logia masónica de Buenos Aires, que falsificaba documentos, es cierto o lo inventó Alvear. Iriarte confiesa que nunca pudo comprobarlo. En otras páginas veremos cómo el odio de Alvear a San Martín se hizo sentir fuertemente en la masonería de Buenos Aires. El Libertador se alejó de la Gran Logia de Buenos Aires, de los Lautaros, y actuó en la de Mendoza y en la de Chile. En esta última se resolvieron hechos trascendentales de la historia americana. (Véase Tomás de Iriarte: *Memorias. La independencia y la anarquía.* Colección de Grandes Obras Históricas Americanas. Directores: Arcadio Fascetti y Enrique de Gandía. Buenos Aires, 1944. Tomo I)

LA IRRELIGIOSIDAD DE LAS TROPAS ARGENTINAS EN EL ALTO PERU

Mucho se ha escrito sobre la irreligiosidad del ejército argentino mandado por González Balcarce que se dirigió al Alto Perú. La expedición tuvo por fin combatir a los partidarios del Consejo de Regencia de Cádiz, enemigos del sistema de las Juntas, que se instaló en Buenos Aires y en Caracas, y que defendía gobiernos locales, no dependientes de Cádiz, que gobernaban en nombre del pueblo y de Fernando VII. Estamos en 1812. Salvo excepciones, poca gente imaginaba una independencia política. La habían concebido Martín de Alzaga, desde las invasiones inglesas, y San Martín, desde España y en Buenos Aires, y otras pocas personas. Castelli, masón desde años atrás, fue el representante de la Junta en este ejército. Monteagudo fue acusado de haber pronunciado un discurso o sermón, en una iglesia, en el cual sostuvo que después de la muerte no hay nada (el *post mortem nihil est*, de los latinos). En consecuencia, el pueblo del Alto Perú, frente a esta irreligiosidad del ejército de Buenos Aires, le fue hostil; vino el desastre del Desagüadero, y el consiguiente proceso para averiguar las causas y las culpas.

El proceso o *Causa del Desagüadero* ha sido publicado en el tomo XVIII de la *Biblioteca de Mayo* (Buenos Aires, 1962). En ella se aclara un punto que pudo demostrar la irreligiosidad colectiva de las fuerzas de González Balcarce y Castelli: si hubiese sido cometido por los jefes o las tropas de un modo general. Se dijo que los masones, ateos, anticlericales, etcétera, fueron los culpables de tantos desórdenes y de la primera gran derrota de las fuerzas de Buenos Aires. Todo esto es inexacto. debemos aclarar en que consistieron los hechos y quienes fueron los responsables. En primer término, vamos a las declaraciones del médico Diego Paroissien, masón de largo tiempo antes, que partió en la expedición del brigadier Antonio González Balcarce para servir en lo que fuese necesario. Declaró el 23 de junio de 1812, y juró por Dios y el rey decir la verdad. Preguntado si en Oruro se atentó contra los representantes y el general en jefe, contestó que el capitán Juan Antonio Argerich le dijo que en esa ciudad había habido una junta de oficiales en la cual el padre fray Manuel Antonio Azcurra "fue el principal agente y orador", y se "trató de prender al doctor Juan José Castelli y al general Balcarce, y remitirlos a esta capital". Este fue "el plan que propuso el citado padre Azcurra". Así se lo habían confirmado varios oficiales (XIII, 11628).

Empezamos por comprobar que fue un sacerdote, el padre Azcurra, quien quiso prender a los jefes de la expedición. Imaginemos lo que hubiese ocurrido se esto se hubiese realizado. El 14 de febrero de 1812 se formó el interrogatorio con que debían ser examinados los testigos. En él se inquiría, en la undécima pregunta, "si entre los generales y jefes del ejército

de la patria había discordias, despreciando a todas las tropas del Alto Perú, y especialmente a las de Cochabamba: considerándose aquellos bastante para destruir al enemigo hasta avanzarse a pronunciar que habían de triunfar aún contra la voluntad de Dios. Y si en las discordias, desprecio a las tropas del Alto Perú y en dicha proposición escandalosa, tenía parte el doctor Castelli, estaba comprendido en estos particulares o influía a lo mismo a sus tropas o si, por el contrario, procuraba contar tales discordias, que no se desprecias en las dichas tropas y castigar las proposiciones escandalosas".

Lo que más preocupaba era la afirmación que se había de triunfar aún en contra de la voluntad de Dios. A esta "proposición escandalosa" se agregaba otro temor, bien aclarado en la pregunta décimo cuarta: "Si nuestra religión santa fue atacada en sus principales misterios por el libertinaje de ciertos individuos del ejército. Si esto llegó o pudo llegar a noticias del doctor Castelli, y si tomó providencias para corregir y castigar tales excesos". Castelli, como es notorio, era masón. No es extraño que el clero tratase de encontrarle fallas contra la religión. Por último -no se olvide que la independencia aún no había sido declarada- se averiguaba si la fidelidad al rey había sido atacada. Es la pregunta décimo quinta: "Si la fidelidad a nuestro excelentísimo soberano, el rey don Fernando, fue atacada igualmente procurando introducir el sistema de libertad, igualdad e independencia. Si el doctor Castelli supo esto o lo pudo saber. Y si tomó las medidas necesarias para contenerlo y castigarlo".

Es indudable que la idea de la independencia existía en algunas personas, pero que la ocultaban con el mayor cuidado. Los testigos que responden a esta pregunta están conformes en atestiguar que Castelli siempre fue fiel al rey Fernando, y que exhortó a su sumisión y obediencia. No podemos penetrar en el cerebro de un hombre vivo, y menos de un muerto. Es posible que Castelli haya soñado con la libertad, igualdad e independencia, y también, con menos probabilidades, que haya entendido estos ideales como factibles con un régimen monárquico constitucional: pensamiento que hallamos en el gobierno hasta el 1914, en que cayó Napoleón y Rivadavia, Belgrano y Sarratea partieron a Europa para ofrecer estas tierras al rey Fernando con un Congreso y una Constitución. Lo cierto es que había fuerzas muy religiosas y clericales que indagaban qué herejías o influencias masónicas podían existir en la derrota del Desagüadero. Lo más grave era el aspecto religioso. Un testigo, el capitán de dragones don Domingo Albariño, contestó que "lo único que oyó decir fue que en Chuquisaca, andando de noche, los oficiales de broma rompieron una cruz, pero que habiendo llegado a noticias del doctor Castelli, procuró averiguar quiénes habían sido, que no se pudo descubrir. Y que, a su vuelta por Chuquisaca, oyó atribuir el referido hecho a un cholo borracho que, al pasar por el lugar donde estaba la cruz, y que en ésta cayó en tierra, la arrastró, la llevó hasta la plaza y la hizo pedazos". (XIII, 11782)

Otro testigo, el teniente de dragones ligeros Sebastián de la Mella, declaró en Buenos Aires, el 16 de febrero de 1812, y recordó que "había oído decir que, en una diversión de

oficiales, agarraron una cruz y la despreciaron, cuyo hecho aconteció en Chuquisaca, que nunca supo ni oyó decir sobre el libertinaje que se indica en la pregunta; que le consta al declarante que el doctor Castelli cuidaba que se respetase el estado eclesiástico castigando a los que faltaban el respeto a los sacerdotes". Agrega que "oyó proposiciones entre la oficialidad relativas a la independencia, libertad e igualdad, pero ignora si lo supo o no el doctor Castelli". Esta declaración nos revela que los oficiales no eran muy respetuosos de los sacerdotes, y que tenían ideas de independencia (XIII, 11785).

El testigo subteniente del regimiento de dragones, Gregorio Zeballos, expuso el 18 de febrero de 1812 que "sólo oído decir que unos oficiales de Chuquisaca hicieron cierta travesura con una cruz, lo que sabido por el doctor Castelli, los llamó reservadamente para averiguar el hecho y no habiéndole podido conseguir, los amonestó y previno que se guardasen en cometer alguna cosa semejante porque habían de ser castigados severamente". Por otra parte, en el ejército "lo que tratábamos era de establecer nuevo gobierno y ser independientes sin obedecer al señor don Fernando VII, que no sabe si esto llegó a noticia del doctor Castelli ..."Las ideas de independencia iban unidas al descreimiento religioso en algunos oficiales que habían llegado al Alto Perú (XIII, 11787). El sargento mayor José Luis Domínguez quitó importancia al suceso respondiendo que "fue juguete de muchachos" y que los papeles públicos eran a nombre de Fernando VII (11796). El capitán Eusebio Suárez, el 28 de febrero de 1812, aclaró que "sabe y le consta que se hablaba con algún libertinaje por algunos oficiales del ejército en orden al sistema del materialismo. Que ignora si llegó a oídos de los jefes o del señor representante" y que, "habiéndose suscitado conversación sobre el sistema, oyó decir al doctor Castelli que no se había de reconocer ninguna testa coronada, pero sí sabe que, para los actos públicos, se ha valido del nombre del señor Fernando VII". (XIII, 11799)

El ideal de la independencia indudablemente existía entre algunas personas; pero una era la independencia civil, con un Congreso y una Constitución, y otra la independencia política, es decir, constituir una nueva nación. Es lo que especifica el testigo capitán José Antonio Argerich, el 29 de febrero: "el que declara puede precisar una proclama del doctor Castelli en que se explica el verdadero sentido de la voz independencia, en contraposición de lo que explican los enemigos del sistema. Y que siempre se ha tenido la debida fidelidad a nuestro legítimo soberano". (XIII, 11801) Más contundente fue el testigo capitán Jacobo García, en Buenos Aires, el 5 de marzo de 1812: "Que es falso también el tenor de la pregunta, pues, por el contrario, las proclamas del doctor Castelli eran a nombre del señor don Fernando VII y exhortando a los pueblos a que siguiesen el sistema de esta capital". Esteban Figueroa, el 11 de marzo de 1812: "El único exceso que se notó en materia de religión fue el de una cruz que unos oficiales jóvenes del ejército echaron por tierra en Chuquisaca y la arrastraron hasta la plaza, lo que, sabido por el doctor Castelli y entendido

el disgusto general con que se había mirado en el pueblo esta conducta de los oficiales, llamó a todos en general y los reprendió ásperamente, expresándoles que el ejército no había ido a remediar abusos en asuntos de religión". Respecto a los ideales separatistas dijo que "los más de los oficiales del ejército aspiraban a la independencia, despreciando a Fernando VII, pues aún se quitaban y arrojaban por el suelo su retrato puesto sobre la escarapela, lo que sabía el doctor Castelli, pues lo oía, veía y aún se ejecutaba a su presencia, sin que hubiese tomado providencia contra ella ...". (XIII, 11812)

Notamos algunas contradicciones. No obstante, es indudable que la mayoría de los oficiales del ejército de González Balcarce eran partidarios de la independencia y se mostraban más bien incrédulos, secuaces del materialismo entonces en boga. Ni una vez aparece la masonería. Es posible que algunos de esos oficiales hayan pertenecido a ella. No hay pruebas. Un testigo, presbítero Domingo Zapiola, fue más amplio en su exposición respecto a las ideas que dominaban en el ejército y la poca religiosidad de sus jefes. Dijo que "oyó ser público y notorio que la oficialidad, de algunos cuantos oficiales, cuyos nombres ignora, arrastraron al salir de un baile, y pasar por el cementerio de la iglesia de San Francisco de Chuquisaca, la cruz que estaba colocada en la esquina de dicho cementerio, conduciéndola a la distancia de media cuadra, poco menos; cuyo hecho se le refirió igualmente el guardián del dicho convento, ignorando si en esto tuvo parte dicho doctor Castelli. Que asimismo, habiéndosele avisado al declarante por medio de un papel anónimo que, en la antesala del dicho doctor Castelli, se había vertido la proposición de que no había Dios, transmitió esta noticia al mismo doctor Castelli, quien citó al día siguiente a los oficiales a efecto, según supo después el declarante, de reconvenirles para que se abstuviesen de semejantes proposiciones. Que últimamente sabe por cartas de Chuquisaca que, después de la derrota y dispersión del ejército auxiliador, se buscaban cálices, patenas y copones que faltaban en las iglesias del tránsito, cuyo exceso reputa más bien a la tropa ...". (XIII, 11819)

El ultraje a la santa cruz fue hecho por oficiales o algún irresponsable, tal vez beodo. Seguro es que la oficialidad se preocupaba, a su modo, de cuestiones metafísicas y dudaba de la existencia de Dios. Al mismo tiempo, todos esos jóvenes soñaban con la independencia política de estas tierras. Entre 1811 y 1812 se hablaba de la infanta Carlota Joaquina como posible reina de toda la América española. Otros grupos políticos pensaban en un protectorado de Gran Bretaña o un reconocimiento del rey José, hermano de Napoleón. Los que habían sostenido el sistema de las Juntas se daban cuenta que, si Fernando VII no recuperaba el trono, no había porque entregarse a los ingleses o franceses o portugueses, y lo más conveniente era gobernarse en forma independiente por medio de un Congreso y una Constitución. Los sacerdotes del Alto Perú y de Buenos Aires estaban preocupados por las ideas materialistas que circulaban en todas partes. Por ello, su celo en averiguar qué había ocurrido en el

ejército de González Balcarce y de Castelli. El 18 de marzo de 1812 declaró el padre predicador fray Antonio Cuesta, de la Orden de Nuestra Señora de las Mercedes. Sólo confirmó que "oyó decir que en Chuquisaca se había cometido un atentado por los oficiales del ejército con una santa cruz que, saliendo de un baile, la arrancaron de un postigo de San Francisco, donde estaba fijada, y la arrastraron por la calle; pero que también oyó decir que, habiéndosele dado parte al siguiente día al doctor Castelli de este hecho, llamó a toda la oficialidad y la reprendió agriamente ...". (XIII, 11823) El teniente coronel de infantería José Bolaños declaró en Mendoza, el 2 de abril de 1812, y dijo que oyó decir "vulgarmente se habían cometido varios excesos irreligiosos y escandalosos por varios sujetos del ejército y como llevo expuesto el capellán Azcurra me dijo que, escandalizado, pretendía retirarse a la capital; había fundado su queja en el particular y no había visto los efectos de la enmienda; que no vi imponérseles castigos por estos delitos a ningún individuo del ejército". (XIII, 11833)

El doctor Bernardo de Monteagudo, en su declaración, en Buenos Aires, del 6 de junio de 1912, fue más explícito. Dijo que, "a no ser que se confundan, como es frecuente, las máximas de libertad política con el espíritu de irreligión, ignora que ningún individuo del ejército se hubiese deslizado contra la religión dominante", y que "se atacó formalmente el dominio ilegítimo de los reyes de España y procuró el doctor Castelli por todos los medios directos e indirectos propagar el sistema de igualdad e independencia". (XIII, 11839)

Lo que ocurría era que en el Alto Perú la totalidad de la población era partidaria de José Manuel de Goyeneche, y contraria a las fuerzas de Buenos Aires. En cualquier lugar la población se levantaba contra los invasores. Un armisticio fue violado por Goyeneche. Los hombres de Buenos Aires eran acusados de irreligiosos, y tal vez lo fueran, a fin de transformar la lucha política en lucha de religión. Con este argumento era fácil levantar a las masas indígenas e ignorantes. Nadie, en esos lugares, concebía una independencia política, y hablar en contra del rey era hablar en contra de Dios. Por ello se magnificó un suceso que todavía no se sabe si fue cometido por algunos jóvenes oficiales, al salir de un baile, o por un cholo borracho. El padre Azcurra era el motor de esas denuncias e inquietudes. El problema era mucho mayor que el haber profanado una cruz. Era el de la independencia de América; no se proclamaba abiertamente, pero estaba, semioculto, en la conciencia de muchos oficiales que horrorizaban a quienes los oían. El mismo Castelli, en sus proclamas, debía encabezarlas con el nombre de Fernando VII. Y el proceso se hizo, precisamente, para saber si se había atentado contra su autoridad. El coronel Luciano Montes de Oca, por ejemplo, en su declaración del 8 de junio de 1812, contesta que "oyó decir que algunos oficiales del ejército se producían con libertinaje y escándalo en puntos de religión, mas que ignora si llegó o pudo llegar a noticia del doctor Castelli", y que "las operaciones del ejército llevaban el mismo objeto que el gobierno instalado en esta capital de defender los derechos del señor

don Fernando VII". (XIII, 11843) Era la verdad: en Buenos Aires se seguía, fielmente, sinceramente, sosteniendo la causa de Fernando VII. La política había dividido a los hombres, especialmente después de la revolución del 5 y 6 de abril de 1811 que dio el mando dictatorial a Cornelio de Saavedra. Este suceso es presentado por algunos testigos como una causa profunda de división en el ejército del Alto Perú. Por su parte, el brigadier Antonio González Balcarce, que declaró en Buenos Aires, el 10 de junio de 1812, dijo que nada sabía referente a la cruz y que "jamás se vio que fuera atacada la fidelidad del señor don Fernando VII" (XIII, 11847).

No entramos en otros pormenores de carácter político, que fueron los prolegómenos de la división de los pueblos en autonomías locales, llamadas federalismo, con sus consecuentes luchas civiles. La influencia de la masonería existió, y también se vio dividida por cuestiones personales, rivalidades, odios y persecuciones. La religión a nadie interesaba. La Inquisición nada había tenido que hacer en esta parte de América. La Asamblea del año 1812 repitió lo que se había hecho en España, en las Cortes de Cádiz, y la suprimió para siempre. Las luchas no respondían a problemas religiosos, sino a ambiciones de hombres e ideales opuestos. Unos se concentraban en intereses personales, y otros tenían en su horizonte una América libre e independiente.

Enrique de Gandía

EL TESTIMONIO DE JERONIMO ESPEJO Y BARROS ARANA

Jerónimo Espejo nunca dudó de la masonería de San Martín y de los principales jefes que lo acompañaron. El mismo fue ayudante del Estado Mayor del ejército que cruzó los Andes, y no ignoraba los secretos de las logias. Cuando tuvo que hablar de la masonería, prefirió transcribir las palabras que le dedicó el historiador chileno Barros Arana en su Historia de la independencia de Chile. Por ello reprodujo las páginas que creyó más útiles para explicar los orígenes de la política masónica de San Martín en Buenos Aires. Los párrafos principales son los siguientes:

Ante todo, San Martín quiso reconocer bien el terreno que pisaba. El sabía que había en Buenos Aires logias masónicas en que estaban afiliados los hombres más importantes e influyentes entre los revolucionarios. San Martín se entendió fácilmente con ellos y se penetró bien del espíritu que animaba a los corifeos de la revolución, y del estado en que ésta se hallaba: estudió a fondo todos los elementos morales de que podía disponer, y acabó por creer que las instituciones masónicas estaban desvirtuadas en las logias de Buenos Aires. Formaban parte de ellas muchos hombres de importancia muy secundaria, que bajo ningún aspecto eran acreedores a la confianza que era preciso hacer en ellos para dirigir con acierto la revolución. San Martín se explicó con Alvear y Zapiola, y estos tres acabaron por convencerse que se necesitaba una reforma radical en el sistema de sociedades secretas para que éstas produjesen el efecto que convenía.

Estos datos, el historiador chileno Barros Arana los obtuvo de muchos hombres que habían estado al lado de San Martín, y sabían muy bien de qué hablaban. Encierran el origen de la Logia que más tarde se llamó Lautaro. San Martín, como hemos leído, comprendió que era preciso constituir una nueva logia, separada de la que existía desde antiguo en Buenos Aires, que se ocupase principalmente de la independencia. Es lo que nos dice Barros Arana, transcripto por Jerónimo Espejo:

De allí pasaron a tratar de los medios de organizar una nueva logia compuesta de un número más reducido de miembros. Debía formarse ésta de los personajes más importantes que, hasta aquel momento, contaba la revolución en sus filas con tal que éstos fuesen hombres de energía y decisión, y que se hallasen dispuestos a arrostrar cualquier peligro por el triunfo de la causa en que estaban empeñados ...

Es el espíritu que tuvo la Gran Logia de Buenos Aires. Continúa Barros Arana: Las primeras personas a quienes expuso su plan lo aprobaron decididamente. La nueva logia iba a reunir en su seno a los hombres más importantes de todos los partidos, y a unificar las

opiniones de todos para marchar de acuerdo, sacrificando al parecer de la mayoría las pretensiones de algunos. Su principal objeto era trabajar poderosamente para asegurar la independencia americana, a costa de cualquier sacrificio y casi sin reparar en medios: sus miembros debían hacer completa abnegación de sí mismos, guardar religiosamente el más profundo secreto acerca de lo que se tratase en sus reuniones, y obedecer ciegamente los mandatos de la mayoría de los asociados. La reunión tomó el nombre de Gran Logia, y más tarde el de Logia Lautaro, en recuerdo del esforzado guerrero araucano que sucumbió gloriosamente defendiendo la independencia de su patria. Según sus acuerdos debía reunirse en las altas horas de la noche, y era obligación de sus miembros ocultar inviolablemente todo lo que tenía relación con ella.

Ahora nos explicamos por qué San Martín tuvo siempre tanto empeño en no hablar de la masonería. Así se lo expuso al general Miller cuando le preguntó por la influencia de la masonería. Concuerda en un todo con lo referido por el general Tomás de Iriarte. Sus ideales eran los mismos que existían en las logias masónicas de Cádiz: todas coincidían en el fin de la independencia. Sigue Barros Arana:

Antes de dos meses la logia contó con muchos afiliados y, entre ellos, a militares de elevada graduación, a los políticos más influyentes de la revolución argentina y a algunos hombres notables por su patriotismo y virtudes cívicas. Allanáronse todos estos a prestar un solemne juramento y a obedecer fielmente las reglas y ritos de la sociedad.

Jerónimo espejo agrega en una nota que, en el año 1820, la imprenta Federal de Buenos Aires publicó un folleto en el cual "se pretendía descubrir muchos secretos de la Gran Logia. Era un libelo con algunas verdades y muchas calumnias. Espejo creyó conveniente transcribir algunas opiniones del general Bartolomé Mitre expuestas en su Historia de Belgrano. Apenas nos ocuparemos de ella. No estuvo tan bien informado como Barros Arana. Creyó haber alcanzado mayores datos, y cometió errores hoy superados por nuevas críticas e investigaciones. Primero creyó que la masonería de Buenos Aires era un conjunto de sociedades secretas, políticas, que tenían los ritos, ceremonias y signos de la masonería, y no eran propiamente masónicas: tesis que hicieron suya Sarmiento y otros autores, especialmente contemporánea, y se debió a la necesidad de evitar roces con la Iglesia en los años en que se trataba la repatriación de los restos de San Martín. Por otra parte, creyó en la existencia de una logia fundada en Londres por Francisco de Miranda: logia que jamás existió, que no fundó Miranda y que se confundió con la que fundaron, con el número 7, Carlos de Alvear, San Martín y otros, como ha revelado una documentación descubierta hace pocos años por el académico y almirante español Guillen y Tato. Otro error de Mitre fue suponer que la logia de Cádiz se llamaba Lautaro o de Caballeros Racionales, y que la de Londres "podía llamarse Gran Oriente político de la asociación, y de allí partían todas las comunicaciones

para la América". Todo esto es una novela que no cuenta con la más mínima prueba. Más acertado estuvo Mitre cuando se refirió a las disenciones que hubo en la Logia Lautaro.

En otra parte de su obra, Jerónimo Espejo recuerda la Sociedad de los Siete. La mencionó Carlos Calvo en sus Anales Históricos, y le dio como miembros a Belgrano, Nicolás Rodríguez Peña, Agustín Donado, Juan José Paso, Manuel Alberti, Hipólito Vieytes y Juan José Castelli. Juan Canter, en su magistral estudio sobre las Sociedades secretas, opina que no existió. Nosotros hemos hallado comprobantes que hacen posible su existencia. No hay pruebas de que haya sido masónica.

En Chile existía igualmente la masonería. No es el momento de ocuparnos de ella. Algunos eminentes historiadores, dilectos amigos nuestros, han intentado alegar que O'Higgins y otros pro-hombres chilenos no eran masones, a pesar de formar parte de logias, porque esas logias, a su juicio, no eran masónicas, sino clubes políticos. Los dejamos con sus piadosas creencias. Jerónimo Espejo refiere un episodio que demuestra cuán extendida estaba la masonería en Chile y en el ejército español. Cuando Alvarez Condarco pasó a Chile fue llevado, con grandes misterios, a la casa del coronel don Antonio Morgado, jefe principal del regimiento de dragones de la Concepción. Morgado lo invitó a cenar, con otros militares y, "concluido la sopa, Morgado, como es de costumbre, invitó a sus comensales a tomar una copa de vino, y Condarco, casual o intencionalmente, hizo uso de los signos que en estos casos acostumbran los masones. No pasó inadvertido este hecho de ninguno de los presentes pues pertenecían a la logia establecida en Chile y, lejos de eso, se repitieron las invitaciones entre unos y otros hasta la hora en que se sirvió el café". Agrega Espejo que, de acuerdo con historiadores chilenos, eran miembros de la Logia de Santiago militares liberales para el restablecimiento de la abolida Constitución de Cádiz. Amunátegui Solar es uno de los autores citados.

MIRANDA Y LA IMAGINARIA LOGIA DE LONDRES

La acción de la masonería en la independencia americana es un tema difícil y perturbador. Historiadores eminentes han aceptado verdaderas fábulas y caído en errores elementales. Estas confusiones han envuelto la figura novelesca y grandiosa de Francisco de Miranda. El Precursor sólo es culpable en una mínima parte de esta obnubilación. Los historiadores han hecho lo demás. Miranda aparece como el hombre que funda sociedades secretas, y que utiliza la masonería para difundir en Europa y en América el ideal de la independencia hispanoamericana. Cartas suyas a todas las ciudades del Nuevo Mundo habrían creado nuevos conspiradores y levantado el espíritu de la insurrección. Es la escuela de la Revolución en contra de España sostenida por los criollos. Más tarde se unieron a esta teoría la doctrina racista del conde de Gobineau, y la economista o del materialismo histórico de Marx y Engels. La amalgama masónica, racista y marxista imperó durante muchos años en manuales, obras serias y la enseñanza de la historia en América. Muy posible es que se prolongue en el futuro, impávida frente a las nuevas conquistas de la crítica histórica.

Muy pesado, engorroso y poco útil es seguir la cronología de esta historiografía. Podríamos decir, en síntesis, que es algo generalizado, aceptado, y que apenas conoce dudas o discusiones. Como ejemplo, vamos a mencionar algunos autores, unos bien conocidos y otros ocasionales, que demuestran lo arraigado de ciertas afirmaciones y la divulgación que han alcanzado.

Juan Bautista Alberdi fue de los primeros estudiosos argentinos en hacerse eco de las actividades masónicas de Miranda, y de la fundación de una gran Logia en Londres. En 1867 escribió:

A fines del siglo XVIII, el general Miranda, natural de Caracas, con el objeto de emancipar a su país de la corona de España, fundó en Londres una sociedad secreta. Base primera, o modelo de imitación, ella dio lugar a la que se formó en seguida con miras extensivas a toda la América del Sud, bajo el nombre de Sociedad Lautaro o Caballeros Racionales, a principios de este siglo. Esas sociedades tuvieron su centro en Inglaterra y en España. Su Gran Oriente estaba en Londres, y de ese centro irradiaban sus ramas y conexiones en toda América. En Cádiz estaba el Gran Oriente de la sección relativa a la Península. Allí se afiliaban los americanos que entraban o salían de aquel puerto. En Cádiz sólo contaba cuarenta iniciados. Allí se afiliaron San Martín y Bolívar. De modo que en el Viejo Mundo prestaron ambos juramento de servir a las libertades del Nuevo. También se afiliaron en esa logia, en España, los que más tarde fueron el general Alvear y el general Zapiola, que no llegaron a Buenos Aires sino en 1812. El primer trabajo de San Martín y Alvear, a su llegada

fue fundar en Buenos Aires la Logia Lautaro, que dirigió secretamente y gobernó los trabajos de la revolución y de la guerra de la independencia, hasta su completo triunfo. (1)

En estas líneas hay algunas afirmaciones acertadas y un buen número de errores. No fue modelo de la que se creó en Cádiz. Esas sociedades no tuvieron su centro en Inglaterra. Su Gran Oriente no existía en Londres. El Gran Oriente de Cádiz no se refería exclusivamente a la Península, sino a América. Bolívar no se afilió en Cádiz.

Si acudimos a obras anteriores, comprobamos que José Manuel Restrepo, en 1827, dedicó su *Historia de la Revolución de Colombia* "a mi amigo, el general Bolívar", y en sus diez tomos, encuadernados de a dos, no hay una palabra que se refiera a Miranda. (2) El mismo autor, en su *Compendio de la Historia de Colombia* (3) tampoco habla de Miranda. En 1844, Rafael María Baralt y Ramón Díaz, en su *Historia de Venezuela desde el año 1797 hasta el de 1830,* mencionaron el documento del 22 de diciembre de 1797, de los americanos que, en París, comisionaron a Miranda, sin aludir a su autenticidad, y nada dicen, tampoco, de la Logia de Londres. (4) En la introducción a una excelente colección de documentos relativos a Bolívar, de los primeros tiempos, se habla de Miranda, pero no se dice una palabra de la Logia de Londres. Tampoco hay la más mínima alusión en los documentos reproducidos. (5) El Marqués de Rojas, en su *Simón Bolívar,* de 1883, menciona a Miranda, pero no la Logia de Londres, y en la obra que dedicó a El General Miranda, en 1884, se refiere al plan de París, de 1797, en la página XXIV, en unas pocas líneas, y no recuerda en absoluto la Logia de Londres. Sólo en la página XXI habla de "una sociedad patriótica compuesta de los elementos más acentuados", fundada por Miranda y Bolívar en Venezuela en 1811, a poco de llegar de Londres. Nada se encuentra referente a la supuesta logia de Londres en las 782 páginas de documentos reproducidos. (6) Una de las primeras polémicas en torno al enfrentamiento de San Martín y Bolívar fue originada, en 1885, por la novela *Silvia*, del argentino Pedro S. Lamas. Este autor parangonó a los dos libertadores, y le contestó en seguida, con una carta, el ex-presidente de Venezuela, Guzmán Blanco, fundador de la Academia Venezolana de la Historia el 27 de julio de 1833. El presbítero Enrique María Castro, cura de la ciudad de Santa Lucía, en la Sección Bolívar, Estado de Guzmán Blanco, estudió las razones alegadas por ambas partes. Así lo explicó en una introducción Fausto Teodoro de Aldrey, fechada en Caracas el 24 de julio de 1885. Guzmán Blanco, que utilizó y glosó, sin discutir su autenticidad, la carta de Lafond, del 29 de agosto de 1822, no recuerda en ningún instante la Gran Logia de Londres. (7) En Chile, Diego Barros Arana, en su *Historia General de Chile,* es escéptico respecto a muchas afirmaciones acerca de la juventud de O'Higgins, y una imaginaria reconvención que se le hizo por haber mantenido relaciones con Miranda. Opina que "parecen ser inventadas, ya por la pasión, ya por el odio". (8)

Fue en la Argentina donde el gran artífice de nuestra historia, Bartolomé Mitre, profundizó, más que ningún otro historiador, el problema de la masonería en Europa y en América. Tuvo una fuente extraordinaria en el teniente de Marina don José Matías Zapiola, que había actuado en las logias de Cádiz y de Londres, y a los noventa y cuatro años transmitió a Mitre todo lo que recordaba de aquellos tiempos y de aquellas sociedades secretas. En sus grandes obras sobre Belgrano y San Martín, Mitre difundió conceptos que, desde entonces, han hecho larga carrera, pero que la crítica documental ha superado. En su *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* (9) sostuvo que Alvear y San Martín "fueron los primeros que introdujeron en Buenos Aires las sociedades secretas aplicadas a la política". Sabido es que logias masónicas existían desde las invasiones inglesas y mucho antes, y todas tenían fines políticos ocultos. Agrega que las sociedades secretas compuestas de americanos "revestían todas las formas de las logias masónicas; pero sólo tenían de tales los signos, las fórmulas, los grados y los juramentos". Tomás de Iriarte, el general Enrique Martínez y otros autores, que actuaron en aquellas sociedades, han dejado establecido que se trataba de la más pura e indiscutible masonería. Sostiene que los jóvenes que componían esas sociedades estaban "fanatizados por las teorías de la Revolución Francesa", hecho que, hasta ahora, ningún historiador ha podido demostrar con textos de esa revolución. Estas sociedades, según Mitre, "tuvieron su origen en una asociación que, con aquellos propósitos, y con el objeto inmediato de revolucionar a Caracas, fundó en Londres, a fines del siglo pasado, el célebre general Miranda ..." Más aún: "Para cooperar en esta asociación de Miranda, formóse en los primeros años del siglo XIX una vasta sociedad secreta, compuesta casi exclusivamente de americanos, que se había generalizado en España con la denominación de *Sociedad Lautarina o Caballeros Racionales* ... En Londres estaba lo que podía llamarse el *Grande Oriente* político de la asociación, y de allí partían todas las comunicaciones para América. En Cádiz existía el núcleo de la parte correspondiente a la Península, y allí se afiliaban todos los americanos que entraban o salían por aquel puerto ..." Esta asociación tenía cuarenta miembros en Cádiz. En ella "se afilió San Martín casi al mismo tiempo que Bolívar ..."

Se advierte, inmediatamente, que Alberdi bebió sus datos en Mitre, o ambos tuvieron informantes comunes. Mitre se basó, principalmente, en los recuerdos del anciano Zapiola que, a los noventa y cuatro años, aún recordaba la fórmula del juramento. Más adelante veremos cómo los datos de Zapiola no fueron lo suficientemente completos como demuestran otros documentos, que ni Mitre ni Alberdi conocieron. Mitre repitió y amplió, en sus afirmaciones generales, lo dicho hasta ese momento en su clásica *Historia de San Martín*, cuya primera edición es de 1887. (10) Empezó por reafirmar en Miranda su gran categoría de fundador de la Logia de Londres:

Fue él quien centralizó y dio objetivo a los trabajos revolucionarios de los sudamericanos dispersos en Europa, entablando relaciones sistemadas con los criollos de las colonias,

y el que fundó en Londres, a fines del siglo XVIII, la primera asociación política a que se afiliaron todos ellos, con el objeto de preparar la empresa de la emancipación sobre la base del dogma republicano con la denominación de "Gran Reunión Americana". En ella fueron iniciados en los misterios de la libertad futura, O'Higgins, de Chile; Nariño, de Nueva Granada; Montufar y Rocafuerte, de Quito; Caro, de Cuba y representante de los patriotas del Perú; Alvear, argentino, y otros que debían ilustrarse más tarde, confesando su credo o muriendo por él. Ante ella prestaron juramento de hacer triunfar la causa de la emancipación de la América Meridional, los dos grandes libertadores, Bolívar y San Martín.

Las sociedades semejantes dispersas en América explican, con su acción, "el sincronismo de sus primeros estremecimientos, a pesar del aislamiento de las colonias, en que las mismas causas morales producían idénticos efectos por misteriosas afinidades electivas". En otro lugar (11), Mitre repite que "en los primeros años del siglo XIX habíase generalizado en España una vasta asociación secreta, con la denominación de "Sociedad de Lautaro o Caballeros Racionales", vinculada con la sociedad matriz de Londres denominada "Gran Reunión Americana", fundada por el general Miranda ..." Agrega datos ya expuestos en otras páginas de sus obras. Por último, se refiere ampliamente a la Logia Lautaro, de Buenos Aires, con las relaciones que le dieron el citado Zapiola, el doctor Julián Alvarez y el general Las Heras. Consultó, sobre otros aspectos de las logias americanas, los documentos publicados por Vicuña Mackenna en el *Ostracismo de O'Higgins* y los papeles inéditos que heredó de Vicente Anastasio de Echeverría. La gloria de Francisco de Miranda, que él nunca había soñado, y que ningún historiador de su tiempo, ni ninguno de sus amigos ni enemigos, le atribuyó, estaba formada: Miranda, por obra de Mitre, que aceptó los recuerdos, vacilantes, inseguros, según su propia confesión, de José Matías Zapiola, se convirtió en el fundador de la Gran Logia de Londres: logia que habría dirigido los orígenes de la llamada "revolución" americana, que explicaría el sincronismo de todos los movimientos "revolucionarios" de América, y que hace olvidar, por tanto, incomprensiblemente, el "sincronismo" que produjo en el Nuevo Mundo el cúmulo de noticias que llegaban de España, con la formación de las Juntas populares de gobierno, imitadas inmediatamente en América.

La historia de la guerra civil hispanoamericana, entre juntistas y consejistas, con sus sucesivas evoluciones, apareció como una inmensa y secreta conspiración masónica, manejada desde Londres por Miranda y aceptada, ciegamente, en todas las ciudades americanas, hasta estallar, de golpe, sin duda por una orden desconocida, en 1810, sin tener en cuenta los hechos anteriores, desde el 1808, ni las conveniencias políticas que hicieron a unos hombres inclinarse por el régimen de las Juntas, y a otros por el Consejo de Regencia de Cádiz.

Esta presentación de Miranda como el fundador de la Gran Logia de Londres fue aceptada, sin críticas, durante largo tiempo, por la mayoría de los historiadores. Muy pocos

la silenciaron o pusieron en duda. Jules Mancini, en su difundida obra sobre *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815* (12), aparecida en 1914, habla de la Asociación fundada en Madrid en 1795, "de acuerdo con el peruano don Pablo de Olavide" (página 181), del convento de París, de 1797 (página 183), de la Logia de Londres (página 269), inspirada en "los iluminados", y hace ingresar en ella, "en viaje a Europa", nada menos que a Mariano Moreno, que murió en el Océano (página 271).

Estamos comprobando cómo la biografía de Miranda se acrecienta con la amistad del peruano Pablo de Olavide, y cómo, con otros personajes, hace un convenio, en París, que más adelante vamos a explicar. Este convenio, también imaginario, tiene más fundamentos que la Logia de Londres, pero los biógrafos de Miranda aceptan todo lo que puede robustecer la personalidad de un Precursor que prepara la "revolución" y maneja los hilos de la conspiración que la hará posible. En este tiempo, 1913, en la Argentina, el eminente y difundido Carlos Navarro y Lamarca recoge el pensamiento y la interpretación de Mitre en páginas que harán escuela. "Empiezan a dibujarse -dice- en estas turbulencias coloniales del año 1809, inconexas en apariencia, *la espontaneidad y presión de conjunto* que caracterizan los grandes movimientos iniciales de la Revolución de Sud América". Cree que "este *sincronismo* y esta *identidad de miras* de los movimientos emancipadores en los distintos virreinatos no sería lógicamente explicable *sin la intervención de una mentalidad directora*, uniformando la acción y los procedimientos de los distintos caudillos criollos. La gloria de haber relacionado tales trabajos patrióticos pertenece de lleno al venezolano Miranda". Esta propaganda, según Navarro y Lamarca, Miranda la hizo desde la Asociación que fundó en Londres "hacia el año 1797, de constitución y tendencias análogas a las de las sociedades de *Iluminados* (*Illuminati-Baviera,* 1784) y las posteriores de los Carbonarios (Nápoles, 1815)". Esta "fecunda *Logia Americana,* de la que Miranda se instituyó *Gran Maestre*", tuvo sus filiales en París, en Madrid y en Cádiz. "El principal *taller* y el *Consejo* general de la Asociación estaban en Londres (*Grafton Street, num. 27, Fitzroy Square*), residencia de Miranda, quien hasta el año 1810 *iluminó* personalmente a casi todos los libertadores de Sud América". Etcétera. "Ante él prestaron juramento Bolívar y San Martín". Este cúmulo de leyendas, esta novela mirandina que los historiadores argentino fueron forjando, se agrandó con la influencia poderosa que la Revolución Francesa habría ejercido sobre los hombres de Mayo. Todos los movimientos americanos no se produjeron por las noticias procedentes de España y el sincero fidelismo a Fernando VII, sino por la acción secreta de Miranda, sus cartas, sus redes, que hicieron estallar las "revoluciones", de modo simultáneo, en toda América. Londres era el centro de este tablero de ajedrez, tan bien jugado a distancia por el genio de Miranda. Navarro y Lamarca no imaginó que muchos de los próceres que él menciona jamás lo conocieron, y que Bolívar y San Martín nada juraron en su presencia.

Surge el misterio de los iluminados y de los futuros carbonarios, de los cuales Miranda no tuvo la más mínima noticia. Navarro y Lamarca fue más allá. Imaginó la independencia americana como el cumplimiento de una profecía bíblica, como un hecho inexorable, enunciado por Dios desde siglos atrás. Dice:

Los tiempos habían llegado a su madurez, y debían cumplirse las misteriosas predicciones de Isaías y Abdías, que interpretó Fray Luis de León con genial clarividencia. El pueblo "formidable más que otro alguno, la nación *que espera y más espera* y es hollada, iba a llevar sus ofrendas al Señor de los Ejércitos, y a alzar el estandarte de la libertad sobre los montes ... Tenían que desgajarse y troncharse los dominios de la España de siglos, de la *Sepharad* bíblica, de la tierra gloriosa "*que envió sus mensajeros por mar en barcos de papiro*, y fue un tiempo *címbalo de alas* ...". (13)

La novela de Miranda se fortalece con nuestro amigo Antonio R. Zuniga, *La logia Lautaro y la independencia de América.* (14) El punto de partida de su obra es Miranda (página 5). Supone que fue amante de Catalina de Rusia (página 6). Cree en el proyecto de tratado que habría firmado en París, "con algunos mejicanos y sudamericanos", el 22 de diciembre de 1797. Acierta cuando presenta a Miranda como a un enemigo de la Revolución Francesa (página 11). Imagina que, en 1796, Miranda se afilió al Rito Moderno francés presentado por su amigo y camarada, el general Lafayette (página 33). Asegura que Miranda, secundado por un grupo de amigos, que enumera y, entre ellos, Olavide, todos masones, instituyó en Londres, en la calle Grafton, número 26, "una logia que tituló Lautaro, y poco tiempo después otras dos que se denominaron Caballeros Racionales y Gran Reunión Americana" (página 33). En esta nota agrega: "Algunos escritores han hecho una confusión de estas tres logias aseverando que eran una sola. Pero no es así. Los tres títulos consignados correspondían a tres talleres distintos, que fueron la trípode sobre la cual se asentó la Gran Logia Regional Americana, que era todo un Gran Oriente" (página 35). Zuñiga refuta a Vicente Fidel López, el cual sostuvo que San Martín no tomó el nombre de Lautaro para su logia del poeta Ercilla, sino que lo puso con el significado de Expedición a Chile, secreto que sólo se revelaba a los iniciados. Zuñiga sostiene que esto es un error. "San Martín tomó el nombre de Lautaro de la logia fundada por Miranda, como O'Higgins lo hizo a su vez de la logia de Buenos Aires, y siendo ello así, mal podía entonces el general Miranda saber, en 1806, que San Martín llevaría a cabo, años más tarde, la expedición a Chile" (página 37). Según Zuñiga, la logia de Miranda tenía sesiones todas las semanas. La Gran Logia Regional Americana fue instituida en diciembre de 1807. Miranda también "fundó en Cádiz otra logia que se denominó lo mismo que la de Londres ..." (página 38). Este taller masónico instalado en Cádiz estaba subordinado a la Gran Logia de Londres (página 39). Miranda extendió la acción masónica por toda América, "sembrando logias por doquier y dirigiendo desde el Gran

Oriente de Londres el desarrollo del vasto plan político que bullía en su mente" (página 41). Miranda no puso la Logia Lautaro de Londres bajo los auspicios de la Gran Logia de Inglaterra o de Francia, porque en estos países no existía la legitimidad absoluta de poderes masónicos (página 41). Etcétera. Todo lo transcripto es imaginario, no pasa de una interesante novela.

Un eminente historiador venezolano, con quien hemos conversado de estos temas, Carraciolo Parra Pérez, se ocupó de Miranda en su *Historia de la Primera República de Venezuela,* en 1939. (15) Refiere cómo Miranda creó en París una especie de Comité revolucionario con la cooperación de algunos hispanoamericanos, y el 23 de diciembre de 1797 se hizo dar unos poderes para representar América ante las autoridades británicas. Los "comisarios de la Junta de diputados de las ciudades y provincias de la América Meridional", que dieron sus poderes a Miranda, fueron José del Pozo y Sucre y Manuel José de Salas. Las gestiones debía conducirlas en compañía del peruano don Pablo de Olavide. El acta de París sugería la unión de Inglaterra y los Estados Unidos, en contra de España y de Francia, para desmembrar el imperio español y salvar la libertad "audazmente ultrajada por las máximas detestables" de la Revolución Francesa. Miranda tenía poderes, de esos individuos, para negociar, contraer empréstitos, nombrar agentes y comprar en Londres material bélico, mientras Sucre y Salas volvían a Madrid, a informar a sus "comitentes", y pasaban luego a América para "provocar la explosión". Parra Pérez dice que:

No faltan escritores bizantinos que discuten la legitimidad de aquellos poderes que se daría el venezolano. Es claro que no podían otorgarlos en debida forma provincias que carecían de soberanía y de órganos políticos adecuados. Los compañeros de Miranda eran, como él, simples conspiradores sin mandato alguno. Y lo que caracteriza la obra de aquel y permite llamarle Precursor, por antonomasia, es precisamente esta usurpación épica de la personería de América. El acta de París, de 22 de diciembre de 1797, fue el hábil expediente de que él se valió para eliminar posibles rivales, formalizar las hasta entonces meras veleidades de revolución, y concentrar en su mano el haz de esfuerzos que, de un extremo a otro del Continente, parecían querer lanzarse contra la Metrópoli.

Es una manera, hábil, elegante y bondadosa, de justificar la superchería tramada por Miranda. Parra Pérez no la ignora, pero sabe defenderla. Y lo hace con aparente justicia. Parra Pérez no menciona la Logia supuestamente fundada por Miranda en Londres. Recuerda que la Junta de Caracas comisionó a Simón Bolívar, coronel, a Luis López Méndez, comisario ordenador, y Andrés Bello, comisario de guerra y auxiliar, para que saludasen al rey Jorge de Inglaterra, y lo informasen de la creación del nuevo gobierno de Caracas. Lo mismo se hizo en Buenos Aires. Tanto la Junta de Caracas como la de Buenos Aires, sin que nadie las pusiese de acuerdo, pensaban formar un Congreso que resolviese el futuro de sus países. Los venezolanos llegaron el 10 de julio de 1811 a Porsmouth, y pasaron a Londres. La Junta

de Caracas había recomendado a sus emisarios que no siguiesen los planes de Miranda. Parra Pérez se pregunta si esos hombres, con la orden de la Junta de no tener relaciones con Miranda, se hospedaron en su casa, como refieren, sin pruebas, algunos historiadores, o tuvieron contactos con él. Ya veremos, más adelante, lo que realmente ocurrió.

La leyenda mirandina está perfectamente formada. Es el representante de los pueblos americanos, por la reunión y el acta de París, de 1797; está en contacto con jesuitas exultos y con el peruano Pablo de Olavide funda la Gran Logia de Londres, recibe a los revolucionarios y conspiradores americanos, y dirige los movimientos que, en forma sincrónica, se producen en toda la América española. Es el genio que, desde larga distancia, mueve la revolución americana en contra de España. El odio de razas y los intereses económicos contribuyen a reforzar las prédicas que, por medio de sus lazos masónicos, Miranda hace llegar a los americanos. No olvidemos, en apoyo de estas falsedades, que hasta hizo divulgar la carta atribuida al ex-jesuita Vizcardo y Guzmán.

Los estudiantes y los estudiosos pueden ver cómo se forma una teoría histórica, una explicación, en apariencia perfecta, de los orígenes de la independencia americana, y cómo pasa de autor en autor, constantemente reforzada con nuevos argumentos y nuevas añadiduras. Ahora tomamos, al azar, escritores diversos para mostrar cuán general es, en cualquier libro de historia, esta novela de la Gran Logia de Londres fundada por Miranda.

Luis Alberto Sánchez, excelente difundidor de ensayos históricos y literarios, en su *Breve Historia de América* (16) presenta al peruano Pablo de Olavide como a un precursor de la independencia americana, y a Miranda como fundador de "logias masónicas con fines políticos". No se detiene a averiguar cuáles fueron, realmente, estas logias, pero agrega que Miranda "heredó" los papeles del ex-jesuita Vizcardo y Guzmán, y "mostró a Bolívar el camino de la libertad" (paginas 375-376). El endiosamiento de Miranda sigue su curso. Además, "para coordinar los esfuerzos de los americanos hacia su emancipación ... se constituyó en la capital inglesa una vasta organización, cuyo inspirador fue don Francisco de Miranda. Ella fue la Logia Americana, de la que era Gran Maestre el insigne agitador venezolano". También sabe algo que nadie jamás probó: "La Gran Logia Americana exigía que, para obtener el primer grado de iniciación en ella, era preciso jurar trabajar por la independencia de América, y para el segundo, una profesión de fe democrática" (página 381). Fija, como todos sus antecesores, la dirección de esta Logia en Grafton Street, 27, Fitzroy Square, Londres. Miranda "fundó filiales en varias partes, entre ellas, en Cádiz, donde funcionaba la Logia Lautaro". Sánchez hace jurar ante Miranda, en esta Logia, a Bolívar, a San Martín, a Moreno, a Alvear, a O'Higgins, a Carrera, a Monteagudo, y a otra serie de personajes que jamás hicieron tal cosa. En cuanto a Bolívar, no sólo juró, sino que "según parece, entró a formar parte de la Logia Americana de Miranda" (página 404). Otro escritor, César Jaramillo

Pérez, en su *Resumen de Historia de América,* aparecido en 1950 (17), habla de Miranda y dice:

En Londres constituyó una Logia o Asociación Revolucionaria Americana, de la que formaron parte todos los grandes dirigentes del movimiento libertario de los actuales países americanos, porque Miranda se constituyó en el maestro y director (página 175).

Admite la amistad con Pablo de Olavide y la realidad de la reunión con representantes americanos, y el acta firmada en París:

Después de haber firmado en París un acta con los representantes de la revolución en las diversas colonias de España, y en la cual se le designó, juntamente con el peruano Pablo de Olavide, para hacer gestiones ante Inglaterra y conseguir la ayuda de esta nación a la independencia de América, pasó a residir en Gran Bretaña, y allí volvió a gestionar apoyo, basado en la unión de Inglaterra y Estados Unidos (páginas 176-177).

Muy difícil es seguir, en la inmensa bibliografía mundial referente a los orígenes de la independencia americana, todos, o los principales autores, que repiten, sumisamente, sin el menor intento de crítica, la leyenda de que Miranda tuvo una reunión en París, fundó la Gran Logia de Londres, y tomó juramento a la mayor parte de los hombres que soñaron con la independencia o intervinieron en ella. La historia de un Miranda fundador de logias masónicas está hecha y circula sin ningún freno. Podemos encontrarla en cualquier autor. María del Carmen Velázquez, en 1953, en un programa de historia de América, en lo referente a México, de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (18) nos dice: "Inglaterra toleró en su suelo las reuniones de americanos, como la Logia Lautaro, en donde se conocieron muchos de los más importantes libertadores de América". Lo mismo hace Américo Jabobina Lacombe en el programa que se refiere al Brasil, en 1956 (19). Dice: "Das lojas fundadas en Londres por Miranda, a Lautaro, a Gran Reunión Americana, de que fez parte o brasiledo Hipólito de Costa, e a Caballeros Racionales, foram grandes centros emancipadores de América. A elas se filiam varios movimentos revolucionarios em diversos paises, inclusive o Brasil". Ahora aparece, en la Logia de Londres, también el brasileño Hipólito da Costa, y el Brasil recibe igualmente la poderosa influencia de Miranda. Pruebas, ninguna. Es un eco, que se transforma en voz poderosa e indiscutida, y se halla en todos los libros que estudian, a fondo o superficialmente, la historia de la independencia del Nuevo Mundo. No escapa a esta sugestión colectiva el ilustre Ricardo Rojas, en su popular, excelente y tantas veces reeditado, *Santo de la Espada*. Las suposiciones permiten a muchos historiadores enturbiar aún más el problema. Eugenio Orrego Vicuña, en su *O'Higgins, vida y tiempo* (20), nos dice:

Probablemente en esa época el Precursor fundó la Gran Reunión Americana, sociedad secreta, que se subdividió en diversas filiales, y cuyo centro estaba sin duda en Londres. Sábese sólo, a ciencia cierta, que una sucursal funcionó en Cádiz, y que de la matriz común hubo de

brotar la famosa Logia Lautaro, establecida después en Buenos Aires, Mendoza y Santiago y cuyo nombre, a nuestro entender, fue fruto de la asociación de O'Higgins y Miranda.

Siempre Londres como matriz de las logias de Cádiz y de América, y Miranda el gestor de todo ello. Fabián Onsari, recordado amigo, ex-jefe de la masonería en la Argentina, coincidió con sus muchos colegas cuando estudió, muy bien, a *San Martín, la Logia Lautaro y la Francmasonería* (21). Dijo:

Francisco Miranda, gran precursor, fundador de la Reunión Americana, entidad secreta matriz en la que se iniciaron los más eminentes americanos, que ejercieron luego la dirección política y militar de la revolución, y en la cual engendraron las logias y sociedades secretas que fueron guía e impulso del movimiento.

La abundancia de suposiciones, convertidas en afirmaciones seguras, llevó a algunos estudiosos a utilizarlas todas, mezclándolas hábilmente, y dando vida a un panorama político masónico realmente interesante. Es lo que hizo la destacada historiadora norteamericana Margaret H. Harrison, en su *Capitán de América. Vida de José de San Martín* (22). Habla de la Logia Lautaro, de Buenos Aires, cuyo objeto, según la autora, era "el establecimiento de una forma republicana de gobierno en los países del Río de la Plata" y cree que Miranda "viajó de incógnito hasta esa ciudad (Cádiz) para cambiar ideas acerca de la independencia de la América española con el grupo de oficiales americanos allí establecidos. Se supone que en esta visita fundó una filial de la Logia secreta, organizada por él en Londres, en 1802, y a la que pertenecieron, se afirma, Carlos María de Alvear, el patriota chileno Carrera y hasta el gran Bolívar". Miranda, según Harrison, se había afiliado a la masonería del río francés en 1796, presentado por el general Lafayette. La logia Lautaro de Londres se formó como un cuerpo independiente de la masonería francesa e inglesa. Miranda redujo los treinta y tres grados a los cinco grados de la masonería francesa, para que los políticos no tuviesen tantos obstáculo. No sabemos quién fue el genio que informó a esta gentil señora. Otro amigo nuestro, del Brasil, A. Tenorio de Albuquerque, masón y ampliamente relacionado en las sociedades culturales de América, escribió un ameno libro sobre los *Libertadores de América. A maçonaria e a emancipaçao dos povos americanos* (23), en 1962. Declara que "indiscutivelmente extraordinaria foi a influençia da loja maçonica Gran Reunion Americana, sediada en Londres, para a emancipaçao dos povos ibero-americanos" (página 32). "Durante o seu refugio em Londres, Francisco de Miranda fundou a Loja Grande Reuniao Americana, com objetivos politicos ... instalada em una casa denominada Deputacion Venezolana, situara en Grafton Street, Fitzroy, Nº 26. Francisco de Miranda, duante varios anos, foi o veneravel". Allí se iniciaron los próceres de la independencia (página 41). La influencia de la Logia de Londres fue "extraordinaria". Miranda "era o coordinador das iniciativas, dos organizaçoes, etcétera (página 36). "San Martín visitou a Grande Reuniao Americana. Conferençiou com

Miranda e assentou com ele, a fundaçao da Loja Lautaro, em Buenos Aires" (página 39). San Martín dejó Cádiz y se fue a Londres con Carlos de Alvear, "porque era mister entrevistar-se com Francisco de Miranda, comparecer a Loja Grande Reuniao Americana para concertar planos" (página 106). Así se sabe, sin pruebas, pero con las deducciones de Albuquerque, por qué San Martín se fue a Londres.

La leyenda, transformada en tradición y en verdad histórica nunca refutada, pasó a periodistas superficiales, como Carlos Alberto Erro (24), y a grupos de investigadores serios, como J.A. Pérez Amuchástegui, Ireno Calbo, María Rosa Mateos y Aurora Ravini, cuando estudiaron los *Contenidos americanos de la declaración de Tucumán* (25), y a hábiles inquisidores de los misterios de la pequeña historia, como Jaime Cañás, en su atrayente libro *Qué hicieron los agentes secretos en el Río de la Plata* (26). Menos disculpas tienen los especialistas en historia de la masonería Aníbal A. Rottjer, en *La Masonería en la Argentina y en el mundo* (27), repite que Miranda fue el fundador de las sociedades secretas que se propusieron luchar por la independencia de América. Se basa en las afirmaciones, todas indocumentadas, de Bernardo Frías, Ernesto Palacio, Antonio R. Zuniga y Martín V. Lazcano, para decir que los americanos que residían en España constituyeron en Madrid, en 1795, la Junta de diputados de los pueblos y provincias de la América Meridional, y que en ella estuvieron nada menos que todos estos hombres: José y Francisco Gurruchaga, José Moldes, José Cortés Madariaga, Servando Teresa de Mier y Juan Pablo Fretes. Miranda fue el fundador, en Londres, de la Gran Reunión Americana, cuyos miembros se llamaban Caballeros Racionales, "porque nada más racional -diría fray Servando Teresa de Mier- que morir por su patria y sus paisanos". Otro especialista, Américo Carnicelli, en los dos tomos que, en 1970, dedicó a *La Masonería en la Independencia de América* (28), confiesa que no ha podido averiguar dónde ni cuándo fue iniciado Miranda en la masonería. Repite la fábula de que, en 1797, Miranda organizó en Londres la Gran Reunión Americana, una filial en la misma ciudad, y otras en París y Madrid, con el nombre de Juntas de las ciudades y provincias de la América Meridional, y otra en Cádiz, que denominó Sociedad de Lautaro o de los Caballeros Racionales, para atraer a los criollos a la revolución (Tomo I, páginas 73-74). Bolívar se incorporó en Londres a la Gran Reunión en 1810 (Tomo I, página 73). Otra fábula: Miranda fundó en Londres, en diciembre de 1807, la Gran Logia Regional Americana, que funcionaba en la Grafton Street 27. En ellas se habría iniciado un mundo de personalidades, hasta Mariano Moreno, sin duda en espíritu (páginas 75-76). Nuestro amigo paraguayo, el doctor Amadeo Báez Allende, que fue Gran Maestre de la Gran Logia del Paraguay, en su valioso estudio *La masonería paraguaya a través de sus hombres*, aparecido en 1970, se basa en la vida de O'Higgins, escrita por Benjamín Vicuña Mackenna, para incluir el sacerdote paraguayo Juan Pablo Fretes entre los miembros de la Reunión Americana, fundada en

Londres por Miranda. No confunde, como otros autores, a Mariano Moreno con Manuel Moreno, el que estuvo realmente en Londres y fue masón. Sigue la excelente "*Historia de la Cultura paraguaya*, de Carlos R. Centurión (Asunción, 1961), y a los autores de mayor responsabilidad en estos temas. El peso de la tradición es demasiado fuerte para librarse de él en forma repentina. (29)

Cada país trata de incorporar sus próceres a la Gran Reunión Americana. Sus inspiraciones tienen que provenir de Miranda. Este personaje habría mantenido relaciones estrechas con cuanto americano pasó por Europa. En Chile, el inolvidable amigo Jaime Eyzaguirre, en su bella obra sobre O'Higgins, crea situaciones dramáticas en que Miranda confía al joven chileno su secreto masónico de libertar América (30). Todas fantasías novelescas. Fernando Pinto Lagarrigue admite, como todos, la Gran Reunión Americana instalada en Londres, en Grafton Square, en 1800, pero con la diferencia que sus principales organizadores fueron Francisco de Miranda y Bernardo O'Higgins (página 62). Sabe lo que nadie pudo averiguar: Washington inició a Miranda en una logia de Virginia (página 62). Asegura que la Gran Reunión Americana era una logia "dependiente de la Gran Logia de Inglaterra". Ella, como se lee en todas partes, planificó "la independencia de las colonias españolas". San Martín llegó a Buenos Aires con "un plan concebido en líneas generales por la Gran Reunión Americana para afianzar la independencia recientemente declarada" (página 71). Vemos que confunde el año 1812, en que llegó San Martín, con el 1816, en que se declaró la independencia. En cuanto a la Logia de Cádiz, no habría sido fundada por Miranda, sino por O'Higgins (¡Oh, el patriotismo!) (página 72). También José Miguel Carrera (siempre el patriotismo) participó con Alvear en la misma logia de Miranda (página 79). Los barcos que contrató Carrera con el dinero que le prestó John Skinner, de Baltimore, llegaron con él "a Mar del Plata". Carrera no se afilió a "ninguna de las tres logias señaladas, mantenía su calidad de hermano masón por haberse iniciado en la logia de Miranda, y por afiliarse a la logia San Juan de Washington" (página 82). San Martín discutió en la Gran Reunión Americana "un plan más completo de acción" (página 72) (31). Estos errores o falsías no faltan en obras serias, tanto de investigación como de divulgación. Pasamos por alto los excelentes libros de Benjamín Oviedo (32) y René García Valenzuela (33) para detenernos un instante en una réplica que el Instituto Sanmartiniano de Chile hizo al diario de Santiago "*La Tercera de la Hora*", el 26 de mayo de 1974 (34). El diario había sostenido que San Martín y Maroto, ambos masones, se habían puesto de acuerdo en el resultado del triunfo de Chacabuco, para no derramar sangre excesiva, y que la prueba se hallaba, además del masonismo de los dos generales, en el hecho de que San Martín no había ordenado la persecución del enemigo derrotado. El Instituto Sanmartiniano de Chile, con las firmas de sus dirigentes, generales Aníbal Alvear Godoy, Carlos Espoerer Aguirre, doctor Ramón Pineda Contreras e Isaura

Abrigo, replicó que la primera logia simbólica de Chile, según el antiguo rito escocés, se fundó el 15 de marzo de 1827, diez años después de la batalla de Chacabuco, "de modo que ni San Martín ni Maroto pudieron pertenecer a ella en el momento de la batalla": argumento que nada significa frente a la condición de masones de los contendientes. Y agrega el Instituto: "No debió confundir el articulista los vínculos entre la Logia Lautarina, rama de las que don Francisco de Miranda organizó en Europa, para luchar por la independencia de los países americanos, con las logias masónicas propiamente dichas".

No entramos a discutir los acuerdos secretos que pudieron existir -y no están documentados- antes de la batalla de Chacabuco. Destacamos el hecho de que nadie niega que la masonería americana estaba dirigida por la mano de Miranda. Abraham Scheps, en un artículo sobre *Monteagudo y el Congreso de Panamá*, igualmente sostiene, el 30 de mayo de 1976, que "La idea de una América unida es anterior a los intentos de liberación de las colonias iberoamericanas. El venezolano Francisco de Miranda fundó en Londres, en 1797, el movimiento de la Gran Unión Americana" (35). El año del acuerdo de París, con la fabulosa delegación de poderes a Miranda, sirve para indicar el año en que Miranda fundó la Gran Logia -ahora llamada de Unión Americana- de Londres. El caos de las confusiones refuerza cada vez más la leyenda hecha historia indiscutible, petrificada.

LA REACCION CONTRA LAS FANTASIAS MIRANDINAS

La reacción contra este mundo de fantasías, de afirmaciones sin ninguna prueba, de repeticiones de errores, de permanente nebulosa, de una teoría que explica los orígenes de la independencia americana con argumentos y hechos novelescos, falsos, nacidos de suposiciones, de imaginaciones y simples inventos, nunca ha sido refutada. Ha habido dudas, algunas vacilaciones, algún instante de sorpresa o estupor, que honran a quienes los tuvieron.

Carlos Pereyra, amigo siempre recordado, ilustre mexicano, en su *Breve Historia de América* (36) varias veces reeditada, nada dice de la Logia de Londres. Es prudencia, el temor de errar, el no ver claros hechos obscuros, le hicieron preferir el silencio a una equivocación. Tampoco se refirió a la imaginaria reunión de Madrid, sino a la de París. Glosa el documento forjado por Miranda, y fechado el 22 de diciembre de 1797, para ser presentado al ministro Pitt el 16 de enero de 1798. En este documento, inventado por Miranda, como veremos, unos diputados lo facultaron para abrir negociaciones con el gobierno inglés y lograr un tratado de amistad entre las colonias de España y Gran Bretaña, como el que en 1778 concluyeron Francia y las colonias inglesas de América.

José de la Cruz Herrera, panameño, otro admirado amigo, en su *Bolívar, forjador de la libertad,* editado en 1957 (37) no recordó las fábulas de París y de Londres. José Pacífico Otero, nuestro compañero del Archivo de Indias, de Sevilla, de Madrid, de París y de Buenos Aires, donde fundamos el Instituto Sanmartiniano, refiere que San Martín se encontró en Londres con algunos americanos.

"Estaban allí y participaban en las reuniones secretas de la logia fundada por Miranda, el padre Mier, mexicano; Luis López Méndez y Andrés Bello, venezolanos. Al decir del general Zapiola, testigo y actor en estos conciliábulos revolucionarios, el punto de reunión era la casa en que se hospedaban estos dos últimos, delegados del gobierno de Venezuela" (38). Otero fue cauto. Habló de la Logia que, como todo el mundo, creyó fundada por Miranda, pero no cayó en la fantasía de afirmar que San Martín recibió sus instrucciones ni tuvo tratos con él. Se redujo a referir lo dicho por Zapiola, que el punto de reunión era la residencia de los venezolanos, y nada más. William Spence Robertson, en 1938, en su magnífica *Vida de Miranda* (39), agotó el estudio de las fuentes manuscritas y la bibliografía existente. Nada de fundamental ni de accesorio le fue desconocido. Siguió a Miranda paso a paso en su larga y complicada peregrinación. Refirió cómo Miranda se presentó a Pitt llamándose "principal agente de las colonias hispanoamericanas", nombrado por una "junta de diputados" de México, el Perú, Chile, el Río de la Plata, Venezuela y Nueva Granada,

para reanudar con los ministros ingleses las relaciones de 1790 (página 152). Robertson duda de estas instrucciones, de este nombramiento, de los posibles jesuitas Pozo y Sucre y Salas, y de la compañía de Pablo de Olavide, y hasta menciona a O'Kelly de Galway, *Les genéraux de la Revolution* (páginas 109-110), el cual sostuvo que la supuesta representación de los países hispanoamericanos había surgido de la mente de Miranda (páginas 153-154). El venezolano quería llamarse "principal agente de las colonias hispanoamericanas", y así, en efecto, intitulaba sus escritos. Robertson no halló las pruebas suficientes para afirmar que Miranda fundó una logia en Londres. Dice:

Una hipótesis que no contradice el resto de las actividades de Miranda consiste en que durante ese período fundó en Londres una sociedad que se desarrolló hasta convertirse en influyente asociación de revolucionarios hispanoamericanos, y se llamó la Logia Lautaro. No cabe duda de que este club desarrolló actividades en la América del Sur, donde misteriosamente fomentó la revolución en la Masonería; figuraban ya en el catálogo de Miranda desde el año 1783, y aunque manifestó interés por los establecimientos masónicos en el curso de sus viajes por Europa, el examen de sus papeles inéditos, nada revela que pueda probar, sea que perteneciera a la Orden Masónica, sea que fuese el fundador de la Logia Lautaro. Tampoco se han encontrado pruebas susceptibles de indicar que haya iniciado jamás a revolucionarios como San Martín y Bolívar en una asociación de "carbonari" sudamericanos. En realidad, ni siquiera existen rastros indicadores de que Miranda se encontrará nunca con San Martín (páginas 177-178).

Robertson transcribe unas páginas atribuidas a O'Higgins que se refieren a consejos dados por Miranda, y que publicó Vicuña Mackenna. Nosotros hemos sostenido su apocrifidad, y todavía no hemos sido refutados (40).

Robertson dio, con valentía y con probidad de historiador, el primer gran golpe a la leyenda de un Miranda fundador de Logias, y en particular de una poderosa Logia en Londres, que manejaba los hilos de la "revolución hispanoamericana en contra de España".

El segundo golpe lo asestó, en 1946, el novelista e historiador Manuel Gálvez. Nuestro amigo, movido por su acendrado catolicismo, quiso probar que Miranda no había sido masón, y en su ameno *Don Francisco de Miranda: el más universal de los americanos* (41) sostuvo algunas verdades, y se extravió en algunas conjeturas. En primer término, escribió que "no existe el menor indicio de que el Precursor sea francmasón". En seguida refutó a Zúñiga, el cual difundió que Miranda odiaba a La Fayette, pues, como sabemos, creía convencidamente que años anteriores le había denunciado a la policía de París para que le entregase al gobierno español. Y mal podía haber sido presentado por La Fayette, cuando evitaba encontrarse con él". Gálvez supone que la fama de masón se la crearon los españoles. No cree que Miranda haya fundado la logia de Londres, y cita a O'Higgins, el cual sólo recuerda que buscaba jóvenes para doctrinarlos, y no dice que hubiera fundado ni que existiera ninguna logia en

Londres. Podría objetarse, agrega Gálvez, que el secreto masónico le impedía revelar su existencia; pero a ello se contestaría que no calló lo referente a la logia de Cádiz. Una comprobación valiosa, definitiva, que hace Gálvez, y que ningún historiador advirtió, es la del domicilio de la supuesta logia de Miranda, Grafton Street Nº 26, Fitz Roy Square, "y es el caso que el Precursor no se instalará allí hasta mayo de 1802. En 1797, Miranda está en París; en 1798, vive en Londres, en Panton Square, y luego en New Road, en las afueras de Londres, y en 1799 se instala en Alsops Building. Todo eso lo dice Gálvez. "Agregaré ahora que, en junio de 1800, vive en Torwnrock Street 13, Bedford Square, y en septiembre, en Tavistock Street 23, situada igualmente en Bedford Square. En octubre, como veremos, partirá para Holanda, y de allí a París, y no volverá a Londres hasta abril de 1801". Gálvez se pregunta si Miranda, que no ha fundado ninguna logia a fines del siglo XVIII, no lo ha hecho a principios del siglo XIX. Cuando en septiembre de 1810 partió a Caracas, dejó en su casa a los venezolanos López Méndez y Andrés Bello. Así lo supone Gálvez, aunque Parra Pérez, ilustre historiador venezolano, piensa que López Méndez y Bello tenían orden de no obedecer ningún mandato de Miranda y que, por tanto, no parece natural que aceptaran vivir en su casa. De todos modos, Gálvez sabe muy bien que, en Londres, funcionaba una logia por el testimonio, indiscutible, del general José Matías zapiola, que informó a Mitre. Y se pregunta: "¿Ha fundado Miranda esta Gran Reunión Americana?". Robertson no había encontrado ninguna prueba. Gálvez duda y lo niega. Zapiola, en sus informes escritos a Mitre, que éste glosó, y que se encuentran originales en el Museo que lleva su nombre, recordó que en Londres había asistido a las reuniones que tenían lugar "en la casa de los diputados de Venezuela", donde había sido ascendido al quinto grado, como San Martín, pero no sabía quien había fundado esa sociedad, y hasta suponía que podía ser Bolívar. Si hubiera sido Miranda, dice Gálvez, no lo habría ignorado Zapiola.

Un masón destacado, serio en sus investigaciones, como fue Fabián Onsari, en la obra que hemos citado (42), cree, como cualquier historiador de su tiempo, que Miranda fundó la Gran Reunión Americana, pero confiesa que no hay pruebas del masonismo de Miranda, salvo sus visitas a entidades masónicas, y el conocimiento que hizo del príncipe Alejandro Ypsilantis en la logia La Paz. Onseri se apoyó también en Mariano de Vedia y Mitre, el cual, en su vida de Monteagudo (tomo II, páginas 287-288) tampoco halló pruebas del masonismo de Miranda ni, mucho menos, que iniciara a Bolívar y a San Martín. La reacción contra la leyenda de un Miranda fundador de una Logia en Londres, otra en Cádiz y otras en otras partes, empezaba a desmoronarse.

La supuesta historia secreta de Miranda no se limita a la fundación de la imaginaria Gran Reunión Americana de Londres y algunas filiales, sino a otros hechos que, para él, tenían mucha importancia, y de ser ciertos, encerrarían un indiscutible valor histórico: la

reunión en Madrid de los plenipotenciarios de América, el acta de París, de 1797, en que esos plenipotenciarios le dan plenos y amplios poderes para resolver asuntos de inmensa trascendencia internacional, y su amistad con el peruano Pablo de Olavide, perseguido por la inquisición española y presentado como un erudito e influyente revolucionario.

Parra Pérez había tenido sus dudas, y trató de justificar la superchería de Miranda, del acta de París de 1797. Pero el golpe definitivo a esta convención imaginaria, y a esta acta famosa lo dio el ilustre jesuita español Miguel Batllori, en el erudito y luminoso estudio que dedicó al abate Vizcardo, y a la supuesta intervención de los jesuitas en la independencia de América (43).

Hemos conversado con este extraordinario investigador y comentado las conclusiones, exactísimas, a que llegó en su notable obra. Estamos en un todo de acuerdo con las conclusiones de Batllori, que vamos a glosar. La teoría que quiere explicar la independencia de América por una acción secreta de los jesuitas, que, con ella, esperaban recuperar sus bienes y posiciones perdidas, ha sido deshecha. En lo que se refiere a Miranda y a los jesuitas no hay ninguna prueba, expresa Batllori, de que Miranda haya conocido al jesuita, mendocino Juan José Godoy, ni que se haya apropiado de su nombre para hacerlo figurar en sus escritos, como hizo con el de Vizcardo y Guzmán. Miranda no tuvo la colaboración de ningún jesuita en sus planes independentistas. José del Pozo y Sucre, antiguo capitán de artillería, y Manuel José de Salas, que Robertson pensó que podían ser exjesuitas, no lo eran.

Y, en cuanto a la Convención de París, del 22 de diciembre de 1767, que dio a Miranda tantos poderes para presentarse como representante de los pueblos americanos ante Pitt y cualquier ministro, Batllori niega rotundamente su autenticidad. Ese documento fue divulgado por John Adams, presidente de los Estados Unidos, que poseía una copia, y por los primeros historiadores de estos hechos, como Becerra y Carlos Villanueva. De ellos lo tomaron todos los siguientes.

La copia que Miranda entregó a Pitt se encuentra en su archivo, en el Public Record Office, de Londres (P.R.O. 30/8/345). Otro ejemplar, escrito por Miranda, sin duda el borrador del documento fraguado, se halla entre sus papeles. No se conoce el original, firmado por los representantes de los pueblos americanos. Batllori se sorprende de que historiadores de renombre, como Julio Mancini (44) y C.K. Webster (45) hayan aceptado la fábula de la Convención de París, sin advertir su absurdidad. Le contestamos que no debe extrañarse. Toda América y todos los historiadores del mundo que se han ocupado de este tema la han recibido complacidos. En la Argentina, un coronel, a quien le señalamos más de cincuenta errores en una polémica que mostró la endeblez de sus conocimientos sanmartinianos, se aferró a ella para refutarnos. Y no dudamos que, en el futuro, seguirá repitiéndose. Lo que ahora interesa es mostrar los testimonios concluyentes que exhibe Batllori.

Louis Duperou, en su *Noticia histórica sobre el general Miranda* (46), en el año 1800, dice lo siguiente.

Es verdad que hay que decir que mister Smith, desde antiguo relacionado con este asunto, fue encargado por el Ministro de ver a menudo a Miranda para poder apreciar con justicia el grado de confianza que se debía dar a los documentos que Miranda había presentado al ministro con tanta seguridad, y después de eso ver la determinación que se debía tomar sobre los planes presentados por él.

He aquí en qué consistían sus documentos y sus planes. I. Según una pretendida Junta que hubo de tenerse clandestinamente en Madrid, por parte de pretendidos diputados americanos, tres comisarios, cuyos nombres habían salido igualmente de la Minerva de Miranda, habían debido ser enviados por ella, tanto a los del general Miranda como a los del conde de Pilos (Olavide), para darles cuenta de sus proyectos y rogarles de tomar en ellos la parte más activa, y vistos los talentos trascendentes del general Miranda, lo revestían con la calidad de comisario general ante el gobernante inglés, le suplicaban agregar, para la salud del país, todas las personas que juzgara capaces, y le ofrecían un diploma del cual era el fabricante, como de todo lo demás.

Siguen los pedidos que este documento, fraguado por Miranda, lo autorizaba a hacer al gobierno inglés. Más adelante agrega:

Sin hablar de las pretendidas comunicaciones y correos que Miranda se hacía, de tiempo en tiempo, llegar desde el continente para acelerar la ejecución de algunas promesas que le habían sido hechas, y sobre todo la determinación del gobierno, tal ha sido en sustancia la historia de una novela (d'un roman), que había alcanzado tanto favor ante el Consejo del rey que ya se había designado la Trinidad, donde Mr. Turnebul y Forbes de Londres tienen una casa de comercio, como del futuro depósito de las municiones de todo género que debían ser desembarcadas en el país... (página 292).

Un espía, Pedro José Caro, del ministro de Estado español, Mariano Luis de Urquijo, le reveló los manejos de Miranda desde Hamburgo, el 21 de mayo de 1800 (Batllori, páginas 294-296). Le dijo, en español:

Miranda se presentó exhibiendo unos poderes, diciendo conferidos por dos agentes de la América arribados a París, tan bien fraguados y ribeteados, que yo los tuve por verídicos, aunque no auténticos, pues ni nadie puede dar lo que en sí no tiene, ni los delegados pueden subdelegar semejantes comisiones. El tiempo y las circunstancias me han dado a conocer el charlatanismo de los tales poderes, y si los ministros británicos los han comulgado, no es en toda buena fe.

Como quiera que sea, los poderes han dado a Miranda en Londres el tono de una especie de ministro diplomático, que todavía no tiene nombre en el derecho, pero que él se da maña de suponerse el carácter, ayudándole mucho sus conexiones y la íntima amistad con los embajadores Mr. King, de los Estados Unidos de América, y del conde de Waransof, de Rusia ...

Así como el Padre Batllori ha desechado la leyenda de la reunión de Madrid y de la Convención de París, de 1797, tan aceptada por todos los historiadores que han estudiado este tema, un eminente historiador francés, Marcelín Defourneaux, se ha encargado de disipar las nubes que envolvían la supuesta amistad de Miranda con el peruano, perseguido por la inquisición, Pablo de Olavide.

La figura de Olavide fue famosa en su tiempo. Pronto pasó al olvido. Marcelino Menéndez y Pelayo la recordó, sin mayor trascendencia, en su *Historia de los heterodoxos españoles*. Un erudito peruano, de la Rosa, que inspiró sus elucubraciones colombianas, tan eruditas como despistadas, a Henry Vignaud, denunció por el primero la glosa o copia que Olavide hizo de una obra francesa, que le dio renombre, con el título de *El Evangelio en triunfo.* Cayetano Alcázar Molina le dedicó una pequeña biografía (47). Los historiadores peruanos lo mencionan de tarde en tarde. Uno de ellos, Eduardo Nuñez, con un importante bagaje erudito, estudió *El prócer Olavide en Alemania* (48). Muy bien nos explica como el proceso, archijusto, que le hizo la Inquisición, le dio una repercusión extraordinaria en Europa. Eduardo Nuñez se ha concretado, en sus investigaciones, a Alemania. He aquí el resultado de sus búsquedas. En 1799, en Copenhague, el alemán August Hennings (1746-1826) publicó una epopeya titulada *Olavides.* Johann Pezzi (1756-1823), escritor bávaro, publicó en Zurich, en 1753, un relato de viaje, *Faustino o el siglo filosófico,* en donde describe la vida de Olavide en Sierra Morena. El mismo Pezzi editó en Zurich, en 1787, una biografía, *Sincerus, der Reformatur*, que se asemeja grandemente a la figura de Olavide. Por último, Heinrich Zschokke (1771-1848) escribió una novela, sin terminar, *Olavide, der neue Belisar.*

La gran personalidad de Olavide ha sido revivida por Marcelín Deforuneaux en una obra, preciosa por su erudición, su talento y su estilo, que se titula *Pablo de Olavide ou l'Afrancesado (1725-1803)* (49). No creemos que pueda irse más allá en estas investigaciones. No sólo es la resurrección de Olavide, sino la desintegración de la leyenda de su amistad, o complicidad, con Miranda. Vamos a sintetizar y exhibir los valiosos descubrimientos y la reconstrucción que hizo con ellos el ilustre historiador francés Marcelín Defourneaux.

Pablo de Olavide dio un gran lustre a su nombre en la España iluminada del siglo XVIII. Tuvo como primer biógrafo a Diderot, que difundió su historia, no siempre en forma exacta, por haber sido encarcelado y humillado, cruelmente, por la Inquisición (50). De él se ocuparon los escritores y políticos más renombrados de su tiempo: Manuel Godoy, Jorge Juan, Antonio de Ulloa, Juan Antonio Llorente y Voltaire. Olavide nació en Lima, el 25 de enero de 1725. Fue estudiante de una precocidad extraordinaria. El terremoto que destruyó a Lima el 28 de octubre de 1726, sirvió a Diderot y a otros escritores para sostener que Olavide fue perseguido, porque destinó el dinero con que debía levantar dos iglesias a construir un teatro. No fue esta malversación la que lo hizo partir a España, sino una simulación

en su herencia para pagar menos derechos. Llegó a Cádiz en junio de 1752, y dio cuenta en seguida a la justicia de sus actividades. Pronto se casó con una viuda riquísima, que lo hizo opulento y poderoso. Entró en la Orden de Santiago. Antiguo discípulo de los jesuitas se declaró contra ellos. Viajó asiduamente a Francia y formó una espléndida biblioteca. Su mujer, Isabel de los Ríos, permanecía en su gran casa de Madrid. Olavide quería imponer en España los modelos franceses. En Madrid asistía a su tertulia el gran Campomanes, director, en 1765, de la Real Academia de la Historia. El conde de Aranda lo protegía. Se ha creído que esta protección se debía a compromisos masónicos, pero aún no se ha podido probar que Olavide haya pertenecido a la masonería. Don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, fue elegido en 1776 Gran Maestre de la Masonería española. El 2 de mayo de 1777, sin embargo, se declaró muy católico ante el arzobispado de París para ingresar, como comendador, en la Orden del Espíritu Santo, honor que le fue concedido por Luis XIV. El 2 de abril de 1767 ejecutó la real Orden de Carlos III, del 27 de febrero de 1767, de suprimir todas las casas de la Compañía de Jesús en España. Sabido es que el Papa Clemente XIV extinguió la Orden con el Breve *Dominus, ac Redemptor,* dado en Roma, el 21 de julio de 1773. En Versalles, para salvar Menorca y territorios americanos, sacrificó el Peñón de Gibraltar, el 3 de septiembre de 1783, al firmar el tratado de paz con Inglaterra que puso fin a la guerra de cinco años (51). El motín de Esquilache, ministro de Carlos III, en 1766, promovido por los jesuitas y la consiguiente expulsión de la Compañía de Jesús, abrieron caminos nuevos a Olavide que, en Madrid, empezó a ser un tribuno del pueblo. Era partidario del libre comercio. Llegó a ser director de los Hospicios Reales, representante del Consejo de Castilla en la municipalidad de Madrid, intendente de Andalucía, asistente de Sevilla y director de las nuevas colonias que debían levantarse en Sierra Morena. Tenía en sus manos los bienes de los jesuitas; significó el resurgimiento de los estudios científicos en Europa y el fin de las disputas de tomistas y suaristas. Hizo un plan de estudios que alejó de las Universidades el espíritu escolástico. Consideró nulos los estudios hechos en colegios religiosos y defendió la autonomía de las Universidades. En ellas no debían estudiar los pobres. Estos debían continuar sus trabajos. Las Universidades debían formar hombres de gobierno. Los religiosos debían ser excluidos de la enseñanza universitaria. Los principios de Olavide fueron aceptados por Carlos III. Este, desde el 1768, había prohibido que se utilizaran en la enseñanza los autores de la escuela llamada jesuítica. Jovellanos elogió su plan de estudios, adoptado por la Facultad de Medicina de la Universidad de Sevilla. La Universidad de Salamanca adoptó en 1772 el plan de Olavide de 1768. Y lo mismo hicieron la Facultad de Medicina de Valladolid y, sucesivamente, las otras Universidades de España. Los fondos destinados a las universidades no volvieron a emplearse en limosnas, adornos de capillas, etcétera. El estudio de la matemática y de la física experimental fue intensificado. La ense-

ñanza universitaria fue uniformada. El plan de reforma agraria, inspirado en el liberalismo y en el individualismo agrario, estabilizó la explotación, aumentó las tierras cultivadas, mejoró la técnica, y enriqueció la nación. La condición de los campesinos, en muchos lugares miserable, fue transformada. Dejaron de ser oprimidos por las iglesias y los mayorazgos. La cría de ovejas en forma trashumante, hecha por la Mesta, había impedido el desarrollo de la agricultura y aumentado el precio de las tierras de cultivo. La nobleza poseía la mitad del territorio español, y el clero, la quinta parte. El resto quedaba para el llamado Tercer Estado. Olavide limitó los abusos de la propiedad sagrada e inviolable. su ley agraria mejoró la condición de los colonos. En diez años la transformación fue increíble. Los latifundios empezaron a desaparecer. Olavide fue el hombre que pobló los desiertos de la Sierra Morena. Las nuevas poblaciones tenían sus escuelas y eran verdaderos modelos de bienestar social. Colonos traídos de Alemania empezaron a llegar en septiembre de 1767.

La oposición no tardó en presentarse. Surgieron enemigos entre los partidarios de los jesuitas expulsos, el clero y los monjes. La Carolina, sin embargo, era una población que maravillaba. Francisco de Miranda pasó por ella, en 1778, en su viaje de Cádiz a Madrid con el regimiento de la princesa, y quedó asombrado de los cultivos y de las fábricas de cerámica, de géneros y de agujas. En sus viajes (tomo I, página 124) consignó sus impresiones. Olavide recibía en su palacio de la Carolina visitas de alto vuelo. Con ellas discutía de teología, defendía a Santo Tomás y a San Buenaventura. Se opuso a que se tocaran las campanas para alejar las tormentas. El Padre Benito Feijoo había condenado esta práctica. También prohibió que se vendiera la Bula de Cruzada, que dispensaba del ayuno a quien la compraba. En Sevilla embelleció la ciudad y difundió la cultura. Abrió un teatro que representaba obras francesas. En alguna parte, alguien vio un retrato de Voltaire. Fue la semilla de su ruina.

La Inquisición se encargó de vigilar a Olavide. La envidia de los aristócratas le alejó muchas amistades. Se habló de su impiedad. No creía en la eficacia del rosario ni de las misas para salvar a los condenados al infierno. Fue denigrado, traicionado, calumniado. En 1776 empezó su desgracia. Fray Romualdo de Friburgo, prefecto de los capuchinos alemanes establecidos en las colonias, fue el primero en denunciarlo. Era un maniático de las denunciaciones. Hizo desertar a los colonos. Típico paranoico, cubrió a Olavide de infamias y acusaciones que hoy hacen sonreír, pero que entonces, frente a la inquisición, representaban la pérdida de un hombre. Fue llamado a Madrid. Empezaron los interrogatorios y el desfile de innumerables testigos. Olavide tomó precauciones. Se deshizo de libros que podían comprometerlo, como las obras de Voltaire. El terror avanzaba. Declararon ochenta testigos. Olavide fue encarcelado en al prisión secreta del Santo Oficio el 14 de noviembre de 1776. Comenzó su proceso. El fanatismo parecía el de siglos anteriores. No olvidemos que llegaba a extremos como el de Juan Tomás de Iriarte, dominicano, que denunció a la inquisición a

sus hermanos Bernardo y Tomás, el fabulista. La inquisición no revelaba los nombres de los delatores. La prisión de Olavide causó sensación en España y en Europa. La segunda fase del proceso empezó en 1776 y duró tres años. estuvo a punto de ser condenado a muerte. El gran inquisidor le tenía piedad. El rey no permitió un auto de fe. Fue sometido a un autillo y declarado hereje, infame y miembro podrido de la religión. Fue exilado a veinte leguas de su lugar natal y de Madrid y a pasar ocho años de reclusión en un convento, sometido a un director de conciencia que le enseñaría todos los días la doctrina y los dogmas de la fe católica. Además, siempre diariamente, tendría que confesarse, escuchar la misa y recitar el rosario, ayunar los viernes y leer las obras de los padres Granada y Segneri. Nunca más podría ceñir la espada y tendría que vestir trajes de telas ordinarias, de color amarillo. Sus bienes fueron totalmente confiscados. Su descendencia, hasta la quinta generación, no podría tener ningún empleo público. Además, tenía que abjurar de sus errores y reconciliarse con la Iglesia. El inquisidor general le perdonó las humillaciones que se imponían a los reconciliados.

Estas vergüenzas levantaron en Europa un verdadero asco hacia España. La España erudita, gloria de la cultura humana, se veía ensombrecida por el resurgimiento de la inicua inquisición. Los capuchinos no se solidarizaron con el fanático y perverso fray Romualdo. Este tuvo que huir de España. Olavide, entretanto, fue llevado al monasterio de Sahagun, en León. Más tarde se le permitió residir en Murcia y Almagro. Por último, se le autorizó pasar a los baños de Caldas, en Cataluña, cerca de la frontera francesa. Era facilitar su huida y huyó. Se refugió durante unos meses en ginebra. El conde de Aranda se vio obligado a pedir su extradición, pero el gobierno francés la negó. Olavide empezó a vivir en Francia su largo período de dieciocho años.

Entre 1780 y 1789 se halló en París. Sus bienes se habían salvado, pues se hallaban a nombre de su mujer. Llevó una existencia fastuosa, rodeado de las mejores amistades. Amigo de filósofos y de altos personajes, conoció al famoso abate Raynal, historiador, el cual, más tarde, habló de él a Francisco de Miranda. También trató al futuro presidente de los Estados Unidos, Adams. Catalina II de Rusia se interesó por él y le hizo ofrecer dinero, que no aceptó.

Olavide vio la revolución de 1789, pero no hay pruebas que haya tomado parte en ella, como dicen algunas tradiciones falsas. En 1791 se alejó en París. Fue encarcelado por orden del Comité de Vigilancia. Se trataba de un error. Su carácter de víctima de la inquisición lo salvó de otro desastre. En el castillo de Cheverny redactó su extensa obra *El Evangelio en Triunfo:* síntesis o glosa de *Las delicias de la religión,* del abate Lamourett, publicado en 1788 y traducido al español en 1796.

Entre 1780 y 1783, el Perú sufrió el levantamiento de Tupac Amaru, supuesto descendiente de los incas. En 1783, el tratado de Versalles reconoció la independencia de los Estados

Unidos. El conde de Aranda pensó entonces en su discutido plan de independencia de América, dividida en reinos dependientes de Carlos III. En 1783, John Adams, que se encontraba en París, tuvo, en una comida, una conversación con Olavide en la cual hablaron de una "alianza ofensiva y defensiva entre la América del Sud y la América del Norte". Un encuentro de Olavide con Miranda, en París u otra parte, no está atestiguado por ningún documento. Defourneaux sostiene, rotundamente, que jamás se conocieron. También declara que Miranda inventó la existencia del Comité de representantes de la América española que autorizó a Miranda y a Olavide a entablar relaciones con los gobiernos de Inglaterra y de los estados Unidos. El documento, forjado por Miranda y fechado en París, el 2 de diciembre de 1797, establece que si Olavide se hallara enfermo y no pudiera trasladarse a Londres, Miranda haría el viaje solo y, si Miranda no pudiera ir, lo haría Olavide. Como es sabido, Olavide nunca apareció con semejante misión, pero el documento los presentó, a Miranda y a Olavide, como representantes de los pueblos americanos, enviados a Londres y a Filadelfia por unos diputados de la América española totalmente desconocidos. Otro texto de este supuesto poder difiere del que se encuentre entre los papeles de Miranda, en su archivo, y fue publicado por Ricardo Becerra en su *Vida de Don Francisco de Miranda.* Presenta a José del Pozo y Sucre y a Manuel José de Salas como delegados de la Junta de diputados u provincias de la América y cumplir la orden de trasladarse a Francia y encontrarse con sus compatriotas Miranda y Olavide. El resto de este documento, fechado en Madrid el 8 de octubre de 1797, es idéntico al que aparece fechado en París, el 2 de diciembre de 1797. En el archivo de Miranda, como dijimos, sólo se encuentra el borrador de este último. El de París fue comunicado a John Adams. Miranda volvió a París en marzo de 1792, cuando Olavide se había retirado a Meung sur Loire. Miranda entró en el ejército francés con la condición de que Francia lo ayudaría en la independencia de América. fue llevado ante el tribunal revolucionario por su derrota en Neerwinden. Liberado, fue arrestado de nuevo el 17 de julio de 1794. Salió de la prisión en enero de 1795. En este tiempo no pudo tener contactos con Olavide. ya en libertad, fue vigilado constantemente por las sospechas que inspiraba. Miranda fue, en efecto, un enemigo tremendo de la Revolución Francesa. Fue proscripto y vivió escondido. La alianza entre España y Francia hizo pensar a Miranda en buscar ayudas en Estados Unidos y de Inglaterra. Por ello imaginó un Comité de americanos que lo habría nombrado su representante en unión con un hombre como Olavide que toda Europa conocía como un perseguido por la inquisición española. Defourneaux hace notar, con acierto, que el documento fechado en París el 22 de diciembre de 1797 (en otro lugar dice en letra dos), se presenta a Olavide como domiciliado cerca de Orleans, en el castillo de Meung. Ahora bien: Olavide se había ido de este castillo en 1795, o sea, dos años antes de diciembre de 1797 en que se habría realizado la Convención de París. Miranda, en este tiempo, ni sabía dónde vivía Olavide.

Miranda hizo circular el documento del 22 de diciembre de 1797. El 29 de enero de 1798 escribió a su agente en Dover, mister Newport, que si Olavide llegaba a Inglaterra lo recibiese como si fuese el mismo. Poco después envió ese documento a John Adams, elegido presidente de los Estados Unidos, agregando que los ministros de Su Majestad británica tenían una gran satisfacción en actuar en un caso semejante con los Estados Unidos. Todo esto no pasaba de invenciones de Miranda. El nombre de Olavide fue agregado por él para dar mayor autoridad a su actuación que no pasaba de personal. José del Pozo y Manuel José de Salas no fueron jesuitas. Miranda quiso complicar a los jesuitas en sus planes sin que ellos tuviesen noticia de lo que se les atribuía.

Defourneaux recuerda que en 1815, el periodista James Lloyd atacó a Adams en el *Morning Advertiser* de Boston por no haber ayudado en 1797-98 a Miranda que estaba apoyado por Olavide, como demostraba el documento de 1797. Adams contestó que Pozo y Salas eran jesuitas llenos de rencores. No sabía que no se trataba de jesuitas. Agregó que Miranda y sus amigos jamás pudieron ver a Olavide y que éste nunca contestó a sus cartas. Fue en esta carta donde Adams recuerda que conversó con Olavide de una posible alianza de la América española con la inglesa. Nada más.

Olavide volvió a España en octubre de 1798. Estaba perdonado. Le fueron devueltos sus honores y recibió una pensión de noventa mil reales por año. Un mes antes había aparecido su obra *El Evangelio en triunfo.* Quiso crear un sistema de escritura universal que fue un fracaso. Murió el 25 de febrero de 1803. jamás pensó en la independencia de América ni conoció a Miranda.

No satisfechos con estos resultados, quisimos consultar a los historiadores más especializados en historia mirandina y en historia de la masonería. En 1961 hicimos "pesquisas" en el Brasil. El mejor trabajo sobre la masonería en el Brasil es el largo prefacio escrito por Mario Bhering en los *Anais da Biblioteca Nacional,* de 1929. El Gran Oriente de Brasil tenía entonces en preparación una importante obra sobre la actuación de la masonería en ese país. Nuestro eminente amigo, el doctor Roberto Piragibe da Fonseca (Marqués de Abrantes, 219, Río de Janeiro) nos recordó que el capitán francés Laurent habla del funcionamiento de una logia masónica en Río en el año 1800. De modo regular data del año 1801. Los masones brasileños fueron muchos. Masones declarados y confesos fueron José Bonifacio de Andrada e Silva, el patriarca de la Independencia, y el emperador don Pedro I, que en las filas masónicas recibió el nombre de Guatimozim. Respecto a Miranda, el doctor Piragibe da Fonseca creía que había fundado la Gran Logia de Londres y sus supuestas filiales.

El doctor Carlos Felice Cardot, dilecto y eruditísimo amigo y colega en tantas instituciones, académico de la Academia Venezolana de la Historia, respondió a nuestras consultas, el 22 de junio de 1971, con estas palabras:

En lo que respecta a las actividades masónicas de Bolívar, debió decirle que en enero de 1806, después de haber enviudado, y en su largo recorrido por Europa, recibió en la Logia San Alejandro de Escocia, de París, el segundo grado masónico. No hay constancia de que a partir de 1810 haya continuado en la masonería. el acta masónica en particular reposa en microfilm en la Asociación John Bulton de esta ciudad (Manuel Pérez Vila, *La formación intelectual del Libertador,* página 72). Pero es evidente que una vez estructurada la república de Colombia, en 1821, comenzaron a establecerse logias tanto en Bogotá como en Caracas, y Bolívar no tomó parte en ellas. Más bien se burlaba de la masonería, por sus símbolos, sus misterios y sus rarezas. Así se desprende de muchas cartas particulares. Pero la mayoría de los hombres que lo rodeaban sí eran adscriptos a la masonería, inclusive clérigos, no obstante que la masonería estaba condenada por la Iglesia desde el siglo XVIII.

El doctor Carlos Felice Cardot agrega que monseñor Navarro, en su obra *La Iglesia y la masonería en Venezuela,* escribe que Bolívar fue recibido en la Gran Logia Americana de Cádiz. Añade el doctor Felice Cardot: "Si esto es así, allí debe haber recibido su primer grado masónico que es el de aprendiz; el segundo, de compañero, como le dije, lo recibió en París. No hay constancia de que haya recibido el tercero, que es el de maestro, o sea, aquel que verdaderamente declara incorporado al sujeto a la masonería".

Monseñor Navarro no exhibió pruebas de que Bolívar fuese incorporado a la masonería en Cádiz. Es la voz que hicieron correr tantos historiadores indocumentados. Lo único exacto es que el documento microfilmado demuestra que Bolívar entró en la masonería en París, no en Londres. Pudo recibir, directamente, el segundo grado. La masonería francesa tenía cinco grados; la inglesa o escocesa, treinta y tres. La Logia de Cádiz, vinculada a la masonería francesa, también tenía cinco grados.

Otro venezolano ilustre, el coronel Tomás Pérez Tenreiro, a quien nos unen tantos motivos de afecto, nos aconsejó que consultáramos el historiador francés, conocedor profundo de la historia de Miranda, G.F. Pardo de Leygonier, correspondiente en Francia de la Academia Nacional de la Historia, de Venezuela, y de otras instituciones sabias de ese país. El señor Pardo de Leygonier nos contestó el 12 de mayo de 1975, desde París. Primero nos anunció la publicación de la obra de Josefina Rodríguez de Alonso, *Le siécle des lumieres conté par Francisco de Miranda*, y en seguida nos dijo:

Yo comparto plenamente su manera de ver. ni existe prueba alguna de la existencia de la legendaria Logia o Gran Logia de Londres, si se motiva por parte de Miranda, ni en su carácter, ni en su necesidad. Miranda, en lo relacionado a la independencia, no necesitaba actuar en forma clandestina. El venía clamando y proclamando su propósito de independizar a nuestra América y cuando tomó servicio en los ejércitos de la Revolución Francesa dijo:

"... La liberte des puebles etan un objet interessant aussi pour la Nation française, el principalement celle des peuples qui habitent l'Amerique du Sud, ou colonies hispanoamericaines ... et qui desirent egalement secouer le joug de l'oppression pour s'unir avec elle ... il faut que leur cause soit protegé efficacement par la france comme etant celle de la liberté. Et qu'on m'accorde la permission de m'occuper principalement de leur bonheur en establissant la liberté et l'independence dupays ... dont je me suis volontairement chargé ..." Desde ese momento, y si bien había hablado de Independencia desde su estada en los Estados Unidos, proclama su carácter "único" de Libertador, quien se ha hecho cargo del asunto. El acta de París de 1797 confirma la posición "declarada" y "pública" de quien "no quiere compartir" su empeño. En Londres, más tarde, lo veremos declarar que su casa es y quedará el Centro de las actividades insurgentes. No vemos que necesidad podía tener este señor de alguna "masonería" especial para llevar "clandestinamente" un propósito clamado a todos los vientos. Bien, como usted ve, mi opinión no es solamente que no hay existencia de tal Gran Logia, pero que ella, ni se justificaba, ni compaginaba con la mentalidad mirandina, la cual siempre tuvo una gran continuidad, una gran tenacidad y mucha lógica ... ¿Qué valen estos comentarios? Poco diremos y no es lo que usted deseaba, lo cual se resume en el hecho a confirmar a usted que, a mi conocimiento, nada prueba la existencia de una logia sobre la cual no tenemos ningún texto auténtico, ni en su creación, ni en las posibles prolongaciones que hubiera tenido si hubiera sido fundada. Cuando Miranda catequizó a Bello y a Bolívar en Londres, en 1810, no metió ni al uno ni al otro en ninguna masonería, lo que no habría dejado de hacer si la tal Logia americana hubiera existido.

Sin comentarios, sólo agradecemos la comprobación, hecha por un destacado mirandista, de que no es posible hablar de una Logia en Londres fundada por Miranda.

ALVEAR, SAN MARTIN Y LA LOGIA DE LONDRES

Eppur si muove!

Y, sin embargo, existe la constancia de que en Londres hubo una logia en la cual actuaron San Martín, Alvear, Zapiola y otros próceres de nuestra independencia. Lo recordó y lo dijo, por escrito, José Matías Zapiola a Mitre y éste lo consignó en sus imperecederas obras históricas. Estamos como al principio. ¿Quién fundó esa logia de Londres de la cual no se puede dudar? ¿Quiénes la integraban? ¿Qué fines tenía? ¿Cuál era, en una palabra, la política secreta de la Gran Logia de Londres?

De todo esto hablado los historiadores que hemos mencionado y otros muchos que sería largo citar. Pero lo hicieron con sus deducciones, con sus imaginaciones o fantasía, y en historia, cuando se hace una deducción, cuando se imagina algo, por lógico que sea, el error es inexorable. Por ello se escribieron tantas inexactitudes y se divulgaron tantos hechos falsos que mejor es no recordar.

Nosotros creímos, hace años, el problema cerrado y sin solución y hasta pensamos no volver a tocarlo; pero nuestro hallazgo de los documentos de Mariano Castilla y Roberto P. Staples que descubrían los motivos que hicieron venir a América a San Martín, Alvear, a Zapiola y otros hombres, todos movidos por su ideal de libertar al Nuevo Mundo y convertirlo en una inmensa y gloriosa nación, nos puso sobre una pista inesperada que nos ha llevado a estos análisis y a unas conclusiones un tanto revolucionarias, que cambian viejas tradiciones y conceptos que se creía inconmovibles. No queremos referirnos a los ataques que recibimos por imprimir estos documentos, ni a quienes los reprodujeron sin decir que fuimos sus descubridores. Estas pequeñeces no interesan. Lo fundamental es que esos papeles, en apariencia increíbles y tan combatidos por los críticos con los argumentos más sofísticos, nos hicieron saber que la política napoleónica, que favoreció el viaje de San Martín y sus compañeros al Río de la Plata, era una política masónica y que, por tanto, había que buscar en esta vía una luz que dijera lo que nadie había dicho. Y la luz la trajo, casi sin advertirlo, pues no llegó a apreciar la trascendencia de su descubrimiento, otro amigo siempre recordado y admirado: el almirante español José Guillén y Tato. Encontró en el archivo de Bazán, de la Marina Española, unos documentos que los investigadores americanos no podían leer en el Archivo de Indias, de Sevilla, donde, por lo general, llevan a cabo sus búsquedas. Estos documentos, Guillén no los publicó en España. Pensó que podían interesar en América y los envió a la revista de la Academia Chilena de la Historia (52). Nadie sospechó su importancia ni los comentó. Fuimos los primeros en hacerlo en publicaciones periodísticas y luego en nuestro libro sobre *Mariano Moreno: su pensamiento político,* publicado en 1968 (53). Los especia-

listas en estos estudios, sorprendidos de que se derribasen sus viejas suposiciones, optaron por el silencio. Los documentos, en efecto, cambian todo lo conocido. Miranda no aparece para nada. No hay ninguna logia en Londres hasta que no lo fundan Alvear, San Martín y otros compañeròs. No es la logia de Londres la que da vida a la de Cádiz, como decía la leyenda, sino la de Cádiz la que origina la de Londres. Ahora sabemos los verdaderos nombres de la Logia de Cádiz, Logia Número Tres, y de la Logia de Londres, Logia Número Siete. Vamos a los hechos.

El 3 de enero de 1812, el corsario español de Puerto Rico, *San Narciso,* llamado *El Valiente Rovira,* apresó sobre Cabo Codeva al bergantín inglés *La Rosa*, mandado por John Moske, que iba de Londres a Caracas. La correspondencia fue tomada y enviada al Ministerio de Marina Español. Había cartas del venezolano Luis López Méndez, agente de la Junta de Caracas, y de Carlos de Alvear. Los españoles se rieron de las cartas de López Méndez a su mujer, llenas de dulces zalamerías, y las publicaron en Cádiz. A las de Alvear no les hicieron caso. En Buenos Aires, años después, en 1816, la *Gazeta de Buenos Ayres* dio a conocer unas cartas de unos españoles descontentos de lo que ocurría en la Península y se refirió a las cartas de López Méndez ridiculizadas en Cádiz. Dijo así:

Los sentimientos que manifiesta D.R.R. le hacen acreedor a que sólo usemos de las iniciales de su nombre en la publicación de esta carta. Estamos seguros que si hubiese caído en manos de los españoles una correspondencia nuestra no tendrían esta consideración, ni la de respetar varios artículos de cartas familiares y de marido a mujer en que por otra parte se descubre el carácter oscuro de los mandones de la península que hacen papel en América. Ya publicaron en Cádiz la carta del diputado de Caracas residente en Londres escrita a su esposa mofándose cruelmente de las inocentes caricias del tálamo nupcial; bárbaros! Nosotros lo fuéramos si los imitásemos. (54)

La carta de Carlos Alvear C.:A.:V.:P.: está fechada en Londres, el 28 de octubre de 1811, y dirigida a don Rafael Mérida. "Mi estimadísimo hermano -le dice-: al fin he salido del poder de los tiranos, y me hallo aquí acompañado de los Hermanos que en el oficio indico ... Pienso salír el mes que entra con los Hermanos arriba expresados para Buenos Aires, y desde allí comunicaré a usted lo que ocurra ... España está dando ya las últimas boqueadas ... Aquí he establecido una logia para servir de comunicación con Cádiz, Filadelfia y ésta, como también para que encuentren abrigo los Hermanos que escapan de Cádiz. Nuestro Román de la Luz ha salido del Castillo y tiene la ciudad por cárcel, y lo estoy esperando de un momento a otro. Murguiondo y Valbin debían salir pronto. Nada se enmendó enteramente y es uno de los Hermanos más celosos y activos; Armenteros ha estado muy tibio, al parecer, por temor del Gobierno. Por la relación verá usted lo ocurrido con Larrea y López Conde. Si usted no puede desde esa comunicarme lo que ocurra directamente a Buenos Aires,

puede hacerlo por la vía de Londres, remitiéndoselo al Hermano López Méndez, diputado de esa capital, que creo probablemente quedará de Presidente de esta Sociedad. Dará usted mil expresiones de mi parte y de la de Zapiola a los Hermanos Caicedo y Toledo: no pillar a éste le ha salido muy sensible al déspota gobierno español ... El Hermano Roche ha tenido la desgracia de perder su bergantín cerca de San Lucas ... Sabe usted cuánto lo estimo y así será excusado decirle vea en qué puede serle útil su afectísimo Hermano que S.:M.:B.: Carlos Alvear".

Esta carta de Alvear, confiada al sobrecargo del bergantín La Rosa, Juan Brown, y caída en poder de los españoles, fue dirigida a Rafael Mérida que, por el contexto de la misma, se advierte que residía en Caracas. En ella aparecen los nombres de muchos masones -argentinos y venezolanos- y una frase que tiene gran importancia: "Aquí he establecido una Logia ..." Ella demuestra que la Logia que Zapiola dijo que existía en Londres fue establecida por Carlos de Alvear. Junto a esta carta iban unas listas que no han sido halladas o publicadas. Uno de los Hermanos recibidos en la Logia Número 3 después de la partida del Hermano Mérida. Otra "Lista de los americanos que por constitución no pueden ser admitidos en ninguna Sociedad de Caballeros Racionales a causa de haber rehusado entrar en la Número 3 por temor de los déspotas españoles", y otra "Lista de los Hermanos admitidos en la Sociedad de Caballeros Racionales Número 7". Eran los siguientes: "Manuel Moreno, natural de Buenos Aires; Luis López Méndez, idem de Caracas; Andrés Bello, idem de idem, y el marqués del Apartado, idem de idem".

Estas Listas demuestran la severidad que existía en la masonería de Cádiz, revelan los nombres de otros masones, nos hacen saber cómo Manuel Moreno y otros entraron en la Logia de Alvear y no en ninguna fabulosa de Miranda, y nos dan el nombre de la Logia Número 7, de Londres, fundada por Alvear, y también de otras logias: Sociedad de Caballeros Racionales.

Esta carta de Alvear fue conocida por nuestro inolvidable Pedro Torres Lanzas, jefe del Archivo de Indias, que tan amable fue con nosotros cuando, muy jóvenes, empezamos a buscar papeles en Sevilla, y la mencionó en su utilísimo *Catálogo de documentos* referentes a la *Independencia de América.* (55) Otro amigo, muy serio en sus estudios, el masón Martín V. Lazcano, leyó esta cita y la mencionó en su obra *Las sociedades secretas, políticas y masónicas en Buenos Aires.* (56) A ningún otro historiador se le ocurrió estudiarla hasta que la dio a luz Julio Guillén y, en junio de 1970, la reprodujo, junto con la otra carta de Alvear y otros documentos del general Enrique Martínez, la revista *Símbolo,* de la masonería argentina, dirigida por el erudito y siempre cordial amigo, Alcibíades Lappas (57).

La segunda carta de Alvear está encabezada con el nombre de L.: Nº 7, es decir, Logia Número 7. Era el nombre de la de Londres. Y tenía este lema: Unión, Firmeza y Valor. Carlos Alvear C.:A.:V.:S.: La dirije al Venerable Presidente de la L.: Nº 4, que sin duda debe ser la de Caracas. Está fechada el mismo día de la carta dirigida a Rafael Mérida. Le dice:

Estimadísimo Hermano: En cumplimiento de nuestra obligación, paso a dar cuenta de lo ocurrido en la L.: Nº 3 después de vuestra partida. Inmediatamente que salisteis vos y los demás dignos Hermanos que os acompañaban, estuvo a punto de cerrar sus trabajos la L.: Nº 3 por las voces que sabéis se empezaron a divulgar por Cádiz. Para tratar lo que se debía hacer junté a los Hermanos del 5º grado, y después de haber adoptado todo lo que la prudencia nos dictó, resolvimos seguir en nuestros trabajos a toda costa y riesgo. La Providencia, que ciega a los tiranos, nos favoreció esta vez, pues nuestros trabajos continuaron con el mejor éxito y felicidad, a pesar de las acechanzas del gobierno. después de vuestra partida se aumentó la Sociedad con los Hermanos que reza la lista adjunta, de los cuales uno ha ido ya a México, y seis deben salir pronto para diferentes puntos de América a tomar parte activa en la justa causa que defendemos. El otro anexo es la lista de los americanos que, habiéndoseles propuesto entrasen en la sociedad se excusaron por temor al gobierno español, os la remito para que la comuniqueis a las Logias que estén en el distrito de ésa, pues, para nuestra Constitución quedan excluidos para siempre. Al mismo tiempo incluyo una relación de algunos incidentes ocurridos por faltas de algunos Hermanos, y va con el Nº 3.

Habiendo llegado a esta ciudad con los Hermanos Zapiola, San Martín, Mier, Villa Urrutia y Chilavert, hemos fundado por orden de la L.: Nº 3 con el Nº 7, y hemos recibido a los hermanos Manuel Moreno, natural de Buenos Aires; Luis López Méndez, idem de Caracas; Andrés Bello, idem de idem; Marqués del Apartado, idem de idem.

Queda de Presidente de la L.: Nº 3 el hermano Ramón Eduardo Anchoris. Todo lo cual os lo comunico a fin de que hagáis presenta a esa Muy Respetable L.:, encargándonos nos déis cuenta asimismo de todo lo que os haya ocurrido en Filadelfia y en esa capital.

Esta carta confirma lo que Alvear dijo en la anterior. Fue el fundador de la Logia de Londres, número 7, con los Hermanos Zapiola, San Martín, Mier, Villa Urrutia y Chilavert. Estos fueron los fundadores. Después recibieron a Manuel Moreno, a López Méndez, a Andrés Bello y al marqués del Apartado. Los fundadores eran masones de la Logia Número 3, de Cádiz, e hicieron la fundación de la Logia de Londres, Número 7, por orden de la de Cádiz, Número 3. La Logia de Cádiz quedaba presidida por el Hermano Ramón Eduardo Anchoris. (58) No puede exigirse mayor claridad y precisión. La leyenda de que la Logia de Londres fue fundada por Miranda o por Bolívar sólo será repetida por escritores mal informados.

Estas revelaciones de Alvear son confirmadas por otros testimonios. El general Enrique Martínez, masón de los primeros tiempos y colaborador de San Martín, recuerda que en el año 1812 "llegaron de Europa San Martín, Alvear, Zapiola, Chilavert, que traían encargo de establecer la Sociedad de los Caballeros Racionales, cuya fundación había sido hecha en Santa Fe de Bogotá". Al llegar a este punto, Alcibíades Lappas aclara en una nota que, por las cartas de Alvear, sabemos que la Logia de Cádiz tenía el Número 3; la de Caracas, el

4, y la de Londres, el 7. Las Números 1 y 2 podían ser las de Bogotá y Filadelfia. México podía tener el número 5 ó 6. Falta señalar otra ciudad.

Otra confirmación son los recuerdos de José Matías Zapiola, el informante de Mitre. Dice que fue incorporado a la masonería en Cádiz, que en Londres asistía a "la sociedad establecida en la casa de los diputados de Venezuela, donde fue ascendido al quinto grado, como lo fue el general San Martín"; que la logia de Londres "estaba relacionada con la de Cádiz y otras", y que allí conoció a López Méndez, "al secretario Bello", al padre Mier, al marqués del Apartado, al doctor Villa Urrutia, a Manuel Moreno y a otros, es decir, a todos los personajes que menciona Alvear. No nos sorprendamos si Andrés Bello, secretario de la Logia de Londres, afirmó al historiador chileno Barros Arana que San Martín había sido el fundador de la Logia de Londres. Decía la verdad: fue uno de los fundadores. Mitre, que conoció este dato, no lo creyó exacto y prefirió atribuir la gloria de esa fundación a Francisco de Miranda. Así nació la gran leyenda que tanto ha durado y tanto durará.

Hemos podido indicar un año en que pudo ser fundada la Logia de Cádiz, Número 3. En una carta de Bernardo O'Higgins a Bernardino Rivadavia, del mes de septiembre de 1826, le dice que "en los años de 1806, 1807, 1808 y 1809, fui miembro activo de una escogida sociedad organizada en Cádiz en 1802, no solamente con el objeto de librar a Chile del yugo español, sino que también con el de cooperar con Buenos Aires en la misma obra".

La política secreta de la Gran Logia de Londres, la Logia Número 7, era la misma de Los Caballeros Racionales de Cádiz, de la Logia Número 3. Lo dijo O'Higgins: "librar a Chile del yugo español" y "cooperar con Buenos Aires en la misma obra". Y lo confirmó el general Enrique Martínez, en su carta al "hermano" Andrés Lamas del 4 de octubre de 1853: "Esta Sociedad tenía el sólo objeto de promover la independencia de todas las secciones de la América española, y unirse de un modo fuerte de repeler la Europa en caso de ataque". Por ello, en Buenos Aires, "se incorporaron todos los masones y toda la parte civil, militar, eclesiástica y el comercio, y se ramificó con tal velocidad que ya nada se hacía en las provincias sin que fuese de acuerdo con ella". Esa Sociedad, la masonería, "hizo que se reuniese el Congreso de Tucumán y declarase la independencia, y nombró a Pueyrredón director, mas éste no pertenecía a la Sociedad y en Buenos Aires no querían recibirlo. Entonces fue San Martín a Córdoba, y en este punto consiguió que Pueyrredón se incorporase a la Sociedad, y fue recibido". La Sociedad se concluyó con la Revolución de 1820.

Esta es la gran lección que nos ha dado el general Enrique Martínez. Los Caballeros Racionales, las Logias de Cádiz, Número 3, y de Londres, Número 7, desarrollaban la política secreta de la independencia de América. El doctor Ceferino Garzón Maceda publicó las actas de constitución de la Logia masónica de Córdoba. Lo dicho por Martínez no puede ser más exacto.

Cuando dimos a conocer, hace años, estas conclusiones a algunos de nuestros colegas historiadores, y a masones consagrados al estudio de la historia de la masonería, el escepticismo más general fue la impresión que ellas causaron. Un destacado masón del Brasil, que ha dedicado su vida a estos temas, A. Tenorio D'Albuquerque, nos escribió desde Belo Horizonte, el 11 de julio de 1963: "Permítame, mi sabio amigo y maestro, discutir una afirmación suya. La Logia Gran Reunión Americana no podía haber sido fundada por San Martín, Carlos Alvear y Zapiola, por una sencilla razón: los tres han sido iniciados en la Logia de Cádiz, instalada con autorización de la Gran Logia Unida de Inglaterra, concedida por intermedio de la Logia Gran Reunión Americana, solicitada por Francisco de Miranda. Hay documentación al respecto del hecho. El brasileño Hipólito José da Costa, detenido por la Inquisición, libertado en Lisboa por Junot, siguió para Londres y ha ayudado Miranda a fundar la Logia Gran Reunión. Los dos eran viejos masones. La Gran Logia Unida de Inglaterra no permitiría que dos forasteros, Alvear y San Martín, fundaran Logias en su territorio. Miranda ha obtenido permiso porque era miembro de la Gran Logia de Inglaterra, y lo era también Hipólito José da Costa". Estas afirmaciones, que nunca fueron fundadas en documentos -y han pasado años- siguen agitándose en el campo de la fantasía y llenan muchas páginas de libros muy leídos.

Insistimos, con la palabra de Bernardo O'Higgins y del general Enrique Martínez, actores de aquellos momentos, que la política secreta de la Gran Logia de Londres era la de llevar la libertad, la independencia, a la América Hispana. Los fines de la Gran Logia de Londres, que sólo se llamaba Logia Número 7 o Sociedad de los Caballeros Racionales, fundada por Alvear y sus amigos, eran los mismos de la Logia de Cádiz Número 3. Ahora bien: ¿qué sabemos de esta Logia de Cádiz, Número 3, además de que fue creada, según O'Higgins, en 1802?

Sabemos mucho gracias a los recuerdos; se quemaron en Nueva York el 19 de julio de 1945. Algunos papeles quedaron. Su biógrafo máximo, Gregorio F. Rodríguez, los glosó y, en parte, reprodujo en su, hasta hoy insuperada, *Historia de Alvear*. (59) Veamos. El mariscal Víctor, que mandaba el ejército francés, puso sitio a la ciudad de Cádiz, defendida por el duque de Albuquerque, a comienzos de 1810. En los dos años siguientes, muchos americanos, refugiados o presos por conspiradores, se hallaban en esa ciudad. Dice Alvear en los papeles que reprodujo Rodríguez: Yo era "el centro de las relaciones íntimas de todos los Americanos, y mi firma una recomendación para ser admitidos al servicio de la revolución, bajo las órdenes de los gobiernos que dirigían los movimientos de México, Caracas y Santa Fe". La ciudad de Santa Fe de Bogotá, como comprobamos, es citada a menudo como un centro político separatista. Muy bien podía existir en ella una Logia masónica Número 1, como deduce Lappas. Continúa Alvear: "Prodigué ingentes sumas de dinero para auxiliar la evasión de todos los que querían venir a defender la causa de la Libertad. Yo mismo los

buscaba y animaba, proporcionando los medios de mi peculio, gratuitamente y sin cargo alguno de devolución. A fuerza de dinero conseguí la fuga del teniente coronel francés Rossels, que se hallaba prisionero en el Castillo de Santa Catalina, con sólo el designio de que entregase al general francés que sitiaba a Cádiz mis cartas, en las que suplicaba que interpusiese su mediación para que fuesen puestos en libertad los oficiales americanos que habían sido prisioneros en los ejércitos de España, para que así pudieran pasar a América y sostener la independencia contra las pretensiones injustas del gobierno peninsular. Empresas que, a costa de riesgos inminentes y de gastos incalculables, produjeron los mejores resultados a la causa general del Nuevo Mundo".

Estas líneas de Alvear contienen unas afirmaciones que es preciso destacar para relacionarlas con los documentos capturados por *El Valiente Rovira*. En efecto: Alvear se consideraba el centro de las relaciones de los americanos. Así lo vemos actuar en Londres, como fundador de la Logia Número 7. Distribuía su dinero entre quienes querían defender la causa de la Libertad. Logró la fuga del teniente coronel Rossel para que se pusiese en comunicación con el general Víctor que sitiaba a Cádiz. Y así logró que muchos oficiales pasasen a América. Alvear escribe que en la Península abandonó un patrimonio de más de cien mil pesos, y un rico mayorazgo para defender la libertad. El historiador Rodríguez, en la glosa que hace de los escritos de Alvear, refiere que éste y sus amigos San Martín, Zapiola, Chilavert, Anchoris, Vera, Holmberg, Zufriategui y otros resolvieron trasladarse a Londres. No todos lo hicieron. "Alvear costeó el viaje hasta Buenos Aires de aquellos que no contaban con medios para hacerlo, y cuya constancia tenemos a la vista". Respecto a Zufriategui, dice Alvear: "Yo había conocido a don Juan Zufriategui, con quien contraje una estrecha amistad, y se hacía querer por su carácter amable y sentimientos caballerescos. Era natural de Montevideo y servía en el ejército español de capitán de granaderos a caballo del general Güitigan ... Era muy patriota, y asistía por consiguiente a las reuniones que diariamente teníamos, estando además en el secreto del viaje que yo iba a hacer a Buenos Aires, trayendo conmigo muchos otros compatriotas. Zufriategui debía acompañarnos, mas oyéndole yo decir que su hermano, que era entonces diputado de Montevideo en las Cortes extraordinarias, y muy adicto a los españoles, le había propuesto que si quería ir a continuar sus servicios en aquella ciudad, le sería fácil conseguirlo, le dije al momento que debía admitir esta propuesta, pues en aquel punto nos era muy útil tener un oficial patriota con quien pudiéramos contar, en donde se le ofrecería tal vez rendir algún día algún servicio a su patria. Mucho me costó vencer su repugnancia, pues quería venir con nosotros, pero al fin se consiguió, encargándome de mi parte dar conocimiento de esto al gobierno de Buenos Aires, con el fin que supiese que podía contar con este oficial con toda seguridad, así como también para que en lo sucesivo no sufriese su reputación entre los patriotas".

Estas líneas nos demuestran que los movimientos políticos que en Cádiz determinaron el viaje de Carlos de Alvear, San Martín, Zapiola y otros argentinos a Londres, donde fundaron la Logia Número 7, eran decididos exclusivamente por Alvear. No hay órdenes, influencias ni nada de Londres, ni de París, ni de ninguna otra parte. Todo era resuelto por aquellos masones que obraban autonómicamente. Más aún: el historiador Rodríguez tuvo en sus manos, y transcribió, la escritura del 4 de septiembre de 1811, ante el escribano Bartolomé Cortéz Gómez, en la cual consta que don Diego de Alvear, padre de Carlos, satisfizo, 1. "por cuenta del dicho mi hijo don Carlos, la cantidad de sesenta mil reales de vellón en Cádiz a don del Río, de aquel comercio, en moneda metálica, según los plazos que acordase con el mismo don Ildefonso, para su reintegro en todo el año próximo venidero. 2. Que deberá entregar cuarenta mil reales de vellón al propio don Carlos, mi hijo, también en Cádiz, a fin de que pueda emprender su partida a Londres sin detención alguna de mi parte, su mitad al plazo prefijo de dos días, y la otra a los ocho, contados uno y otros desde la fecha. 3. Que asimismo deberá darle una libranza de dos mil libras esterlinas contra Londres, pagaderas mil a los treinta días y las otras a sesenta. Con excepción de doscientas libras que le serán entregadas en el acto de su presentación. 4. Que debía dársele igualmente otra libranza de seis mil duros contra mi apoderado don José Riera, del comercio de Buenos Aires, por vía de gananciales. En cuyos términos, y estas precisas condiciones, quedamos en un todo convenidos, y entenderse todo ello por vía de anticipación a cuenta y parte de pago de la legítima paterna que, en todo tiempo, puede corresponder a mi hijo don Carlos de Alvear". Agrega Rodríguez que Alvear salió de Cádiz a fines de setiembre de 1811, con su mujer, doña Carmen Sáenz de Quintanilla, nacida en Jeréz de la Frontera, y con la cual se había casado el 26 de julio de 1809 en Cádiz. En Londres, los americanos tuvieron sus reuniones masónicas y partieron hacia Buenos Aires en los primeros días de enero de 1812. (60)

Gracias a Gregorio F. Rodríguez sabemos de donde provino el dinero que hizo posible el viaje de Alvear, de San Martín, de Zapiola, de Holmberg y otros, de Cádiz a Londres, y de esta ciudad, a algunos de los mencionados, a Buenos Aires. Fue del patrimonio, de la futura herencia, recibida a cuenta, de Carlos de Alvear. No de la masonería ni de otras partes.

Tócanos, ahora, decir unas últimas palabras sobre los masones de Cádiz y otras circunstancias secretas de sus actividades, de sus ideales y de su traslado de Cádiz a Londres. Nos basamos en unos documentos totalmente olvidados que nosotros dimos a conocer en una conferencia en la Sociedad Científica Argentina, el 6 de julio de 1949, y que se publicaron el mismo año en los *Anales* de dicha sociedad (61). Un año antes los habíamos glosado en una publicación periodística y habían comenzado a inquietar a ciertos críticos. Su valor histórico es, a nuestro juicio, de muy grandes alcances. Sus revelaciones coinciden, de un modo impresionante, con lo que Alvear cuenta de sus actividades en Cádiz, en los documentos

reproducidos, en 1913, por Gregorio F. Rodríguez. Es indudable, por tanto, que son verídicos además de auténticos. El primero es la carta que Mariano Castilla, agente secreto argentino al servicio de Jorge Canning, escribió al cónsul inglés en Buenos Aires, Roberto P. Staples, desde Lack Place, Queems Elms, Londres, el 13 de agosto de 1812. (62) Está escrito en inglés. Lo hemos publicado, con la glosa de su traducción, en 1964, en nuestro libro sobre *San Martín: su pensamiento político.* (63) Castilla dice a Staples que, en el brig. *George Canning,* que había partido de Londres y llegado al Río de la Plata en el mes de febrero, había a su bordo quince o veinte pasajeros, los cuales, no bien llegados, encontraron los medios de acomodarse con éxito en el ejército. No dudaba que habría observado el cambio de sistema político que había tenido lugar en el gobierno de Buenos Aires, inmediatamente después de su llegada. Y, a continuación, agrega unas palabras que vamos a transcribir en columna, para compararlas con la columna de las palabras de Alvear.

Mariano Castilla

Estoy informado, por personas interesadas y que están ahora en Londres, que esos pasajeros fueron enviados y munidos con dinero por el gobierno francés. La negociación fue abierta por el ayuda de campo del mariscal Víctor, algún tiempo prisionero en Cádiz, pero que fue liberado y enviado a Francia por la secreta instigación de los antes mencionados señores.

Carlos de Alvear

Yo era el centro de las relaciones íntimas de todos los americanos ... Prodigué ingentes sumas de dinero para auxiliar la evasión de todos los que querían venir a defender la causa de la Libertad ... A fuerza de dinero conseguí la fuga del teniente coronel francés Rossels, que se hallaba prisionero en el Castillo de Santa Catalina, con sólo el designio de que se entregase al general francés que sitiaba a Cádiz (el mariscal Víctor) y mis cartas ...

Es indiscutible que Mariano Castilla tuvo noticia de que Alvear había hecho huir al teniente coronel Rossel, ayuda de campo del mariscal Víctor, para que se entrevistase con él y le entregase unas cartas en las cuales le pedía la libertad de los oficiales americanos "para que así pudieran pasar a América -como dice Alvear- y sostener la independencia ..." Castilla suponía que el dinero empleado por Alvear en sus negociaciones le había sido entregado por el gobierno francés. Ignoraba, como es lógico, que provenía de un adelanto de la herencia paterna, bien documentado en una escritura que leyó y reprodujo Gregorio F. Rodríguez. Puede ser, también, que existiese alguna ayuda francesa, como asegura Castilla.

Lo indudable es que los hechos referidos por Castilla y por Alvear coinciden y se complementan recíprocamente. Castilla continúa, en la carta a Staples, con otras noticias. Dice: "Entre los pasajeros había un barón alemán, oficial de ingenieros y, si no estoy equivocado, llevaba consigo despachos del emperador francés. Había también un coronel San Martín, el cual fue el ayudante y principal partidario del desaparecido marqués de Solano, gobernador de Cádiz, y del cual no tengo la menor duda, por su pasada conducta, está pagado por Francia y es un enemigo de los intereses británicos. "Agregaba que la elección de Pueyrredón lo confirmaba en su opinión de que el partido francés tenía una gran influencia en Buenos Aires. Los señores Aguirre y Caldevila lo habían informado que la elección de Pueyrredón había sido asegurada por unos miles de dólares. Podían estarse seguros que era moneda francesa, "porque en Buenos Aires nadie habría gastado su dinero en su favor".

Los datos comunicados por Mariano Castilla al cónsul Staples, en Buenos Aires, son ampliados y confirmados por Staples en una carta suya a Hamilton, esquire. La carta está fechada en Buenos Aires, el 18 de noviembre de 1813. Staples había tenido ocasión de conocer a San Martín y a sus amigos. Dice: "Los pasajeros que vinieron aquí en un velero llamado *George Canning* desde Inglaterra, tienen los nombres de San Martín, Alvear y barón D'Orenberg, y están ahora entre la gente más sobresaliente de Buenos Aires. El primero manda la caballería. Es particularmente hombre activo, y ha adquirido popularidad. El segundo manda la infantería. Y el tercero, el departamento de ingeniería. Estas tres personas -continuaba- me han sido presentadas como pertenecientes a los intereses franceses. Tienen gran influencia aquí, pero el campo no está preparado como para suponer que esa opinión pueda estar bien fundada hasta que no llegue una fuerza francesa que remueva el temor de tropas de España. Entonces, la situación en que ellos están los haría formidables."

Analizada la historia en forma serena y documentada comprobamos que Alvear, San Martín y su grupo estuvieron en comunicación con el mariscal Víctor, por medio de su ayuda de campo, el teniente coronel Rossels, hecho huir de la prisión por Alvear; y no sabemos que instrucciones o dineros recibieron del gobierno francés. Esto se supo, de alguna forma, en Londres y en Buenos Aires, y lo consignaron en sus cartas el agente secreto Mariano Castilla y el cónsul inglés en Buenos Aires, Roberto P. Staples. Lo único firmemente seguro es que la política de San Martín, Alvear y demás compañeros masones fue la de llevar a América el ideal de la independencia. Este ideal lo vemos surgir en la Logia Número 3, de Cádiz, o Sociedad de Caballeros Racionales, que encomendó a Alvear, a San Martín y a sus amigos la fundación de la Logia Número 7 en Londres. La Logia de Cádiz había sido fundada, según O'Higgins -único dato seguro- en 1802. La de Londres fue fundada por Alvear, con la colaboración de San Martín, en 1812, no bien llegados a esa ciudad. Incorporaron a los diputados de Caracas, y tuvieron en su domicilio sus reuniones hasta que partieron rumbo a

Buenos Aires para fundar, en esta ciudad, la logia Lautaro, tan conocida y tan discutida. Esta es la verdad de la historia, revelada y documentada por nosotros. Todo cuanto se ha escrito, durante más de un siglo, acerca de Francisco de Miranda, fundador de una Gran Logia o Reunión Americana en Londres, y representante, junto con el peruano Pablo de Olavide, de los pueblos americanos por un poder que le dieron unos diputados de América, en París, en 1797, no pasa de una hermosa leyenda, forjada con los aportes imaginarios de muy ilustres historiadores, concientes o inconcientes de su aérea de creación, que aún vive en la historiografía hispanoamericana, y, sin duda, perdurará mucho más que estas páginas.

LA MASONERIA EN BUENOS AIRES

San Martín encontró en Buenos Aires una masonería que parecía esperarlo. En nuestro libro dedicado a *Mariano Moreno: su pensamiento político* (Buenos Aires, 1968) nos hemos ocupado de los orígenes de la masonería en la Argentina. El tema ha sido tratado por muchos autores, especialmente por Juan Carter, amigo de largos años. En nuestro Mariano Moreno citamos la bibliografía existente. Poco se ha avanzado desde entonces: algún artículo, alguna conferencia, generalmente consagrados a demostrar que la masonería de San Martín no era masonería. Sabemos que nuestro colega doblemente académico, el doctor Horacio Juan Cuccorese, tiene una obra especialmente escrita para probar que San Martín no era masón, y está a punto de publicarse. Entretanto, repetimos mucho de lo que hemos expuesto en nuestro libro mencionado.

El general Enrique Martínez, en una carta a Andrés Lamas, declaró rotundamente que "desde una época remota existía en Buenos Aires la Sociedad Masónica, y Peña y Vieytes, pertenecían a ella; fue la que les sirvió para reunir a sus amigos. Queda, así, definitivamente aclarado que las reuniones de aquellos patriotas, que conspiraban de continuo, eran de masones, y no de otras cosas, como han pretendido confundir a los lectores ciertos estudiosos de la masonería. La época remota a que se refiere Martínez es la del virrey marqués de Sobremonte. En su tiempo se descubrió una logia por una tormenta que llevó los mandiles y otras prendas masónicas al aire, y vio medio Buenos Aires. Con unos regalos a la virreina todo quedó silenciado. Cuando llegaron los ingleses, en las dos invasiones de 1806 y 1807, muchos de sus integrantes eran masones y se pusieron en contacto con criollos como Manuel Aniceto Padilla, que terminó, tiempo después, fusilado en Chile, y Saturnino Rodríguez Peña: ambos masones. Uno y otro hicieron huir al general Beresford desde Luján. Cuando Rodríguez Peña y Padilla se refugiaron en Londres, recibieron una buena pensión por haber salvado a Beresford. El lazo era la masonería. Todo esto consta en las obras que refieren estos episodios, y nadie los discute. Si aparece algún negador, le será difícil probar lo contrario.

El testimonio de Martínez es más amplio: nos dice que Saturnino Rodríguez Peña e Hipólito Vieytes, dueño de una fábrica de jabón, donde se reunía la Logia Los Amigos de la Libertad, atrajeron a sus conversaciones a Nicolás Rodríguez Peña, hermano de Saturnino, a Castelli, a Belgrano y a Antonio Luis Berutti. Todos se hicieron masones. Dice Martínez que "desde entonces quedó sólo el pensamiento (de la independencia) en los señores Vieytes, Peña y demás". Estos nombres inspiraron sospechas a Liniers, que aprisionó a Peña; pero tuvo que dejarlo en libertad por no hallar pruebas en su contra. Los masones mencionados lo mismo pensaban en la independencia que en reconocer como reina de América a la infanta Carlota Joaquina de Borbón, mujer del regente de Portugal.

El general Martínez recuerda que "el incidente de la prisión de Peña no los desanimó, pues continuaron teniendo sus reuniones secretas con las que aumentaban el número de los iniciados en el pensamiento. Recuerdo, entre otros, de los primeros a los señores Paso, Darregueira, capitán de Patricios Chiclana, doctor Tagle, más otros nombres particulares. En la parte militar, Saavedra, Rodríguez, jefe de los húsares; el coronel Terrada, el señor Alvarez, don Ignacio, el señor Viamonte, don Antonio J. Ramón y Marcos Balcarce, y mucho más". También evoca Martínez al secretario de la Real Audiencia, en tiempos de Sobremonte, Gallegos, el cual, cuando se descubrió la masonería, "hizo desaparecer la sumaria", pues "era masón".

Empezamos por saber los nombres de muchos masones que había en Buenos Aires antes que llegase San Martín. Martínez los menciona uno a uno. Las incógnitas respecto a Saavedra y a Belgrano ahora quedan develadas. En su tiempo fueron masones. Belgrano siguió siéndolo activamente hasta que cambió de idea, como atestigua el general Tomás de Iriarte, en sus extraordinarias memorias que nosotros dimos a conocer.

Los casos de Saavedra y de Belgrano merecen un instante de detención. Historiadores con propósitos preconcebidos, por razones religiosas, sociales o de simple aversión a la masonería, han querido presentar a Saavedra como el autor del 25 de Mayo de 1810, y a Belgrano como el campeón de la religiosidad argentina. Por ello, ni uno ni otro, podían ser masones. Los esfuerzos para hacer triunfar esta tesis fueron muchos. Lo mismo pasó con Juan Martín de Pueyrredón. Hasta hay biografías de este último que no dicen una palabra de su masonería ni de su política masónica, que hizo revolucionar el ejército del general español Rafael del Riego, que salvó la independencia de América, y empezó a imponer el constitucionalismo en el mundo. Estos méritos, que inmortalizan el nombre de Pueyrredón, son olvidados, como si nunca hubieran existido, para no confesar que se debieron a la masonería. Así se ha escrito y se escribe la historia argentina. En cuanto a Belgrano, es presentado como un ejemplo angelical de catolicismo y de alta pureza en sus costumbres. No damos importancia a su hija no a su hijo naturales, ni a sus amantes, como la señora de Pichegru y otras. Queremos, históricamente, dejar bien claro que Belgrano durante un tiempo, fue masón, como documenta el general Martínez, y confirma un eminente autor olvidado, Adolfo Saldías. Este gran investigador, cuya historia de la Confederación será por mucho tiempo una obra no superada, tuvo una noticia, respecto a Belgrano, que no conocieron otros estudiosos y, si alguno la leyó, se apresuró a ocultarla. Saldías la publicó en dos oportunidades: en El Diario, de Buenos Aires, el 27 de abril de 1873, y en Páginas Literarias (Librería La Facultad, de Juan Roldán, Buenos Aires, 1912, página 59). Comenta las misas que Belgrano hacía oir a sus soldados, aún en momentos como en el desastre de Ayohuma, "la única página ridícula que tienen los fastos militares argentinos", y las órdenes de hacer rezar el rosario, hasta "a los más empedernidos como Zelaya, Perdriel y Forest", y nos dice lo si-

guiente: "Paseando un día por la plaza de Tucumán con el coronel García, veterano de Tucumán, Salta, Vilcapugio y Ayohuma, señalándome una casa que hace cruz con el Cabildo, y conocida por de Padilla, díjome: "A aquella casa nos citó cierta noche el general Belgrano a Basares y a mí. Al entrar nos vendaron los ojos, nos sometieron a un ceremonial largo y fastidioso y ...¡cuál no sería nuestro asombro cuando, al caer nuestra venda, vimos al general Belgrano en medio de un semicírculo de oficiales y civiles con espadas flamígeras en dirección a nuestros pechos, para que ratificáramos el juramento que poco antes habíamos prestado ...! La casa de Padilla era el asiento de una logia de Caballeros de América, sometida al ritual masónico, y de la cual el general Belgrano era presidente honorario. El diploma del entonces capitán García se conserva todavía".

Cuando Iriarte se entrevistó con Belgrano comprobó que había abandonado la masonería, o fingía no pertenecer a ella. Lo indudable es que Belgrano, en una época de su vida, fue masón. Un historiador honesto tiene que reconocer estas verdades. Los otros seguirán diciendo todo lo contrario.

El general Martínez, en su luminoso informe a Andrés Lamas, le refiere cómo los masones de 1810 fueron evolucionando en sus propósitos políticos. Primero fueron contrarios a los planes de Martín de Alzaga, de declarar la independencia del virreinato y convertirlo, como decía lord Strangford, en una república democrática e incendiaria. Cuando, el primero de enero de 1820, Liniers llegó a renunciar en la fortaleza, y estuvo a punto de tomár el mando del virreinato Martín de Alzaga, con Mariano Moreno como secretario, fue un grupo de masones el que salvó a Liniers e impidió la independencia en esos momentos. El general Martínez lo relata a la perfección: "Mientras se debatía en la fortaleza la separación del virrey Liniers, los señores Peña, Vieytes, Castelli, Belgrano y otros más, andaban de cuartel en cuartel, viendo al comandante Saavedra, al jefe de arribeños Ocampo, al comandante Rodríguez, de húsares, y otros más, para decidirlos a que mantuviesen a Liniers; concibieron que era preciso dar por ese medio un golpe a la influencia de los españoles, para así hacer que la de los hijos del país desde entonces valiese más que la de aquellos; mas se consideraba que era el comandante Saavedra quien debía tomar la iniciativa, como jefe de patricios. Fue preciso trabajar mucho para que se adoptase el medio propuesto, pero al fin se resolvió y era ya de tiempo, porque cuando el señor Saavedra llegó con su regimiento al Fuerte, acababa el virrey de declinar el mando, como se lo pedían".

No olvidemos que Saavedra, después de anular la revolución de Alzaga, del 1º de enero de 1809, y cuando comprobó que el partido de las Juntas se hacía cada vez más fuerte, no vaciló, como jefe de patricios, en formar parte de la Primera Junta, la surgida del Cabildo del 22 de mayo. Lo refiere muy bien Enrique Martínez: "En esa primera ocasión no se arribó a nada, pero en la del 24, por intrigas del Cabildo y porque el comandante Saavedra se puso

de acuerdo con ellos, se formó la Primera Junta, que la presidía el virrey Cisneros". Nótese cómo Martínez, que presenció aquellos sucesos, llama Primera Junta a la que, en verdad, cronológicamente, fue la primera: la emanada del Cabildo del 22 de mayo. Notorio es que, por pura ignorancia, muchos historiadores llaman primera a la segunda, la del 25 de mayo, y seguirán haciéndolo por simple tozudez. Saavedra fue uno de los vocales de la Primera Junta. Pero esta incorporación no agradó a otros masones, que trataron de quitarle el mando del regimiento. Es lo que refiere Martínez: "Esta resolución (el acuerdo de Saavedra con el Cabildo) se publicó a la noche, y cuando lo supieron los Amigos de la Libertad (nombre de la Logia) se reunieron en casa de Peña, y de allí salieron diferentes comisiones al cuartel de patricios, y otras al Primero para, por medio de Chiclana, López, Belgrano y demás, separarle el cuerpo, y se citaron a los jefes amigos de los cuerpos. Hasta las dos de la mañana duraron los trabajos y se resolvió que, al amanecer, el pequeño pueblo, a quien se dio el título de Manolos, se presentase a la plaza y pidiese la anulación de lo hecho: así se ejecutó y a las ocho de la noche del día 25 salió el bando con hachones, y duró la publicación hasta las once de la noche, pero desde la tarde, la Junta que presidía Saavedra quedó instalada y los patriotas llenos de contento".

Hemos analizado los días de Mayo en otros libros nuestros. Hemos demostrado que el movimiento que derrocó a Cisneros, y puso a Saavedra en su lugar, se debió a los esfuerzos de Martín de Alzaga, como reveló Guillermo Pío White. Hay otros muchos pormenores que no corresponde tratar en este momento. Hablamos de la masonería como masonería, y no del 25 de mayo. Queda bien claro, con el testimonio invalorable del general Martínez, que vivió los acontecimientos, que la "Sociedad Masónica" existía desde muy antiguo en Buenos Aires, y que ella tuvo, en un principio, unos pocos miembros, que luego incorporaron a otros. Martínez llama a esta Sociedad Los Amigos de la Libertad. La viuda de Vieytes, cuando pidió una pensión, hizo valer el hecho de que, en la jabonería de su marido, se reunían los conspiradores, y que al lugar daban el nombre de "El Taller de los americanos que aspiraban a la Libertad".

A estos conspiradores, masones puros iniciados por los primeros que se encontraban en la casa de Rodríguez Peña, se refirió la Real Audiencia de Buenos Aires en un informe del 7 de setiembre de 1810. Hemos analizado este documento, no utilizado por otros historiadores, en nuestro libro *Conspiraciones y revoluciones de la independencia americana* (Buenos Aires, 1960). Dice la Audiencia que "los facciosos que hasta entonces no habían descubierto sus ocultas miras, prevalidos de la opinión que ellos mismos habían hecho formar sobre la pérdida total de la Península y caducidad del gobierno supremo, atrajeron a su partido a los comandantes y muchos oficiales de las tropas urbanas ..." Eran los masones que prepararon, junto con los no masones de Alzaga, la Primera y la Segunda Junta del mes de

Mayo de 1810 (Véase también nuestros libros *Historia del 25 de Mayo de 1810 y Orígenes desconocidos del 25 de Mayo de 1810*).

El triunfo de los masones que sostuvieron a Liniers derrumbó el proyecto independencionista de Alzaga. Aquellos hombres pensaban todavía, de un modo definitivo y claro en la independencia de una nueva nación. Los Rodríguez Peña eran anglófilos, y no se habrían opuesto a un protectorado de Gran Bretaña. Otros, como Belgrano, eran partidarios de la infanta Carlota Joaquina. Si esta mujer hubiese sido reconocida como reina de toda América, el destino del mundo habría sido otro. Una América bilingüe, la nación más grande y poderosa de la Tierra, habría decidido cualquier problema de política mundial. El general Enrique Martínez, con su equidad y talento, nos refiere qué hicieron aquellos masones en esos momentos decisivos: "Con motivo de la invasión de Portugal por las fuerzas francesas, la Corte se había trasladado al Janeiro, y los señores Peña, Vieytes, y demás señores reunidos, empezaron los trabajos para que la princesa Carlota, como hija de Su Majestad Carlos IV, se trasladase a Buenos Aires y, bajo su mando, se separase de esta sección de América de España ... Entre tanto, el pensamiento de la independencia iba progresando rápidamente, hasta entre algunos españoles, como lo eran don Juan Larrea y Matheu".

En nuestra *Historia del 25 de Mayo de 1810* (Buenos Aires, 1960) relatamos detalladamente sus comienzos, sus fundamentos y cómo evolucionaron muchos hombres de aquel entonces. Hubo en Buenos Aires varios grupos políticos: unos defendían la posibilidad de seguir siendo lo que siempre habían sido, y confiaban en un regreso de Carlos IV o de Fernando VII, su legítimo heredero. Otros esperaban que Gran Bretaña protegiese esta parte de América de posibles ataques e invasiones francesas. Otros eran partidarios de un dominio francés. Otros soñaban con el reinado de la infanta Carlota Joaquina del Brasil, y otros, como Alzaga y Moreno, proyectaban secretamente convertir el virreinato en una nación libre, independiente de todo poder extranjero, gobernada por un Congreso y una Constitución.

Anulada la revolución de Alzaga del 1º de enero de 1809, los masones fueron comprendiendo que el proyecto de coronar a la infanta Carlota Joaquina perdía cada vez más sus fuerzas. En el Alto Perú, hoy Bolivia, Pedro Domingo Murillo se había levantado y formado una Junta, como las de España, para que la infanta no fuese reconocida como reina de esta parte de América. Las noticias de España hablaban de Juntas, y cada día era mayor el número de personas que preferían una Junta popular que gobernase en nombre de Fernando VII. Esta Junta debía gobernar hasta que se constituyese un Congreso con diputados de todas las ciudades del virreinato. El propósito era el que había tenido Martín de Alzaga, y había denunciado Cornelio de Saavedra al rey para hundir a Alzaga, como fomentador de un loco proyecto de independencia. Los partidarios de la Junta y del Congreso fueron madurando sus proyectos hasta que llegaron los días de Mayo, y el virrey Cisneros, no bien supo que

España estaba toda ocupada por los franceses, invitó al pueblo a reunirse en un Cabildo abierto para resolver su presente y su futuro. El general Martínez nos refiere cómo los masones intervinieron en ese acontecimiento. "Desde ese momento la Sociedad Americana fue preparando la revolución del año '10 (Martínez escribía en 1853, y en ese tiempo ya se había generalizado el término impropio de revolución), para lo que atrajo a su seno la mayor parte de los jefes que mandaban cuerpo, y todo siguió su dirección hasta el año '12 ..."

La masonería guió la Segunda Junta de Mayo, presidida por Saavedra, pero no lo hizo con el Triunvirato, y así llegó al instante en que desembarcaron en Buenos Aires, procedentes de Londres, San Martín, Alvear y otros personajes. Lo recuerda el general Martínez: "... en que llegaron de Europa S.A.Z.C (San Martín, Alvear, Zapiola y Chilavert), que traían encargado de establecer la Sociedad de Caballeros Racionales, cuya fundación había sido hecha en Santa Fe de Bogotá ..."

Véase cómo todo se une en forma perfecta: los Caballeros Racionales, que Alvear menciona en su carta apresada por los españoles, y que descubre cómo la Logia de Cádiz número 3, le encomendó fundar la Logia número 7 de Londres, y que las tres Logias -Cádiz, Londres, Buenos Aires- eran masónicas. Por si lo dicho no bastase, y alguien quisiese la palabra masón o masonería para no dudar que estas logias eran masónicas, y no otro género desconocido de sociedades políticas, sigamos leyendo lo que escribió el general Martínez, hombre que vivió los sucesos que relata: "A esta Sociedad se incorporaron todos los masones y toda la parte civil, militar, eclesiástica y el comercio, y se ramificó con tal velocidad que ya nada se hacía en las provincias sin que fuese de acuerdo con ella ... "No hay duda que medio Buenos Aires se convirtió a la masonería.

Es así como la masonería se extendió en la actual Argentina, y empezó a dirigir sus destinos. En Mendoza, nos dice Martínez, San Martín era "el venerable" de la logia de esa ciudad. San Martín, en Córdoba, "consiguió que Pueyrredón se incorporase a la Sociedad y fue reconocido". Sigue Martínez: "Es entonces que se ejecutaron innúmeros trabajos para asegurar la independencia y, entre otros, se hizo la expedición a Chile ..." La masonería, termina Martínez, siguió dirigiendo los destinos del país, hasta que se concluyó la presidencia de Rivadavia." En cuanto a Saavedra, cuyos partidarios hoy en día tanto se esfuerzan en sostener que no fue masón, dice Martínez que fue incorporado con "la mayor parte de los jefes que mandaban cuerpo".

San Martín, Alvear y otros masones, cuando llegaron a Buenos Aires, en 1812, se encontraron muy pronto con otros masones que existían en la ciudad desde los años de Sobremonte. Quienes dicen que en este tiempo no hubo masonería en Buenos Aires, desconocen totalmente nuestra historia o lo afirman de mala fe. La había, y desde antes de las invasiones inglesas. El Dean Gregorio Funes, en su *Bosquejo de nuestra revolución desde*

el 25 de Mayo de 1810 hasta la apertura del Congreso Nacional, el 25 de Mayo de 1816, nos cuenta que "un número de hombres atrevidos (a) en quienes el eco de la libertad hacía una impresión irresistible, se unen secretamente exponiendo su tranquilidad, su fortuna, su vida, con tal de extirpar la tiranía, levantan el plan de esta revolución". En la nota (a), el Dean Funes nos da los nombres de esos hombres "atrevidos". Eran Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Feliciano Chiclana, Juan José Paso, Hipólito Vieytes, Nicolás Peña, José Darregueira, Francisco Paso, Florencio Terrada, Martín Thompson, Ramón Vieytes, Juan Ramón Balcarce, Antonio Luis Berutti, Martín Rodríguez, Agustín Donado y Matías Yrigoyen. Los masones mencionados por Martínez y algunos otros.

Belgrano aparece como masón, y entre masones. Si el testimonio de Martínez no bastara, volvemos al historiador Adolfo Saldías, tan próximo a los sucesos, el cual nos dice en *La revolución republicana:* "Belgrano fundó una logia en Mendoza. Conservo en mi poder el diploma de un oficial de mi familia, de Belgrano, iniciado por éste en la logia de Tucumán, el cual oficial, ya anciano, me refirió el hecho, como también que las tenidas a las que asistieron después Besares, Argerich y otros del ejército auxiliar del Perú, se verificaban en la antigua casa de Padilla, la que hace cruz con el Cabildo de esa ciudad". ¿Qué calificativo se debe aplicar a los historiadores que niegan que Belgrano fue masón? No olvidemos otra afirmación anterior del General Martínez: "Todos esos señores (Peña, Vieytes, Castelli, Donado, Beruti y Belgrano) pertenecían a la Sociedad Masónica, pero tratándose de la independencia de América, formaron una sociedad separando a los españoles. Esta empezó sus trabajos haciendo fugar a Beresford, pues éste les aseguró que la expedición que debía llegar a Montevideo, serviría para sólo proteger sus trabajos ..." Hoy nadie admite que Gran Bretaña quiso fomentar la independencia de esta parte de América. Lo que pretendió fue conquistar la América española para compensar la pérdida de la del Norte. Los triunfos argentinos impidieron un cambio inmenso en la historia del mundo.

La masonería de Alvear no se discute. Son demasiados los testimonios que la prueban. Un historiador, amigo y colega nuestro, no pudiendo negarla, y no sabiendo cómo separar a San Martín y a Alvear en sus actividades masónicas, inventó la definición de que Alvear era "masón" y San Martín, "logista". No advirtió que ambos términos son políticamente sinónimos. Hasta un masón como fray Servando Teresa de Mier confesó, frente a la inquisición, que "Alvear era masón". Frente a la hoguera, Mier quiso alegar que la masonería a la cual pertenecía no era propiamente masonería, sino una sociedad de beneficencia que no iba "ni en contra la religión, ni contra el rey": precisamente lo que ordenaba la masonería: no discutir sobre política ni sobre religión en la cual fue hallado; tal vez imitase "algunas fórmulas y tal vez pensase amalgamarse con ellos (los masones), pero encontró resistencia". Alfredo G. Villegas ha estudiado muy bien este particular, en su libro *San Martín en España*, obra

distinguida por la Academia Nacional de la Historia con el premio República Argentina 1975 (Buenos Aires, 1976). Villegas reconoce que San Martín "fue francmasón, como hijo de su siglo, pero eso no lo sindica como enemigo de la fe católica. Aún en el caso de serlo, cayendo fuera del seno de la Iglesia por excomunión, continúa católico -aunque no cumplidor ni bueno- quien desea en el fondo del alma continuar siéndolo" (página 81). Fray Servando Teresa de Mier declaró que la Independencia buscada en América tenía por fin salvar el Nuevo Mundo de la dominación francesa.

La masonería que encontró San Martín en Buenos Aires tenía, como hemos visto, viejos orígenes. Tal vez date del año 1795. Sabido es que fue condenada por el Papa Clemente XII en el año 1738, en su encíclica *In eminenti apostolatus* specula. La condenación fue repetida por otros siete Papas. El rey de España la había prohibido el 2 de julio de 1751. En 1808, la Real Imprenta de los Niños Expósitos publicó un folleto que contenía tres cartas en contra de los masones. Lo dio a conocer José María Gutierrez en la *Revista de Buenos Aires*. Ignacio Nuñez, en sus recuerdos, creía que las logias masónicas habían aparecido en Buenos Aires durante las invasiones inglesas. En el barrio de las Catalinas, el portugués Juan de Silva Cordeiro fundó la logia San Juan de Jerusalén. Es la que se descubrió en 1804, y el virrey Sobremonte silenció por un buen regalo que se hizo a la virreina. Juan María Gutierrez publicó estos hechos. Francisco Grilló, en sus *Episodios patrios,* reveló una comunicación de la Gran Logia de Versalles, de 1795, a la Logia Independencia, de Buenos Aires. Juan Carter dudó de la existencia de esta logia. Nosotros creemos que existió porque el coronel inglés Santiago Florencio Burke, conocido masón, cuenta que, cuando se fue de Buenos Aires, en 1809, fueron a despedirlo "un número de las principales personas del lugar, mis viejos amigos de Independencia". Es indudable que se refiere a una logia masónica llamada Independencia.

El académico y amigo, José María Mariluz Urquijo, en su excelente estudio sobre *El Virreinato del Río de la Plata en la época del marqués de Avilés: 1799-1801* (Buenos Aires, 1964), recuerda que en 1795 vivía el portugués que fundó la logia San Juan de Jerusalén de la Felicidad, y se secuestraron dos cartas francmasónicas a Alejandro y Agustín Duclos Guyot. En una nota que envió Duclos, pone tres puntos en sus rúbricas. En cuanto a la llamada Sociedad de los Siete, que Carter creyó imaginaria, es posible que haya existido como un grupo masónico. El Dean Funes y Antonio Zinny hablan de una sociedad con nueve miembros: Matías Irigoyen, Castelli, Chiclana, Donado, Paso, Nicolás Rodríguez Peña, Vieytes, Belgrano y Antonio Luis Berutti. Sabido es que todos ellos eran masones. El nonagenario Matías Zapiola hizo saber al general Mitre que, en la logia de Buenos Aires, actuaban Saavedra y Belgrano. Alvear era el Venerable. Agrega Zapiola que, además de esta logia, había otra "masónica", que presidía Julián Alvarez. La calificación de "masónica" que Zapiola da a esta logia, hace suponer que ésta lo era y la otra, no. Afortunadamente, el general Tomás

de Iriarte, excelente masón, nos aclara que las dos eran masónicas, y que una se consideraba más importante que la otra.

San Martín conoció a los masones que existían en Buenos Aires, pero no hay pruebas que se haya unido a ellos. Prefirió, con Alvear, fundar una logia que podía juzgarse una filial de la de Cádiz, por llamarse también de Caballeros Racionales. No obstante, tomó el nombre de Lautaro. La logia de Cádiz databa del año 1802, o antes. Lo dice Bernardo O'Higgins en una carta a Rivadavia, fechada en Lima el 19 de setiembre de 1825. Le dice: "En los años 1806 y 1809 fui miembro activo de cierto selecto grupo (formado primeramente en Cádiz en el año 1802), cuyo fin era liberar, no sólo a Chile, de aquel odioso yugo español, convirtiéndolo en Estado independiente, sino también cooperar con Buenos Aires en el logro de ideales afines. Escapé de los calabozos de la inquisición, porque al intendente español Alava le faltó coraje para prenderme. Pero desplegó más valor contra mis bienes (Academia Chilena de la Historia, *Archivo de don Bernardo O'Higgins,* Santiago de Chile, 1980, tomo XXXI, compilación de Luis Valencia Avaria, página 139). La logia de Cádiz tenía, por tanto, los mismos fines que la que Alvear y San Martín crearon en Buenos Aires. Lo dice también Claudio Gay, bien informado por O'Higgins y citado por Sergio Villalobos R. en *Tradición y reforma en 1810* (Santiago de Chile, 1961): "Escribía a menudo a Buenos Aires donde se había formado un gran club con bastante semejanza a la de Cádiz".

No hay dudas que las logias de Cádiz y de Buenos Aires eran masónicas. Una y otra se llamaban de los Caballeros Racionales. Un enemigo de la masonería, como el teniente coronel Nicolás de Vedia, en 1841, recordaba que las divisiones que existían entre San Martín, Sarratea, Rondeau, Alvear, Posadas y otros, tenían como causa sus diferentes opiniones. Nos dice: "... Yo conocía el error de estos hombres, mas me faltaba el arte de amoldarme a sus designios y a esto se añadía que el ser montevideano y ser demasiado íntegro eran cualidades que me alejaban de lo que ellos llamaban Sociedad Masónica, y que yo tildaba de locos. Yo no era disimulado, porque mi falta de arte me hacía creer que esto es indigno de un caballero. Hablaba sin rebozo, criticaba sin cordura y me hacía aborrecible de la farsa masónica. Vedia y Martínez coinciden en que aquella masonería era masonería y no una sociedad no masónica. ¿Qué más quieren los discutidores que insisten en que la masonería, no era masonería? San Martín se negó, toda su vida, a dar explicaciones sobre la sociedad secreta a la cual había pertenecido. ¿Por qué lo hizo si no era masónica?

El 19 de abril de 1827, San Martín escribió al general Miller y le dijo: "No creo conveniente que hable usted lo más mínimo de la Logia de Buenos Aires. Estos son asuntos enteramente privados y que, aunque han tenido y tienen una gran influencia en los acontecimientos de la revolución de aquella parte de América, no podrán manifestarse sin faltar por mi parte a los más sagrados compromisos" (*Biblioteca de Mayo*, tomo XVII, página 15.634) ¿Quién no ve en este empeño de San Martín de conservar un secreto hasta la muerte

un espíritu esencialmente masónico? El general Miller no ignoraba qué era la masonería, y en sus *Memorias* escribió: "Un Club llamado la Logia, de origen español, se ha introducido con el objeto ostensible de promover la emancipación de la América española ... La logia fue gradualmente monopolizando de un modo secreto el nombramiento de los principales destinos civiles y militares. También se arrogó la facultad de elegir secretamente los comandantes de los cuerpos, o de ratificar los nombramientos hechos ... y disputaban a los generales en jefe del derecho de removerlos, sin previo consentimiento del Club ... Los individuos que lo componían tomaron sobre si influir, si es que no dirigían, las operaciones militares. Si el general Belgrano hubiese tenido menos deferencia a los planes de aquella caterva de hombres engañosos e incapaces de dirigir más que intrigas, habría marchado al Alto Perú en vez de esperar en Tucumán, donde vio desaparecer por la deserción un ejército que constaba de cuatro mil hombres de buenas tropas. El resultado de la ciega obediencia a la Logia de aquel general fue el que le prendieran sus propios soldados" (Memorias del General Guillermo Miller, Madrid, 1915, tomo I, páginas 237-238). Otra prueba de que Belgrano estaba manejado por la masonería, y que él, por tanto, era masón.

La masonería era poderosa en Buenos Aires, y tenía los hilos de todos los movimientos de esta parte de América. Más tarde se formó otra masonería en Chile, que fue detestada por la de Buenos Aires. Sabido es que las revoluciones de enero de 1920 estuvieron en contra del Directorio, o sea, de la Logia Lautaro.

José Miguel Carrera, en una carta a su hermana Javiera, le dijo: "Sírvate esto de gobierno para ser menos que franca o muy reservada en Lezica, que, siendo de la Gran Logia, no puede menos que hablarlo todo con sus socios" (Joaquín Pérez, *San Martín y José Miguel Carrera,* La Plata, 1954, página 236).

Nuestro amigo Lappas consultó el archivo de Julián Alvarez existente en Montevideo, y afirma que la Logia de Buenos Aires, fundada por San Martín y otros, fue presidida por Alvear, y contaba con San Martín, Zapiola, Chilavert, Holmberg, Belgrano, Terrada, Zufriategui, Moldes, Matheu, Iturribaría, R. Larrea, Pinto y Julián Alvarez. Lappas también hizo conocer un libro del franciscano Antonio Díaz, publicado en Río de Janeiro en 1825, que se titula *Defensa de la Religión Cathólica.* De su autor, en la portada, se lee: "Desterrado de los Dominios Españoles el año veinte y dos por José de San Martín, Monteagudo y otros enemigos del catholicismo". Todos ellos eran "deístas, francmasones, filósofos incrédulos e ilustrados a lo jacobino". Los amigos de San Martín, en su casi totalidad, eran masones. Lappas publicó el diploma masónico de Tomás Guido, fechado en Lima, el 21 de octubre de 1825, inédito, original en el Archivo de la Nación, de Buenos Aires.

El Centinela, en su número del 26 de octubre de 1823, dio a luz un artículo titulado *Logias,* que trae algunos datos útiles para conocer la masonería en Buenos Aires: "Antes de

la revolución, los frailes predicaban que había logias en Buenos Aires donde se trabajaba contra la religión y contra el trono por los miembros de ellas que, por lo común, se nos mostraba, como hombres con cola, perpetuamente herejes y revolucionarios, y aún se dice que el movimiento en contra de España, hecho el 25 de Mayo de 1810, fue obra de estos señores vulgarmente llamados logistas. Después de la revolución, los padres se olvidaron de las logias, y éstas empezaron a nombrarse como cosa que correspondía a partidos o a facciones, hasta el extremo de afirmarse que, en un largo período, existieron dos -alta y baja- con el objeto de formar en Buenos Aires una aristocracia secreta. Pasada esta estación, las logias, o estos nombres, sufrieron una decadencia tal que ya parecía que se habían olvidado para siempre y hasta la multitud de víctimas que se dice han causado mientras ellas han existido. Mas en el día vuelve a jugar otra vez este mismo nombre, pero con un agregado extraño, a saber: "*Logia Constitucional*". (Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires, 1960, tomo IX, Primera Parte, páginas 7921-8287, y Segunda Parte, páginas 8295-9033).

Alvear, en un documento que le es atribuido, y que se publicó en Montevideo, dijo "que iba a revelar el misterio de cómo existía en Buenos Aires una gran sociedad o reunión de hombres de influjo y autoridad que, bajo el pretexto de conservar el orden, han usurpado la soberanía y el ejército de los poderes supremos de la nación". Agrega que San Martín fue el iniciador, y "que aplicó los conocimientos de la masonería a que perteneció y dio a aquella el nombre de Gran Logia de Buenos Aires".

No hay seguridad de que Alvear haya escrito las líneas anteriores. Ellas son de su época, y sólo sirven para confirmar la existencia de una auténtica masonería y el convencimiento de que San Martín era masón.

Un autor decididamente olvidado por los sostenedores de la teoría que no quiere reconocer a San Martín como masón es el doctor Vicente Fidel López, historiador ilustre, autor de obras imperecederas en nuestra historiografía. López supo muy bien, por las confidencias de su padre, cómo el autor del Himno fui iniciado en la masonería, y cómo vivió como masón. Era la masonería en la cual había estado San Martín. Pero los autores a los cuales nos referimos tienen sumo cuidado de no mencionar a Vicente Fidel López, a Enrique Martínez, a Tomás de Iriarte, a Nicolás de Vedia, y a los testimonios documentales que hemos traído en estas páginas. Estamos en una polémica que no es un debate de historiadores serios y sinceros, sino un juego de trampas expuestas, con gran habilidad, por discutidores profesionales. El testimonio concluyente de Tomás de Iriarte, que fue iniciado en el mar, en un barco de guerra español, y fue toda su vida un activo masón, era ignorado hasta que dimos a luz sus monumentales memorias. Cuando aparecieron, gracias a la generosidad del señor Arcadio Fascetti, que las editó en su casi totalidad (los dos últimos tomos fueron publicados por el señor Luis Iriarte Udaondo), causaron una fuerte impresión. Las utilizó, con justos elogios, Augusto García Trelles, historiador español eminentísimo, amigo del alma, que la

muerte se llevó al silencio; pero los otros, los discutidores científicos, no las citaron nunca, y menos reconocieron la innegable trascendencia de nuestro aporte de doce tomos de páginas totalmente desconocidas. Esperamos que los polemistas de buena fe acepten esta polémica o debate histórico, para bien de nuestros estudios históricos, no sólo argentinos, sino americanos.

Lo indudable es que la masonería no sólo fue de San Martín, sino de gran parte del pueblo americano. La Logia Lautaro se debilitó hasta morir por las desavenencias de los masones sanmartinianos y los masones alvearistas. Mitre ha descripto estos sucesos. El Padre Pedro Grenón, otro amigo inolvidable, publicó en Historia, dirigida por el doctor Alejandro Raúl Molina (octubre-diciembre de 1960), un artículo titulado *Episodios de la lucha interna,* en el cual trae un documento de 1817, que describe las costumbres de las jóvenes de la Villa cordobesa de Río Cuarto. El comandante José Eugenio Flores denuncia que las jóvenes "emponzoñadas con la seducción europea, todavía se presentan públicamente con el ridículo distintivo a imitación de las cofradías francmasónicas llevando el pelo a la derecha ..." Esas señoritas se autodenominaban "francmasonas o godas".

En La Habana, cuando se supo el triunfo de la revolución de Rafael del riego, se hicieron grandes festejos el 18 de abril de 1820. En la calle de la Muralla, donde pasó el desfile, abundaban las figuras alegóricas de triángulos, escuadras y otros utensilios de la albañilería, o sea, de la masonería. En el Brasil, la masonería databa desde antiguo y estaba dividida en dos órdenes: la Azul y la Roja. Había dos grandes logias: una en San Pablo y otra en Río de Janeiro. La Azul aspiraba conservar la unidad de la monarquía portuguesa. La Roja quería convertir en una república cada provincia del Brasil.

La masonería era algo común y corriente en Buenos Aires. San Martín se encontró a cada paso con masones, y no le fue difícil, a él y a Alvear, echar las bases de la Logia Lautaro, bien masónica. Precisamente en el año 1812, en que llegaron a Buenos Aires, San Martín, Alvear y sus amigos, la masonería andaba suelta por las calles. Lo dice, el 13 de noviembre de 1812 en Río de Janeiro, Thomás Antonio de Villanueva Portugal, en un informe al conde de las Galveas. Habla de un conocido que le había hecho llegar un panfleto y dice: "No puedo comprometer el nombre y el secreto de un hombre honrado en esta materia, pues se trata con masones y revolucionarios, de los cuales nadie quiere ser víctima". Da cuenta de que circulaban muchos papeles manuscritos y agrega: "Y otras proclamas más, que aún no conozco, que de los catecismos habrá más de veinte copias. Que andan convenciendo a la gente para que los copien y guarden, sirviendo para esto los sectarios de la masonería. Los masones eran quienes más movían la política de esos momentos. Faltaban cuatro años para que se declarase la Independencia. Estaban en contra del Triunvirato, que terminaron por derribar San Martín, Alvear, Monteagudo y otros: todos masones. Hacían la historia argentina. Poco después hicieron la historia de América.

EL TESTIMONIO DE VICENTE FIDEL LOPEZ

El eminente historiador y político argentino Vicente Fidel López, hijo del autor del Himno Nacional, nació con la independencia y murió en los primeros años del siglo XX. Suele decirse que escribió su admirable historia argentina con los recuerdos de su padre. Es una parte de la verdad. López se documentó hondamente en su gran relato y poseyó documentos que el tiempo ha perdido y dan un valor único a su monumental labor literaria e historiográfica. A menudo se le comparó con Mitre, no para enaltecerlo, sino para disminuirlo. Si uno tuvo sus méritos, el otro también los disfrutó, y si uno cayó en algún error, el otro también los cometió. Era la época, el momento intelectual en que ambos escribían. En el siglo XIX la historia no había alcanzado las comprobaciones que logró más tarde. Había prejuicios y convicciones que el tiempo ha barrido y que la crítica ha iluminado. El hecho curioso es que en el tema que nos ocupa, o sea, la historia de la masonería en nuestro país, quienes se ocupan de ella, en especial para negarla o malinterpretarla, no abandonan su procedimiento favorito: cuando un hecho es irrefutable, se la olvida o ignora. De este modo no es necesario discutir, polemizar, traer pruebas a favor o en contra de lo que se niega o afirma. El arma del silencio se presenta como la más eficaz y el que niega deja que el que afirma traiga las pruebas de sus convicciones. El lector incauto cae en esta trampa y sigue ignorando lo que debería saber.

El doctor Vicente Fidel López supo por su padre lo que muchos estudiosos nunca supieron. Además, López fue hombre de archivos y de investigaciones. Por su buen gusto literario suprimió citas de archivos y de libros o relegó en apéndices documentos fundamentales. Lo que podría llamarse historia menor, menuda o secundaria la basó en la autoridad de su palabra. Buscaba la verdad y puede decirse que infinidad de veces la alcanzó. No tenía prejuicios, ni amores ni odios. Cierta vez declaró que él y Mitre eran hombres que no se dejaban dominar por ninguna religión. Y, en lo que respecta a la masonería, nunca cayó en la monstruosidad de afirmar que la masonería no era masonería, sino algo que se le parecía. Era, ante todo, un hombre serio y honesto. En su tiempo no se polemizaba sobre la masonería. Nadie caía en la virulencia y, sobre todo, en los errores increíbles en que se tropieza hoy en día. Se defienden principios y convicciones que no siempre son defendibles. El por qué de estos hechos es mejor no investigarlo. Vamos a exponer el testimonio de Vicente Fidel López. López hace una breve y substanciosa historia de los orígenes de la masonería en la Argentina. Dudar de su palabra sería antihistórico, injusto y hasta absurdo. López refiere lo que él sabía como hechos ciertos pero esto no significa que lo que él hacía, a pesar de su honestidad y convicción, fuese cierto. Presenta la masonería como una invención o creación de los momentos que él relata. Así lo creyó y muy posiblemente fue; pero nadie ignora,

excepto gente poco apreciable por su ignorancia, que la masonería es mucho más antigua en la Argentina de lo que López relata. Existía, como veremos, desde largos años atrás, pero esto no impide que lo dicho por López sea verdadero. Pudo aparecer como un movimiento nuevo y ser exactísimo lo que vamos a leer. López, en el Capítulo V, "El Gobierno de Pueyrredón y la Logia Lautaro", del tomo III de su clásica *Historia de la República Argentina*, edición sin fecha, ampliada con dos tomos del autor de estas líneas, nos dice lo siguiente.

"Entre estas especies figuraba una -cierta, por desgracia- que había comenzado a surgir como un rumor vago y lejano, pero que, poco a poco, iba tomando las formas amenazantes de un monstruo tanto más terrible cuanto que se le daba una guarida oculta y tenebrosa. Se decía que el Supremo Director había constituido una *logia de Gobierno secreta* servida por el espionaje que sus miembros estaban ligados por juramentos de sangre y de obediencia ciega a sus superiores, como los jesuitas; que el gobierno ostensible, los tribunales, los empleados, no eran sino instrumentos engañosos para el pueblo, del poder secreto de esa *gran logia*, cuyos agentes vigilaban todos los actos dentro de las mismas oficinas, y daban parte de las opiniones, conducta y amistades, no sólo de los empleados, sino de los particulares que no hablaban, intervenían, servían o conspiraban contra el gobierno.

Cuenta López que este rumor se fue extendiendo como el de un flagelo. Los pasquines hacían un gran ruido. Se creía que su mira era "acabar con el espíritu republicano que para el pueblo era sinónimo de patria". Se suponía que el gobierno pretendía "crear una monarquía sometida a un príncipe portugués, español o al mismo Fernando VII si, en último caso, no había otro medio que éste de poner fin a los extravíos de la Revolución de Mayo.

El estudio de estos temas es más difícil de lo que mucha gente supone. Ante todo no hay que olvidar que en aquellos años, desde la independencia de los Estados Unidos, el mundo había empezado a debatirse ante el problema más trascendental de toda su historia: el cambio, nunca conocido, de un sistema de gobierno monárquico absolutista por un sistema republicano. Por ello muchos pueblos y gobernantes no sabían cómo resolverse. En el caso hispanoamericano y, en particular, argentino, el hecho era aún más agudo. Hasta nuestras investigaciones y exposiciones en nuestra *Historia de las Ideas Políticas en la Argentina*, se ignoraban muchos de estos hechos. Para no repetirnos diremos, en pocas palabras, lo que no dicen las hermosas biografías de Pueyrredón: sus esfuerzos, por vías secretas, es decir, masónicas, para lograr el sueño que había comenzado con San Martín y Bolívar: una América hispana total y unida, con un inca como rey simbólico, cuyo hijo habría casado con una infanta del Brasil y logrado la completa unidad del continente hispanoamericano. Este proyecto empezaba por detener a Portugal en su posible autorización a la Santa Alianza para que España pudiese embarcar y desembarcar en la costa del Brasil a los veinte mil hombres que tenía en Cádiz, como Rafael del Riego, para reconquistar América. El proyecto de Puey-

rredón era genial y grandioso: pero los caudillos lo conocían a través de contadas palabras, errores y mentiras. Por ello los secretos de Pueyrredón, la labor de la masonería, las conspiraciones y el fracaso definitivo que tantos historiadores ignoran por completo. El historiador de estos sucesos, Vicente Fidel López, no fue tampoco muy lejos en estas averiguaciones, problemas y oscuridades. No obstante supo más que muchos otros, que no sabían nada, y nos dejó la luz y la seguridad de que la masonería era realmente masonería y terminó por salvar América de la expedición de los veinte mil hombres, tema que hemos tratado a fondo en nuestra historia de la ideas políticas en la Argentina.

Vicente Fidel López, que conocía muy bien, por su padre y otros hombres de aquel entonces, los comienzos de la vida política de San Martín en la Argentina, escribió en su monumental *Historia*, que San Martín "había venido de España imbuido en la desgraciada idea de que para adelantar la guerra de la independencia, era indispensable que el gobierno ostensible reposase sobre una logia de hombres comprometidos y juramentados que resolviese en secreto los asuntos políticos, e hiciese la alta policía del orden interior, con facultades disciplinarias sobre los negocios y las personas, incluso los miembros mismos y afiliados del núcleo que fueran tachados o culpables de infidelidad".

Estas palabras nos confirman en el hecho de que San Martín llegó de España, vía Londres, con el propósito masónico de dar la independencia a esta parte de América y gobernar de acuerdo con ella. Sostener lo contrario es ir en contra de lo dicho por uno de los hombres que tuvo más cerca de San Martín, como historiador eminente, y conoció más a fondo, por su padre y otros muchos testimonios, las ideas políticas del Padre de la Patria.

La masonería, de acuerdo con las ideas que López atribuye a San Martín, era la fuerza más segura para mantener el orden interior y asegurar la independencia. Puede decirse que la masonería, cuando se produjeron los sucesos de España y el inmenso imperio político español quedó sin rey y sin gobierno, fue la salvación de la independencia y el espíritu que aseguró su presente y su futuro.

López nos explica lo que ocurría en España. La familia de "los hijos de la viuda", nombre que se daba a la masonería, estaba extendidísima en la península y los masones tenían una fuerza inmensa. Además de López, que conocía a la perfección estos hechos, son innumerables los testimonios que así lo demuestran. López, al evocar los sucesos de España, recuerda que "habíanse constituido estos camarines políticos de España sobre el modelo de las logias de *aprendices, maestros y rosacruces* a reminiscencias de los templos de iniciación de la antigüedad y de las cofradías y jurandías de la Edad Media, reorganizadas y puestas en auge por los francmasones desde mediados del siglo XVIII. En el fondo, los fines prácticos de los francmasones y de los camarines liberales de España eran los mismos; los primeros buscaban la emancipación de los pueblos del Orbe, simbolizando el poder de la Razón con

la luz de Oriente se iluminan las tinieblas. Los segundos concretaban sus miras con el mismo simbolismo a la victoria y consolidación de sus libertades políticas".

Vemos cómo López nos habla de la masonería y ni sueña caer en la ridícula teoría, esgrimida por algunos malos polemistas actuales, de que la masonería no era siempre masonería, sino algo que no era masonería, pero lo parecía: todo para negar que San Martín fuese masón. López, que por ser masón, lo mismo que su padre, el autor del Himno, conocía muy bien el espíritu de la masonería nos dice que "la francmasonería política española tenía una originalidad peculiar en las tradiciones liberales de la nación". Se refiere al simbolismo de los solsticios que los francmasones puros españoles consideraban como el gran festival de la naturaleza en los dos hemisferios que consignaban bajo la advocación de un San Juan en el mes de junio y de otro San Juan en el mes de diciembre. En España era un simbolismo más terrenal y más revolucionario que un simbolismo solar: Juan de Padilla, Juan de Lanuza, y el dictado alegórico de "Los Hijos de la Viuda" se refería a la de Padilla cuyo heroico patriotismo había dejado la hermosa leyenda con que Martínez de la Rosa hizo palpitar los teatros de la España libre de tiranos, y los de la América, libres de españoles".

Como vemos, tanto españoles como americanos masones eran devotos de dos San Juan. Todos eran masones y nunca se imaginó que alguien, pasado un siglo o dos inventara la ridícula teoría de que había masones que no eran masones: todo para poder negar que San Martín había sido masón. Es el gran historiador, que tan cerca estuvo de San Martín, que nos dice que "San Martín, lo mismo que Alvear, Zapiola, Balcarce y demás oficiales argentinos que había servido en España contra los franceses se habían afiliado a las logias con más o menos seriedad según las generalidades de cada uno". San Martín, especialmente, "había venido a Buenos Aires convencidísimo de la necesidad de establecer el sistema por las grandes ventajas que debía dar un gobierno montado sobre esa base".

Alvear, como refiere López, "se emancipó de los vínculos secretos ... se desentendió de los conciliábulos de la logia -o establecimiento de educación, como le llamaban- y la convirtió en un partido extensamente político y gubernativo al aire libre". López opinaba que nuestro país no podía avanzar con un gobierno de organizaciones secretas y era preferible un gobierno o una logia sumisa al gobierno.

López refiere que caído Alvear, el general San Martín, desde Mendoza, insistió en "reorganizar una nueva logia gubernamental". Según López, de acuerdo con al correspondencia de San Martín, éste sólo consiguió la adhesión de sus amigos Tomás Guido, "más dispuesto a servir al general que a la logia". Dice López que los hombres que habían reemplazado al general Alvear eran de opiniones encontradas con las de San Martín. Los Anchorena, Arana, Obligado, Díaz Vélez, Sáenz, fray Cayetano Rodríguez, Escalada, Aguirre, Azcuénaga y otros eran de escuelas e intereses "tan diversos como el personalismo de cada

uno". San Martín, que por los hechos de Cádiz, detestaba al pueblo inconsciente y bárbaro, se encontró en Córdoba con el Supremo Director del Estado, Pueyrredón, "también un iniciado". López revela que se había iniciado durante su viaje por España, entre 1806 y 1809. "Se había afiliado en la logia de los francmasones políticos y oficiaba en las aras de tres puntos". López atestigua que en la entrevista de Córdoba quedó acordado que la Logia se llamase Lautaro. "No fue -dice López- un título de ocasión, sacado al acaso de la leyenda araucana de Ercilla, sino una "palabra" intencionalmente *masónica* y *simbólica*, cuyo significado específico no era *guerra a España*, sino *expedición a Chile*: secreto que sólo se revelaba a los iniciados al tiempo de jurar el compromiso de adherirse y consagrarse a este fin. De otro modo habría sido trivial antojo bautizar la más grande empresa militar de los argentinos con el nombre de un indio chileno. Pero el simbolismo salvaba así la materialidad del lema, y el sentido recóndito de la palabra sacramental contenía el contrato solemne y juramentado de la expedición a Chile hecho con el general que explica, como vamos a verlo, muchas de las costanas y difíciles condescendencias que el gobierno de Buenos Aires se vio obligado a soportar y muchos otros actos importantes que, de otro modo, serían casi inconcebibles".

Nos dice López que en Córdoba "el único asunto especialísimo y grave de la conferencia fue la organización de la logia, la materia gubernativa y el orden interno. "Después del encuentro con Pueyrredón, San Martín escribió, con palabras que transcribe López; "Mi viaje a Córdoba y mi entrevista con Pueyrredón han sido de mayor interés a la causa ... Estoy bien seguro que no solamente promoverá al bien del país, sino *su base*; cual es el establecimiento de educación pública", es decir, la masonería y Logia Lautaro. Entre los ministros de Pueyrredón estaba el doctor Vicente López, autor del himno nacional, que de inmediato se afilió a la masonería. También eran masones don Domingo Trillo, ministro de hacienda, y el mayor coronel, don Juan Florencio Terrada, ministro de guerra y marina. Eran afiliados a la primera logia de 1813. La logia quedó con la misión de hacer política secreta. La historia ha llegado a un punto que representa uno de sus grandes peligros.

Es el choque de las ideas políticas de Pueyrredón con las de Dorrego. La historia de este personaje, muy manoseada, poco profundizada y mal entendida, está aún por escribir, a pesar de los buenos libros que se le han dedicado. El problema de Dorrego no es el de Dorrego, sino el de otros muchos hombres de gran influencia. Dorrego creía que el país se iba a entregar a la monarquía portuguesa o a la misma España. La cuestión es muy diferente y, salvo nuestros trabajos, no cuenta con estudios definitivos. Si alguien ignora lo nuestro, la cuestión se hace aún más oscura.

Dorrego llamaba caballeros de la Mesa Redonda a los masones de Pueyrredón y otros. Se creía perseguido por ellos, es decir, por los jesuitas, a los cuales detestaba, y otros muchos

enemigos. No es el momento de hacer su historia. Lo mencionamos porque es uno de los pocos antimasones que sembraron confusión y discordia.

La historia argentina escrita por Vicente Fidel López, sistemáticamente olvidada por los autores que discuten problemas masónicos, basta por sí sola para probar lo que los autores actuales tanto polemizan. Nos muestra que la masonería era una perfecta masonería y no un club o una serie de clubes políticos que adoptaban los signos masónicos sin ser masones. Demuestra que sus integrantes eran perfectos masones y no simuladores u hombres disfrazados de masones. Y termina por evidenciar que la masonería, en la época que nos interesa, jamás atacó a la Iglesia Católica y son falsas y burdas mentiras las acusaciones que se le han hecho de ser una institución secreta destinada a combatir el catolicismo.

LA MASONERIA
Y LA SUPUESTA DESOBEDIENCIA DE SAN MARTIN

Hemos sido los primeros, en estudios sanmartinianos, en destacar el hecho de que el ideal y el propósito de San Martín y del Congreso de Tucumán fueron los de cumplir la independencia de toda la América hispana. Señalamos la declaración de Tucumán, del 9 de julio de 1816, en la cual se lee que la independencia proclamada era de las Provincias Unidas de la América del sud y no de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Este nombre se había usado antes de esa fecha, cuando se refería al virreinato del Río de la Plata o a sus gobiernos posteriores, y después del 1816, cuando hubo otros Estados en América y cada uno tuvo su nombre propio. El ideal de la independencia total del continente y de la unión de sus distintas partes no se perdió en el primer cuarto del siglo XIX. En las instrucciones reservadas que Juan Martín de Pueyrredón dio a San Martín, hechas conocer por Mitre, se le dice bien claro que las Provincias Unidas debían formar con Chile una alianza constitucional para constituir una confederación de naciones. Era el proyecto de la independencia total de América o, cuando menos, de las Provincias Unidas, de Chile y, en seguida, del Perú.

La unión de estas tres naciones fue una preocupación constante en la mente de San Martín. En un oficio de San Martín al virrey Pezuela, del 11 de abril de 1818, le escribe que, en los siete años transcurridos desde el 25 de Mayo de 1810, se había descubierto que las Provincias Unidas y Chile "sólo apetecen una Constitución liberal, una libertad moderada y que los habitantes del virreinato de Lima, cuya sangre se ha hecho derramar contra sus hermanos, tengan parte en su destino político y se elevan del abatimiento colonial a la dignidad de las dos naciones colindantes". Este bando se reprodujo en la *Gaceta de Buenos Aires* el 29 de abril de 1818. Nadie ignoraba, por tanto, que los fines políticos de aquellos momentos eran los de unir en una sola nación la actual Argentina, Chile y el Perú que, entonces, integraba también el Alto Perú, hoy Bolivia.

El mismo pensamiento fue expuesto por San Martín "A los limeños y habitantes de todo el Perú", en una proclama del 13 de noviembre de 1818, fechada en Santiago de Chile y publicada por Celedonio Galván Moreno en sus *Bandos y proclamas de San Martín* (Buenos Aires, 1947, págs. 154-156). Les dijo: "La unión de los tres Estados independientes (Río de la Plata, Chile y Perú) acabará de inspirar a la España el sentimiento de su impotencia y a los demás poderes el de la estimación y del respeto. Afianzados los primeros pasos de vuestra existencia política, un Congreso central compuesto de los representantes de los tres Estados dará a su respectiva organización una nueva estabilidad, y la constitución de cada uno, así su alianza y federación perpetua, se establecerán en medio de las luces, de la concordia y de la esperanza universal".

Este pensamiento político de San Martín es el que mantuvo durante toda su vida americana e inspiró todos sus actos hasta después de Guayaquil, cuando trató de organizar la Argentina por medio de un Congreso en Córdoba, que deshizo Rivadavia, y constituir la Asociación Argentino-Chileno-Peruana, que también hizo fracasar Rivadavia.

La conquista del Perú, para formar con él una inmensa nación que habría unido su territorio a los de Chile y la Argentina, se formalizó en un tratado entre el Estado de las Provincias Unidas del Río de la Plata y el director supremo del Estado de Chile el 5 de febrero de 1819. Puede leerse íntegro en *Documentos para la historia del Libertador General San Martín* (Buenos Aires, 1973, tomo XI, págs. 10-12). Lo firmaron los plenipotenciarios Gregorio Tagle, ministro de Estado en los departamentos de gobernación y relaciones exteriores, de Buenos Aires, y Antonio José de Irisarri, ministro de Estado de Chile. En el primer artículo, las dos partes contratantes se obligaron a costear una expedición, que ya estaba preparada en Chile, para auxiliar a los habitantes del Perú y con especialidad a los de Lima, con fuerza armada y arrojar de allí al gobierno español y establecer el que sea más análogo a su constitución física y moral".

En el artículo segundo leemos algo de inmensa importancia: el ejército combinado de las Provincias Unidas y de Chile "dejará de existir en aquel país luego que se haya establecido un gobierno por la voluntad libre de sus naturales".

Este artículo, no tenido en cuenta por ninguno de los historiadores de la llamada renuncia de San Martín, explica a la perfección, con una claridad indiscutible, porque San Martín prometió a los peruanos no gobernar en su país más de un año y dejarles el gobierno no bien lo tuviesen establecido. Ricardo Rojas hizo notar el hecho trascendentalísimo de que San Martín se propuso gobernar solamente un año en el Perú. Nosotros demostramos que San Martín y García del río combinaron cómo San Martín, después de encontrarse con Bolívar, debía reasumir el mando, para que nadie pensase que su renuncia o retiro eran forzados, y entregarlo en seguida a los peruanos. San Martín, con esa llamada renuncia que se atribuía a las ambiciones de Bolívar y a otras fábulas, no hizo más que cumplir lo resuelto por los gobiernos de Buenos Aires y de Santiago dos años antes de emprender su expedición. No hubo renuncia por culpa de Bolívar, como repitió y repetirá una historiografía de sectarios o ignorantes. Hubo obediencia a una resolución tan importante y trascendental como la que tomaron la Argentina y Chile cuando resolvieron su expedición conjunta libertadora del Perú. Si las conveniencias lo exigían y si el gobierno establecido en Lima por la voluntad libre de sus naturales lo pedía, otro ejército podía quedar por algún tiempo en aquel territorio.

En el artículo tercero, las partes contratantes convenían no considerar el cobro de los costos de la expedición libertadora con el gobierno que se formase en el Perú hasta que pudiese arreglarse con el gobierno independiente de Lima. El artículo cuarto aclaraba aún

más el anterior y el quinto declaraba que las dos partes contratantes se garantizaban mutuamente "la independencia del estado que debe formarse en el Perú, libertada que sea la capital". Los gobiernos de la Argentina y Chile ratificaron este tratado.

Es indudable que San Martín tenía la obligación de abandonar el gobierno del Perú no bien se hubiese organizado en ese país un gobierno por "la voluntad libre de sus naturales". Así lo establecía el artículo segundo de este tratado y así obedeció San Martín.

Estamos comprobando que no hubo una renuncia de San Martín por fuerza de ninguna persona, sino por obligación de cumplir una orden superior, tan importante como la que le había dado el mando. Y comprobamos algo más: el propósito del Congreso de Tucumán y de los gobiernos de la Argentina y Chile de constituir una nación que abarcase estos tres Estados. Este fin, téngase bien presente, es el que San Martín quiso desarrollar no bien cumplió su misión de dar un gobierno independiente al Perú y haberse retirado de este país después de haberse encontrado con Bolívar. Hemos demostrado, en otras páginas, cómo San Martín envió a Gutierrez de la Fuente a recabar auxilios en las provincias argentinas para conquistar el resto del Perú dominado por los españoles divididos en liberales y absolutistas, y cómo Rivadavia hizo fracasar esa misión. También hemos mencionado los prestamistas que facilitaron una importante suma a San Martín, después de su retiro del Perú, para formar un ejército con el cual lanzarse a dominar a los españoles que aún resistían en el Alto Perú. Uno de ellos era Roberto Orr. Poco o nada se sabía de sus nombres. Ahora podemos recordar algo respecto a Orr. El cinco de febrero de 1819, desde Dublin, escribió una afectuosa e interesante carta a San Martín. Ella revela que eran viejos amigos, tal vez unidos por la masonería. Orr lo llama a San Martín, además de excelentísimo, "mi distinguido amigo y señor". Le cuenta que no había tenido tiempo, desde su llegada, para escribir a los amigos que había dejado en el Mundo Nuevo, "ni aún a Vuestra Excelencia, de quien he merecido tantos y tan grandes favores, y cuya memoria jamás me será borrada. Mientras viva siempre me acordaré con placer de la amistad que se me ha dignado dispensar, y ojalá que me señalase cómo emplearse en la Europa para que le puede mostrar mi agradecimiento". Tanto San Martín como el famoso Lord Fife, el señor Carsol y Orr eran amigos. San Martín había dado unas cartas a Orr para que las entregase a estos señores. Cuando llegó Orr estaban en sus casas de campo y Orr se las envió por correo. Les pidió que le acusasen recibo, pero hasta ese momento no había recibido respuestas. Orr le daba noticias de España, cuya situación interna cada día se hacía más crítica. Crecían las dificultades para enviar expediciones ultramarinas. En Inglaterra todos los días se embarcaba gente rumbo a Venezuela y Nueva Granada. Un teniente coronel había reclutado dos batallones de mil doscientas plazas cada uno que se llamaban Regimiento de Hibernia. El gobierno había despedido treinta mil soldados. La pobreza era general y no se les podía dar ningún empleo. Hombres jóvenes y

aguerridos querían emigrar a la América del Sud. Orr esperaba noticias de San Martín y terminaba su carta con saludos para doña Remedios, "quien supongo habrá pasado a Chile con Vuestra Excelencia". (*Documentos para la historia del Libertador General San Martín, cit.* tomo XI, pág. 12-16)

En Chile, los masones se reunían con frecuencia para resolver muchos problemas. El 10 de febrero de 1819, Tomás Guido, coronel y diputado en Chile, escribió a San Martín que no le remitía unas cartas "porque esta noche se leerán entre los amigos" (*Ob. cit.* tomo XI, pág. 53). En Lima, un informante, Gaspar Rico, hacía saber que el comercio libre era una ruina, que los contrabandistas aniquilaban el país y los extranjeros sacaban de las casas nuestro dinero acuñado, nuestras barras de oro y plata y las múltiples reliquias de los ahorros de nuestros padres representados en las vajillas, en las cucharas, en las espuelas o adornos de monturas y subrogar a nuestras brillantes láminas de plata sus fútiles cuadros dorados a la hoja. En el puerto del Callao había veinte buques extranjeros llenos de géneros que se introducían clandestinamente y se vendían al por mayor y al menudeo. (*Ob. cit.*, tomo XI, págs. 58-59)

El cruce de los Andes podía hacerse en cualquier momento, pero no se hacía. El 16 de febrero de 1819 Bernardo O'Higgins escribió a San Martín que el gobierno de Chile estaba haciendo "preparativos secretos para que una división de mil quinientos hombres pase los Andes en el momento que V.E. lo solicite". (*Ob. cit.*, tomo XI, págs. 112). El mismo día, Tomás Guido comunicó a San Martín que había reunido "a los amigos", es decir, a la logia masónica, y habían acordado enviar "una diputación de Chile en clase de mediador en las diferencias de Artigas con Buenos Aires y para que preste garantía de cualquier convenio que se formase por plenipotenciarios de una y otra parte". Es el comienzo de su intento de mediación que Pueyrredón terminó por no aceptar.

Otras noticias comunicó Guido a San Martín. Un norteamericano, Robinson, llegado de Lima, le contó que había hablado privadamente con Pezuela y que el virrey le había asegurado que si España recobraba Montevideo premiaría a Artigas "con la banda de mariscal de campo y la cruz de Isabel que le estaba acordada". Guido sospechaba de Artigas. Vinculaba su hostilidad a la sublevación de los prisioneros españoles en San Luis y la acción de los Carreras. La historia hoy sabe que se trató de hechos totalmente desvinculados; pero entonces parecían tener una combinación, (*Ob. cit.*, tomo XI, págs. 118-119). Otro interés ofrece, en cambio, el propósito de O'Higgins enviar a las Provincias Unidas tropas chilenas para combatir a los "anarquistas", o sea, a los caudillos sublevados. Así se lo comunicó O'Higgins al brigadier Antonio González Balcarce, primero, el 17 de febrero de 1819, y al propio San Martín, después, el mismo día. En la carta a este último le pedía que no se aventurase a visitar a los montoneros para llegar con ellos a algún acuerdo. Era un peligro que no debía

correr por bien de América. La masonería había tomado medidas para enviar una comisión a tratar con los montoneros. El párrafo es el siguiente: "El amigo Guido me ha escrito de la resolución de la O-O para que nuestro común amigo Cruz y un regidor Cabaredo, comisionados por este gobierno, pasen a verse con Artigas o el jefe que mande las fuerzas que hostilizan la campaña de Buenos Aires, establezcan una mediación a nombre de Chile, pidan cesación de hostilidades y ofrezcan, a nombre de este Estado, garantir los tratados que se estipulasen entre el supremo gobierno de Buenos Aires y Artigas, pero que todo se convenga con usted para que tenga acierto. También resolvió O-O que nuestro amigo Zapiola precediese al gobernador de Valparaíso durante su ausencia". (*Ob. cit.*, tomo XI, págs. 121-124). El coronel don Luis de la Cruz y el regidor don Salvador de la Cabareda, enviados del gobierno de Chile, fueron nombrados por el director supremo O'Higgins. En lugar de la Cruz pasó a hacerse cargo del gobierno de Valparaíso el coronel mayor don José Matías Zapiola, conocido masón. El 18 de febrero, Guido escribió a San Martín que "antes de ayer comuniqué a usted por extraordinario los últimos acuerdos de los amigos". No faltaban las noticias de la próxima partida de la expedición española de veinte mil hombres rumbo al Río de la Plata. El 22 de febrero, Guido rogó a San Martín que volviese a Chile, pues la guerra con los montoneros parecía no tener fin. También le pidió que hablase con Belgrano "si baja" (*Ob. cit.*, tomo XI, pág. 159). Corría la voz de que Cornelio de Saavedra había sido enviado a negociar con los montoneros. (*Ob. cit.*, tomo XI, pág. 185)

Fue en estos momentos en que San Martín, ansioso de alcanzar una paz en las Provincias Unidas, se decidió a escribir a los caudillos. El 26 de febrero de 1819, desde Mendoza, se dirigió al comandante de las fuerzas de Santa Fe, Estanislao López. "Paisano", le dijo: "La reclamación de los patriotas y honrados cuyanos sobre la intercepción de su comercio, que es el que les da su subsistencia (por las fuerzas del mando de usted) me han movido a separarme del Ejército Unido de mi mando con el sólo fin de interponerle mis súplicas a fin de que se corten estos males, que todos ellos gravitan sobre patriotas que teniendo las mismas ideas de libertad americana, emplean algunos medios algo encontrados. El que escribe a usted no quiere otra cosa que la emancipación absoluta del gobierno español, respeta toda opinión y sólo desea la paz y unión. Sí, mi paisano: estos son mis sentimientos: libre la patria de los enemigos peninsulares, no me queda más que desear. Bajo estos principios dirijo a usted esta comunicación, seguro de que será admitida con la misma sinceridad con que la escribo". También le anunciaba el nombramiento de la comisión mediadora de Chile y le pedía que le contestase por medio de un oficial de su confianza y, "bajo la garantía de su palabra, no tendré el menor inconveniente en presentarse en el punto que usted me indique para que tratemos sobre los particulares que llevo expuestos". (*Ob. cit.*, tomo XI, págs. 191-192).

Buenos Aires vivía con la doble intranquilidad de los montoneros, que sublevaban el país en contra del gobierno de Pueyrredón, y de la expedición que se preparaba en Cádiz para llevar unos veinte mil hombre al Río de la Plata. La expedición retardaba continuamente su partida porque el rey de Portugal no autorizaba a España a detener sus barcos en los puertos del Brasil para renovar sus alimentos y provisiones. La política de Pueyrredón con la corte de Río de Janeiro salvaba a América de una invasión que habría cambiado sus destinos. Los historiadores de estos sucesos no han tenido en cuenta estos hechos para comprender el por qué de la política pueyrredoniana, la gratitud que debemos al rey de Portugal, la única causa que retardaba, inexplicablemente, la salida de la expedición, y el terror que existía en el Río de la Plata, en chile y diversas partes de América.

En otras páginas hemos expuesto el proyecto de San Martín, de enviar al almirante Cochrane con la escuadra de Chile a hacer frente a esta expedición en el Atlántico: proyecto impropio de su talento de estratega y que Guido y O'Higgins se encargaron de alejar de la mente del Libertador. En Buenos Aires, una comisión aconsejó destruir la ciudad y sus alrededores para que los españoles no encontrasen, como en una nueva Moscú, ni comida, ni provisiones, ni techos, ni animales.

Pueyrredón, por medio del ministro de guerra, coronel mayor Matías de Irigoyen, ordenó al general en jefe de los ejércitos unidos, coronel mayor don José de San Martín, que estuviese preparado para repasar los Andes en el momento que se le llamase. Irigoyen empezó por exponer a San Martín el peligro de la famosa expedición y, en seguida, le dijo lo siguiente:

En este concepto, pues, quiere el gobierno y me ordena diga a V.E. que desde el momento que reciba y quede impuesto de esta suprema orden se predisponga a repasar y repase efectivamente la cordillera con las esforzadas legiones de su mando, parque y demás relativo a ellas, cuidando mucho de traer consigo todo el tren de artillería y municiones que sea posible, en la inteligencia de qué aquí se carece de lo necesario porque ha sido preciso emplear en los ejércitos y demás, no siendo fácil ni asequible por ahora su reposición, así por falta de numerario, como por no haber donde comprarla, sin perjuicio de que V.E. cuidará muy eficazmente de engrosar y aumentar las legiones con la mayor fuerza que sea posible y, con todas ellas y demás aprestos, especialmente la artillería de los calibres más precisos, se situará en la ciudad de Mendoza, adonde se le dirigirán las órdenes convenientes (*Ob. cit.* tomo XI, págs. 197-198).

Este es el tantas veces recordado llamado de Pueyrredón a San Martín. No fué un llamado para combatir a los caudillos, sino para hacer frente a la expedición española. Respecto a ella, le decía Irigoyen: "Este esfuerzo peninsular es el máximo y último que puede hacer Fernando y nosotros debemos también oponerle el máximum de nuestras fuerzas en el concepto de que es forzosamente la decisiva de nuestra gloria u oprobio eterno."

San Martín obedeció en el acto. El mismo día, 27 de febrero de 1819, ordenó al comandante general del Cantón de Carimón, coronel Juan Gregorio de Las Heras, que se dirigiese a la ciudad de Mendoza. He aquí sus palabras: "Inmediatamente que V.S. reciba este, hará poner en marcha para la ciudad de Mendoza los dos escuadrones de cazadores a caballo, pidiendo a ese gobierno los auxilios necesarios para poderlo verificar".(*Ob. cit.* tomo XI, pág. 199). Al día siguiente, 28 de febrero, el intendente del Ejército de los Andes, Juan Gregorio Lemos, escribió a San Martín: "Haré que se conduzca lo más pronto la imprenta que V.E. pide, a disposición del señor gobernador intendente de Cuyo. Quedo activando diligencias a fin de remitir los dos oficiales inteligentes en el arte y de su asignación y demás daré oportuna cuenta" (*Ob. cit.* tomo XI, pág. 203). El 29 de febrero de 1819, el enviado de Chile en Buenos Aires, don Miguel Zañartu, informó a San Martín del empréstito abierto en Buenos Aires, de quinientos mil pesos, para la expedición a Chile, porque los extranjeros, principalmente, habían declarado que no tenían el dinero suficiente (*Ob. cit.* tomo XI, págs. 205-206). El primero de marzo de 1819, Juan Martín de Pueyrredón refirió a San Martín los preparativos que se hacían en Cádiz para enviar al Río de la Plata la expedición de unos veinte mil hombres. Por ello había tenido el sentimiento de firmar la orden para la muy pronta retirada de nuestras fuerzas a esta parte de la Cordillera. Eso sería lo único que nos daría Chile en recompensa de tantos sacrificios que nos ha costado su restauración. No era necesario que San Martín trajese cinco mil veteranos, tropas de línea, cuyo traslado y mantenimiento resultarían muy caros. Bastaba que San Martín hiciese venir reclutas que, bajo la dirección de los nuestros, serán sin duda de más provecho. Había que cuidar las deserciones, en particular de los soldados chilenos. Por esto, pues, y por el mayor respeto que impondrá la presencia de usted, pienso que sería muy conveniente que usted no se separase del ejército hasta dejarlo a esta parte de la Cordillera, cuyo paso debe a toda costa verificarse en la presente estación.

Volvemos a comprobar que el llamado a San Martín era debido al temor de la expedición española, no a los montoneros. Respecto a ellos, al final de la carta, sin darles la menor importancia, Pueyrredón le dijo a San Martín: "Siguen aquí los malvados inquietando al gallinero, pero no hay cuidado". (*Ob. cit. tomo XI, págs. 210-211).*

Es inexplicable porque tantos historiadores, sin un exámen detenido del problema, han inventado la tesis de que San Martín se negó a obedecer la orden de Pueyrredón venir a combatir a sus hermanos argentinos, los montoneros. Han tergiversado la verdad. Han desconocido la trascendencia de la expedición española y el efecto terrible de sus noticias en los ánimos de los políticos y militares de esta parte de América. Han atribuído a Pueyrredón un propósito que nunca tuvo: el de hacer venir el ejército de San Martín a luchar contra los caudillos. Han presentado a San Martín como a un jefe que desobedece a su gobierno para

no manchar su espada con sangre de argentinos y han llamado genial o patriótica y hasta sublime su desobediencia. Han creado un pequeño mundo de novela que jamás existió.

El primero de marzo de 1819, el ministro de guerra, coronel mayor Matías de Irigoyen, expuso al director supremo de Chile, brigadier Bernardo O'Higgins, los peligros que corría América y la necesidad de que el Ejército de los Andes se pusiese en marcha hacia estas provincias. Los términos de esta comunicación deben ser conocidos. Así es -decía Irigoyen- que aunque nos hallamos en actitud de proveer de los fondos necesarios a la empresa combinada contra el virrey de Lima, el peligro que corre la libertad de ambos Estados, en su propio territorio, nos aconsejaría que diésemos de mano a aquel espinoso proyecto, librando a otra ocasión o a otros medios las esperanzas de realizarlo. No había fondos para emprender la expedición sobre Lima. Por estas y otras razones, el gobierno había determinado que el Ejército de los Andes se ponga inmediatamente en marcha a estas provincias, librando las órdenes convenientes al general para que aproveche a toda costa el corto tiempo que concede la estación para el tránsito de la Cordillera.

El historiador de estos hechos tiene la obligación de analizar con precisión, sin dejarse llevar por tradiciones falsas o simples embustes, los textos de los documentos para conocer sus verdades intergiversables. Estamos reconociendo que no es verdad que San Martín fué llamado para combatir a los caudillos. Lo fue para que su ejército se encontrase en Buenos Aires cuando la expedición española pudiese llegar a estas playas. El coronel mayor, don Matías de Irigoyen, ministro de la guerra, dio las razones de ese llamado a O'Higgins, director supremo de Chile, en la carta que estamos glosando. Le dijo:

Pero como desgraciadamente la fuerza que compone dicho ejército es muy inferior al tamaño de nuestro peligro, y estando cubierto este reino de sus enemigos exteriores con la escuadra, el mayor de sus riesgos consistiría en que nosotros fuésemos vencidos, parece llegado el caso de que V.E. quiera por su propio interés y por su gloria, aunque no se recuerden otros títulos, auxiliar a este Estado con alguna tropa de línea, en términos que, unidas ambas fuerzas, compongan el número de cinco mil veteranos.

Estamos frente a una estrategia destinada a hacer frente a las fuerzas españolas, tanto de la península, con la expedición de los veinte mil hombres, como del Perú, que podían avanzar sobre Chile y el norte de la Argentina. Continúa el ministro de la guerra:

Considere V.E. que, libre el virrey Pezuela del peligro que le amenazaba la proyectada expedición, empleará las tropas que había reunido en la capital para engrosar el ejército de La Serna y hacerlo obrar sobre nuestras provincias para distraer nuestra atención del ejército expedicionario de la península y que si, por falta de fuerza, dejamos mal seguros los dos extremos por donde deberemos ser atacados, dividiendo nuestras escasas tropas, casi debe tenerse por cierta nuestra disolución, a que sería consecuente la de ese reino.

En efecto: libre el virrey del Perú de la amenaza de la expedición argentino-chilena que iba a conquistar Lima, podía muy bien destinar sus fuerzas para ayudar a La Serna y avanzar sobre el norte argentino. No se habla, ni por un instante, de caudillos ni de montoneros. No encontramos ningún pedido de tropas para combatir a esos hombres, ni al fantasmal Artigas, que no preocupaba en Buenos Aires y en las provincias. El gran peligro era la expedición española y las fuerzas del virrey del Perú. Por ello era necesario que el Ejército de los Andes repasase la cordillera y se situase cuando menos en Mendoza para estar más cerca del enemigo del Alto Perú y de la expedición que podía llegar al Río de la Plata. Irigoyen comprendió la impresión que estos hechos y este pedido podían causar a O'Higgins y no vaciló en decírselo:

Yo bien veo que a V.E. se le ofrecerán graves dificultades para decretar este auxilio, pero si V.E. y el entusiasmo de esos pueblos no se deciden a vencerlas, después de tan grandes sacrificios, nada habremos hecho sino consignarlos a nuestra ruina. Piense V.E. lo que van a decir de Chile las naciones si el resultado les acredita la indiferencia con que se miren nuestros conflictos, ya que en casos tan críticos no se hace verosímil la falta de poder con que se arguye la voluntad. Reflexione V.E. que el honor de ese Estado se halla empeñado en manifestar su buena correspondencia a nuestros servicios y que la conservación de su honor vale tanto como la mitad de su fuerza. No quiera el cielo que V.E. no halle el camino de socorrernos y que la alta barrera que nos divide por la naturaleza del territorio no vaya a hacerse mayor en el ánimo de estos pueblos por el desconsuelo que experimenten al ver defraudadas sus esperanzas.

El clamor del ministro de la guerra argentino no podía ser más desesperado. Hasta acudió al argumento, no muy diplomático o generoso, de recordar a O'Higgins que las fuerzas argentinas que se hallaban en Chile influían en el gobierno de ese país, que la Argentina había ayudado a Chile a obtener su independencia y que había llegado el momento de retribuir esa colaboración. Era para defenderse del virrey del Perú y de la expedición de veinte mil hombres al Río de la Plata: una tenaza que podía terminar con la independencia de la América hispana y sólo la Argentina tenía que hacerle frente. Repetimos que, ni por asomo o casualidad, se hablaba de montoneros o caudillos. La acción de estos revoltosos era mirada con desprecio por el gobierno de Buenos Aires y sabido es que la mediación de Chile, para un arreglo con Artigas, fue rechazada por inútil. Decía el ministro Irigoyen:

Existiendo en ese reino nuestras tropas y atribuyéndoseles una gran parte de inflexo en la administración, parece natural que ciudadanos bien nacidos no se sintiesen con vigor para dar testimonios dignos de su gloria cuando podrían atribuirse a la influencia de un poder extraño; pero cuando van a desaparecer los pretextos de tan siniestras interpretaciones, los ciudadanos chilenos imprimirían una nota funesta a su carácter nacional si, después de ha-

berlos ayudado nosotros a reconquistar su patria, nos dejasen a solas con nuestros peligros cuando imploramos sus socorros para defensa de la nuestra.

Irigoyen confiaba en los generosos sentimientos del supremo director de Chile. Así se lo dijo:

Yo creo hasta haber agraviado a V.E. manifestando tanto empeño en alentar a V.E. y a ese Estado a esfuerzos propios de su gloria y para los que sólo basta el noble instinto de sus generosos sentimientos. Así es que tomo por mejor partido abandonarme a ellos esperando que V.E. cumplirá los votos de estos pueblos y los deberes de su fama (Ob. cit. tomo XI, págs. 213-215).

El mismo día que Irigoyen dirigió a O'Higgins esta carta, el diputado en Chile, coronel Tomás Guido, escribió desde Santiago a San Martín. Le contó que el antiguo amigo de San Martín, Ricardo Orr, que, tiempo antes, le había escrito desde Dublin, estaba en Buenos Aires, había recogido diez mil pesos de la subscripción hecha para las viudas de la acción de Maipú y deseaba saber qué debía hacer con ese dinero (*Ob. cit.* tomo XI, pág. 217). Orr había vuelto y unos años más tarde lo veremos reaparecer para facilitar a San Martín un préstamo con qué organizar, después de su alejamiento del Perú, la conquista del Alto Perú y el fin de la guerra con España.

San Martín cumplió las órdenes recibidas. Había que repasar los Andes para salvar la patria y se dispuso a dar ese gran paso. El 9 de marzo de 1819, desde San Luis, se dirigió al general en jefe del Ejército de los Andes con una nota que tenía el título de "Reservadísimo". Empezó por decirle que le incluía la comunicación original del Supremo director del Estado en que ordenaba que "todo el Ejército de los Andes repase la cordillera a la ciudad de Mendoza, a cuyo punto me dirijo en este momento para preparar los cuarteles y demás necesario a su llegada". O'Higgins había dispuesto que el Ejército de los Andes se dirigiese a Mendoza y San Martín había partido a esa ciudad para recibirlo. La primera operación que el jefe del ejército debía realizar era "hacer entrar dentro de la infantería, Cordillera los regimientos de Granaderos a caballo, cazadores de artillería y número once, dejando a retaguardia los regimientos siete y ocho para que contengan la deserción que puede haber". Antes que se trasluciese el movimiento del ejército, los granaderos a caballo y los cazadores de los Andes debían situarse en la villa de Santa Rosa tomando medidas de cabalgaduras de un modo el más disimulable que sea posible. San Martín pondría víveres para el ejército desde la Punta de Vadas en toda abundancia y cabalgaduras en Uspallata. Para que no se tuviese noticia de esta operación, el jefe del ejército debía avisar a San Martín, con alguna antelación, el día que empezase la marcha.

Si se esparcían estos preparativos en Mendoza pronto se comunicarían a Chile, "lo que nos ocasionaría una deserción terrible". Con el pretexto de las Montoneras podía remitir el

armamento sobrante y todos los artículos de guerra y municiones que pudiese traer. Para ello fletaría las mulas necesarias por cuenta del Ejército de los Andes. Como escolta de otros artículos podián ir los artilleros chilenos con que contase. Nada debía quedar que pudiese ser conducido, pues en Mendoza se carecía de todo, especialmente artículos de guerra. "Guárdese un sigilo eterno sobre el movimiento", es decir, hasta la llegada de los granaderos y cazadores del Ejército de los Andes a Santa Rosa. "El caso es que el Ejército pase la Cordillera sin experimentar deserción". Otro oficial debía quedar encargado de recoger y conducir los vestuarios. El intendente del ejército debía nombrar un oficial de toda su confianza para que condujese los caudales del Ejército. El intendente debía quedarse algún tiempo para beneficiar los créditos "y arreglar el finiquito de las cuentas con el Estado de Chile". El repasar los Andes, decía San Martín es una operación bien escabrosa sin experimentar deserción: "pero los talentos conocidos del señor brigadier Balcarce o, en su ausencia, el señor coronel Las Heras, sabrán vencerlas con aquel pulso que les es característico".

San Martín pedía avisos repetidos y por mano de oficiales de confianza de todas las operaciones que se hiciesen "para repasar los Andes". Debía conducirse toda la artillería que se pudiese y vencerse las dificultades que se opusiesen; "pero con precaución y que sea después que las tropas hayan pasado la Cordillera". Sin embargo de todo lo expuesto, si el general Balcarce o, en su ausencia, el comandante general del Cantón, el coronel Las Heras, "creyese ser imposible ocultar su marcha, como me lo presumo, y que se pueda sacar mejor partido manifestando claramente al soldado del honroso objeto a que son destinados, como es a libertar las Provincias Unidas del ataque próximo que se espera, lo verificará y, por este medio, tendrá más proporción para hacer sus aprestos sin que se conozca ocultación". El jefe podía alterar ese oficio y disponer como tuviese por conveniente al mejor servicio de la patria. En caso de dudas, podía ponerse de acuerdo con el diputado de las Provincias Unidas, Tomás Guido. Debían venir con el ejército todos los artesanos con sus respectivas herramientas, los caballos y mulas del Estado, pues hacían notable falta (*Ob. cit.* tomo XI, págs. 221-223).

¿Obedeció o no obedeció San Martín la orden de repasar los Andes?. Estaba por medio la salvación de la patria y el Libertador no vaciló un instante. Fue una obediencia ciega y fulminante.

La montonera aumentaba. O'Higgins recomendó a San Martín que no fuese a tratar con sus jefes y no se aventurara a caer en manos de los anarquistas. El gran peligro era la tenaza del ejército del virrey de Lima y de la expedición española al Río de la Plata. De España llegaban noticias contradictorias. Juan Martín de Pueyrredón necesitó aumentar los regimientos de infantería y pidió a San Martín, el 4 de marzo de 1819, un par de mil reclutas de buena gente (*Ob. cit.* tomo XI, pág. 250). Manuel Belgrano informó a San Martín, el 5 de marzo de 1819, que esta guerra no tiene transacción: la hacen hombres malvados sin

objeto, ni fin, y para mi tengo que los promotores son movidos por los españoles, siguiéndoles nuestra gente acostumbrada al robo y toda clase de vicios. Estaba alarmado, pues jamás he visto tal aturdimiento ni temores tan manifestados. Viamonte había sustentado a los montoneros de Carcarañá y hasta Coronda no había uno, pero en los Desmochados tenían cuatrocientos hombres. "Usted crea que, ahora, cuanto canalla quiera echarse a robar, se levanta en montonera y se hace depender del Protector de los Pueblos libres (Artigas), que no tiene más idea que la destrucción del país" (*Ob. cit.* tomo XI, pág. 258).

Mientras en la Argentina, Artigas suscitaba problemas, en Chile, Tomás Guido proyectaba la conquista del Perú. El 8 de marzo, desde Santiago, Guido comunicó a San Martín su inquietud por la expedición que se preparaba en Cádiz y le recomendó que hiciese "los últimos esfuerzos para tramar de un modo sólido las diferencias en Santa Fe". El primer golpe que debían proponerse era sobre Guayaquil. Mil hombres eran bastante. En seguida, una contribución sobre los godos de quinientos mil pesos y otros tantos en empréstitos a los patriotas bajo todas las garantías que permitiesen las circunstancias. Antes de tres meses podían caer sobre Lima. El mejor medio era la empresa sobre Guayaquil. Si la expedición española se dirigía a Buenos Aires, "entonces, más que nunca, debemos empeñarnos en abrirnos paso en el Perú. Nada importaría perder aquella capital si lográsemos dar un golpe a Lima. El influjo de este suceso disolvería las fuerzas españolas y vigorizaría nuestros pueblos para una guerra sostenida. Piense usted sobre estas ideas y deme su opinión". Todos esos cálculos desaparecían si Cochrane era batido. Entonces habría sido preciso reconcentrarse en Chile para ponerse a cubierto de una invasión de Lima. Pezuela la habría realizado al saber que las tropas españolas estaban en nuestras costas. (*Ob. cit.* tomo XI, págs. 271-273).

Eran los planes de un estratega que tenía un campo de acción tan grande como media América. La conquista de Lima se presentaba como el punto máximo de la guerra contra España. El momento no podía ser más decisivo. Si la expedición española de veinte mil hombres se apoderaba de Buenos Aires, los liberales, establecidos en Lima, podían oponer una resistencia tenaz. Los españoles llegados a Buenos Aires habrían debido hacer frente a los mismos montoneros y a Artigas que no los habrían dejado respirar. Desde el Perú y Chile se habría podido reconquistar el Río de la Plata. Por ello Pueyrredón quería contar con el Ejército de los Andes en Mendoza. Los ataques podían llegar lo mismo desde el Alto Perú que desde el Atlántico al Río de la Plata. San Martín ante todo obedeció y el Ejército fue dispuesto para repasar los Andes. La llamada desobediencia hasta ahora no aparece. Lo que se advierte son planes grandiosos de resistencia a las fuerzas españolas del Perú. Por otra parte, la política de Pueyrredón, de entendimiento con Portugal, lograba que este país no autorizase a España a tocar con las naves de la expedición en la costa del Brasil. Esto hacía muy dificultoso el viaje y lo retrasaba indefinidamente sin que nadie se explicase la razón.

Y, al mismo tiempo, Pueyrredón trabajaba secretamente a fin de que Andrés de Arguibel y Tomás Lezica sublevasen el ejército de Cádiz. Sabemos muy bien que la sublevación de Cabezas de San Juan, del primero de enero de 1820, puso fin a ese inmenso peligro y reinstaló la Constitución de 1812 en España: hecho que significó el comienzo del constitucionalismo en todos los paises civilizados del mundo. Quienes han expuesto y defendido una tesis que hacía llamar el Ejército de los Andes para combatir a los montoneros han estado muy lejos de la verdad. No nos explicamos cómo han caído en este error que tiene mucho de absurdo. Unos por no conocer bien las intenciónes del virrey de Lima. Otros por suponer que la expedición de Cádiz era una exageración o una fábula o un argumento para mantener despierto el espíritu patriótico o militar en esta parte de América. Y no faltaron quienes, para dar importancia a los montoneros, inventaron la desobediencia de San Martín que se habría negado a combatirlos, no se sabe si por miedo o por estar de acuerdo con ellos o por no intervenir en una guerra civil. Lo cierto es que hombres eminentes discutieron si San Martín hizo bien o hizo mal en desobedecer la orden de venir con su ejército a combatir a los montoneros. Recuérdese que, en 1880 y 1881, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre dedicaron, cada uno, sendos tomos a una polémica famosa en la cual uno de los puntos principales era, precisamente, este de la desobediencia sanmartiniana. López declaraba que si San Martín hubiese venido con su ejército a aplastar a los montoneros y a Artigas, el Uruguay hoy sería una provincia argentina, y Mitre replicaba que San Martín, al dirigirse a Lima, había salvado la independencia americana. La polémica, brillante e inútil, si ambos ilustres contendientes hubiesen sabido que la desobediencia de San Martín nunca existió, queda como recuerdo de un debate homérico. Lo real es que el propio Pueyrredón no dio importancia a los montoneros ni a Artigas y si cayó del poder no fue por ellos, sino por desavenienciąs en su partido. El 11 de marzo de 1819 llamó la atención a San Martín sobre hechos que sin duda desagradaron al Libertador. Su carta es una reprobación, con un reto más o menos disimulado, de la iniciativa chilena de enviar una comisión a Artigas para que se mostrase benévolo con los hombres de Buenos Aires. Como para admitirla. Sólo la disculpa la creencia, que existía en Chile y las distancias agrandaban, de que Artigas era poderoso y había que implorar su bondad. Lo dice Pueyrredón:

Es sin duda el mismo concepto de hallarse este pueblo en riesgo de ser destrozado por los anarquistas que movió y decidió el gobierno de Chile a mandar sus embajadores cerca de Artigas y a usted a apoyar esta determinación de oficio y confidencialmente.

Pueyrredón no tenía ningún temor a Artigas. No estaba equivocado, pues sabemos que Francisco Ramírez terminó por derrotarlo varias veces consecutivas y hacerlo huir al Paraguay, donde pasó el resto de su vida y murió. Sigue Pueyrredón:

Ya ha debido usted ver a esta fecha que nuestra situación es muy distinta de la que se creyó y que, lejos de necesitar padrinos, estamos en el caso de imponer la ley a los anarquistas. Pero, prescindiendo de esta aptitud, ¿Cuáles son las ventajas que usted se ha prometido de esta misión?. ¿Es acaso deificar el genio feroz de Artigas o traer a razón a un hombre que no conoce otra que su conservación y que está en la razón de su misma conservación el hacernos la guerra?. El sabe muy bien que una paz proporciona una libre y franca comunicación y que esta es el arma más segura y eficaz para su destrucción porque el ejemplo de nuestro orden destruye las bases de su imperio. Esto lo empezó a sentir en el año pasado, y por eso me remitió todos los oficiales prisioneros y cerró los puertos orientales a nuestro comercio sin antecedente ni motivo. De aquí es que siempre él dice que quiere la paz, pero sujetándola a condiciones humillantes e injuriosas a las Provincias Unidas, y de aquí es también que nunca ha podido celebrarse un ajuste permanente con esa fiera indócil. Jamás creería él que la misión de Chile había sido oficiosa de aquel gobierno, y si que éste la había solicitado por debilidad y temor de su situación. Resultaría de aquí nuevo engreimiento para él y un mayor aliento a sus bandidos, a quienes tendrá esta ocasión más de alucinar. Por otra parte, ¡cuánto es humillante para nosotros ver que la embajada se dirije a Artigas para pedirle la paz y no a este gobierno!. Esto prueba que aquel es el fuerte, el poderoso, y el que lleva la opinión en su favor, y que nuestro lugar político es subordinado al de aquel. Los extranjeros que sepan y vean este paso degradante para nosotros ¡qué juicio formarán!. Hay tantas razones que me es imposible vaciar en lo sucinto de una carta y que se oponen a que se realice que me he resuelto a prevenir a los diputados que suspendan todo peso en ejercicio de su comisión: también lo digo a usted en contestación a su oficio (*Ob. cit.* tomo XI, págs. 309-310).

En otra carta del 11 de marzo de 1819 a San Martín volvió a insistir sobre los mismos conceptos: la mediación adoptada por el Supremo director de Chile había causado sorpresa. No había podido tener otro principio que algunos rumores falsos o noticias comunicadas por los enemigos de la libertad de América.

Había que concluir con los anarquistas. Para ello se habían reunido las fuerzas y no porque hubiesen triunfado de nuestras armas. ¿Había que dar importancia y llamar a transacciones a esos pequeños restos de una turba sin orden ni concierto?. Menos aún por una mediación tan caracterizada como la del gobierno de Chile. "Yo estoy penetrado de la idea que el de las Provincias Unidas no puede aceptarla sin degradar su dignidad y decoro y sin exponerlas a males más efectivos y reales que los que infortunadamente se temen". Artigas y los anarquistas presumirían que la mediación era un paso solicitado por el gobierno de Buenos Aires. ¿Qué no pedirán Artigas y sus secuaces cuando menos por un principio de engreimiento?. La enemistad resultaría más encarnizada. Pueyrredón era partidario de dejar

obrar al tiempo. Llegaría un día en que las ideas se uniformarían. Entre tanto había que trabajar de acuerdo para acabar con los díscolos y reducirlos al orden (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 3-4).

Dos días después, el 13 de marzo de 1819, Belgrano escribió a San Martín. Si éste se había conmovido con la orden dada a Belgrano de descender con su ejército, más le había sucedido a Belgrano con la noticia de que el ejército de su mando debe repasar los Andes. Ese movimiento iba a retardar la ejecución de los mejores planes y perjudicar la causa en el interior; pero lo dispone quien manda y no hay más que obedecer.

San Martín Había cumplido la orden y dispuesto el repaso de los Andes. Los anarquistas habían abandonado la frontera del fuerte del Tío. Belgrano se hallaba en mil apuros para moverse sobre Santa Fe y operar simultáneamente con las fuerzas de Viamonte. Este intentaba atacar el día 4 a los anarquistas en Coronda.

Belgrano no descartaba la posibilidad de una transacción con esos "bandidos, para cerciorarse de si son o no agentes de los españoles". Sólo como aliados de los españoles podían obrar como obraban. Los promotores de la anarquía usaban la palabra "porteños" para conmover. En una división que había atacado a Bustos se habían hallado "estampitas de Fernando poniendo la banda a la Virgen de Atocha". Dudaba de Artigas porque, cuando había estado en el Brasil, había encontrado "dos diputados suyos para Fernando, ambos enemigos mortales de la causa desde el principio de la revolución. Tales son un doctor Redruello, santafesino, cura del Arroyo de la China, y un Carabaca, español, oficial de artillería, hechos prisioneros en Montevideo cuando se tomó la plaza y que después fugaron ..." Belgrano esperaba la comisión mediadora de Chile. Iban a decirle que la causa de su disidencia era que "no quieren ser gobernados por porteños pícaros". Además, no sabrían manifestarle cuál era el objeto de esa contienda, "sino que Pueyrredón quiere entregarnos al rey del Brasil". Esto era, en verdad, lo que alegaban los revolucionarios del Litoral (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 11-12).

San Martín, como último recurso, resolvió escribir a Estanislao López y a Artigas.

El 13 de marzo de 1819 dijo al primero: "El que escribe a usted no tiene más interés que la felicidad de la patria". Esta carta ha sido reproducida muchas veces. San Martín creía que la comisión mediadora de Chile se encontraría con Estanislao López. Se la recomendaba. "Se compone de americanos honrados y virtuosos", le decía. San Martín respondía, "bajo mi palabra", que su objeto era "la libertad e independencia de nuestro país". Y agregaba: "Unámonos, paisano mío, para batir a los maturrangos que nos amenazan; divididos seremos esclavos...depongamos resentimientos particulares y concluyamos nuestra obra con honor ..." Esta carta no llegó a su destinatario; pero conviene saber con qué sinceridad y patriotismo habló San Martín a un hombre que ponía en peligro la unidad argentina y, en especial, la independencia en esta parte de América. Decía: "Mi sable jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas: usted es un patriota y yo espero que hará en beneficio de nuestra inde-

pendencia todo género de sacrificios sin perjuicio de las pretensiones que usted tenga que reclamar y que estoy seguro accederán los diputados mediadores". San Martín estaba dispuesto a encontrarse con López "en el punto que me indique, si lo cree necesario, tal es la confianza que tengo en su honradez y buena comportación, lo que espero me avise" (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 13-14).

El mismo día, 13 de marzo de 1819, escribió también a Artigas. "A usted sorprenderá esta comunicación -le dijo- y máxime en un asunto en que no debo tener la menor intervención, pero conociendo usted su objeto estoy seguro me disculpará".

Le contó que en Chile había tenido noticia de la guerra que Artigas y Santa Fe habían declarado a Buenos Aires. Belgrano había debido venir con su ejército de la provincia de Córdoba. El movimiento del Ejército del Perú había desbaratado todos los planes. Es la declaración rotunda de que, por culpa de Artigas, no se había podido avanzar sobre Lima. Como el ejército de Belgrano debía "cooperar en combinación con el que yo mando, ha sido preciso suspender todo procedimiento por este desagradable incidente". Es San Martín quien dice a los historiadores que, por culpa de Artigas y de López, no se pudo llevar a cabo, en esos momentos, la conquista de Lima. "Calcule usted, paisano apreciable, los males que resultan tanto mayores cuanto íbamos a ver la conclusión de una guerra finalizada con honor y debido sólo a los esfuerzos de los americanos; pero pueden seguirse y libertar a la patria de los que la amenazan".

San Martín sabía, por noticia de Cádiz y de Inglaterra, que en España se aprontaba una expedición de dieciséis mil hombres contra Buenos Aires. Nada habría importado si hubiesen estado unidos; "pero, en la situación actual, ¿qué debemos prometernos?". Sin las inquietudes y guerras que Artigas sembró en la Argentina, la expedición de San Martín se habría hecho a la mar con dos años de anticipación. Es lo que debemos a Artigas y nunca se dice. El peligro de la expedición era grande, pero si San Martín conquistaba Lima, como tenía proyectado en esos momentos, nadie sabe si la expedición habría partido sin contar con el apoyo del Perú. La tenaza Lima-Río de la Plata no habría amenazado como lo hacía en esos instantes. Por algo Belgrano pensaba que Artigas y los hombres del Litoral estaban de acuerdo con los españoles. No consta que lo estuviesen, pero obraban como traidores inconscientes a la causa de la independencia. Por ello San Martín se decidía a escribir a Estanislao López y a Artigas para detener sus ataques en momentos tan críticos. Por ello el gobierno de Chile preparaba una comisión mediadora para no tener, frente al posible desembarco de los españoles, otros enemigos como Artigas y López que podían unirse a los recién venidos. Y, si no se unían, ¿qué papel habrían representado entre las fuerzas de la independencia, de Pueyrredón, San Martín, Belgrano y Chile, y los españoles de la expedición de Cádiz?. ¿Se habrían convertido en espectadores o habrían favorecido a uno de los dos bandos?. ¿A cuál?

¿Al de los enemigos de la independencia o al que creían que iba a entregar la patria al rey de Portugal?. La historia se hace estas preguntas y no las sabe contestar. Lo indudable es que San Martín no se explicaba porqué Artigas tenía esa actitud": No puedo ni debo analizar las causas de esta guerra entre hermanos, y lo más sensible es que, siendo todos de iguales opiniones en sus principios, es decir, de la emancipación e independencia absoluta de la España". San Martín aseguraba a Artigas que, sean cuáles fueren las causas, "debemos cortar toda diferencia y dedicarnos a la destrucción de nuestros crueles enemigos los españoles, quedándonos tiempo para transar nuestras desaveniencias como nos acomode sin que haya un tercero en discordia que pueda aprovecharse de estas críticas circunstancias".

Esta carta no llegó a Artigas; pero nos sirve para conocer las ideas políticas de San Martín en estos momentos en que se esperaba la llegada de veinte mil hombres desde España y los caudillos del Litoral, movidos por Artigas, hacían el mayor daño posible a Buenos Aires por la falsa creencia de que Pueyrredón quería entregar el país a Portugal y otras fantasías semejantes. La forma de gobierno monárquica, que propugnaba el Directorio, no era un desatino como para promover una guerra semejante en momentos tan graves. Habría significado para nuestra historia años de paz y tal vez habría dado origen a la unidad de la América española y portuguesa. El proyecto era demasiado grande para que lo entendieran esos caudillos inconscientes, sólo movidos por su odio a Buenos Aires. Ese odio, lo sabemos muy bien, estaba justificado por la política absorvente de Buenos Aires, la misma que llegó a culminar en la época de Rosas y se hizo aún más aguda después de su fuga, en la guerra de Buenos Aires con la Confederación. Nada de esto debe ser desatendido. Si los caudillos tenían una justificación para este odio, no tenían el sentido común, ni siquiera el patriotismo, de comprender que la amenaza de una expedición española, poderosísima, mayor que todos nuestros ejércitos reunidos, se mostraba superior a cualquier desavenencia local. Era lo que San Martín quería hacer entender a Artigas: una comisión mediadora iba a venir desde Chile. "Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos todo y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieren atacar nuestra libertad". Les aseguró que, en el momento que ésta (la patria) se vea libre, renunciará al empleo que obtenga para retirarme, teniendo el consuelo de ver a mis conciudadanos libres e independientes. En fin, paisano mío, hagamos una transacción a los males presentes; unámonos contra los maturrangos bajo las bases que usted crea y el gobierno de Buenos Aires más convenientes, y después que no tengamos enemigos exteriores, sigamos la contienda con las armas en la mano, en los términos que cada uno crea por conveniente: mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como éstas no sean en favor de los españoles y de su dependencia. (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 14-16).

Curiosa coincidencia. Belgrano escribió su carta a San Martín, desde Ranchos, el 13 de marzo de 1819. San Martín se dirigió a López y a Artigas desde Mendoza el mismo día 13 de marzo. Bernardo O'Higgins escribió a San Martín, desde Santiago de Chile, también el 13 de marzo. Le dijo grandes verdades: "Terrible cosa es mover el Ejército de los Andes a la otra banda, y más terrible los riesgos a que este país queda expuesto: los facciosos se reanimarán y el virrey del Perú (si Cochrane es desgraciado) atentará a una nueva invasión. La provincia de Concepción hacía la guerra en unión de los indios bárbaros. Peligraba la libertad chilena "establecida con el trabajo y sudor de usted mismo". La expedición española parecía segura. (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 23).

La masonería no se dormía. Tomás Guido informó a San Martín, desde Santiago de Chile, el 15 de marzo de 1819; "Esta noche se reunirán los amigos (O-O) a tratar sobre el paso del Ejército de los Andes. Veremos el resultado; si esto se ha de verificar (para desgracia de este país y de toda América) costará doble no estando usted aquí. El tiempo es tan angustiado que apenas nos deja partido que tomar". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 25).

El virrey del Perú no temía un ataque de San Martín. El diario *La Trinidad*, de Lima, reprodujo una conversación del virrey, el 12 de febrero de 1819, con los señores de la Audiencia que fueron a felicitarlo: "Me permitirán vuestras señorías que les diga en sus propios términos: que se vaya San Martín a la mierda y que venga a atacarme cuando guste, que es lo que deseo". Contaba con la ayuda de muchos indios. En cuanto al arzobispo, en un discurso que duró hora y media, trató de probar que los porteños y chilenos eran herejes y que, consiguientemente, ésta era una guerra de religión. En Chile no se podía oir misa y los españoles tenían que oirla ocultos y exponiéndose a persecuciones. Con gran erudición demostró que "todo lo que allí se hacía no era más que las perversas doctrinas de Voltaire y Diderot y, sobre todo, de Montesquieu". A su juicio, el cristianismo era incompatible con el gobierno republicano, etcétera (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 29). Al final de su peroración afirmó que vendería sus coches y mulas para donar cien mil pesos. El virrey aseguró que entregaría su plata labrada y hasta sus candeleros. Una comisión secreta, cuyos componentes nadie sabría quienes eran, designaría los contribuyentes que debían dar grandes sumas. Algunos dijeron que "no había que hacer más San Martín si viniese". El autor de este proyecto era "el ponderado Caspe". Además se discutió el comercio libre. Había un gran contrabando. Noticias de España decían que el infante don Carlos venía con la expedición a Buenos Aires. Otro día se volvió a hablar del comercio libre en Lima. Se hizo con furor. Treinta y un vocales estaban a favor y siete en contra. Se leyeron unos papeles en apoyo del comercio libre de los abogados Aramibar y Paso y Silva. Todos quedaron "aburridos y con la sangre quemada del virrey abajo". Había demasiados interesados en la conservación del monopolio

de Cádiz en que ven el más fuerte y manifiesto vínculo de la dependencia americana. (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 30-33).

Si en las Provincias Unidas la anarquía causaba estragos, en el Perú el temor a San Martín inquietaba todos los ánimos. Los europeos pudientes remitían sus caudales a España. Otros los ocultaban en los conventos de frailes y monjas y en algunos pueblos vecinos a Lima. "El Cabildo regular es insignificante. El clero regular está dividido según la tribu a que corresponde. Las monjas son unos entes nulos, y las mujeres siguen la opinión de aquellos de quienes dependen". (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 45-46).

El inglés Juan Thwaites escribió a San Martín, desde Buenos Aires, el 16 de marzo de 1819, que las casas inglesas de Buenos Aires, "casi sin excepción, remitirían armas a Lima cuando se ofreciese una ganancia grande". Eran los mismos que habían suplido a los patriotas. El comercio era el comercio. La fragata inglesa *La Andrómaca* había recibido dinero de los españoles de Lima. Esto, a más de ser un contrabando, era un acto de hostilidad que el gobierno inglés no habría autorizado. (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 47). Buenos Aires pasaba sus penurias como Lima y otras ciudades. Tomás Godoy Cruz informó a San Martín, el 16 de marzo, que en Buenos Aires monedas de plata se veían por casualidad. Lo que corría era el papel. Algunas onzas de oro no paraban media hora en una mano. Se estaba por volver a la permuta, como lo hacían los primeros habitantes del globo. (*Ob. cit.*tomo XII, pág. 49).

La masonería, en Santiago de Chile, tomaba sus medidas. Anoche -le decía Bernardo O'Higgins a San Martín, en una carta del 17 de marzo de 1819- se resolvió O-O que nuestro amigo don Manuel Borgoño salga hoy mismo con toda diligencia a convenir con usted varios puntos de que dicho amigo instruirá a usted verbalmente. La masonería se valía del señor Borgoño para instruir a San Martín, no por escrito sino en forma verbal. Lo que la inquietaba era la disposición de Pueyrredón que ordenaba al ejército el repaso de los Andes. Así se lo decía O'Higgins a San Martín: "Aseguro a usted, mi querido amigo, que estoy sin tino, ni sé lo que hago, con el repase de las tropas de los Andes, bien me hago cargo de las necesidades de Buenos Aires y los riesgos que le amenazan, pero este Estado queda en un eminente riesgo sin saber el resultado de lord Cochrane. Conozco, es cierto, que Buenos Aires pide lo que es suyo y nuestra gratitud nos obliga, no solamente a auxiliar esta medida, sino a pesar de la pérdida que debe esperarse en Chile, prestar las fuerzas que tengamos". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 58).

Tomás Guido era el más opuesto al repaso de la cordillera por el Ejército de los Andes. La masonería, ya sabemos, era contraria a esa medida. La agitación de estos días de marzo fue mucha, agria y decisiva. El 18 de marzo Guido escribió a San Martín una extensa y bien fundada carta. En primer término le aconsejó llegar, en cualquier forma, a una transacción con los disidentes. Una campaña contra ellos, aunque fuese favorable, sería siempre funesta

a los intereses generales cuando nos vemos amagados de la expedición española. Los hombres de Artigas no se preocupaban por este peligro que hacía temblar a media América. En su inconciencia o en su escepticismo, se lanzaban al suicidio de la independencia convencidos que lo hacían para que Pueyrredón no entregase el país a los portugueses. No era tiempo de razonar con semejantes obcecados. Si la comisión que pensaba salir de Chile y San Martín lograban que los partidos se diesen la mano para defender la patria, "será más glorioso que el triunfo de Chacabuco y Maipú". Una cuestión más grave era "el paso del Ejército de los Andes a Mendoza".

Guido era rotundo: "Esta resolución ejecutada prepara en mi opinión la ruina de la América". Guido exponía a San Martín los fundamentos en que el gobierno de Buenos Aires se basaba para ordenar el repaso de la cordillera. Primero: en la venida de la expedición española; segundo: en la imposibilidad de practicar la expedición a Lima; tercero: en la seguridad que estaba Chile por la existencia de la escuadra, y, cuarto: en la destrucción de los enemigos exteriores y en la necesidad de satisfacer a los celosos por la existencia del Ejército de los Andes en Chile. El gobierno de Buenos Aires contaba, para defender esta ciudad, con cuatro mil hombres del Ejército de los Andes y mil reclutas de Chile. Con optimismo, San Martín podía tener en abril cinco mil hombres de Chile. No debía olvidar "que más de dos tercios de nuestro ejército se compone de hombres de Chile". Esos cinco mil hombres se estacionarían en Cuyo o en Buenos Aires.

Ahora bien: apenas Pezuela, virrey del Perú, supiese que el Ejército de los Andes había salido de Chile, reforzaría el ejército de La Serna, de siete mil hombres, y lo elevaría a diez mil. Este ejército dejaría guarnecidos los pueblos y bajaría a Tucumán con seis mil quinientos a siete mil hombres y de allí a Córdoba "sin oposición". Entonces, los cinco mil hombres del Ejército de los Andes en Mendoza serían cortados y perecerían de consunción. Buenos Aires quedaría aislado en su propio territorio, no podría detener a los invasores por no distraerse de sus costas, ni evitar la comunicación de La Serna con los españoles por Santa Fe. Aunque Buenos Aires aumentase sus guerreros a cinco mil, tendría siete y ocho mil enemigos más con quienes combatir. Era el plan de Abascal en 1814, cuando los españoles conservaban la plaza de Montevideo. Era evidente que lo practicaría Pezuela si quería atacar a Chile. Suponiendo que en Buenos Aires se lograse derrotar a los españoles de la expedición, La Serna sería un peligro difícil de vencer en el norte de la Argentina. En cambio, si el Ejército de los Andes seguía en Chile y amenazaba las costas del Perú, ni Pezuela ni La Serna se moverían de las posiciones que ocupaban. Se sabía que Pezuela había ordenado a La Serna que se replegase para evitar el riesgo de ser cortado si los argentinos desembarcaban por Arica. Con esta sola medida, Buenos Aires tenía seis o siete mil enemigos menos, auxilios de Chile y otras ventajas.

En Mendoza podía formarse una división de tres mil hombres con el regimiento de granaderos a caballo, un batallón de infantería de los Andes, dos compañías de artillería y mil quinientos reclutas chilenos. Esta división podía servir de apoyo a Buenos Aires si era atacada. Los tres mil hombres del mismo ejército que quedasen en Chile podían "realizar el proyecto de usted sobre las costas del Perú o para el meditado sobre Guayaquil a buscar numerario". En una palabra: a Buenos Aires convenía que el Ejército de los Andes permaneciese en Chile.

La expedición a Lima era considerada imposible, pues se necesitaban unos seis mil cien hombres. No había recursos para realizarla de inmediato; pero se podían preparar tres mil hombres para atacar puntos indefensos e introducir la revolución en todo el Perú. Menos se necesitaba para una expedición de mil quinientos hombres para sorprender a Guayaquil.

Si todo el Ejército de los Andes repasaba la Cordillera no se podía conmover algunas provincias del Perú, fatigar las fuerzas del enemigo e imposibilitar su atención sobre nuestro territorio. No se podía contar con la escuadra, pues en un mes y medio nada se sabía de Cochrane y de su empresa sobre el Callao. En el sud de Chile, el español Sánchez seguía dueño de la situación con quinientos veteranos y el apoyo de los indios. Todas las tribus se habían sublevado, la frontera había sido embestida después de la retirada de Balcarce, los guerrilleros Zapata y Pincheyra amagaban por San Carlos, Freyre pedía auxilio, el invierno avanzaba. En Chile la guerra no había acabado y la libertad estaba en peligro. Si la fuerza de Chile en la frontera era batida, ¿con qué se reemplazaba si el Ejército de los Andes pasaba la cordillera?. El todo o una parte de ese ejército podía desembarcar una división por Arauco, tomar de revés a Sánchez y concluirlo antes que fuese destruida nuestra línea sobre la márgen derecha del Bio-Bio. El batallón de infantería número 4 era de reclutas y no tenía oficiales; el batallón número 2 no contaba con jefes ni soldados, y la escolta no pasaba de doscientos granaderos.

Guido hacía a San Martín preguntas terribles: ¿Quién recuperaba la provincia de Concepción?. ¿Quién defendía la de Santiago?. ¿Quién contenía la de Coquimbo?. ¿Quién frenaba a los díscolos y desertores de ambos ejércitos?. ¿Quién imponía respeto a Lima que iba a enviar dos mil hombres?. ¿Quién organizaba fuerzas para repelerlos?. ¿Qué jefes los mandaban?. ¿Qué oficiales se colocaban en ellos?.

El país estaba perdido sin remedio. El pase del Ejército de los Andes preparaba la ruina general de América. "Compárense pues los bienes que se propone Buenos Aires aumentando algunos hombres para su defensa con los precipicios de que cerca a toda la América y deme usted su opinión como la única que puede consolarme". Guido era terminante:" Dígame con la celeridad posible qué partido se toma". El señor Borgoño, representante de la masonería, hablaría con San Martín. "Piense por Dios en la situación de ambos territorios y decida. Un paso retrógrado puede llevarnos al sepulcro". (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 60-67).

San Martín se hallaba entre dos fuegos: la orden de Pueyrredón de repasar la cordillera, y el clamor de Chile que se veía perdido si el Ejército de los Andes cruzaba la frontera. ¿A quién obedecer?. Además, había una tercera influencia que la historia jamás conocerá, pues el silencio de San Martín ha sido absoluto: la masonería que, oculta a todo el mundo, resolvía lo que sus miembros debían hacer. El mismo O'Higgins, miembro de la masonería, le escribió a San Martín, el 19 de marzo de 1819, que se había dirigido al Supremo Director de las Provincias Unidas con motivo del repaso del Ejército de los Andes y un pedido de auxilio. Como esto último dependía del Senado, estaba "aguardando su resolución y guardar mi contestación conforme a ella y en la O-O que esta noche concluirá". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 71). La contestación de O'Higgins dependía del Senado y de lo que resolviese esa noche la masonería.

Siempre en ese día, 19 de marzo, Tomás Guido volvió a dirigirse a San Martín. Estaba seguro que, si se verificaba el paso de los Andes, "todo se lo lleva el demonio".

No había escrito al gobierno de Buenos Aires por no haber recibido comunicación oficial. Esperaba que San Martín influyese en nuestra suerte tal como crea mejor. El Senado había pasado una nota al Director en la cual exponía "los peligros que amenazan a Chile si el Ejército de los Andes repasa". Los senadores estaban decididos a una expedición a la costa del Perú, aunque fuese de dos mil hombres. "En fin: todos, excepto los pícaros, están persuadidos que no hay salvación si no se conmueve el Perú y viene la expedición de España". Temía la deserción. El obispo de Córdoba había escrito una carta desde Río de Janeiro, publicada por la *Gaceta* de Lima, en que aparecía como un mártir de la revolución. También aumentaba la deserción en las filas de Pezuela. (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 73-74).

O'Higgins comunicó oficialmente a San Martín, el 20 de marzo de 1819, que, en esos momentos, en "que los accidentes imprevistos de la guerra arrebatan a V.E. de un país que se gloria de mirarlo como su Libertador", le rogaba "admitir el empleo de Brigadier de los Ejércitos de este Estado cuyo despacho tengo la satisfacción de incluir a V.E." (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 79). En otra carta de la misma fecha, O'Higgins expuso a San Martín su sentimiento por el hecho de que su separación iba a "malograr la preciosa ocasión que se nos presenta de ver consolidada la grande obra de la Libertad Americana a que tanto ha contribuído V.E. con sus nobles e incesantes trabajos". En esa fecha, O'Higgins se dirigió a Pueyrredón para explicarle "las razones que me parecen poderosas para no perder, con la ida del Ejército, la oportunidad de asegurar la libertad de ambos Estados". No obstante, había ordenado que se prestasen a las tropas los auxilios necesarios para emprender su marcha si se consideraba conveniente.

El brigadier Antonio González Balcarce confiaba en que los masones de Buenos Aires solucionasen el problema del Ejército de los Andes. El 21 de marzo escribió a San Martín que todo quedaba "expuesto a perderse si se evacua enteramente por nuestras tropas", y agregaba: "No sé lo que sobre este punto habrán decidido últimamente los amigos en la

Capital". Ningún jefe quedaría contento. No había a quien encomendar el mando general de las armas "y, por consiguiente, todo se va a volver un desgueño y confusión". Los soldados negros no tenían poncho ni capote.

Las deserciones crecían por el temor de dirigirse al Sud. "El pasar la Cordillera es uno de los más grandes petardos". (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 95-97). Ese día, 21 de marzo, los comisionados del gobierno de Chile, coronel Luis de la Cruz y Salvador de la Cabareda, comunicaron a San Martín que había mandado "un propio a lo del señor general Belgrano a fin de que sujete los pliegos para Santa Fe y general Artigas, en caso de que aún no hayan pasado ya adelante ..." (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 97).

Juan Martín de Pueyrredón no aceptó, como sabemos, la mediación del gobierno de Chile. El 11 de febrero de 1819 escribió a Tomás Guido, diputado del gobierno de Buenos Aires en Chile, que no admitiese la misión que le había encargado el gobierno de Chile ante Artigas. Era una medida que respondía a conceptos equivocados o a la idea de males que no existían. "Es degradante a este gobierno y al caudillo de los Orientales una importancia que él mismo debe desconocer por su situación apurada". Por ello no aceptaba la mediación y Guido no debía llevar adelante la comisión. (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 98-99). Mientras se consideraba esta nota, la masonería tomaba decisiones. Guido, en una carta "reservada", del 22 de marzo de 1819, dio a San Martín muchas noticias y pareceres. Es preciso conocerla para no ignorar el trasfondo de estos sucesos.

La provincia de Concepción, atacada por los indios, iba a perderse si no se enviaban a Freyre alguna tropa de caballería. "Esta noche se reunirán los amigos para decidir qué cuerpos quedan del Ejército de los Andes. Yo me veo negro para dar mi opinión sobre este punto porque veo todos nos hacen falta y que lo más deberá verificarse el plan que propuse en mi carta del 18. El convencimiento de que este se pierde desastrosamente si repasa nuestro Ejército es ya el sentimiento general de todos los que piensan".

¿Quién resolvía el pase del Ejército de los Andes?. ¿San Martín o Los Amigos?.

No era San Martín que daba órdenes a la masonería, sino la masonería, Los Amigos, a San Martín. El haberle achacado la responsabilidad de una decisión y haber discutido, en cientos de páginas, si había hecho bien o mal en pasar o en no pasar los Andes con el Ejército, fue tiempo perdido. Estamos viendo cómo la famosa desobediencia de San Martín no fué suya, sino de la masonería. El haber atribuído a San Martín la resolución de no combatir a los caudillos es otra invención o suposición de muchos historiadores que ignoraban el origen de los hechos. En primer término, como expresan todos los documentos existentes sobre este problema, el regreso a la Argentina del Ejército de los Andes tenía como fin principal defender a Buenos Aires de la expedición española de veinte mil hombres y no combatir a los caudillos. Pueyrredón los despreciaba y no les daba importancia. Lo que tenía

una importancia inmensa era la expedición. En Chile se opinaba de distinta manera. El alejamiento del Ejército de los Andes habría dejado a Chile a merced de las fuerzas del virrey de Lima y la independencia de América se habría perdido. En cambio, si se conquista el Perú con ese Ejército, la independencia se habría salvado y la lucha habría continuado aunque la expedición española hubiese desembarcado en Buenos Aires. Además, Alvear y Carrera, apenas hubiesen sabido que el Ejército había repasado los Andes, se habrían dirigido, por mar o por tierra, a Chile. Las consecuencias habrían sido muchas. Guido pensaba que la renuncia de Pueyrredón podía hacer que "se fijen en usted para sucederle y que se realice lo acordado con Alvarez en Mendoza". Vuelven a aparecer los misterios sólo descifrables para San Martín y sus amigos masones. Los estudiosos de este aspecto de la historia sanmartiniana se han detenido en adivinar qué habría ocurrido si San Martín "obedecía" la orden de repasar los Andes o no la obedecía. No han advertido que no se trató, en ningún momento, de una obediencia o desobediencia por parte de San Martín, sino de resoluciones que no las tomaba San Martín. Las tomaba la masonería a la cual San Martín obedecía ciegamente. Guido dijo a San Martín que si sucedía a Pueyrredón podían señalarle el camino que debía seguir "para proporcionar auxilios si es que se muda de resolución y se fija el proyecto de expedicionar parcialmente sobre las costas de Lima".

Además en todo esto había otro problema o misterio que los historiadores no han descubierto. Y no lo han hecho por varias razones: un poco porque no se conocían las memorias del general Tomás de Iriarte, que nosotros publicamos en su integridad, y otro poco porque los rígidos principios de ciertos historiadores, que se niegan a mencionar la masonería o sostienen la absurda tesis de que aquella masonería no era masonería, sino una sociedad que nadie jamás conoció, los mantuvo alejados de esta investigación. Es así que leemos en esta carta de Guido a San Martín: "Desde que usted me envió las cartas de Iriarte y de la Torre me devano los sesos para sacar un partido ventajoso del descubrimiento en que están los jefes del Perú. Yo creo que se podría hacer una gran tentativa y que el carácter travieso y resuelto de la Torre está indicado para ella".

Tomás de Iriarte era un masón conocido. En sus extraordinarias memorias ha dejado bien en claro que aquella masonería era masonería y no una sociedad no masónica, que adoptaba los signos, ritos, ceremonias masónicas, nadie sabe para qué. Nos ha contado cómo fué iniciado en el buque en que vino a América y cómo eran masones muchos de los grandes jefes españoles del Perú. El descubrimiento que habían hecho los jefes del Perú era, precisamente, el de la existencia de la masonería. La Torre era otro masón redomado. Guido opinaba que San Martín debía pedir a Buenos Aires un proceso que habían hecho a la Torre para que pasase con él al ejército del Perú "bajo cualquier simulación y, si es posible, en

clase de incógnito a imponer a la Serna de la red que le ha formado Pezuela. La Serna no corre bien con Pèzuela y ya es un principio favorable para nuestro proyecto".

Guido aconsejó a San Martín proponer a la Torre "que, supuesto que las bases constitucionales de la Orden son la libertad y la destrucción del trono de Fernando, se presenta una bella proporción de dar un golpe mortal a la causa de este déspota en América y de establecer un asilo para los amigos de la humanidad uniendo a ellos en su suerte (individual)".

Estas líneas nos revelan, para un buen lector, que las bases constitucionales de la Orden, es decir, de la masonería, eran la libertad y la destrucción del trono de Fernando. Había que convencer a la Torre que había llegado la oportunidad de dar un golpe a la causa de Fernando en América para establecer en ella "un asilo para los amigos de la humanidad", es decir, para los masones. Notorio es que en América se llamaban "amigos". Y en seguida vienen otras líneas que descubren definitivamente el hecho, sospechado, pero no confirmado, como lo es ahora, de que la masonería era la que dirigía y resolvía muchos hechos, no sólo en el campo liberal, sino en el español. Dijo Guido a San Martín:

"Si se resuelve que La Serna convierta sus tropas contra Pezuela para exigir un gobierno constitucional en el virreinato de Lima independiente de Fernando VII me parece que podría garantizársele el reconocimiento (del tal gobierno) sobre un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra los que atentasen contra la independencia de la América y la particular de cada Estado".

Estamos en presencia de proyectos de política internacional nunca destacados por los historiadores comunes. La Serna podía levantarse contra Pezuela y convertir el Perú en una nación independiente con régimen constitucional. Si así lo hiciese, se le aseguraría el reconocimiento del nuevo Estado y una alianza contra los que pudiesen atacarlo. Ahora sabemos cuáles eran los planes de la masonería en América planeados por San Martín y por Guido. Este quería utilizar a la Torre en este plan. Lo que había que lograr era combatir a Pezuela con la Serna. Nada importaba que fuese la Serna u otro jefe español el que se declarase en el Perú independiente de los reyes de España. "Tardaría poco en desplomarse y triunfaría la causa de los pueblos". Si la Serna no quisiese declararse contra Pezuela se le podía ofrecer "garantía de su empleo entre nosotros, igualmente que a los jefes comprendidos en la causa de la inquisición, siempre que abandonasen la bandera del rey". Nadie mejor que la Torre para que explicase a San Martín el carácter de los personajes del ejército del Perú. Tomás de Iriarte trae en sus memorias la historia del proceso a la Torre y del choque de los masones y de la inquisición en el Alto Perú. La inquisición había hecho el descubrimiento de la existencia de la masonería. Por ello, los masones del lado independiente trataban de dividir a los españoles liberales constitucionales y absolutistas serviles anticonstitucionales para el caso que el Ejército de los Andes dejase a Chile desguarnecido. Guido finalizaba su carta

con estas palabras: "Desde luego nuestra situación actual merece llamarse la crisis de nuestra revolución, pero nunca será más peligrosa que si el Ejército de los Andes repasa las cordilleras. El amago solo de la resolución es un mal cuyo efecto sentimos inmediatamente en la deserción de buenos soldados". Por último, otra alusión a lo que resolviese la masonería: "Veremos qué resulta del acuerdo con los amigos y avisaré a usted sin falta". (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 103-106).

Así lo hizo Guido el 24 de marzo de 1819. Le escribió a San Martín: "En la última conferencia con nuestros amigos convinieron en que acordase yo con Balcarce acerca si el Ejército sería sancionado. Se demostró que era inverificable por ahora el cambio de cuerpos nuestros por otros del Ejército de Chile, por las razones que manifesté a usted en mi última carta". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 116).

El ministro de la guerra de Chile, general José Ignacio Zenteno, también era masón y, por este vínculo, tenía una firme amistad con San Martín. El 29 de marzo le dirigió una carta en que le decía: "Yo he creído que los peligros de Buenos Aires serán tan inminentes como grandes para arriesgar una deliberación que si no ha comprometido la causa en general paraliza de contado los progresos de la revolución por un tiempo indefinido y el suficiente, acaso, a trastornarla". El repaso de los Andes por el Ejército argentino parecía a todos una inmensa desgracia. El ministro de la guerra se refirió en seguida a la resolución negativa de la masonería: "Si los amigos habrían de haberlo decidido, su opinión absoluta era por la negativa, pero era cabalmente un poder extraño. No sé si me engaño: yo entiendo que usted conviene francamente con nosotros".

En la campaña chilena surgían las montoneras. En Quillota andaban el coronel de Burgos y el comandante de Lanceros "al frente de un grupo de bandidos". En Talca había otra montonera. "Calcule usted ahora el grado de fermento a que pueden llegar estas cosas con la falta de las tropas y permanencia en el país de los muchos que día a día se desertan. Pero esto no era nada si ya no quedara convertida en humo la expedición al Perú". (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 133-134).

La masonería hacía lo posible y lo imposible para que el Ejército de los Andes no repasase la cordillera. Bernardo O'Higgins, que pertenecía a la masonería, escribió a San Martín, el primero de abril de 1819, que "mañana, con los amigos, resolveremos lo que les parezca más conveniente". Todo estaba en manos de la masonería, de los amigos. O'Higgins había celebrado mucho que San Martín hubiese reflexionado "las malas consecuencias que podía haber producido a este Estado el paso de todo el Ejército de los Andes a esa Banda". Los anarquistas seducían la tropa, la inducían a la deserción y, con esos hombres, hacían la guerra. La masonería había resuelto suspender el envío de los diputados a la Banda Oriental, a convencer a Artigas de hacer la paz. Así se lo dijo O'Higgins a San Martín: "Los amigos

han determinado se mande a los diputados que iban a la Banda Oriental se regresen inmediatamente. A esto se reduce el extraordinario". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 141).

Hemos leído que O'Higgins dijo a San Martín el primero de abril de 1819: Mañana, con los amigos, resolveremos lo que les parezca más conveniente. "Mañana era el 2 de abril. El 3 de abril, el gran masón O'Higgins, con su ministro José Ignacio Zenteno, hizo saber a San Martín lo que la masonería había resuelto el día anterior": Tengo la satisfacción de comunicar a usted cómo, habiéndose oído en O-O al sargento mayor don Manuel Borgoño, el cual aseguró la absoluta deferencia de usted respecto de nuestras opiniones sobre el repaso de la Cordillera mandado hacer al Ejército de los Andes y ulteriores operaciones consiguientes, se acordó: Que todo el ejército permanezca en el país con el fin de realizar la expedición de armas al Perú, fuerte de cinco mil o más hombres, a más tardar dentro de dos meses y medio contados desde hoy".

Nadie puede negar que la masonería resolvió, el 2 de abril de 1819, que el Ejército de los Andes no cruzase la cordillera. No fué San Martín quien tomó esta decisión. La venía meditando desde largo tiempo la masonería, "los amigos", y San Martín estaba de acuerdo con ellos. No puede decirse, insistimos, que esta decisión tan trascendental, se debió a la voluntad de San Martín. Fué una resolución de la masonería. Un hombre da la cara. Detrás suyo están los que lo sostienen u obligan a decir lo que dice. Es el caso de San Martín. Quienes han perdido tanto tiempo en discutir si hizo bien o mal en "desobedecer" la orden de Pueyrredón, de repasar la cordillera, ignoraron que su actitud no fue suya, sino de una fuerza superior: de la masonería que resolvía todas las operaciones militares y políticas relativas a la lucha por la independencia de América y destrucción del trono de Fernando VII. La comunicación de O'Higgins y Zenteno dio a San Martín otras noticias relativas a fondos disponibles y le encomendó los preparativos de la parte militar, "es decir, de la reorganización de las fuerzas y del apresto y equipo de todos los útiles de guerra". Cualquiera fuese el resultado de la escuadra, "no debe dejarse de la mano la obra interesante de la expedición, debiéndose trabajar incesantemente en realizarla bajo cualquier aspecto que tomaren las cosas".

Esto significa que la negativa de repasar la cordillera se debió a la masonería y no a San Martín y que fue la masonería la que, antes de la renuncia de San Martín, le ordenó tomar a su cargo la expedición al Perú. En otro momento veremos cómo la misma masonería le impuso gobernar en el Perú solamente un año; disposición que San Martín cumplió en forma perfecta: hecho que termina para siempre con la suposición de que San Martín había "renunciado" por culpa de Bolívar y lo conversado en Guayaquil. O'Higgins, en una carta particular a San Martín, del mismo 3 de abril, le confirmó que "anoche, con presencia de lo expuesto por Borgoño, se acordó en O-O lo que usted ve por lo que le acompaño". (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 155-156).

La historia estaba hecha y escrita. Todo lo que vendrá más adelante es lo resuelto por la masonería el día 2 de abril de 1819. Esta fecha es trascendentalísima en la historia de América. Ningún historiador la ha destacado. La masonería no sólo decidió que el Ejército de los Andes no repasase la cordillera, sino que resolvió la liberación del Perú, la expedición inmortal de San Martín. La presencia de San Martín era más que necesaria en Chile. En su carta del 3 de abril ya citada, O'Higgins informó a San Martín que "la deserción de los cuerpos de los Andes ha sido grande. Conviene que usted, con su presencia, la contenga y venga cuanto antes a poner en movimiento todos los resortes conducentes a la expedición a fin de lograr el aturdimiento en que van a permanecer los realistas con el acontecimiento de Madrid". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 156).

San Martín debía salir de Mendoza a ir a Chile a impedir la deserción del Ejército de los Andes y reorganizarlo. Para ello no podía seguir dependiendo del Director Supremo, Pueyrredón, que le daba órdenes muy diferentes. La renuncia de San Martín a su cargo para aceptar otro que dependiese de la masonería y no de Pueyrredón era imprescindible, inevitable. Llegaría en su momento. Entre tanto, no sólo O'Higgins dio tantas noticias a San Martín referentes a la resolución tomada por la masonería. También su gran amigo Tomás Guido, el mismo día 3 de abril de 1819, le escribió para contarle muchas cosas. Ante todo, en Talca, "la deserción de los granaderos ha sido considerable". Antes de ocho días, todo el Ejército de los Andes estaría reunido en el Valle de Aconcagua. lo ocurrido, en la reunión de los masones, fue lo siguiente: "Después de la llegada de Borgoño, mostré a los amigos la carta de usted y nos hemos ocupado exclusivamente en decidir la cuestión principal: la expedición al Perú, y anoche se acordó unánimemente se hiciese con la fuerza de cinco mil hombres ..." Otra prueba terminante de que fue la masonería la que decidió la expedición al Perú y dio su mando a San Martín. Vienen luego detalles sobre el dinero, su administración, etcétera. El cuarto punto establecía: "Que se delegasen a usted todas las facultades del Directorio para el apresto en la expedición disponiendo ampliamente cuanto conviniese para ello". San Martín recibió de la masonería todos sus poderes. Si no se salía "a buscar recursos al Perú, vamos a perecer por consunción y llegará tiempo en que las fuerzas actuales no basten ni aún para la seguridad de este país. Todos están convencidos de esta verdad y muy especialmente de que sólo usted puede realizar el proyecto con la celeridad que reclama nuestra situación ... Supongo que el señor O'Higgins comunicará a usted esto mismo ..." (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 157-158).

El ministro de O'Higgins, José Ignacio Zenteno, no dejó de escribir a San Martín.

Siempre el 3 de abril le confirmó lo que ya sabemos: "La decisión de los amigos que puede proyectarse y hacerse, pero es a la actividad e ingerencia de usted a quien está reservado realizar este plan. Así es que su presencia es necesaria y urgentísima, tanto más que

cuanto que con la novedad del repaso de las tropas ha habido una deserción la más grande y escandalosa que usted puede concebir en todos los cuerpos blancos del Ejército de los Andes, en circunstancias en que la animosidad de los díscolos y aún de los godos principiaba a hacerse perceptible ... Los ingleses se franquean a un empréstito para realizar la expedición. Este plan puede madurarse muy bien estando usted aquí y no dudo que será una grande ayuda de costas para los acopios numerarios". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 160). El otro masón, sargento mayor José Manuel Borgoño, también hizo saber a San Martín lo resuelto en la sesión famosa del 2 de abril.El día 5 le dijo: "Por fin está decidida la expedición al Perú después de haber expuesto la opinión de usted y su deseo en orden a este interesante proyecto se acordó por los amigos su realización para cuyo fin están todos dispuestos a vencer y allanar cuantas dificultades se presenten ..." San Martín se valía mucho de Borgoño para comunicarse con los amigos, o sea, los masones. Borgoño le recordó: "Nada he omitido de cuanto usted me previno expusiese a los amigos, tanto en cuerpo como en particular: lo he verificado con toda exactitud y claridad de que soy capaz ..." (*Ob. cita.* tomo XII, págs. 171-172).

Lejos de este ambiente, en Buenos Aires, el ministro de guerra, coronel mayor Matías de Irigoyen, recordó a San Martín, el 9 de abril, que el Director supremo había contestado al pedido de O'Higgins, de que el Ejército de los Andes no repasase la cordillera, accediendo en parte. Dos mil hombres podían quedar en Chile y los restantes tres mil debían repasar la cordillera. (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 184).

Pueyrredón no imaginaba que en Chile la masonería había resuelto que el Ejército de los Andes no volviese a la Argentina. No soñaba que la historia ya estaba decidida y escrita. El brigadier Antonio González Balcarce, como substituto de San Martín, le comunicó, el 10 de abril, que por falta de mulas no era posible repasar los Andes. Había una fuerte oposición a que el ejército saliese de Chile y se trataba de entorpecer el movimiento "dando tiempo a que vengan las nieves". El mismo no podía pasar la cordillera, pues estaba "en un estado de debilidad extraordinario". (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 187-188). En el Litoral, las fuerzas de Buenos Aires y las de Estanislao López hicieron la paz, por medio de un armisticio, el 5 de abril de 1819. El documento fue aprobado por Manuel Belgrano, como capitán general en jefe del ejército auxiliar del Perú. (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 195). En Chile, la noticia de que el Ejército de los Andes podía repasar la cordillera seguía produciendo deserciones. Todavía no se había divulgado que ese paso no se haría. O'Higgins estaba inquieto (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 200). El 13 de abril, Guido expuso a San Martín el plan de preparar en Chile cuatro mil hombres y tomar las cuatro provincias del Perú si la Serna bajaba a Tucumán. Habría quedado "cortado y sin recurso de retirada". Y le aseguraba: "Si perdemos esta ocasión no merecemos, en mi opinión, llevar la figura de hombres". Los amigos, es decir, los masones, de Buenos Aires no le habían enviado los tratados de los gastos de la expedición a Lima.

Guido los había conseguido de la secretaría de gobierno. (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 202-203). El ministro de guerra, Matías de Irigoyen, todavía insistía, el 15 de abril de 1819, para que San Martín repasase los Andes.

"Nuevamente recomienda a V.E. -le decía- el breve y más pronto repaso del Ejército de su mando al territorio de estas provincias con toda su caje militar y demás, engrosado con los dos mil reclutas chilenos que aquel gobierno ofreció en reemplazo de los dos mil veteranos nuestros que necesariamente deberán quedar en Chile a las órdenes y bajo el mando de un jefe el más antiguo y digno ..." El pago de esas tropas debía ser por cuenta de Chile (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 211).

Por su parte, el ministro de Estado de Chile, Joaquín de Echeverría, escribió a San Martín, el 16 de abril, que "la presencia de usted es aquí absolutamente necesaria para poner en movimiento todos los recursos del país y llevar a cabo la expedición. Venga usted, pues, y viva persuadido de que sin usted ni se puede emprender nada, ni aún cuando se pudiera nunca tendría tan feliz resultado. Yo no me cansaré jamás de repetir a usted que debe venir antes que se cierre la cordillera". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 217). Guido estaba convencido que "aún cuando viniese la orden de nuestro gobierno para que las tropas repasen los Andes, su tránsito sería difícil, peligroso y de las más funestas consecuencias". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 221).

A primeros de abril, san Martín había tenido noticias del armisticio entre el jefe de las fuerzas de Santa Fe, Estanislao López, y el general del Ejército de observación de Buenos Aires. El 16 de abril, San Martín comunicó a Belgrano que "con igual data escribo al general en jefe substituyente suspenda la marcha del Ejército de los Andes a esta parte, pues las circunstancias han variado el nuevo aspecto que presenta este agradable incidente". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 147). No era necesario, por tanto, que el Ejército de los Andes repasase la cordillera para combatir a los anarquistas. No obstante, el ministro de la guerra del gobierno de Buenos Aires, don Matías de Irigoyen, repitió a San Martín la orden de Pueyrredón repasar la cordillera. La nota tiene la fecha del 23 de abril de 1819. Dice: "Consecuente a la orden que V.S. me pasa del Excelentísimo Supremo Director del Estado para que repase la cordillera el resto del Ejército de los Andes, dejando solamente en el Estado de Chile la fuerza de dos mil hombres del mismo y a disposición de aquel gobierno, le he verificado sin pérdida de un solo instante al general en jefe substituyente para que cumpla la suprema orden de S.E. a quien se servirá usted comunicarlo". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 149).

Hemos visto, hasta este momento, dos hechos incuestionables: el deseo del director Pueyrredón de que el Ejército de Buenos Aires repasase la cordillera se debía a la necesidad de contar con fuerzas para hacer frente a la posible expedición española. Pueyrredón había preparado hábilmente su sublevación, pero no tenía la seguridad absoluta de que ella se verificase. La expedición, según los informes secretos que llegaban de España, estaba a punto

de partir y contaba con unos veinte mil hombres. Podía no detenerse en los puertos del Brasil, por la neutralidad portuguesa, y llegar directamente al Río de la Plata. Los llamados anarquistas no inquietaban a tal punto de tener que llamar al Ejército de los Andes. El fin de este llamado, repetimos, era acumular fuerzas para enfrentar a la posible expedición española. En segundo lugar hemos comprobado que la masonería, en sus actividades en Santiago de Chile, resolvió que el Ejército de los Andes no repasase la cordillera. No convenía en ningún sentido. El repaso habría permitido al virrey del Perú avanzar sobre Chile y habría dejado a esta nación en una situación muy débil, hasta expuesta a la acción de las montoneras y de los indios que se sublevaban en diversas partes del país. San Martín fue notificado de estos hechos, aunque dispuesto a obedecer la orden de Pueyrredón, de llevar al otro lado de los Andes el Ejército famoso, tuvo que obedecer a la masonería y presentó la renuncia de su cargo. Es así que el 21 de abril de 1819 se dirigió al brigadier general en jefe del Ejército Unido, don Antonio González Balcarce, y le dijo: "Por no perder un solo momento, incluyo a V.S. original el oficio del excelentísimo supremo director del Estado a fin de que se le dé el debido cumplimiento. Quede V.S. autorizado para nombrar los cuerpos que deban quedar, como igualmente los que deben repasar la cordillera. Sírvase V.E. sin la menor pérdida de tiempo decirme las mulas de silla y carga que deberé poner en Uspallata para el transporte de las tropas a ésta, quedando a mi cuidado el establecer los víveres necesarios en el indicado punto". (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 148). Venían otras recomendaciones sobre la proximidad del otoño. Es la comprobación terminante de que San Martín obedeció sin protestas la orden del director Pueyrredón y retransmitió a sus subalternos las órdenes necesarias para emprender el cruce de los Andes. Los documentos transcriptos no admiten otras interpretaciones.

E, inmediatamente, de acuerdo con lo que había resuelto la masonería, presentó al gobierno de Buenos Aires la renuncia de su cargo de jefe del Ejército de los Andes. Se dirigió al Supremo Director de las Provincias Unidas del Sur y le expuso: "Excelentísimo señor: creo es llegada la época en que V.E. acceda a esta solicitud que con tanta justicia reclamo. A V.S. consta el estado de mi salud, tanto más agobiado cuanto han sido las circunstancias bien penosas que me han acompañado por el término de siete años: el único modo de que pueda prolongar mi existencia es la tranquilidad y separación absoluta de todo negocio, por lo tanto ruego a V.E. me conceda mi retiro a esta provincia sin sueldo alguno, pues en el caso de que me hallase en necesidad, ocurriría a la bondad de V.E. para que las socorriese". La renuncia está fechada en Mendoza el 25 de abril de 1819. A continuación preguntó a Pueyrredón cuál debía ser el Estado mayor que quedaría en Chile con los dos mil hombres y quién el jefe que los mandase. (*Ob. cit.* tomo XII, págs. 149-150). El 30 de abril, San Martín se dirigió al ministro de la guerra, don Matías de Irigoyen, para informarle que, consecuente a la suprema orden del 15 de marzo, había repetido "las órdenes más po-

sitivas al señor general en jefe del Ejército para que éste repase inmediatamente los Andes y caminen para el Tucumán bajo las órdenes del señor coronel mayor don Francisco Cruz". Por falta de mulas no habían salido los dos escuadrones de cazadores y los ochenta y un artilleros existentes en Mendoza. (*Ob. cit.* tomo XII, pág. 150).

La masonería había resuelto la conquista del Perú, la permanencia del Ejército de los Andes en Chile y la colaboración de San Martín como jefe de la expedición inmortal, libertadora del Perú. San Martín se había separado de Pueyrredón y seguido a sus "amigos" de la O-O.

Todo lo que sigue es conocido. La demostración que acabamos de exponer nunca fué hecha como la presentamos nosotros. Sólo un autor, nuestro inolvidable amigo José Pacífico Otero, con el cual proyectamos el Instituto sanmartiniano en Sevilla y lo fundamos en Buenos Aires, comprendió que la llamada "desobediencia genial de San Martín", como la llamaban los autores de la época, y la siguen denominando, era una leyenda. Así lo dijo en su admirable *Historia del Libertador don José de San Martín* (Buenos Aires, 1932, tomo II, págs. 621 y 623). En cuanto a la conocida acta de Rancagua es preciso hacer algunas aclaraciones. La anarquía del año 1820 dejó al país sin autoridades estables. San Martín, enfermo en Santiago de Chile, como recuerda Jerónimo Espejo, escribió una carta al coronel Juan Gregorio de Las Heras, jefe del Estado Mayor del Ejército expedicionario, que se hallaba en Rancagua. Era el 26 de marzo de 1820. En el sobre decía que sólo debía abrirse en presencia de todos los oficiales reunidos del Ejército de los Andes. El 2 de abril, Las Heras llamó a los oficiales del Ejército y les leyó estas palabras de San Martín: "El Congreso y Director supremo de las Provincias Unidas no existen: de estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del Ejército de los Andes y, de consiguiente, creo de mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales del Ejército de los Andes para que ellos, por sí y bajo su espontánea voluntad, nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos y salvar por este medio los riesgos que amenazan a la libertad de América". A continuación indicaba la forma en que debía hacerse esta elección.

Rondeau, que había sucedido a Pueyrredón, en efecto, no era Director supremo. La política argentina había dado un gran vuelco. Hoy nos haríamos algunas preguntas ante un caso semejante. ¿No debía esperar San Martín a que se estableciese algún gobierno en el país para seguir recibiendo sus órdenes?. Cierto es que en aquel entonces no había una Constitución ni las disposiciones legales que hoy existen; pero el país no había desaparecido y, lo correcto, era obedecer al primero que mandase en el país. No digamos lo que hubo de ser, sino lo que fué. Leída la comunicación, el coronel Enrique Martínez declaró "que no debía procederse a la votación por ser nulo el fundamento que para ella se daba de haber caducado la autoridad del señor general". Estaba en lo cierto y así coincidieron todos los otros jefes. El origen de la autoridad de San Martín era, según ellos, "la salud del pueblo",

que era inmutable. Era una razón. Otra razón, que no se alegó, consistía en el hecho de que San Martín no había sido destituído ni relevado. No tenía porqué renunciar. El hecho es que San Martín quedó librado a sus propias resoluciones y tomó el camino de la libertad del Perú y de América. En otros tiempos se supuso que esta decisión había sido "la más abierta insubordinación" (opinión de Diego Barros Arana) o una simple desobediencia, como la consideró Mitre, o una "desobediencia genial", como la llamó Ricardo Levene. Mitre estuvo acertado al decir que San Martín, en aquellos momentos, se hallaba "sin patria en cuyo nombre obrar y sin gobierno ante quien justificarse o que diera sanción a sus actos". Otero, más conciliador, opina que San Martín se encontraba sin gobierno, pero no sin patria, como lo prueba el hecho que el 13 de abril comunicó lo ocurrido al Cabildo de Buenos Aires. Lo indiscutible es que San Martín se convirtió en un general reconocido por todos sus subordinados y que, tanto él como ellos, obedecieron las órdenes que, a través de San Martín, les daba la masonería, la Logia O-O. Los documentos glosados así lo demuestran sin posibilidades de discusión. San Martín, por su cuenta y orden, empezó a hacer contratos con proveedores. Con los mismos fines los hacía también O'Higgins. San Martín obraba como jefe de un Estado sin territorio, con sólo un ejército. Era una situación como no se halla otra en toda la historia de América. Cuando hubo que decidir con qué bandera marcharía el Ejército de los Andes, San Martín dispuso que fuese con la bandera chilena. La bandera argentina reapareció en Lima cuando se juró la independencia del Perú. No debemos sorprendernos si, después de Guayaquil, cuando San Martín no dependía de ningún gobierno y era un simple particular, proyectó la organización de la Argentina por medio de un Congreso y el fin de la guerra contra los españoles por medio del ejército de Rudecindo Alvarado, que le respondía plenamente: todo como en 1820, cuando, como dijo Mitre, se encontró sin patria y sin gobierno y tuvo que dar al Ejército libertador la bandera chilena y no la argentina.

EL SIMBOLO O-O

Ningún historiador de San Martín ignora que en su correspondencia usó a menudo el signo O-O para referirse a la Logia a la cual pertenecía. Esta logia, indiscutiblemente masónica, fue conocida siempre por este signo de O-O, sin que nadie, en ningún momento, haya podido explicar su significado. Más aún: se desdeñó el estudio de este pormenor y se pasó a otros temas. Nuestras investigaciones nos llevaron a consultar un pequeño mundo de obras masónicas con la esperanza de descifrar ese indudable misterio. Muchas de estas obras se perdían en divagaciones místicas o en explicaciones poco convincentes. Una de las más sensatas es la de Andrés Cassard, *Manual de Masonería o sea el tejedor de los ritos antiguos escocés, francés y de adopción* (Barcelona. El Prefacio está fechado en Nueva York, abril de 1871. Tiene 730 páginas). Es la que más nos acercó a la verdad. Destacamos estas dos definiciones de la palabra Cadena. "Cadena de Flores. En la celebración de una cincuentena masónica, de la fiesta de un fundador o de la recepción de un Lustón (el hijo de un masón), se adorna el templo con guirnaldas de flores llamadas masónicamente cadena de flores". A continuación: "Cadena de Unión o Cadena mística. Fórmase al tiempo de comunicarse la palabra semestral y después de los banquetes de orden. Es unirse en círculo, dándose las manos" (Página 650).

Amigos masones de la Argentina y de otros países nos indicaron la conveniencia de consultar a destacados masones. Así lo hicimos y perdimos un poco el tiempo. El más útil, cordial y erudito fue el doctor en química José Roberto Levi-Castillo. Es un brillante historiador de la masonería que vive en la ciudad de Guayaquil, Ecuador. Su respuesta fue el 5 de mayo de 1983. En su carta demuestra un amplio conocimiento de la historia masónica. Sus datos provienen de obras con informes tradicionales que repiten viejos errores. Por ejemplo: enseñan que Miranda fue el fundador, en Londres, de una Gran Logia Americana y de un Gran Oriente Americano formado por masones españoles e hispanoamericanos. Esta Logia, también llamada Gran Reunión Americana, habría movido los hilos de todos los movimientos que en América habrían llevado a la independencia.

En otras páginas nos hemos ocupado de esta creencia que no confirma ningún documento. No los hay, en efecto, ni para probar que Miranda fuese masón, ni que haya existido ninguna Logia fundada o presidida por Miranda en Londres ni en ninguna otra parte. No nos extrañemos de esta ignorancia generalizada. La encontramos en la mayoría de los historiadores de nuestra patria, para no citar los de otras naciones. Un hombre de tanta perspicacia histórica como el profesor antonio J. Pérez Amuchástegui (*San Martín y la emancipación sudamericana, en Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Doctor Emilio Rivignani,* Buenos Aires, 1980, Año XVI, tomo XVI, número 26, páginas 21-22) escribía

nada menos que lo siguiente: "Nadie ignora que San Martín estaba vinculado a la Gran Reunión Americana fundada por Francisco de Miranda sobre la base de la Sociedad de Caballeros Nacionales, que desde 1808 operaba en Gibraltar y Londres. Y seguramente de esa entidad -a la sazón presidida por el venezolano Luis López Méndez- recibió San Martín, en su paso por Londres, las instrucciones estrictamente político-estratégicas para su actuación en el Río de la Plata, como ya las había recibido O'Higgins para actuar en Chile, y, entre otros, Baquijano y Bejarano para promover la insurrección en Nueva Granada y Perú..." En esta líneas son, exactamente, tantas las palabras como los errores y fantasías imposibles de probar. Otro amigo de gran talento y obra imperecedera, el presidente que fue de la Academia Nacional de la Historia, de la Argentina, el profesor Ricardo Piccirilli, después de alcanzar conclusiones magníficas, como la demostración de que San Martín no conoció en Londres a Tomás Guido ni a Manuel Moreno, cae en la fantasía, para no desentonar con maestros que así lo afirmaron, de suponer que Miranda y San Martín se entrevistaron en Londres (*San Martín y la política de los pueblos*, Buenos Aires, 1957).

No obstante, en la carta del doctor Levi-Castillo hay un punto que abre un indudable interés. Es la afirmación de que la supuesta logia de Miranda tenía alguna relación con la Logia número 3 de Cádiz. ¿Qué documento lo prueba?. El conocimiento de esta Logia número 3, de Cádiz, se debe a las comunicaciones del futuro general Carlos de Alvear a masones de América que apresó un corsario español y entregó al Archivo de Marina de Madrid. El almirante don Julio Guillen y Tanto, como hemos referido menudamente en otras partes, publicó esos documentos, sin una línea de comentario, en la revista de la Academia chilena de la Historia. Nosotros fuimos los primeros en advertir su enorme importancia y en analizar atentamente su contenido. Inmediatamente acudieron otros estudiosos, sin mencionar nuestro nombre, y divulgaron esos hechos.

El doctor Levi-Castillo no profundizó estos pormenores y está firme en sus convencimientos de que Miranda fue el artífice de la independencia de América por medio de la masonería. La falta total de pruebas no lo inquieta. A su juicio, Miranda era masón y, por tanto, debió luchar por la independencia. Otros historiadores, con ideas totalmente opuestas y, como es natural, por completo indocumentadas, niegan que San Martín haya sido masón y la masonería a la cual pertenecía haya sido masonería, sino otro género de institución. Ambos extremos se tocan y unen.

Otro autor que los argentinos nunca olvidaremos, por su labor historiográfica simplemente extraordinaria, el doctor Ricardo Levene, no escapa a la leyenda mirandina y cae en fantasías como las siguientes: "Ya en Londres, San Martín se vinculó al núcleo de los revolucionarios de América, incorporándose a la asociación secreta Sociedad Lautaro, fundada por Francisco Miranda, de la que existía un núcleo en Cádiz. Allí había prestado juramento

Bolívar e hizo lo propio San Martín" (*El genio político de San Martín*, Buenos Aires, 1960, página 29) Agrega Levene: "Demostrado está hoy que la Logia Lautaro no era una organización religiosa, sino exclusivamente política. San Martín era católico; y así lo ha demostrado en su vida pública" Cita a Guillermo Furlong, *La religiosidad del general San Martín,* en *San Martín. Revista del Instituto Nacional Sanmartiniano,* VIII, núm. 27, Buenos Aires, 1950).

La segunda carta del doctor Levi-Castillo está datada en Guayaquil, el 18 de julio de 1983. Es más extensa. La publicamos como Apéndice a este libro y nos trae datos de otro interés. En primer término nos relata trozos de su vida y luego entra en confidencias: "Usted me hace mucha gracia con la Logia O-O de San Martín -nos dice-, pues, debido al Santo Oficio o Inquisición, que lo hacía a usted desaparecer y lo molían a palos, o le echaban plomo derretido, o salvajadas como esas, los masones, como los antiguos cristianos, debían usar un símbolo. Lo cristianos, y yo no lo soy, usaban un pez, que quiere decir vida. Los masones usaban O-O, o sean, los dos eslabones de la cadena fraternal, que se encuentra en el techo de las Logias. Cada eslabón significa un hermano y de hermano a hermano se unían dos eslabones entre si. Eso es simple y sencillo. Simbolismo masónico que muchos hermanos ignoran totalmente, pero que los hermanos de Europa o que habían estado en Europa aprendieron porque es la base de la Masonería. Muchos masones de Latinoamérica lo son de la boca para afuera o tienen una preparación muy somera. Por eso ni ellos mismos entienden el significado de sus propios símbolos. En Europa se estudia muchísimo la Simbología que es una ciencia muy avanzada y muy utilizada por clérigos y masones increíblemente..."

Ahora sabemos, con la ayuda del doctor Levi-Castillo, que las dos "O" o círculos de la correspondencia de San Martín eran los eslabones de la cadena de la amistad, propia de los masones. Lo hemos comprobado en la Gran Logia Masónica de Buenos Aires. Los techos de las distintas logias están pintados, en su derredor, con las dos "O" de la famosa cadena.

El doctor Levi-Castillo nos escribió una tercera carta que, con todas las suyas, contiene datos de gran valor. Está fechada en Guayaquil, el 6 de junio de 1984. En uno de sus párrafos nos dice: "Mi querido colega: como usted no es masón, no me entiende, pero si lo fuera sabría que en toda Logia hay una cadena y los eslabones unidos significan que como una cadena están unidos los Hermanos Masones en la Logia y en el mundo. Como en las colonias de España era terminantemente prohibido por el Santo Oficio e Inquisición la Masonería, y había peligro de muerte si se le agarraba, entonces las Logias existentes tomaban nombres o números o símbolos masónicos conocidos, como el de la cadena. Esto cualquier maestro masón lo sabe inmediatamente y se da cuenta de su significado. Es como el sil es Uno, y el 2 es Dos, y así, por ejemplo, no es ningún latín o cosa extraña que para cuidarse los profanos como usted, que no son parte de la Orden Masónica, así como eran profanos los curas del Santo Oficio o Inquisición, tampoco podían entender el significado de ese Símbolo

tan masónico que cualquier aprendiz de Masonería lo sabe, y es claro, como usted no es masón, no tiene porque explicárselo, pero yo lo hago para esclarecer algo histórico y tan obvio para cualquiera que sea masón, sin buscar libros ni hacer búsquedas de documentos..."

Creemos que el misterio de las dos "O", o sea, del signo o símbolo O-O, tan usado en la correspondencia masónica de San Martín, está aclarado. Nuestro agradecimiento al doctor José Roberto Levi- Castillo, historiador masónico de Guayaquil. Los dos círculos O-O eran el símbolo de la cadena de la amistad o fraternidad de todos los masones. Por algo lo usaba la Gran Logia O-O de Chile y el Perú y tanto lo empleaban San Martín y sus hermanos masones.

LOS SACERDOTES MASONES

Los esfuerzos de tantos historiadores para demostrar que la masonería a la cual pertenecieron hombres notables no era masonería, sino una sociedad secreta cuyos fines eran sólo políticos, han llegado a un punto perfecto: si se demuestra que un supuesto masón era católico, o se comportaban como católico, no era masón. La conclusión no puede ser más simple, práctica y definitiva: o católico o masón. Es la teoría que ha adoptado nuestro eminente colega y amigo, el doctor Edberto Oscar Acevedo, profesor de la Universidad de Mendoza, en la Argentina. Su estudio sobre *San Martín, la Masonería y las Logias,* en el *Boletín de Ciencias Políticas y Sociales* (Mendoza, 1978, número 23, páginas 121-143) ha convencido a muchos prehistoriadores. Su principio de que ser católico equivale a no ser masón se basa, principalmente, en una carta que el conocido masón venezolano López Méndez escribió a su mujer. Su carta, con otras de Alvear, cayeron en poder de un corsario español que asaltó al bergantín inglés que desde Londres las llevaba a América. El almirante Julio Guillén y Tato las publicó, sin un solo comentario, en la revista de la Academia Chilena de la Historia y nosotros, por vez primera, las analizamos a fondo. Son una prueba terminante, como veremos, de que sus autores eran perfectos y famosos masones. No obstante, el doctor Acevedo se basa en un párrafo de la carta de López Méndez para reforzar su tesis de que un católico no era masón. El párrafo es el siguiente: "De mucho me ha servido este viaje para confirmar y fortificar mis ideas y mis sentimientos religiosos... Quisiera al mismo tiempo que tú y todos nuestros hijos jamás se aparten de las sendas del Señor, ni aún se disgusten de andar por ellas, sino con espíritu y buen ánimo caminen sin pasarse hasta llegar al término de nuestra felicidad eterna. Así se lo pido con muchas lágrimas al Señor, interponiendo los ruegos de la Virgen María, del Señor San José y de todos los ángeles, apóstoles y demás santos. También le pido que se conserve pura la religión en toda pureza en nuestro país, creyendo, confesando y practicando la que la Santa Iglesia Católica, la única verdadera y esposa de Jesucristo, cree, confiesa y practica, sin admitir jamás entre nosotros la profesión de ninguna secta de herejes, aunque de esta perversión resultase aumento en la población adelantamiento de las ciencias, perfección en las artes, mejoras en la agricultura y rentas en el comercio..."

El doctor Acevedo comenta el párrafo transcripto con estas palabras: "Creo que con este testimonio se puede poner fin a la discusión, pues para mi, no hay prueba más terminante de ortodoxia, de fe y de religiosidad cabal, en suma. A la vista de este texto, ¿podrá aún decirse que los miembros de la Logia eran masones" (página 137). Y, en la página siguiente, insiste: "En definitiva, instamos en que se debe distinguir entre la Logia y la Masonería". En Chile, según Acevedo, O'Higgins y demás masones no eran masones porque en los re-

glamentos de la Logia "no hay en sus páginas el más leve indicio o preocupación de tipo filosófico o religioso, como tampoco la menor alusión a contactos con la masonería". Es una pena que nuestro brillante colega no se haya detenido en demostrar cómo en otras logias, para él seguramente masónicas, hay párrafos dedicados a alguna religión, tanto ataque como defensa. Sin pensarlo, con esta comprobación hecha por Acevedo, viene a confirmar que la masonería, como dicen sus reglamentos, en todas sus logias, no ataca ni defiende ninguna religión ni sistema político. Cada masón era y es libre de pensar lo que prefiera en materia religiosa o política. López Méndez era un buen católico y un buen masón como lo demostró toda su vida. El doctor Acevedo declara que su juicio es "una exposición personal". Exacto: nadie ha sostenido el principio tan rotundo de que si se es católico no se es masón. También nos dice que esta exposición "tiene una sola y exclusiva pretensión: establecer ciertos puntos firmes como únicas bases para que avance el saber histórico". Es una regla o silogismo con el cual se pueden alcanzar puntos firmes como el siguiente: si un miembro de la Logia fundada en Londres por Alvear, San Martín y otros, por ejemplo, Luis López Méndez -demostraba, en una carta a su mujer, de la cual se rieron los españoles que la capturaron, que era un perfecto católico, todo el resto de la logia no era de masones. Si Juan fuma en pipa y tiene barba, todos los que tienen barba fuman en pipa o todos los que fuman en pipa tienen barba. Este hermoso silogismo, aprendido en seminarios, es un "punto firme", "una única base para que avance el saber histórico". Además, el doctor Acevedo hace progresar la historia con otra conclusión: quienes eran masones eran masones; pero quienes andaban en logias no eran masones, eran logistas. Alvear era masón; San Martín, como buen católico, no era masón, era logista. También está convencido nuestro colega que la masonería era una sola institución británica y que si San Martín hubiera sido masón no habría donado su sable a Rosas en momentos en que "la gran conspiración franco-británica quería derrotarlo y hacer de este país una provincia balcánica". No hacemos comentarios. Otras conclusiones: "Por la vía negativa - argumento seminarista-, si hubiera sido masón, San Martín no hubiese aprobado el fusilamiento de las Carrera, que lo era". El doctor Acevedo no tiene en cuenta las rivalidades y luchas de las logias. Y, por último, el viaje de Alvear, San Martín y otros a Londres, no tuvo como fin lo que dice Alvear en las cartas que comentamos -fundar en Londres la logia número 7 por orden de la número 3 de Cádiz-, sino algo muy distinto, que no aparece en ningún documento, pero que el doctor Acevedo lee en las mentes de los muertos: "fue, como siempre, para ver que es lo que se podía obtener de la principal nación del mundo de entonces". Precisamente lo único que Alvear, San Martín y demás masones no indagaron ni pidieron al gobierno inglés. No dudamos que nuestro ilustre colega traerá pronto papeles desconocidos que aclaren estos "puntos" dudosos.

Esta manera de escribir historia no es nueva. En Chile la iniciaron los historiadores católicos de renombre, como nuestro desaparecido y querido amigo Jaime Eyzaguirre. Otro destacado historiador de la masonería chilena, Benjamín Oviedo Martínez, también está seguro que "la logia Lautarina fue únicamente una sociedad política a la cual las circunstancias de la época en que tuvo que actuar la obligaron a adoptar la organización de una sociedad secreta.

Nosotros recordamos las palabras de un conocido político chileno de aquellos tiempos: Miguel Zañartu. Hizo saber a O'Higgins, desde Montevideo, el 23 de julio de 1820, que "los masones están convenidos a vengar la muerte de Luis Carrera, que era hermano... Mucho cuidado con estas ramificaciones. Usted sabe cuán extendida está en el ejército la masonería. Lo que más encargo a usted son golpes de energía a cualquier ocurrencia."

Es una prueba más de que la masonería de Buenos Aires era masonería y no otra cosa. En cuanto a sus desacuerdos con la masonería de Chile no deben extrañar. Las logias se combatían. En 1820 no era el 1810. Los masones de Buenos Aires eran enemigos de San Martín, de O'Higgins y de la logia chilena que tomaba decisiones que no convenían a la masonería de Buenos Aires. Los masones de Chile, la Logia O-O, obligó a San Martín a no pasar el Ejército de los Andes a Mendoza y a Buenos Aires para hacer frente a los veinte mil hombres que la Santa Alianza había concentrado en Cádiz para aplastar a Buenos Aires. Los masones de esta ciudad la cuidaban frente a la expedición de Cádiz y a los caudillos del Litoral. Los masones chilenos cuidaban su tierra y querían conquistar el Perú para dar la libertad a América. Dos puntos de vista políticos opuestos que no tienen en cuenta, o no conocen, algunos historiadores.

Las cartas de Alvear y López Méndez y que el almirante Guillén y Tato han incorporado a la documentación masónica hispanoamericana son una expresión masónica tan evidente que sólo quien quiere ser ciego puede dejar de advertirlo. Unicamente masones pudieron escribirlas. Lo evidencia su espíritu. Lo prueban sus términos: todo en ellas es pura y exclusivamente masónico. En la carta de Carlos de Alvear a Rafael Mérida, de Caracas, fechada en Londres, el 28 de octubre de 1811, se dirige a "mi amadísimo hermano" y le informa que está acompañado "de los hermanos que en el oficio indico". Los estudiosos que sostienen que esta masonería no era masonería deberían traer algún documento político no masónico en que se usase esta palabra "hermano". Alvear continúa que piensa salir el mes que entra con los hermanos arriba expresados para Buenos Aires". Revela que aquí, en Londres, "he establecido una L(ogia) para servir de comunicación con Cádiz, Philadelfia y esa, como también para que encuentren abrigo los hermanos que escapan de Cádiz. El "hermano López Méndez, diputado de esa capital, probablemente quedará de presidente de esta sociedad". Le recomienda dar "mil expresiones de mi parte y de la de Zapiola a los hermanos Caicedo y Toledo". Agrega una "lista de los hermanos que se han recibido en la L. nº 3 después de la

partida del hermano Mérida" y otra "lista de los americanos que por constitución no pueden ser admitidos en ninguna sociedad de Caballeros racionales a causa de haber rehusado entrar en la nº 3 por temor de los déspotas españoles". La Logia número 7 tenía el lema de Unión, Firmeza y Valor. Esta logia era la que Alvear fundó en Londres. Su breve historia está contenida en esta carta de Alvear. Está dirigida al Venerable Presidente de la Logia número 4 de Caracas y empieza con estos párrafos: En cumplimiento de nuestra obligación paso a dar cuenta de todo lo ocurrido en la Logia número 3 desde vuestra partida. Inmediatamente salisteis vos y los dignos hermanos que os acompañaban estuvo a punto de cerrar sus trabajos la L. nº 3 por las voces que sabéis se empezaron a divulgar por Cádiz. Para tratar lo que se debía hacer junté a los hermanos del 5º grado y después de haber adoptado todo lo que la prudencia nos dictó, resolvimos seguir en nuestros trabajos a toda costa y riesgo... Después de vuestra partida se aumentó la sociedad con los hermanos que reza la adjunta Lista nº 1, de los cuales uno ha ido ya a México y seis deben salir pronto para diferentes puntos de América a tomar parte activa en la justa causa que defendemos.

Viene en seguida el relato de cómo fue fundada la Logia número 7 de Londres. "Habiendo llegado a esta ciudad con los hermanos Zapiola, San Martín, Mier, Villaurrutia y Chilavert, hemos fundado por orden de la L. nº 3 una con el nº 7 y hemos recibido a los hermanos que acompaño en la lista que va con el número 4. Queda como presidente de la Logia número 3 el hermano Ramón Eduardo W. Anchoris. Todo lo cual os lo comunico a fin de que lo hagáis presente a esa muy respetable L. encargando nos deis cuenta así mismo de todo lo que os haya ocurrido en Philadelfia y en esa Capital".

Resumimos: San Martín, con Alvear, que era la cabeza de este movimiento, salió de Cádiz en dirección a Londres. Los enviaba la Logia número 3, de Cádiz, para que fundasen una Logia en Londres con el número 7. En Cádiz quedaba como presidente Ramón Eduardo Anchoris, presbítero, que más tarde tuvo actuación en América.

La logia de Londres fue la que durante tanto tiempo una leyenda semierudita afirmó que era la Gran Logia Americana fundada por Francisco de Miranda. No se ha encontrado una prueba que demuestre que Miranda era masón. Tampoco de que haya fundado ninguna logia masónica ni no masónica. La única logia que hubo en Londres de americanos fue esta que fundó Alvear, con la colaboración de San Martín, Zapiola y otros señores. La fábula de que Miranda fundó una logia masónica en Londres puede quedar para la historia de las leyendas de la independencia de América. Nosotros hemos deshecho esta leyenda y aclarado estas verdades. Lo firme es que estas logias de Cádiz, de Londres y de diversas ciudades de América: Caracas, Filadelfia, Bogotá y otras, eran simplemente masónicas. Las logias tenían el nombre de Caballeros Racionales. Por lo que hemos leído, por el espíritu que respiran las líneas transcriptas, es difícil suponer que esas logias de Caballeros racionales no hayan sido

masónicas. En cambio, hay muchos testimonios que demuestran que fueron incuestionablemente masónicas.

Quienes sostienen que un católico no puede ser un masón olvidan, no sabemos si por desconocimiento o una intención preconcebida, al canónigo Vidal, fundador del Hospital de Caridad, de Montevideo. Era un buen masón que aparece, en su retrato pintado por Guth, con la banda simbólica de la masonería. Nuestro ilustre amigo, el presbítero Mario Germán Romero, nos dio muchas noticias de sumo interés en la ciudad de Caracas, cuando se celebró el bicentenario del nacimiento de Bolívar, en un Congreso insuperable. También nos obsequió su valiosa obra sobre *El Padre Nargallo* (Bogotá, 1957, 304 páginas). El buen padre Margallo, vulgar eco de las infamias que circulaban en contra de los masones, creía "que los masones estaban muy introducidos y no tratan más que de destruir la religión, pues se decía por muchos o la mayor parte de ellos, que la Iglesia catedral debía erigirse en una gran logia, que esos malvados no se empeñaban más que en destruir el clero y perseguir los ministros del Santuario, generalmente a aquellos que se empeñaban en sostener la religión" (página 95). El 2 de enero de 1820, en la *Gaceta Oficial* apareció el siguiente aviso: "Aviso al público. Una sociedad amante de la ilustración, protegida por el señor general Santander, ofrece al público dar lecciones para aprender y traducir y hablar en idioma francés e inglés..." Era una logia masónica. Terminadas las lecciones, los venerables se retiraban a sus reuniones. Dice Romero (página 126): "Un síntoma curioso de la situación religiosa de la época es el hecho de que aún algunos frailes y clérigos se alistaron en la logia. No tardaron en formar parte de ella los ministros de la Corte Suprema, los jefes militares y los comerciantes porque casi todos eran masones, excepto alguno viejo de gato en el mostrador que vendían badanas y novenas, hermanos de la Veracruz, según la gráfica expresión de Groot".

El reverendo Padre Romero es hombre culto, que no tiene prejuicios ni defiende tesis absurdas. Reconoce que hay que ser indulgentes con quienes, excelentes católicos, ingresaban en la masonería. El general Santander y los clérigos que lo acompañaban en la masonería eran todos buenos católicos. El historiador Groot nos hace saber que Santander "no era masón tan fanático que pospusiera la causa de la independencia a la Logia, y aunque muy amigo de los honores, no era tan pueril que se deslumbrara con las bandas y colgandejos de la orden; en la logia de Bogotá no pasó del tercer grado, cuando sus demás amigos habían recibido grados superiores y altas condecoraciones. " Los masones fanáticos llegaron a detestar a Santander por su conducta con la logia. Con su retiro, comenzó la decadencia de las logias. La logia se llamaba La Fraternidad Bogotana. Empezaron los primeros sermones contra la masonería. *El Patriota,* periódico que publicaba el general Santander, defendió a los masones jocosamente. "Los genios vulgares, las mujeres y los hipócritas creen que francmasonería es alguna cosa del otro mundo, una invención diabólica y una escuela de vicios. La

gente ilustrada se ríe de tales presunciones, y aún así hay entre ellos valerosos apologistas de esta sociedad".

Francisco Maragallo empezó a atacar a los masones en un papel anónimo que se titulaba *El gallo de San Pedro.* Había hojas que se llamaban *La Lechuza, La Tapa del Congolo* y *El Nazareno negociante.* Los periódicos tenían títulos como *El anteojo de larga vista, El anteojito de bolsillo, El preguntón, El noticioso, El noticiosito, El noticiosote, El poste de a caballo, El zurriago, El zurriagazo, El batuécano, El moscardón,* etcétera.

En *El gallo de San Pedro* Maragallo informaba que la masonería la había fundado Oliverio Cromwell en Inglaterra, y en Francia, el conde de Cagliostro. No nos sorprendamos con estos orígenes históricos. Un filósofo y sabio como Lessing estaba convencido que la palabra masonry (masonería) provenía de la vieja palabra inglesa mase, o sea, mess, mesa redonda, según el gran modelo de la Tabla redonda del rey Artús. Aún se usaba el término en el siglo XVII.

Luego, como el constructor de la catedral de San Pablo, Sir Christopher Wren, era miembro de la sociedad, se habría interpretado que se trataba de una reunión de gente de la construcción, una corporación de maestros de obra. Por ello masonry habría sido interpretado como masonería, de maÇon, albañil. La palabra franc se refiere al lenguaje libre, franco, de todos los gremios ((Hemann y Georg Schreiber, *Mistagogos, masones y mormones (Sociedades secretas en cuatro milenios)* (Barcelona, 1958). Margallo enumeraba todas las naciones que habían prohibido la masonería. Escribió otros papeles en contra de la masonería: *La burra de Balaam, El gato enmuchilado* y *El puerco de San Antonio Abad:* todos en 1826. En *El puerco...* decía: "Nos omnes sumos masones; nos omnes trompones." Repitió que los masones despedazaban el honor del prójimo, la ley de Dios y el edificio de la Santa Iglesia y predican una falsa caridad, "una caridad cimarrona" (página 141).

Este Margallo era una especie de fray Castañeda. Arturo Capdevila escribió acerca de su "santa furia". Adolfo Saldías le dedicó otra vida en que mucho lo maltrata. Juan Cruz Varela le dedicó unos versos en que decía que "entre todos los cuerdos, despreciado; / entre todos los locos, conocido. / Por su hiel entre víboras, querido, / Y entre predicadores, sonrojado". John Murray Forbes, ministro de los Estados Unidos, el 29 de octubre de 1820, con otra seriedad, dijo de él: "Este hombre, cuya audacia sólo es igualada por su maldad, desde varios meses antes de mi llegada ha estado maltratando todo lo que es norteamericano en un periódico llamado *El despertador...* en el estilo más insultante, entra en consideraciones sobre la absoluta falta de honor y de sentimiento religioso de los norteamericanos..."

El Padre Francisco de Paula Castañeda, famoso por su apodo de Zapo del Diluvio que dio a Rivadavia, por sus decisiones regalistas o jansenistas, empezó a ser analizado por el Padre Guillermo Furlong en una obra que dejó inconclusa y que sus hermanos jesuitas todavía

no han publicado. Era hombre de ideas políticas que, en otros tiempos, cuando se endiosaba a Rivadavia, parecían injustas y hoy, con nuevos conocimientos, se comprueba que son muy justas. El Padre Margallo, frente a otros problemas, se escandalizaba que dignos sacerdotes alcanzasen altos grados masónicos. "Entre los frailes que vistieron el mandil -nos dice su biógrafo, el padre Romero -se cuenta el dominico fray Antonio María Gutierrez" (página 35). Nació en 1787. Fue realista "furibundo", ministro de la Inquisición en tiempos de Morillo. Emigró a Jamaica en 1819 y volvió en 1820 como masón y entusiasta defensor de la masonería... Ocho años más tarde, el 8 de noviembre de 1828, Bolívar prohibió las reuniones de sociedades y confraternidades secretas.

Los sacerdotes católicos masones fueron muchos en la historia de la masonería. El eximio historiador jesuita, que tan a fondo ha penetrado en la historia masónica -no superado por ningún masón ni no masón- Ferrer Benimeli, nos ha dado un número impresionante de sacerdotes masones, desde presbíteros hasta obispos. El peligro de estos estudios es caer en extremos, tanto a favor como en contra. Por un lado están los atrasados que creen en los trabajos secretos de Miranda, en la Gran Reunión o Logia Americana fundad por él y en los hilos de la independencia que movía desde su casa de Londres. Admiten que entre sus discípulos se hallaban Pedro de Clavide, que ni supo de su existencia, y otros que jamás lo conocieron, que San Martín y bolívar eran manejados por una Logia que nadie imagina, sin duda dirigida por lord Macduff, y otras fantasías semejantes. Por otro lado se agitan los que aceptan todas las calumnias, fábulas y despropósitos que se ha escrito en contra de la masonería. El más famoso de estos charlatanes fue el ex jesuita Leo Taxil, pseudónimo que él mismo encargó de revelar cuando confesó sus mentiras e infamias: traidor, calumniador y todo lo que se quiera agregarle. Su ejemplo hizo escuela. Hombres respetables y de amplia cultura, como el Primado de Chile, cardenal y arzobispo de Santiago, el doctor José María Caro R. han caído en la senda de los errores no siempre perdonables. Su libro *El misterio de la Masonería,* reeditado en Buenos Aires en 1951, quiere explicarnos porque tantos sacerdotes eran masones y dice que todos ellos no sabían que vivían en la masonería y que las logias, con todo su ceremonial, eran para el los centros de estudios filosóficos. Tanta candidez conmueve. Piensa que los reglamentos masónicos, que prohiben hablar de religión y de política son embustes para atraer incautos. Los altos dignatarios de la masonería no sabrían los secretos de su sociedad. La masonería sería la autora de todas las matanzas de sacerdotes que hubo en España y de todos los crímenes políticos que se realizaron en Europa. Hasta el suicidio de Rodolfo, heredero del trono de Austria, y de su joven amante, la baronesa María Vetsera, en Maierling, habrían sido, según un tal Wichtl, citado por Caro, obra de la masonería. El guardabosque Wolf, que algo sabía de la tragedia, fue asesinado misteriosamente. El archiduque de Toscana, Juan Orth, tuvo que huir y refugiarse en la Patagonia,

donde lo conocieron algunos argentinos. El otro archiduque asesinado en Sarajevo, que dio origen a la primera guerra mundial, también lo habría sido por el influjo de la masonería. La famosa médium, madama de Tebes, lo habría anunciado con dos años de anticipación, sin duda por algún amante masón. La lucha por la cultura, el famoso Kulturkan.pf, movimiento de protestantes e intelectuales que no eran masones, de los años 1875 y próximos, sería obra de los masones. El archicatólico Gardía Moreno, presidente del Ecuador, habría sido muerto por orden de la masonería. Los boy scouts, el Rotary internacional, los Leones, la Asociación Cristiana de Jóvenes y otras instituciones comparables, no serían otra cosa que desprendimientos de la masonería. No seguimos con tanto disparate. Lamentamos que un hombre del talento del cardenal Caro se haya dejado convencer por tantas fábulas de noches de invierno.

La ola de los absurdos masónicos se ha extendido por otras partes de América, a veces impulsada por los mismos masones. Algunos autores, como José Gálvez Barrenechea, en su *Homenaje a San Martín* (Lima, 1952), escriben que Riva Agüero "refiere en sus papeles que en 1807 surgió en Madrid la Logia Caballeros racionales, formada sobre los restos de la creada por un peruano inmortal, don Pedro de Olavide, precursor del ideal de libertad americana. Esa logia la presidía el argentino, don José Moldes..."

No hay pruebas de que Olavide haya sido masón, fábula creada no se sabe por quien. Miranda lo hizo figurar como compañero suyo de ideales separatistas americanos, sólo por haber sido perseguido por la Inquisición, pero esa atribución se ha comprobado que no es verdadera. No pasó de un ardid de Miranda para hacer ceer que compartían sus ideas hombres eminentes. Tampoco hemos hallado pruebas de que Moldes presidirá esa logia, ni que la logia haya existido. En cambio, un general peruano, don José Rivadeneira, de cuenta que, no bien dispersada la logia de Sevilla, se instaló otra en Cádiz. En ella había sesenta y tres "socios ilustres" que tenían gran interés por la independencia americana. Recuerda, en especial, que cuando se encontró con San Martín, en Huaura, 1821, "me estrechó en sus brazos, recordó nuestra amistad antigua, nuestros trabajos en la sociedad de Cádiz para que se hiciese la América independiene". Es indudable que, en España, San Martín formó parte de la masonería. esta tenía una logia en Cádiz que se llamaba de los Caballeros racionales y que fundó otra en Londres. Ahora sabemos cómo fue formando San Martín su ideal independencista en España.

Alcibíades Lappas, griego argentinizado, masón conspicuo e inolvidable amigo, estudió muy bien *San Martín y su ideario* (Separata del Primer Congreso Internacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1978) Utilizó las fuentes conocidas y otras olvidadas. El 19 de septiembre de 181, San Martín obtuvo su retiro definitivo del ejército español. En ese tiempo, como él mismo refirió al mariscal Ramón Castilla, presidente del Perú, desde Bruselas, el 11 de

septiembre de 1848 -o sea, treinta y siete años más tarde-, "en una reunión de americanos, en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecídos en Caracas, Buenos Aires, etcétera, resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de entablar". En 1811 aún no se hablaba abiertamente de independencia de América. En muchas ciudades del continente se había abierto la guerra entre juntistas y antijuntistas, es decir, consejistas, partidarios del Consejo de Regencia de Cádiz, que pronto se transformaron en congresistas y anticongresistas, constitucionalistas y anticonstitucionalistas.

El masonismo de San Martín puede comprobarse en forma indirecta y definitiva por un documento que se halla en el archivo de la Gran Logia de la Argentina, en Buenos Aires. Fue descubierto por Alcibíades Lappas y termina para siempre con cualquier duda. Quienes pretendan negarlo, con la obcecación propia de la Logia Asilo del Litoral, en Paraná, provincia de Entre Ríos, Argentina, precisamente del 17 de agosto de 1860: décimo aniversario de la muerte de San Martín. En esta lista figura, en primer término, como fundador y presidente de la logia, el coronel Joaquín María Ramiro. Era el Venerable de la logia y aparece como iniciado en 1819, en la "Logia del Ejército de los Andes, presidida por San Martín". Nótese que es un masón que, para acreditar su condición, recuerda que fue iniciado en la Logia del Ejército de los Andes presidida por San Marín. Lappas publicó este documento, realmente transcendental en su opúsculo San Martín y su ideario, página 267, y lo comentó en la página 254.

El valor de este documento es incalculable. Nos dice, nada menos, lo que hemos leído: un masón que declara haber sido iniciado en una logia presidida por San Martín. Lo único que puede deducirse o concluirse es que si un masón confiesa que fue iniciado en una logia es porque esa logia era masónica, pues, de lo contrario, no sería masón, y si la logia era masónica es indiscutible que su presidente, o sea, San Martín, también era masón, dado que nunca se ha visto una logia masónica presidida por un no masón. Este aporte de Lappas nunca ha sido comprendido, ni valorado por los negadores sistemáticos, no sabemos si lo han callado tan religiosamente para hacerlo olvidar o, con su poca cultura, lo han ignorado.

El último y desesperado argumento para probar que la masonería no era masonería, sino un conjunto de clubs políticos, no sólo se encuentra en la Argentina, sino en otros paises hispanoamericanos, como Venezuela. Nuestro dilecto amigo, el doctor Mario Briceño Perozo, director del Archivo Nacional de Venezuela y miembro de la Academia nacional de la Historia nos ha enviado su excelente estudio sobre *Los Masones y la Independencia. La obra de Cornicelli* (Caracas, 1988). En ella leemos como el ilustre monseñor Navarro (Nicolás Eugenio Navarro, 1867-1960) estaba convencido que "muchos próceres no fueron masones por que las logias en que se juramentaron no eran centros de Masonería, sino clubes políticos".

Por un principio de seriedad histórica quienes insisten en este argumento, tan antiverídico y desdeñable, no deberían repetirlo, arruinando la buena fama de sus nombres. Por otra parte, los historiadores masónicos no deberían seguir divulgando que Miranda fue masón, que ingresó en la masonería en 1780 y atrajo a sus talleres una serie de personajes de la independencia que nunca lo trataron ni estuvieron en Inglaterra. El doctor Mario Briceño Perozo nos sintetiza con precisión la vida masónica de Bolívar. El mismo confesó a Perú de Lacroix, en Bucaramanga, que llegó hasta el grado de Maestro. No se sabe cuándo entró en la masonería. Unos autores -todos sin pruebas- afirman que fue en Cádiz, en 1804; otros dicen que fue en Londres, en 1810, y otros dan otras fechas y otros lugares. En París pasó al grado de compañero el 11 de noviembre de 1805, en la logia San Alejandro de Escocia. Nuestro recordado amigo, don Ramón Díaz Sánchez, embajador, pudo adquirir para Venezuela la escritura original del acto francés y actualmente se encuentra en el Archivo de la Gran Logia de Caracas. El historiador colombiano Ramón Martínez Zaldua, citado por Briceño Perozo, escribe que Bolívar fue nombrado por el general Antonio Valero de Bernabé Gran Inspector General de la Orden, Grado 22, en Lima, en 1824. Poco después, Bolívar se declaró contrario a las sociedades secretas. El 8 de noviembre de 1828 dio el decreto Prohibición de las Sociedades secretas. Lo refrendó el Ministro de Estado José Manuel Restrepo. El artículo primero dice: "Se prohiben en Colombia todas las sociedades O-O confraternidades secretas, sea cual fuere la denominación de cada una". Algunos historiadores interpretan que este decreto abarcó también a la masonería. Otros lo niegan, pues la masonería era pública y bien conocida. Lo indudable es que la masonería suspendió sus actividades y sólo las reanudó el 12 de enero de 1849. El decreto de prohibición fue dado por el intento de asesinato de Bolívar en el mes de septiembre. Esto significa que hubo también sociedades secretas que nada tenían que ver con la masonería, aunque en ellas actuasen masones. A menudo, como las logias argentinas y chilenas, eran masónicas y llevaban a cabo trabajo políticos.

La vida masónica de Francisco de Paula Santander fue historiada por Américo Carnicelli en su monumental obra *La Masonería en la Independencia de América* (Bogotá, 1970). En la misma obra se enumera los *Clérigos en la masonería gran colombiana y peruana.* Santander fundó en Bogotá, el 2 de enero de 1820, la Logia Libertad de Colombia. En cuanto a Sucre, se sabe que en 1811 aparece en la Logia Perfecta Armonía de Cumaná y que en Bolivia tuvo estrechas relaciones con los masones de Chuquisaca.

Después de un largo camino volvemos a nuestro San Martín. La historia tiene un instinto de conservación. En todos los rincones de nuestro pasado hay reminiscencias de la masonería. No debemos abandonar la *diritta via.* No tengamos un arriere plan ni una arriere-pensée. Las hojas muertas de la historia son agitadas por el viento de nuestras investigaciones. Cuando a un hombre, como nosotros, no lo separa mucho tiempo de la eternidad, no

dice mentiras ni defiende a sabiendas tesis falsas. Sabe que pronto no habrá para él ni cielo ni tierra. Las revelaciones que cantan en su cerebro habrán hecho silencio. Los escritos que dejará serán olvidados o analizados con crueldad. Lo bueno será desdeñado y lo malo será su afrenta. Nadie lo perdonará.

Por ello no caemos en fanatismos estrechos. Tenemos lástima a los inadaptados de la historia. ¿Por qué ese empeño inexplicable de no ver la verdad? Nosotros lo sabemos y no lo decimos. Otros lo saben y no lo confiesan. Los lectores tal vez lo intuyan y tal vez comprendan que no hay que tener tendencias contra la historia ni transfigurar la historia de acuerdo con nuestras ideas. Nuestra actividad histórica nos obliga a decir la verdad. No hay más que un camino. Pensamos en elocuentes silencios; pero también creemos que, desde el fondo de nuestra soledad tenemos la obligación de lograr algunos de nuestros objetivos que son los de dar luz a algunos aspectos de nuestra historia. Por ello le hemos consagrado nuestra vida y abordamos este estudio, tan ingrato, tan comprometedor, tan expuesto a polémicas *ad hominen*, a ataques virulentos, para penetrar en un laberinto del cual siempre se sale heridos y maltratados. Todo se reduce a saber si San Martín era un buen católico o un católico tibio, algo incrédulo e irónico en materia de fe, y si era masón o no lo era. En lo que respecta a su carácter de excelente masón estamos seguros de haber aportado un cúmulo tal de pruebas que demuestran su condición de excelente masón como no se ha hecho nunca en la historia de nuestra patria. No concebimos la posibilidad de que puede demostrarse que las logias en que actuó San Martín no fueran masónicas, ni que él no perteneciera a la masonería. Y, en cuanto a su religiosidad, tan perfectas en las exposiciones exteriores, no hemos hallado nada mejor que dejar que San Martín nos diga cuál era su pensamiento en esta materia tan delicada como es nuestra religión católica apostólica romana. No reproduciremos muchos documentos. Nos basta con reproducir dos cartas, bien conocidas y divulgadas de San Martín a su viejo amigo Tomás Guido, cuyo masonismo nadie niega. Una está fechada en Bruselas, el 6 de abril de 1830, y dice lo siguiente:

"Mi querido amigo: ¿están en su sana razón los representantes de las Provincias para mandar entablar relaciones con la Corte de Roma en las actuales circunstancias? Yo creía que mi malhadado país no tenía que lidiar más que con los partidos, pero desgraciadamente veo que existe el del Fanatismo, que no es un mal pequeño. Afortunadamente nuestra campaña y pueblo se compone (en razón de su educación) de verdaderos filósofos y no es fácil empresa moverla por el resorte religioso. ¡Negociación con Roma! Dejen de amortizar el papel moneda y remitan un millón de pesos y conseguirán lo que quieran. He aquí el caso de reclamar nuestra rancia amistad, yo soy ya viejo para militar, y hasta se me ha olvidado el oficio de destruir a mis semejantes; por otra parte tengo una pacotilla (y no pequeña) de pecados mortales cometidos y por cometer; ainda mais usted sabe mi profundo saber del latín, por

consiguiente esta ocasión me vendría de perilla para calzarme el obispado de Buenos Aires y por este medio no sólo redimiría todas mis culpas, sino que aún viejo despacharía las penitentes con la misma caridad cristiana como lo haría el casto y virtuoso canónigo Navarro, de feliz memoria. Manos a la obra, mi buen amigo. Yo suministraré gratis a sus hijos el santo sacramento de la confirmación, con contar mis oraciones por su alma que no escasearán. Yo creo que la sola objeción que podrá oponerse por esta mamada es la de mi profesión, pero los santos más famosos del almanaque ¿no han sido militares? Un San Pablo, un San Martín, ¿no fueron soldados como yo, y repartieron cuchilladas sin que esto fuese un obstáculo para encasquetarse la mitra? Basta de ejemplos."

"Admita usted la bendición de un nuevo prelado, con la cual recibirá la gracia de que tanto necesita para liberarse de las pellejerías que le proporcionará su empleo, yo se la doy con la cordialidad de su viejo amigo José de San Martín."

Esta manera de tomar en broma temas religiosos de San Martín no fue un momento de excepción. Podría rastrearse en otras cartas. Dos años después, el 6 de diciembre de 1832, otra vez desde París, San Martín volvió a escribir a Guido, masón veterano, con estas palabras:

"Dígame usted con franqueza a qué grado se halla en nuestra patria la tolerancia religiosa, pues por los rumores que corren parece la cosa no anda muy segura. Viva la patria ..."

Estos documentos se encuentran originales en el Archivo de la Nación, Archivo del General Guido, correspondencia con San Martín: C. 16. A. 1, Nº 1). Han sido publicados por muchos autores. Nunca los citan los negadores sistemáticos de la vida masónica del Libertador.

LA RELIGIOSIDAD DEL GENERAL SAN MARTIN

Mucho se ha escrito sobre la religiosidad de San Martín. El Reverendo Padre Guillermo Furlong, el más eminente de los historiadores jesuítas que tuvo la Argentina, colega nuestro en la Academia Nacional de la Historia, fue el que le dedicó páginas más eruditas. El Padre Furlong, por una ironía del destino, ingresó en la Academia Nacional de la Historia por iniciativa del único masón que entonces existía en la corporación: el profesor correntino don Manuel V. Figuerero. su firma y la nuestra, que no éramos ni somos masones, encabezaron la propuesta. Figuerero, que no ocultaba su masonismo, era un masón que "dormía", es decir, no actuaba y, al mismo tiempo, un excelente católico. Seguía la tradición de los católicos masones o masones católicos que tanto abundaron en la historia de la masonería. El hecho es que Figuerero y Furlong fueron colegas y amigos hasta que la muerte primero se llevó a uno y después al otro.

El ejemplo de Furlong fue seguido y ampliado por otros estudiosos argentinos que quisieron probar que San Martín no fue nunca masón. Saltamos una media docena de nombres que se repiten los unos a los otros. Para demostrar este hecho -que para nosotros es imposible demostrarlo- sostuvieron el argumento -ya expuesto por Mitre- de negar que la masonería argentina fuese masonería, sino una sociedad secreta que combatía por la independencia de América. Una serie de buenos católicos y no tan buenos historiadores se dedicó a esta labor, un poco ingrata y otro poco -mucho más- antihistórica. El atribuir a la masonería la independencia de la América española empieza por evidenciar un desconocimiento total de esa independencia. Así como a ningún historiador europeo ni de los Estados Unidos se le ha ocurrido la brillante idea de atribuir a la masonería la independencia de la América del Norte, en nuestra Argentina, en cambio, otros historiadores dieron vida a esta teoría que hace sonreir a los estudiosos que saben algo de la historia de la independencia hispanoamericana.

Ante todo, la mayoría de los historiadores que penetran en el problema masónico no distingue entre masones y masonería. La diferencia es inmensa. Hubo masones que luchaban a favor de la independencia hispanoamericana y masones que se oponían a ella. Quienes hablan de estos temas sin saber de lo que hablan, deben traer las pruebas que demuestran que la masonería, realmente, propició, alentó, organizó, la independencia del Nuevo Mundo Hispano. No valen los ideales o esfuerzos de algún masón aislado o de un pequeño grupo de masones. Nos referimos a la masonería en total, como orden o institución , los que no traigan estos papeles, no pasarán de habladores. En cambio, es fácil encontrar algún masón partidario de la independencia y otro que no lo era. Pero esto no lo dicen los señores que estamos refutando. No abren la boca, en este aspecto histórico, un poco porque nada saben y otro poco porque no ignoran que no conviene a sus tesis. La verdad es que empiezan por

olvidar que no se puede hablar de masonería en abstracto ni en concreto porque la masonería no fue una, sino muchas. Una tenía una idea y otras tenían otras. Los ejemplos, más que elementales, abundan. Nadie desconoce que unos masones quisieron la independencia de los Estados Unidos de la América del Norte y otros se opusieron. Nadie es tan romo de no saber que los masones napoleónicos, que tenían unas ideas, estaban en guerra con los masones ingleses, que tenían otras ideas. En el Brasil, los niños de las escuelas saben muy bien -cosa que ignoran muchos ilustres académicos- que unos masones lucharon por el establecimiento de una república y otros por el de un imperio, y que primero triunfaron los del imperio y, años más tarde, los de la república. Cuando se habla de masonería, como cuando se habla de la Edad Media, hay que preguntar, para entenderse y saber de qué se trata, en qué año y en qué país. Todo depende del siglo o del año y del lugar que se quiere estudiar. Los historiadores a que estamos aludiendo y que tan entretenidas páginas -por los desaciertos que contienen- han dedicado a estos temas, no han tenido en cuenta estos hechos y han escrito libros, folletos y artículos que convencen a quienes quieren ser convencidos y dejan perplejos a quienes sinceramente buscan un poco de luz.

Volviendo (nunca hay que comenzar un párrafo con gerundio) al tema de la masonería de San Martín, diremos que una cosa es su masonería y otra cosa es su religiosidad. San Martín, como iremos probando a lo largo de las páginas, era masón y, al mismo tiempo, era católico: un católico volteriano, como también lo era Voltaire y, antes, Erasmo, su maestro, y Locke, otro de sus maestros. Creía en todo lo que debe creer un católico, pero sonreía ante ciertas actitudes clericales. No atacó jamás un dogma -una verdad eterna e indiscutible-,. y sólo tomó en broma, como Erasmo y Voltaire, algunas creencias piadosas, que la Iglesia deja en libertad de reverenciar o desdeñar. No se olvide que Erasmo fue protegido por el rey de España, y que Voltaire no murió en la hoguera. Cierto es que la Iglesia puso en el Index a Voltaire y a otros eminentes pensadores; pero también lo es que el Index, que hizo temblar y luego reír al mundo, hoy no existe y hasta se trata de hacerlo olvidar.

Quienes se esfuerzan, con una erudición archiconocida, en demostrar que San Martín fue bautizado, se casó por Iglesia, iba a misa y respetaba la religión católica, no hacen más que demostrar que el agua es el agua y el sol es el sol, o sea, que San Martín era católico y vivía como católico, porque sus sentimientos eran católicos, o sea, excelentes, y no era lógico ni sensato que se pusiese a estudiar una metafísica que entonces no se conocía en nuestra patria. Además, la metafísica es una ciencia, o sea, un conocimiento, que sólo nos hace saber que nada sabemos. San Martín, como lo demuestra su correspondencia amistosa con Tomás Guido, dejaba escapar alguna ironía sobre la religión que sin duda hacía sonreír a su corresponsal. Así le encomendaba no perder tiempo en hacer un concordato con el Papa, sino darle una buena suma de dinero, la conveniencia de nombrarlo a él, San Martín, obispo

de Buenos Aires para confesar a los señores y encomendarse a la Virgen del Carmen. Estas últimas palabras, dichas en broma, algunos historiadores las han tomado como serias y les han servido para presentar a San Martín como un devoto de esa Virgen, a la cual sólo honró, en público, para no malquistarse con quienes le prestaban adoración. Historiadores como Somoza, argentino, y Manuel de la Puente Candamo, peruano, han dicho verdades sobre estos particulares.

Los trabajos históricos que tratan de probar que San Martín era católico -hecho que nunca nadie ha puesto en duda- y que la masonería no era masonería, tienen su valor y de algo sirven. En primer término nos revelan los sentimientos respetuosos de la religión que tenía San Martín, y luego nos hacen meditar sobre un pequeño mundo, no de mezquindades, sino de menudencias impropias de historiadores dignos.

Entre tantos buenos trabajos que dilucidan estos temas, debemos recordar el estudio que monseñor Victorio M. Bonamín, provicario castrense, dedicó a la Religiosidad de San Martín. Se publicó en la revista Universidad, de la Universidad Nacional del Litoral, en Santa Fe (número 90, mayo-agosto de 1978, páginas 145-191). Afirma que San Martín fue bautizado (aunque no se haya encontrado su fe de bautismo), que se casó por la Iglesia (hecho que, si alguien se casaba, no podía ser de otro modo), que iba a misa los domingos, sobre todo en la pequeña Montevideo, donde nadie dejaba de hacerlo (Bolívar también iba a misa para leer El Orinoco Ilustrado), y, el día siguiente de su muerte, Felix Frías vio un crucifijo que alguien puso sobre el pecho del cadáver y otro entre dos candelas, sobre una mesa. Recuerda luego los orígenes de la masonería y los primeros pasos de San Martín como miembro de una sociedad secreta. Son datos glosados de un artículo de nuestro amigo Alcibíades A. Lappas que no es necesario rectificar algunos detalles. Luego cita a Mitre, Rómulo Avendaño, Sarmiento y nuestro viejo amigo Martín V. Lazcano, los cuales creían que la logia de San Martín no era masónica, sino una sociedad secreta que luchaba por la independencia de América.

Este es un argumento fundamental para los que quieren negar el masonismo de San Martín. La afirmación de que las Logias en que andaba San Martín no eran masónicas, sino una sociedad secreta, no pasa de una suposición sin pruebas. Nadie ha traído jamás un solo documento, un solo testimonio, que diga que esas logias no eran masónicas, sino una sociedad secreta "no masónica". Los que exigen tantas pruebas para demostrar que la masonería no era masonería, no traen un miserable indicio para probar que la masonería no era masonería, sino una sociedad no masónica que luchaba por la independencia americana. Como es natural, estos eximios historiadores han ignorado, de buena fe, como Ricardo Rojas y otros, han callado, zorramente, que existen testimonios irrecusables de masones, como los generales Enrique Martínez y Tomás de Iriarte, que conocieron muy de cerca a San Martín, como Martínez, o vivieron aquellos momentos, como Iriarte, que nos dicen bien claro que la ma-

sonería era masonería y no una sociedad secreta no masónica. Esto lo callan, repetimos, y no sabemos si por ignorancia y mala fe. ¿Por qué no destruyen estos testimonios? ¿Por qué no los dan como inexistentes? ¿Por qué el silencio cómplice, encubridor de falsedades históricas y mentiras impropias de un historiador? Esperamos la respuesta.

José Pacífico Otero, con el cual fundamos el Instituto Nacional Sanmartiniano, en su monumental Historia de San Martín posó ante el escultor Henri Simon para que las logias masónicas *Parfaite Amitié* y *Les Amis Philantrophes* le dedicaran, con su perfil, dos medallas de homenaje. Estos dos testimonios medallísticos son suficientes para demostrar que San Martín era masón, pues esas dos logias no dedicaron ninguna otra medalla a nadie que no fuera masón. Pero monseñor Bonamín acude a la opinión del más sabio historiador de la Iglesia en la Argentina: el Reverendo Padre Salesiano, miembro de la Academia Nacional de la Historia y consejero espiritual de la Sociedad Argentina de Historiadores, el doctor Cayetano Bruno. Nuestro sabio y querido amigo y colega, el Padre Bruno, reflexiona, muy sensatamente, que "dicha condecoración algo quizá probaría si se dijese dedicada al Hermano o Miembro de la referida Logia. No exhibiendo, como en el presente caso, la efigie y el nombre sin otra referencia". El Padre Bruno rechaza, por tanto, estas dos medallas masónicas como prueba de que San Martín fuese masón. No basta, a su juicio, el nombre de San Martín, ni el homenaje de las dos logias: es preciso que digan que San Martín era masón. Por lo menos, queda en pie que la masonería de Bruselas le hizo en vida dos homenajes por medio de dos hermosas medallas. Sin San Martín no fue masón tendríamos el caso único de que la masonería hizo a un no masón un doble homenaje. En cambio, ninguna iglesia de Bruselas, ni de ninguna parte, le dedicó el más insignificante homenaje: al contrario, no faltaron sacerdotes que lo insultaron y lo llamaron demonio.

Monseñor Bonamín recuerda que San Martín prohibió los duelos y la blasfemia, hizo rezar el rosario, asistir a misa los domingos y días festivos, incluyó un capellán en el ejército, gustaba de las procesiones y donó su bastón de mando a la Virgen del Carmen. Era lógico que así hiciera y no podía ni debía hacer nada menos. Pueblo y tropa eran católicos que se habrían escandalizado y asombrado si no se les hubiese hecho oir misa y respetar la religión católica. No obstante, no faltaban "mentecatos", hombres que no conocían el país, se dejaban llevar de opiniones exóticas y se reían de los escapularios que se daban a la tropa. Se lo dijo Belgrano a San Martín en una carta infinidad de veces citada y que nos revela lo que en verdad ocurría entre crédulos e incrédulos. He aquí las palabras de Belgrano: "Los enemigos nos la han hecho (la guerra) llamándonos herejes y sólo por este medio han atraído las gentes bárbaras a las armas, manifestándoles que atacábamos la religión". Los hombres que luchaban por la independencia eran considerados herejes por sus contrarios y sólo por el medio de la religión habían logrado atraer a las "gentes bárbaras". "Acaso -continuaba Belgrano- se reirá alguno de mi pensamiento, pero usted no debe llevarse de opiniones exó-

ticas, ni de hombres que no conocen el país que pisan". Esto significa que San Martín tenía relaciones con hombres que no conocían el país, se reían de las ideas de Belgrano y tenían opiniones exóticas. Belgrano recomendaba a San Martín que nombrase generala a Nuestra Señora de las Mercedes y no olvidase los escapularios a la tropa, aunque algunas personas se riesen: "deje usted que se rían". San Martín debía acordarse que era un general cristiano, apostólico, romano, y que "en nada, ni aún en las conversaciones más triviales, se faltase el respeto de cuanto diga a nuestra religión..." Es la prueba de que aún en conversaciones triviales había personas que faltaban el respeto a nuestra religión. Por ello no es de extrañar que tanto Belgrano como San Martín y, en general, todos los jefes del partido independencista, trataran de mantenerse en las mejores relaciones con el clero, en gran parte español, y evitar que se los acusase de herejes, contrarios a la religión. Estos son hechos naturales, que en nada se vinculan con la masonería que nunca atacó la religión católica ni ninguna otra religión.

San Martín, a pesar de las recomendaciones de Belgrano y de la política de acercamiento al clero que debía observar, y observaba, para evitar conflictos, no fue tan prudente como tal vez hubiera debido ser. El Padre Cayetano Bruno y monseñor Bonamín recuerdan el informe que el Arzobispo de Lima, monseñor Bartolomé María de las Heras, presentó al nuncio del Papa en Madrid, cardenal Santiago Giustiniani. Debemos hacer notar que el Arzobispo Las Heras no huyó de Lima como el Virrey José de la Serna. Se quedó en la ciudad y San Martín lo saludó con palabras reverentes y delicadísimas. Lo llamó Vuestra Excelencia Ilustrísima y le declaró que, hasta entonces, había observado una "especial protección que ha tributado a Nuestra Santa Religión, a sus templos y a sus ministros". El Arzobispo contestó con palabras elevadas y nobles. Reconoció "las ideas sublimes y las virtudes que adornan la recomendable persona de Vuestra Excelencia", y agregó que "los sentimientos de religión y humanidad que respira el oficio que acabo de recibir de Vuestra Excelencia ha desahogado sobradamente mi espíritu..." Poco después decidió volver a España y se despidió de San Martín con otra carta en la que le rogó que aceptara como regalo "mis muebles, una carroza y un coche...y juntamente un dosel de terciopelo y dos sillas que pueden servirle para los días de etiqueta, y una imagen de la Virgen de Belén..." Pero algo ocurrió que no se sabe qué fue. El hecho es que esta partida, como observó el destacado historiador peruano José Agustín de La Puente Candamo, no fue por amor a su tierra, España, en la cual el Arzobispo quería morir, sino por lo que hizo San Martín: un error o "mal paso". Lo cierto es que el generoso Arzobispo expuso al nuncio que San Martín se había abrogado "un gobierno soberano y absoluto con todas las atribuciones de un monarca", usurpando los fueros eclesiásticos privativos del orden sacerdotal y "salían de aquel gobierno unas máximas tan perjudiciales a la religión, a la moral, a la doctrina, que se iba introduciendo la total relajación del clero y del estado secular".

Dejamos a un lado la hipocresía del Señor Arzobispo, que, cuando quiso abandonar Lima, hizo tantos elogios a San Martín y tan valiosos regalos y cuando estuvo en Madrid denunció al nuncio del Papa que San Martín gobernaba como un monarca absoluto y lanzaba

desde el gobierno máximas contra la religión, la moral y la doctrina eclesiástica. Lo real es que San Martín tuvo que cerrar la casa de Ejercicios Espirituales de mujeres porque se sospechó que en ella se complotaba y acumulaban armas para la resistencia española. Así lo reconoce monseñor Bonamín, historiador correcto y verídico. Las máximas en contra de la religión podían ser de San Martín o de su ministro Bernardo Monteagudo, "a quien todos miran como un hombre inmoral y sin religión". Los esfuerzos para demostrar la religiosidad de San Martín hechos por tantos ilustres historiadores han probado lo que debían probar: San Martín cumplía con las prácticas que distinguen a todo católico. Al mismo tiempo, como veremos, era un volteriano, que a veces ironizaba sin espíritu malévolo y, cuando era necesario, no temía cerrar una casa de Ejercicios Espirituales y actuar como un jansenista o regalista vulgar, propio de esos años en que el regalismo dominaba en media Europa y no era ignorado en América. El estudio de monseñor Bonamín es útil en lo que se refiere al catolicismo de San Martín, un poco tibio y un poco irónico. Trata de probar que no era masón, pero no se detiene en las pruebas contrarias y en consecuencia, no llega a conclusiones que puedan ser discutidas. No conoce o silencia las pruebas que demuestran que San Martín era un perfecto masón. Hace afirmaciones, repetimos, que no tienen fundamentos, y, en consecuencia, no alcanzan, ni remotamente, lo que pretenden probar. Olvida la vieja máxima latina de que lo que no está en los escritos no está en la historia. Y esto que decimos por un destacado colega podemos extenderlo a otros muchos escritores, movidos por hondos sentimientos religiosos, que hacen cualquier esfuerzo con la esperanza de quitar a San Martín lo que ellos consideran una triste mancha en su catolicismo.

San Martín no era un fanático en cuestiones de religión. Cumplía con la séptima máxima que recomendó para su hija Mercedes: "Inspirarle respeto hacia todas las religiones". Esto no lo dice un católico exclusivo. Las palabras de su testamento descubren al creyente masónico: "En nombre de Dios Todopoderoso, a quien reconozco como Hacedor del Universo". Era el principio masónico del Gran Arquitecto, Dios, que había hecho el mundo. Y cuando habla de su entierro no pide las misas y demás mandas que todo católico acostumbraba entonces a exigir. En ningún momento invocó a María Santísima, reina de los ángeles, Madre de Dios y Señora Nuestra, ni dijo que creía en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios, ni los demás misterios que la Iglesia Católica cree y confiesa, ni declaró que siempre había vivido bajo esa fe ni tenía como abogada e intercesora a la siempre Virgen María. "Prohibo -escribió- que se me haga ningún género de funeral y desde el lugar que falleciere se me conducirá directamente al cementerio sin ningún acompañamiento". Un solo ruego: que su corazón descansara en Buenos Aires.

EL GENERAL ENRIQUE MARTINEZ EN LA HISTORIA DE LA ARGENTINA Y DEL URUGUAY

I

EL PANORAMA POLITICO

La historia de los orígenes políticos de la Argentina se divide en dos interpretaciones: la tradicional, totalmente falsa, inventada más de medio siglo después de los sucesos, con influencias marxistas y racistas, y la nuestra sin otras influencias que los documentos que se refieren a esos sucesos. Esta visión de nuestros comienzos políticos coincide con los testimonios de los actores y primeros expositores de aquellos hechos. Mucho hemos escrito sobre estos puntos en nuestros libros *Orígenes desconocidos del 25 de Mayo de 1810, Historia del 25 de Mayo, Historia de las ideas políticas en la Argentina* y otros. En ellos hemos destacado los relatos de Ignacio Núñez, secretario del Cabildo, hombre que habla de lo que presenció y vivió, sin errores y sin más tendencias que la verdad. Sus *Apuntes históricos* son un ejemplo. Ahora vamos a glosa otro escrito suyo, bien conocido por los historiadores y bien olvidado por casi todos ellos. Es la carta que dirigió, el 15 de junio de 1824, al señor Woodbine Parish. Este cónsul inglés, radicado entre nosotros y amigo de muchos personajes de aquel entonces, pidió a Bernardino Rivadavia "un ligero bosquejo sobre el origen, progreso, actual estado y forma de gobierno de este país, con un sumario de sus rentas y fuerza militar". París hizo este pedido el 12 de mayo y Núñez lo contestó el 15 de junio con un informe de cerca sesenta páginas y un apéndice de valiosos documentos. El informe de Nuñez y otros trabajos, principalmente estadísticas, fueron publicados por R. Ackermann, de Londres, en 1825, con el título de *Noticias históricas, políticas y estadísticas de las Provincias Unidas del Río de la Plata con un apéndice sobre la Usurpación de Montevideo por los gobiernos portugués y brasilero*". Parish puso poco o nada de su cosecha. Recopiló los estudios y datos que le enviaron Ignacio Núñez, José Lucas Obes, el doctor José Redhead, el coronel José Ildefonso de Arenales, el doctor Guillies, el coronel Yabrer, Juan Manuel de Rosas, el general Juan Antonio Alvarez de Arenales, el doctor Nicolás Laguna y, tal vez, Pedro de Angelis. Así lo ha demostrado el profesor Carlos Gregorio Romero, en la *Revista Historia*, dirigida por Raúl Alejandro Molina (Buenos Aires, octubre-diciembre de 1961, número 25).

En la edición de Londres, de 1825, la *Introducción* hace estas afirmaciones: "En América ya no hay españoles, y desde que allí no hay nadie a quien batir, ha cesado la importancia de insistir tratando esta cuestión en Europa, la espada y la pluma, como armas ofensivas y

defensivas, deben consignarse al descanso: a gozar el fruto de la victoria. Pero este término abre una nueva carrera. En América se emprende la organización social con dependencia de la civilización: en Europa empieza a sentirse la conveniencia de ponerse en mayor contacto con ella: todo lo que sea, pues, facilitar medios para la consecución de uno y otro, es en el día lo que debe preferir el que se regocije en los progresos del género humano, tanto en América como en Europa".

En Europa empezaba a fortificarse la comprensión de que era preciso estar en contacto y armonía con las nuevas naciones americanas. El por qué y el cómo habían nacido estos nuevos Estados, más grandes que muchas naciones europeas, más ricas en sus productos y con un porvenir insospechable, hacía que los hombres de Europa quisiesen tener algunos conocimientos acerca de sus orígenes y sus problemas políticos. No se olvide que, por primera vez en la historia del hombre sobre la Tierra se hallaban frente a frente dos formas de gobierno al parecer inconciliables: la monarquía absoluta y la república democrática. El sistema monárquico se había roto en dos. El hombre de la calle y de los campos no obedecía a señores de castillos, sino que imponía a los señores su voluntad.

Todo se había dado vuelta. Para asegurarse un futuro era imprescindible saber cómo había nacido esta nueva forma de gobierno en la inmensa América española y qué resultados estaba dando.

Ignacio Núñez, hombre instruido, buen escritor, ricamente informado en lo que se refería a las causas de la independencia hispanoamericana, explicó al señor Parish "que las disensiones de la casa reinante de España entre el padre, la madre y el hijo", con la imposición de la dinastía napoleónica, la anarquía o guerra civil en que se dividieron los españoles y la insubsistencia y desmoralización "con que se condujeron hacia nosotros la Junta Central, la Regencia de España e Indias y las Cortes de Cádiz, que fueron las autoridades formadas después del cautiverio de los reyes", tuvieron una influencia manifiesta en la separación que hicieron las Provincias del Río de la Plata; pero "no pueden considerarse racionalmente como causas principales de la separación, sino como circunstancias acontecidas antes y después del movimiento".

Los enemigos de la independencia, como es natural, consideraron esta separación o movimiento como un acto de insubordinación, de rebelión y de ingratitud. Núñez, sin mencionarlo, recordó al virrey Santiago Liniers, cuando aconsejó al pueblo, frente a la invasión napoleónica "siguiéramos el ejemplo de nuestros antepasados en la guerra de sucesión, esperáramos la suerte de la metrópoli para obedecer a la autoridad que ocupase la soberanía". Ni la Argentina, ni toda América podían ser llamadas ingratas, pues antes de 1810 habían ayudado a España con donativos considerables. En 1809, la Junta Central de España declaró que los pueblos de América eran reconocidos como parte integrante de la monarquía; pero en nada se separó de las Leyes de Indias y todo continuó como antes.

Cuando las Cortes llamaron a las provincias a incorporarse con diputados, a nuestras provincias correspondió un diputado por cada capital, elegido por los Cabildos y según estableciesen los virreyes. Todo esto no agradó a los políticos rioplatenses que defendían un gobierno democrático. Por ello, continúa Núñez, "hecho el movimiento, al cual se ha continuado llamando la revolución", chocaron dos tendencias políticas. Una sostenía que por mucho tiempo sólo era conveniente mudar de personas. Otra defendía un cambio de sistema, dando "el nuevo orden de cosas, el tono de la libertad e independencia".

Las dos opiniones se fortalecieron y chocaron. Los hombres convencidos de la justicia con que obraban, "no tenían más capital que éste y algunas ideas de la revolución francesa".

Esta afirmación de Núñez es la única que revela una influencia francesa en la historia de nuestros orígenes, una influencia que no se descubre en ningún instante. Es posible que confunda el pensamiento de los enciclopedistas con los de la Revolución. El de los primeros era común desde largo tiempo. El de la Revolución francesa no se encuentra ni por excepción. Lo que se advertía era un rechazo "del espíritu inquisitorial". El hecho es que, como cuenta Núñez, las Provincias Unidas se pusieron a la cabeza de la emancipación de todo el continente, sin ningún auxilio exterior y con sólo una deuda de cuatro millones de pesos que ya estaba consolidada y en una gradual amortización. Así habían pasado catorce años de una guerra encarnizada. Y, al mismo tiempo, las familias reales europeas habían hecho grandes esfuerzos para crear tronos en América. La infanta Carlota había sido la primera. Francia había propuesto como reyes al duque de Orleans y al príncipe de Luca. También se había intentado traer como rey al hermano de Fernando VII, Francisco de Paula. A todo esto había llegado la anarquía. Núñez, al hablar de los intentos monárquicos, no menciona o recuerda la delegación que Posadas envió a Europa, compuesta por Bernardino Rivadavia, Manuel Belgrano y Manuel de Sarratea, para ofrecer, en una "reverente súplica", estas tierras a Fernando VII con tal que gobernase como rey constitucional. Fernando rechazó el ofrecimiento y por ello se declaró la independencia en 1816.

El pueblo argentino tenía "aversión al fanatismo". Era un pueblo de medianas fortunas y costumbres sencillas. Pensar en una monarquía parecía absurdo. Núñez no tenía reparos en declarar a Woodbine Parish que Europa perseguía a América con sus planes de monarquismo. Bolívar había luchado contra esta influencia monárquica. San Martín comprendía sus ventajas; pero no trataba de imponerla. Pueyrredón era el más monárquico aunque sabía con cuantas dificultades habría debido combatir para imponer un rey en esta parte de América.

Las casas reinantes de Europa temían los avances aterradores de la democracia y del republicanismo. América había cambiado la historia política del mundo y nada la haría volver atrás. Sabido es que Pueyrredón planeó con el rey de Portugal y luego con el emperador del Brasil un plan para coronar como rey de América a un Inca y constituir, con la América

portuguesa y la América hispana, una inmensa nación. Un hijo del Inca habría casado con una infanta portuguesa y la unión habría estado hecha. Esto sirvió, como veremos, para que Portugal no permitiese a las fuerzas de la Santa Alianza tocar en las costas del Brasil ni desembarcar sus hombres en Montevideo para saltar sobre Buenos Aires.

El temor a la coronación del príncipe de Luca hizo que en 1820 cayese el directorio de Pueyrredón y Rondeau, que lo sucedió, y la nación se dividiese en tantos Estados como provincias. Cada provincia, a su vez, se subdividió en tantos Estados como ciudades había en ella. Fue la anarquía, el triunfo del republicanismo republicano, democrático, popular y caudillístico. Cada ciudad combatió a otra ciudad. Las rencillas de los caudillos gobernadores dividieron el país en guerras anárquicas o civiles que nunca se habían soñado en el período monárquico español. Fue entonces cuando unos políticos abogaban para que cada ciudad y su provincia se convirtiesen en una estado independiente y otros políticos preferían una concentración de todas las provincias en una nación organizada. Se pensó en un Congreso general que resolviese todas las dudas y tomase resoluciones definitivas.

En primer término, la anarquía del año '20 hizo pensar en la urgencia de establecer una forma de gobierno que se basase en un sistema representativo. Las propiedades seguían inviolables. El gobierno daría a publicidad todos sus actos. Una ley de olvido eliminaría los castigos o venganzas que pudiesen existir. La tolerancia en materia de religión sería total. Venían otras disposiciones referentes a los ramos de gobierno, de guerra y de relaciones exteriores.

En este camino de las relaciones exteriores y de lo que tan impropiamente se llama derecho internacional -pues no existe tal derecho, sino tratados, convenios, acuerdos, principios, etcétera- conviene recordar que la doctrina del *utipossidetis juris* nació en 1823 con motivo del enviado argentino a Estados Unidos. Este representante devolvió la visita que había hecho a Buenos Aires un agente de negocios de Washington. Entre otros encargos llevó el especial de "promover el que se agregue a los grandes principios que últimamente ha desenvuelto aquel gobierno de un interés puramente americano, este otro, *que ninguno de los gobiernos nuevos de este continente mude por violencia sus límites reconocidos al tiempo de la emancipación*".

Este principio, de reconocer como fronteras de las nuevas naciones las que tenían los antiguos virreinatos o gobernaciones o intendencias, es el que ha servido para fijar los de las actuales repúblicas americanas. También fue útil para mantener los límites hispano-portugueses. Núñez explicó a Woodbine Parish el problema internacional que existía con el imperio del Brasil. Muchos historiadores no lo han comprendido y, por tanto, no se ha sabido exponer las causas que, en forma indirecta, salvaron la independencia de América.

El hecho es el siguiente: en 1819, se convino en París, entre las potencias de Europa, que Portugal entregaría Montevideo a las fuerzas españolas. Se trataba de las que partirían

de España en 1820: unos veinte mil hombres para terminar con la independencia de América. En Montevideo se formó una comisión que se dirigió a Río de Janeiro para pedir que se ratificase la capitulación de 1817 que no permitía entrar a los españoles en esta ciudad. En 1821, el general portugués formó un Congreso, con adictos suyos, que declaró al Uruguay incorporado al reino de Portugal, Brasil y Algarves, como estado confederado y el nombre de Estado Cisplatino. El rey de Portugal ya se había ido a Lisboa, Las Cortes de Lisboa declararon nulas las actas de incorporación de la Provincia Cisplatina. En 1822, don Pedro, hijo de don Juan VI, se declaró emperador del Brasil. El gobernador portugués en Montevideo defendió la independencia del Brasil. En Portugal lo declararon traidor. Buenos Aires declaró que no reconocería la independencia del Brasil hasta que no devolviese Montevideo.

Pueyrredón, en 1819, se atrajo la amistad de Portugal, que no formaba parte de la Santa Alianza, por medio de sus planes monárquicos, de casamiento de un hijo de un Inca, elegido rey de América, con una infanta de Portugal. A todo esto se agregó otro hecho: a fines de 1821, un agente de la Corte de Portugal, se presentó en Buenos Aires con el reconocimiento de nuestra independencia pronunciado en Río de Janeiro. El gobierno de Buenos Aires no admitió este reconocimiento, no lo agradeció y dio como inexistente porque, al mismo tiempo que el gobierno portugués nos ofrecía el reconocimiento de la independencia, convocaba a los pueblos de la Banda Oriental para que decidiesen si querían incorporarse al Brasil o a la Argentina. Portugal ocupaba la Banda Oriental desde el año 1817. En 1822, el Brasil se declaró independiente de Portugal y convirtió en Imperio.

La historia posterior, con la guerra con el Brasil por el Uruguay, es conocida. Lo que esto nos revela, y no han visto muchos historiadores, es que Portugal no podía permitir a España ni a la Santa Alianza que sus tropas desembarcasen en Montevideo porque ello equivalía a entregar a España esta ciudad de la Banda Oriental. Para no perder el Uruguay y con la esperanza de una unión del Brasil con el resto de América, Portugal, en los años anteriores a 1820, en que se sublevó el ejército apostado en Cádiz, impidió que los veinte mil hombres tocasen las costas del Brasil y se organizasen en Montevideo para asaltar a Buenos Aires. Es por ello que, a causa de estos hechos, Portugal dio tiempo a Pueyrredón para sublevar las fuerzas de Cádiz y salvó la independencia de América. Los veinte mil hombres, en vez de marchar al Río de la Plata, impusieron en España la Constitución liberal de Cádiz de 1812. Ignacio Núñez recuerda a Woodbine Parish que el rey portugués don Juan VI invitó a varios países a constituir otra Santa Alianza para hacer frente a la Santa Alianza que manejaban el zar Alejandro y el príncipe de Metternich; pero la corta visión política de Rivadavia no la aceptó ni discutió. De este proyecto nos ocupamos en otras páginas. Con el conocimiento de estos hechos comprendemos cuán inoportunos y suicidas eran los clamores de los caudillos del Litoral y, en particular, de Artigas, para que el directorio de Buenos

Aires declarase la guerra al Brasil a fin de recuperar la Banda Oriental. Portugal no sabemos qué actitud habría tomado, pero es posible que se hubiera aliado a la Santa alianza para hundir a Buenos Aires.

Los hechos cambiaron con la renuncia de Pueyrredón y Rondeau, el triunfo anarquizador del caudillaje, la vuelta del absolutismo en España con la ayuda del duque de Angulema y la guerra intermilitar que estalló en el Perú y Alto Perú entre las fuerzas españolas constitucionales, liberales, masónicas, y las absolutistas anticonstitucionales. Llegamos a los años en que Ignacio Núñez presentó su informe a Woodbine Parish.

La Argentina empezaba a vivir más o menos organizada. En 1821, los derechos de aduana eran muy elevados. El contrabando, como consecuencia, aumentaba. Había derechos que no pasaban del quince por ciento, pero otros llegaban al veinte, veinticinco y treinta por ciento. La organización era ordenada y la riqueza abundante. El gobierno del general Juan Gregorio de Las Heras pasaba instantes de felicidad. En pocos meses, el país tendría un Congreso Nacional. Todo llegó, pero el gobierno inverosímil de Rivadavia, que en plena guerra con el Brasil arrancó la ciudad de Buenos Aires a la provincia de su nombre y, además, pretendió dividirla en dos, que soñaba con un canal o unión de ríos para embarcar mercaderías desde Buenos Aires hasta los Andes, etcétera, terminó con su renuncia y la disolución del país por obra principal de Manuel Dorrego. Por algo fue fusilado.

II

ENRIQUE MARTÍNEZ Y LA INDEPENDENCIA DE AMERICA

La historia de América tiene trescientos años de historia monárquica. Las luchas por la independencia no llegaron a veinte años. Vino luego el período de la desmembración de la unidad de América y el nacimiento de las grandes naciones. Cada nuevo Estado, en el siglo siguiente, tuvo su historia interna de guerras civiles o simples asaltos al poder político.

Esta es la historia de los pueblos americanos. En Europa, la historia es de reyes. Sólo después de las dos guerras mundiales, los pueblos empezaron a liberarse de sus monarquías.

En América, pocos hombres vivieron el siglo que va de la monarquía a la república y a la organización constitucional de los nuevos Estados. El brigadier general Enrique Martínez es uno de ellos. Nacido en el año de la Revolución francesa, murió en Buenos Aires cuando su patria, el Uruguay, era una nación constituida y la Argentina, su segunda patria, acababa de terminar la guerra con el Paraguay. Su biografía es la de América en su transición de española a las nuevas naciones del continente. En este largo y agitado período, el general Martínez luchó por la libertad y la independencia. No intervino en guerras civiles. Formó parte del gobierno del Uruguay, pues había nacido en Montevideo y se consideraba uruguayo, y fue principalmente general argentino, porque había luchado en el ejército sanmartiniano que dio la libertad a medio continente. Caso único de un gran militar que pertenece a dos patrias, además de su patria americana. Su vida tiene un sentido que no encontramos en otros hombres de nuestra historia.

La *Vida militar y cívica del brigadier general Enrique Martínez* ha sido escrita por el profesor Leogardo Miguel Torterolo. Se publicó en Montevideo en 1923. La lectura de sus páginas nos presentan el largo viaje de su existencia. Nación el 15 de julio de 1789, entró como cadete en el regimiento de Dragones el 26 de septiembre de 1801. Peleó con los ingleses, en Buenos Aires, en agosto de 1806, y en el Buceo, hermosa playa de Montevideo, en enero y febrero de 1807. Luego en Buenos Aires, en la defensa que hizo don Martín de Alzaga. En agosto de 1810 era capitán del Regimiento número 3. En 1814 pasó de capitán de granaderos a sargento mayor y a teniente coronel efectivo. Asistió a la rendición de don Gaspar de Vigodet, en Montevideo, el 20 de junio de 1814. En 1815, el gobierno de Balcarce lo destinó a Mendoza, a preparar el ejército de San Martín en el campamento del Plumerillo. En junio de 1816 se vio envuelto en un suceso que carece de importancia histórica, pero es preciso referir. El coronel mayor don José de San Martín, gobernador de Cuyo, tuvo noticia de una conspiración que se proponía derrocarlo. Los grandes historiadores sanmartinianos apenas han mencionado este acontecimiento. El único que lo analizó y llenó de luz fue el

coronel, profesor e historiador Héctor Juan Piccinali. En un artículo titulado *El punto final del general San Martín*, que apareció en el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, el 15 de mayo de 1987, nos cuenta cómo San Martín supo que el teniente coronel José María Rodríguez y su segundo, el sargento mayor Enrique Martínez, que mandaba el piquete número 8, de unos trescientos negros libertos, se proponían asesinarlo "con dos pistolas que tenían preparadas". Juan Gregorio de Las Heras aparecía complicado con la supuesta adhesión del regimiento de infantería número 11. Otros complicados, que habrían hablado con Rodríguez, habrían sido el capitán graduado de sargento mayor Francisco Bermúdez y su ayudante mayor Luis Toribio Reyes.

No sabemos el origen de los propósitos de esta supuesta conspiración. Tal vez fuesen habladurías de negros o discusiones de masones. El hecho es que, según refirió el capitán Bermúdez, San Martín llamó a Rodríguez y le dijo que estaba enterado de sus propósitos de deponerlo: "Yo sé que usted trata de deponerme y nunca se le proporcionará mejor ocasión que ahora que me voy". Estaba por marchar a Córdoba. Rodríguez quedó estupefacto y, según Bermúdez, le vino "tal sofocación que se metió a la cama y al día siguiente se dio baños, pues venía que el general estaba ya impuesto de todo lo que él pensaba". El pobre Rodríguez no era hombre para conspiraciones. Lo que se supo más tarde fue que "la tramoya se dirigía a sostener a su coronel (Juan Gregorio de Las Heras), deponer al general (San Martín) y pedir en su lugar a Marcos Balcarce que tenía más conocimiento del país". Enrique Martínez fue señalado como el más decidido. San Martín no dio importancia a estos hechos. Cuando le llegó el nombramiento de general en jefe del Ejército de los Andes, el 15 de agosto de 1816, silenció el sumario que le presentó la Comisión militar. Devolvió el expediente porque "creo de mi deber obrar con el decoro que me es correspondiente" y ordenó que se suspendiese "todo procedimiento en la causa seguida al capitán graduado Francisco Bermúdez, ayudante Toribio Reyes y demás que resultan de ella; cuya causa me la remitirá V.S. para hacerlo con mi informe al Supremo Director". Resumen: la conspiración, si es que existió, se diluyó sola o no pasó de alguna discusión o conversación. San Martín, debidamente informado, le puso punto final y los jefes acusados, como refiere el académico sanmartiniano, coronel Héctor Juan Piccinali, "se cubrieron de gloria combatiendo junto a San Martín en las victorias de Chacabuco y Maipú". Como veremos, Enrique Martínez logró que San Martín siguiese al frente del ejército de los Andes y diese la libertad a media América.

El 12 de febrero de 1817, Martínez, como segundo jefe del batallón 11 de infantería, fue de los vencedores en Chacabuco. La libertad de Chile quedó asegurada. El teniente coronel Martínez recibió, por su heroísmo, una medalla de oro. El Director Supremo de Chile, Bernardo O' Higgins, lo nombró oficial de la Legión del Mérito. Poco después fue designado gobernador de la provincia de Talca y, en seguida, jefe del regimiento octavo de caballería.

Llegamos a la sorpresa de Cancha Rayada, en la noche del 19 de marzo de 1818. Fue un ataque que puso a prueba la excelente organización del ejército sanmartiniano. La reacción y el triunfo de Maipú, el 5 de abril de 1818, fue el fin de la resistencia del virrey de Lima. Martínez recibió el Cordón de Honor y el título de heroico defensor de la nación. O'Higgins le entregó otra medalla de oro. El camino para liberar el Perú estaba abierto. El 9 de abril de 1820, el Senado de Chile dio a San Martín las instrucciones que debía cumplir en su expedición al Perú y en el gobierno en este país. El ejército libertador se componía de cuatro mil seiscientos cuarenta y dos soldados y trescientos veinte oficiales. Su viaje al Perú se haría en dieciséis transportes y siete naves de guerra. Lord Cochrane era el jefe de la armada. Martínez tenía el grado de coronel.

Hemos llegado a un punto en el cual es preciso contemplar el problema político de estos instantes. Ellos tienen una importancia que no siempre se ha destacado. En primer término, hay que recordar que los informes de Belgrano en el Congreso de Tucumán y la decisión de San Martín dieron origen a la declaración de la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sud. Durante años se ha enseñado y, sin duda, se seguirá haciendo, por la fuerza de inercia con que los errores perduran en la historia, que la declaración del 9 de Julio de 1816 fue de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Hemos demostrado, con una documentación aplastante, que no fue en absoluto del Río de la Plata, sino de la América del Sud. Este hecho colocó a la América hispana en guerra abierta con la Santa Alianza europea que veía con terror el surgimiento de la democracia en el Nuevo Mundo y el amor de los pueblos por el régimen congresista y constitucional. Conocida en la creación de la Santa Alianza, hecha por el zar Alejandro I de Rusia y las inspiraciones de la delirante madama Krudener. Su fin era mantener las viejas monarquías y combatir cualquier género de política liberal y democrática. Es por ello que empezó a organizarse en Cádiz un ejército de veinte mil hombres que debía dirigirse al Río de la Plata, tomar la ciudad de Buenos Aires y avanzar hasta Córdoba y otras ciudades del norte para entrar en Chile y ponerse en contacto con las tropas del virrey de Lima. El triunfo de Maipú fue un rudo golpe para las esperanzas de los absolutistas europeos; pero los restos del ejército del virrey peruano se mantenían en el Sud de Chile y otras fuerzas absolutistas permanecían en el Alto Perú. La Santa Alianza podía confiar en algunas ilusiones.

En cambio, en Buenos Aires, el miedo a los veinte mil hombres aumentaba con las noticias que llegaban de Cádiz. Juan Martín de Pueyrredón envió a España a sus emisarios Andrés de Arguibel y Tomás de Lezica. Ambrosio Lezica dio el dinero necesario. Su fin era sublevar el ejército de los veinte mil hombres mandado por Rafael del Riego. Al mismo tiempo ordenó a San Martín que trajese a Buenos Aires el Ejército de los Andes. Siempre se ha creído que este ejército debía combatir a los caudillos y que San Martín desobedeció

la orden para no manchar su sable con sangre de hermanos. Es otro de esos errores que la tradición mantendrá vivo largamente. Hemos probado que el Ejército de los Andes no debía combatir a los caudillos, sino hacer frente a los veinte mil españoles que en naves rusas y de otros países debían llegar al Río de la Plata. En Buenos Aires el terror era tan grande que una Comisión designada para intentar una posible resistencia llegó a proponer que, no bien se divisasen las velas enemigas, se incendiase la ciudad, se dispersase el ganado, se cegasen los pozos y tomasen otras medidas desesperadas. En Chile, San Martín propuso que la escuadra que debía dirigirse al Perú saliese al Atlántico a hacer frente a los navíos de la Santa Alianza. Los caudillos del Litoral, en esos momentos, con una insensatez que asombra, exigían que el gobierno de Buenos Aires declarase la guerra a Portugal para recuperar la Banda Oriental. Al mismo tiempo, llamaban traidores a los hombres de Buenos Aires porque no se apresuraban a cometer esta locura. Los caudillos delirantes ignoraban que Portugal no permitía que las naves españolas tocasen en puertos del Brasil y, menos, que desembarcasen veinte mil hombres en Montevideo para saltar sobre Buenos Aires. Si el Directorio de Buenos Aires hubiese cometido la monstruosidad de declarar la guerra a Portugal esta nación habría tomado otras decisiones y la independencia de América tal vez se hubiese perdido. Es por estos motivos que la Sociedad Secreta O-O, de Chile, que dirigía la política de aquellos momentos, en que estaba por partir la expedición al Perú, se opuso decisivamente a que el Ejército de los Andes fuese llevado por San Martín a Buenos Aires. Una historia indocumentada ha repetido que San Martín desobedeció las órdenes que recibió primero de Pueyrredón y luego de Rondeau. Hombres del talento de Mitre y de Vicente Fidel López dedicaron gruesos tomos para discutir si la desobediencia, que Ricardo Levene llamó "genial", fue provechosa para la causa americana o no lo fue. Mitre explicó que esta supuesta desobediencia salvó la independencia de América. López opinaba que si San Martín hubiese obedecido, su ejército habría reconquistado la Banda Oriental, aplastado a los caudillos y hecho imposible el surgimiento de Rosas. Suposiciones, por no decir sueños de historiadores. San Martín no desobedeció las órdenes recibidas. Las transmitió a los jefes de su regimiento; pero la Logia O-O de Chile dispuso lo contrario. El Ejército de los Andes no abandonó la expedición al Perú. La historia fue lo que fue y no lo que imaginaron tantos ilustres historiadores.

Aclarados estos hechos, tan mal tratados por eminentes estudiosos, o simplemente olvidados o ignorados, surge otro problema que es preciso esclarecer. Las disposiciones que impidieron el traslado a Buenos Aires del Ejército de los Andes fueron dadas por la Logia O-O. Nunca se ha estudiado a fondo la trascendencia que esta Logia tuvo en los destinos de la independencia de esta parte de América. Estaba formada por los jefes del Ejército de San Martín e, indudablemente, tenía mayor poder en su conjunto que el de sus integrantes en particular. No se ha sabido tampoco cuál era el significado de las letras o signos O-O. Se

pensó que se trataba de una sigla o de un símbolo sin llegar a ninguna conclusión. Nuestras indagaciones en la cultura masónica -sin haber sido ni ser masones- nos han hecho saber que estos dos círculos son los anillos o eslabones de la Gran Cadena Masónica de la Amistad. Y aquí aparece un último problema que también es obligatorio analizar. Se ha dicho que esta Logia no era masónica, sino una sociedad política que tenía únicamente fines políticos y ninguna relación con la masonería. Hemos probado, en otras páginas, que la Logia O-O, o sea, de la Cadena Masónica de la Amistad o Unión, era masónica. Las discusiones sobre este particular creemos que con los testimonios que hemos presentado no volverán a repetirse. San Martín, sus amigos o segundos y, entre ellos, el coronel Enrique Martínez, eran masones. La masonería de esta parte de América, dirigía la política que logró la independencia de Chile y del Perú. Los biógrafos del general Enrique Martínez han callado este aspecto de su vida. El mismo Leogardo Miguel Torterolo, que tan a fondo analizó y expuso la vida de Martínez, no dice una palabra de la masonería de su biografiado. Tampoco hablan de ella otros eminentes historiadores. Es el mismo Martínez quien revela que la masonería que existió en la Argentina era masonería y no una sociedad no masónica que trataba temas políticos. Lo hace en una carta famosa que analizamos más adelante, escrita al conocido historiador y político uruguayo Andrés Lamas. No insistimos sobre estos hechos porque nuestras demostraciones, en otros lugares, no admiten ninguna discusión.

La vida masónica del general Martínez es un aspecto secreto de su existencia que sus biógrafos no han tocado. El hecho es que el alejamiento de Pueyrredón primero, y de Rondeau, después, el 11 de febrero de 1820, trajo la anarquía en las provincias argentinas y el país dejó de ser una nación para convertirse en una serie de provincias o Estados independientes que no respondían a ningún poder central ni representaban la nacionalidad argentina.

La anarquía del año '20 ha sido estudiada por ilustres historiadores y es bien conocida. San Martín, frente a estos hechos, sin un gobierno que lo respaldase y a quien obedecer y rendir cuenta de sus actos, tomó una decisión suprema.

Estaba en Santiago de Chile. El 26 de marzo de 1820 escribió una carta al coronel Juan Gregorio de las Heras, jefe del Estado Mayor del Ejército de los Andes. "Este pliego -le dijo- no se abrirá hasta que se hallen reunidos todos los señores oficiales del Ejército de los Andes y sólo a su presencia se verificará". A las cinco de la tarde del 2 de abril, el coronel Juan Páez del Castillo, segundo jefe del Estado Mayor, frente a los oficiales, abrió el pliego y leyó: "El Congreso y Director Supremo de las Provincias Unidas no existen: de estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del Ejército de los Andes y de consiguiente creo que mi deber y obligación es manifestarle al cuerpo de oficiales del Ejército de los Andes para que ellos por sí y por su espontánea voluntad nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos y salvar de este modo los riesgos que amenazan a la libertad

de América". Tenía sus vagas esperanzas. Agregó: "Me atrevo a afirmar que ésta se consolidará, no obstante, las críticas circunstancias en que nos hallamos, si conservan, no dudo, las virtudes que hasta aquí los ha distinguido. Para conservar este feliz efecto deberán observarse los artículos siguientes". El jefe más antiguo reuniría a los oficiales, les leería este manifiesto y, por medio de una votación secreta, se procedería a hacer la elección. Un acta acreditaría el nombramiento del elegido y un bando proclamaría su nombre. Quince cañonazos lo saludarían.

Estaba en juego no sólo el destino de San Martín, que podía pasar al silencio de la historia, sino el futuro de América. Otro jefe, no sabemos quién habría podido ser ni qué habría hecho para salvar la libertad del continente. Los oficiales allí presentes estaban dispuestos a obedecer lo que habría ordenado San Martín. Sólo faltaba una simple votación. Antes que esto ocurriera, un hombre pidió la palabra. Era el coronel comandante del Regimiento 8 don Enrique Martínez. Todos conocían sus méritos. El tuvo la visión sorprendente de la política de aquellos momentos y de lo grave que era nombrar un jefe que no fuese San Martín. Se opuso en forma rotunda. Dijo: "No debía procederse a la votación por ser nulo el fundamento que para ello se daba, de haber caducado la autoridad del señor general". Martínez sostuvo un principio que rechazaba el pedido de San Martín de aceptar su renuncia y nombrar otro jefe. Esto significaba hacer del Ejército de los Andes una fuerza militar imponente que no pertenecía a ninguna nación. No recibía órdenes del gobernador de Buenos Aires ni de ningún otro gobierno provincial. En Chile actuaría como una nación sin tierra, sólo con armas, que se lanzaría a la liberación del Perú apenas se supiese que no llegarían a América los veinte mil hombres de Cádiz. Estas fuerzas se sublevaron el primero de enero de 1820. Los enviados de Pueyrredón, Lezica y Arguibel, lograron este milagro. El príncipe de Metternich había sido derrotado. Los veinte mil hombres de España y de la Santa Alianza, en vez de embarcarse rumbo al Río de la Plata, imponían la Constitución de Cádiz de 1812. El constitucionalismo pronto triunfó en Nápoles, en Portugal, en Prusia y en otros países. Todas las naciones civilizadas terminaron por adoptar una Constitución gracias a la acción de Pueyrredón.

Los oficiales que escucharon al coronel Martínez reflexionaron. La historia de Europa y América no conocía un caso semejante. Un ejército sin patria, compuesto por argentinos, que actuaba en otro país y se lanzaba a la conquista y liberación del Perú. No se conocía nada comparable. Y era, precisamente, la mayor fuerza que la Europa absolutista tenía que vencer en América. El príncipe de Metternich, el zar de Rusia, los reyes de Francia, de Prusia y de España, no sabían que combatían con un general que no obedecía a ningún país, salvo a la Logia secreta que tenía el nombre de O-O, la Cadena de la Amistad. La decisión de Rancagua lograría la independencia de América y cambiaría los destinos del mundo. La historia de Occidente sería otra.

Los oficiales consideraron "esta objeción". El primero en hablar fue el coronel don Mariano Necochea. Declaró que estaba de acuerdo con lo que había dicho el coronel Martínez. Lo mismo repitieron los coroneles Conde y Alvarado. Entonces se procedió a votar. Todos los votos, "unánimemente convinieron en lo mismo". El coronel Enrique Martínez redactó el acta inmortal. Quedó "sentado" como base y principio "que la autoridad que recibió el señor general para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país no ha caducado, ni puede caducar, porque su origen que es la salud del pueblo, es inmutable". Era la autodeterminación de los pueblos. Los derechos naturales del hombre imponían su voluntad.

Martínez había transformado el Ejército de los Andes en una nación que elegía su gobernante y resolvía su futuro. Si San Martín faltase, le sucedería "el jefe que continúa en el próximo inmediato grado del mismo Ejército de los Andes". Firmaron el Acta de Rancagua los oficiales más antiguos de cada clase en todos los cuerpos y los jefes.

El Ejército de los Andes cambió su nombre por el de Ejército Expedicionario. Era la expedición al Perú. San Martín pidió ayuda al gobierno de Chile. Eran tratos entre dos poderes. Si en quince días no recibía "el numerario para los gastos de la anunciada expedición" se podía nombrar "otro general que se encargue de ella". Chile hizo posible la expedición. El ministro Centeno declaró a San Martín que su persona no sería "subrogada por otro en la dirección de este arduo y delicado empeño". El "otro" que aspiraba a la dirección total de la conquista del Perú era el almirante Cochrane. En manos de este gran marino, ambicioso e interesado, la historia de la independencia habría tomado otro rumbo. La Logia O-O, los eslabones de la Cadena de la Amistad, dispuso la partida de San Martín al Perú. San Martín gobernaría un año y entregaría el Perú a un Congreso de Peruanos.

Mitre fue el historiador que comprendió la trascendencia del Acta de Rancagua. Ella sostuvo la autoridad moral de San Martín y logró que la Argentina deshecha, anarquizada, sin un gobierno central, tuviese un ejército que la representó en América. Este ejército alcanzó la libertad del Perú y la unión de América. Esta unión la firmaron Monteguado y Mosquera, representantes de San Martín y Bolívar, y la confirmaron los libertadores en el abrazo de Guayaquil.

La culminación de la independencia americana fue el resultado de la actitud del coronel don Enrique Martínez que rechazó la renuncia de San Martín, hizo firmar al Acta de Rancagua y aseguró la libertad del continente.

Es indudable que los veinte jefes del Ejército de los Andes que aprobaron la propuesta del general Martínez, de rechazar la renuncia de San Martín, eran masones y decidieron su actitud en alguna reunión masónica antes de consignarla en el acta famosa. La resolución de Rancagua, debida a la propuesta del general Martínez, decidió la expedición al Perú. Además se supo que el ejército de los veinte mil hombres, que España y la Santa Alianza tenían en Cádiz listo para ser enviado al Río de la Plata, se sublevó en Cabezas de San Juan, el primero

de enero de 1820. En lugar de partir a América, para subyugar su independencia, impuso en España la Constitución liberal de Cádiz de 1812. El constitucionalismo empezó a extenderse por Europa: Nápoles, Portugal, Prusia, tuvieron sus Constituciones. Hoy el mundo es constitucional por obra de aquellos hombres y los trabajos secretos de Pueyrredón. La masonería, con sus disposiciones que impidieron el traslado a Buenos Aires del Ejército de los Andes y decidieron la expedición al Perú, aseguró la libertad de esa parte de América. El general Martínez, entonces con el grado de coronel, formó parte de este ejército. No vamos a detenernos en los pormenores del avance de San Martín hasta entrar en Lima el 10 de julio de 1821. Dos días después, San Martín ascendió a Martínez a coronel mayor, que hoy correspondería a un grado intermedio entre general de brigada y general de división. Martínez vivió cuatro años en el Perú. Recibió una medalla de oro y brillantes con la inscripción: "Yo fui del Ejército Libertador". Martínez fue uno de los fundadores de la Orden del Sol con el título de Honorable y la Cruz y la Placa correspondiente. También fue nombrado gobernador presidente de la provincia de Trujillo y encargado de formar un cuerpo de reserva. Martínez, nacido en el Uruguay, militar defensor de la libertad argentina, era uno de los hombres fuertes del Perú. Su nacionalidad, como la de San Martín y los héroes de aquellos años, era la americana. San Martín y Bolívar, por medio de sus representantes, el doctor Monteagudo y el general Mosquera, habían firmado la unión de las dos América: la sanmartiniana y la bolivariana. Este documento, tan olvidado por los historiadores, establecía que los americanos nacidos en el Norte tenía los mismos derechos que los del Sud, y los del Sud que los del Norte. Era la fusión de todos los pueblos del continente hispano. Era la América unida que habían soñado San Martín, por una parte, y Bolívar, por la otra, sin pensar en los planes del Precursor Francisco de Miranda. Hoy podemos decir que Bolívar y San Martín hicieron la patria hispanoamericana. Para sellar este pacto, esta resolución tan importante que representaba el nacimiento y la constitución de la nación más grande, rica y poderosa del mundo, capaz de hacer temblar a todos los países del orbe, San Martín y Bolívar resolvieron encontrarse en Guayaquil. San Martín aclaró a Bolívar que haría el viaje a esta ciudad para permanecer en ella solamente unas horas y dar un abrazo a su émulo en la gloria.

Esta fue la entrevista de Guayaquil y estos fueron sus únicos fines: dejar sellada la unidad de América. No hubo nada de secreto, ni de misterio, ni de ambiciones, ni de renuncias, ni de otras fábulas.

Estas conclusiones son las que nosotros hemos alcanzado tras un examen atentísimo del problema. Hoy sabemos, por tanto, en qué consistió el encuentro y qué fines tuvo; pero entonces, no lo supo Martínez, ni lo supo Bolívar, ni lo supo nadie, fuera de quienes habían ordenado a San Martín no permanecer más de un año en el Perú.

Este es el verdadero "secreto" de Guayaquil. Desde el primer instante en que habló al pueblo peruano, San Martín prometió que su gobierno no duraría más de un año. Lo mismo repitió y confirmó a sus colaboradores, amigos y hasta a su suegro y al virrey español. Era una decisión que, sin duda, respondía a una orden superior: no permanecer más de un año en el Perú. En este tiempo debía constituir un Congreso para que el pueblo peruano se gobernase por sí mismo.

Y esto es lo que hizo San Martín, sin que nadie se explicase el porqué de esta decisión. Sus propósitos eran otros, que la historia ha conocido en forma muy superficial y tienen una enorme importancia. Primero: organizar constitucionalmente el Perú y dejarlo en manos de los peruanos. Segundo: organizar las provincias argentinas por medio de un Congreso en la ciudad de Córdoba. Tercero: formar un ejército de unos mil hombres para atacar desde el Sud, Salta y Jujuy, a los españoles del Alto Perú, y Cuarto: libre América de fuerzas absolutistas, constituidas las repúblicas de la Argentina, de Chile y del Perú, dar vida a la nación más extraordinaria del mundo: la Gran Asociación Argentino-Chileno Peruana.

Este plan, que hemos reconstruido por vez primera en la historia argentina, fracasó por culpa, única y exclusiva, del odio de Bernardino Rivadavia. Este gobernante hizo disolver el Congreso de Córdoba; negó toda ayuda para el ejército que el delegado de San Martín, Gutiérrez de la Fuente, preparaba para enviarlo a la frontera del Alto Perú e hizo imposible el nacimiento y formación de la Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana.

Las relaciones y la amistad del general Enrique Martínez y de San Martín estuvieron más firmes que en cualquier otro momento de sus vidas. San Martín confiaba en Martínez y en Alvarado para batir a los absolutistas del Alto Perú. Su triunfo habría significado la constitución inmediata de la Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana. Una nueva nación, la más extensa del mundo después de las estepas rusas habría existido sobre la Tierra. La falta de un pequeño ejército que representase una distracción en la frontera de Salta y Jujuy dejó intactas las fuerzas españolas. Rudecindo Alvarado y Enrique Martínez estuvieron dispuestos a jugarse el todo por el todo. Alvarado le escribía a San Martín: "Este ejército es suyo" y está a sus órdenes. San Martín ya se había alejado del Perú y era un simple particular que preparaba la acción guerrera que habría puesto fin a la guerra de la independencia y creado la Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana. El general José La Mar, presidente del Perú, nombró a Martínez jefe del Estado Mayor del Ejército de los Andes. El jefe del ejército era el general Alvarado. El ejército unido de argentinos, chilenos y peruanos. Martínez, al frente de la división de vanguardia, embarcó en el Callao en octubre de 1822 y tuvo un encuentro feliz con las fuerzas del virrey que encabezada el general Jerónimo Valdéz, el primero de enero de 1824, cerca de Tacna, en el lugar de Calán. No obstante, las fuerzas de Alvarado y Martínez fueron derrotadas en Torata el 19 de enero de 1823 y el 21 del mismo

mes en Moquegua por los españoles Valdéz y Canterac. El ejército unido perdió novecientos prisioneros. El triunvirato de Lima cayó y tomó el poder el político peruano José de la Riva Agüero. El general Canterac pudo escribir al virrey La Serna: "El ejército de los libertadores del Sud ha quedado reducido a la nada".

Esta noticia significó el fracaso de los grandes planes políticos de San Martín, su ida a Chile, el inmediato paso a Mendoza y, por último, su viaje a Europa para no pisar nunca más la tierra donde había sufrido tantas ingratitudes y visto fracasar su sueño de organizar la Argentina y formar con ella la Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana. San Martín vivió hasta su muerte envuelto en sus secretos.

III

MARTINEZ, ROSAS Y LA REPUBLICA DE PIRATINI

El general Martínez siguió al frente del ejército derrotado. Bolívar y Sucre le pidieron su colaboración. Martínez y Tomás Guido respondieron en el acto. Sus consejos fueron luminosos. El Perú ardía en guerra civil entre Riva Agüero y el discutido Torre Tagle. Martínez comprendió que el caos federalista era invencible. Renunció el 3 de febrero de 1824 al mando del ejército unido. Para colmo, en la fortaleza del Callao, un millar de soldados del ejército de los Andes vivía encerrado, muerto de hambre, sin cobrar sus sueldos desde hacía seis meses. Se sublevaron y, para no morir de extenuación, enarbolaron la bandera española. Martínez ha descripto estos hechos en una admirable memoria que apenas se lee en fotocopias. Habría que difundirla ampliamente para conocer las verdaderas causas de esta sublevación. La encabezaron dos sargentos cuyos nombres es mejor olvidar. La sublevación fue en la noche del 4 al 5 de febrero de 1824.

La historia es conocida. Vino Bolívar. Martínez fue nombrado general en jefe de las fuerzas peruanas y colombianas. Torre Tagle fue acusado de traición por Bolívar y corrió a refugiarse en el Callao. Martínez pidió a Bolívar que lo sometiese a juicio por la sublevación del Callao. Bolívar se negó. Por último, le dio esta satisfacción. La ceremonia fue imponente. Fue reconocido su patriotismo. Libre de cualquier acusación, el general Martínez no aceptó un cargo y se fue a Santiago de Chile en marzo de 1824. Se sentía enfermo y decepcionado. Quiso pedir su retiro al gobierno de Buenos Aires. El 6 de febrero de 1826, Rivadavia fue elegido presidente. En seguida nombró a Martínez general en jefe de la brigada de la Milicia Activa de la Capital. El 20 de setiembre de 1827 lo pasó al Ejército de operaciones en el Brasil. Martínez tomó prisionero al principal guerrillero del imperio, Yuaca Teodoro. A fines de marzo de 1828 fue designado Juez Fiscal. Tenía que juzgar a Alvear por haber ordenado a la caballería de Brandsen atacar a la infantería imperial que lo deshizo. No quiso tener esta misión y siguió al frente del ejército hasta la paz del 27 de agosto de 1828. Volvió a Buenos Aires. Su patria era una nueva nación. En la Argentina presenció la revolución de Lavalle, del primero de diciembre de 1828. Intervino para lograr la paz. Nada pudo hacer ante el fusilamiento de Dorrego. Se le creyó envuelto en una conspiración y fue obligado a retirarse a Montevideo. El 8 de diciembre de 1829 fue elegido gobernador Juan Manuel de Rosas. Este lo nombró inspector y comandante general de armas de Buenos Aires.

Los contactos de Rosas y Martínez no fueron los de una amistad. Respondieron a un cumplimiento del deber. Rosas llamó a Martínez porque le convenía un hombre de su brillante pasado. Martínez aceptó el cargo porque Rosas no era lo que fue después. Tuvo que tomar

parte en la campaña contra el general José María Paz. El 13 de diciembre de 1831, Rosas lo ascendió a brigadier general, el grado más elevado de la milicia. Poco más tarde, en abril de 1832, fue propuesto como diputado en la Legislatura de la provincia de Buenos Aires. Martínez renunció, pero su renuncia no fue admitida. Pudo alejarse cuando Juan Ramón Balcarce sucedió a Rosas como gobernador. Ocupó el cargo de Ministro de Guerra y Marina.

La relación con Rosas fue cambiando a medida que el futuro tirano modificó su manera de gobernar. Tuvo choques en 1832, con motivo de un nombramiento. Al año siguiente, con la caída de Balcarce y la asunción de Viamonte, Martínez renunció al Ministerio de la Guerra y volvió a Montevideo. En la Argentina se imponía el dominio de Rosas; en el Uruguay, el de Manuel Oribe. Empezaba un período histórico que llenó de horrores a los dos países. En este tiempo, Martínez hizo conocer a Rosas las ideas que lo separaban de su política. Eran dos mundos diferentes. Martínez había obedecido y cumplido con su deber, pero no admitía que un gobierno unipersonal, con una Legislatura que dominaba ocultamente, desmembrase la nación y difundiese la miseria: todo en beneficio de Buenos Aires. En una carta a Rosas le dijo: "Mi marcha no ha sido otra que respetar la Ley y el encargado de ejecutarla. Usted sabe bien esto, pues en el período de tres años que ha sido usted gobernante no he tenido en la Inspección del Ejército más que el título y jamás dije una palabra porque las leyes estaban calladas; pero mi posición como Ministro es diversa y, además, como hombre, discurro y no me dejo en nada arrastrar sin ser convencido".

La revolución de Fructuoso Rivera en contra de Oribe, que respondía a los odios de Rosas, encontró a Martínez en sus filas. En 1828, Rivera batió a Oribe, que renunció a la presidencia, y dominó en Montevideo. Enrique Martínez y Santiago Vázquez fueron ministros de Estado. En la lucha contra Rosas sucumbió el correntino Berón de Astrada. Pretendía una libertad de comercio como tenía Buenos Aires y debían tener todos los Estados o provincias que constituían nuestro país.

Orientales y Occidentales estuvieron unidos en contra de la opresión de Buenos Aires. Rivera confió a Martínez una misión ante Rosas para solucionar la situación absurda que vivía el Río de la Plata. Las provincias argentinas sufrían las consecuencias de la política exclusivista, enemiga de la grandeza del país, que imponía Buenos Aires. La misión no alcanzó ningún resultado. No es extraño que, en momentos tales, algunos políticos hayan pensado en soluciones extremas que habrían modificado la configuración geográfica de las repúblicas del Plata. Quienes, con una incompetencia lamentable en estos problemas, han escrito que Rosas mantuvo la unidad nacional y otras insensateces, no han advertido que fue precisamente Rosas o, mejor dicho, la política de los hombres de Buenos Aires, lo que estuvo a punto de arrancar a la Argentina una buena parte de su territorio. No aludimos a los intentos separatistas de provincias que, en su desesperación, pensaban unirse al Paraguay, a Bolivia

o a Chile. Hablamos de otro proyecto, a menudo recordado, pero no bien estudiado, que tuvo por fin constituir una república independiente con el Uruguay, Corrientes, Misiones y la República Riograndense de Piratiní. En un estudio nuestro sobre Pedro Ferré hemos destacado como el naturalista Amado Bonpland fue encargado por Rivera, Ferré y otros políticos de proponer a Bentos Goncalves, entonces presidente de la República de Piratiní, para formar un Estado con las regiones mencionadas. Bonpland terminó por fracasar en su misión. Aún no saben los historiadores brasileños si la República de Río Grande del Sud aspiraba a ser reconocida como una nación independiente del Brasil o si lo que pretendía era derribar el imperio y formar parte de una federación de Estados brasileños. Lo cierto es que Rivera no abandonó su proyecto, realmente notable. En Montevideo, el 22 de junio de 1839, nombró el brigadier general Enrique Martínez agente confidencial ante el gobierno de la República Riograndense. En el nombramiento, firmado por el ministro José Ellauri, se especifica que la misión confiada a Martínez se hacía por la necesidad de asegurarse la neutralidad del nuevo Estado de Río Grande. Esta nación debía ser considerada "una persona en el derecho de gentes desde que ejerce actos de soberanía y de jurisdicción en un territorio bastante, en le cual ha tenido una existencia de hecho por cerca de tres años". Por ello había que tener con Río Grande lazos que asegurasen "el reposo del país y a prevenir y anular las asechanzas de sus enemigos interiores y exteriores". Todo debía hacerse con "la más absoluta y entera reserva". Martínez tenía de viático "tres mil pesos sobre los que actualmente disfruta de sueldo por su graduación". No bien cesase el motivo de la "urgente reserva" se daría cuenta a la Cámara de Senadores para recabar su aprobación.

En las instrucciones dadas a Martínez se le recomendaba convencer al gobierno Riograndense de la conveniencia recíproca de entablar buenos contactos y "ser con el tiempo aliados muy estrechos". En público, el Uruguay debía aparecer "como unos neutrales rigurosos". Para demostrarlo, Martínez llevaría "copia certificada de las instrucciones últimamente dadas a nuestro Agente en Río de Janeiro". En todo "lo que no nos comprometa abiertamente una guerra con el imperio, la que sería funesta a ambas repúblicas en las circunstancias actuales, obraremos conforme a las simpatías naturales que nos ligan y a los principios que dejamos establecidos". Las fuerzas legales que existían en el Uruguay serían neutralizadas. Habría tolerancia para que se introdujesen en la república Riograndense los artículos que pudiese necesitar. No se le hablaba de la formación de un nuevo Estado, pero se le recordaba que "V.E. está bien al cabo de todos los pormenores, incidentes y circunstancias de esta negociación y las relaciones anteriores que la han motivado". Una nota de presentación fue dirigida por el Ministro Uruguayo José Ellauri al de Relaciones Exteriores de la república riograndense, don José de Silva Braudao. Por último, en una nota confidencial de Ellauri a Martínez, fechada en Montevideo, el 12 de agosto de 1839, se le manifestaba que "habiendo

tomado en consideración la correspondencia oficial y confidencial que ha recibido del gobierno riograndense y de las personas que lo componen; viendo por ella las pretensiones de los enemigos de la Independencia y de las instituciones de esta república, y atendiendo a las difíciles y graves circunstancias en que la invasión armada de estos enemigos la colocan, ha tomado la necesidad de hacer un pronunciamiento más explícito y de fundar de un modo más solemne sus relaciones con el Estado Rio Grandense para establecer sobre una base sólida las recíprocas garantías de la independencia, libertad y seguridad de ambos países, para lo cual ha acordado ampliar las instrucciones del agente confidencial don Enrique Martínez, autorizándolo como por el presente lo autoriza para discutir, ajustar y firmar de un modo más explícito y franco todos aquellos arreglos que sea necesario sobre los puntos que abrazan sus instrucciones siempre bajo la condición sine qua non de que sobre todos y cada uno de ellos se estipule y guarde el más profundo e inviolable secreto hasta que nos desembaracemos de los obstáculos que hoy lo hacen necesario". (Esta documentación nos ha sido facilitada por el descendiente directo del general Martínez, el capitán de navío, argentino, don Enrique Martínez.)

Tanto secreto sólo podía entenderse como un pacto de posible unión entre el Uruguay, Corrientes, Misiones y Río Grande. La misión de Martínez no pudo extenderse el tiempo necesario. Rosas encomendó a Echagüe y a Urquiza que invadiesen el Uruguay. Rivera deshizo la invasión en la batalla de Cagancha, el 29 de diciembre de 1839. Martínez estaba entre los combatientes. La independencia del Uruguay quedó salvada. Rivera volvió a nombrar a Martínez Ministro de Guerra y Marina. El 6 de diciembre de 1842, en el Arroyo Grande, Rivera fue derrotado por las fuerzas de Oribe. Este puso sitio a Montevideo el 16 de febrero de 1843. El asedio duró nueve años. El 24 de diciembre de1844, Martínez fue designado comandante General de Armas de Montevideo. Poco después, el 17 de abril de 1846, fue nombrado por Joaquín Suárez Comandante General del Puerto de Montevideo. El 25 de junio, Martínez se incorporó a la Asamblea de Notables que había creado el presidente Suárez. Fue, también, miembro del Consejo de Estado.

IV

MARTINEZ Y LA ACCION DE LA MASONERIA

El fin de Rosas se fue acercando. La alianza de las provincias argentinas de Entre Ríos y Corrientes con el Uruguay y el Brasil significó, primero, la derrota de Oribe, con la aclaración, para su honor, de que no había "vencedores ni vencidos", y en seguida, la huida de Rosas en Caseros. Martínez pudo volver a Buenos Aires. Mucho había cambiado la historia argentina. Los tiempos de la independencia eran un pasado remoto. Surgían otros problemas. Buenos Aires no se resignaba a perder su dominio sobre las provincias, a no ser dueña del Río de la Plata y, sobre todo, a no disponer, para su uso exclusivo, de todas las rentas del puerto.

Rosas había fugado, pero la historia, ni la política, eran Rosas. Lo era Buenos Aires, los hombres que manejaban esa política antinacional. Los problemas seguían en pie porque Buenos Aires no había desaparecido ni podía desaparecer. Esta política, tan opuesta a la que había dado origen a la independencia de América, era sustituida por la pequeña política de los intereses rioplatenses. En el Uruguay, los hombres, como de costumbre, se disputaban el poder. Muerto, en 1853, el glorioso general Lavalleja, el presidente Venancio Flores ofreció a Martínez la cartera de guerra y marina.

En este tiempo, el ministro Andrés Lamas hacía investigaciones para conocer a fondo la historia de América y del Río de la Plata. Era masón y quiso ampliar la historia de la masonería. Escribió a distintas personalidades y, entre ellas, a Enrique Martínez. El gran guerrero y gran masón le contestó en seguida. Su carta, fechada en Montevideo, el 4 de octubre de 1853, se publicó, en 1812, en la *Revista Histórica*, del Archivo y Museo Histórico Nacional, dirigida por Luis Carve (Montevideo, Primer trimestre en 1912, Tomo V, número 13, páginas 256-259).

Este documento, que nosotros hemos citado en distintos libros nuestros, es sistemáticamente olvidado por los historiadores que se ocupan de nuestra masonería. No sabemos si lo hacen por una inexplicable ignorancia o para ocultar un testimonio que anula sus teorías. Lo mismo ocurre con las rectificaciones que Martínez hizo a los escritos de Ignacio Núñez, que más adelante analizaremos. Los señores que olvidan estos testimonios ,sostienen, como es notorio, que la masonería de San Martín y demás hombres de la Independencia no era masonería, sino una sociedad política que nada tenía que ver con la masonería. Esta tesis, repetida y defendida por autores eminentes, está totalmente deshecha por un número impresionante de pruebas. Entre estas pruebas sobresalen los testimonios del general Martínez y del general Tomás de Iriarte. Las *Memorias* de Iriarte, dadas a conocer por nosotros, en su integridad (doce tomos), hace tiempo que han terminado con las fantasías de los negadores

de la verdad. Lo que exigen estos señores es que en los textos en que se habla de la masonería aparezcan las palabras masonería y masones. No consideran suficiente la palabra logia para saber que se trata de masonería.. Las medallas de las dos logias masónicas de Bruselas acuñadas en honor de San Martín, por ejemplo, no probarían que San Martín era masón porque en ellas no se estampó una leyenda que dijese: "Conste que San Martín era masón". La ausencia de una declaración semejante demostraría, según los negadores aludidos, que San Martín no era masón. Ahora, con los testimonios de Iriarte, que repite infinidad de veces la palabra masonería y afirma que la masonería de San Martín, de él (Iriarte) y otros personajes era masonería y no un club de fumadores, y el definitivo de Enrique Martínez, cuyas palabras vamos a leer, queda terminada, para siempre, la inútil e insulsa polémica sobre la Masonería del Ejército de los Andes y si era masonería o no lo era.

En esta carta a Andrés Lamas, el general Martínez empieza por declarar que "sobre las sociedades secretas manifestará a usted lo que conozco bien". Nótese que Martínez asegura que conocía "bien" lo que iba a explicar al político y escritor Andrés Lamas, una gloria de las letras uruguayas.

"Desde una época remota -empieza Martínez- existían Masones en el Río de la Plata, tanto que llamó la atención de la Corte de Madrid e hizo encargos fuertes al marqués de Sobremonte (entonces virrey) para perseguirlos, cuyas disposiciones se dictaron en los años y 5; pero perteneciendo a ella el Secretario del Virreinato, Gallegos, cruzó toda medida que se quiso dictar sobre la Sociedad, a tal extremo que unas noticias muy reservadas que daba Sobremonte respecto a ella, Gallegos sustrajo la nota. De modo que no habiendo llegado a manos de la Corte aquella, no pudo dictar medida alguna".

Este largo párrafo está confirmado, afortunadamente, por una documentación del Archivo General de la Nación Argentina que publicó Juan María Gutiérrez y ha comentado Juan Carter. Todo cuanto expone Martínez es una síntesis de lo que se conocía a la perfección por los documentos reunidos por Gutiérrez y que los discutidores de estos temas siempre han tenido la habilidad de silenciar u ocultar para que no se supiese que la masonería era realmente masonería.

Por la documentación a que nos referimos se sabe que una tormenta hizo volar y descubrir los mandiles y otras prendas masónicas y que la Masonería, para ablandar al virrey, regaló unas joyas a la virreina. Todo esto es conocido, salvo por los discutidores empedernidos. Martínez también confirma otro hecho bien notorio: la extensión que había alcanzado la masonería en la ciudad de Buenos Aires. Dice: "Débese advertir que Sobremonte no se atrevió a tomar ninguna medida porque los avisos que había recibido eran que a la Sociedad pertenecían desde los Oidores hasta los últimos empleados, así civiles como militares, a más de la parte comercial".

No puede haber palabras más claras respecto a los orígenes de la masonería en Buenos Aires. Media ciudad, o sea, la parte más destacada de su sociedad, pertenecía a la masonería. Cuando se produjeron las invasiones inglesas, Beresford fue aprisionado en Luján. Allí "se hizo conocer por los signos masónicos del Señor D.S.P. (Don Saturnino Peña) y en sus ratos de sociedad le indicó que su expedición no había tenido otro objeto que promover y proteger la independencia de esta parte de la América española". No sabemos si estas confidencias del general inglés eran sinceras. Estudios del mayor José Luis Speroni (*La real dimensión de una agresión. Una visión político-estratégica de la intervención británica a América del Sur. 1805-1807.* Círculo Militar, Buenos Aires, 1983) han demostrado que las invasiones inglesas respondían a un plan perfectamente preparado para conquistar la América española. Debía haber ataques casi simultáneos en el Caribe, en el pacífico y en el Río de la Plata. Todo dependía del éxito en Buenos Aires. Sin darnos cuenta de las trascendencia de nuestros triunfos, los rechazos de las dos invasiones inglesas, principalmente por obra de Martín de Alzaga, hicieron fracasar los planes ingleses de dominar el continente hispano. Salvamos América sin darnos cuenta. El hecho es que, como cuenta Martínez a Lamas, "S.P. (Saturnino peña) comunicó el pensamiento a N.P. (Nicolás Peña), H.V. (Hipólito Vieytes), a C. (Castelli), D. (Donato), B. (Berutti), M.B. (Manuel Belgrano) y algunos otros. Todos estos S.S. (Masones) pertenecían a Sociedad masónica, pero tratándose de la independencia de América formaron una Sociedad separando a los españoles".

Estas líneas tienen una importancia extraordinaria. Nos descubren los nombres de los primeros masones que pensaron en la independencia. Además, terminan para siempre con la leyenda beatífica de que Manuel Belgrano no era masón. Ahora sabemos que lo era, que "pertenecía a la Sociedad Masónica". Esta afirmación de Martínez puede ser corroborada por lo que cuenta Adolfo Saldías, también masón, el cual conoció a un señor que le refirió cómo Belgrano presidía una logia en Tucumán. Iriarte no pudo saber si Belgrano era masón o no lo era. Sabemos muy bien que el catolicismo de Belgrano no impedía que formase parte de la masonería. El hecho es que los masones de Buenos Aires, como es notorio, hicieron fugar a Beresford. Este les había asegurado que la expedición que iba a conquistar Montevideo "serviría para proteger sus trabajos". Los hechos demostraron que Beresford mentía y que Gran Bretaña jamás tuvo la intención de convertir en una nación independiente a esta parte de América. Derrotados los ingleses. Liniers "persiguió a S.P. (Saturnino Peña) y N.P. (Nicolás Peña), sin poder descubrir nada".

Martínez nos confirma en los estudios que nosotros hemos hecho para demostrar que Martín de Alzaga fue el precursor de la independencia argentina. Nos dice: "La Sociedad continuó sus trabajos y adelantaba en ellos cuando estalló la revolución que encabezaba Alzaga con los españoles. Ella, su objeto ostensible, era quitar a Liniers, pero su plan era

separar esta parte de América, haciéndola una monarquía española, es decir, con monarca que fuese parte integrante de la española europea".

Esta líneas de Martínez merecen otro comentario. Sabido es que nosotros fuimos los primeros, con una documentación apenas tocada en estos estudios, que demostramos que la revolución del primero de enero de 1809 tuvo por fin declarar la independencia del virreinato del Río de la Plata. Nuestras investigaciones causaron sorpresa y molestia. Era algo que cambiaba radicalmente la historia argentina. Había que mantener intactas las antiguas leyendas. Un vasco español precursor de la independencia argentina no agradaba a mucha gente. La fábula de su conspiración en 1812, en contra del Triunvirato, era demasiado fuerte. Estaba y está hondamente arraigada en manuales y cerebros escolares. No es fácil destruirla, demostrar que Alzaga y los demás asesinados por orden del sanguinario Rivadavia jamás concibieron ninguna conspiración como la que se atribuye a Alzaga y otros inocentes españoles. Ahora leemos lo que dice el general Martínez. Reconoce a Alzaga la idea de proclamar la independencia, pero refleja la deformación circulante en aquel entonces: el propósito de crear una monarquía de espíritu español. Esto es una leyenda que no se encuentra, ni por excepción, en un solo documento. Manuel Belgrano también reconoció, en un escrito, que Alzaga deseaba la independencia desde las invasiones inglesas. La enorme documentación que nosotros exhibimos en nuestra *Historia de las Ideas Políticas en la Argentina* es más que suficiente para probar lo que decimos. No discutimos, en estas líneas, los méritos de Alzaga, sino que mostramos los conocimientos que tenía el general Martínez de estos sucesos. Sigue Martínez: "La Sociedad Americana que comprendió era preciso luchar para no perder su posición, consiguió que los S. (Masones) se dedicasen a sostener a Liniers y fue disuelta la revolución a más la Sociedad. Desde ese momento la Sociedad Americana fue preparando la revolución del año '10, para lo que atrajo a su seno la mayor parte de los jefes que mandaban cuerpo y todo siguió bajo su dirección hasta el año '12, en que llegaron de Europa S. (San Martín), A. (Alvear), Z. (Zapiola), C. (Chilavert) que traían encargo de establecer la Sociedad de Caballeros Racionales, cuya fundación había sido hecha en Santa Fe de Bogotá".

Estos pasos de San Martín, Alvear y demás masones venidos de Cádiz, vía Londres, los hemos reconstruido con los documentos que descubrió el almirante don Julio Guillén y Tanto y publicó en la *Revista* de la Academia Chilena de la Historia. Fuimos los primeros en analizarlos y exponer los resultados. Desde entonces varios historiadores siguieron nuestros trabajos, sin citarnos. Nadie, por tanto, puede dudar que la logia fundada por los recién llegados de Londres era masónica. Nos lo dice el general Martínez y se sabe por otras pruebas e indicios; pero los eternos discutidores, fanáticos antimasones que quieren negar la existencia y trascendencia de esta sociedad, continúan y continuarán alegando que no era una sociedad masónica, sino otra cosa que sólo ellos saben. Sigue el general Martínez: "Esta Sociedad

tenía el sólo objeto de promover la independencia de todas las secciones de la América española y unirse de un modo fuerte para repelar la Europa en caso de ataque".

La masonería tenía, por tanto, como revela Martínez, el propósito fundamental de hacer de la América española una sola nación libre e independiente de cualquier poder europeo. Era la guerra de dos mundos: el americano, liberal, y el europeo, absolutista. Vemos cómo este pensamiento era el de Martínez, San Martín, Bolívar, Sucre y demás hombres que lucharon por la independencia del Nuevo Mundo. Continúa Martínez: y nos aclara el carácter masónico de la Logia Lautaro: "A esta Sociedad se incorporaron todos los masones y toda la parte civil, militar, eclesiástica y el comercio, y se ramificó con tal velocidad que ya nada se hacía en las provincias sin que fuese de acuerdo con ella. Mas era preciso que sobreviniera un mal por pretensiones y así sucedió. A. (Alvear) quiso andar más adelante y pidió se le dejase hacer, después quiso también marchar A.P. (Agustín Pinedo) y eso fue un tropiezo que trajo un desquicio y la Sociedad suspendió sus trabajos por haberse desbaratado".

Este episodio que nos relata Martínez y que la historia no ha aclarado puede ser la conspiración que tanto Mitre como otros historiadores han tocado muy de paso, con unos documentos que nada dicen en concreto y presentan a Martínez y a otros jefes como envueltos en una conspiración contra San Martín. Este desacuerdo de masones fue antes de la declaración de la independencia proclamada en Tucumán. La conspiración a que se han referido algunos historiadores también fue anterior a la independencia. El hecho es que el contratiempo fue pronto superado. Sabemos, por otros estudios, la fuerza que tuvo la Logia O-O. Martínez nos refiere lo siguiente: "S. (San Martín) que era el Venerable y no estaba en Buenos Aires, transmitió sus poderes y volvió a reorganizarse la Sociedad. Esta hizo que se reuniese el Congreso de Tucumán y declarase la independencia, y nombró a Pueyrredón de Director, mas éste no pertenecía a la Sociedad y en Buenos Aires no querían recibirlo. Entonces partió S. (San Martín) de M. (Mendoza) a C. (Córdoba) y en este punto consiguió que Pueyrredón se incorporase a la Sociedad y fue reconocido. Es entonces que se ejecutaron inmensos trabajos para asegurar la independencia y entre otros se hizo la expedición a Chile; pero sobrevino la revolución del año '20 y la Sociedad se concluyó; pero se conservó en Chile hasta la caída de O. (O'Higgins). Terminado el año '20 se formó en Buenos Aires la Sociedad Carbonaria y ésta duró dirigiendo los destinos del país hasta que se concluyó la presidencia de Rivadavia. Después de esa época no he conocido más sociedad que la que se reunía en el Hospital de Caridad y cuyos antecedentes y trabajos supongo que usted conoce mejor que yo".

Esta exposición del general Martínez hecha a Andrés Lamas es el resumen más perfecto que existe de la historia de la Masonería argentina. Ella preparó el Congreso de Tucumán, hizo declarar la independencia y organizó el Ejército de los Andes. Logró la independencia de Chile y siguió gobernando hasta que la anarquía del año 1820 puso fin a sus trabajos. En

Chile mantuvo su poder hasta el destierro de O'Higgins. En Buenos Aires trató de vivir y lo hizo hasta que cayó Rivadavia. No hay documentos que prueban que Rivadavia fuese masón. Luego se arrastró hasta que la huida de Rosas le permitió resurgir.

Los historiadores que han pretendido analizar este trayecto de la masonería argentina lo han hecho impulsados por sentimientos que les hicieron silenciar los testimonios trascendentes de Tomás de Iriarte y Enrique Martínez. Es preciso que no olviden que la masonería no sólo tenía su influencia en los ejércitos argentinos, chilenos y peruanos, sino en los mismos españoles. Los tomos que hemos publicado de las Memorias de Iriarte están llenos de referencias curiosas y preciosas acerca de las luchas de masones y clericales entre los generales y demás jefes españoles. El mismo Iriarte, iniciado en la Masonería en el buque que lo trajo a América, recuerda muy bien estos hechos que los historiadores tendenciosos han tenido sumo cuidado en ocultar. En cuanto a Enrique Martínez no ignoró las divisiones que existían entre los españoles masones y no masones. Leogardo Miguel Torterolo, en la completa biografía que escribió de Enrique Martínez, en Montevideo, en 1923, reproduce una carta de Martínez al general Antonio José de Sucre en la cual le da informes sobre los generales españoles Valdéz, Canterac y La Serna. Dice de ellos que "llevan la clave del orden político y militar; son a un tiempo odiados y temidos por los pueblos; gozan de opinión en el Ejército; son activos y emprendedores y, en una palabra, los únicos que sostienen la guerra. La necesidad los obliga a valerse de oficiales americanos de que se componen la mayor parte de sus cuerpos. Hay entre ellos tenaces enemigos del país; pero la mayoría es accesible a la voz de la patria y a las maniobras de la política". A continuación, Martínez escribe estos párrafos que nos revelan y confirman el espíritu masónico que distinguió a aquellos hombres: "El carácter de los tres indicados magnates, su conducta masónica militar, las especulaciones lucrativas de cada uno, y sus peculiares compromisos en la conjuración virreinal son otros tantos agentes de la guerra que nos harán a cualquier costo".

Es indudable que la masonería tuvo una influencia igualmente poderosa tanto en las filas que podemos llamar americanas, partidarias de la independencia política, como en las españolas, contrarias a este ideal. Las revelaciones de Enrique Martínez, como las de Tomás de iriarte, puede decirse que han cambiado el conocimiento que antes se tenía de la política secreta que condujo a la independencia de América.

Estas revelaciones que el general Martínez hizo al doctor Andrés Lamas acerca de la importancia de la masonería en la política del Río de la Plata, antes de la independencia y en la lucha por este ideal, no son las únicas que consignó en sus escritos. Repitió los conceptos que hemos leido, a veces con las mismas palabras, en las *Observaciones hechas a la obra póstuma del señor Ignacio Núñez, titulada "Noticias Históricas de la República Argentina"*, Tienen una importancia muy grande por los muchos detalles que rectifican. El erudito Juan

Antonio Pillado las publicó en la *Revista Nacional*, dirigida por don Rodolfo W. Carranza (Buenos Aires, 1903, año XVIII, volumen I, tomo XXXVI, entrega I, páginas 3-15, y entrega II, páginas 118-130). Fueron reproducidas en la *Biblioteca de Mayo*, editada por el Senado de la Nación (Buenos Aires, 1960, tomo I, páginas 513-530). Nos cuenta todo lo que resumió en su carta a Andrés Lamas. En algunos puntos trae más pormenores. En otros repite las mismas palabras. Por ejemplo, cuando nos refiere que "Desde una época remota existía en Buenos Aires la Sociedad masónica, y Peña y Vieytes que pertenecían a ella, fue la que les sirvió para reunir a sus amigos ..." No utiliza las primeras letras de los nombres y apellidos, sino que los escribe completos. En un momento nos cuenta cómo en el Cabildo del 22 de mayo de 1810, "en esa primera reunión no se arribó a nada, pero en la del 24, por intrigas del Cabildo y porque el comandante Saavedra se puso de acuerdo con ellos, se formó la Primera Junta, que la presidía el virrey Cisneros ..." Es una prueba más que refuerza nuestra afirmación, tan ignorada y solapadamente combatida, de que la Primera Junta no fue la presidida por Saavedra, como se repite en obras elementales, sino la que presidió el ex-virrey Cisneros: último virrey en estas tierras y primer presidente de los argentinos.

V

LOS ULTIMOS AÑOS

En enero de 1854 murió el general Fructuoso Rivera. Los viejos protagonistas de la historia uruguaya iban desapareciendo. Otros hombres surgían y otras ambiciones se imponían. Elegido el coronel Flores presidente constitucional, nombró a Martínez Ministro de Guerra y Marina. Una revolución derribó el gobierno de Flores. Este firmó un pacto de unión con Manuel Oribe el 11 de noviembre de 1855. Martínez estuvo en contra de este pacto. Otra revolución llevó a la presidencia a Gabriel Antonio Pereira. Martínez colaboraba con el opositor Joaquín Suárez. Otra revolución en contra de Pereira obligó al general César Díaz a salir de Montevideo. Martínez, su suegro, se asiló en el Consulado de los Estados Unidos. Los revolucionarios fueron combatidos y vencidos por el general Anacleto Medina. En la capitulación se convino que los jefes del levantamiento tendrían libertad para refugiarse en el territorio brasileño. El principal jefe era el general César Díaz, casado con Josefa Martínez, nacida en Entre Ríos, hija de Enrique Martínez y de su primera señora, doña Francisca Antonia de los Ríos y Torres (Más tarde casó en segundas nupcias con doña Mercedes Somalo). El general Martínez supo, por las voces que corrían, que el presidente Pereira había ordenado no respetar el pacto firmado por Anacleto Medina con César Díaz y fusilar a este general y demás jefes sublevados. Martínez escribió inmediatamente una carta al presidente Pereira, implorando la vida de los rendidos y haciéndole comprender la obligación moral de cumplir el pacto de su representante. El presidente Pereira recibió esta carta al día siguiente de haber ordenado el fusilamiento de todos los jefes sublevados. La masacre se realizó en Quinteros, cerca del Durazno, el primero de febrero de 1858, y causó indignación y profunda tristeza en el Uruguay, en la Argentina y toda América. Nunca se había cometido un hecho semejante. Sobre la memoria del presidente Pereira -gran bebedor de ajenjo- pesa como una lápida ilevantable. El general Martínez y su hija Josefa dejaron el Uruguay para siempre y se dirigieron a Buenos Aires.

En esta ciudad, que no era la misma de sus años mozos, Martínez fue recibido con admiración y cariño. El gobierno lo incorporó inmediatamente al ejército. El gobernador doctor Valentín Alsina lo nombró, el 13 de agosto de 1858, inspector general de armas. Este cargo le fue confirmado por los ministros de la guerra Matías Zapiola y Bartolomé Mitre. Debemos hacer notar que todos ellos pertenecían a la masonería. Martínez se consagró de inmediato a hacer frente al grave problema que significaban las invasiones de los indios. Con él colaboraba otro uruguayo, su antiguo amigo, el general Venancio Flores.

Buenos Aires no sólo debía defenderse de los robos enormes de los indios, sino de las ambiciones y antipatías profundas de las provincias. El problema con Urquiza y la Confederación se agravaba por horas. Martínez no quiso intervenir en la guerra civil y renunció a su cargo. El gobernador Bartolomé Mitre tuvo que aceptarlo. En cambio, su amigo Flores tomó parte en la batalla de Pavón y, en especial, en la matanza innecesaria y absurda de Cañada de Gómez. Flores, además, pensó invadir el Uruguay para alcanzar la presidencia y poner fin a los desórdenes que se producían en ese país. Fue así como embarcó en el Tigre, en el vapor *Caaguazú*, con otros amigos, el 16 de abril de 1863, e inició la guerra civil en la Banda Oriental.

Estos hechos son considerados los prolegómenos de la guerra contra el Paraguay. En torno a esta guerra, pronto llamada de la Triple Alianza, se ha escrito muchísimo y se han aclarado hechos fundamentales; pero el afán de innovar o sembrar dudas con documentos impropios u opiniones personales oscurece la historia y crea dudas en muchísimos críticos. No es éste el instante de abordar este problema, que hemos desenvuelto en otras páginas. Digamos, tan sólo, que en él no estuvo implicada la Argentina, ni por medio de Mitre ni de sus ministros Rufino de Elizalde y el general Juan Andrés Gelly y Obes. No hay pruebas que demuestren lo contrario. Elizalde pasó a la Banda Oriental e hizo esfuerzos indecibles para pacificar a los contendientes. Una documentación aplastante, en gran parte publicada y mal estudiada, así lo confirma. No fue posible. El partido Blanco pidió la ayuda del mariscal López, presidente del Paraguay, y los hechos se precipitaron. Gelly y Obes, cuando tuvo noticia de la partida de Flores, ordenó, inquieto, a los capitanes de los puertos del Litoral que lo informasen de las novedades. Dispuso que no se permitiese embarcar a ningún jefe u oficial que hubiese pertenecido al Ejército del estado Oriental sin el consentimiento del gobierno. El señor Nepomuceno Madero, en una carta a don Benito Chaim, del 21 de abril de 1863, que publica Torterolo, le dice: "Ya sabrá usted que el general Flores se fue el jueves último dejando como un negro a Mitre, a quien había ofrecido todo lo contrario". En otro párrafo agrega: "Juan Andrés (Gelly y Obes) dice está de mal humor con la burla que les ha hecho Flores, y aunque de aquí no ha llevado ni hombres ni ningún artículo de guerra los ha dejado de cara larga". En Buenos Aires se formó, no oficialmente, un comité de amigos de Flores. En él se hallaban Enrique Martínez, Juan Carlos Gómez y Marcelino Mezquita. La invasión de la Argentina, por parte de Solano López, obligó a firmar el tratado de la Triple Alianza, en Buenos Aires, el primero de mayo de 1865. Martínez en nada intervino en esta contienda. Estuvo espiritualmente en favor de la Argentina, sufrió una hemiplejía y murió el 30 de noviembre de 1870, el año en que terminaba la guerra del Paraguay.

En el entierro del general Martínez, en la Recoleta, hablaron Emilio y Bartolomé Mitre. Entre los acompañantes del féretro se hallaba el vicepresidente de la Nación, el doctor Va-

lentín Alsina. Los diarios le hicieron muy justos elogios. En el Uruguay, otra vez ardiendo en guerra civil, la noticia apenas fue comentada. La revolución de Timoteo Aparicio amenazada a Montevideo. Más tarde, el Uruguay quiso repatriar los restos del general Martínez. El gobierno argentino se opuso, pues lo considera un héroe nacional.

Hoy, la figura de Martínez, a los doscientos años de su nacimiento, surge como uno de los grandes símbolos de la unidad americana. Luchó por una América libre y fue compañero de ideales de San Martín, Bolívar y las grandes figuras de la emancipación. Más tarde fue guerrero en la Argentina y el Uruguay. Tuvo tres patrias simultáneas: el Uruguay, donde nació; la Argentina, donde murió, y América, por cuya independencia tanto luchó. Defendió siempre el ideal de la Libertad. No tomó parte en luchas civiles. Fue un general sanmartiniano, argentino y uruguayo. La iniciativa de firmar el acta de Rancagua dio a América el complemento de su libertad. Su presencia en los ejércitos de la Argentina y del Uruguay salvó a estos países de grandes desastres. En 1853 estuvo en contacto con Juan Manuel de Rosas. Este, en una carta que le escribió el 18 de marzo de 1833, le expresó su aprecio y su amistad. Martínez le hablaba con franqueza y audacia. Le mostraba sus errores, le hacía notar cómo hundía al país cada vez más. Fue contrario a su política, que disolvía la nación, y le mostró sus desaciertos en una carta famosa. Por otra parte, estuvo en estrecha amistad con los hombres más destacados de América, desde San Martín, Bolívar, Sucre y otros, hasta los de su vejez, que fueron los que guiaron la política en sus dos patrias: el Uruguay y la Argentina.

LIBERALISMO Y MASONERIA

Hay en la historia argentina corrientes de interpretación y de juicio que tratan de alcanzar lo que se llama verdad, o sea, conocimiento pleno de un hecho o de muchos hechos, y no siempre lo logran. Ello se debe a que no se sabe qué es la verdad. Tampoco se intuye qué medios son los correctos para entenderla. Es así como los historiadores se pierden en un mundo de teorías cuando están frente a la historia universal o la historia de un país.

La macro y la micro historia ofrecen dificultades en sus visiones que dependen de los estudios que las analizan y juzgan. La historia como sentencia o definición sólo puede alcanzar algún fin cuando está bien informada. El conocimiento es imprescindible y este conocimiento nunca es completo, ni lo será con el correr del tiempo, porque siempre es posible hallar nuevos testimonios que cambian los juicios anteriores.

En nuestra historia, este oscilar de teorías extremas y contradictorias es harto común. Lo mismo ocurre con las historias de todos los países. Entre nosotros hemos discutido, sin excepción, todos los hechos de nuestro pasado: desde el descubrimiento de nuestro territorio hasta el presente que estamos viviendo. Aún no sabemos de dónde provienen nuestros defectos y nuestras virtudes.

Los casos más conocidos, por no decir populares, son la época de Rosas y los choques entre fuerzas clericales y fuerzas anticlericales. No empleamos el término religiosas porque en realidad no hubo en nuestro pasado, ni los hay en nuestro presente, enfrentamientos de creencias o problemas de carácter dogmático. Lo que hubo -y esto sí se discute- es una adversión declarada contra la masonería y una suposición, muy generalizada, entre historiadores de mediocre cultura, que presenta la masonería como autora de hechos que nacieron de causas políticas y nada tuvieron que ver con ella. En algunas ocasiones, política y masonería anduvieron juntas, como se unieron otras fuerzas que algunos ensayistas imaginan religiosas y no pasaron de otros intereses.

Nos concretamos al período vulgarmente llamado sanmartiniano que va desde los comienzos de la influencia de José de San Martín hasta su muerte, con la conclusión de los años denominados rosistas. En este tiempo la masonería tuvo su ascendencia y su decadencia. A ella se le atribuyen acontecimientos producidos por otras causas y se le substraen grandes hechos que se supuso originados por otros. Se advierte, en el acto, que este fenómeno es propio de una falta de ilustración en lo que se refiere a este estudio. Hombres con una cultura media, intachables en su vida, y merecedores del más alto respeto por sus nobles intenciones, se entregan al estudio de la historia y, por falta de una imprescindible información, cometen errores y exponen interpretaciones que no son dignas de sus talentos y de sus propósitos.

Este hecho proviene del preconcepto de que la masonería es algo simplemente infernal, diabólico, dañino en todos sus sentidos y que el liberalismo, unido indisolublemente a la masonería es la consecuencia política de este diabolismo.

En consecuencia, es la causa fundamental de todos o la mayoría de los males que ha sufrido nuestra historia.

La masonería entra, de este modo, en la historia argentina -por no decir de América- y, decide su destino en lo que fue erróneo y es la culpable de no haber permitido otras metas muy superiores. De este modo, ciertos historiadores inventan un problema político-religioso que, en verdad, nunca ha existido y que sólo aparece en algunos libros por los incuestionables desconocimientos de sus autores.

Todo historiador sabe a la perfección que en la Argentina nunca hubo cuestiones religiosas, sino políticas. No atacaron ningún dogma, ni vulneraron la Iglesia Católica Apostólica Romana. La Argentina marchó en el largo viaje o transcurso de la historia de acuerdo con la evolución de sus problemas sociales. Si eliminó la Inquisición, en forma oficial, desde 1813, fue porque había dejado de existir en el mundo y Fernando VII, que la restableció, no pudo mantenerla. La opinión era contraria en la misma Roma. No olvidemos, para empezar, que la inquisición nunca tuvo oportunidad de manifestarse en los trescientos años de vida monárquica de esta parte de América. Salvo el caso de Rivadavia, que se entrometió en cuestiones de organización y disciplina eclesiástica, sin tocar ningún dogma, apenas pueden mencionarse roces momentáneos, de mínima duración, entre un gobierno y el Vaticano. Hubo un episodio intranscendente en el gobierno de Roca. América fue un continente católico que, por su vida y sus necesidades, no pudo mantenerse cerrado a la penetración de otros cultos, como pretendían algunos católicos temerosos de contagios heréticos. Hoy en día, todas las religiones tienden a unirse para mantenerse firmes frente a la ola de ateísmo y, lo que es peor, de indiferentismo que amenaza la fe en un Dios superior. Debemos volver a la historia y salir del presente, que no corresponde a los historiadores, sino a los políticos. Sobreviven, espíritus intolerantes e incomprensivos que desearían regresar a los tiempos inquisitoriales, con quemazones de herejes y fulminaciones de excomuniones. Estos historiadores, propios de ciertas épocas y con una cultura histórica insuficiente, empiezan por hablar de liberalismo y de masonería sin saber qué fueron y son estas fuerzas históricas y políticas. En cuanto al liberalismo, la confusión o desorientación de quienes emplean estas palabras es tan grande que explica sus visiones falsas, por no decir absurdas. Liberalismo, para ellos, es sinónimo de desorden, de caos, de anticatolicismo, de ateísmo y de antipatria. Los liberales fueron una maldición, un daño inmenso para nuestra historia. Los liberales, como los unitarios, en general, acusados de liberales, pretendieron entregar la Argentina a los extranjeros y, en particular, a Gran Bretaña, que no era católica. En cuanto a la masonería, repetimos, era la suma

de todas las maldades y la enemiga a muerte de la religión de Cristo y de todas las religiones. Ninguno de estos autores, que hablan y escriben de este modo, ha leído las obras, algunas monumentales, que el jesuita Ferrer Benimeli ha escrito sobre la masonería y sus problemas políticos. Tampoco se han detenido a analizar el verdadero significado del liberalismo. No han ido a la crónica del Concilio de Trento a comprobar cómo los sabios teólogos católicos, a moción del jesuita Diego Lainez, declararon la Libertad un Dogma, o sea, una verdad eterna e indiscutible que salvaba al hombre con su libertad para elegir entre el bien y el mal. La libertad se enfrentaba a los luteranos que concebían la salvación únicamente por la fe en Cristo y a los calvinistas que la hacían depender de la predestinación divina. La libertad y la responsabilidad del hombre, que le permite salvarse por sus obras, es la doctrina liberal, o sea, el liberalismo. Un buen católico, un perfecto creyente, es un liberal y su doctrina es el liberalismo, no la fe salvífica de Lutero, ni el predestinacionismo de Calvino. Algunos economistas, partidarios del libre comercio, sin trabas aduaneras para ciertos productos, son considerados liberales. Por último, es natural que quienes defienden la libertad frente a las tiranías o sistemas políticos absolutistas, despóticos, también sean considerados liberales, sostenedores del liberalismo político. Es la doctrina contraria a los totalitarismos, como el comunismo que sólo admite un partido o el viejo nazismo que lo igualaba en su intransigencia.

En la Argentina las escuelas históricas se han dividido en estrictamente documentales, que exponen documentos y hechos comprobados por los mismos, dejando al lector las deducciones filosóficas que las pruebas y los sucesos les inspiren, y políticas cerradas que buscan influencias masónicas y británicas en incontables sucesos y les atribuyen todo lo que para ellas ha sido nefasto. Entre estos historiadores, antimasones por principio y antibritánicos sin ninguna razón nacionalista, los hay que son hombres de estudios universitarios, autores de obras históricas con fuentes no siempre completas y bibliografías tendenciosas, partidarios del nazismo, por odio a países que se distinguieron por sus luchas contra el Papa y admiración a gobernantes como Hitler, al cual se esfuerzan en parangonar con Rosas. Estas bases políticas se envuelven en un catolicismo que sorprende a los católicos puros. Esta mezcla religiosa, política hitleriana, antimasónica y antiliberal, ha dado origen a una bibliografía abundante y en apariencia seria. Es obligatorio conocerla para comprenderla y juzgarla. El daño que ha hecho esta bibliografía es largo y es hondo. Muchas juventudes la siguen y hacen gala de una instrucción superficial, errónea y tendenciosa que los aleja burdamente de la verdad. La enumeración de esta bibliografía llenaría muchas líneas con títulos que es aconsejable olvidar. Un historiador que podemos tomar como ejemplo es el señor Carlos Steffen Soler, autor de un interesante tomo de trescientas veinte páginas titulado *San Martín en su conflicto con los liberales.*Fue editado en Buenos Aires en 1983 y lleva un

sólido prólogo del señor Federico Ibarguren, hijo de nuestro ilustre amigo, el doctor Carlos Ibarguren, antiguo colega de la Academia Nacional de la Historia.

El doctor Federico Ibarguren sigue las huellas de su inolvidable padre, autor de una valiosa biografía de Juan Manuel de Rosas y otros libros de gran utilidad en los estudios históricos argentinos. No obstante, no ha sabido ser imparcial como su antecesor, el doctor Carlos Ibarguren, y empieza por destacar el supuesto "tartufismo que abunda en las historias de Mitre, Otero y Rojas, para no nombrar a los Levene, Piccirilli, Palcos y compañía". Estos autores, glorias de nuestra cultura histórica, no fueron Tartufos, sino investigadores de honradez insuperable, que no cayeron en las desviaciones ideológicas en que han tropezado otros estudiosos. Así, don Federico Ibarguren ataca a "no pocos figurones liberales de esta Argentina decadente que nos toca vivir".

Entramos en el tema obsesivo del liberalismo. Federico Ibarguren es una muestra ejemplar, sin hablar de otros señores que comparten e intensifican sus ideas, de la tendencia histórica que, en la Argentina, combate el liberalismo. Estos señores ignoran a fondo qué significa liberalismo. Lo hemos explicado en páginas anteriores. Suponen que el liberalismo es anticatolicismo o masonería o ateísmo o algo semejante y no sospechan que es la doctrina católica contraria al luteranismo y al calvinismo. Inmediatamente se precipitan en otro abismo histórico: el alejamiento de San Martín después de la entrevista con Bolívar en Guayaquil. Es un "renunciamiento" impuesto por el "drástico veto de la masonería británica con la cual el joven San Martín antinapoleónico se había vinculado por juramento desde el 1811".

Dos líneas con cinco enormes errores. Primero, no hubo renunciamiento: segundo, no hubo ningún veto de la masonería británica que ignoró estos hechos: tercero, San Martín no fue antinapoleónico, sino un político que compartió el ideal napoleónico de la independencia americana: cuarto, San Martín no se vinculó con esa masonería, y quinto, nadie sabe en qué año San Martín entró en la masonería.

Los errores siguen: San Martín, en ningún instante "desafió" a Inglaterra. La revolución de Riego no fue apoyada por el Foreign Office de Londres. San Martín no se sometió "silenciosamente en Guayaquil (desautorizado por sus hermanos europeos grados treinta y tres de compás y mandil) a las ambiciones personalistas de Bolívar". Este ilustre general no estaba "apoyado entonces por la pérfida Albión que buscaba -dividir para reinar- el fraccionamiento republicano en Hispano América, fomentando en ella brotes revolucionarios permanentes".

Ningún historiador conoce estas fantasías que se atribuyen a la política británica de aquellos años. Rivadavia no era "cómplice calificado de la masonería triunfante". El doctor Federico Ibarguren se alegra que el doctor Steffen Soler haya escrito "un espléndido alegato por elevación contra los llamados *próceres unitarios:* Moreno, el precursor, Rivadavia, La-

valle, Paz, Sarmiento, Alberdi, Mitre y sus epígonos actuales", sometidos, todos ellos, "al extranjero poderoso y rico, sobornador de conciencias y corruptor de honradeces...".

Es una antipatía profunda a los hombres que construyeron la patria y estuvieron, por tanto, en contra de la política llamada rosista. Comprendemos que esta no es una manera de escribir ni de entender nuestra historia. Federico Ibarguren está seguro que "el adversario no va a contestar. Es su vieja táctica: el silencio". Busca la polémica. Su manera de pensar es la de "nosotros, los católicos nacionalistas antiliberales, declarados *leprosos* por la Argentina oficial...". Si hay católicos "nacionalistas" ello significa que los hay "antinacionalistas", es decir, contrarios a su nación, a su patria, traidores. No los conocemos. Tampoco sabemos que los católicos sean antiliberales, es decir, contrarios a la libertad.

No nos explicamos cómo un hombre de talento como Federico Ibarguren, que ha escrito libros documentados, serios y útiles, puede decir lo que estamos leyendo. Pero menos comprendemos cómo otro autor de excelentes trabajos históricos haya podido firmar un libro tan cargado de imaginaciones, sueños y fábulas, como su *San Martín en su conflicto con los liberales*. Tiene una obsesión ininterrumpida: la masonería, el liberalismo, la influencia británica. San Martín, empieza por decir, "está como pegado a los liberales, a los masones y a los ingleses". Cualquier conocedor de la vida de San Martín sabrá si esto es cierto. Los liberales, según Steffen Soler, "ocuparon un lugar de honor en el proceso de descristianización de la cultura en nombre de las luces, frente al obscurantismo o tinieblas que era de rigor consignarle al mundo católico". Salvo un Esteban Echeverría, que fue un declarado enemigo de Roma y del catolicismo, no conocemos otro caso comparable, ni de nadie que se haya ocupado en descristianizar nuestra cultura.

Los liberales atacaron la religión desde adentro, "dejando la caparazón intacta". Todos ellos "calumniaron a los caudillos" y al país "adjudicándole una barbarie que no tenía". Es la escuela que endiosa a los caudillos, a Rosas, tan amigo de los ingleses, a la desorganización nacional y a los contrarios de un Congreso y de una Constitución. Los historiadores que no compartían estas ideas "transmutaron en dioses a los protagonistas de la lucha contra el mundo católico encarnado en Rosas y los caudillos". Estas palabras nos iluminan acerca del convencimiento que tiene Steffen Soler, y como él muchos otros de sus colegas, de que el catolicismo estuvo encarnado en Rosas, que siempre fue un indiferente en materia religiosa y expulsó a los jesuitas, y en los caudillos que, excepto Quiroga, fanático que escribió en su bandera "Religión o muerte", nunca se destacaron por su amor a nuestra religión.

Estamos frente a una conjunción de un muy especial "catolicismo", rosismo, caudillismo, antiliberalismo y otro inverosímil sanmartinismo. Esta novísima "escuela histórica argentina" llega a llamar "tendenciosa y hasta mezquina" la *Historia argentina* de José María

Rosa, autor de muy grandes méritos, laborioso, serio y documentado, cuyas ideas no siempre compartimos, como las rosistas; pero que respetamos por su elevación y nobleza.

Steffen Soler, que no es un inculto ni un desvariado, tiene algunos aciertos.

El principal es no aceptar, con tantos elogios, la llamada "renuncia" de San Martín. Como no se la comprendió, simplemente por ser un hecho inexistente, se la llenó de alabanzas, se la presentó como ejemplo único de sacrificio heroico para evitar una guerra con Bolívar y se dijeron otras muchas palabras que, con las demostraciones de Ricardo Rojas y nuestras, hoy no es necesario repetir.

Hablaremos de este problema más adelante.

Si hubo una "falsificación de la historia" no fue hecha por los liberales, ni antiliberales, sino por todos los historiadores que no conocían ciertos documentos y siguieron una tradición extendida en todos los libros de historia americana. Hubo un inmenso y colectivo error que sólo en estos últimos años ha comenzado a dilucidarse y que el propio Steffen Soler sigue ignorando. Con este grueso desconocimiento este autor demuestra cómo es posible mantenerse en un error sin necesidad de ser liberal ni antiliberal. Esta ignorancia, en otros aspectos , es la que atribuye a los liberales la pérdida de muchas partes del antiguo virreinato. Si la Argentina perdió Bolivia no fue por los liberales, sino por los federales que aprobaron la Ley Fundamental de 1825 que dejó a los pueblos en libertad de constituirse como quisiesen y a las provincias en naciones independientes. En cuanto a otras fronteras, todas se solucionaron de acuerdo con las normas aceptadas en América del *útil possidetis juris y de facto*. No hubo entregas, ni pérdidas por incapacidad de gobernantes. Bolivia se independizó porque así lo autorizó la Ley Fundamental de 1825: hecho que el doctor Steffen Soler parece no recordar. Era una ley que aseguraba, y aseguró para siempre, el federalismo argentino. Los no liberales, como los llama Steffen Soler, nos dejaron perder el Alto Perú.

Otro hecho que Steffen Soler pone por las nubes es la colocación de la capital en un lugar que no fuese Buenos Aires. Nos sorprende que atribuya esta idea a San Martín. En aquel entonces, este traslado, por la confusión política que vivía el país, habría sido imposible. Hoy es propia de delirantes. Steffen Soler cree que la "aristocracia mercantil", como la llamaba Dorrego, fue la que fusiló a este personaje. Esto demuestra que ignora porque fue fusilado este hombre de nuestra historia. Nada tuvo que ver el mercantilismo con esta muerte. Fue por haber contribuído a disolver la nación. ¿Qué se haría hoy con un hombre que disolviese la Argentina dejándola sin Congreso, sin Constitución, sin capital, en manos de caudillos que pretendían ser vitalicios, sin un ejército nacional ni un tesoro nacional?. Está acertado Steffen Soler cuando ataca a Rivadavia porque, como explicó Tomas de Iriarte, dado a conocer por nosotros en la integridad de sus memorias, su reforma dejó en la miseria a las tres cuartas partes de los veteranos de la independencia. No creemos, como Steffen

Soler, que "la lista de los felones" que tiene la Argentina en sus estatuas y nombres de calles, contenga los nombres de Mitre, Sarmiento, Alberdi, Lavalle, del Carril, Paz "y otros muchos", es decir, los hombres que lucharon por la organización nacional y en contra de la tiranía de Rosas. Otro dislate es decir que Mariano Moreno "rechazó los diputados del interior -aparte la exigencia inglesa- porque iban a importunarlo en su propósito de poner en marcha el *Contrato social* en Buenos Aires". Los colegiales saben que Moreno renunció a su cargo de secretario de la Segunda Junta porque los diputados del interior se incorporaron a la Junta. No los rechazó: quería que dirigiesen el país desde un Congreso, que diesen leyes, que no estuviesen bajo la férula de Saavedra, que sólo aspiraba substituir al virrey. La incorporación de los diputados a la Junta suspendió el Congreso y la Constitución durante años y significó las guerras civiles que nos devoraron. Lo del *Contrato social* es una insensatez. ¿En qué iba a ponerlo en marcha?. Steffen Soler nunca lo leyó.

Este autor, uno de los más incomprensibles de la historiografía argentina, llega al extremo de escribir que los liberales quisieron "aniquilar a la Argentina católica", aniquilamiento que queda a la intemperie en la persecución a San Martín, a Juan Manuel de Rosas y a Bolívar, hasta conseguir anularlos a los tres; para de ahí acelerar el vasallaje de Hispano América, que los liberales argentinos sirvieron con una lealtad que la historia no podrá olvidar" (página 26). Probar estos dislates es imposible y perder tiempo en discutirlos es inútil. Hay afirmaciones que no son dignas de una refutación.

Steffen Soler no se explica un hecho que él expone como una contradicción en la vida de San Martín: "comienza su aventura americana con un juramento formal en las logias inglesas -extracto del ya fuerte capitalismo protestante- y la concluye legándole su sable a Rosas, la flor y la nata de la reacción antimasónica de los católicos criollos". Steffen Soler reconoce que San Martín pertenecía a la masonería -hecho que muchos de sus colegas niegan absurdamente-; pero inventa lo del juramento en las logias inglesas e insinúa que legó su sable a Rosas porque era antimasón: otra afirmación que revela otra larga serie de desconocimientos.

La manía de la influencia británica en la Argentina, que fue como la de cualquier otra nación, hace decir a Steffen Soler que Mitre, Sarmiento y Alberdi "habían estado incondicionalmente al servicio del capital inglés". Alberdi, como abogado, tuvo algún cliente inglés. De mitre y de Sarmiento aún no se ha descubierto este servicio incondicional. No pasa de una vulgar calumnia.

Este autor no ha sabido comprender el llamado problema de la renuncia de San Martín después de Guayaquil. Si hubiera leído una vez *El Santo de la Espada*, de Ricardo Rojas, que tanto maltrata, o la colaboración de Rojas en la *Historia de la Nación Argentina*, que editó la Academia Nacional de la Historia, o nuestros libros *San Martín: su pensamiento político* o *Simón Bolívar: sus ideas políticas*, que parece desconocer, no habría dedicado

tantas páginas a un punto totalmente resuelto y que no es serio volver a obscurecer. San Martín declaró abiertamente que en el Perú no gobernaría más de un año. Esto lo hizo notar Rojas. Nosotros reforzamos la demostración con otras declaraciones coincidentes y la prueba terminante de que cuatro meses antes de encontrarse con Bolívar tenía su alejamiento del Perú perfectamente resuelto y planeado en sus detalles. San Martín y Bolívar, coincidentes en sus propósitos, resolvieron unir América en una sola e inmensa nación. Para ello, sus representantes, el general Mosquera y el doctor Bernardo de Monteagudo, firmaron un acta famosa, muchas veces publicada, que el señor Steffen Soler nunca ha leído. Para confirmar esta resolución, de común acuerdo, se encontraron durante unas horas, en Guayaquil. San Martín dijo a Bolívar que había dejado su renuncia en su escritorio en Lima. Cuando volvió a esta ciudad, reunió el Congreso y presentó su renuncia. La historia, sin una sola contradicción o duda, demuestra que San Martín emprendió la liberación del Perú con el fin de gobernar en él únicamente durante un año y entregar el Perú a los peruanos con un Congreso constituído. Alcanzado este resultado, San Martín cumplió su palabra y se fue. En nuestro libro *Simón Bolívar: sus ideas políticas*, editado por la Academia Nacional de la Historia, de Venezuela, exhibimos la documentación referente al encuentro de San Martín y Bolívar en Guayaquil. Las viejas dudas o interrogantes quedan resueltas. San Martín dejó papeles que debían ser entregados a Guido; pero se han perdido o no se sabe qué fue de ellos. Cualquier papel relativo a San Martín tiene siempre un gran interés; pero frente a esta fatalidad nada se puede hacer. Con la documentación de primera mano, bien conocida, se llega al resultado que hemos alcanzado Rojas y nosotros y nada se puede añadir. Ignorar estas últimas conclusiones de la historiografía crítica y documental y decir lo que hemos leído en las páginas del señor Steffen Soler no es propio de estudiosos equilibrados.

Ahora bien: la masonería no aparece en ningún instante en todo lo que se relaciona con la antiguamente llamada "renuncia de San Martín". Suponer que San Martín se fue del Perú por imposición de la masonería, porque Bolívar tenía en la masonería un grado superior al de San Martín, porque la política inglesa obligó a San Martín a renunciar u otro despropósito semejante es caer en una novela o en un simple caso de locura.

San Martín, en varias de sus cartas, especialmente a Guido, expone su intención de hacer conocer los motivos o razones por los cuales se alejó del Perú; pero no lo hizo por causas que ignoramos o lo hizo y sus escritos se han perdido o han sido destruídos. Se trata de su posiciones. Lo cierto es que no sabemos qué fue de estos papeles a los cuales San Martín se refirió más de una vez. Dejamos este punto en su misterio y vamos a la historia que es preciso, obligatorio, conocer y que no lo fue hasta que nosotros tuvimos suerte de poder reconstruir.

Steffen Soler ha desconocido todo lo que vamos a decir. A su juicio, fuerzas secretas (empieza la novela) determinaron "la eliminación de San Martín, que ya estaba condenado; Bolívar lo dejó caer simplemente porque respondía a los mismos intereses sucios que en ese momento conspiraban contra un San Martín dispuesto a evitar la disgregación de América, aunque se equivocó feo cuando encontrar un aliado en Bolívar" (Termina la novela).

Inútil es pretender una prueba que demuestre la verdad de tantas imaginaciones: quien condenó a San Martín; qué intereses obligaron a Bolívar a dejar caer a San Martín; porque Bolívar quería la disgregación de América y no la quería San Martín, etcétera. Todo esto no es historia; es desvarío, demencia pura. Nadie ignora que Bolívar y San Martín hicieron la unidad de América y que los federalistas del Norte de la América del Sud la deshicieron. Es sabido que Bolívar lamentó inmensamente el alejamiento de San Martín y nunca se explicó sus motivos.

San Martín habló a Guido de secretos que prometió revelar algún día. Estos secretos se refieren, indudablemente, a la masonería. La Logia O-O de Chile manejaba la política de estos momentos. Es posible que haya impuesto a San Martín la obligación de gobernar en el Perú durante un año y no más y dejar, como lo hizo, el gobierno del Perú a los peruanos. Esta es una suposición; pero como no admitimos en nuestros estudios, jamás, ninguna suposición, expondremos otros hechos que no son suposiciones, sino historia concreta, indiscutible, bien conocida y bien olvidada.

No hay historia de San Martín que no hable de la entrevista de Punchauca. En esta entrevista San Martín propuso al virrey del Perú formar una nación independiente con el Perú, Chile y la Confederación Argentina. Es un plan que venía desde los proyectos de Belgrano, Sarratea y Rivadavia de 1814 y no llegó a realizarse, pero nos revela un gran pensamiento de San Martín. El porque de este fracaso ha sido explicado de muchas maneras. Steffen Soler, con su imaginación ardorosa, nos dice que San Martín, en Punchauca, quería "hacer la paz con España y volverse con las bayonetas sobre Buenos Aires: el principio del fin de la actuación del Libertador en América". Más truculencia, imposible. San Martín que busca una paz con España para atacar a Buenos Aires no es necesario comentar ni deshacer estas fantasías. Provienen de una carta de un español que no sabía lo que decía. Otros historiadores han creído en una simulación monárquica de San Martín. Les parecía improbable o imposible que San Martín hubiese aceptado un pacto con los españoles para crear una nueva nación en América, tan grande como el antiguo virreinato del Río de la Plata, Chile y el Perú. Las suposiciones y hasta los sueños se sucedieron en estos comentarios. Otros estudiosos piensan que se trató de una estratagema política o diplomática para ganar tiempo o comprometer y a obligar a los españoles de América a plegarse a la causa americana. Etcétera. Joaquín de la Pezuela, en su *Memoria de gobierno* (edición y prólogo de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena, Sevilla, 1947) nos dice San Martín "que

ya hacía algunos días se encontraba en el puerto en la goleta *Moctezuma* con el carácter de parlamentario, a fin de ventilar los incidentes que habían paralizado el poner en ejecución lo que se había pactado en Punchauca por él con Laserna y Canterac de común acuerdo, y que no tuvo efecto por la oposición de Valdéz". Es la palabra definitiva, de un testigo y protagonista español: la paz con España y el nacimiento de una inmensa nación hispanoamericana fracasaron por la oposición de Valdéz. Asunto terminado.

San Martín, con las tratativas de Punchauca, se nos revela como un diplomático de talento extraordinario. Los historiadores hispanoamericanos no han sabido valorar este hecho tan trascendente. Los biógrafos de San Martín no han comprendido tampoco su importancia en el pensamiento político del Libertador. Por el contrario: han preferido olvidarlo o destrozarlo con sus suposiciones para quitarle todo acercamiento con España. El antihispanismo de muchos historiadores ha sido una de las causas principales de este desdén historiográfico por el Plan de Punchauca, el más extraordinario que se planeó en América para dar fin a la guerra civil más grande de la historia humana. Los historiadores españoles igualmente han sido víctimas de esta incomprensión o de este desconocimiento de un hecho tan sorprendente como fue éste. Lo indudable -es bien que lo sepan los estudiosos de España y América- es que si España perdió definitivamente América no fue por ningún odio, ni intolerancia, ni otras causas de los americanos, sino por única culpa de los propios españoles: un Fernando VII, que no aceptó reinar en América con un Congreso y una Constitución, como le propusieron, con una reverente súplica, en 1814, Belgrano, Rivadavia y Sarratea, y por la intransigencia de Valdéz, archimasón, que se opuso al plan de Punchauca.

Este plan fue el ideal de la vida política de San Martín. Hacemos esta afirmación porque sabemos lo que decimos y porque otros historiadores no lo saben. San Martín entregó el Perú a los peruanos, como había prometido tantas veces, y se dedicó enteramente, con todas sus fuerzas e ilusiones, a poner en práctica los alcances del plan de Punchauca. Podemos afirmar que la ilusión de su vida de gran político fue este sueño de constituir, de fundar, la nación más extensa, rica y poderosa del mundo, con la colaboración de fuerzas españolas o americanas. San Martín se nos presenta, así, como el político de más envergadura de América, como el hombre que tuvo un sueño grandioso que los federales impidieron y que el envidioso, temeroso y perverso Bernardino Rivadavia combatió con todo su poder. Los historiadores de nuestra patria no han tocado este punto, tan trascendente en la vida de San Martín y en la política hispanoamericana, un poco por su admiración a Rivadavia que nunca ahondaron en sus interioridades, y otro poco o por la simple razón que ignoraron lo que nosotros pudimos descubrir y reconstruir. Hemos dedicado muchas páginas a los esfuerzos de San Martín para organizar un ejército que debía atacar el Alto Perú desde Salta y Jujuy mientras Alvarado lo atacaba desde el Perú. El ejército no pudo organizarse en su totalidad por la oposición de

Rivadavia. Al mismo tiempo, San Martín hizo otros enormes esfuerzos para que la Argentina se constituyese en una nación organizada por medio de un Congreso y, una vez constituída, convertida en una verdadera nación, se uniese a Chile y al Perú en una inmensa nación que habría tenido el nombre de Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana. Este proyecto, grandioso, admirable, también fue destruído por la labor subterránea y, a la vez, abierta, de Rivadavia. El futuro presidente constitucional de la Argentina primero deshizo el Congreso de Córdoba, por temor de que lo presidiese San Martín y fuese declarado presidente de la república, y en seguida negó todo auxilio al ejército que había empezado a formar San Martín para vencer a los españoles absolutistas y liberales del Alto Perú, terminar la guerra con España y unir las tres repúblicas de la Argentina, Chile y Perú.

Todo esto fue desconocido en la historia hasta que nosotros lo revelamos. El asombro sólo produjo silencio. Lo de siempre. no hubo réplicas, ni las habrá. La verdad es la verdad. Lo que interesa es que ahora se sabe qué valor tuvo en la historia el plan o proyecto de Punchauca, qué significó Rivadavia, no sólo en la vida de San Martín, sino en la historia de América, y porque San Martín, fracasado , por culpa de Rivadavia, en los planes más grandiosos de la historia de América, se fue de la Argentina.

Llegados a estos resultados, que algo significan en el conocimiento de nuestro pasado, es tarea fácil deshacer algunos otros errores que aún andan por los manuales y las obras importantes de historia americana. Por ejemplo, hay quiénes aún repiten, como el autor que comentamos, que Miranda fundó la Gran Logia de Londres y que éste dirigió un mundo de hechos políticos. Hemos probado que esta gran logia nunca vivió, que jamás la fundó Miranda y que sólo existió una logia fundada por Alvear, San Martín y otros señores que nada tuvo que hacer con la masonería inglesa, ni escocesa, ni de otros países. Es simple muestra de ignorancia seguir escribiendo acerca de la Gran Logia de Londres fundada por Miranda y otras fábulas. Alvear, San Martín y otros fueron enviados a Londres por una logia masónica de Cádiz. Esta logia nada tenía que ver con la masonería inglesa. Atribuir a la masonería inglesa tanto poder, tantas ramificaciones, etcétera, es tarea de novelistas y no de historiadores. Decir, como dice Steffen Soler (*ob. cit.* pág. 51) que la masonería terminó por expulsar a San Martín de América es otra muestra de pura imaginación. El informe de Zapiola a Mitre hoy no puede tenerse en cuenta o sino utilizarlo con buenos análisis.

Repetir, como dijo nuestro amigo Vicente Sierra, en su laboriosa *Historia Argentina*, que Gran Bretaña, por medio de la masonería, quiso atomizar el continente hispanoamericano para dominarlo económicamente, es algo que sólo puede repetir Steffen Soler (página 56).

Hay en Steffen Soler juicios que no concuerdan con sus ideas. Así ataca al Padre Esquiú porque en sus defensas de la Constitución de 1853 "olvidó que dentro de ella venía la libertad de cultos, con todas las consecuencias tremendas que tuvo para el país" (página

60). Nadie sabe qué consecuencias tremendas y no tremendas tuvo en el país la libertad de cultos. Del gran historiador y querido colega, el reverendo Padre Guillermo Furlong, dice que en su libro *El general San Martín: masón-católico-deísta* (Buenos Aires, 1963) reunió "todas las majaderías que se han dicho sobre el catolicismo del Libertador". Como es notorio, el Padre Furlong podrá haber cometido algún error, como cualquier historiador, pero no dijo nunca majaderías, y menos en este libro que está muy bien informado y es lo mejor que se ha escrito sobre el catolicismo de San Martín. Nuestro Libertador era católico con algún toque volteriano -ironías que no atacaban los dogmas- y masón que jamás hirió ninguna religión. En otro momento leemos (página 62) que "la república liberal de Mitre nace del acuerdo entre masones excomulgados, en Pavón", otra fantasía digna de la erudición que le falta. En lo único que acierta Steffen Soler es en declarar "San Martín era masón y había jurado en las logias de Cádiz que dependían de los centros de Londres" (página 64).

Antes nos dijo que había jurado en Londres; ahora, en varias logias de Cádiz que dependían de Londres, lo cual es falso. La masonería francesa, que entonces dominaba en España, junto a la española, estaba en guerra con la inglesa. En otra página (65), Steffen Soler vuelve a atacar a Furlong para insistir en el masonismo de San Martín: "...los desvaríos del Padre Furlong empiezan a despedir cierto tufo a azufre, porque el prolífico informante católico endereza hacia un argumento que es más un cubileteo que otra cosa: la masonería no estaba condenada en tiempos de San Martín...". Estaba condenada, sin discusiones. Lo hemos probado en varias oportunidades. Steffen Soler cree que Rivadavia era masón (página 68). No lo fue nunca. Otra fantasía es repetir que San Martín juró "en las logias masónicas inglesas establecer repúblicas en América" (página 75). En cambio tiene plena razón Steffen Soler cuando afirma que Gran Bretaña jamás ayudó a los americanos a conseguir su independencia (página 76). Caemos otra vez en la novela cuando Steffen Soler insiste en que Moreno "estaba en la Junta por presión inglesa" (página 78). Para esta afirmación cita a Ricardo Levene, el cual, en la última edición de su clásica obra *Ensayo sobre la Revolución de Mayo y Mariano Moreno* (tomo II, página 87) escribió que "existen documentos que permiten afirmar que los ingleses tuvieron intervención en los sucesos del 25 de Mayo, circunstancia que acaso haya incidido favorablemente con respecto a la personalidad de Moreno". Estas líneas, Levene las escribió engañado por unos rosistas ignorantes y fantaseadores que hicieron creer al gran historiador que, en efecto, existían tales documentos. Vivimos aquellos momentos y durante largos años de amistad con Levene -él era el presidente de la Junta de Historia y Numismática Americana y luego de la Academia Nacional de la Historia y nosotros teníamos la secretaría- le hicimos notar el engaño en que había caído. Lo lamentó infinitamente y quedó entristecido. Lo que repite Steffen Soler es otra falsedad. No debiera el autor comentado aconsejar la lectura del libro *Año X*, de Gustavo Martínez Zuviría (Hugo

Wast) sobre Mariano Moreno y los incontables errores que contiene. Siguen las fantasías: afirmar que Rivadavia y Alvear, enemigos de San Martín, "mediante proyectos de Constituciones unitarias centralistas intentaron someter a los intereses del comercio inglés a todo el país..." (página 85).

Un punto que en otros tiempos no se debatía, por firme e indiscutible, era la desobediencia genial de San Martín, como la llamó Levene. Mitre y Vicente Fidel López le dedicaron largas páginas para defender y atacar esta desobediencia.

Los argumentos fueron muchos y el talento de ambos estudiosos hizo prodigios de interpretaciones. Nosotros terminamos con toda duda y discusión. La desobediencia no existió jamás. San Martín acató todas las órdenes recibidas y las transmitió a sus subalternos, etcétera. Fue la Logia O-O la que impidió que el ejército de los Andes pasar a Buenos Aires y logró que se mantuviera listo para conquistar el Perú. Hemos escrito sobre esto hecho y no queremos repetirnos.

Aclaramos que ese ejército no debía combatir a los caudillos, como suponen algunos historiadores. Debía estar en Buenos Aires para defender la ciudad ante la llegada de los veinte mil hombres que España y la Santa Alianza enviaban al Río de la Plata.

El desdén de Steffen Soler hacia hombres eminentes de nuestra historiografía hace sonreír. De Levene dice: "Uno de los encargados de embarullar la historia argentina, con el muy honorable y masónico propósito de que no se entienda el fondo del asunto..."; de José Paxífico Otero: "Autor de una voluminosa colección de minucias desarticuladas, insertas en un orden cronológico escolar...". Esta es su monumental *Historia de San Martín.*

Hay hechos indudables en la historia de San Martín que deben aceptarse porque no es posible desfigurarlos. San Martín era masón y esto lo discuten historiadores dominados por otras ideas contrarias a la verdad. San Martín era monárquico. Aceptó el republicanismo porque se impuso por si solo o por la imposibilidad de establecer monarquías en América. La Santa Alianza hizo esfuerzos incontables para lograr la formación de alguna monarquía, pero el espíritu republicano estaba demasiado extendido y hondo y no era sensato oponerse. Por otra parte, las rivalidades de los políticos que aspiraron a presidencias y de los que las lograron no permitían que uno de ellos se transformase en rey y crease monarquías hereditarias. Los deseos de fundar monarquías existieron, más o menos velados, pero, repetimos, las fuerzas contrarias fueron tantas que las ilusiones se disolvieron. El mismo San Martín terminó por aceptar el republicanismo como un hecho imposible de evitar. Debemos aclarar que el monarquismo no habría sido, en ningún caso, absoluto, sino parlamentario y constitucional. El rey habría sido un símbolo, una figura que reinaría y no gobernaría. El Congreso haría las leyes, la justicia se encargaría de ella y el Poder Ejecutivo, rey o presidente, cum-

pliría los mandatos de los legisladores y de los jueces. Era el mundo actual que nacía, rompía las viejas estructuras monárquicas absolutistas y se imponía, rápidamente, en casi toda Europa.

Este señor Steffen Soler, que tanto combate la masonería, afirma en repetidas oportunidades que San Martín era masón y agrega que también "Belgrano era masón" (página 115). La masonería de Belgrano es difícil probarla, pero así lo hemos hecho y, para nosotros, no ofrece dudas. Tomás de Iriarte no pudo saberlo, a pesar de sus intentos, y Belgrano no lo reveló expresamente. Se sabe por otras pruebas. Lo que no se sabe es que la conferencia de Punchauca haya ido al fracaso por la masonería inglesa. El único que lo sabe es Steffen Soler. No olvidemos que los planes de Punchauca se expusieron a mediados de 1821: el mismo año en que San Martín planeó la unión de la Argentina organizada, Chile y el Perú. El fracaso del plan con los españoles no impidió que San Martín lo reviviera con los argentinos, chilenos y peruanos.

La llamada renuncia de San Martín, en Guayaquil, fue inexplicable para el general Guido, para Bolívar, para sus amigos y todos los historiadores. Para comprenderla hay que saber todo lo que nosotros hemos revelado: sus propósitos de continuar el plan de Punchauca y llegar a los tres grandes ideales de su vida: organizar la Argentina por medio del Congreso de Córdoba, que Rivadavia hizo suspender; terminar la guerra con los españoles del Alto Perú, con un ejército que Rivadavia logró desarticular, y crear la inmensa Asociación Argentino-Chileno-Peruana, que Rivadavia consiguió anular.

San Martín no podía ni debía seguir gobernando indefinidamente en el Perú. Su gobierno se habría convertido en una tiranía o en una prolongación innecesaria.

Había prometido muchas veces no gobernar más de un año y entregar el Perú a los peruanos y cumplió su promesa. A esto se le llamó "renuncia". La leyenda de la renuncia obligó a inventar explicaciones, excusas, motivos, que sólo salieron de la imaginación de los historiadores, antiguos y actuales. Ninguno supo jamás una palabra de sus propósitos de crear la Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana. Este desconocimiento justifica tantas teorías, tantas búsquedas de una aclaración que hiciese saber lo que nadie sabía. Hay que disculpar a hombres eminentes que no tuvieron la suerte de hallar lo que nosotros hemos encontrado.

El endiosamiento de Rivadavia no permitió considerarlo el culpable de tantos fracasos en los proyectos políticos de San Martín. Espíritus fanatizados o ingenuos acudieron al misterio de la masonería para iluminar lo que no sabían estudiar. Así se ha dicho, como escribe Steffen Soler, que "Rivadavia carecía de prestigio y de poder real: se limitaba a cumplir órdenes de los comerciantes británicos, de quienes dependía": tantas falsedades como palabras.

La llamada desobediencia de San Martín llenó de confusión a los hombres de Buenos Aires y de las provincias. Se sabía que había sido llamado para que trajese el Ejército de los Andes y se hacían muchas suposiciones. En primer término se creía que era para combatir

a los caudillos. Lo imaginó hasta Estanislao López, el cual se lo agradeció a San Martín en una carta del mes de octubre de 1823. En ella le decía que los políticos porteños pensaban juzgarlo por un Consejo de Guerra de oficiales "por haber negado V.E. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos con los cuerpos del Ejército de los Andes que se hallaban en las provincias de Cuyo". Ni López ni nadie sabía los secretos del Directorio de Buenos Aires, que necesitaba esos soldados para hacer frente a la expedición española de los veinte mil hombres y no para combatir a caudillos que en nada inquietaban a Pueyrredón, como él mismo decía. Mucho menos sabían lo que se disponía en la Logia O-O, de Chile, donde se tomaban resoluciones que se hicieron conocer a San Martín para liberar el Perú y sólo nosotros hemos expuesto al público.

El desconocimiento de los planes de San Martín, de dar vida a la Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana, fracasada por culpa de las maniobras de Rivadavia, ha hecho soñar a no pocos historiadores las causas posibles que decidieron a San Martín a abandonar estas tierras e irse a Europa. Se habló de la persecución de Rivadavia, de cansancio, de desilusiones, de la necesidad de educar a su hija y de otras pequeñeces. Steffen Soler imagina que fue llamado por sus amigos de Europa, García del Río y Paroissien, "por imposición de la central masónica de Londres". Todo esto no pasa de fantasías. La documentación relativa a la Logia O-O, que Steffen Soler nunca examinó, termina con todas las dudas y la supuesta desobediencia de San Martín.

Este libro, en medio de sus desorientaciones, confusiones y obscuridades, tiene páginas en las cuales se dicen verdades. Son las oposiciones que sufrió San Martín en Buenos Aires por obra de hombres que pertenecían a la masonería local. Es indudable que existió, como reveló Zañartu en la conocida carta a O'Higgins, una enemistad profunda entre los masones de Buenos Aires y los de Chile. Los chilenos habían logrado suspender el paso de la cordillera por el Ejército de los Andes a fin de conquistar el Perú y salvar la independencia de América. La historia demuestra que ni ellos ni San Martín estuvieron desacertados. Los de Buenos Aires querían defender esta ciudad si aparecían las velas que traían veinte mil hombres para tomar Buenos Aires, pasar a Córdoba y al norte, ponerse en contacto con el virrey del Perú y, con sus fuerzas, como una inmensa tenaza, aplastar a las insignificantes resistencias que podían subsistir en Chile. Este problema político, que ningún historiador ha visto con luminosidad, y menos que nadie Steffen Soler, fue la causa de los odios entre Chile y Buenos Aires y los ataques a San Martín. Los caudillos no inquietaban a Pueyrredón, como él mismo declaró más de una vez: pero ellos temían que el ejército de San Martín pudiese anularlos. Por ello dijeron lo que dijeron y agradecieron a San Martín que no los hubiese atacado: hecho que nunca pasó por su mente ni por la de Pueyrredón.

En cuanto a Rivadavia, Steffen Soler reproduce trozos de documentos que contienen juicios impresionantes sobre el "bribón" de Rivadavia (palabra de su cuñado José Gascón). Son muchos más los testimonios que pintan a Rivadavia como una pésima persona. Hasta los reprodujo -algunos- su gran admirador y notable historiador, el académico y querido amigo Ricardo Piccirilli. Fue el hombre más cruel de la historia argentina y un precursor de Rosas en su política obscura, indescifrable, incomprensible y absurda.

Steffen Soler hace notar muy bien que Mitre, en su *Historia de Belgrano*, atribuye a los diputados de Buenos Aires, expulsados por Rivadavia y dispersos en el país, los levantamientos de las provincias, y que en su *Historia de San Martín* afirmó que San Martín fue el autor de la "tempestad" que dejó envueltas a las provincias en 1820. Las dos explicaciones pueden ser ciertas en una mínima parte. Los desacuerdos de las provincias y el odio con que todas ellas atacaban a Buenos Aires tenían otras raíces. Comenzaban en la colonia, se desataron en 1810 y en 1811, con las Juntas provinciales, y se hicieron terribles con el federalismo que dejaba a cada una vivir con sus recursos y a Buenos Aires con las enormes riquezas de su aduana. Los conflictos por el reparto de estos ingresos constituyen la historia argentina. Steffen Soler no quiere ver estas realidades porque, viéndolas, se desmorona el edificio de la política porteña que algunos historiadores aún llaman rosista. No sabemos si Mitre, el primer gran biógrafo de San Martín, supo y prefirió callar los planes de San Martín de organizar el país con el Congreso de Córdoba y formar la Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana. A menudo Mitre habla de "misterios" y de "secretos" que no descifra ni aclara ni deja entrever en qué podían consistir. ¿Se refería a cuestiones masónicas de San Martín o a los planes políticos fracasados que no quiso mencionar?. Son puntos que Mitre, como San Martín, se llevó a la tumba.

El análisis que estamos haciendo de este libro no es para destruirlo o desautorizarlo. Es para mostrar equivocaciones que no deben repetirse y que son fruto, no sólo de una documentación incompleta, sino de una corriente o escuela histórica que, por razones políticas de espíritu nazistoide y convicciones religiosas mal empleadas, engañan a jóvenes y viejos y crean en ellos maneras de pensar y de juzgar que no son las que corresponden a la verdad histórica. Hombres de talento y buenos escritores, como Steffen Soler, son víctimas de esta tendencia o escuela histórica que empieza por ignorar hechos que no debería desconocer y lleva a repetir conceptos falsos y aún simples errores de historia vulgar. Steffen Soler ha escrito este y otros libros por amor a una verdad que no lo es y a una tendencia histórica que supone patriótica y cae, en cambio, en una pura traición a los ideales argentinos y a nuestras más nobles aspiraciones. La historia argentina no es sólo una enumeración de nombres y fechas, como se hacía en otros tiempos: es comprensión correcta y juicio inmediato y justo. Cuando los hechos históricos son conocidos en su realidad, sin errores o falsifica-

ciones, la filosofía que de ellos se desprende, la opinión que generan y forman conceptos que pronto se difunden entre los lectores y estudiosos, es pura, exacta y luminosa. Cuando los hechos son tergiversados, mal expuestos y explicados, con omisiones o vulgares errores, los juicios que nacen de ellos no pueden ser más que falsedades y aún calumnias que es preciso destruir. A veces el historiador que cae en estas lamentables situaciones lo hace por ingenua ignorancia. Es digno de disculpas. Otras veces, lo hace por contumacia, por su empeño en sostener y defender errores que convienen a su tésis, creencias o ideas políticas. En este caso, el historiador que así escribe no merece disculpas. Nada tenemos en contra de los señores historiadores que parecen hallarse entre este género de estudiosos. Son hombres que producen sus obras, tal vez con buena fe, movidos por pasiones o principios irreductibles que ellos creen nobles y hasta santos. Lo que deseamos es hallar esa verdad tan difícil de encontrar, que, a cada instante, un documento perdido, revelador, puede transformar en mentira. Si unos historiadores están seguros de su verdad, nosotros lo estamos de la nuestra. Así como nosotros intentamos corregir a algunos de nuestros colegas, sabemos muy bien que, en cualquier momento, otros colegas nos harán ver muchos errores y los caminos falsos por los cuales hemos andado.

Todo esto demuestra que hay varias escuelas o tendencias o rutas en nuestra historiografía. Es lo que ocurre en todas las historias. No hay un país que no tenga un trozo de historia tabú. Los esfuerzos que el doctor Carlos Steffen Soler ha hecho para mostrar su verdad, aunque, a nuestro juicio, en muchos pormenores, están equivocados, merecen elogios por la sinceridad y la buena intención con los que ha emprendido. Católico como nosotros, sin duda más observante y disciplinado, ha escrito un libro destinado a combatir la masonería porque la cree contraria a nuestro catolicismo. Estamos convencidos de que esto no es exacto. Por algo tantos hombres grandes de nuestro pasado fueron masones. No somos anglófilos, pues ningún argentino puede serlo: pero no vamos a combatir a Gran Bretaña con mentiras. No podemos repetir, con Steffen Soler, que la desintegración de la América hispana en muchas naciones se debió a la influencia inglesa, porque esta desintegración se basó en nuestro gran principio cristiano de que todos los hombres nacen libres e iguales y porque en el Concilio de Trento se proclamó la libertad un dogma, o sea, una verdad eterna e indiscutible. No hay una prueba que demuestre que la política inglesa y masónica influyó en esta desintegración. Sostener este error es dar muestra de una dura incomprensión. No vamos a decir, como dice Steffen Soler (página 261) que en "Guayaquil San Martín y Bolívar hablaron como miembros del Gran Oriente inglés", primero porque esta es una fábula y, segundo, porque San Martín ni Bolívar pertenecían a ese Oriente y porque sus conversaciones hoy son bien conocidas y están insuperablemente documentadas (Véase nuestros libros *San Martín: su pensamiento político* y *Simón Bolívar: sus ideas políticas*). No es serio, sino propio

de una vulgar novela, escribir que la masonería inglesa persiguió a Bolívar y a San Martín porque no hay una sola prueba que lo demuestre. Es un error y una invención decir que San Martín fue a Guayaquil para hacer la paz con España. Fue para sellar la unidad de América que había establecido con Bolívar por medio de un pacto que habían firmado sus representantes: el general Modquera, por Bolívar, y el doctor Monteagudo, por San Martín. No puede decirse que el mariscal Sucre "fue asesinado por determinación de una repugnante acordada masónica de tétrica semejanza con la que terminó con la existencia de Dorrego". No se puede repetir el viejo cuento de que Rosas quiso reconstruir el virreinato. Estas leyendas históricas -que ojalá fueran ciertas- no hacen bien a quien las divulga. No volvamos a convertir en un folletín la llamada renuncia de Guayaquil cuando sabemos que fue el mismo San Martín quien escribió al teniente general don José de La Serna, desde Lima, el 14 de julio de 1822: "El Congreso Constituyente está próximo a reunirse y apenas se instale cumpliré mi palabra resignando el mando supremo porque ya han cesado las circunstancias que exigieron de mi el sacrificio de ponerme al frente de la administración". Es una prueba que no admite discusión de que la llamada renuncia de San Martín fue el cumplimiento de una promesa: la de entregar el poder a los peruanos. Y así partió San Martín para encontrarse con Bolívar: "En prueba de mi franqueza anuncio a Vuestra Excelencia que parto a Guayaquil a cumplir mi palabra al Libertador de Colombia". Steffen Soler ha leído muchas veces este documento. ¿Por qué dice lo que no dice?. Porque teme que el liberalismo y la masonería dañen nuestra religión católica. Es algo que no han ocurrido en el pasado y no sabemos qué sucederá en el futuro.

EL TESTIMONIO DE NICOLAS LAGUNA

Es un hecho bien sabido que cuando un historiador investiga un problema debe acudir a todos los testimonios conocidos para analizarlo y juzgarlo. Además, debe agregar pruebas nuevas, que confirmen o rectifiquen lo alcanzado por otros estudiosos. Nadie discute estos principios elementales. El no tenerlos en cuenta, el eliminar, a sabiendas, con alguna intención oculta, una pieza del proceso, representa un delito que, en los Tribunales, se castiga severamente. En historia, el estudioso que lo comete es censurado por sus colegas y sus trabajos son considerados incompletos, parciales o dudosos. Pierden su valor y se leen con desconfianza. Indudablemente no dicen la verdad u ocultan una parte de ella. Una cosa, en efecto, es ignorar un documento desconocido o que, descubierto por alguien, no ha empezado a divulgarse, y otra cosa, muy distinta, es dar por inexistentes piezas capitales, muchas veces publicadas, que están al alcance de cualquier lector, que pueden demostrar un hecho en forma terminante no se citan para hacer triunfar una tésis opuesta que, con el peso del documento silenciado, no podría sustentarse.

En el estudio de la masonería en la Argentina hemos aludido muchas veces a los historiadores que, para demostrar que la masonería no era masonería, sino una o varias sociedades secretas, políticas, que empleaban los signos, ritos y ceremonias masónicas y no eran masonería, dejan de mencionar a los pocos, pero decisivos autores, testigos de aquellos años, que prueban, en forma perfecta, que la masonería era masonería y no una sociedad política no masónica.

Los autores que, de un modo deliberado, culpable, se dejan mencionar son, en primer término, el general Enrique Martínez y el general Tomás de Iriarte. Sus testimonios, concluyentes, no admiten réplicas. Por ello sus nombres son ocultados. Lo mismo ocurre con los recuerdos que trae Adolfo Saldías, de masones que atestiguaron que la masonería de San Martín, Belgrano y tantos otros personajes de nuestra historia era de perfectos masones. Los lectores tienen los libros, los artículos y las conferencias de los historiadores que sostienen la tésis de la masonería que no era masonería y pueden comprobar lo que aquí afirmamos. Verán, muy bien, si es verdad o es mentira y descubrirán, asombrados, que los nombres de Martínez, Iriarte y Saldías no se leen donde sería imprescindible leerlos. ¿Por qué este silencio, esta ocultación?. El lector no especializado es engañado y burlado en sus estudios y quienes lo hacen resultan maestros poco dignos de enseñar lo que enseñan. A estos autores silenciados, que podríamos llamar fundamentales en estos estudios, ahora añadimos otro, inexplicablemente escondido en todos los escritos, generalmente polémicos, que tratan de dilucidar estos problemas.

Este autor, que no se encontrará en las obras de los negadores de la masonería, ni del carácter masónico de San Martín, es el licenciado y político, de mediados del siglo pasado, don Nicolás Laguna.

Hombre de estudio, buen escritor, perfectamente informado en nuestra historia, tuvo polémicas y debates y una actuación que, en su tiempo, fue sobresaliente. Su vida está reseñada en algunos diccionarios históricos argentinos. Estuvo en contacto con masones y conoció la fuerza que entonces tenía la masonería.

Escribió una carta que publicó Antonio Zinny en su *Bibliografía histórica de las Provincias Unidas del Río de la Plata, desde el año 1780 hasta el 1821.* Su escrito se titula *Carta del ciudadano L.N. de L. a un patriota de Buenos Aires.* Lo reprodujo nuestro antiguo amigo Antonio R. Zúñiga en su libro *La Logia Lautaro y la independencia de América* (Buenos Aires, 1922, páginas 167-173). Zúñiga supone que las iniciales L.N. de L. se referían al Licenciado Nicolás de Laguna, lo cual es sumamente probable.

Nicolás Laguna nos revela la fuerza secreta que tenía la masonería en los años que en Tucumán se declaró la independencia de las Provincias Unidas de Sud América. Nos dice:

"...pensarás sin duda que el Congreso hace las leyes; que el Director gobierna el Estado; que la Cámara de Apelaciones administra la justicia y que los Cabildos eligen a los que deben substituirlos; que los pueblos nombran sus diputados.... Lo mismo pensaba yo hasta que una casualidad feliz me condujo al desengaño.... Existe en esta Capital una gran sociedad o reunión de hombres de influjo y autoridad que bajo pretexto de conservar el orden, han usurpado la soberanía y el ejercicio de los poderes supremos de la nación".

No es difícil entender lo que hemos transcripto. Nicolás Laguna revela a un amigo que en Buenos Aires había una sociedad de hombres de influjo que gobernaba el país, el Congreso, la Justicia, los Cabildos, etcétera. Y en seguida nos descubre que esta sociedad era la masonería y a ella pertenecía el general San Martín.

"El general San Martín, aplicando los conocimientos de la masonería a que pertenece, se valió del ascendiente de su crédito, en circunstancias felices, para establecer esta sociedad secreta que sirviese de apoyo a sus proyectos futuros, consultó el plan con el coronel Pinto y, habiendo éste recibido las investiduras de Venerable presidente, formaron entre ambos la Constitución o regla de este nueva comunidad".

Estas palabras son decisivas para saber que San Martín fue masón y uno de los fundadores o fundador de la Gran Logia de Buenos Aires. También intervino en la redacción de su Constitución, Estatuto o Reglamento. Y ahora nos preguntamos, otra vez,: ¿Por qué los historiadores que se empeñan en sostener que San Martín jamás perteneció a la masonería no han recordado las afirmaciones de Nicolás Laguna y no lo han refutado?. O ignorancia

o un silencio de mala fe. Lo dicho por Laguna coincide con lo que sabemos por otras fuentes. Nada está en contradicción con lo que la historia conoce. Laguna continúa:

"En la Regla de la Orden, después de prescribir la fuerza de su gobierno interior, los fines filantrópicos del establecimiento y las obligaciones sagradas de sus individuos, se dio a la Sociedad el nombre de Gran Logia de Buenos Aires y se empezó la recluta con buen suceso. Te pasmarás de asombro cuando sepas los hombres que componen este abominable conventículo. Se hallaba ya la Gran Logia establecida cuando el Congreso de Tucumán nombró a don Juan Martín de Pueyrredón Director de las Provincias Unidas de Sud América. Consideró la Gran Logia la necesidad de dogmatizarlo o derribarlo; porque es principio de su regla que nadie pueda mandar el Estado ni las provincias no siendo iniciado en los misterios de la Gran Logia".

Es la confirmación de lo que han dicho otros testimonios. La masonería fue la autora de las decisiones del Congreso de Tucumán y llegó a tener una influencia enorme en todo el país. Sabido es que San Martín se encontró con Juan Martín de Pueyrredón y lo convenció que formara parte de la masonería. Otros autores, como Vicente Fidel López, supusieron que en 1812, cuando la revolución de San Martín, Alvear, Monteagudo y otros derribó el Triunvirato de Rivadavia, Pueyrredón y Chiclana, Pueyrredón ya era masón y por este motivo estrechó su amistad con San Martín. Lo indudable es que en Córdoba, San Martín y Pueyrredón fortificaron aún más sus vínculos y esto fue obra de la masonería.

Nos dice Laguna:

"Electo y aprobado canónicamente, para vencer las dificultades, pasó a Córdoba en persona el fundador San Martín; tuvo su entrevista con el nuevo gobernador (Pueyrredón) y encontrándolo con todas las disposiciones necesarias lo inició en la secta, después de haberle recibido el juramento de obediencia ciega a los preceptos soberanos de la Gran Logia. La incorporación de Pueyrredón dio a esta Sociedad rápidos progresos, porque no es fácil resistir la tentación de ser inviolable, tener parte en el gobierno supremo y pecar sin miedo del castigo".

Nada contradice lo que la historia sabe a la perfección, como el encuentro de San Martín y Pueyrredón en Córdoba y las consecuencias que tuvo este hecho.

Ahora, Laguna nos informa cómo estaba formada la Gran Logia de Buenos Aires:

La Gran Logia, por su constitución, no tiene número determinado de hermanos.

Consta de un Fundador: un Venerable presidente; dos oradores secretarios, maestro de ceremonias y otros grados, como sucede en las otras sociedades masónicas; pero con la diferencia de objeto, porque La Gran Logia de Buenos Aires camina derechamente, autoridad soberana de los pueblos, a apropiarse del gobierno de la Nación, a hacerse un patrimonio del Estado y disponer de los bienes y de las personas impunemente y a su antojo. No se

admite en ella hombres comunes. Es preciso que sean iluminados y gente capaz de sacrificar al fin la moralidad, las virtudes y la patria a los intereses reales o presuntivos de la asociación...".

Todo es exacto, menos las bajas intenciones que el licenciado Laguna atribuía a la masonería. Notorio es que en la Logia de Buenos Aires figuraban las personas más conspicuas de la ciudad. El licenciado Laguna continúa su relato con la enumeración y descripción de las ceremonias de iniciación de los masones. Por demasiado vulgarizadas las suprimimos. Ellas bastan y sobran para demostrar que esa masonería a la cual pertenecía San Martín era masonería y no una sociedad secreta imaginaria que imitaba la masonería y no era masonería. Este argumento, tan falso como ingenuo, queda a cada instante más deshecho. Laguna, ahora, nos aclara un pormenor que, en un tiempo, hizo suponer que la Logia de Buenos Aires no era masónica y había otra masónica, presidida por don Julián Alvarez, que era masónica. Tomás de Iriarte aclaró esta confusión en forma perfecta. Dijo Iriarte que las dos logias eran masónicas: que la Gran Logia estaba constituída por personalidades y que la otra, la que presidía Alvarez, también masónica, reunía a hombres de menor figuración. "Para darle tono", palabras de Iriarte, algunos miembros de la Gran Logia concurrían también a ella. El licenciado Laguna, con otras expresiones, nos dice lo mismo: "Como esta Logia no es todavía muy grande, discurrió el gobierno, como fundador, hacer formar otra sociedad particular con el nombre de masónica para que concurriese a sus planes por vías indirectas. Esta sociedad subalterna la componen personas que el gobierno considera de clase inferior y sin calidad para ser miradas en la Gran Logia. Julián Alvarez, que es muy Venerable presidente de esta masonería intermedia, revela al Director y a la Gran Logia, de que es miembro, todo lo que en aquella se trabaja, y cuando la Gran Logia o el Gobierno necesitan de la cooperación de subalternos, avisan al Venerable Alvarez para que, con disimulo, haga concurrir a sus alumnos a los planes que la Gran Logia y el Director se proponen. De suerte que, esta sociedad masónica, en la que hay porción de jóvenes honrados, a quien tú conoces, vienen a ser sin advertirlo, por la perfidia de su presidente, el instrumento vil de aquel complot de tiranos. Esta sociedad de escalones abajo, aunque masónica por su institución, no se comunica con los masones que pertenecen a otras logias.

La Gran Logia de Buenos Aires tiene sus ramificaciones, pues como el proyecto de San Martín de hacerse soberano, y el de la Gran Logia retener el usufructo de esta soberanía, mandan a los pueblos comisarios de su seno, como en otro tiempo mandaban los romanos sus procónsules a las provincias conquistadas; su misión se dirige a examinar el estado de la opinión, elogiar el gobierno actual, espionar a los ciudadanos e iniciar a los hombres de crédito que, considerándose fracciones de la soberanía, sostengan los intereses de la Gran Logia".

Todo esto tiene relativo interés. Lo que tiene un interés mayor es lo que vamos a destacar. Sabido es que en Chile grupos de historiadores con determinadas ideas políticas y

religiosas han hecho y hacen grandes esfuerzos para sostener y demostrar que el Director Bernardo O'Higgins no fue nunca masón.

Uno de los más destacados negadores del masonismo de O'Higgins fue nuestro muy querido amigo y colega Jaime Eyzaguirre. Lamentamos tener que deshacer su opinión. Es el Licenciado Laguna quien nos atestigua que O'Higgins era un activo masón. Lo hemos sostenido en otras oportunidades. Ahora viene el testimonio de Laguna. "El Director O'Higgins en Chile y Luzuriaga, en Mendoza, son los hermanos comisarios que han puesto en un estado brillante las logias subalternas de sus destinos, cuyas sesiones presiden en comisión para comunicarlas, en extractos, a la Gran Logia de Buenos Aires".

El Licenciado Laguna vuelve a explicar los fines de la masonería en la Argentina. Lo hace a su modo y de acuerdo con sus creencias y pasiones. Oigámosle:

"La Gran Logia tiene por objeto primario, usurpar y retener el gobierno soberano de la nación a fin de prevenir las consecuencias de un trastorno político, y por esto es uno de los principios de la regla que nadie puede ser Director sin ser antes hermano y nombrado por la sociedad. De este modo, el Director hermano queda ligado a no hacer ni mandar, sino lo que decreta y ordena la Gran Logia.... Todos los empleos o comisiones de influjo, poder, autoridad y lucro, deben necesariamente recaer en algún hermano de la Gran Logia.... Todo asunto de alguna importancia pública perteneciente a las provincias de Buenos Aires o de Chile, es sujeto a la deliberación de la Gran Logia; y los Directores de ambos Estados, secretarios, diputados, comandantes, jueces y gobernadores provinciales, iniciados en la Gran Logia, están obligados a ejecutar lo que ella determina, justo o injusto, so pena de alta traición.... Como los hermanos son criaturas de San Martín o Pueyrredón, siempre apoyan, por miedo o condescendencia, las mociones de estos dos corifeos; y así viene a suceder que San Martín gobierna a Pueyrredón, Pueyrredón a la Logia y la Logia a los pueblos, y por consiguiente, que los intereses soberanos de la patria, en servicio de los empleos públicos, el gobierno del Estado, los bienes particulares, el honor de las familias, la seguridad de los ciudadanos y los más sacrosantos derechos de la Humanidad se ven expuestos al arbitrio, al antojo, al interés y a las pasiones inmundas de un par de malvados, sostenidos por una asociación inicua y abominable en que se hallan, por desgracia, hombres muy respetables que, llorando en silencio sus compromisos, no pueden romperlos sin exponerse al cuchillo vengador de los depositarios de la autoridad y de la fuerza. Así es como estos hombres, por la fatalidad de un compromiso, se han visto en la cruel situación de firmar contra sus sentimientos la expatriación y prescripción de tantos ciudadanos útiles, el suplicio de los Carreras, el asesinato de Rodríguez, los destierros y prisiones de hombres importantes y beneméritos; porque han de saber que la Gran Logia decreta la pérdida de los ciudadanos

cuyo mérito puede inquietar sus recelos, y el director la ejecuta sin las formas de la ley, seguro como está de la voluntad soberana".

Otro interés, más concreto e histórico, tiene la revelación de los nombres de unos personajes cuyo carácter masónico era conocido, de otros que se ignoraban y de otros que se discutía o negaba. El caso de Manuel Belgrano, por ejemplo, ahora no deja dudas: era un perfecto masón. Quienes suponen que si un masón daba muestras de ser un buen católico no era masón, las palabras del licenciado Laguna nos demuestran que se podía ser católico y también sacerdote y, al mismo tiempo, masón. A pesar de las prohibiciones papales y excomuniones existentes, no eran pocos los sacerdotes que formaban parte de la masonería. Leamos lo que dice Laguna:

"A más del fundador San Martín y el venerable Pinto, son hermanos de esta Gran Logia: el doctor Antonio Sáenz, el canónigo don Luis José Chorroarín, don Pedro Carrasco, el director don Bernardo O'Higgins, el secretario de Estado don Gregorio Tagle, el de la guerra, don Matías Irigoyen, el general Belgrano, el coronel don Hilarión de la Quintana, el coronel don Manuel Escalada, el comandante de cazadores don Celestino Vidal, el de vívicos don Luciano Montes de Oca, el de húsares don Domingo Sáenz, el teniente coronel don Mariano Escalada, el coronel mayor don Toribio Luzuriaga, el diputado cerca de Chile don Tomás Guido, el oficial de secretaría don Julián Alvarez, el escribano don Justo Núñez, el director don José Cossio, don Bernardo Vélez, don M. de Belgrano, don Manuel Pinto, don Vegegito de N (?) ¿Cuál no será tu asombro, Juanito, al ver que Núñez y el padre Grela, Montes de Oca y Chilavert forman parte de la soberanía del país, y deciden soberanamente sobre los destinos de la patria, la suerte de los pueblos y la existencia de los ciudadanos...?".

La carta del licenciado Laguna a su amigo Juanito, cuyo apellido ignoramos, nos explica un pequeño mundo de hechos que antes permanecían en sombras.

Sabemos que no pocos sacerdotes argentinos formaban parte de la masonería. No quedan dudas de que San Martín, Pueyrredón y Belgrano eran masones. Entendemos el significado de frases que antes parecían dudosas. Por ejemplo: San Martín escribió a Guido: "Mi viaje a Córdoba y mi entrevista con Pueyrredón han sido del mayor interés a la causa, y creo que se procederá en todo sin estar sujetos a las oscilaciones políticas que tanto nos han perjudicado.... Estoy bien seguro que no solamente promoverá el bien del país, sino a su base, cual es el establecimiento de educación pública...". La incorporación de Pueyrredón a la masonería terminó con los roces políticos anteriores y dio una unidad a la acción libertadora. Al mismo tiempo reforzó a la masonería de la Argentina y de Chile: "la base del bien del país", o sea, la llamada "educación pública". El temor de San Martín era que la masonería de Buenos Aires se dividiese o alterase en sus primeros fines. Por ello preguntó a Guido: "Dígame usted con franqueza cómo va el Establecimiento de educación en esa (Buenos Aires),

pues yo temo que si no se dirije bien no prospere este utilísimo establecimiento". No olvidemos, para comprender la hermandad masónica de San Martín y Pueyrredón, que, cuando Pueyrredón escribió a San Martín, el 25 de febrero de 1817, felicitándolo por su triunfo en Chacabuco, le dijo: Esta es la expresión del Hermano; la del Director Supremo será de otra calidad". Eran Hermanos en la masonería.

No quedan dudas que los hombres que dirigieron los primeros pasos de la patria naciente eran masones. No nos referimos a los hechos de Mayo, producidos por la repercusión política de los sucesos de España, sino a los que vinieron poco después. A los ocho años de haber llegado San Martín a Buenos Aires, la desunión de los masones de esta ciudad fue su ruina. Muchos se enemistaron con San Martín y desearon su caída, pues el centro del poder, con San Martín y O'Higgins, se había trasladado a Chile. La presión de los caudillos que ignoraban la política de Pueyrredón con el Brasil para salvarse de la expedición de la Santa Alianza, significó la desaparición de la masonería porteña. Quedó el Ejército de los Andes, cuyos jefes en su casi totalidad eran masones. Este ejército, con la ayuda de la masonería chilena que presidía O'Higgins, dió la libertad al Perú y cambió la historia de América.

Los polemistas inveterados pueden dedicarse a negar todo lo que hemos expuesto. Esperamos sus palabras.

LA UNION DE AMERICA EN GUAYAQUIL

La historia no sabe cuándo empezó la idea de hacer de toda la América Hispana una inmensa nación. El pensamiento viene de lejos. Se habló de él en la América del Norte, en el siglo de las luces, en la *Enciclopedia* y antes del 1810. Se le veía como una posible evolución del imperio español. Ninguna de las profecías tuvo las causas que se le imaginaron. Y fueron muchas. Es que en historia no se puede adivinar. No hay que hablar del futuro, sino del pasado. En nuestro libro *Conspiraciones y revoluciones de la América Hispana* algo escribimos sobre este extraordinario particular. Fue el sueño de Miranda y de Viscardo y Guzmán, y luego de Bolívar, San Martín y otros políticos, españoles y americanos, que buscaban un refugio o campo independiente en donde vivir en libertad.

Era la esperanza del liberalismo, de los hombres que, como en los Estados Unidos de la América del Norte, proyectaban gobiernos parlamentarios y constitucionales. En Europa dominaban los sistemas políticos absolutistas. En América podía imponerse el liberalismo. Estados Unidos había dado el gran ejemplo. La Revolución francesa, consideraba como un crimen de lesa humanidad, había sido un fracaso denigrante y horrible. Napoleón fue el genio, el semidiós de los combates y de la política. Su tiranía o supergobierno de Europa habría durado demasiado poco, pero había transformado gran parte del mundo. La gran guerra civil entre liberales y absolutistas en América había comenzado a crear gobiernos independientes que dirigían nuevas naciones. Las autonomías políticas hispanoamericanas eran anteriores a la soñada unión de todas ellas en una insuperable y poderosa nación.

Dos corrientes empezaron en seguida a disputarse el futuro. Una fue la centralista: así llamada en la América bolivariana y unitaria en la Argentina. La otra fue la federalista, en el Norte, y federal en el Sud. Una aspiraba a una unidad hispanoamericana o, cuando menos, de naciones libres y fuertes; la otra quería naciones, también fuertes, pero separadas, no unidas a otras naciones americanas. A lo sumo admitía alianzas, pactos, tratados de amistad. El hecho es que la historia no ha estudiado, todavía, cuando empieza, de un modo seguro y documentado, el ideal de la Gran América, ni de las pequeñas Américas. La guerra no permitía tantos sueños o proyectos. Ellos existían, difusos, borrosos, en las mentes de muchos soñadores, pero no pasan al papel escrito, a los archivos, y los investigadores no los encuentran.

La idea de una América Hispana totalmente independiente de España, constituida por todas las regiones que hoy son repúblicas, es tan antigua como los precursores. Podemos hallar briznas de estos pensamientos en los escritos de Miranda y en los atribuidos a Vizcardo. Mariano Moreno no creía en la posibilidad de una América convertida en una sola nación. Declaraba que teníamos más noticias de la China que de México. Quien mejor ha estudiado

los comienzos de la idea de una América unida fue el ilustre historiador venezolano Cristóbal L. Mendoza, en su introducción a *La Gaceta del Gobierno del Perú durante el período bolivariano (años 1823-1826)*. En este magistral estudio nos recuerda que la Junta de Bogotá celebró con la de Caracas un tratado de alianza y federación. El "primer principio -decían- es el de confraternidad con todos los pueblos del continente americano". En el tratado se estipulaba que cualquier Estado que se constituyese en la América Hispana podría formar parte de esa Confederación general. Lo mismo pensaron Martínez de Rosas, mendocino, que vivía en Chile, y Egaña.

Los historiadores que han tratado estos temas no han sabido -por haberlo demostrado nosotros largo tiempo después- que el Congreso de Tucumán declaró en 1816 la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sud. El Director de estas Provincias Unidas, Juan Martín de Pueyrredón, dictó al general San Martín lo que debía cumplir en Chile, no bien penetrase en su interior: hacer comprender a los pueblos que no era la suya una guerra de conquista, sino de Libertad de toda América. En fin: llegó un día en que San Martín y Bolívar, en Guayaquil, sellaron con un abrazo la unidad de América: pero el Congreso de Colombia no aprobó esta unión. Santander tenía otras miras.

Desaparecido el peligro de los españoles, como observa Cristóbal L. Mendoza, surgieron las ambiciones personales y, con ellas, la disgregación de América. Pedro Gual escribió a Bolívar: "... todo esto (la unión de América) no es más que una quimera encantadora. Conozco profundamente a la mayor parte de los hombres públicos de las nuevas repúblicas y aseguro a usted que todos ellos, entregados a sus pequeñeces domésticas, son incapaces de secundar tan hermosos planes. Lejos de hacerlo procurarán, como lo han hecho, calumniar a los que lo promueven, atribuyéndoles miras siniestras de dominación. ¿Qué otra cosa nos dijo Buenos Aires? ¿Qué otra cosa desean los mejicanos, chilenos, etcétera, en sus Congresos? ¿Hasta cuándo, pues, hemos de tener nuestra suerte encadenada a la de hombres tan insignificantes como los que se suceden diariamente en el mando de aquellos pobres pueblos?".

No eran sólo hombres más o menos insignificantes los que desafiaban la unidad de América. Nuevos estudios nos han demostrado que también lo eran los pueblos.

Y estos pueblos no eran uno, sino muchos. Tantos como grupos históricos hubo en el continente. Cada región, cada ciudad, cada aldea, constituía un grupo histórico que odiaba a sus vecinos. Unos no se conocían, otros se despreciaban, los más habían tenido y tenían guerras atroces, interminables, desde tiempos inmemoriales, y los odios aumentaban a medida que más se acercaban. Los caudillos, a los cuales se atribuyeron tantas cosas, no tuvieron otra solución que ponerse al frente de esos odios, aplacar los odios demasiado próximos y concentrarlos en odios nacionales. Así surgieron los nacionalismos, los regionalismos, los

federalismos: todos de odios recíprocos, cada día más intensos e inexplicables. Todo los unía y, al mismo tiempo, todo los desunía.

El mismo Bolívar se sintió, al final de su vida, tristemente desengañado de su obra. Por algo dijo, poco antes de morir, que América era ingobernable, que lo mejor que se podía hacer en América era emigrar, que había arado en el mar. Reconoció que no había buena fe en América, ni entre los políticos ni entre los pueblos; que los tratados eran papeles; que las Constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía, y la vida, un tormento. Confiaba en naciones lejanas porque se las conocía mal o nada.

Bolívar siempre sostuvo que, "para nosotros, la Patria es América". A Pueyrredón le escribió: "Una sola debe ser la patria de todos los americanos", soñaba con "la unidad en la América Meridional". Y estaba seguro que el ejército colombiano, "unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverán ni aún a mirarlo". Veía a "nuestros vecinos del Sur .. como los primeros amigos y compañeros de armas".

Es por ello que Bolívar encomendó al coronel Ibarra que tratase con San Martín "de facilitar los medios de reunir los ejércitos de Colombia con los de Chile. Donde quiera que estos hermanos de armas reciban los primeros ósculos, allí nacerá una fuente de libertad para todos los ángulos de América". Era una acción que coincidía con la unión de la América bolivariana y la América sanmartiniana en el acta de Monteagudo que dio origen al encuentro de los dos Libertadores en Guayaquil.

Son muchos los hechos históricos que no han tenido explicaciones suficientes para ser comprendidos. Han pasado a la historia como acontecimientos que sólo se conocen por las fechas en que tuvieron lugar. Se sabe en qué consistieron, pero no cómo se generaron, ni qué pretendieron lograr. Uno de estos hechos, tal vez el más popularizado y discutido, es la famosa entrevista de Guayaquil entre Bolívar y San Martín.

La entrevista imperecedera ha sido comentada por gran número de historiadores. Eduardo Colombres Mármol, en una obra bien trabajada y meditada, ha expuesto, en sabias síntesis, las opiniones que sobre ella han emitido tantos estudiosos de ayer y de hoy. Todos ellos se basaron en conjeturas, en suposiciones, en deducciones, en opiniones y fantasías de quienes afirmaban haber oído a los protagonistas algunas palabras que podían ser reveladoras. Se pensó en ambiciones personales. Se imaginó conflictos internacionales por la posesión de Guayaquil. Se soñaron traiciones y un pequeño o gran mundo de novelas, que no se basan en documentos. La historia no ha ganado mucho con estas explicaciones o, mejor dicho, confusiones. El problema ha sido oscurecido o complicado. Nacieron polémicas. La fama de hombres eminentes fue atacada. No faltaron rivalidades nacionales, odios políticos y personales. Por último se acusó a los protagonistas de intenciones absurdas, malévolas, egoístas y antiamericanas. Bolívar fue el más injuriado. San Martín fue presentado como un hombre

que teme, que renuncia, que se aleja de un escenario donde hubiera debido seguir combatiendo. Es el sacrificado, la víctima. Nadie sabía por qué habían ocurrido estas cosas; pero se repetían, se adornaban o afeaban con innúmeras imaginaciones.

Estamos convencidos que en estos estudios debemos empezar por eliminar toda información que hable de manifestaciones personales, de supuestos testigos o amigos de los protagonistas que revelaron noticias sensacionales. Estos testimonios no tienen un valor directo. No representan pruebas incuestionables. Nada sabían, pero pretendían presentarse como hombres que mucho sabían. Sólo sirven para aumentar las tinieblas y hacer rodar errores, mentiras, fábulas y calumnias.

Deshecha y alejada esta masa de testimonios inservibles, perjudiciales, debemos acudir a documentos que no pueden discutirse, que expongan hechos concretos, verdaderos fundamentos de la entrevista de Guayaquil y de lo que ella significó en un momento y en la historia de nuestra América. Debemos saber porque realizó y qué fin tuvo. Luego viene la historia general que nos revela cómo y por qué se hundió en un triste y negro fracaso.

La documentación que ahora vamos a exponer no es ignorada. Historiadores de hace un siglo y medio siglo la conocieron, pero no la utilizaron o no la entendieron. Quedó en los archivos o fue impresa en obras y colecciones que pasaron al olvido o nadie se tomó el trabajo de leerlos y, menos, vislumbrar cuáles eran los fundamentos de la entrevista.

Un hecho, de inmensa importancia, es saber cuándo San Martín y Bolívar resolvieron unir las partes de América donde ellos gobernaban para formar una inmensa nación. En otras palabras: la historia no sabe cuándo, ni dónde, Bolívar y San Martín concibieron la unidad de casi toda América por medio de la unión de sus zonas de influencia. Más aún: quienes escribieron o hablaron de la entrevista de Guayaquil nunca refieren a la unidad de América que firmaron los representantes de San Martín y Bolívar. El hecho parece imposible o increíble; pero es una realidad y una verdad. No puede discutirse. Y, ahora bien: ¿Por qué este silencio? ¿Es un desconocimiento, producto de una ignorancia generalizada, que se ha extendido, sin excepción, entre todos los historiadores que se han ocupado de este problema? ¿O es una ocultación deliberada, maliciosa, hecha con propósitos inconfesables, para desfigurar verdades, desnaturalizar la historia de la entrevista y presentar los hechos en una forma inexplicable a fin de mostrar los protagonistas como unos enemigos absurdos? No creemos en esta última posibilidad; pero sí en la primera. El hecho, incontrovertible, es que esta unión de América apenas fue mencionada por algunos historiadores y nunca se la exhibió como la única base y razón de la entrevista de Guayaquil.

Es preciso que los investigadores de América esclarezcan este punto. Es un suceso de muy grande trascendencia que ha pasado inadvertido en las conocidas historias americanas y en las biografías de ambos próceres. Nada seguro sabemos de este proyecto de una unión

de Colombia y del Perú; sus antecedentes, su génesis, su resolución. ¿Quién tuvo la primera idea? ¿Fue Bolívar quien propuso por el primero esta fusión de dos naciones? ¿O fue San Martín? Sabemos cuántos muertos hubo en una batalla y no podemos decir una palabra de un acontecimiento que tiene una importancia extraordinaria en nuestro pasado y puede revivir en cualquier instante de nuestro futuro.

La idea de unir las repúblicas de Colombia y del Perú fue de Bolívar y San Martín. La historia no conserva íntegramente los antecedentes de este acto en que los representantes de los dos libertadores firmaron esta resolución. La *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, del domingo, 5 de mayo de 1822, nos da cuenta que ese día, a las once de la mañana, el Ministro de Relaciones Exteriores del Perú pasó a la residencia del Ministro Extraordinario de Colombia, general don Joaquín Mosquera, y lo acompañó al Palacio de Gobierno. En el salón del Consejo se hallaban reunidos los consejeros de estado, las primeras autoridades y "un inmenso concurso". Todos estaban "ansiosos de ver por la primera vez el acto solemne que va a servir de fundamento a la estrecha y permanente unión de dos grandes naciones, llamadas a los más altos destinos (Nótese bien: *Unión* ...). El Ministro de Relaciones Exteriores ocupó su asiento y pronunció el siguiente discurso:

"Excelentísimo Señor: Tengo la honra de presentar a V.E. el ministro extraordinario y plenipotenciario, nombrado por el Libertador Presidente de Colombia cerca del gobierno del Perú terminarán la guerra, y los consejos de ambos gabinetes pondrán el sello a los pensamientos de paz que nos animan, dejando consolidada por siempre la dignidad nacional a que aspiramos".

En esta introducción están bien definidos los fines de este encuentro. Bolívar enviaba al Perú a su representante, el general Joaquín Mosquera, para que los pueblos de América fuesen libres, las armas de Colombia y del Perú terminasen la guerra y los consejos de ambos gabinetes alcanzasen la paz. Para lograr estos propósitos el Ministro de Colombia, el general Mosquera, expuso el pensamiento del Libertador Bolívar. En primer término destacó la importancia que en la lucha por la libertad habían tenido los triunfos de Boyacá y Carabobo, de Chacabuco y de Maipú. Estos acontecimientos habían asegurado la libertad del Nuevo Mundo y "han puesto también en contacto a Colombia y al Perú". Bolívar, el Libertador Presidente de Colombia, "ha aprovechado del primer momento para afianzar por medio de V.E. la amistad fraternal de los dos Estados. Desea que se estreche por un alianza tan pública, tan franca, tan solemne y tan íntima, como corresponde a dos pueblos que han unido por todos intereses la obra de los siglos y de la naturaleza, que han hecho llegar la hora de América. Esta alianza producirá la existencia política del Nuevo Mundo; pero sin ella está en el orden de las cosas, el asegurarla felizmente debe ser la obra de la unión íntima y fraternal de sus pueblos y de sus jefes".

Mosquera hizo saber que Bolívar, por el primero, había tenido la idea de estrechar al Perú y Colombia en una alianza pública, franca y solemne. El continente tenía, en esos momentos, dos grandes figuras que representaban el poder y el destino de la América libre: San Martín, en el Perú, y Bolívar, en Colombia. Bolívar tuvo, por tanto, el genial pensamiento de unir las dos América: la bolivariana y la sanmartiniana. Mosquera agregó que Bolívar deseaba "que la unión del Perú y de Colombia sea una amistad tan sólida que las generaciones futuras los hijos de ambas naciones, dándose recíprocamente las manos, bendiga a la época feliz que les trajo tanto bien". Puso fin a su discurso ratificando que esos "son los votos del Padre de Colombia y de todos sus habitantes, cuya voz tengo el honor de llevar. Me lisonjeo con la esperanza de que sean también los del Perú y de su jefe inmortal. Ellos aseguran para siempre la independencia de América un "día de gloria a un mundo entero". Aparecían más grandes que Augusto y asegurarían la paz del Universo.

El Supremo Delegado expuso al señor Mosquera "los profundos sentimientos de amistad y unión que animaban al gobierno del Perú respecto al de Colombia, no menos que el aprecio y admiración con que contemplaba las glorias del Libertador ..." Mosquera entregó los despachos oficiales que había recibido de Bolívar y se levantó la sesión del Consejo de Estado. Pasaron a otra sala y el maestro de ceremonia presentó a Mosquera al general en jefe del Ejército, al presidente de la Municipalidad y demás autoridades. Todos felicitaron a Mosquera "por los progresos de Colombia y su unión con el Perú". Mosquera agradeció "con el lenguaje de la franqueza".

Hubo un breve descanso y a las tres de la tarde se sirvió "un convite de sesenta cubiertos en obsequio del representante de Colombia". Las bandas de Numancia y del Río de la Plata tocaron alternativamente "las marchas nacionales". Hubo muchos brindis. El Ministro de Estado y Relaciones Exteriores brindó para que "las grandes secciones de México, Colombia, el Perú, Chile y Provincias del Río de la Plata formen entre sí una unión tan estrecha como es necesaria". Hubo otros brindis: todos destinados a celebrar la unión de los pueblos americanos. Por último, la comitiva pasó a la galería del palacio para oir los cánticos patrióticos de los niños de las escuelas de primeras letras. Hubo vivas a la Patria y a los jefes de los gobiernos independientes de América. Todo exaltaba amor a la Patria, celo por la Independencia y la unión de los pueblos.

Era la primera entrevista del gobierno independiente del Perú con el enviado de otro gobierno independiente. "Dos grandes pueblos -decía la crónica *La Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, del 6 de julio de 1822- se hablan y dan la mano por la primera vez". Habían pasado "once años de revolución" y un año desde que las tropas del general Laserne habían abandonado Lima. Ese día -6 de julio de 1822- se habían firmado "los tratados solemnes que se han ajustado entre los gobiernos independientes de América". Los plenipoten-

ciarios de Colombia y del Perú habían puesto "el sello a la unión indiscutible del Estado más antiguo y del más moderno de la América ..." El cronista tenía la esperanza de que "algún día se citará la fecha de estos tratados como el origen de la época más notable en la historia cronológica del Continente".

El tratado firmado en Lima el 6 de julio de 1822 tenía un exhordio muy importante. Explicaba a los lectores que los territorios de América "necesitan unirse estrechamente para sostener su esplendor y no ser sojuzgados por las potencias extranjeras". Esos tratados no se habían dado a luz hasta ese instante porque se esperaba "de un momento a otro la ratificación de ellos por Colombia". Mientras la ratificación se verificaba, San Martín no quiso que se retardase más la publicación y dispuso que se insertasen en esa gaceta extraordinaria.

Los tratados entre la República de Colombia y el Estado del Perú tenían por fin sostener su libertad e independencia y que esa liga fuese general entre todos los Estados de la América antes española. Para ello, el Presidente de Colombia había nombrado plenipotenciario al senador don Joaquín Mosquera, y el Supremo Delegado del Estado del Perú, el coronel Bernardo Monteagudo, consejero y Ministro de Estado y Relaciones Exteriores. Ambos canjearon sus poderes y firmaron y sellaron sus artículos.

Eran nueve. En el primero se estableció formar una asamblea compuesta por dos plenipotenciarios de cada parte para estrechar más los vínculos que debían unir en lo venidero ambos Estados. En el segundo, las dos partes se obligaban a interponer sus buenos oficios para que los demás Estados americanos entrasen en ese "pacto de unión, liga y confederación perpetua". En el tercero se proyectaba formar una asamblea general de los Estados americanos compuesta de sus plenipotenciarios con el encargo de cimentar del modo más sólido las relaciones que debían existir entre todos y cada uno de ellos especialmente en los peligros comunes y como un juez árbitro y conciliador en sus disputas y diferencias. En el cuarto, la República de Colombia ofrecía el Istmo de Panamá para la "augusta reunión" de los Estados americanos. En el quinto, el Estado del Perú se comprometía a igual obligación de reunirse en la expresada asamblea. En el sexto se deja constancia que ese "pacto de unión, liga y confederación perpetua" interrumpiría el ejercicio de la soberanía nacional de cada una de las partes contratantes.

Todos los Estados americanos se obligaban a no acceder a demandas del gobierno español, ni entrar en tratado alguno con España, ni con otra nación en perjuicio de la independencia. En el séptimo, la república de Colombia se comprometía a mantener en pie cuatro mil hombres armados y equipados para concurrir a los objetos indicados en los artículos anteriores. Lo mismo haría con su marina de guerra. En el artículo octavo se establecía la misma obligación para el Estado del Perú. En el artículo noveno, el Estado del Perú se comprometía a ratificar ese tratado en el término de diez días y aprobarlo en el próximo

Congreso Constituyente. La República de Colombia ratificaría el tratado "tan pronto como pueda obtenerse la aprobación del Senado, según lo prevenido por la Ley del Congreso de 13 de octubre de 1821", o sino ratificarlo en el próximo Congreso. Las ratificaciones serían canjeadas sin demora.

El marqués de Trujillo aprobó y ratificó este tratado el día 15 de julio de 1822.

Otro tratado, firmado en Lima el mismo día y por los mismos plenipotenciarios, repitió lo establecido en el tratado anterior en términos que no dejan la menor duda de los propósitos de los Libertadores de lograr la unidad de gran parte de América. En el primer artículo quedaba definido que "la república de Colombia y el Estado del Perú se unen, ligan y confederan desde ahora para siempre, en paz y guerra, para sostener con su influjo y fuerzas marítimas y terrestres ... su independencia de la nación española y de cualquier otra dominación extranjera ..." En el segundo se insistía en que "la República de Colombia y el Estado del Perú se comprometen por tanto y contraen espontáneamente un pacto perpetuo de alianza íntima y amistad firme y constante para su defensa común para la seguridad de su independencia y libertad ... obligándose socorrerse mutuamente y a rechazar en común todo ataque o invasión que pueda de alguna manera amenazar su existencia política". El artículo tercero autorizaba a las dos naciones a rechazar cualquier invasión repentina "en los territorios de la dependencia de una u otra". El artículo cuarto dejaba constancia que, "para asegurar y perpetuar del mejor modo posible la buena amistad y correspondencia entre ambos Estados, los ciudadanos del Perú y Colombia gozarán de los derechos y prerrogativas que corresponden a los ciudadanos nacidos en ambos territorios, es decir, que los colombianos serían tenidos en el Perú por peruanos, y éstos en la república por colombianos ..."

Además, para entrar en el goce de los derechos activos y pasivos de ciudadanos, "bastará que hayan establecido su domicilio en el Estado a que quieren pertenecer". El artículo quinto aclaraba que los ciudadanos de ambos Estados tendrían libre entrada y salida en sus puertos y territorios respectivos y gozarán de todos los derechos civiles y privilegios de tráfico y comercio, sujetándose únicamente a los derechos, impuestos y restricciones que lo estuvieren los súbditos y ciudadanos de cada una de las partes contratantes".

El artículo sexto autorizaba a los buques y producciones de Colombia a abonar los derechos de entrada y salida en los puertos del Estado del Perú como peruanos, y los del Perú en los de Colombia como colombianos. El artículo séptimo fijaba iguales ventajas para los buques de guerra y mercantes de ambos Estados. El artículo octavo determinaba medidas respecto a los corsarios de las dos naciones. El artículo noveno dejaba a un convenio particular después del próximo Congreso Constituyente del Perú el arreglo de los límites de ambas naciones. El artículo décimo consideraba la posibilidad de que si en alguno de los dos Estados se interrumpiese la tranquilidad interior, ambas partes harían causa común contra los enemi-

gos de los gobiernos legítimamente constituidos. El artículo undécimo permitía la extradición de los acusados de traición, sedición, deserción u otro grave delito entre las dos naciones. Por último, el artículo duodécimo repetía, como en el tratado anterior, la ratificación de "este tratado o convención de unión y amistad firme y perpetua" entre el Perú y Colombia. Fue firmado por los mismos representantes, Monteagudo y Mosquera, y aprobado y ratificado por el marqués de Trujillo el 12 de julio de 1822.

La unión del Perú y Colombia estaba hecha por la voluntad de sus Libertadores: San Martín y Bolívar. Siete días después de haberse firmado los tratados del 6 de julio de 1822, el día 13 de julio, San Martín escribió a Bolívar. Era una carta de respuesta a otra que le había enviado Bolívar el 17 de julio: "Yo acepto -le dijo San Martín- la oferta generosa que V.E. se sirve hacerme en su despacho del 17 del pasado: el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas que pueda disponer V.E. a fin de acelerar la campaña y no dejar el menor influjo a las vicisitudes de la fortuna. Espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú, así como las de éste han contribuido a plantar el pabellón de la república en el sud del vasto territorio".

San Martín había querido entrevistarse con Bolívar en el mes de febrero. Las circunstancias de aquellos momentos se lo habían impedido. Por ello pensaba salir del puerto del Callao antes del día 18 de julio, o sea, cinco días después de escrita esta carta. "Y apenas desembarque en el de Guayaquil marcharé a saludar a V.E. en Quito". Debía combinar "en grande los intereses que nos han confiado los pueblos para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de su Independencia". Terminó: "Nos veremos y presiento que la América no olvidará el día que nos abracemos".

Ahora sabemos por qué San Martín se encontró con Bolívar en Guayaquil. Era el resultado de los tratados firmados el 6 de julio de 1822. Antes de ser aprobados por el Perú -el 15 de julio-, San Martín resolvió encontrarse con Bolívar para sellar lo resuelto por su representante y del de Bolívar en Lima el 6 de julio. Por ello le escribió el 13 de julio: dos días antes de su aprobación, que sabía segura, pues dependía de su voluntad, y le expresó que América no olvidaría el día que se abrazasen.

El encuentro en Guayaquil fue el día 26 de julio de 1822. Obsérvese la cronología, realmente luminosa, de estos acontecimientos, 6 de julio, firma de los tratados en Lima, por el representante de San Martín, el doctor Bernardo Monteagudo, y el de Bolívar, en que le anuncia su viaje para encontrarse con él; el 15 de julio, aprobación de los tratados por el marqués de Trujillo, en Lima, y 26 de julio, encuentro de San Martín y Bolívar en Guayaquil. Todo se encadena y no deja la más insignificante duda.

La entrevista de Guayaquil fue la coronación de los tratados de Lima del 6 de julio de 1822. Fue el abrazo que declaró la unión del Perú y de Colombia y esperaba lograr la

adhesión de los demás paises de América. Pero una cosa eran los planes de San Martín y Bolívar y otra eran las ambiciones, las envidias, los odios, los sueños increíbles de otras muchas personas. En junio de ese año de 1822, San Martín había enviado a Chile al doctor José Cavero y Salazar con el fin de lograr la alianza y unión que pensaba alcanzar con Colombia. El doctor Cavero comunicó el día 17 de junio su llegada al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile. El 18 le contestó el Ministro y le expresó que lo recibiría el día 19, a las once de la mañana. El día 20, a las doce, el doctor Cavero fue recibido por el Supremo Director y dos ministros. Hubo dos discursos y la entrega de credenciales. Y nada más. Chile no tuvo interés en formar parte de una unidad americana.

Y tampoco tuvo interés el colombiano Santander que no hizo aprobar los tratados firmados en Lima el 6 de julio de 1822. Los sueños de San Martín y Bolívar empezaban a quedar en la sombra. El año que San Martín, tantas veces, había prometido gobernar en el Perú estaba terminando. Debía cumplir su promesa, constantemente repetida, de no gobernar más de un año. Había convocado el Congreso. Había decidido cuatro meses antes, con su Ministro García del Río, renunciar el poder no bien reunido el Congreso y no vaciló en hacerlo.

Es lo que dijo a Bolívar en Guayaquil. Había dejado firmada su renuncia en Lima. La fábula de que San Martín había "renunciado" por desacuerdo con Bolívar en Guayaquil es una mentira estúpida y despreciable. Se repite por inercia, falta de crítica, pura ignorancia y afanes morbosos de presentar como enemigos a los amigos más grandes de la historia de la independencia americana.

Sigamos con las fechas que nos da la historia. El 14 de julio de 1821, en Lima, San Martín se dirigió al Ayuntamiento de esa ciudad para que designase las personas que debían expresar su voluntad por la Independencia. El Cabildo contestó el 15 de julio y presentó una larga lista de señores que anhelaban la Independencia. San Martín dio un bando para la proclamación de la independencia el 22 de julio. La independencia fue proclamada por San Martín el 28 de julio de 1821 y jurada el día siguiente, domingo 29 de julio.

Un año después, el 6 de julio de 1822, se firmó la unión del Perú y Colombia, el 26 de julio San Martín dijo a Bolívar, en Guayaquil, que había dejado firmada su renuncia en Lima y presentó esa renuncia al Congreso reunido en Lima, no bien regresó a esta ciudad.

Mucho se ha escrito sobre el misterio de la entrevista de Guayaquil. Pronunciado este nombre debemos llamar la atención de los lectores en el hecho de que nunca, ningún historiador, ni por excepción -nótese bien lo que estamos afirmando- al estudiar esta entrevista dijo que ella respondió al deseo de San Martín y Bolívar de abrazarse en Guayaquil para celebrar la unión de Colombia y el Perú. ¿Por qué no se ha relacionado la entrevista con la firma de los tratados del 6 de julio? ¿Por qué no han comprendido que dos hombres que creaban la unión de dos naciones, que habría constituido la más grande del mundo, y echaban

las bases del futuro Congreso de Panamá era lógico que se conociesen personalmente, que se encontrasen y diesen un abrazo para festejar tan grande acontecimiento? ¿Cómo no leyeron en el informe de José Gabriel Pérez que San Martín dijo a Bolívar que había dejado su renuncia en Lima y no pensaba seguir en el gobierno del Perú? ¿Por qué no recordaron las veces -fueron muchas- que San Martín aseguró a tantos amigos y hasta al virrey del Perú que no gobernaría más de un año en ese país? ¿Por qué unieron a la entrevista y su significado acontecimientos? ¿Cómo no leyeron en el informe de José Gabriel Pérez que San Martín dijo a Bolívar que había dejado su renuncia en Lima y no pensaba seguir en el gobierno del Perú? ¿Por qué no recordaron las veces -fueron muchas- que San Martín aseguró a tantos amigos y hasta al virrey del Perú que no gobernaría más de un año en ese país? ¿Por qué unieron a la entrevista y a su significado acontecimientos que nada tenían que ver con ella y dieron vida a confusiones y oscuridades? ¿Por qué no mencionaron, jamás, los planes posteriores de San Martín de formar un ejército en la Argentina para combatir a los españoles del Alto Perú y, en seguida, constituir la Gran Asociación Argentino-Peruana-Chilena? Estos planes, que nosotros dimos a conocer, explican el gran complejo que se llamó la renuncia de San Martín.

No vamos a enumerar todas las teorías que se han expuesto para iluminar a Guayaquil. Están dispersas en libros, folletos y artículos. Unas han sido escritas por historiadores de renombre. Otras salen de plumas desconocidas o improvisadas. Nuestra tesis no es una deducción o creación personal. Es, simplemente, la resurrección de lo que nadie ignoraba y repitieron los protagonistas de la entrevista. Nunca se dijo, en su tiempo, que San Martín renunció en Lima porque no había podido anexar Guayaquil al Perú. Algunas voces no pasaron de suposiciones callejeras o de cuartel y ninguna trajo la más insignificante prueba. Esta fantasía la crearon algunos historiadores mal informados y sin ninguna base. Ni lo dijo Bolívar, ni lo dijo san Martín, ni lo dijo nadie. Hay que desechar este cuento por indocumentado y totalmente imaginario. Tampoco dijeron San Martín y Bolívar que el primero renunció y no siguió gobernando en el Perú porque el segundo no le dio hombres suficientes para terminar la guerra contra los españoles. No hay una prueba. Tampoco dijeron los protagonistas que San Martín renunció porque en el Perú había conflictos políticos individuales entre personas de segundo orden. Ninguno dio importancia a una frase reveladora que escribió Antonio Morales el 24 de enero de 1822: "San Martín se anuncia saldría para ésta en todo el presente mes con el objeto de abrazar al Libertador ..." Este fue el fin de la entrevista: abrazarse, nada más. La frase es bien conocida y muchos estudiosos la han repetido, pero ninguno le dio la importancia que tiene: tal vez por concentrar la historia de uno de los hechos más complicados y trascendentes de la historia moderna en un simple abrazo ...

Creer que la política interna de Guayaquil tuvo algo que ver con la llamada renuncia de San Martín o cumplimiento de su promesa de no gobernar más de un año en el Perú es

una opinión completamente desvariada. San Martín escribió a Bolívar que "no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto". Y Bolívar informó a Santander: "El Protector me ha ofrecido ... no mezclarse en los negocios de Guayaquil". Y agregaba: "Yo creo que él ha venido para asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella respecto a sus enemigos internos y externos". Era una creencia. Los enemigos de San Martín no decidieron su renuncia: estaba preparada desde los primeros días que tomó el mando. Un año de gobierno y nada más. El secretario Pérez confirmó que San Martín hizo una visita y "ni siquiera habló formalmente de los auxilios que había ofrecido Colombia y que sabía se aprestaban para partir ..."

Otra explicación de la entrevista y del alejamiento de San Martín es la de la monarquía. San Martín habría preferido un gobierno monárquico en el Perú y América, y Bolívar se habría opuesto. Por ello, San Martín habría renunciado. Teoría insostenible si se sabe un poco de historia de las ideas políticas en América. San Martín, en efecto, fue monárquico por principio. En la Argentina, la mayoría de los políticos defendieron la monarquía cuando se declaró la independencia y hasta el 1820, en que ya fue imposible por las continuas revoluciones. En otras partes de América la monarquía fue muy buscada; pero no hay un solo indicio que permita suponer que San Martín se alejó del Perú por una cuestión monárquica.

La última teoría, de que San Martín, al no obtener de Bolívar todas las tropas que deseaba, renunció al gobierno del Perú es otra especie infundada. No hay un solo documento que lo pruebe. Cierto es que, según una carta, San Martín esperaba de Bolívar una ayuda más fuerte que la que le dio, pero esto no pasó de un pequeño desentendimiento o intrascendente desconformidad, sobre todo si no se olvida que San Martín no pensaba seguir en el Perú después de transcurrido un año de gobierno.

Un autor que analizó muy bien las posibles causas de la llamada renuncia de San Martín fue Pedro La Riva-vale, en *El Libertador y el Protector de Guayaquil,* Biblioteca Venezolana de la Historia, 34. Caracas, 1988. Liminar de Mario Briceño Perozo y Proemio de Lisandro Alvarez. Este sabio investigador llegó a la conclusión de que "San Martín cedió porque estaba convencido de que no podría, solo, sellar la independencia de los países del Sur de Sudamérica, porque no quiso exponerse a un fracaso seguro". Si este culto escritor hubiera sabido lo que hemos descubierto en estos últimos años (murió en 1930) no habría firmado lo que escribió. San Martín, de acuerdo con las demostraciones de Ricardo Rojas y de nosotros, repitió muchas veces que se retiraría del gobierno del Perú y que lo haría después de un año. Nosotros probamos que cuatro meses antes de su viaje a Guayaquil, San Martín tenía planeada con su Ministro García del Río, su renuncia como Protector del Perú (Veáse nuestro libro *San Martín, su pensamiento político*), prueba terminante de que no "renunció" por desacuerdos con Bolívar ni con nadie. Por otra parte, San Martín, no bien alejado del

Perú, empezó a organizar, como simple particular, con el ejército mandado por Rudecindo Alvarado, una guerra con los españoles del Alto Perú para terminar la dependencia de España. Al mismo tiempo, como dijimos anteriormente, tenía estructurado un plan para constituir una inmensa república en Sud América (Véase el tomo VIII de nuestra *Historia Política Argentina*, Buenos Aires, 1989, y publicaciones anteriores).

Llegamos a la última conclusión de que San Martín, al renunciar al mando, supremo del Perú, no hizo más que cumplir una promesa, repetida muchas veces, de no gobernar más de un año en el Perú. No se retiró a Europa, como se ha creído largamente durante más de un siglo, por decepciones o para educar a su hija, sino porque fracasó en su propósito de vencer a los españoles del Alto Perú (derrotas de Alvarado en Torata y Moquegua) y organizar la Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruano. San Martín nada ganaba con seguir unos meses o años en el gobierno del Perú. Había declarado, en demasiadas oportunidades, que su gobierno no pasaría de un año. No sabemos qué órdenes secretas tenía de la organización constituida por los jefes del Ejército o Masonería. El hecho es que San Martín, no bien asumió el mando del Perú, declaró que sólo gobernaría un año, cuatro meses antes de su viaje a Guayaquil dispuso la forma en que renunciaría en el Congreso peruano, dijo a Bolívar, en Guayaquil, que había dejado su renuncia en Lima, y cumplió su palabra en forma perfecta. Lo esperaba un destino infinitamente mayor que seguir al frente de un país que él había asegurado que sólo gobernaría un año. Estaba en sus manos terminar la guerra contra España, que Rivadavia hizo fracasar, y constituir la república -o reino- más grande, rico y, con el tiempo, más poderoso del mundo: la unión del antiguo virreinato del Río de la Plata, todo Chile y el Perú. Cuando Rivadavia hizo fracasar también este sueño -el más grandioso de la historia política de América-, San Martín se retiró a Europa para no volver a hundirse en esa América que, como decía Bolívar, era ingobernable. Todo esto, las viejas historias nunca lo supieron.

UNA NUEVA IMAGEN DE LA HISTORIA SANMARTINIANA Y BOLIVARIANA

Estamos muy en lo cierto si declaramos, con la seguridad de los hechos probados, que en largos años de estudio hemos creado una nueva imagen de la historia sanmartiniana y bolivariana. La historia sanmartiniana, para empezar, tuvo un período, en vida del gran general, que fue de incomprensión, de calumnias y de enormes errores. Algunas raras excepciones, como la de García del Río que, con un seudónimo, escribió una breve y luminosa biografía de San Martín. Vino luego un tiempo de inquietudes y de dudas que terminó con la monumental historia de San Martín y de la independencia americana escrita por el eximio Bartolomé Mitre. Su esfuerzo, extraordinario para su tiempo y cualquier tiempo, durará mientras se repita el nombre de San Martín. Fue la visión individual y, a la vez, panorámica, del hombre y de su gesta. Los documentos examinados, más de diez mil, presentaron una visión que causó asombro en América y en Europa. Sus páginas se convirtieron en Evangelio y, para muchos historiadores, nunca podrán ser superadas. Lo fueron, al cabo de medio siglo, en que nuestro inolvidable amigo, el doctor José Pacífico Otero, publicó su extraordinaria vida de San Martín escrita durante muchos años de esfuerzos y peregrinajes por los archivos españoles, franceses y argentinos. La obra de Otero fue otro gran golpe de efecto que causó asombro entre los entendidos. No faltaron los incapaces de juzgar trabajos superiores que quisieron disminuirla. Fue una ampliación, en innumerables detalles, de la de Mitre y de todo cuanto se había editado hasta entonces. Aclaró y enriqueció pormenores, expuso los mismos hechos con documentación más rica y directa, hizo conocer momentos olvidados del Libertador, especialmente durante su vida europea. Fue, en una palabra, un adelanto sorprendente en el conocimiento de la existencia de San Martín. Casi al mismo tiempo se publicó otro libro, simpático y sabio, bien pensado y bien compuesto, con interpretaciones nuevas y visiones inesperadas de muchos puntos siempre discutibles. Fue la popular vida de San Martín escrita por otro querido amigo nuestro, el doctor Ricardo Rojas, y titular El Santo de la Espada. El esfuerzo de Roja no se puede comparar, ni lejanamente, con los de Mitre y Otero. Es, en cambio, por su menor tamaño y su bello estilo, más accesible a los jóvenes y a los viejos que no pueden asimilar las miles de páginas de los maestros imperecederos. Desde entonces, y, en particular, de la polémica que surgió entre Otero y Rojas, pasaron otros cincuenta años. Vimos morir a esos y otros ilustres amigos historiadores de San Martín y de Bolívar y fuimos comprendiendo que en la vida de San Martín, tan detenidamente y hondamente estudiada, había problemas no resueltos, puntos obscuros, explicaciones insuficientes y una necesidad, muy urgente, de aclarar preguntas y respuestas. La biografía sanmartiniana, que se suponía agotada, y analizada en sus más mínimos detalles, se presentaba, a nuestros

ojos, como una vida incomprendida en su trascendencia superior. El general no era sólo un gran estratega: era el político de mayores aspiraciones de la historia hispanoamericana. Sólo tenía a su lado, para poder ser comparado, la figura augusta, y también incomprendida, de Simón Bolívar. Ambos genios eran presentados, por la historiografía corriente, como rivales o enemigos. Esta aberración hacía incomprensible, por no decir absurda, la historia de la independencia americana. Todo aparecía, desde los comienzos, como una serie incongruente de hechos falsos, unidos artificialmente por historiadores que creían saber historia americana y sólo repetían viejas calumnias y manidos errores. Juzgados con esos conceptos, San Martín era un traidor, y Bolívar, un demente. Ambos, además, como dijimos, habrían chocado en sus ambiciones y en sus oídos. La historia de América se mostraba como una lucha de criollos y españoles, enfrentados por sus diferencias de razas, o de comerciantes de la Península del Nuevo Mundo. Los ideales de esa gran lucha no podían ser más bajos y tristes. La grandeza de la independencia hispanoamericana no había pasado de una guerra anárquica, movida por afanes de lucro y mejores empleos. Una sustitución de los españoles por los nativos y, luego, un caos espantoso y una larga serie de luchas civiles.

La explicación de estos hechos no era clara. Los historiadores que investigaron los orígenes de la independencia hispanoamericana repetían y repiten las viejas teorías de las luchas de razas y de las seudocuestiones económicas. Nosotros no creemos serio acudir a Gobineau y a Marx para interpretar nuestra historia. Nuestro llorado amigo, el doctor José León Suárez, fue el primero en ver la historia de la independencia como una guerra civil. Otros autores europeos siguieron, más o menos acertados, sus huellas luminosas. Nosotros presentamos el problema de la España y la América sin reyes y un gobierno central, por la renuencia de Carlos IV a las coronas de la península y del continente americano, como el causante del surgimiento de la Juntas populares españolas y su consiguiente instalación en América. La guerra de los partidarios del Consejo de Regencia de Cádiz con los sostenedores del sistema de las Juntas populares fue la inmensa guerra civil que nació en España y se repitió en América. Esta guerra era, en realidad, un choque entre los hombres de ideas absolutistas y los hombres de ideas liberales. Los historiadores, en general, no han advertido la trascendencia inmensa que tuvo en la historia del mundo nuestra guerra hispanoamericana. Es una falta de observación, de visión y de comprensión, que no debe perdonarse a quienes la cometieron. No comprendieron el momento infinito, de una importancia única en la historia del mundo, que significó el paso de un sistema político de miles de años, como era el monárquico absolutista, al nuevo sistema republicano liberal que la guerra de España e, inmediatamente, de hispanoamérica, impuso en el mundo. Fueron unos días y unos breves años en que cambió la historia y el destino de la tierra. Los historiadores que no se dieron cuenta de estos hechos, y son muchos, han ignorado el acontecimiento político que tuvo mayor

repercusión en la historia de la humanidad después del nacimiento de Cristo y la unión de las tierras de Europa con las de la India por obra de Cristóbal Colón. Los historiadores europeos, para no reconocer que su vieja historia no tiene la importancia trascendentalísima de la historia americana, tuercen u olvidan las verdades y disminuyen, por ignorancia o amor propio, la historia del planeta. Lo auténtico es que el surgimiento de una nueva forma de gobierno en el mundo, como fue la república liberal, representa el nacimiento de una nueva era en la historia y un cambio político que revolucionó el destino de los pueblos y en especial, de las monarquías. Su derrumbe empezó en forma irrefrenable y hoy sólo mantienen reyes naciones que siguen apegadas a tradiciones vetustas próximas a desaparecer.

El origen de este cambio, como no hubo otro en la historia de la humanidad, fue obra de ideas y de hombres que las llevaron a su triunfo. Las ideas, convertidas en hechos con la independencia de los Estados Unidos, se enriquecieron con otros elementos y se hicieron fuertes en los políticos liberales españoles. Su único error fue derrivar al favorito Manuel Godoy, el príncipe de la Paz, que, con Napoleón, habría podido cambiar los destinos del mundo. El absolutismo y el personalismo imperantes, además de los temores de Fernando VII y sus pérfidos consejeros, empezando por el reverendo padre Escófquiz, originaron el motín de Aranjuez, punto de partida de todas las desgracias de España y de su pérdida de las Américas. Sin ese motín maldito, no sabemos qué habría ocurrido en el mundo, pero muy probable es que Napoleón y Godoy hubiesen dominado Inglaterra, la guerra civil entre juntistas y consejistas no se habría producido y España y América habrían sido la nación más grande y poderosa del mundo, entonces y ahora. No es permitido, a historiadores que se respetan, caer en suposiciones y, menos en imaginaciones. Los hechos fueron como fueron. y la guerra por el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, con un parlamento y una constitución se elevó a un primer plano y dominó América. Esta lucha tuvo un gran ideal: la formación de una inmensa nación, con ideas liberales, tan extensa y poderosa como todo el continente hispanoamericano. Esta idea no lo creyó posible Mariano Moreno, hombre que echó las bases de la argentinidad con su defensa de un Congreso, formado por representantes de todas las provincias del virreinato, y de una Constitución, que empezó a forjar sobre la base de la norteamericana. En cambio, lo creyeron muy factible otros hombres, como San Martín, Bolívar, Güemes y otros muchos. Es por ello que San Martín parte de Europa para dirigirse al Nuevo Mundo a luchar por su independencia. Esta decisión no obedeció, como se creía en otros tiempos, a sus nostalgias de los naranjos de Yapeyú, Esto lo podrán enseñar poetas. Los documentos que, por primera vez, dimos a conocer nosotros y demostraron que San Martín, Alvear y algunos más habían partido de España y de Londres movidos por la política napoleónica que buscaba la independencia de América para que no cayese en poder de Gran Bretaña, de la infanta Carlota Joaquina, de Estados Unidos o de

Rusia, abrieron un panorama insospechado en estos estudios. No faltaron historiadores, despechados por no haber sido ellos quienes hiciesen estas revelaciones, que intentaron refutarnos. Los especialistas conocen nuestras polémicas y la forma en que hemos tratado a nuestros contradictores. San Martín trajo el ideal de la independencia al Río de la Plata. No lo tenían Rivadavia y otros hombres que lo acompañaban. Fue la revolución de octubre de 1812 la que dio un vuelco definitivo a la política de esta parte de América. Se hizo la Asamblea de 1813, que se ajustó a la realidad política de aquellos instantes. Empezó por seguir las normas que establecían las cortes de Cádiz, como demostró Julio V. González, y tomó otros rumbos cuando se supo que Napoleón había caído y nos había dejado "en los cuernos de la Luna", como decía Posadas. Era el 1814. Los ideales liberales y constitucionales eran tan fuertes que nuestro gobierno envió a Europa la misión de Rivadavia, Belgrano y Sarratea para ofrecer a Fernando VII las tierras que los juramentos de Mayo le habían conservado con la condición de que admitiese un Congreso y una Constitución. El inepto Fernando VII no quiso transigir con el liberalismo y ello le costó la pérdida del Nuevo Mundo.

Es por esta razón que, el 9 de julio de 1816, se proclamó en Tucumán la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sud, es decir, de toda América, no de las del Río de la Plata como se enseñó durante más de un siglo. La independencia de toda América, ignorada hasta que la revelamos, significó un hecho que hizo temblar las coronas de la vieja Europa. Los ideales republicanos y liberales triunfaban y se imponían. El miedo de los monarcas europeos fue tan grande que Alejandro de Rusia planeó la Santa Alianza, la unión de los países absolutistas europeos, para oponerse a los progresos de la democracia, del republicanismo, del liberalismo, del parlamentarismo y del constitucionalismo. El duelo representó un estado de guerra entre dos mundos; el europeo y el americano. El primero era el campeón del tradicionalismo monárquico absolutista. El segundo lo era del republicano liberal. Los destinos de la tierra jugaban su única y definitiva partida. La Santa Alianza empezó a intensificar los preparativos de su guerra contra el mundo americano. Veinte mil hombres se fueron preparando en Cádiz para partir hacia América en naves rusas, francesas, prusianas y españolas. Dos hombres hicieron frente a la amenaza de la Santa Alianza. Bolívar, en la parte norte del continente hispano, y San Martín en la parte sud. Los historiadores europeos, con su clásico desconocimiento de los temas hispanoamericanos, todavía no han descubierto esta guerra entre dos mundos, este intento de la Santa Alianza de aplastar el liberalismo hispanoamericano y este surgimiento, indomable, de los liberales americanos dispuestos a morir o hacer en una de las cuatro partes del mundo el sistema republicano liberal. El hecho es que San Martín y Bolívar fueron los representantes máximos de esta lucha intermundial que se desenvolvía en el escenario más extenso de la historia humana.

La historia de las ideas políticas sabe perfectamente que los ideales de los dos grandes héroes eran los de lograr la independencia política, sobre bases constitucionales liberales, de nuestra América y convertirla en una inmensa y poderosa nación que iba a regir los destinos de la humanidad. El sueño de San Martín y Bolívar fue el más grande que hombre alguno haya tenido en la historia de los proyectos políticos del planeta. Las monarquías universales imaginadas por alguno emperadores de la antigüedad o la Edad Media no abarcaban extensiones tan inmensas como las de nuestra América. Además, no llevaban incluido el propósito de poner fin a una era de absolutismo monárquico para crear otra de republicanismo liberal. No pasaron de esperanzas doradas que muy pronto se hicieron humo. En cambio, la guerra por la libertad hispanoamericana fue una realidad que duró años, que puso en movimiento miles de hombres y terminó por dar vida a una serie de naciones que hoy deciden los destinos de la tierra.

En la biografía de San Martín hay un punto que permaneció obscuro hasta que nosotros lo aclaramos en forma definitiva. Es el de su llamada desobediencia genial. Sobre este particular Mitre y Vicente Fidel López escribieron cientos de páginas. Trabajo perdido que inspiró a generaciones de historiadores y no pasa de un error, suposición o fantasía. Es conocido. San Martín recibió la orden, repetida en varias oportunidades, de Pueyrredón y de Rondeau, de hacer cruzar la cordillera al Ejército de los Andes para combatir a los Caudillos de las provincias. Según la leyenda, San Martín se habría negado, habría desobedecido, para llevar adelante la conquista del Perú. Mitre sostuvo que San Matín hizo bien en desobedecer y dar la libertad á una parte de América. López explicó que si San Martín hubiese obedecido, habría terminado con los caudillos, no habría habido las guerras civiles que más tarde se produjeron y el Uruguay hoy pertenecería a la Argentina. Historiadores mitristas y lopiztas se dividieron las opiniones e innúmeras suposiciones. Lo cierto es que la desobediencia de San Martín no existió jamás. La declaración de la independencia de julio de 1816 se hizo para dar la libertad a todo el continente. En 1817 tuvo lugar la batalla de Chacabuco que significó la liberación de Chile. Al año siguiente vino la de Maipú que representó una gran derrota para el virrey de Perú. En 1818 y 1819 el ejército de San Martín no se movió. El gran peligro no estaba en la actitud de los caudillos que nunca inquietaron a Pueyrredón, sino en la amenaza de la Santa Alianza que tenía en Cádiz veinte mil hombres listos para dirigirse a América. Los historiadores que han estudiado estos sucesos, obsesionados por el problema de los caudillos, creyeron que Pueyrredón había ordenado a San Martín repasar los Andes para combatir a esos caudillos. La verdad es que el fin del repaso de los Andes no era combatir a los montoneros, sino tener una fuerza que hiciese frente a los veinte mil hombres que la Santa Alianza y España estaban dispuestos a enviar a América. En esos momentos, los pobres caudilllos, empezando por el ingenuo Artigas, exigían que el gobierno

de Buenos Aires declarase la guerra a Portugal y recuperase la Banda Oriental. Era una pretensión propia de insensatos o suicidas. Podemos disculparlos por su ignorancia. Hoy nos consta que esos caudillos no sabían el peligro que representaba la expedición de los veinte mil hombres. Ignoraban que si Buenos Aires declaraba la guerra a Portugal esta nación, que no formaba parte de la Santa Alianza, se habría aliado a España y habría permitido a las naves de los veinte mil hombres tocar en los puertos del Brasil y conquistar fácilmente Buenos Aires. En esta ciudad, el terror a la expedición era tan grande que hasta se planeó imitar a los rusos en Moscú y quemar la ciudad cuando apareciesen las naves con los veinte mil hombres. Los caudillos no sospechaban que los planes monárquicos de Pueyrredón, que habrían convertido América en una inmensa y poderosa nación unida al Brasil, tenían por fin principal impedir que Portugal se aliase a España e hiciese posible la llegada de los veinte mil hombres más otros miles de portugueses del Brasil. Acceder a los pedidos de los caudillos, de declarar la guerra a Portugal e intentar la recuperación de la Banda Oriental, habría sido un holocausto, la pérdida definitiva de la independencia americana. Los planes eran secretos, la diplomacia de Pueyrredón no se divulgaba, los caudillos vivían en las nubes o, a lo sumo, se agitaban por chismes políticos e imaginaciones. San Martín, cuando recibió las órdenes de cruzar con su ejército la cordillera de los Andes, obedeció inmediatamente, repitió las órdenes a los jefes de los regimientos, dispuso todo lo necesario en Mendoza para recibir al ejército; en ningún instante, repetimos, desobedeció lo que Pueyredón, primero y Rondeau, después, le ordenaban, pero el gran ejército no se movía. Lo que había ocurrido, y Mitre y López, ni ningún otro historiador se molestó en averiguar, era algo que nosotros dimos a conocer.

Quien resolvía la política en Chile y el mando del Ejército de los Andes no era San Martín sino la logia 0-0. La logia era masónica y en esos momentos tenía en sus manos el destino político y militar de esta parte de América. Sobre la masonería mucho se ha escrito y fantaseado. Por lo general quienes escriben sobre la masonería son ignorantes, fanáticos o sectarios que quieren combatirla sólo por ser masonería. No pertenecemos, no hemos pertenecido, ni perteneceremos a esta orden. Estudiamos su historia. Sentimos cierta conmiseración por quienes han inventado la tesis de que la masonería a la cual pertenecía San Martín no era masonería, sino una sociedad política que tenía los mismos signos, ritos, ceremonias y secretos de la masonería. Los sostenedores de esta tesis ocultan cuidadosamente todos los testimonios que demuestran lo contrario. Especialmente los de Enrique Martínez, Tomás de Iriarte y otros hombres que formaron parte de esa masonería y atestiguaron muy bien que era masonería y no otra cosa. Dejemos este particular que sólo discuten quienes ignoran estos hechos o se mueven por otros fines. Lo cierto es que la Logia 0-0 dispuso que el Ejército de los Andes no se dirigiese a Mendoza y, en cambio, conquistase el Perú. Fue una decisión

que definió el destino de América. Hemos fijado el día exacto y la hora en que se tomó esta resolución. Al día siguiente fue comunicada a San Martín. La libertad de América estaba asegurada.

Los planes de San Martín, su estrategia para la guerra de América y la independencia del continente, han sido estudiados, pero mucho puede agregarse a lo que se ha hecho. Hemos exhibido un plan que señala el itinerario del ejército libertador a lo largo del continente, hasta la América central. En nuestra Argentina, San Martín tuvo los ojos en el Alto Perú, hoy Bolivia. Esta inmensa región tenía una extrema importancia. En ella podían refugiarse y hacerse invencibles las fuerzas españolas. Sabido es que estaban divididas en constitucionales y absolutistas. El jefe de los absolutistas era Pedro Antonio de Olañeta que dominaba en el Alto Perú. San Martín comprendió estos hechos y desplegó su estrategia. En Tucumán respondía a sus órdenes Manuel Belgrano y en Salta contaba con el apoyo de Miguel Martín de Güemes. Llegado un determinado momento, San Martín atacaría a los españoles del Alto Perú desde el Oeste, y Belgrano y Güemes lo harían desde el Sud. Encerrado entre dos fuegos, el ejército español habría sido destuido o habría terminado por rendirse.

Ahora entendemos el porqué de las posiciones estratégicas dispuestas por San Martín para defender el territorio argentino contra los ataques de los españoles y al mismo tiempo, avanzar sobre ellos hasta lograr su definitiva aniquilación. Poco son los autores que han explicado muy bien estos hechos. Atilio Cornejo, Luis Oscar Colmenares, Oscar A, Uriondo, Carlos Gregorio Romero Sosa, Pastor López Aranda, A. J. Pérez Amuchástegui, Emilia Menotti, Mario V. Quartaruolo y algunos otros. Hombres y mujeres de nuestro tiempo, que superan a los estudiosos antiguos que no llegaron a advertir plenamente estos planes estratégicos tan trascendentales. Era, repetimos, un ideal -el de la unidad americana- que sostuvieron ardientemente San Martín y Bolívar y compartieron sus allegados, como Monteagudo y otros muchos. El integracionismo, la confederación o simple unión de todos los pueblos americanos hoy ningún historiador lo discute como aspiración máxima de los Libertadores. Por ello la declaración de la independencia de toda la América del Sud hecha en Tucumán como también las luchas de Bolívar y la expedición de San Martín al Perú. La logia 0-0 calculó que era preferible que los veinte mil hombres de España y la Santa Alianza tomaran Buenos Aires antes que perder la oportunidad de conquistar el Perú y resistir en él la guerra contra los invasores. Pueyrredón no se preocupó mayormente por los caudillos, entre ellos Artigas. Rechazó el intento de mediación de los delegados chilenos. Consideraba imprescindible defender Buenos Aires; pero la logia 0-0 no aceptó sus pedidos, sus clamores, y dispuso la expedición al Perú de San Martín. No se olvide que Pueyrredón tiene el mérito inmenso de haber planeado y organizado, con dinero de Don Ambrosio de Lezica, la sublevación de los veinte mil hombres en Cabezas de San Juan, cerca de Cádiz, el primero de enero de

1820. Cuando la logia 0-0 supo que la expedición tan temida no llegaría al Plata y, en cambio, había impuesto la Constitución de Cádiz de 1812, apresuró la expedición de San Martín. Las órdenes que dio al Libertador fueron claras y simples: organizar la administración del Perú, con un Congreso que representase al pueblo, y entregar inmediatamente el gobierno del Perú a los peruanos. San Martín expuso muchas veces, como demostró Ricardo Rojas y confirmamos nosotros con otros elementos, que gobernaría en el Perú no más de un año, solamente un año, insistimos, y esta comprobación terminó para siempre con la leyenda de la renuncia de San Martín por culpa de Bolívar.

Llegamos a la conclusión de que el fin de la empresa sanmartiniana, como el de la bolivariana, fue la integración de toda la América hispana como nación libre e independiente. Habría sido el continente de la Libertad, la transición suprema del monarquismo absolutista al republicanismo liberal: la revolución o cambio político de mayor trascendencia en la historia de la humanidad.

La realización de este ensueño o de este grandioso plan político se hizo por decisión y obra de San Martín y de Bolívar. El héroe venezolano tiene el mérito infinito de haber puesto en práctica el comienzo de esta empresa. Envió a su representante Joaquín Mosquera al Perú para que se entrevistase con el representante de San Martín, Bernardo de Monteagudo. Mosquera llegó a Lima el primero de mayo de 1822 y el día 5 presentó sus credenciales. El día 9 se encontró con el ministro de gobierno Monteagudo. Las negociaciones para hacer de América una sola nación duraron hasta el día 6 de julio de 1822 en que los dos representantes de San Martín y de Bolívar firmaron dos tratados que sellaron la unidad de Colombia y del Perú. Estos tratados pueden leerse en el apéndice documental de "*La entrevista de Guayaquil a la luz de los documentos históricos*", publicada por nuestro amigo y colega del Instituto Nacional Sanmartiniano, coronel Bartolomé Descalzo. Los tratados fueron rectificados por Torre Tagle, o sea, por el Perú, y por el senado y el presidente de Colombia. Ellos hicieron la unión de las dos repúblicas por medio de una confederación. El artículo primero establecía que las dos repúblicas "se unen, ligan y confederan desde ahora para siempre, en paz y guerra, para sostener con su influjo y fuerzas marítimas y terrestres, en cuanto lo permitan las circunstancias, su independencia de la nación española y de cualquiera otra dominación extranjera..." Los colombianos eran reconocidos en el Perú como peruanos, y los peruanos en Colombia como colombianos. Para ello "bastará que hayan establecido su domicilio en el Estado a que quieren pertenecer". El tránsito y el comercio eran libres entre el Perú y Colombia. Habría liberación de impuestos de aduana para los peruanos en Colombia y los colombianos en el Perú. Además las dos naciones interpondrían sus buenos oficios "con los gobiernos de los demás Estados de la América antes Española para entrar en este pacto de

unión, liga y confederación perpetua". Mosquera estaba dispuesto a viajar a Santiago de Chile y Buenos Aires para invitar a sus gobiernos a adherirse a esa unión americana.

La fecha del 6 de julio de 1822 debe ser recordada y enaltecida pues es la del día en que los representantes de San Martín y Bolívar firmaron la unión de Colombia y del Perú para constituir, lo antes posible, con las restantes naciones, la gran confederación americana. Como muy bien reconoció Nicolás Pérez Amuchástegui, este tratado fue una realidad. La unión americana comenzó a existir.

Un documento de tanta importancia lo atestigua sin posibilidades de dudas. No obstante, son pocos los autores que lo citan y estudian. Ha pasado inadvertido, olvidado o descuidado. No se le reconoció valor o, simplemente, se le olvidó. Es un error imperdonable. Su omisión en la historia de estos sucesos ha significado un mundo de interpretaciones falsas, de suposiciones equivocadas, de verdadera ignorancia. Este tratado del 6 de julio de 1822 explica la entrevista de Guayaquil, tan mal tratada, tan llena de fábulas y de calumnias. Veamos los hechos.

Una vez establecida la unión del Perú y de Colombia, Bolívar y San Martín decidieron encontrarse para sellar la unidad de América. Chile, con muchas probabilidades, se adheriría. O'Higgins era íntimo amigo de San Martín y tenía sus mismas ideas políticas. Ambos formaban parte de la Logia 0-0. Las Provincias Unidas del Río de la Plata se unirían por medio de un Congreso y entrarían inmediatamente a constituir la gran unión. San Martín se dirigió a Guayaquil con el único propósito de abrazar a Bolívar y confirmar la unión de las dos naciones que su representante, Monteagudo, y el de Bolívar, Mosquera, habían firmado solemnemente el 6 de julio de 1822. Permanecería en Guayaquil, como escribió San Martín a Bolívar, tan sólo unas pocas horas. Cuatro meses antes de partir ya estaba arreglado el viaje a Guayaquil y el regreso. Al volver, de acuerdo con una carta que escribió García del Río a San Martín, debía recuperar el mando y, para que no se pensase que la entrega del poder al Congreso del Perú, era forzada, debía tomar el poder para dejarlo inmediatamente. Nada librado al azar. Todo perfectamente regulado. Hablar hoy de una "renuncia" de San Martín por culpa de lo tratado en Guayaquil con Bolívar es poco menos que insensato.

En Guayaquil, los dos Libertadores confirmaron la unión de América. Hicieron, en forma, para ellos definitiva, la unión de nuestra América. Así lo dijo Bolívar a varios de sus amigos y colaboradores. Así consta en documentos que, en otros tiempos, los historiadores ignoraban o no sabían interpretar. Toda discusión es imposible o de mala fe. Basta de hablar de un tema agotado. Guayaquil fue el escenario de la Unión Americana hecha por San Martín y Bolívar y firmada por sus representantes poco tiempo antes.

La historia tradicional enseña que San Martín, decepcionado, triste, fracasado, obligado a renunciar, etcétera, todo por culpa de Bolívar, se encaminó a Chile, donde la política le

desagradó, y luego a Mendoza, donde tampoco pudo vivir, hasta que, harto de todo, se dirigió a Europa para educar a su hija. No quiso oír hablar de política, consideró su obra terminada, etcétera. Todo èsto es un cúmulo de mentiras conscientes e inconcientes. La verdad es muy diferente. San Martín no prolongó su mando en el Perú más de un año porque así lo había prometido y porque la Logia 0-0 le ordenó que constituyese un Congreso en el Perú y le entregase el poder no bien estuviese inaugurado. Había cumplido con este mandato superior.

Su gran obra no estaba terminada. Empezaba a realizarse. No bien concluida la empresa del Perú, tenía todo su tiempo para llevar adelante tres grandes planes que todos los historiadores han ignorado por completo. El primero era organizar las Provincias Unidas o desunidas por medio de un Congreso. San Martín se nos presenta como el Precursor de la Organización Nacional. El segundo era terminar la guerra contra los españoles del Alto Perú por medio de una doble expedición que habría encerrado a los españoles entre dos fuerzas: una del Occidente y otra del Sud. Las victorias que hubo en Ayacucho y en Tumusla se habrían producido algunos años antes y San Martín, en lugar de Sucre, habría tenido la gloria de poner fin a la lucha por la independencia americana. El tercero era formar una nueva e inmensa nación por medio de las Provincias Unidas organizadas, Chile y el Perú. La nueva nación se habría llamado Gran Asociación Argentino-Chilena-Peruana. Muy probablemente San Martín habría sido el jefe, el presidente de la nación más extensa y rica del mundo.

Estos tres proyectos, que San Martín estaba dispuesto a realizar después de su retiro de Guayaquil, como simple particular, han sido ignorados hasta estos momentos. Ellos convierten a San Martín en el político de mayores ideales de la historia americana. Junto a él sólo está el extraordinario Bolívar, que tuvo propósitos semejantes. Bolívar nunca supo porque San Martín había dejado el Perú a los peruanos. Lamentó la ausencia, el retiro, de San Martín de su gobierno en Lima y, por ello, tuvo palabras de sorpresa, de extrañeza, de enojo, por una actitud que él no había provocado, inexplicable e incomprensible hasta para los historiadores que desconocieron estos hechos y se pusieron a comentar la inexistente renuncia de San Martín. El hecho indiscutible es que, con la revelación de los increíbles ideales de San Martín después de Guayaquil, el héroe argentino surge como uno de los políticos más extraordinarios de los primeros años de la independencia americana. El otro es su émulo, Simón Bolívar.

Cuando los diarios hicieron saber que el Congreso de Córdoba iba a ser presidido por San Martín, Rivadavia lo hizo fracasar. En otros años no se sabía cómo explicar la extraña actitud de Rivadavia frente a ese Congreso que deseaban ardientemente todas las provincias. La disolución del Congreso de Córdoba, por obra de Rivadavia, se debe a los temores de este ministro frente a la posibilidad de un elevado encumbramiento de San Martín. La Argentina desunida, sin un Congreso ni un gobierno central, no podía entrar a formar parte de

la Gran Asociación Argentino-Chilena-Peruana. Además, una conspiración de Freire, en la cual es posible que haya intervenido Rivadavia, hizo huir a O'Higgins, el mayor sostén que San Martín tenía para esta empresa.

San Martín contaba con el ejército poderoso del general Rudecindo Alvarado. Este jefe le decía a San Martín: "Este ejército es suyo" y lo obedecía ciegamente. San Martín quiso organizar un ejército con aportes de hombres, cien o algo más, de cada provincia argentina. Para organizarlo envió a un joven inteligente peruano, que más tarde fue presidente de la república. Su misión cuenta con una documentación completísima que reunieron Julio González y Ricardo R. Gaillet-Bois y publicó la Academia Nacional de la Historia. El enviado obtuvo la promesa de hombres de todas las provincias. Sólo Rivadavia se negó a otorgar la más mínima ayuda. La legislatura en pleno, salvo la excepción del diputado Gazcón, negó toda cooperación para el ejército de San Martín. El Libertador no se desanimó, logró un empréstito, formó una fábrica de uniformes militares y puso en marcha unos cientos de soldados. Sin dinero, sin alimentos, los reclutas se sublevaron y disgregaron entregados al pillaje. El ataque a los españoles del Alto Perú desde el sud no pudo realizarse. Era el segundo fracaso que, en este aspecto, tuvo San Martín. El primero se había producido por la prisión y muerte de Belgrano y, al año siguiente, el asesinato de Güemes. Aquel triángulo que mantenía a raya a los españoles del Perú y Alto Perú se había desecho. El segundo intento, con hombres como Juan Bautista Bustos, Pérez de Urdinensa y otros, también fracasó. Alvarado se resolvió a dar solo el ataque a los españoles y su ejército fue deshecho en las batallas de Torata y Moquegua.

La Gran Asociación Argentino-Chilena-Peruana, con estas derrotas, sin un Congreso que uniese a las provincias desunidas, sin ejército que atacase a los españoles por Salta y Jujuy mientras Alvarado lo hacía desde Occidente, sin la colaboración de O'Higgins, refugiado en el Perú, sin dinero, sin el apoyo de los antisanmartinianos de Buenos Aires, sin ninguna otra esperanza, no pasó de un bello sueño. Era el que también habían tenido Belgrano, Güemes, Monteagudo y otros. Los historiadores, repetimos lo ignoraron en forma total. Sólo el sublime Bolívar quiso llevarlo adelante. Con constancia inconcebible, con su fuerza de voluntad sobrehumana, se empeñó, hasta los últimos días de su vida, en lograr la unidad de América; el mismo ideal de su amigo San Martín. Los federalistas, como los federales de la Argentina, lo hicieron imposible. No vamos a relatar sus luchas, que hemos historiado en otras páginas, y destruyeron la unidad política nacional de nuestra América. Los grupos históricos, con antecedentes indígenas, que daban sus características inconfundibles a cada región del Nuevo Mundo, mantuvieron vivo el federalismo, o sea, la desunión de los pueblos americanos, los odios, las rivalidades, las incomprensiones, los desconocimientos recíprocos, todo lo que hace un daño inmenso a la hermandad de los pueblos de

América. La Gran Colombia se dividió en tres naciones: Venezuela, Colombia, Ecuador. El Perú declaró la guerra a los colombianos. Chile se sumió en luchas civiles, las Provincias Unidas se convirtieron en un infierno del cual surgió la triste época de Rosas, manchada de sangre y horrores; el Paraguay se aisló en un lúgubre silencio. El Alto Perú se hizo una nación independiente. El Uruguay se convirtió en otra nación separada. El Brasil se aprovechó de todos estos males para ensanchar sus fronteras. Los centristas del Norte fueron derrotados como los unitarios del Sud. Sufrieron persecuciones, degüellos, insultos. El que hablaba de unidad, de formar una inmensa y poderosa nación americana era considerado un loco. Los vivas a la Federación servían para mantener caudillos ignorantes y brutos, miseria, odios y atraso. Algunos caudillos mayores se aprovechaban de este caos político, el más grande del mundo. Por algo filósofos de la historia , como Hegel, se espantaron de la anarquía americana y miraron con desprecio nuestros países. Por algo fue encadenado Belgrano, asesinado Güemes, baleado Sucre, expulsado O'Higgins, expatriado San Martín y llevado a una muerte desesperada el inmortal Bolívar. Fue el premio que tuvieron los hombres que vencieron a la Santa Alianza, los hombres que hicieron la transición del monarquismo absolutista al republicanismo liberal y constitucional. La Santa Alianza había sido derrotada por América, pero los partidarios de los absolutismos personales, caudillísticos, y los aislamientos territoriales, traidores a la americanidad, habían triunfado y la historia americana llegó hasta nuestro tiempo desgarrada en pedazos.

LA SANTA ALIANZA EUROPEA Y LA CONTRA SANTA ALIANZA LUSO AMERICANA

La historia moderna empieza con la independencia de Estados Unidos en 1776. Es la forma republicana de gobierno. Antes no existía o se había ensayado en Estados diminutos. El republicanismo norteamericano fue el comienzo del fin de los sistemas monárquicos. Un mundo político que tenía tantos siglos como la vida civilizada del Hombre empezaba a morir. El hecho asombró a Europa. Las viejas monarquías se sintieron temblar. Las ideas políticas se enriquecieron y transformaron. No nos extrañemos de una revolución francesa en 1789 ni de la inmensa guerra civil que estalló en España y en América. Era el predominio del pueblo y sus Juntas populares que gobernaban en nombre del rey cautivo. El mundo hispanoamericano soñaba constituir una nación inmensa y poderosa que en menos de un siglo decidiría los destinos de la Tierra. En su contra estaba el consejo de regencia, de Cádiz. La guerra civil hispanoamericana no nació de problemas comerciales o económicos, ni de odios de razas, ni de otras muchas teorías. Fue el estallido de un liberalismo que no admitía absolutismos de reyes y sólo creía en la voluntad del pueblo; Congreso y Constitución. Europa rechazaba esta idea. América lo defendía. La gran división entre el viejo y el nuevo mundo estaba hecha. Los hombres no combatían por intereses económicos ni odios de razas. Los dividían sus ideas políticas. La solución se estancaba en esta inmensa división. América sería el continente de la Libertad. Europa, el de la Antilibertad. Por ello en América sus conductores pensaron en la república, al gobierno de la cosa pública. En la América del norte, el último gran combate por este ideal fue la guerra de 1812-1814 entre Estados Unidos e Inglaterra. Era el año en que cayó Napoleón. Este hombre, genial y asombroso, predijo que Rusia y Estados Unidos muy pronto superarían a Gran Bretaña. En 1815, Francia, con cerca de treinta millones de habitantes, trataba de sobreponerse a Inglaterra. El 3 de marzo se supo en Viena que Napoleón había vuelto. Un correo partió en el acto hacia San Petesburgo. Los aliados reunieron ochocientos mil hombres. Dispararon trescientos cañones y corrieron veinticinco mil caballos. Napoleón se quedó sin municiones. Ingleses y prusianos desfilaron en París. Francia fue saqueada y humillada. Los vencedores se llevaron las obras de arte que Napoleón había quitado a otros paises. Además, la cargaron de impuestos y de indemnizaciones. Los nacionalismos resurgieron. La masonería y otras sociedades secretas se reorganizaron Alejandro I de Rusia apareció como el campeón de ese triunfo. Era hijo de un loco, el Zar Pablo, y disponía de un ejército de trescientos mil hombres y dos mil cañones. Metternich, el titiritero de aquellos momentos, decía, con razón, que lo fabuloso no se hallaba en ningún hombre, que a todos eran despreciables, sino en los tiempos que se vivía.

El hundimiento definitivo de Napoleón (Waterloo, 15 de junio de 1815) hizo pensar en un nuevo orden. Había que asegurar el dominio de las antiguas monarquías como si la independencia de los Estados Unidos no hubiese existido. Fue por ello que el zar Alejandro I, con los consejos delirantes de madame Krudener, propuso la unión de las grandes potencias monárquicas para salvar las dinastías tradicionales de una segura desaparición. América era la amenaza mayor que aterrorizaba a Europa. En la Edad Media lo había sido el avance musulmán. En la era posnapoleónica lo era el liberalismo americano. El pacto se llamó de la Santa Alianza y fue firmado el 26 de septiembre de 1815 por Rusia, Prusia y Austria. Javier de Maistre, irónicamente, decía que esa sociedad tenía un buen secretario, que era el zar. El pacto no logró la adhesión de Francia y España, pero contaba con ellas. Sólo excluyó, deliberadamente, el imperio otomano. El eximio historiador español García Trelles calificó este pacto como un compromiso religioso. Otros dijeron que fue una unión cristiana. Lo indudable es que de entrada se convirtió en político y tuvo como fin principal impedir que en el mundo naciesen repúblicas y se impusiesen las formas de gobierno liberales, democráticas, parlamentarias y constitucionales.

América, salvo Estados Unidos, era una incógnita. En Buenos Aires, la caída de Napoleón obligó, moralmente, a cumplir los dos juramentos de Mayo hechos en la Primera y en la Segunda Juntas por Cisneros y Saavedra: devolver esas tierras a Fernando VII no bien recuperase el trono. El momento había llegado y el director Posadas envió a Londres a Belgrano, Rivadavia y Sarratea a cumplir los juramentos de Mayo. Fernando no aceptó el trono de América con un Congreso y una Constitución. Por ello perdió sus dominios. Pero América, cuando Belgrano hizo saber este rechazo en Tucumán, se declaró independiente el 9 de julio de 1816 con el nombre de Provincias Unidas en la América del Sud.

Era un nuevo Estado, tan grande como el continente hispano, que se levantaba independiente frente al mundo monárquico absolutista europeo. La idea de un continente unido e independiente tenía sus antecedentes. Había sido el sueño de Francisco de Miranda, de Simón Bolívar y de José de San Martín. Los historiadores europeos no han profundizado estos hechos y por ello han ignorado las raíces de incontables acontecimientos. En 1815, en la llamada carta de Jamaica, Bolívar había expuesto la posibilidad de constituir una sola nación con el mundo americano. Juan Martín de Pueyrredón y San Martín, en 1818, echaron las bases de una unión de la Argentina, Chile y Perú -aún no conquistado y liberado- que habría sido la nación más grande del mundo después del imperio ruso. Ese mismo año, el 18 de junio, Bolívar escribió a Pueyrredón que era necesario transformar América en una sola e inmensa nación. La amenaza de un imperio republicano en el antiguo dominio español inquietaba a los absolutistas de Europa y de América hispana, España, Portugal, Grecia e Italia sufrían la opresión de la Santa Alianza.

Los bandos estaban definidos. Liberales y absolutistas. Europa encabezada por la Santa Alianza. América, por los generales Bolívar y San Martín. Ambos coincidían en su sueño de una América unida y liberal y le dieron su independencia de facto y de jure. Los orígenes de esas independencias han sido estudiados en Europa y en América con muy distintos criterios. En Europa, la influencia marxista ha dado a estos estudios una orientación económica y comercial que es imprescindible conocer, pero que nada significa en el tema que estamos estudiando. Se le han atribuido consecuencias que tienen otros orígenes y son mal conocidos. Por otra parte, los historiadores europeos hablan de la independencia de América como si fuese una obra Europea y no se dan cuenta que es Europa una obra de América. Se pierden en estadísticas y en análisis de la producción económica americana y de las necesidades que Europa tenía de esos productos y no saben porqué Europa tardó tanto tiempo en reconocer la independencia americana.

Estos estudios, en todo momento muy respetables, pueden servir a los historiadores de la economía, pero no a los de la política y a los verdaderos americanistas. En cuanto a los historiadores hispanoamericanos se han perdido en sus afanes de querer demostrar que el ideal de la independencia era propio de sus héroes nacionales y aún indígenas, que en un principio, cuando juraban fidelidad al monarca cautivo lo hacían con una máscara. Habrían sido unos simuladores y perjuros, divididos en criollos y españoles o patriotas y realistas. Tanta ignorancia supera a la de los europeos que, siquiera, saben historia económica. Los actuales historiadores americanos todavía no han comprendido la lucha civil de juntistas y consejistas y, menos, la poderosa influencia de la masonería en la expresión de los ideales de democracia, parlamentarismo y constitucionalismo. Tienen una idea muy superficial del significado de la Santa Alianza europea en los destinos hispanoamericanos y en cuanto al estudio de la masonería está tácitamente prohibido en muchas instituciones y universidades. Sin ser, ni haber sido masones, nos hemos abocado a su análisis y hemos comprobado su enorme influencia en la expansión de los ideales democráticos hispanoamericanos.

Los franceses del terror vieron la masonería como una fuerza contrarrevolucionaria. Las logias fueron cerradas. El 13 de mayo de 1793, el Gran Oriente francés desapareció. Después del Termidor, la masonería renació y logró imponer el Directoria y el Consulado. Talleyrand era masón. Advertía que Estados Unidos apoyaría siempre más a Gran Bretaña que a Francia y aconsejó a los franceses intensificar su comercio con el Oriente, tal vez para que no tuviese tanta influencia en la América hispana. Tallayrand vio los errores monstruosos de Fernando VII, a quien desdeñaba, y del mismo Napoleón. No vio las causas de la independencia de América, como no las ven los que escriben sobre rivalidad de Francia e Inglaterra y aún de otras naciones en el campo comercial. La América hispana, principalmente Buenos Aires, tenía un comercio totalmente libre desde 1778. Compraba y vendía a cualquier

nación que, con sus barcos, llegaba a sus puertos. En Buenos Aires flotaban las banderas de barcos turcos. Cuando ciertos historiadores lean nuestro Buenos Aires colonial, publicado hace unos años, lamentarán haber escrito algunas páginas. En cambio, quien sabía más que nadie en Europa era el príncipe de Metternich, Todas sus biografías, como es lógico, ignoran los informes precisos minuciosos, continuos y extraordinarios, que le hacía llegar su representante en Río de Janeiro, el barón de Francisco Von Mareschal. Se encuentran en la Colección Tobías Monteiro, de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro y, desde hace años, se están publicando en la *Revista de Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro*. Metternich era el hombre mejor informado del mundo acerca de la política hispanoamericana. El barón de Mareschal tenía espías en muchas ciudades de América que le hacían llegar pormenores políticos y militares. En seguida, los transmitía a su señor, *Mon Prince*, en cartas, admirablemente escritas, que no omitían detalles por más insignificantes que fuesen.

Matternich sabía lo que ocurría en América. Nada le importaba si en una región se cultivaba más caña de azúcar y en otra se intensificaba o abandonaba el trabajo en las minas. La historia del capitalismo, en Europa y en América, que con fruición desarrollan algunos autores, nada tiene que ver con los ideales políticos que difundían sociedades secretas, manifiestos de generales y las balas de los cañones. El que quiera hacer historia económica que la haga, pero que no la mezcle con la políticas. A América la inquietaba poco o nada lo que algunos historiadores llaman "liberación económica". Lo que le importaba era su liberación política", su independencia, no para tener un mayor comercio, que lo tenía de sobra, sino para ser reconocida como una o muchas naciones independientes. Sus representantes iban a Europa a contratar voluntarios o mercenarios que fuesen a combatir por la libertad, la democracia. Pocos fue solamente a buscar acuerdos comerciales. Estos acuerdos los necesitaban y perseguían los paises europeos, especialmente del Norte. Los historiadores escriben sobre la esclavitud, la sociedad feudal y otros temas que son repeticiones de cuestiones europeas. Otros acuden a la influencia de la ilustración. Ninguno, en su amplio desconocimiento de estos temas, nos dice que la Constitución liberal de Cádiz, de 1812, tuvo un precursor en el argentino Mariano Moreno que, en 1810 -dos años antes- tradujo la Constitución de los Estados Unidos para que la aprobase el Congreso convocado el 27. de mayo de ese año de 1810. Sólo un autor brasileño Alfonso Arinos de Mello Franco, *o indio brasileiro e a revolusao francesa*, Río de Janeiro, 1937- ha estudiado a fondo la influencia de los hechos escritos americanos en los autores principalmente franceses del iluminismo. Nosotros creemos haber ampliado el tema en nuestro *Francisco de Vitoria y el Nuevo Mundo* (Buenos Aires, 1952). Lo real es que los hechos de 1810 no empezaron en este año, sino dos años antes, el 21 de septiembre de 1808, con la Primera Junta que, a instancias del vasco argentino Martín de

Alzaga, el gobernador Francisco Xavier de Elío instaló en Montevideo y dio origen a la primera parte de la gran guerra civil que ensangrentó a América.

En 1816, con la proclamación de la independencia de las Provincias Unidas de la América del sud, en Tucumán, la Santa Alianza se halló, teóricamente y prácticamente con dos inmensas fuerzas republicanas en el Nuevo Mundo: Los Estados Unidos del Norte y las Provincias Unidas del Sud. Toda América corría hacia el republicanismo y el liberalismo. No era el triunfo del jesuita Suárez, como han supuesto algunos autores que nunca lo leyeron, sino de Santo Tomás, con su pequeño libro del Régimen de los Príncipes, y del aborrecido Rousseau, con su rara vez analizado *Contrato Social*. El hecho es que las incipientes naciones de la América española buscaron el reconocimiento de las viejas monarquías europeas. Estas eran muy diferentes entre sí, pero temblaban todas frente al peligro común. En verdad había comenzado un gran duelo entre una guerra abierta entre la Santa Alianza y los separatistas americanos. Un hombre de indudable talento, como el gran historiador Chateaubriand, hizo justicia a España y, sobre todo, comprendió su historia. En su magnífico estudio sobre la *Guerra de España. Congreso de Verona,* reconoció que España, durante dos siglos, fue la primera nación de Europa que, dio al Universo un Nuevo Mundo, "sus aventureros fueron grandes hombres y sus generales llegaron a ser los primeros generales de la Tierra". La historia de la invasión francesa y de la resistencia española es conocida. Goya inmortalizó los asesinatos que en Madrid cometió Murat. España perdió su territorio frente a Napoleón, pero Napoleón encontró su tumba en España. Además, en ese tiempo (1807), con la ocupación de España y Portugal, los Braganza se salvaron en el Brasil. Río de Janeiro apareció, de pronto, como una capital deslumbrante, la más hermosa del mundo. Los reyes de Portugal habían perdido, momentáneamente, sus posesiones de Europa, pero disponían del territorio más grande de la Tierra. Era un continente donde nadie admiraba a Napoleón. Por algo el emperador francés trataba que América se independizase y convirtiese en una serie de naciones. No quería que ese inmenso territorio fuese absorbido por Portugal o los Estados Unidos; se transformase en un protectorado o colonia de Gran Bretaña; sirviese de refugio a los Borbones españoles o Rusia, que era dueña de Alaska y tenía fuertes en California y terminase por adueñares de su inmensidad. No olvidemos que la emperatriz Catalina había invitado a Miranda para que produjese una revolución en América en favor de su dominio.

Este panorama y estas intenciones de grandes miras internacionales escapan a la perspectiva de los historiadores que aún citan a Marx y Engels y hacen erudición con las aventuras amorosas de Metternich y los bailes de Viena. En esta visión, casi sin excepción, los sabios internacionalistas se olvidan del papel de Portugal. Lo miran como un pequeño territorio que podía ser repartido entre Carlos IV, el rey de Etruria y el favorito Manuel Godoy. Se olvidan que, con el Brasil, era la nación más extensa del mundo y podía alimentar, ella

sola, a toda Europa. La miopía de ciertos sabios causa asombro. Ven a los corsarios de Buenos Aires en el puerto de Cádiz y no ven los puertos del Brasil que comerciaban con toda Europa.

Vamos entrando en el problema del comercio. Fue algo muy importante para las ricas y, en especial, pequeñas naciones europeas; pero no lo fue tanto para las americanas. Estas tenían propósitos firmes: terminar la guerra con España y obtener el inmediato reconocimiento de su independencia. La primera nación que reconoció la independencia de la actual Argentina y, por consiguiente, de un territorio hispanoamericano, fue el conjunto de las islas Sandwich o Haway. Ocurrió el 10 de febrero de 1819. Los diarios de Hipólito Bouchard y José María Piriz dejan constancia que el rey de esas islas, Kamea Mea I, firmó con Bouchard, capitán del crucero La Argentina, un "tratado de unión para paz, guerra y comercio". El rey Kamea Mea I se "obligó" a remitir a "nuestro gobierno" (de Buenos Aires) todos los buques que arribasen a aquellas costas, hombres y auxilios, "reconociendo desde entonces nuestra independencia". Bouchard lo retribuyó dándole una rica espada, su uniforme y sus charreteras y un título de "teniente coronel de los Ejércitos de las Provincias Unidas del Río de la Plata". Bouchard recobró la corbeta *Chacabuco*, que había sido española, se había entregado a los argentinos, había huido y terminado en poder de Kamea Mea I.

Este reconocimiento ha sido discutido por algunos tratadistas. En los archivos de Hawai no se ha encontrado un tratado escrito, pero sí otros documentos confiados al secretario de Estado, don Francisco de Paula y Marín, andaluz, de Jeréz, que acompañó al rey hasta el momento de su muerte. El ministro de Kamea Mea I era el señor Juan Elliot Castro. Bouchard no tuvo poderes para negociar ese reconocimiento. Fue, por tanto, un reconocimiento unilateral que aceptó un representante de la Argentina. La existencia de Hawai como nación independiente era desconocida en Europa y nunca se supo que había reconocido a la Argentina como nación independiente. Este reconocimiento, además, no pasó de un hecho aislado y una curiosidad diplomática o erudita.

Europa vivía otros problemas, y la América española, también. En la Argentina los caudillos amenazaban derribar el gobierno central. La disolución de la nación era inminente. Juan Martín de Pueyrredón, el Director Supremo de las Provincias Unidas de la América del Sud, veía este peligro y, además, otro mucho más grave: un ejército de veinte mil hombres que la Santa Alianza, por medio de España, había concentrado en Cádiz para que se embarcase en navíos rusos y de otras naciones y aplastase a los separatistas rioplatenses. Este plan, apenas y malamente conocido en Europa, aterrorizaba a esta parte de América. El temor que infundía era muchísimo mayor que el que despertaban los caudillos. Estos, en su inconsciencia e ignorancia, con impulsos muy patrióticos, pero nada responsables ni diplomáticos, exigían que el gobierno de Buenos Aires declarase la guerra a Portugal para recuperar la Banda

Oriental. Pueyrredón que, por sus agentes masones, sabía muy bien lo que se preparaba en Cádiz, comprendía que si hacía esa declaración, Portugal había permitido a España detener sus buques en los puertos del Brasil y en el de Montevideo. Desde esta ciudad habría podido saltar a Buenos Aires, conquistarla y avanzar hacia Córdoba y otras ciudades del Norte. Veinte mil hombres sobrepasaban todas las fuerzas que habría podido reunir la Argentina, que nunca pasaron de cuatro o cinco mil. Fácilmente se habrían unido a las del Perú y la historia de América habría sido otra. Declarar la guerra a Portugal para recuperar la Banda Oriental, como exigían los caudillos del Litoral y del Uruguay, habría sido una locura. Por ello, Pueyrredón imaginó un plan político que representa un proyecto grandioso y nunca estudiado por los historiadores de estos hechos.

La documentación se halla integra en las *Asambleas Constituyentes Argentinas* que editó hace años el insigne Emilio Ravignani. La Argentina y, en lo posible, gran parte de la América española habrían debido integrarse en una inmensa nación con un rey constitucional descendiente de los Incas y casado con una hija del rey don Juan VI. La idea venía de lejos y tenía como ingredientes el viejo plan de coronar reina de América a la infanta Carlota Joaquina, mujer del regente de Portugal, que vivía en Río de Janeiro, y el proyecto de un Inca como rey de América que había agitado largamente el general Manuel Belgrano. La formación de un inmenso reino en la América hispana habría sido del agrado de hombres como San Martín y otros muchos y, en especial, habría satisfecho a los reinos de Europa que tanto temían el nacimiento de repúblicas en el Nuevo Mundo.

Estos instantes tienen como protagonistas en primer término al rey de Portugal y a su gobierno, a Pueyrredón y a San Martín. En Buenos Aires, el temor a la llegada del ejército de los veinte mil hombres era tan grande que se constituyó una comisión para que resolviese qué se debía hacer en el caso de que en el horizonte apareciesen las velas de los veinte mil hombres. La comisión llegó a proponer que, si eso ocurría, que se incendiase la ciudad, se envenenasen los pozos de agua y se dispersase el ganado para que los invasores no tuviesen donde vivir. Pueyrredón tomó otras medidas: en primer término envió a dos masones: Andrés de Arguibel y Tomás Lezica, a Cádiz, con dinero subministrado por don Ambrosio Lezica, para que sublevasen al ejército de los veinte mil hombres. Y, al mismo tiempo, ordenó a San Martín que viniese a Buenos Aires con el ejército de los Andes.

La historia argentina sigue explicando que ese ejército debía combatir a los caudillos sublevados y que, por ello, San Martín, desobedeció la orden y destinó su ejército a liberar el Perú. Hemos podido demostrar que San Martín, lejos de desobedecer la orden, la acató y cumplió: pero que la Logia 0-0, de Chile, dispuso todo lo contrario: el ejército no se movió y, cuando se supo que los veinte mil hombres de Cádiz se habían sublevado con Rafael del Riego y Antonio Quiroga, fue enviado a liberar al Perú.

La historia no había cambiado. Los planes prefijados por Pueyrredón y San Martín se habían cumplido. La independencia de la América hispana se consideró segura. Portugal, al no permitir el aprovisionamiento de los buques de la Santa Alianza en los puertos del Brasil y en Montevideo, había contribuido, de un modo admirable, a afianzar la independencia de América, San Martín se lanzó a la conquista y liberación del Perú. Todo lo que sigue es conocido.

Lo que no se ha estudiado es la participación que tuvo Portugal en los problemas de la Santa Alianza. Los historiadores con influencias económicas se pierden en estadísticas de naves que se dedicaban al comercio y en los esfuerzos que hacían pequeñas ciudades hanseáticas para intensificar su comercio con puertos americanos. Todo es muy útil, pero, en este estudio, es inútil. Lo que hay que buscar y valorar es la actitud de Portugal en la geopolítica mundial de aquellos momentos. Estamos, ahora, en 1821. Pueyrredón ha caído. San Martín gobierna en el Perú. Bolívar sigue sus campañas gloriosas. América es de hecho independiente. Trata con todas las naciones de igual a igual. Representa la fuerza comercial más poderosa del mundo. Con ella se puede comerciar por el Atlántico y el Pacífico. Inglaterra piensa reconocer su independencia. Lo había dejado entrever en 1818, en el Congreso de Aix-la-Chapelle. Un año después, el 15 de agosto de 1819, Chateaubriand evocaba el nacimiento de las repúblicas. "Antes de la emancipación de los Estados Unidos -escribía- no se conocían repúblicas en los tiempos modernos, sino las de Italia, Suecia y Holanda: las primeras no eran otra cosa que puntos de reunión para excursiones de placer; las segundas eran planteles de soldados y marineros..." Y agregaba: "Hoy tenemos a la vista una vasta república cada vez más floreciente...Allí reina el principio de la soberanía del pueblo. ¿El espíritu democrático de Europa no se refresca en este manantial siempre abierto? Si los reyes favorecen todavía este espíritu; si apoyan los sistemas que lo propagan, y si proscriben los principios y los hombres que la combaten, ¿cómo conservarán sus coronas? Pasen las colonias al estado republicano y el principio monárquico en Europa habrá dejado de existir o se verá cada vez más combatido".

Chauteabriand, en política, era un positivista. Veía llegar lo que nunca antes se había soñado: el fin de las monarquías. Decía: "El lazo paternal que unía todas las monarquías europeas era, pues, la religión. A medida que este lazo ha ido aflojándose, la sociedad ha ido desuniéndose, y cuando la revolución ha venido a estrellarse contra ella, los imperios que se derrumbaban han entrado en el caos".

La religión no era un lazo. Era el recuerdo de la inquisición. Las Cortes de Cádiz la habían prohibido. Lo mismo habían hecho, al año siguiente, los hombres de la Asamblea de 1813, en la Argentina. La masonería hacía progresos. Se dividía de acuerdo con sus tendencias. No atacaba ninguna religión. Combatía los excesos del clericalismo. A veces iba más allá de lo justo. En Francia, en tiempos de la Revolución, muchos hombres llevaban en el

ojal una pequeña guillotina. En España se llevó un martillo con el cual se mató a Matías Vinuesa, capellán del rey. La fiebre amarilla se extendía como un castigo.

La revolución de Riego, del primero de enero de 1820, fomentada y lograda por Pueyrredón, con agentes argentinos, no sólo suspendió la expedición al Río de la Plata de los veinte mil hombres, sino que reimplantó la Constitución liberal de Cádiz de 1812. Este acontecimiento significó un golpe durísimo al monarquismo europeo que veía tambalear sus bases. El estallido constitucional se hizo sentir inmediatamente en Portugal, en Nápoles, en Grecia, en Prusia y otras pares. En América, la Constitución gaditana encontró partidarios fervientes en las tropas cuyos jefes eran masones. La lucha de españoles masones y antimasones dividió a las fuerzas españolas del Alto Perú que enfrentaban a San Martín y Bolívar. Este estudio no ha sido hecho. Un joven historiador que presentó una tesis sobre este tema en una Universidad argentina vio su magnífica investigación rechazada porque no agradó a los miembros de jurado antes de examinarla. Existe, pues, un prejuicio o un propósito firme de no admitir búsquedas documentales que echen luz sobre estos temas. No nos sorprendamos si algo semejante ocurre en Europa con las investigaciones que se refieren a la historia política de Portugal y a la Santa Alianza, o sea, a la llamada restauración monárquica no bien caído Napoleón.

Lo indudable es que, en aquellos momentos, las naciones de Europa se detestaban, como se odian hoy en día, y hacían esfuerzos para debilitarse mutuamente. Inglaterra y Portugal no firmaron el pacto de la Santa Alianza. Tampoco ingresaron otras naciones, más bien pequeñas, que poco representaban en las grandes decisiones. Cada aliado trataba, por todos los medios, unos abiertos y otros encubiertos, de debilitar a su vecino. Francia quería recuperar su antiguo esplendor. Inglaterra hacía esfuerzos para impedirlo. Rusia aspiraba dominar el mundo. Italia soñaban con su unidad y, para ello, trabajaban masones, carbonarios y otros patriotas ocultos. Grecia luchaba para alejar el peligro turco. Las ciudades hanseáticas intentaban comerciar con América y nada hacían para que se reconociese su independencia.

América seguía dos políticas bien definidas: Estados Unidos no aceptó la invitación del zar Alejandro de formar parte de la Santa Alianza, y la América hispana, con Bolívar y San Martín, temía esa alianza como un enemigo mortal para el liberalismo americano. Estados Unidos maduraba su seguridad alejándose de los problemas europeos, y la América hispana insistía en su idea de convertirse en la nación grande y poderosa del mundo.

El rey don Juan VI de Portugal desarrollaba una política secreta. Nadie, en aquel entonces, tenía una idea de lo que podía revelar. Era la tradición del sigilo en los descubrimientos del tiempo de Colón. La alianza mundial que perseguía el zar Alejandro y lo secundaban Prusia y Austria, con sus fanatismos y legítimismos, no convencía ni atraía a las demás naciones de la Tierra. Muchas miraban esos esfuerzos y esas conversaciones con sonrisas o indiferencia.

Otras sabían lo que hoy no saben los historiadores. Portugal tenía una influencia mayor de la supuesta en la política independencista americana. Primero se han ignorado las tratativas del rey de Portugal y de Pueyrredón para formar una nación inmensa con un rey Inca casado con una princesa portuguesa. Luego se desconocieron totalmente las gestiones diplomáticas que Portugal comenzó a desenvolver con el gobierno de Buenos Aires para constituir la unidad de una América bilingüe.

Rusia no se atrevió nunca, con su gran poderío, a enviar una fuerza armada a ninguna parte de América. Esos debían hacerlo los españoles con buques rusos que, a la postre, resultaron podridos. Rusia soñaba tragarse el imperio turco, desmembrar a Polonia y meter la nariz en Francia. Pero un punto de fricción, que los historiadores apenas han mencionado, era la cuestión de Olivenza. Portugal pretendía la posesión de esa plaza y España la discutía. España la mantenía si Portugal no devolvía la Banda Oriental del Uruguay. En Buenos Aires se sabía muy bien que la Banda pertenecía a las Provincias Unidas desde el descubrimiento del Río de la Plata, pero se había tolerado la ocupación portuguesa, en contra de las pretensiones de los caudillos, porque una declaración de guerra a Portugal habría dejado libres los puertos para invadir la América española. La situación, en América, de Portugal y las Provincias Unidas, era peligrosa, pero no trágica. En cambio, en Europa, el temor a una guerra entre España y Portugal inquietaba por innúmeras razones. Ante todo habría significado una posible intervención de Inglaterra, eterna aliada de Portugal. En seguida, habría alterado el orden político de Europa con una intervención armada en un país como Portugal, que no tenía las ideas fanáticas de los miembros de la Santa Alianza. Y, por último, nadie adivinaba qué habría sucedido en América, donde las Provincias Unidas del Río de la Plata esperaban un momento oportuno para apoderarse de la Banda Oriental. Indudablemente, habrían salido ganando los partidarios del liberalismo, de la democracia y de las Constituciones, y los ideales absolutistas de la Santa Alianza habrían recibido golpes muy fuertes. El equilibrio de la balanza estaba en manos de Portugal.

En Río de Janeiro, la archiduquesa Leopoldina de Ausburgo se había casado con don Pedro, hijo primogénito de don Juan VI de Braganza. Esta unión emparentaba y unía los imperios de Austria y el Brasil. Los estrategas europeos, que no tenían en cuenta a Portugal, se entretenían en proyectos de divisiones territoriales en América que hoy hacen reír. Uno proponía dejar que California siguiese en poder de Rusia, España debía ser dueña de Centro América. El resto de la América del Sud se dividiría de la siguiente forma: Colombia y Venezuela para Francia; el Río de la Plata para Austria, y Puerto Rico para Prusia. Con estos juegos infantiles se trataba de impedir que Estados Unidos se apropiara de toda América o la parte norte del continente hispano.

Lo que se temía, en San Petesburgo, París y Viena, era que América adoptase el sistema republicano. Por ello aumentaron los proyectos y las propuestas de monarquía, aunque fuesen constitucionales, y se tentó las vanidades de todo general con mando para que se convirtiese en rey de alguna parte del Nuevo Mundo. La historia del monarquismo hispanoamericano es larga. Mucho se ha escrito sobre ella, pero falta una obra de conjunto y bien documentada. Lo cierto es que Gran Bretaña, según informes del príncipe de Kaunitz que se hallaba en Madrid, hacía los mayores esfuerzos para que las nuevas naciones americanas no fuesen reconocidas y siguiesen en poder de España. Para ello, conforme a los consejos ingleses, España debía mandar grandes fuerzas militares a la América Central. Pero una cosa era dar consejos y otra embarcar tropas. Más acertado estuvo el rey de Portugal al proponer como rey al delicado infante Francisco de Paula, que se hizo masón y tomó el nombre de Hermano Dragón. Lo real era que ese mundo europeo, que sabía combatir por un castillo o un territorio a veces no tan grande como una fazanda del Brasil o una estancia de la Argentina, temblaba por el miedo de que las nuevas repúblicas hispanoamericanas infectasen con sus ideas a las rancias monarquías del Viejo Mundo. La ineptitud militar de la Santa Alianza no pudo ser mayor. España era la gran Asediada, no sólo por los corsarios de Buenos Aires, sino por sus amigos europeos. Rusia, con su ayuda y venta de buques carcomidos, pedía la entrega de la isla de Menorca. Europa tembló otra vez por un dominio ruso en el Mediterráneo. En el fondo, todos los reyes de la Vieja Europa envidiaban a España y hacían lo posible para hundirla; pero, en el naufragio, querían salvar la legitimidad y continuación de sus tronos. Al mismo tiempo, los mercaderes y capitalistas de Europa pretendían comerciar con las nuevas naciones de América. Estas contestaban que primero debían reconocer su independencia.

Europa, especialmente la del Norte, vivía en una miseria increíble. La manía de unos hombres que, por su nacimiento, se creían superiores, era la causa de todos los males y desentendimientos. Sólo Portugal vio claro en ese amontonamiento de obscuridades. Comprendió que la solución para fomentar la riqueza de su país y de Europa y solucionar muchos problemas, era reconocer la independencia de las nuevas repúblicas sudamericanas. Pero el Congreso de Aquisgran de 1818 creía que podía asegurar la paz "del mundo" y rechazaba cualquier conversación con delegados americanos. Al mismo tiempo no permitió que en el Congreso participara España.

Todo esto significó un distanciamiento entre Inglaterra y la Santa Alianza.

El orgullo de las grandes potencias podía quedarse en sus salones y castillos: pero no soñar con América. Naciones aparentemente sensatas, como Austria, Prusia y otras, imaginaban que España dominaría a los sublevados o éstos se consumirían solos. Fernando VII, por medio de sus ministros, recordaba a Europa que su causa en América era la de toda

Europa. Había que salvar las monarquías y, sobre todo, las mentes de los europeos que empezaban a darse cuenta que los americanos, de Norte a Sud, tenían razón.

Quienes no han comprendido que esta guerra era una guerra entre el Viejo y el Nuevo Mundo, no comprenden la historia de Europa. La guerra de ideas inspiraba más miedo que la de los cañones. Metternich algo se daba cuenta por sus corresponsales en América. España pedía a gritos, con la obstinación del retardado Fernando, que no se reconociese ninguna independencia americana. Creía que haría rendir por hambre al país más rico del mundo en alimentos y todo género de metales. El único sentimiento que dominaba era el odio a la Libertad.

Lo que ocurría era sencillo. Europa había sido conmovida por la revolución de Rafael del Riego del primero de enero de 1820. Hemos escrito su historia. Como dice un autor que estudió muy bien estos hechos (Manfred Kossok, *Historia de la Santa Alianza y de la Emancipación de América Latina*, Buenos Aires, 1968), "la Santa Alianza debía tener primero libres las manos en su continente antes de plantear otra vez la cuestión sudamericana". En España y en Portugal dominaban los liberales. Se habían negado a cruzar el Océano para atacar con veinte mil hombres a los constitucionalistas de Buenos, habían impuesto otra vez la Constitución de Cádiz de 1812 y, con su ejemplo, revolucionado a otros paises europeos. La Argentina, con Pueyrredón y sus agentes, había llevado los ideales de la libertad, del parlamentarismo y del constitucionalismo de América a España y Europa. Ahora, Europa tenía que luchar en su continente, no en el americano, porque el peligro de ver sus tronos derribados era mayor en sus países que en las tierras de América. En América había muchos políticos, empezando por San Martín y otros en las actuales Colombia, Venezuela, Perú y Río de la Plata, que simpatizaban con las monarquías temperadas, constitucionales, mientras que en Europa no faltaban exaltados que soñaban fabricar bombas para hacer volar reyes y emperadores. Además, España y Portugal pensaban como América. No olvidemos que en ellas dominaban los liberales y constitucionales. Eran países que parecían un trozo de América trasplantados en Europa. Fernando VII se consideraba -y lo era- un rey cautivo que aprobaba y firmaba todo lo que le ordenaban los liberales. Juraba, en secreto, vengarse algún día, pero, entre tanto, obedecía y callaba. Fernando no gobernaba ni reinaba. Era una figura, un espantapájaros. En realidad, España vivía, políticamente, como una república. Quienes gobernaban eran las Cortes. El único defecto o error de estas Cortes era el de creer que podían resistir a los americanos y conservar el continente. Sus generales, en América, hacían prodigios de heroísmo. Sus tropas estaban formadas, en su mayoría, por nativos del país: criollos, indios, mestizos, zambos y negros. San Martín y Bolívar fueron aplastando a los absolutistas en batallas inmortales.

En este complejo de ideas y de intereses, de sombras y de desorientaciones, Portugal era la única nación que vio claro en el horizonte y tomó la única resolución que se debía

tomar y que ninguna otra nación del mundo se había atrevido a resolver: fue la primera en reconocer la independencia de las naciones hispano americanas.

Los historiadores de Europa y de América no han querido o sabido reconocer esta verdad. Han repetido que la primera fue Estados Unidos y la segunda Gran Bretaña y que más tarde vinieron otras. Respecto a Portugal, el silencio. Sólo puede citarse a un historiador que proclamó esta verdad: en 1918, el eminente historiador e internacionalista Simón Planas-Suárez publicó su libro *Notas Históricas y Diplomáticas. Portugal y la independencia Americana* y lo reeditó, con ampliaciones, en Buenos Aires, en 1961. A esta obra hizo una elogiosa referencia el ilustre historiador portugués, presidente de la Academia Portuguesa de la Historia, el doctor Joaquín Veríssimo Serrao, cuando fue recibido por el doctor Guillermo Morón en la Academia Nacional de la Historia, de Venezuela, el día 24 de abril de 1986. Ahora sabemos que, en efecto, Portugal, cuando la corte dejó el Brasil, en 1821, para volver a Lisboa, fue la primera nación que reconoció la independencia de la Gran Colombia, que entonces abarcaba las actuales repúblicas de Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá, y de Buenos Aires, o sea, del antiguo virreinato que se extendía sobre las actuales repúblicas de la Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Toda América reconocida independiente por Portugal en 1821.

San Martín había dado la libertad a Chile y había conquistado y liberado el Perú. En todas sus campañas había repetido a los naturales que su expedición no tenía otro fin que darles la libertad. San Martín proyectaba constituir una nueva e inmensa nación con las actuales Argentina, Chile y Perú. No se sabía aún si sería una monarquía constitucional o una república. Los historiadores, sin excepciones, han ignorado este extraordinario proyecto que nosotros hicimos conocer con motivo del cuarto centenario de la segunda fundación de Buenos Aires, en 1980. Lo hizo fracasar el odio de Rivadavia a San Martín. En 1821, mientras San Martín maduraba este proyecto, el rey de Portugal tenía en Lisboa como ministro el ilustre estadista e internacionalista, don Silvestre Pinheiro Ferreira. Era su secretario de Estado y de Negocios Extranjeros. Y era, sobre todo, un político que comprendió la realidad hispanoamericana con una perfección que no tuvo ningún otro hombre de Estado de la Santa Alianza ni de los Estados Unidos. Ante todo envió un agente, Schmidt, a encontrarse con Bolívar, a quien tributaba su admiración, y otro al Río de la Plata, a reconocer su independencia. La incomunicación de las nuevas repúblicas hispanoamericanas cón Europa era tan grande que nadie sabía, por ejemplo, cómo se llamaban las autoridades de las Provincias Unidas del Río de la Plata. En el Brasil nadie sabía los nombres de "las autoridades a quienes, en la forma de la actual constitución de aquellas provincias, se deben dirigir semejantes cartas (patentes de cónsul) que con esta instrucción, a la llegada de sus agentes, Su Majestad hará regularizar los consulados del modo que fuera conveniente".

El portador era el cónsul don Juan Manuel de Vigueiredo, que tenía parientes y conocidos en Buenos Aires. En Río de Janeiro, el 14 de abril de 1881, "Su Alteza, el Príncipe Real", encomendó al Barón de la Laguna, general en jefe del ejército de ocupación de la Banda Oriental, que reuniese en la ciudad de Montevideo Cortes generales "de todo el territorio, elegidas y nombradas de la manera mas libre y popular, puedan éstas escoger, sin la menor sombra de constreñimiento ni de sugestión, la forma de gobierno y constitución que de ahora en adelante se persuadan ser las más apropiadas a sus circunstancias".

"Una vez escogidas por aquellas Cortes su independencia del reino del Brasil, ya sea para unirse a algún otro Estado, cualquiéra que pueda ser, están dadas las órdenes a las autoridades portuguesas, tanto civiles como militares, para que hagan inmediatamente entrega de sus condados y jurisdicciones a las correspondientes nombradas por las referidas Cortes del nuevo Estado y que se retiraran para dentro de la frontera de este reino del Brasil, con la formal y más solemne promesa de Su Majestad Fidelísima de que sus ejércitos no pasarán más esta línea, en cuanto aquellos pueblos mantuviesen la actitud de paz y de buena voluntad".

Figueiredo debía tratar con "las demás provincias del Río de la Plata, como de Chile". En el Brasil gobernaba "Su Alteza, el Príncipe Real". Todo esto se repite en las instrucciones a Figueiredo y al Barón de la Laguna. Siguen las instrucciones al Barón: "Si el Congreso, como es lo más probable, determina que el país hoy ocupado por las tropas de Su Majestad se constituye en Estado Independiente, V.E. ajustará con el gobierno que elijan los medios más rápidos y acertados para la organización de una fuerza armada suficiente para guarnecer los puntos militares de la frontera u hacer la policía interna del país...". Las fuerzas volverían "a Europa".

En las instrucciones se considera también "el caso, menos probable, de que aquellos pueblos se quieran unir a este Reino del Brasil. Como a pesar de poco probable no deje de ser posible este voto de reunión al reino del Brasil", el Barón de la Laguna quedaría como gobernador y capitán general de la nueva provincia.

El cónsul Figueiredo presentó la comunicación del reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas, en Buenos Aires, el 28 de julio de 1821. Estaba firmado por el Ministro Secretario don Silvestre Pinheiro Ferreira, el 16 de abril de 1821. Lo recibió el secretario de gobierno de la provincia de Buenos Aires, don Bernardino Rivadavia. El mismo día, 28 de julio, Rivadavia comunicó a la Sala de Representantes el reconocimiento de la independencia hecho por Portugal.

Los representantes no lo aceptaron porque diez días antes, el 18 de julio de 1821 se había instalado el Congreso convocado por el Barón de la Laguna, en Montevideo, con sólo dieciséis diputados uruguayos. Tres días después de la llegada del cónsul Figueiredo, el Congreso de Montevideo había decidido incorporar la banda Oriental al reino de Portugal. El gobierno de las Provincias Unidas no aceptaba un reconocimiento de su independencia que

no reconocía como argentina la Banda Oriental. El 8 de agosto, el Congreso llamado Cisplatino juró la Constitución portuguesa. A los pocos días de su llegada, el cónsul Figueiredo murió. Una amplia lápida, en la iglesia de Santo Domingo, en Buenos Aires, cubre su sepultura.

El reconocimiento de la independencia argentina hecho por Portugal fue un reconocimiento unilateral, lo mismo que el del rey Kamea Mea I. El rechazo argentino no disminuye el mérito y el honor que hizo a la Argentina el rey don Juan VI.

Con este reconocimiento preparaba otro acontecimiento que pudo tener una importancia inmensa y que, por desconfianzas de algunos países, incomprensiones y la tendencia a errar de muchos diplomáticos, quedó en simple proyecto. Entre tanto, el gobierno de Portugal no tuvo ninguna información. El historiador Simón Planas-Suárez, que tanto revisó el archivo de Lisboa, declara que en él "falta en absoluto informaciones de su gestión". La muerte había impedido a Figueiredo dar cuenta al rey de la descortés actitud del ministro Rivadavia.

Este año de 1821 es el de San Martín en Lima y el que lleva, en 1822, a otras decisiones que pudieron producir grandes cambios y, por inepcia de los diplomáticos de la Santa Alianza, no produjeron ninguno. El 8 de abril de 1822, el embajador y ministro plenipotenciario de la Gran Colombia, enviado por Bolívar, don Francisco Antonio Zea, hizo saber en París, por medio de un manifiesto que causó sensación, que Colombia no mantendría relaciones de ningún género con los países que no reconociesen su independencia. Lo mismo había dispuesto Buenos Aires cuando tuvo que tratar con comisionados españoles. Quien dictaba reglas era América, no la Santa Alianza.

Las naciones de Europa, por temor a represalias españolas, no se pronunciaron de inmediato acerca del reconocimiento americano. Hasta que, en marzo y abril de 1822, Estados Unidos tomó la iniciativa de reconocer la independencia de Buenos Aires, Chile, Perú y México. De estos pormenores nos hemos ocupado en otros libros. También hemos revelado cómo San Martín volvió a insistir en su proyecto de la Gran Asociación Argentino-Chilena-Peruana y estuvo a punto de realizarla, con un ejército en formación y dinero obtenido de dos prestamistas, si Rivadavia -eterno perseguidor de San Martín- no la hiciera fracasar. Y así llegamos a un momento que pareció decisivo y no pasó de fuegos fatuos. España, desesperada, pidió ayuda a toda la Europa absolutista, y los colegas absolutistas se dieron cuenta que nada podían hacer en favor de España y en contra de los liberales americanos. La causa de América estaba más que perdida para los monárquicos absolutos. Lo que quedaba en pie eran las esperanzas de las familias reinantes que soñaban hallar en la seo de Urgel una solución a un problema mundial.

El único país que descubrió la realidad del peligro de la Santa Alianza y sus insensatos esfuerzos en mantener en pie un esqueleto desarticulado, fue Portugal.

El gobierno portugués no era absolutista como los demás países de Europa. Mantenía excelentes relaciones con Gran Bretaña, que tampoco era absolutista por su servilismo frente a Estados Unidos, y comprendió que ante ese fantasma de la Santa Alianza, que se empeñaba en tiranizar a Europa, había que crear otra Santa Alianza que uniese a los países que no habían perdido el cerebro y advertían muy bien que el liberalismo había empezado a dominar el mundo. América era la gran propulsora y los decrépitos absolutismos eran cadáveres que comenzaban a descomponerse. Para colmo, en este caos político, el gran ministro Castlereagh, cuando supo que los países absolutistas iban a reunirse en Verona en un Congreso que trataría, entre otros temas, la cuestión americana, se inquietó tanto que se suicidó.

Antes que se inaugurara este Congreso, que duró del 20 de octubre de 1822 al 14 de diciembre del mismo año, el 13 de junio de 1822, el gobierno portugués nombró nuevo agente en Buenos Aires, Chile y Perú al teniente coronel Veríssimo Antonio Ferreira de Costa. Tenía la doble misión de hacer saber el reconocimiento de los nuevos estados y exponer un proyecto de Confederación de la Independencia de las Naciones.

Este proyecto, de una Contra Santa Alianza Lusoeuroamericana, ha sido tratado a fondo por el ilustre historiador Simón Planas-Suárez en sus *Notas históricas y diplomáticas. Portugal y la independencia americana.*, publicadas en Lisboa en 1918.

Pocos historiadores de estos sucesos lo han conocido. Es un aporte de extraordinario valor que hoy haría otorgar a su autor los mayores títulos y reconocimientos académicos y universitarios. La revelación que contiene sus documentos es sorprendente para la historia diplomática argentina y americana, en el estudio de la Santa Alianza, que muy pocos investigadores han apreciado. Iniciamos el resumen de este aporte extraordinario.

El teniente coronel Ferreira de Costa llevó una nota dirigida a "Don Martín Rodríguez, gobernador y capitán general de Buenos Aires". Le recordaba la misión del cónsul Figueiredo y le decía que el gobierno portugués no había recibido ninguna respuesta de Buenos Aires. El rey de Portugal quería asegurar el libre tráfico del comercio con esos pueblos. El agente debía reclamar por los presos que habían hecho los corsarios de Buenos Aires, *Heroína* y *Maipú*. Agregaba que había recibido una circular del agente de Colombia, Francisco Antonio Zea, dirigida desde París a todos los gobiernos de Europa, y que en ella aseguraba que no comerciarían con Colombia las naciones que no reconociesen su independencia. Por ello quería tratar con Buenos Aires ese y otros asuntos que no perjudicasen a España y fuesen simplemente comerciales.

El problema internacional euroamericano consistía en el hecho de que Portugal exigía la devolución del territorio de Olivenza. La devolución de Montevideo, de Portugal a España, no debía considerarse, pues España no estaba en condiciones de tomar posesión de esa plaza.

Portugal quería hacer un tratado de alianza con Haití y reconocer su independencia. Para ello, invocaba la religión católica de los haitianos.

Entramos, ahora, en el análisis del proyecto de la Contra Santa Alianza propuesto por Portugal y que el agente portugués, teniente coronel don Veríssimo Antonio Ferreira da Costa presentó a Martín Rodríguez, gobernador de Buenos Aires. Fue firmado en Lisboa, el 16 de junio de 1822, por el ministro don Silvestre Pinheiro Ferreira y tiene el título de *Confederación de la Independencia de las Naciones*. Este documento, según el gobierno portugués, era "el más valioso apoyo del propósito que se intenta realizar, la influencia y el prestigio militar y político del general Simón Bolívar, que en la América es inmenso. Portugal había enviado un agente ante Bolívar; pero, por los sucesos políticos, no había podido cumplir su misión. En los archivos de la Cancillería de Lisboa no se ha encontrado ningún documento que se refiera a esta misión; pero, con lo expuesto en este documento, hoy se sabe que en Portugal existía admiración hacia el gran venezolano.

El agente del rey de Portugal ante el gobernador Martín Rodríguez tenía unas instrucciones en las cuales se le ordenaba explicar a las autoridades del Río de la Plata que "no es sólo con Francia que, decidido el ataque, debemos medirnos, pero sí con todas las provincias coaligadas en la denominada Santa Alianza, es necesario que en la Unión de todos los pueblos comprendidos en aquel general atentado de los príncipes, procuremos una correspondiente oposición al ataque que todas las naciones nuevamente constituídas debemos esperar de las cinco autocráticas potencias que se arrogan el imperio del mundo".

Estas líneas encierran un valor inmenso para comprender el espíritu político que animaba el gobierno de Portugal en momentos en que estaba por inaugurarse el famoso Congreso de Verona. A él concurrió lo más brillante de la aristocracia y nobleza de Europa. Su fin era decidir a su antojo los destinos del mundo. Portugal expresaba su admiración a Bolívar: caso único en Europa en esos instantes, elogiaba a las naciones nuevamente constituídas y expresaba su desdén a las cinco potencias que se arrogaban el imperio de la Tierra. Las cinco potencias eran Rusia, Austria, Prusia, Francia e Inglaterra. Las dos últimas no formaban parte de la Santa Alianza, pero colaboraban con ella en el manejo de los destinos humanos. Por estas razones, el gobierno portugués propuso a los otros pueblos "que están como nosotros mismos amenazados de invasión de sus derechos en nuestra natural independencia, el proyecto de Confederación del que remito a V.S. incluida una copia, a fin de que llegando al lugar de su destino, entre en negociaciones con aquel Gobierno" y con los demás de la América Meridional "para el mismo fin, procurando convencerlos de la suma necesidad que unos y otros tenemos de esta Unión, como la única que puede asegurar el mantenimiento de la paz del Universo, o en el caso de que venga éste a alterarse a pesar de eso, no acontezca que

sucumba la causa de los pueblos y con ella la de la Libertad e Independencia de las naciones en ambos hemisferios".

Los libros que hacen la historia de la Santa Alianza son muchos y muy buenos, en varios idiomas, pero ninguno nos dice que mientras la Santa Alianza se hallaba en el instante más brillante y firme para hacer triunfar el absolutismo, Portugal era la única nación en Europa y en el mundo que hablaba en esta forma y proponía a los gobiernos americanos una Contra Santa Alianza o Confederación de Independencia de las naciones para hacer frente a las pretensiones de los monarcas absolutistas. En su proyecto y en sus palabras supera a Gran Bretaña, que siempre se manifestó temerosa y excesivamente prudente, y dice lo que ninguna otra nación se atrevió a decir de la Santa Alianza, o sea, de los poderes más grandes de la Tierra. No debemos de olvidar, los hispanoamericanos, que Portugal pensó en primer término, para constituir esta Confederación mundial de naciones que defendían su independencia, en los países americanos, apenas reconocidos, algunos, por Estados Unidos y ninguno por ninguna nación de Europa. Portugal se anticipó, con intuición política, bien segura, a Gran Bretaña y a las demás naciones que no tuvieron otra solución, después de largo tiempo, que obedecer lo que los intereses comerciales les imponían, o sea, reconocer la independencia de las nuevas naciones americanas para no morir de hambre. Además, Portugal demostró una generosidad y amplitud de miras realmente increíble en aquellos tiempos: estaba dispuesta a entablar relaciones con el príncipe real del Brasil, es decir, con el nuevo emperador, que se había separado de Portugal, para asegurar su neutralidad.

Esta comunicación, firmada por don Silvestre Pinheiro Ferreira, fue llevada el mismo día por el teniente coronel Ferreira da Costa al ministro secretario de gobierno de Buenos Aires, don Manuel José García. Le explicó que el proyecto era de alianza y garantía del sistema constitucional de los pueblos que últimamente se constituyeron en naciones independientes "contra cualquier potencia que intentase atacarlos con el propósito de disponer cómo y por quién deben ser gobernados".

El doctor Manuel José García es un personaje bien conocido en la historia argentina. Mucho lo hemos estudiado y nadie ignora su actuación en la misión que el presidente Rivadavia lo encomendó al final de la guerra con el Brasil. Su entrega de la Banda Oriental al imperio, que en mar y en tierra había sido ampliamente derrotado, significó la caída de Rivadavia y, poco después, por obra principal de Dorrego, la disolución de la nación. Por algo fue fusilado Dorrego. Pues bien: no se sabe qué contestó García a la propuesta de Pinheiro Ferreira. Este le recordó que la Santa Alianza pretendía sustentar "lo que los príncipes en ella coaligados llaman gobiernos legítimos y derrumbar uno tras otro todos aquellos que los pueblos han constituído ..." Era, indudablemente, la guerra del absolutismo contra el liberalismo, de la nobleza contra el republicanismo. Pinheiro Ferreira siguió con sus expli-

caciones: "La denominada Santa Alianza, que bajo este nombre sólo trabaja después de 1814, no consintiendo propiamente sino en la Confederación de los monarcas de vieja data, unidos en mayor o menor número contra los gobiernos modernamente creados por los pueblos, empezó a ejercer su autoridad contra los Estados Unidos que, de no alistarse todos, sucumbirían a breve trecho".

La lección o instrucción que el ministro portugués dio al argentino podría repetirse en Universidades donde ningún profesor enseña estas cosas. A los cien años de los conflictos de la Santa Alianza -1814-1914- reventó la primera guerra mundial. Pertenece a la generación de los viejos que escribimos esta historia. Hoy vemos el panorama que describía Pinehiro Ferreira con una claridad insuperable. Estaban, frente a frente, dos mundos: el viejo europeo, con sus tradiciones, prejuicios y principios, basados en la desigualdad de los hombres, en sus condiciones de nobles o plebeyos, y el nuevo americano, fundado en la igualdad de todos los hombres, en la libertad y en sus formas políticas democráticas y constitucionales. Pinehiro Ferreira hizo, también, un poco de historia. Le dijo al ministro García: "Desde el comienzo de la Revolución francesa reformó su Liga con menor calculado sistema, sin que quedase fuera ni el propio rey de Francia". La revolución de 1789, con los crímenes y locuras que desencadenó al poco tiempo, significó una reacción que no habría existido si los excesos revolucionarios no hubieran sido tan demenciales. Una Constitución en Francia, copiada de la de Estados Unidos, no habría originado ni las orgías de sangre de Francia ni la Restauración antidemocrática de toda Europa. No podemos perdernos en suposiciones ni en imaginar lo que no sucedió. La realidad fue que en el mundo existía un continente que se llamaba América y que en él se luchaba por el triunfo de los grandes ideales de la historia humana: la Libertad y la Igualdad de todos los hombres, con gobiernos representativos y constitucionales. Era una aurora que iluminaba nuevos días, nunca soñados, y que terminaría por imponerse en la Tierra. Pinheiro Ferreira hizo notar a García que la paz fue una tregua. "Volverán a renovar el ataque una y otra vez, hasta que consigan hacer retrogradar la regeneración hasta el punto de envilecimiento a que hoy vemos reducido al gobierno y a la nación ..." En efecto: la regeneración de Polonia "fue sofocada al nacer por la prepotencia de la Santa Alianza ... En la denominada Paz general, arreglada en el Congreso de Viena, se ultimó el principio de que en el caso en que tal cosa ocurriese de nuevo, la Santa Alianza sólo demoraría el ataque cuando prudentemente fuere necesario para tener la certidumbre del éxito". Por ello había caído sobre Nápoles y Piamonte, amenazaba a Grecia, a España y a Portugal y a los pueblos hispanoamericanos.

Estos pueblos no se preocupaban mucho de la Santa Alianza. Con el fracaso de la expedición de los veinte mil hombres de Cádiz, del primero de enero de 1820, los pueblos hispanoamericanos dormían tranquilos, seguros que terminarían por arrojar al mar, como lo

hicieron, a los últimos españoles. La Santa Alianza era un íncubo que sólo aparecía algunas noches de insomnio en la cavilaciones de algunos gobernantes. Más se temían las intenciones que las amenazas. Los agentes, descubiertos y encubiertos, de la Santa Alianza se ocupaban en llenar las fantasías de algunos políticos y generales con títulos de marqueses, condes y barones, que a unos parecían grandes honores, y a otros, designaciones ridículas. Rivadavia y su ministro García, cuando leían el escrito de Pinheiro Ferreira, comprendían que sus razones eran muy lógicas para Portugal y sabían muy bien que América podía prescindir de ellas. Una cosa era actuar en Europa, con distancias que en América hacía a caballo cualquier peón, y otra, muy diferente, cruzar el Atlántico, sin un puerto en donde descansar en la costa del Brasil y desembarcar en un continente en que la república más insignificante era más extrema que cualquier reino europeo.

El proyecto portugués no olvidaba a los Estados Unidos. Esta nación debía estar a la cabeza de la Confederación. Portugal proponía a Buenos Aires, a Chile y al Perú una reunión en los Estados Unidos. Portugal temía que si "los cinco monarcas que a sí mismos se constituyeron dictadores de todas las demás naciones consiguen oprimir los liberales esfuerzos de Grecia, de Portugal, de España, ¿no se apoderarán luego de los recursos que estos bellos países les ofrecen para exterminar en ambas Américas los gérmenes de la Libertad que ellos no pueden dejar de temer? ..." Si se creaba esta Confederación, la Santa Alianza podía desistir de sus proyectos de agresión o sería resistida por la Confederación. Muy posiblemente, los soldados de los autócratas se unirían a los de la Libertad.

El proyecto de Confederación de la Independencia de las Naciones del comendador Pinheiro Ferreira, firmado en Lisboa el 30 de agósto de 1822, no se detenía en estas consideraciones y posibilidades. Recordaba los ataques de los soberanos absolutos en América del Norte en 1778, en Polonia y en Francia en 1792, en Nápoles en 1820 y en Piamonte en 1821, y los que estaban a punto de realizarse en Portugal, España y Grecia. Decía el documento:

"El objeto principal de este Congreso será ajustar entre los Estados de la Confederación una alianza defensiva y de garantía del sistema constitucional de cada uno de ellos, en el caso de ser atacados por cualquier potencia que intente obligarlos, por la fuerza de las armas, a sujetarse al mando de personas que no sean de su libre elección, o a gobernadores por leyes que entiendan no ser conformes con sus intereses".

Al Congreso correspondía, "según las circunstancias (resolver) la manera cómo cada Estado de la Confederación debe contribuir para el auxilio que todos por el presente tratado se obligan desde ahora para con el co-Estado sometido". Y agregaba: "A partir de la fecha de la firma del presente Tratado todos los ciudadanos de los Estados de la Confederación serán considerados en los mismos Estados, por todos respectos y sin diferencia alguna, como los propios naturales, ya sea en el ejercicio de su religión como en el de su comercio o

industria, gozando al mismo tiempo de todos los favores que por la Ley y los Tratados estén concedidos a los súbditos de cualquiera otra potencia".

Estas líneas -y las que siguen- recuerdan el tratado de unión de las Américas que firmaron el 6 de julio de 1822 los representantes de Bolívar y San Martín. No nos consta que estos generales o sus representantes -Mosquera y Monteagudo- hayan leído el documento portugués que estamos analizando, pero la semejanza de términos y propósitos es sorprendente. La semejanza se acentúa en estas otras propuestas:

"Los buques, así de guerra como mercantes, de cada uno de los Estados Confederados, serán recibidos y tratados en los puertos de cada uno de los otros como los de la propia nación".

Disposiciones semejantes se hicieron constar para la producción natural y las industrias de cada uno de los mismos Estados. Habría excepciones, mutuas franquicias y plena libertad de comercio entre los Estados de la Confederación. Los Bancos o tesoros públicos habrían préstamos. Los co-Estados se constituían en garantes de esos préstamos. Todos los Estados de la Confederación se declaraban por ese tratado en guerra con la Puerta Otomana y los Estados Barberiscos mientras se pusiesen en libertad a los cristianos que existían en sus dominios y se lograse una plena paz y sosiego.

La Confederación no estaba sujeta a ningún límite de tiempo. Tenía un plazo mínimo de dos años. Al cabo de ellos, los Estados Unidos de Norte América, "como Jefe de la Confederación, consultará a cada uno de los co-Estados sobre si conviene continuar en la misma Confederación o si deberá ser modificada o adicionada de acuerdo con lo que cada uno juzgue más conforme con la razón". El señor Francisco Solano Constancio era el agente que el gobierno de Portugal había decidido enviar al gobierno de los Estados Unidos.

Uno de los fines de este tratado era impedir que Francia invadiese a España y cambiase su gobierno constitucional por uno absolutista. No debe olvidarse que en los Congresos de Troppau y de Laybach los representantes de la Santa Alianza habían tratado la posibilidad de suprimir el sistema constitucional de España. "Los preparativos de guerra -decía el documento que estamos glosando- son ya de tal naturaleza en Francia y su dirección hacia los Pirineos es tan decidida, que no se toma el trabajo de disimular pretextos con que encubrir su destino".

Lo que buscaba Portugal era lograr un pacto con la España constitucional. La lucha de constitucionalistas y anticonstitucionalistas que envolvió toda la América hispana había comenzado, al mismo tiempo, en Europa. Los historiadores de estos acontecimientos no han señalado esta sincronía o simultaneidad de sucesos que caracterizan una gran parte de la historia de la cultura política occidental. Portugal encomendó a su encargado de negocios en París que consiguiera una explicación de los preparativos militares que se organizaban en Francia contra España y si no pensaba dirigirlos también contra Portugal. Francia no se atrevía a hacerlo con Portugal con la amistad de este país con Gran Bretaña, pero en cambio

los intensificaba contra España por su odio secular a esta nación y por el afán desembozado de combatir todo lo que fuese democracia, constitucionalismo y liberalismo. Portugal temía "la amenaza hecha en Laybach a todos los gobiernos levantados por la espontánea voluntad de las propias naciones: amenaza de la que, para servirme de la frase del señor conde de San Petersburgo, *la Santa Alianza ya había hecho una saludable aplicación a los dos reinos de Nápoles y Cerdeña*".

Portugal temía la invasión con que lo habían amenazado los dos Congresos de Troppau y Laybach. Intentó que Inglaterra se pronunciase contra cualquier agresión que se intentase contra su país. Gran Bretaña se negó con la excusa de que "sería alarma innecesaria e impolítica". El gobierno británico, con su notoria mala fe, abandonó la protección a Portugal a pesar de haber sido un antiguo aliado. Por ello Portugal buscaba alianzas con pueblos que se encontraban envueltos en el mismo sistema. Había que defenderse contra la Santa Alianza que pretendía someter a todas las naciones "a los dictámenes de su autocrática política".

Decía el proyecto de Confederación portugués: "España, los estados hispanoamericanos y Grecia son en este momento las naciones que se encuentran más o menos en nuestro caso y con quienes podemos contar, si no acerca de la cooperación efectiva, pues todavía no se ha tratado con ellos de este asunto, sí en cuanto a sus verdaderos intereses, que de cierto los deben llevar a hacer entre sí una Federación para mutua garantía de la independencia individual de todas y cada una contra cualquier potencia que intente atacarla". Hasta se pensó en Haití para que se incorporara a la Federación.

El agente portugués en Washington debía establecer correspondencia con los gobiernos de los diferentes Estados para manifestarles cuáles eran los principios del gobierno portugués e invitarlos a reunirse en Philadelphia o Washington en un Congreso de plenipotenciarios "de todos los Estados que somos miembros natos de la proyectada Confederación de la Independencia de las Naciones".

"Centro y alma del Congreso" debía ser el gobierno de los Estados Unidos para que "las tres potencias que pretenden ser las reguladoras de Europa, Inglaterra, Francia y Rusia, no acaben de repartirse entre sí el Imperio del Mundo". Estados Unidos había comenzado, de hecho, a formar parte de esta Confederación "por los ajustes que consta han hecho con los griegos, cuya causa siendo la misma que la nuestra, también ya de aquí se les han dirigido propuestas para entrar en esta Liga Sagrada de la Independencia".

Portugal opinaba que Estados Unidos podía constituirse "en los moderadores y en los árbitros de todas las fuerzas navales del Universo y obligar a los soberanos aliados a respetar la independencia de las naciones, o aniquilar el comercio de sus vasallos, tanto en el Mediterráneo como en los dos Océanos". Si Estados Unidos prefería seguir neutral y no entrar en la Confederación, el agente portugués debía tratar que la Confederación se realizase con

los demás estados variando solamente la sede del Congreso "que podría estar entonces en este reino".

Portugal insistía en "la prontitud en el ajuste de este Pacto, que debe ser el Paladín de la Independencia de las Naciones nuevamente constituídas". La sola Convención podía hacer desistir a la Santa Alianza de sus empeños. No importaba que entraran todas las naciones invitadas, con muy superior ventaja a la del aislamiento en que nos encontramos". Esta invitación a constituir esta Confederación fue firmada por Silvestre Pinheiro Ferreira el 24 de agosto de 1822.

Es necesario que los historiadores de la política internacional y de sus avatares diplomáticos sepan situarse en los instantes en que un ministro portugués, generalmente olvidado en este género de investigaciones, proponía a las naciones del mundo una Confederación de naciones liberales y constitucionales. Mientras la Santa Alianza tenía resuelta su intervención en España para aniquilar a los liberales de la Península y hacía todo género de esfuerzos para crear monarquías en América, a fin de que no pudiesen arraigarse los gobiernos democráticos y constitucionales, Portugal era la única nación que lanzaba a los pueblos libres de la Tierra la idea de una Confederación de naciones independientes, es decir, no subyugadas por sus monarcas absolutistas, para que los principios de la Libertad e Igualdad de todos los hombres triunfasen sobre los despotismos que con tanta desesperación trataban de afianzarse en sus viejas monarquías.

Es un caso único que, por razones inexplicables -de simple ignorancia o de propósitos aviesos- ha permanecido olvidado o silenciado. Sólo un eminente historiador -Simón Planas-Suárez- le ha dedicado un tomo. En los eruditos y sabios estudios consagrados a la Santa Alianza no se investiga este hecho. Miguel Angel Cárcano hizo una brevísima referencia en su monumental historia de la diplomacia argentina. En Buenos Aires, el enviado portugués -Antonio Ferreira da Costa- presentó esta propuesta realmente trascendental al gobernador Martín Rodríguez y a su ministro Bernardino Rivadavia. Hemos hallado una corta noticia de este hecho en las *Asambleas Constituyentes* que editó el doctor Emilio Ravignani. La Legislatura tomó conocimiento de la invitación e hizo silencio. Ninguna respuesta llevó Antonio Ferreira da Costa a Lisboa. El soberbio e inútil Rivadavia no se dignó estudiar esta invitación que, de haber sido tenida en cuenta, habría contribuido a abrir nuevos caminos en la historia de la independencia hispanoamericana y en las andanzas de la Santa Alianza. Rivadavia no tenía talento suficiente para apreciar este género de posibilidades políticas, como no lo tuvo para apoyar el proyecto de San Martín de enviar un ejército al Alto Perú para terminar la guerra contra los españoles absolutistas y, al mismo tiempo, dar vida a una nueva e inmensa nación que se habría llamado la Gran Asociación Argentino-Chileno-Peruana. Estos planes grandiosos, Rivadavia no los entendió, o con insensatez, los despreció.

La historia no puede decir otra cosa. Los hechos fueron así, y el pasado ni Dios puede cambiarlo. Y no hablamos de los ilustres historiadores que tanto han estudiado estos temas y, ni en Europa ni en América, han sabido una palabra de estos planes de Portugal ni de los otros de San Martín.

El año 1822, en que la Santa Alianza preparaba el fastuoso Congreso de Viena de Verona, coincidieron los sueños de San Martín, con su Gran Asociación Argentino-Chilena-Peruana, del ministro portugués. Silvestre Pinheiro Ferreira, con su Confederación o Contra Santa Alianza, y de Simón Bolívar, con su próxima llamada a constituir el Congreso de Panamá. Las naciones hispanoamericanas estaban muy agobiadas por sus problemas políticos internos y por sus últimas luchas con los españoles absolutistas. Además, los jefes americanos de aquellos momentos no se preocupaban mayormente de las fuerzas europeas. Sabían que existían y que sus recursos eran poderosos, pero también les constaba que ninguna nación europea, ni Gran Bretaña, derrotada dos veces por Estados Unidos, con un rey Jorge que era loco; ni Rusia, que no sabía salir de sus fronteras y tenía un zar que era hijo de otro loco y estaba sugestionado por una delirante; ni Francia, entregada a mujeres que manejaban el trono; ni otros países menores, que cabían en cualquier distrito o provincia de Sud América, podían hacer nada en las selvas y ríos del Nuevo Mundo. España, la gloriosa e invencible, con los mejores soldados que recordaba la historia, perdía terreno día a día. Lo que resolviese la Santa Alianza no merecía la atención de un Rivadavia, que poco sabía de ella, ni de los que sabían mucho y, por tanto, estaban seguros de que esas payasadas no pasaban de conversaciones estériles ni de juegos de salón cuando no de dormitorios. No nos sorprendamos si la noble y admirable propuesta de Portugal pasó inadvertida en América y desconocida en Europa y hoy ningún historiador, bien o mal informado -salvo una excepción- escriba nada acerca de ella. Lo que interesa a los lectores de libros que digan algo y no se copien los unos a los otros, es que, mientras Portugal -el conjunto de políticos que con más acierto avisoraban el futuro- era el único país que ofrecía su ayuda, con un alcance internacional, a las naciones del Nuevo Mundo, en Europa se daban los últimos pasos para organizar en la ciudad de los Amantes de Verona el gran Congreso que haría bailar a media Europa.

Esos fantoches engalanados no sabían que el 28 de marzo y el 22 de abril de 1822, las Cámaras de diputados y senadores de los Estados Unidos habían aprobado el reconocimiento de la independencia de Buenos Aires, Chile, Perú y México. Esto lo comunicó al gobernador Martín Rodríguez y a su ministro Rivadavia, de Buenos Aires, el agente de negocios de Estados Unidos, Juan M. Forbes. Lo que no hizo Europa y sólo había hecho Portugal lo cumplió Estados Unidos. Su perspicacia política, bastante más sutil que la de los nobles europeos, vio muy pronto que no reconocer la realidad de las independencias de las naciones hispanoamericanas era una falta de sensatez y un error diplomático imperdonable.

América era el continente de la libertad y esto se palpaba en cualquier rincón del Nuevo Mundo. El 18 de noviembre de 1823 fue reconocido el primer ministro de los Estados Unidos en la Argentina, don César A. Rodney. La retrógrada Inglaterra reconoció la independencia argentina mucho más tarde. Los nobles de toda Europa se mantuvieron firmes en su inconciente testarudez con esperanzas y planes que, cada hora, los hechos demostraban su absurdidad. Vivían en las nubes o frente a sus cálidas estufas como si el mundo no saliese de sus salones. Por algo un hombre de talento escribió un libro encantador que se llamó Un *viaje alrededor de mi habitación*. Cuando América empezó a asombrar a quienes sabían algo más de su nombre, otro francés escribió otro libro que describe la vuelta al mundo en ochenta días y otro que hace posible un viaje a la Luna.

En estos momentos, en que los diplomáticos de carrera, envejecidos en las alcobas de astutas cortesanas o estúpidas adúlteras, preparaban el último Congreso que, con sus sueños, haría reír a la Historia del Hombre, San Martín y Bolívar, por medio de sus representantes -Monteagudo y Mosquera- firmaban en Lima, el 6 de julio de 1822, la unión de toda la América sanmartiniana y bolivariana. Esa firma, que contados historiadores estudian, unía territorios que abarcaban la Gran Colombia, o sea, Colombia, Venezuela, Panamá y Ecuador; México, Perú, Chile y el antiguo virreinato del Río de la Plata, es decir, las actuales Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay: algo muy superior a la Europa entera con hombres y riquezas que hoy pertenecen a once naciones más grandes que cualquier nación de Europa.

El magnífico señor de Chateaubriand, en sus recuerdos del Congreso de Verona, el cuarto y último que llevó a cabo la Santa Alianza, nos cuenta, en páginas coloridas y palpitantes, que partió de Londres, rumbo a Verona, a fines de septiembre de 1822.Fue de los primeros en llegar. Pronto lo acompañaron el emperador y la emperatriz de Austria, con sus comitivas, el novelesco príncipe de Metternich, que después de conocer todas las alcobas de Viena, conoció todas sus iglesias, sus asesores o parásitos de costumbre, príncipes, condes, barones; el emperador de Rusia con sus cinco ayudantes generales, el príncipe de Wolkonsky, general y jefe del Estado Mayor, grandes diplomáticos cuyos nombres llenan innumerables documentos, como el conde de Nesselrode y el conde italiano Pozzo di Borgo, materias grises del imperio ruso. Llegaron asimismo el duque de Wellington, el marqués de Londonderry, hermano del suicidado lord Castlerigh, el vizconde lord Strangford, los reyes de Prusia y hasta un hombre de talento como el barón de Humboldt. El archiduque y la archiduquesa de Italia aparecieron con sus cortes de adulones y explotadores, la duquesa de Parma, llamada la viuda de napoleón, archiinfiel a su marido muerto, archiduquesa de Austria, el gran duque y la gran duquesa de Toscana, con el príncipe heredero, un perfecto inepto, como otros muchos, los archiduques de Mondena, el rey de las Dos Sicilias, el príncipe de Salerno, el rey y la reina de Cerdeña, entre los más lúcidos, el conde de Montmorency que figuraba

como jefe de Chateaubriand, y otros representantes de embajadas francesas en Viena, San Petersburgo, Berlín y Londres. Chateaubriand ha descripto muchos de estos personajes en sus memorias de ultratumba. Como es natural, no faltaban mujeres más hermosas que honestas, comediantes, bailarinas, cantores, magos, charlatanes, ladrones y pordioseros. Por último, había periodistas de Londres que dejaron algunas buenas noticias. Al final, una carrera de caballos y una gran iluminación.

El Congreso de Verona sólo puso en descubierto las envidias y los miedos de sus componentes. La trata de negros, que todos decían que debía eliminarse en el mundo, sirvió a Inglaterra como un pretexto para detener y revisar los buques en el mar. También quería que los corsarios, a quienes llamaba piratas, desapareciesen de las aguas americanas. Al mismo tiempo pretendía que los negros no cultivasen los productos que se sembraban en la India y en la propia Gran Bretaña.

Había que dar libertad a los negros, pero no a los blancos. Interesó la situación de Italia, que no recibió ninguna solución; la disputa del zar de Rusia y del sultán de Turquía, que a nada llegó; el futuro de las colonias españolas en América, que todos proponían convertir en reinos sin consultar a los americanos, y la existencia de un gobierno liberal en España. No faltaron palabrerías respecto a la navegación en el Rin, la revolución en Grecia, que luchaba por su libertad y hasta la regencia de Urgel; es decir, lo mismo valía uno de los continentes de la Tierra que una parroquia perdida en los Pirineos.

Hoy todo esto parece absurdo, cuando no risible, pero entonces hacía temblar a tanto noble holgazán el reconocimiento de la independencia de repúblicas americanas si Francia invadía España. Era una amenaza inglesa para competir con el comercio francés en América. Austria, Prusia y Rusia declararon que sólo reconocerían independencias en América si previamente el rey de España no renunciaba a sus derechos. De España se hablaba todos los días, pero España, por ser un país liberal, no estaba representada. Lo mismo le ocurría a Portugal. Chateaubriand creía imposible reconocer una forma de gobierno liberal en América contraria a la que regía en Europa. Lo seguro era que en Verona existía un gran temor al republicanismo americano. Además, se temía que ese republicanismo se aliase a Portugal y a España y convulsionase totalmente a Europa. Los liberales que dominaban en España podían llevarse el rey a América. Entonces sí que España, con la fuerza americana, habría impuesto reglas al mundo.

"La combinación de déspotas", como llamaban los ingleses al Congreso de Verona, estuvo a punto de matarse entre ellos. Si Gran Bretaña atacaba a Francia, Rusia la habría defendido. Gran Bretaña había sido aliada de España en la guerra contra napoleón. Cuando España y las Indias se hallaron sin rey, las Indias se gobernaron por medio de Juntas que se convirtieron en repúblicas. Al corto tiempo, cuando España se hizo liberal y Europa empezó a temblar, la absolutista Francia se declaró protectora del rey cautivo. Era un gran

mentiroso. No protegía a España: combatía a los liberales españoles para que en Europa no peligrase al absolutismo. Por ello propuso salvar a España del liberalismo invadiéndola con veinte mil hijos de San Luis mandados por el siempre malhumorado duque de Angulema. En la Argentina, Rivadavia se ofreció a ayudar a España con veinte mil pesos recolectados en varios paises. Ni Rivadavia logró el dinero, ni los liberales españoles lo aceptaron. En medio de estos hechos, alguien quiso pescar en río revuelto nada menos que el trono de España: el príncipe de Castelcicala, con el apoyo de Austria, declaró que el rey de Nápoles tenía el primer derecho a la corona de España y que si extinguía la línea reinante él reclamaba la regencia de España.

Cuando el duque de Angulema, con su pésimo carácter, invadió y dominó España, Cádiz fue otra vez, como en tiempos de napoleón, el último baluarte liberal de España, por no decir Europa. En Portugal había estallado una contrarrevolución. Chateaubriand era partidario de bombardear a Cádiz y si en el bombardeo moría Fernando VII, su deber era perecer con sus súbditos. No murió. La generosidad de los liberales españoles le salvó la vida y el noble Fernando agradeció el gesto poniendo hasta en jaulas de hierro a los liberales para que en los pueblos los viesen como bestias feroces. El embajador ruso tuvo que pedir por dignidad humana que no se persiguiese con tanta crueldad a los españoles que pensaban de un modo diferente al de sus hermanos. Los masones, comuneros y otros fumadores y bebedores de sociedades secretas volaron adonde pudieron: unos a Londres, otros a América y otros al infierno. Los frailes fanáticos, como recuerda Chateaubriand sólo se ocupaban en "soliviantar al populacho".

Austria e Inglaterra hacían un esfuerzo para alejar a Francia de Rusia. Al mismo tiempo, Inglaterra hacía esfuerzos para llegar a un pacto con Francia para despojar a España de sus colonias. Chateaubriand que, al fin y al cabo, era un noble francés y un caballero, no quiso prestarse a este doble juego en que, por un lado, se combatía oficialmente por la libertad de Fernando VII y simultáneamente, se le iba a robar sus posesiones de América. Chateaubriand creyó, el 7 de octubre de 1823, que las cortes habían reconocido la independencia de "La república de Buenos Aires". El ajedrez político de Europa tenía muchos jugadores y ninguno sabía jugar. Lo único que los absolutistas lograron -y fue mucho- fue la derrota de los liberales de España y de Portugal. A fines de octubre de 1823, el rey Fernando estaba sentado en su trono. Era un rey absoluto. A América le importó poco. El 2 de diciembre, el presidente Monroe dijo, en una declaración famosa, bien traicionada más de una vez, que Europa no debía intervenir en los asuntos americanos. En realidad, se refería a Rusia, la única que, por el Pacífico, podía disputarle algunas tierras en ese Océano. Al año siguiente - 1824 - Bolívar intentó un Congreso en Panamá que se parecía fundamentalmente a la Confederación ofrecida por los liberales portugueses. En España, en vez de Cortés, hubo camarillas: intrigas de palacio, de café y de taberna, con sus nobles, sus tonadilleras y sus antiguas políticas que

empezaban a escribir sus memorias. En junio de 1824, el gran Chateaubriand, hombre de su siglo en el campo monárquico absolutista, buen católico y, sobre todo, buen escritor, tal vez por esto fue substituido por el rey.

Bolívar esperaba mucho de su Congreso en Panamá. En general, en la parte Sud del continente hispano se temía que Bolívar se convirtiese en emperador y que, en consecuencia, lo apoyase la Santa Alianza. El temor no podía ser más ridículo. Era el 1825. También se pensó que el emperador del Brasil, independiente desde el 7 de diciembre de 1822, podía unirse al posible emperador Bolívar para hacer triunfar la Santa Alianza en América. Los huesos de la Santa Alianza se habían convertido en un fantasma que sólo espantaba a los políticos alucinados. Los otros se olvidaron de estos problemas que torturaban en Europa y hoy resucitan viejos historiadores.

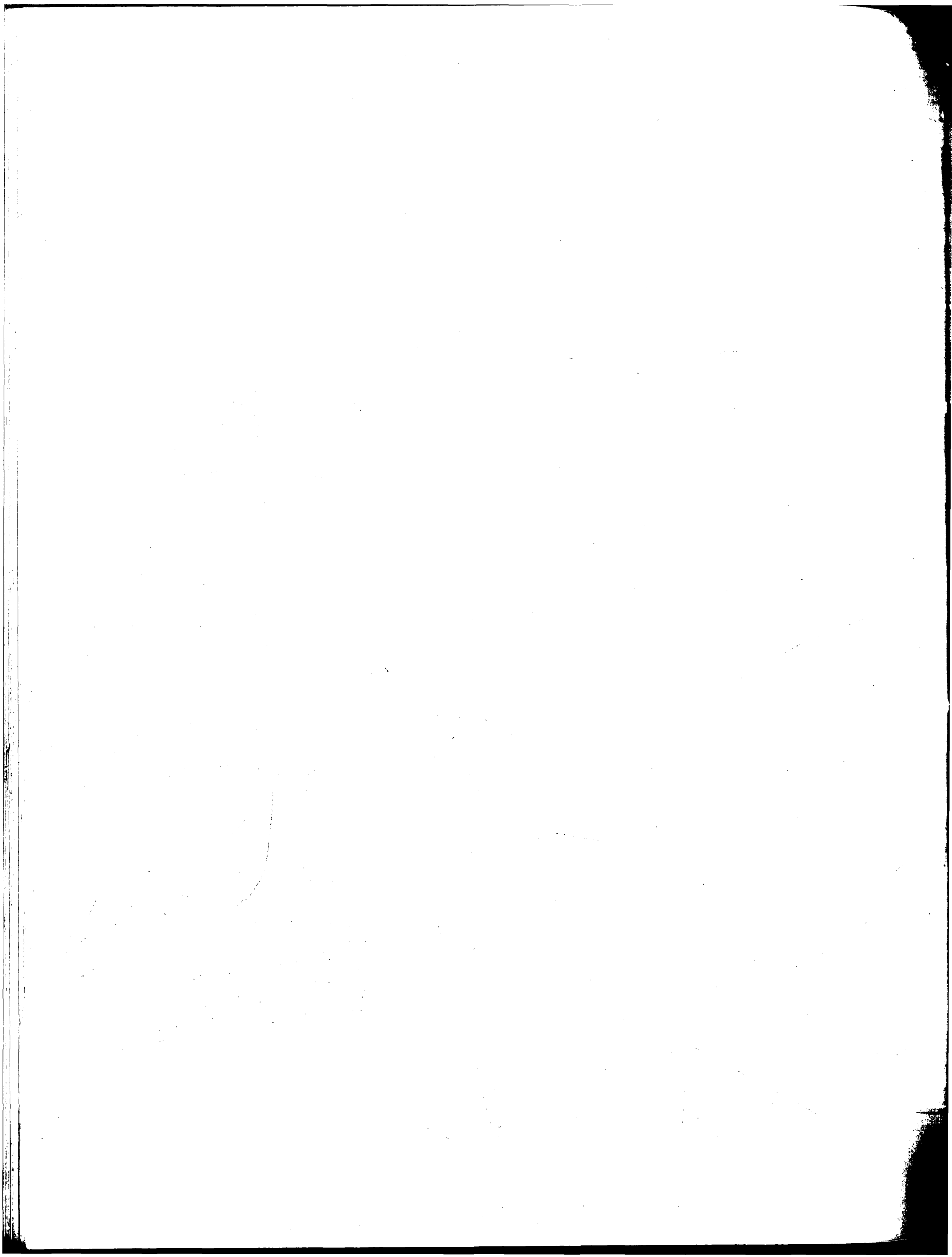
La Santa Alianza, con su imposible Restauración, fue el último esfuerzo que hizo una realeza herida de muerte por el liberalismo triunfante. Murió junto con la Inquisición. Tal vez Chateaubriand y posiblemente Metternich se dieron cuenta de que el mundo, con la independencia de América, había cambiado y nadie, ni Dios, podía volver atrás. Es lo que aún no comprenden los sabios de Europa que estudian los años de la Santa Alianza convencidos que se puede prescindir de América, ignoran el proyecto portugués de la Contra Santa Alianza o Confederación de Naciones independientes y tampoco saben que, a pesar de no haberse realizado, sirvió para que la neutralidad de Portugal diera tiempo a la masónica Buenos Aires de sublevar la expedición de Cádiz e imponer el constitucionalismo en todas las naciones civilizadas del Orbe.

Hoy nadie cree que la declaración de Monroe, con su manifiesto que nunca cumplió, ni la de Canning, con la fanfarronada de que había equilibrado el mundo reconociendo, bien tarde, en 1824, la independencia hispanoamericana, hayan tenido alguna influencia en la historia de estos sucesos. Nada debe por tanto, la independencia de la América hispana a Estados Unidos ni a Inglaterra. Los políticos de esta nación hicieron siempre los mayores esfuerzos para que América volviese al dominio español. Estados Unidos, como revelan las memorias de José Antonio Páez, impidió que Bolívar se lanzara a la liberación de Cuba y otras islas del Caribe para asegurarse, muy pronto, su dominio. La historia de América tiene dos historias: una que, por ignorancia y tradición, se repite y enseña, y otra que, lentamente, empieza a descubrirse.

"La lettera di e... é certa (ma lei non confermi a chiechesia la noticia, perche m...ra commanda il più grande segreto in questo punto) ..."

"La carta de e... es cierta (pero usted no confirme a nadie la noticia, porque m... recomienda el más grande secreto en este punto) ..."

Juan Pablo de Viscardo y Guzmán
en su carta al Cónsul inglés en Liorna, John Udny,
el 23 de septiembre de 1781.



SEGUNDA PARTE

PROLEGOMENOS A LA INDEPENDENCIA DE LA AMERICA HISPANA

FRANCISCO DE MIRANDA Y JUAN PABLO DE VISCARDO Y GUZMAN

I

LOS PROBLEMAS DE LA HISTORIA AMERICANA

La historia de América es una historia de problemas y de misterios. Los americanistas discuten qué precursores tuvo Colón. Los colombistas todavía no saben por qué Colón se hizo a la mar en 1492. Tampoco saben si descubrió una tierra bien conocida desde la antigüedad o un continente inesperado en medio del océano. Aún hay ilusos que buscan su lugar de nacimiento, y otros que ignoran dónde reposan sus huesos. Los vespuccistas se enardecen frente a las cartas de Américo Vespucci: unos las consideran auténticas; otros, falsas. unos juran que hizo dos viajes; otros, que hizo cinco; unos afirman que vio el continente un año antes de Colón; otros, que lo vio un año después. En el período monárquico de la historia de América, son innumerables los investigadores que buscan los lugares y los años en que se fundaron muchas ciudades. Si llegamos a la Independencia, los más eminentes historiadores desconocen sus causas y orígenes. Las teorías son muchas y todas se contradicen. En el período independiente, unos personajes son presentados como héroes y, al mismo tiempo, como traidores. Los odios políticos enturbian las visiones. Surgen pasiones, polémicas, bandos que se combaten y calumnian. Es la historia: una historia muy distinta a la europea donde los problemas son otros; los hombres, muy diferentes, y los escenarios, incomparables.

Esta historia americana es conocida en mínima parte por los historiadores del Viejo Mundo. Tienen un concepto muy especial de la historia de América. Algunos repiten que nuestros pueblos son jóvenes y, por tanto, no tienen historia o la tienen muy pequeña. Otros saben que es tan antigua, en su prehistoria, como las más remotas que el hombre conoce y que, desde antes de su hallazgo, influyó en los destinos de la humanidad. Su descubrimiento cambió la marcha de la Tierra; su independencia puso en sus manos el futuro del mundo.

Todo esto, son pocos los historiadores de Europa que lo vislumbran. Prefieren ignorarlo. Escapa a sus alcances y, cuando se refieren a algunos de estos problemas, sus palabras dan lástima. Son insulsas y huecas, llenas de errores e incomprensiones. En verdad, no saben lo que dicen.

Los historiadores americanos, como los europeos, están envueltos en sus problemas nacionales, internacionales y locales. De ellos, repetimos, los europeos no saben nada. Y los americanos no saben mucho. Discuten, se enojan, a menudo se atacan en forma personal. El tiempo pasa y no siempre se hace la luz. Y, cuando se hace, los pequeños focos se apagan pronto, o los oscurecen los historiadores rivales, no con sus réplicas, sino con su silencio, que es el peor de los males que puede sufrir la historia. Las discusiones abren puertas y ventanas. Los silencios entierran.

El caso que ahora presentamos no es nuevo. Lo hemos creado nosotros con una afirmación, expuesta en un artículo que luego se hizo un capítulo de nuestra *Historia de las ideas políticas en la Argentina*, que dio origen, como réplica, a un hermoso volumen del eminente historiador norteamericano Merle E. Simmons, *Los escritos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, Precursor de la Independencia Hispanoamericana* (Universidad Católica Andrés Bello. Instituto de Investigaciones históricas. Caracas. Venezuela. 1983, 388 páginas). Nadie, antes de nuestras intuiciones, había soñado lo que expusimos en 1957 en la *Revista del Centro de Estudios Histórico-Militares del Perú* (Lima, año X, 12 de agosto de 1956, julio 1957, págs. 77-93).

En apariencia, el problema es insignificante. En realidad, tiene una importancia enorme. Encara el conocimiento de cuando empezó a pensarse, políticamente, en la independencia de la América hispana, y trata de saber si el autor de este pensamiento fue el venezolano Francisco de Miranda o el peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán. Cada nación quiere tener el honor de ser la primera en concebir la independencia de la América española. Todos los historiadores, sin excepción, que han presentado a Viscardo y Guzmán como el autor de este ideal y grandioso proyecto, de confirmarse nuestra tesis, se verían obligados a corregir, a cambiar radicalmente sus afirmaciones y enseñar todo lo contrario de lo que siempre impartieron. Es una modificación que no agrada, molesta y tiene en la enseñanza de la historia americana alcances insospechados. Es natural, por no decir humano, que historiadores tradicionales se resistan, busquen argumentos para tener razón, para no anular sus escritos, para no desdecirse y confesar su error. Lógico es que la polémica surja. La estamos esperando. Si se nos prueba que somos nosotros los equivocados, los que hemos visto de un modo hechos que deben ser vistos de otro modo, los reconoceremos y aceptaremos las conclusiones acertadas, definitivas, que arrojan una luz plena sobre este arduo problema. No defendemos una causa ni una teoría. Buscamos la verdad siempre tan difícil de encontrar. sabemos que nuestros opositores piensan y dicen lo mismo. En esto estamos de acuerdo. Por ello invitamos

a los historiadores que se interesan por este pequeño y, a la vez, gran problema, a que juntos, como amigos y colegas en tantas instituciones sabias, hagamos los mayores esfuerzos para que la justicia, tan esquiva, dé una noble sentencia.

Esta, señores, es la historia de un problema. Debemos guiarnos en la jungla de la historia y no dejarnos atrapar por los historiadores que fabrican sus propios problemas. Debemos buscar los problemas de hecho y de motivo. Tenemos que averiguar cuál es el elemento del conflicto. No nos dejemos vencer por la debilidad de perdernos en las cosas grandes y no ver las pequeñas. No seamos polemistas que no saben contra quién ni por qué combaten. Pongámonos de acuerdo para discutir y: adelante.

II

EL PERSONAJE

La mejor vida del ex jesuita don Juan Pablo Viscardo y Guzmán la escribió nuestro amigo y colega, el reverendo padre doctor Miguel Batllori. Una vez nos dijo que no creía en nuestras deducciones. Es muy posible que tenga razón. Su libro, hasta el instante de su publicación, es el más completo que existe y siempre habrá que acudir a él para ilustrarse sobre esta persona. Se titula: *El Abate Viscardo. Historia y Mito de la intervención de los jesuitas en la independencia de América* (Caracas, 1953). No nos detenemos en explicar que mito es un relato en que interviene lo extranatural, lo divino o mágico, y que el término que corresponde es el de leyenda o fábula. Batllori ha exhumado un cúmulo sorprendente de documentos y ha reconstruido la vida de Viscardo como ningún otro estudioso lo ha hecho. La obra del profesor Merle Simmons, que apareció mucho después, completa el aporte documental, pero no aumenta las luces que trajo Batllori. Ahora seguimos al eminente jesuita en los resultados de sus laboriosas y fructíferas investigaciones.

Ante todo notemos que los historiadores han querido humanizar a los próceres escudriñándolos en sus intimidades y han descuidado sus ideas. Nosotros iremos a lo hondo de su pensamiento. Viscardo es, como dice Batllori, un "mito", un problema. Para nosotros es solamente un problema.

Viscardo nació en Pampacolea, en el Perú, obispado de Arequito, el 26 de junio de 1748. Su partida de nacimiento escribe su apellido Viscardo con s, no con z. Batllori ha localizado seis firmas indudables de Viscardo: Una aparece en una lista de jesuitas americanos que, en el puerto de Santa María, pidieron al papa Clemente XIII su dimisión el 8 de abril de 1769. Otra, en una carta de Viscardo al cónsul británico en Liorna, John Udny, fechada en Massa Carrara el 23 de septiembre de 1781. En ella le dice que recibió noticias del Perú: "La lettera di E... é certa (ma lei non confermi a chiechesía la notizia, perche M... racomanda il piu grande segreto in questo punto); con essa manda accluse due relazioni inviate da Lima a Chile ..." Más adelante agrega: "Seguita poi il surr iferito amico a darmi le seguenti ulteriori notizie, quali copio ..." Es decir: Viscardo recibió una carta de una persona que sólo conocemos por la inicial E. Otra persona, que llama M. recomienda el más grande secreto en ese punto. E. envía dos relaciones mandadas desde Lima hasta Chile. Etcétera. Comprobamos que Viscardo tenía un amigo ("el arriba mencionado amigo") que le daba relaciones que copiaba para Udny. Batllori baraja algunas probabilidades de jesuitas italianos que pudieron informar a Viscardo, pero no dice quién podría ser ese M. misterioso que recomendaba a Viscardo el más grande secreto. Ni por asomo se le ocurre pensar que podría ser M(iranda).

Otra firma de Viscardo se encuentra en otra carta a Udny, fechada en Massa Carrara el 30 de septiembre de 1781. En ella le propone que el gobierno británico ayude a Tupac Amaru desde el Río de la Plata. Viscardo se ofrece a tomar parte en la expedición.

Otra carta de Viscardo con su firma es la que escribió el 28 de mayo de 1784 al conde de Campomanes para informarle acerca de la herencia de su padre y de su tío. Otra carta de Viscardo con su firma es la que dirige al gobernador del Consejo de Indias don Francisco Moñino, fechada en Florencia, el 20 de noviembre de 1787. En ella le habla del derecho que tiene a su herencia. La última firma de Viscardo aparece en otra carta suya al Ministro de Indias, don Antonio Porlier, fechada en Florencia, el 28 de marzo de 1788.

Juan Pablo Viscardo entró en el noviciado de los jesuitas el 24 de mayo de 1761, y emitió los votos el 27 de junio de 1763. El y su hermano Anselmo hicieron "diligencia para salir de la Compañía antes y después de haber hecho los votos simples". No obstante, fueron comprendidos en la expatriación. La orden de destierro les fue intimada el 7 de septiembre de 1767. Llegaron a Cádiz el 10 de agosto de 1768. Los dos hermanos pidieron ser secularizados. José Anselmo tenía veintitrés años, y Juan Pablo, veintiuno. Se recluyeron en Massacarrara y nada produjeron mientras otros jesuitas, como dice Batllori, triunfaban en las letras y la cultura.

En 1780, Viscardo renovó sus súplicas al Consejo. Perdió dos años en espera, hasta que volvió a escribir el 8 de mayo de 1782. Dice que mereció "la tenera conmiserazione di chi, tutto potendo sobra di me, ha affidato alla cura mia sollecitare l'opprtuno bramato disimpegno". Dice Batllori: "No he podido averiguar quién fue ese potente intercesor ante el ministro de Modena ..." Sólo consiguieron un certificado. ¿Quién sería? Tenemos un nombre como muy posible, pero aún no queremos mencionarlo. Los lectores también lo imaginan.

España estaba en guerra con Inglaterra. Llegaban noticias de la revolución de Tupac Amaru. En 1781, Viscardo estuvo en contacto con John Udny. Un día recibió una carta anónima. En ella, un desconocido le decía: "Si se hallase alguno capaz de empeñarse en semejantes empresas, que hubiese nacido en aquellos lugares, que estuviese dotado de mediano talento y que pudiese corregir las ideas poco exactas que nosotros, europeos, tenemos de aquellos paises, gracias a los celos de los españoles, un hombre así habría de ser tenido en cuenta. ¿Mas dónde hallar ese tal?

Este documento no ha sido bien analizado. Por lo contrario: quienes lo han citado han inducido a confusiones. Ante todo hay que explicar que fue enviado por "Guzmán" (Viscardo) al cónsul John Udny. No es precisamente una carta de Viscardo, sino la copia de una "inteligencia" anónima que le da noticias del Perú y, al final, la expone el párrafo anterior, escrito en idioma italiano. ¿Quién fue el autor de este extenso y preciso informe de la sublevación de Tupac Amaru a Viscardo? El padre Batllori supone que fue Berudini, ¿Por qué?

El lo sabrá. Lo cierto es que Viscardo envió a Udny la carta suya del 23 de septiembre de 1781 donde le dice que "cierto amigo le hizo llegar esos informes y le añade el párrafo anteriormente transcripto. Udny se apresuró a remitir a Hillsborough desde Florencia, el 14 de octubre de 1781, la carta recibida. Resumiendo: Viscardo recibía noticias de un excelente informante que le contaba todo lo que ocurría en el Perú. este informante, además, le decía que había que buscar un hombre capaz de ponerse al frente de ese movimiento, que hubiese nacido en América y tuviese determinadas condiciones. ¿Quién podía tenerlas? Ningún jesuita, para empezar, pues ninguno tenía dotes militares ni todos habían nacido en el Nuevo Mundo. La única persona, en aquellos momentos, que tenía las condiciones requeridas y soñaba con la independencia del Nuevo Mundo era Miranda.

Viscardo recibía no pocas cartas misteriosas o que él mantenía envueltas en sombras y hacía conocer inmediatamente al cónsul Udny. Este, en el acto, retransmitía a Hillsborough. En una de estas cartas, de Viscardo a Udny, del 14 de octubre de 1781, el amigo misterioso de Viscardo le decía, en italiano: "Ecco, caro amico, tutte le notizie che mi sono pervenute da buoni canali, ecco lo stato attuale delle cose in quelle parti del mondo; ed anchorche' paia che il Tucumán, Paraguai, Quito e Chile non facciano figura in questo quadro, non credite pero che queste provincie siano quiete; esse hanno sospeco la loro indignazione contro l'oppressione che sofrivono, e spetano d'esito della loro sorte di quello che accadderá nel Perú ..." (Batllori, pág. 217). Esto no lo pudo escribir ningún informante de América porque en el Tucumán, en el Paraguay, en Quito y en Chile nadie pensaba rebelarse contra España. Quien difundía estas noticias imaginarias no podía ser otro que Miranda.

La carta a Udny no es ningún anticipo de la carta a los españoles americanos. La hemos analizado en una revista del Perú y en nuestra *Historia de las ideas políticas*. Muchas veces ha sido publicada y no es el instante de volver a ella. El que no la conozca y se interese por estas cuestiones, que la lea. El pedido de una ayuda británica pudo haber surgido en la mente de Viscardo; pero hay algo innegable: el hombre que siempre tuvo este proyecto como una obsesión y única salida para lograr la independencia de América fue Miranda.

Hay demasiada coincidencia con los proyectos de Miranda. Las promesas y las posibilidades que se ofrecían a Gran Bretaña, del comercio y de las minas del Perú, son todas expresiones que Miranda hizo valer constantemente. Demasiada coincidencia y demasiada casualidad. No fue Viscardo quien inspiró a Miranda, pues éste había expuesto esas ideas antes de conocer los documentos de Viscardo, si es que se los entregó Udny como se repite generalmente. Notamos que Miranda expone esas ideas antes de conocer los escritos de Viscardo. ¿Este influyó en él antes de que Miranda leyera sus documentos? Es algo difícil de imaginar. Lo que la historia muestra es un paralelo asombroso de ideas, como si todas ellas fuera escritas por una misma mano e inspiradas por un mismo cerebro.

Desde Londres nada contestaron u Udny. O no llegaron las cartas a Inglaterra o no fueron enviadas o nunca se respondió a Udny. Tupac Amaru, para este tiempo, ya había sido descuartizado. Seguían sublevaciones menores en el Alto Perú, en Nueva Granada y en la capitanía general de Venezuela. Eran sublevaciones que no inquietaban como la de Tupac Amaru.

Los hermanos Viscardo -Juan Pablo y Anselmo- lograron que el ministro inglés en Florencia, sir Horace Mann, los enviara a Londres con los nombres de Paolo Rossi y Antonio Valesi. Así partieron en Florencia a Londres en julio de 1782. Un año antes había llegado a Londres el mendocino Juan José Godoy. El reverendo padre Guillermo Furlong, sacerdote jesuita y colega en la Academia Nacional de la Historia, de Buenos Aires, escribió sobre él eruditas páginas y lo presentó como un precursor de la independencia americana. En Londres se planeaba la paz con España. no era momento oportuno para invadir o sublevar América.

El 30 de noviembre de 1782, Gran Bretaña reconoció la independencia de los Estados Unidos. La paz de Versalles, del 3 de septiembre de 1783, fue de Gran Bretaña con Francia y con España.

Batllori sospecha que los Viscardo vivieron en Londres pensionados por el gobierno inglés. Todo puede ser; pero no ha aparecido la más mínima prueba que así lo demuestre. Esperaban marchar a América, a Arequipa a reivindicar su herencia. No podemos afirmar que, de paso, insurreccionasen el continente. El hecho es que entre febrero y mayo de 1784, como establece Batllori, volvieron a Italia sin haber conseguido nada y empezaron otra vez sus súplicas para que les fuese reconocida su herencia.

No hay pruebas de que Viscardo haya hablado en Londres con Godoy, con Vidal ni con Miranda ni otros posibles soñadores de la independencia de América. A Juan José Godoy pudo conocerlo en Roma o en Toscana en 1778; pero, repetimos, no hay pruebas.

Batllori hace notar que en 1781 Miranda salía de La Habana para los Estados Unidos. Llegó a Londres, desde Boston, en 1785. Ocho meses antes, los hermanos Viscardo habían vuelto a Italia. Sólo Juan José Godoy pudo encontrarse en Londres con Miranda, pero no hay pruebas que lo demuestren. No existe, según los viajes mencionados, posibilidad de que los ex jesuitas y Miranda se hayan conocido o hayan estado en contacto en Londres. En Italia, Miranda hizo dos viajes: desde el 11 de noviembre de 1785 hasta el 10 de marzo de 1786 y desde el 23 de diciembre de 1788 hasta el 10 de febrero de 1789. No hay pruebas de que haya encontrado Miranda a Viscardo. Lo que se sabe es que en una lista de exjesuitas anotó lo siguiente: "D. Juan Pablo Viscardo y Guzmán, conocido baxo el nombre de Rossi, natural de Arequipa en el Perú" (*Archivo Miranda*, XV, 102).

Los historiadores no se han detenido en un detalle importantísimo. Dice Miranda refiriéndose a Viscardo: "...conocido baxo el nombre de Rossi". ¿Cómo supo Miranda este cambio de nombre de Viscardo? Era algo secreto, que el jesuita logró para poder trasladarse

a Inglaterra. Sólo lo han descubierto los investigadores actuales. Miranda podía saber, por otros jesuitas, que era natural de Arequipa; pero nadie sabía que tenía un pasaporte falso con el apellido Rossi. Sólo pudo confiárselo el propio interesado o Udny, lo cual presupone mucha confianza o realidades que no conocemos. Es otro misterio que revela entretelones ocultos.

Ahora bien, repetimos, no hay pruebas de que Miranda y Viscardo se hayan visto en Londres. Tampoco de que se hayan encontrado en Italia; pero nada impide que haya sido Miranda quien haya enviado a Viscardo, y tal vez a otros exjesuitas, informes sobre lo que ocurría en América y despertado en ellos ideales de independencia. ¿Por qué Viscardo, cuando dice que un tal E. le mandó informes y un tal M. le recomendaba un profundo secreto, oculta nombres y apellidos y no dice quienes eran ese R. y ese M. que le hacían llegar noticias tan interesantes y le recomendaban no divulgarlas? Batllori no se detiene a pensar en este hecho tan lleno de interrogantes. Nada sabemos de la correspondencia secreta que tenía Miranda con muchas personas y no dejaba rastro en su archivo. No eran años ni momentos para descuidar testimonios peligrosos. La cárcel perpetua o la cabeza estaban siempre en juego. Lo indiscutible es que Viscardo recibía papeles que él se ocupaba de hacer llegar a Udny. Y éste debía saber perfectamente quienes eran E. y M. De lo contrario, Viscardo no le habría hablado de ellos con tanta naturalidad y no los habría mencionado por sus iniciales si Udny no hubiera sabido quienes eran. Nada sabía Viscardo de las rebeliones hispanoamericanas. Repetía lo que le decían personas, o una persona, un "amigo", a quien se cuida mucho de mencionar.

Desde que Miranda se separó del ejército español y se fue a los estados Unidos tuvo la idea de la independencia y empezó a trabajar por ella. Es una coincidencia el hecho de que Miranda haya forjado una carta en que se hace invitar por unos señores "mantuanos" a luchar por la independencia precisamente en el año en que Viscardo recibe informes que pasa al cónsul Udny. ¿Quién sugirió a Viscardo la idea de hacer llegar esos documentos al cónsul norteamericano? Miranda estaba en los Estados Unidos. Sintió admiración por ese país independiente. Podía ayudar a los hispanoamericanos a separarse de España. No quería exhibirse él sólo con su idea o creyó más conveniente hacer aparecer a exjesuitas complicados, interesados en esa empresa. Miranda está oculto detrás de estos hechos. Hay que buscarlo y encontrarlo.

III

LA CARTA

Viscardo ha llegado hasta nosotros con una carta en la mano. No la publicó mientras vivió. No se sabe por qué quiso mantenerla oculta. No se sabe, tampoco, si la escribió él. Se supone que la escribió para que la leyeran los pueblos de América, pero jamás la hizo conocer. Una tradición repite que Miranda la encontró entre los papeles de Viscardo y la hizo circular. Miranda quería que el mundo la conociese. Sus principios, sus ideas, son las mismas que Miranda expuso toda su vida. Fuimos los únicos y primeros en sospechar que Viscardo nunca escribió esa carta y que la inventó Miranda.

El mejor historiador de Viscardo, el Padre Batllori piensa que Viscardo gestó esta carta en Florencia, entre 1787 y 1791, y la redactó posiblemente en Londres poco antes del 12 de octubre de 1792. Cinco años para preparar una carta. No la escribió en español, su idioma nativo, ni en italiano, que aprendió en su larga permanencia en Italia. La escribió en francés, que nadie puede deducir dónde lo aprendió, y con giros, expresiones y hasta una ortografía que es la de Miranda, cuando escribía en francés, la lengua que mejor conocía después del español. Caro nos dice que, en 1800, Miranda tradujo la carta al español. Es un dato inseguro de caro. Frente a ciertas extrañas coincidencias, Batllori, con su honradez crítica, escribió estas palabras que encierren sus justas dudas:

"El título parece (nótese que dice *parece*) del mismo Viscardo ... En cambio, el lema de la portada, *Vincent amor Patriae, L'amour de la Patrie l'emportera*, sacado de Virgilio, se lo sugirió a Miranda el francés M. de la Rochette, residente en Londres. Ello impone la pregunta inicial, si las coincidencias entre la *Carta* de Viscardo y los escritos posteriores de Miranda corresponden a una verdadera inspiración del primero sobre el segundo, o bien si el general independentista (*sic* por independencista) corrigió a su gusto el original del exjesuita. No parece esto probable, pues escribiendo a Caro ya el 16 de enero de 1799, le decía, refiriéndose a "lo que nuestro paisano Viscardo avía hecho": "todo está como se podía apetecer". Miranda no se contentaría con añadir algunas notas como comentario. La *Carta*, pues, tal como se publicó, nos revela el pensamiento auténtico de Viscardo, y sus profundos resentimientos".

En esto último es donde dudamos. No nos detenemos en la interpretación que puede tener la frase "Todo está como se podía apetecer". Puede referirse a un arreglo o a cualquier otra operación. Lo indudable es que Viscardo, como reconoce Batllori, nada sabía de las doctrinas populistas de Santo Tomás ni de teólogos jesuitas, como Suárez y otros. seguía a Rousseau y a Reynal. Lo mismo que Miranda. Consta que en enero de 1799 (*Archico Miranda*, XIV, 410) Miranda poseía los papeles que se atribuyen a Viscardo. Miranda distribuyó

la carta de Viscardo. Si hubiese sido una carta con la firma de Miranda, no hubiera impresionado ni tenido tanto éxito. Firmada por un exjesuita era otra cosa. El hecho es que la carta, escrita en francés, se publicó en Londres, con pie de imprenta supuesto en Filadelfia, en 1799, y la segunda edición, en español, traducida por Miranda, por el mismo impresor, en Londres, en 1801. La propaganda aumentó en 1803. Decayó después del fracaso de la expedición de Miranda. Esta política, de un hombre como Miranda que no era religioso, enalteció a los jesuitas porque sabía el efecto que ejercían sobre las multitudes. No seguimos la difusión de la carta en Europa y América, hecha admirablemente por Batllori. Nuestro fin es otro.

Batllori quiso demostrar que la Compañía de Jesús, en el tiempo que fue surpimida -1773-1814- no hizo nada en favor de la independencia de América. Es exacto. Empezaba por no existir oficialmente. Pero algunos de sus miembros pensaron en la independencia, y esto no se puede discutir. Si Viscardo fue el autor de esta carta -único documento en que habla de la independencia y no la vuelve a mencionar en todos los documentos que le son atribuidos, salvo la carta a Udny, es un caso extraño, creado por la irritación de no poder cobrar una herencia que le correspondía.

La letra de Viscardo se conoce por un autógrafo que publica Batllori, con su firma, en la página XCI del apéndice. Clara y limpia.

Hay un pensamiento constante que se encuentra en las cartas a Udny, en la carta a los españoles americanos, en todos los escritos en poder de Viscardo y en todos los papeles de Miranda reconocidos como suyos. Si Miranda tuvo los papeles de Viscardo cuando se dice que se los dio el cónsul Udny, ¿cómo es que piensa lo mismo, sin haberlos visto nunca, antes de tenerlos en su poder? Si se admite que Miranda leyó los escritos de Viscardo después de la muerte del jesuita, porque se los dio Udny, no puede admitirse que haya tenido las mismas ideas antes de leerlos, mucho tiempo antes. Y si se reconoce que el modo de pensar de Miranda es el mismo antes yd epués de recibir de Udny los papeles de Viscardo, es decir, después de muerto Viscardo, hay que reconocer, también, que no fue Viscardo quien inspiró a Miranda, sino que hubo una coincidencia de ideas y pensamientos que parece extraña o improbable. O, lo más seguro, que Miranda inspiró a Viscardo.

Miranda era hombre que sabía guardar secretos. Toda su vida es un misterio. Los documentos aclaran muchas cosas, pero no todas. Po ejemplo: los historiadores no han podido explicar todavía de dónde sacaba Miranda tanto dinero para hacer viajes costosísimos y vivir como un príncipe. Se sabe, por lo que él dice, que tal día un señor le entregó tal suma de dinero; pero no se sabe por qué, ni quién dio orden a ese señor que entregara a Miranda tal suma. No consta que dilapidara toda su herencia, ni que haya recibido una herencia tan cuantiosa. La colaboración de la masonería nadie la probará jamás, pues ni hay pruebas que haya sido masón. Alguien suministraba ese dinero para que Miranda hiciera viajes aparen-

temente de placer y se codeara con las personalidades imperiales y reales a las cuales sólo llegaban embajadores y personajes de méritos infinitamente mayores que los de Miranda. Quienes le daban cartas de recomendación o presentación que lo introducían en cortes y grandes familias, no lo hacían por ser un simple capitán español. El propio embajador de España, con todo su poder, no podía hacerlo detener. Había fuerzas superiores que lo protegían. Hoy se sabe que es una leyenda el amor de la emperatriz Catalina por Miranda. Historiadores rusos han demostrado que la emperatriz aspiraba anexarse toda o gran parte de la América española. Hay un artículo excelente sobre este tema en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, de Venezuela.

Pero Miranda nada dice de esto. Sólo O'Higgins, en una carta, recuerda que Miranda le confió estos planes de la gran Catalina. había, sin duda, otras influencias o recomendaciones que tenían su efecto en la emperatriz y en otras muchas personas.

Batllori llama mito la intervención de los jesuitas en los proyectos de la independencia de América. Mito -o, más propiamente, leyenda- no es, en este caso, algo nunca sucedido. La intervención de los jesuitas halla en la obra de Batllori los elementos más firmes para demostrar que no fue una leyenda, sino una gran verdad. Otra cosa es explicar que la independencia de América no surgió de los planes o deseos o rezos de los jesuitas, sino de otras causas bien conocidas y bien diferentes. Lo cierto es que eran muchos los jesuitas que esperaban la ruina de España para reconstruir la orden o recuperar sus bienes, como los hermanos Viscardo. Ninguno pensó en Francia, aliada de España, ni en Estados Unidos. Pensaron en Inglaterra porque era una vieja enemiga de España, y a ella se encaminaron, como Godoy y Viscardo. De Godoy poco se sabe y es posible que se haya dirigido a Londres por su propia inciciativa. Es probable que otros jesuitas hayan tenido la misma idea y no sería imposible que algún jesuita haya guiado a Miranda hacia el gobierno inglés. Pero esto es una suposición. Lo que no es suposición es que Viscardo pensaba como Miranda y que Viscardo recibía informes y papeles de un amigo suyo cuyo apellido comenzaba con M. Batllori imagina que este corresponsal era europeo. Descarta que fuera español y piensa que podría ser italiano. Nosotros no pensamos nada. Decimos lo que está escrito en los documentos.

La expulsión de los jesuitas se hizo en España el 2 de abril de 1767. Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús el 21 de julio de 1773. Desde el 1756 hasta el 1796 fueron varios los conspiradores o partidarios de la independencia hispanoamericana, más o menos fabulosos, que se dirigieron a Londres a pedir ayudas en contra de España. Entre ellos no faltaban jesuitas. El Padre Batllori los enumera cuidadosamente. Disculpa a algunos porque tal vez no fuesen separatistas, sino simplemente republicanos. La guerra entre España e Inglaterra duró del 1779 hasta el 1783. No debe extrañar que, tanto Miranda como Viscardo, aprovecharan esta circunstancia para mover sus hilos y pedidos. No sólo ellos hablaban de

independencia. Había otros. En mayo de 1781 llegó Godoy a Londres. Al año siguiente Miranda fraguó la carta "de los Mantuanos" y Viscardo buscó la protección del cónsul norteamericano Udny. Otra guerra entre España y Gran Bretaña fue entre 1792 y 1796.

No seguimos las andanzas de Godoy, muy bien reconstruidas por el Padre Guillermo Furlong y por el Padre Miguel Batllori. Godoy fue un verdadero revolucionario y separatista. En 1798, Rofus King, ministro norteamericano, dijo haber conocido a varios jesuitas que habían vivido en Inglaterra, al servicio del gobieno inglés y pagados por él. No era tan "mito" la intervención de los jesuitas.

Batllori escribe que el primer historiador que mezcló a los jesuitas entre los precursores de la independencia fue el venezolano Carlos A. Villanueva, en su tan leída y buena *Historia y diplomacia. Napoleón y la independencia de América*, aparecida en París en 1911. Fue una mención superficial. Repitió la afrimación nuestro amigo Máximo Soto Hall, guatemalteco, en su *Sintesis del proceso revolucionario en Hispanoamérica hasta 1800*, publicada en la *Historia de la Nación Argentina*. Levene dirigió esta obra. Nosotros, como Secretarios académicos, colaboramos en su organización. Nos consta que Soto Hall tuvo que reducir grandemente su capítulo, lo mismo que otros autores, pues el número de páginas se hacía excesivo. En esa reducción hubo páginas dedicadas a los jesuitas. El embajador de México en la Argentina, Félix F. Pallavicini, en una conferencia en el Instituto Cultural Argentino-Mexicano, que presidíamos, se ocupó de los jesuitas en la independencia hispanoamericana. Salvador de Madariaga y otros autores también tocaron el tema.

Batllori comprobó que Miranda, en su primer viaje por Italia, sólo trató a dos jesuitas: Esteban de Arteaga, en Venecia, y Tomás Belón, en Roma. Ellos le dieron nombres de jesuitas expulsos que Miranda conservó en su archivo. Batllori anota unos trescientos veintisiete nombres. Entre ellos no aparecen Godoy ni Viscardo.

Miranda encontró, entre los papeles de Viscardo, una disertación sobre la población de la Nueva españa "escrita por Clavígero desde Italia a Viscardo, que entonces se hallaba en Londres". Batllori parece dudar de esta afirmación de Miranda en la revista de Edimburgo (tomo XIV, número XXVIII). Dice: "Naturalmente, si fuese verdad que Clavígero la había enviado a Viscardo desde Italia a Londres, habría motivo más que suficiente para suponerlo, al menos, filoseparatista. Pero Clavígero falleció en Boloña el 2 de abril de 1787 y, como el escrito es una respuesta precisa a tres preguntas, hemos de suponer que éstas se las formularía el mismo Viscardo desde la Liguria o la Toscana, no desde Inglaterra, adonde había ido en 1782, clandestinamente, y con nombre supuesto".

Es decir: Miranda no supo que Clavígero había muerto en 1787, y Viscardo se hallaba en Italia y no en Londres. Ni Clavígero era separatista, ni Miranda estuvo en lo cierto en su afirmación. Ello demuestra que no conocía bien la vida de Viscardo.

Miranda visitó a William Pitt el 9 de febrero de 1790. La entrevista la logró el gobernador inglés en la América del Norte, Pownall. Miranda propuso en seguida "a los jesuitas exilados expulsados de su patria". ¿Por qué habló de los jesuitas si ellos nada tenían que ver con él ni con la separación de España? O Miranda les atribuía ideas que no tenían o las tenían en verdad. Si no las tenían, comprobamos que Miranda forjaba el "mito" de los jesuitas. Si las tenían, como consta en algunos, Miranda los recordaba con toda razón, pues no eran tan "mitológicos". Miranda habló a Pitt de "unos pocos" jesuitas nativos de Chile y México que podían ser útiles en muchas cosas. Podía dar los nombres de trescientos jesuitas que estaban vivos en 1786, cuando visitó Italia.

Decepcionado por la lentitud británica, Miranda se fue a Francia. Allí forjó la llamada Convención de París, del 23 de diciembre de 1797, que difundió todo lo que pudo. Hasta el expresidente John Adams tenía una copia. Según este documento, que no pocos historiadores han creído auténtico, José del Pozo y Sucre y Manuel José de Salas, "comisarios de la Junta de diputados de las ciudades y provincias de la América Meridional, reunidos el 8 de octubre de mil setecientos noventa y siete, en la ciudad de Madrid, en España", para preparar, por medio de las medidas más eficaces, la independencia de las colonias hispanoamericanas, "delegan sus derechos en el general Miranda, presente en París, el 22 de diciembre, y en el exministro de España, el peruano don Pablo de Olavide, ausente, para que en Londres o en Filadelfia propongan y activen el plan en el mismo docimento expuesto". Secretario y escribiente del documento fue Duperou. Miranda, con su letra, escribió: "Conforme al original" (en francés).

John Adams, que recibió el documento, lo publicó y dijo que del Pozo y Salas eran jesuitas. Batllori ha demostrado que del Pozo era un capitan artilleron que llegó a coronel, y Salas, otro militar amigo de Miranda. Defoirneau ha demostrado que Olavide jamás se vio envuelto en este asunto, Duperou y Caro dijeron que todo fue fingido. Batllori hace notar que en el archivo de Miranda abundan los nombres supuestos, usados por Miranda y sus amigos. Hasta Viscardo se hizo llamar Rossi, y su hermano, Valesi. En cuanto a un personaje llamado Mariano Castilla, Batllori supone que era "español" y recuerda que ofreción sus servicios al reverendo Young el 6 de octubre de 1805 (*Public Record Office*, 30/8/341). A Castilla lo encontramos años después como espía o informante de Canning en lo que respecta al viaje de José de San Martín de Inglaterra al Río de la Plata. No era jesuita y nada induce a suponerlo. Hizo saber a Canning que San Martín y quienes lo acompañaron a Buenos Aires eran enviados por la política napoleónica que defendía la independencia de América. Sus informes fueron confirmados por el cónsul inglés en Buenos Aires, Roberto P. Staples. Mucho hemos escrito sobre estos hechos. Algunos autores afirman que Castilla era argentino al servicio de Inglaterra.

Viscardo no logró absolutamente nada de las tres herencias a las cuales tenía derecho. Muerto Carlos III, el 14 de diciembre de 1788, Viscardo se dirigió al nuevo rey Carlos IV. Batllori publica la representación de varios exjesuitas en que pedían permiso para volver a América. La de Viscardo está resumida así: "Florencia, 12 de febrero de 1789. El exjesuita don juan Pablo Viscardo dice que, si la clemencia del rey le concediera licencia para acompañar a una sobrina suya al Perú, emprendía a su costa la ejecución de dos proyectos muy útiles a la Monarquía y que está pronto a manifestar antes de salir de Italia".

Ni el padre Vargas Ugarte, ni el Padre Batllori, ni ningún otro historiador lograron aclarar en qué consistían esos dos proyectos. Fueron rechazados y Viscardo se quedó con ellos. Batllori insinúa que podían ser de carácter político por la referencia a "la monarquía". No queremos suponer que estaba pronto a revelar lo que él sabía que se maquinaba a favor de la independencia: primero porque habría sido un traidor a la causa en que estaba envuelto, y, segundo, porque no sabemos, realmente, cuán hondos eran sus planes o los que los historiadores imaginan que tenía. También podían ser, como lo fueron los de otras personas, referencias a ricas minas, etcétera. Otro pequeño o grande misterio. Lo evidente es que Viscardo, mientras aseguraba a las autoridades españolas su gran fidelidad, planeaba la independencia de América. La expulsión de los jesuitas había dispuesto que ninguno pudiese volver a América. La herencia de Viscardo le daba un plazo para tener derecho a ella si volvía al Perú. Viscardo perdió toda esperanza. ¿Fue en estos momentos cuando escribió su famosa carta?

Todos los autores que han tratado este punto no saben cuándo Viscardo escribió su carta. Nosotros no sabemos tampoco si la escribió. En una fecha que se ignora hizo un segundo viaje a Inglaterra. El 5 de marzo de 1792 no estaba en Italia. Lo exacto es que la carta estaba escrita antes del 12 de octubre de 1792. Batllori cree que Viscardo pudo escribirla en Italia donde era más fácil documentarse por medio de los otros jesuitas que allí vivían. Es una opinión. Otros estudiosos pueden pensar en otras posibilidades.

Batllori compara las ideas de la carta enviada al cónsul británico en Liorna, John Udny, desde Massacarrara, el 30 de septiembre de 1781, con la carta a los españoles americanos. La primera trataba de convencer al gobierno inglés de que restaurase en el Perú la dinastía de los Incas. La segunda insistía en los fundamentos histórico-doctrinales para la independencia de toda la América española. Las dos cartas parecen complementarse. En Florencia, en 1787, el gran duque Leopoldo reunió un conciliábulo de obispos que se adelantaron al Concilio Vaticano II, principalmente en el hecho de que se dijese la misa en idiomas locales y no en latín. España y Francia estaban aliadas contra Inglaterra. En 1792, fecha de la carta a los españoles americanos, Inglaterra y España se habían unido contra la revolución francesa. Era un poco ilógico que Viscardo propusiese a Inglaterra una acción traidora contra la aliada que más podía ayudarla en contra de la Francia revolucionaria. ¿Puede concebirse un tamaño

error político o diplomático? Qué más habría querido Francia que ver a la católica España desmembrada? Batllori, en sus profundas búsquedas, no halló una sola prueba del viaje de Viscardo a Inglaterra; pero Caro, un traidor a Miranda, dice que Viscardo se fue a Londres "solicitado" por el gobierno inglés, a pesar de estar aliado con España. O miente Caro o no hubo tal viaje, o el gobierno inglés dio otra prueba de su inveterado espíritu traicionero.

¿Qué pensar? En el Public Record Office no hay la más mínima pueba de que se pasara a Viscardo; ninguna pensión. En cambio, el ministro norteamericano Rofus King "insinúa", dice Batllori, que se le dio una pensión, y el traidor de Miranda, Pedro José Caro, lo mismo que el otro traidor, el francés Duperou, lo dan por cierto. Según Duperou recibía trescientas libras esterlinas. Nada hay, repetimos, que demuestre este hecho en los archivos ingleses. Los fondos pueden haber salido sin dejar rastros.

La revolución francesa, culminante en 1792, no influyó en los escritos conocidos de Viscardo. es algo extraño. Nótese que Miranda no fue tampoco partidario de esa revolución, a la cual sirvió y de la cual se desengañó. Mientras esta revolución hacía sentir sus efectos en mucha gente, sólo Miranda y Viscardo permanecen ajenos a sus influencias. El embajador español en Londres no tuvo de este jesuita conspirador la más insignificante noticia. Si escribió su carta famosa, no la publicó. Batllori piensa que Pitt no se lo permitió, si es que realmente le pasaba una pensión, para no malquistarse con España. Es una suposición que no se basa en ningún documento. Si esto fuera cierto, si Pitt no hubiera permitido a su imaginario mantenido la publicación de esa carta para no molestar sus relaciones con España, ¿por qué no apareción la carta después del 6 de octubre de 1796 en que España declaró la guerra a Gran Bretaña? Ya no había impedimentos. La carta habría servido de mucho a la política inglesa. Habría sido un arma contra España, le habría puesto en contra algunos pueblos o personas de la América hispana. No apareció. ¿Por qué? ¿No estaba escrita? ¿Nunca se atrevió Viscardo a darla a luz? ¿Qué motivo tenía? Sabido es que la carta sólo se publicó por mano de Miranda no bien hubo muerto Viscardo.

El eminente Batllori, frente a la contradicción entre la fidelidad a España, tantas veces proclamada por Viscardo, y sus planes separatistas, declara que Viscardo era un "paranoide", "el paranoide idealista que de perseguido pasa a perseguidor". Nosotros estamos convencidos que el problema es muy diferente.

IV

LOS PAPELES

Cuando Viscardo se sintió morir, entregó todos sus papeles al ministro norteamericano Rufus King, y no al ministro William Pitt que lo había mantenido. ¿Otro acto de ingratitud o semitraición? ¿Fue King quien mantuvo a Viscardo y no Pitt? ¿Qué tenía que hacer el ministro norteamericano en estas conspiraciones que, en ninguna parte, se han documentado? Lo que se repite, con el testimonio de Duperau, es que Viscardo dejó sus papeles a King y que éste los pasó a Miranda para que se los tradujese. De lo que no hay duda es que King recibió estos papeles y aún se encuentran en su archivo. Lo que se duda es si los papeles fueron dados a King por Viscardo o por Miranda. Duperou, si supo algo de Viscardo, fue por Miranda. No consta que le hablara Rufus King ni ninguna otra persona. El testimonio de Duperou, por tanto, no tiene un valor decisivo. Todo lo que dice Duperou respecto a Viscardo no es más que lo que le dijo Miranda.

Miranda y Duperou, eco de Miranda, coinciden en que Viscardo dejó sus papeles al ministro Rufus King. Caro, llegado a Londres en 1798, en su carta fechada en Hamburgo el 31 de mayo de 1800 (Batllori, páginas 294, 296) revela al ministro de Estado, Mariano Luis de Urquijo, que cuando se declaró la guerra entre España e Inglaterra (6 de octubre de 1795), se encontraba en París. Allí conoció a Antonio Nariño, que se hacían llamar Palacio, y luego se dirigió a Londres. Volvió a París y después se hizo amigo de Miranda. Este estaba proscripto. Le dio cartas para amigos de Londres y fue otra vez a esta ciudad. A los cuatro meses llegó Miranda. Dice exactamente Caro: "Miranda se presentó exhibiendo unos poderes, diciendo conferidos por dos agentes de la América arribados a París, tan bien fraguados y ribeteados que yo los tuve por todo verídicos, aunque no auténticos, pues ni nadie puede dar lo que en sí no tiene, ni los delegados pueden subdelegar semejantes misiones. El tiempo y las circunstancias me han dado a conocer el charlatanismo de los tales poderes, y si los ministros británicos los han comulgado, no es en todo buena fe". Sigue Caro: "Como quiera que sea, los poderes han dado a Miranda en Londres el tono de una especie de ministro diplomático que todavía no tiene nombre en el derecho, para que él se dé maña de suponerse el carácter, ayudándole mucho sus conexiones y la íntima amistad con los embajadores Mr. King, de los Estados Unidos de América, y del conde de Waransof, de Rusia ..." Es incuestionable que Miranda inventó esos poderes, como lo hizo con la carta de los Mantuanos y otros documentos. No sería extraño que hiciera lo mismo con la carta atribuida a Viscardo.

No se ha podido aclarar si los papeles que recibió el ministro norteamericano Rufus King se los dio Viscardo o Miranda. Empezamos por transcribir la opinión o interpretación

de su mayor biógrafo, el Padre Batllori. Dice éste en la página 36 de su obra: "Tanto Miranda como Duperou concuerdan en que el exjesuita dejó como heredero de sus papeles al ministro americano Rufus King. Caro, que en 1798 llegó a Londres algo más tarde que Miranda, confundiendo el orden exacto de los acontecimientos, dice que Viscardo legó a éste último "todos sus papeles, libros y dinero". El propio King no habla directamente de este punto inicial, pero parece muy puesto en razón lo que asegura Duperou, que, ignorando el ministro americano la lengua española, pasó a Miranda todos aquellos papeles para que se los tradujese o hiciese traducir al francés o al inglés, tanto más que en 1798 la amistad entre el diplomático y el general era tan íntima, que éste se hacía enviar la correspondencia a casa del ministro".

Es decir: el Padre Batllori reconoce que Rufus King recibió los papeles de Miranda. Dice que Caro confundió el orden de los acontecimientos y legó a "este último", es decir, a Miranda, "todos sus papeles, libros y dinero". King pidió a Miranda que se los hiciera traducir al francés o al inglés, etcétera. La amistad entre King y Miranda era muy estrecha.

Ahora es preciso aclarar quien tuvo razón y dijo la verdad: si Duperou, el cual afirma que los papeles de Viscardo fueron dejados por éste a King, o Caro, el cual sostiene que fue Miranda quien recibió, en legado, del propio Viscardo, todos sus papeles y dinero. Caro, en su denuncia o confesión al ministro de Estado Mariano Luis de Urquijo, desde Hamburgo, el 31 de mayo de 1800, le dice exactamente: "El impreso adjunto (sin duda la carta a los españoles americanos de Viscardo) es también pieza de consideración. Este jesuita residió en Londres algunos años, solicitado y bien pagado (a la moda de Inglaterra), estando no sólo en paz, sino en alianza con la España; y ni a mi me indicaron conocer a semejante hombre, ni a Miranda a su arribo. Tres semanas después de su muerte supimos de él, porque, habiendo estado Miranda por la primera vez a visitar al embajador de los Estados Unidos de América, éste le refirió que un jesuita, incumbido por el mismo gobierno inglés de planear la emancipación de la Hispanoamérica, disgustado ya de la conducta equívoca del gabinete sobre el particular, ya inclinado a la libertad absoluta del continente de norte a sur, ya declinando en deseos de conquista, etcétera, había buscado su amistad (del embajador) como por desahogo ... (tres puntos suspensivos) que acababa de morir dejándole todos sus papeles, libros y dinero, etcétera (Los etcétera son de Caro). Uno de los manuscritos es éste que Miranda hizo imprimir (no hay tal que fuese en Philadelphia), para hacerlo circular en Europa, a fin de preparar la opinión pública y lo está traduciendo al español para que una segunda edición ..."

Los tres puntos suspensivos cortan el hilo del relato. Empieza el otro párrafo, en forma trunca, así: "que acaba de morir dejándole todos sus papeles, libros y dinero, etcétera". El Padre Batllori interpreta que Caro que quiso decir que Viscardo dejó todos sus papeles, libros y dinero a Miranda, no a King. Es posible que así haya sido. Fue Miranda quien tuvo siempre especial interés en sostener que Viscardo había dejado sus papeles a King. Así lo escribió

en *The Edimburg Review*, tomo III, núm. XXVI, enero de 1809, art. II, páginas 277-311. Es elemental que no convenía, para no dejar dudas sobre la autenticidad de la carta, que esos papeles, entre los cuales se hallaba, habían sido dejados por Viscardo a King y no entregados por Miranda al ministro inglés. ¿Cómo se prueba la amistad de Viscardo con King? En cambio, es archiconocida la estrecha amistad entre Miranda y King.

Este nunca dijo que Viscardo le haya dejado sus papeles. En su carta a Pickering, secretario de Estado de Norte América, del 26 de febrero de 1798, le dice: "Me he encontrado aquí con varios antiguos jesuitas de la América del Sud y me he captado su confianza. Ellos tienen en mira la emancipación de aquellas regiones, y han permanecido por largos años en este país al servicio de Inglaterra y pagados por ella. He hablado con varios de entre ellos, y me han mostrado las memorias que tienen preparadas para presentar al gobierno inglés. Son documentos que arrojan mucha luz sobre la población, riqueza y renta de aquellas colonias, sobre el estado de opresión en que se encuentran, así como el carácter y demás condiciones de sus habitantes". (Batllori, *ob. cit.*, pág. 137).

Esta carta nos demuestra que "el mito" de que los jesuitas planeaban la independencia de América, como cree haber demostrado el Padre Batllori, no era tan mito; pero también nos crea algunas dudas. El hecho de que los jesuitas estuviesen pagados por el gobierno inglés no ha dejado la más mínima prueba. El Padre Batllori ha revisado a fondo los archivos británicos y no halló un sólo indicio. En cuanto al carácter de los documentos que "varios de entre ellos" mostraron, no entregaron, a King, "son documentos que arrojan mucha luz sobre la población, riqueza y renta de aquellas colonias", es decir, lo que tenía Viscardo y, sobre todo, lo que abundaba en el archivo de Miranda.

Además, otra observación. Miranda escribía el francés y usaba el oi en lugar del ai. Así, por ejemplo, decía *connoitre*, por *connaitre*. Es casualidad que Viscardo, en todos sus escritos en francés, use también el *oi* y no el *ai*. Viscardo y Miranda escribían el francés con la misma ortografía, cosa que no todos los que escribían en francés solían hacer.

Y algo más: Miranda escribía perfectamente el francés. Era su idioma diplomático. Viscardo sabía muy bien, por sus largos años de permanencia en Italia, la lengua italiana. Lo prueban los documentos de Viscardo escritos en este idioma. Y los hay escritos en francés, idioma que Viscardo no podía saber con tanta perfección. ¿Por qué escribía Viscardo, por ejemplo, la carta a los españoles americanos en francés, idioma que no dominaba, y no en español o en italiano que manejaba a la perfección? Nadie puede imaginar dónde Viscardo aprendió el francés.

La *Noticie historique sur le général Miranda* ..., atribuida a Louis Duperou, del año 1800 (Batllori, páginas 285-283) contiene datos que es preciso recordar.

Ante todo, este documento es un texto apógrafo, es decir, no tiene firma. Se encuentra en París (Archives Nationales, F 7.6318 B.) y lo publicó por primera vez A. O'Kelly de

Galway, en *Les géneraux de la révolution: F. de Miranda ...* (París, 1913, páginas 103-113). No se dice en ninguna parte que este informe, bien hecho en sus pormenores, sea de Duperou. ¿Cómo se sabe? Suposiciones. Habla de las ambiciones políticas de los ingleses, de la intervención de algunos jesuitas interesados en la independencia americana, señala la enemistad que existía entre Miranda y Lafayette, recuerda el viejo proyecto del ministro Alberoni, resucitado por Miranda, de unir el Atlántico con el Pacífico por el istmo de Nicaragua, no el de Panamá, y refiere cómo el ministro Pitt encargó a un tal Smith que viese a menudo a Miranda "para poder apreciar el justo grado de confianza que había que dar a los documentos que Miranda había presentado al ministro con tanta seguridad, y después de eso ver la determinación que se debía tomar sobre los planes presentados por él". En nota agrega que fue este mismo Smith quien remitió a Miranda, en 1789, ochocientas libras esterlinas de parte de Pitt "por las memorias, planes y pasos que había dado para Inglaterra y de las cuales se vio el recibo escrito y firmado por la mano de Miranda". Los planes de una "pretendida Junta" que se había realizado clandestinamente en Madrid "por parte de pretendidos diputados americanos, tres comisarios, cuyos nombres habían salido igualmente de la Minerva de Miranda", para ser enviados a él y al conde de Pilos (Olavide) a fin de rogarles que tomasen la parte más activa. Vistos los talentos trascendentes de Miranda "lo revestían con la calidad de comisario general cerca del gobierno inglés, le suplicaban rodearse, por la salud del país, de todas las personas que juzgase capaces y le hacían en consecuencia pasar un diploma del cual era el fabricante como de todo el resto". En nota, el documento añade, respecto a Olavide: "Este viejo vivía en un retiro religioso cerca de Orleans, donde jamás vio a Miranda".

Batllori se pregunta si Duperou miente a sabiendas para excusar su actuación como secretario en la Junta de Paris, cuyo acta aparece firmada el 22 de diciembre de 1797 por él mismo, por Miranda, José del Pozo y Sucre y Manuel José de Salas. La Junta no tenía ningún poder ni representación: algo imaginario.

Duperou agrega: "Sin hablar de los pretendidos derechos, correos que Miranda se hacía de tiempo en tiempo llegar desde el continente para apresurar la ejecución de algunas promesas que le habían sido hechas y sobre todo la determinación del gobierno, tal ha sido en sustancia lo histórico de una novela que había de tal modo sido favorecida en el Consejo del rey ..."

Al final, relata que Miranda se encontró en Londres al mismo tiempo que el exjesuita Viscardo "sin haberlo conocido vivo". Este exjesuita, a quien el gobierno inglés daba una pensión de trescientas libras esterlinas, murió en Londres, en el retiro más solitario, hacia fines de febrero de 1798 y de tal modo disgustado de la perfidia del gabinete inglés que, "no sabiendo a quien legar sus papeles, los legó a Mr. K. (ing), ministro de los Estados Unidos. Como este americano no sabía el español los remitió a Miranda para que los hiciese traducir, sea en francés o en inglés, y fue recorriendo estos papeles voluminosos, de los

cuales había emprendido una traducción al francés, que se convención de la parte que los ingleses habían tomado en las revueltas de los indios de Sonora, en el norte de México, y en Santa Fe de Bogotá".

Fue Angel Grisanti, en un *Homenaje a Viscardo*, quien atribuyó este escrito apógrafo a Duperou. Sus fundamentos, según el Padre Batllori, son sólidos; pero no definitivos. No sabemos quién fue el autor de este escrito con noticias tan diversas sobre Miranda. Duperou fue expulsado de Gran Bretaña a Francia, donde reveló los planes de Miranda; pero ¿fue realmente Duperou quien hizo las revelaciones contenidas en el documento que hemos glosado? Aunque lo fuesen, poco importan. No sabemos si Viscardo dio en efecto esos documentos a King o si fue Miranda quien dijo a Duperou que Viscardo era quien los había dado a King y no él mismo, como muy bien pudo ser. Lo cierto es que King no dice que se los diera Viscardo y sólo atestigua que los tuvo. Miranda deja constancia, en una carta a Pitt, que dio esos documentos a Duperou para que los copiase. Duperou, en cambio, escribe que tuvo noticia de los papeles de Viscardo porque recibió el encargo de traducirlos al francés o al inglés para Rufus King, que ignoraba el español. ¿Se los dio, esos documentos, King a Duperou, como dice éste, o Duperou los tuvo porque se los entregó Miranda para que los copiase, como dice el propio Miranda? Si se los dio Miranda a Duperou, no los recibió King de Viscardo. No olvidemos que King en ningún momento dice que esos documentos se los diera Viscardo. Entre esos papeles, "voluminosos", atestigua Duperou, había uno que proyectaba convertir en rey de América del Norte al duque de Kent.

Hasta Batllori reconoce que esto "cae absolutamente fuera del centro de interés del abate Viscardo". Había, por tanto, en los papeles que Miranda dio a Duperou papeles que no podían ser de Viscardo. Si le dio éstos, que no eran de Viscardo, nada impide que le haya dado otros, los que se supone, sin ningún fundamento, que Viscardo dio a King. Síntesis: no hay una prueba indiscutible de que Viscardo haya entregado su archivo a King. Este pudo recibirlo tanto de Viscardo como del propio Miranda y Miranda haberlo recibido de Viscardo o por otro modo a nosotros desconocido. El problema, hasta el instante en que Batllori publicó su extraordinaria obra, no podía pasar de estas condiciones.

V

LOS TESTIMONIOS DE DUPEROU Y CARO

Louis Duperou, en una noticia sobre Miranda, del año 1800 (no se conoce la fecha exacta) dice que Miranda afirmó haber sido envenenado por el gabinete de Madrid. No hay confirmación de este hecho, sin duda una verdad o imaginación de Miranda o una mentira de Duperou. Habla a continuación de la independencia de América, que los Estados Unidos fomentaban en esos momentos, y dice que muy pocos adherían a ella, "salvo Miranda, don J. Pablo de Viscardo y tres o cuatro más". Y agrega: "El primero, que tenía más de astucia y de lectura que talentos militares reales..." es objeto de una síntesis biográfica que no nos corresponde analizar por sus inexactitudes. Refiere que Miranda detestaba a Lafayette por haberlo espiado durante su permanencia en los Estados Unidos, a favor de España. Cuenta que el rico comerciante inglés Turnebul le dio dos mil libras esterlinas y le prometió mucho más si el gobierno inglés aceptaba en parte o enteramente los proyectos de Miranda. Estos consistían en separar la América del Sud de España y construir un canal en el istmo de Nicaragua, mucho más ventajoso que el de Panamá, y tener el comercio de todo el mundo. Atestigua que Miranda "para dar más peso a su novela, convirtió en diputado de su país a "un pobre imbécil de Cuba llamado D. Caro, establecido en México, que se encontraba en aquel entonces en París y que después de esta misión se creyó un hombre de importancia". Lo hizo partir a Londres, donde "la chose y prit asséz bien". Entonces Miranda fue a Londres en enero de 1798, donde se encontró con mister Smith, antiguo amigo de colegio y secretario íntimo del ministro Pitt. Miranda hizo creer que una Junta clandestina reunida en Madrid, formada por los pretendidos diputados americanos, tres comisarios cuyos nombres "également sortis de la Minerve de Miranda", se habían dirigido a Miranda y al conde de Pilos, Pablo de Olavide, que vivía en un retiro religioso cerca de Orleans, "ou il n'a jamais vu Miranda", para que tomaran una parte activa y revistieron a Miranda "de la qualité de comissaire général suprés du gouvernement anglais", y le dieron un diploma "dont i étoit le fabricateur comme de tout le reste".

Batllori se pregunta si Duperou miente, pues había sido secretario de esa Junta imaginaria de Paris. El acta del 22 de diciembre de 1797 fue firmada por Duperou, Miranda, José del Pozzo y Sucre y Manuel José de Salas. Miranda la presentó a Pitt, entre cuyos papeles aún se conserva. Otra copia llegó al presidente de los Estados Unidos, John Adams. En ella se hacía constar que Pozzo y Sucre y Salas "como comisarios y diputados de las villas y provincias de la América meridional, reunidos en Madrid el ocho de octubre de mil setecientos noventa y siete", para preparar la independencia de las colonias hispanoamericanas, delegaron sus derechos en Miranda, presente en París el 22 de diciembre de ese año, y

en el peruano don Pablo de Olavide, para que activasen ese plan en Londres o en Filadelfia. Pozzo y Salas no eran jesuitas, como sospechó Adams, sino viejos militares.

Duperou denuncia que Miranda se hacía llegar "prétendues dépeches, courriers ou courieres que Miranda se fassoit de temps en temps arriver du continent pour hater l'éxecution de quelques promesses qui lui avoit eté faites...".

Esta era la substancia histórica de una novela que había alcanzado un gran favor en el Consejo del rey. El plan de la constitución era el de una monarquía limitada tipo inglés. El poder ejecutivo se habría colocado en la cabeza de un descendiente de los Moctezuma o Ataliba, esperando el momento de instalar un príncipe inglés. Ahora, Duperou refiere que Miranda se encontró en Londres precisamente en el mismo tiempo que el ex jesuita don Juan Pablo de Viscardo sin haberlo conocido mientras vivía. Este ex jesuita recibía del gobierno trescientas libras de pensión y murió en el retiro más solitario hacia fin de febrero de 1798, tan disgustado de la perfidia del gabinete inglés que, no sabiendo a quien legar sus papeles, los entregó a Mr. King, ministro de los Estados Unidos. "Como este americano no sabía el español, los remitió a Miranda para que se los hiciese traducir en francés o en inglés". Duperou había recorrido esos papeles voluminosos para emprender una traducción francesa.

Por otra parte, otro amigo y traidor de Miranda, Pedro José Caro, descubrió a Mariano Luis de Urquijo, ministro de Estado español, las andanzas de Miranda en un breve escrito fechado en Hamburgo el 31 de mayo de 1800. Le dice que conoció en París a Miranda, que éste le dio cartas de recomendación para señores de Londres y que cuatro meses después llegó a esa ciudad. "Miranda se presentó exhibiendo unos poderes, diciendo conferidos por dos agentes de la América arribados a París, tan bien fraguados y ribeteados que yo los tuve por todo verídicos, aunque no auténticos, pues ni nadie puede dar lo que en si no tiene, ni los delegados pueden subdelegar semejantes misiones. El tiempo y las circunstancias me han dado a conocer el charlatanismo de los tales poderes, y si los ministros británicos los han comulgado, no es en toda buena fe".

Estos poderes habían dado a Miranda "el tono de una especie de ministro diplomático, que todavía no tiene nombre en el derecho, pero que él se da maña de suponerse el carácter, apoyándolo mucho sus conexiones y la íntima amistad con los embajadores Mr. King de los Estados Unidos de América, y del conde de Waransof, de Rusia...".

Habla luego de la carta de Viscardo a los españoles americanos. Dice: "El impreso adjunto es también pieza de consideración. Este jesuita residió en Londres algunos años, solicitado y bien pagado (a la moda de Inglaterra), estando no sólo en paz, sino en alianza con la España; y ni a mi me indicaron conocer a semejante hombre, ni a Miranda a su arribo. Tres semanas después de su muerte supimos de él, porque, habiendo estado Miranda por la primera vez a visitar el embajador de los Estados Unidos de América, éste le refirió que un

jesuita, incumbido por el mismo gobierno inglés de planear la emancipación de la Hispanoamérica, disgustado de la conducta equívoca del gabinete sobre el particular, ya inclinado en deseos de conquista, etcétera, había buscado su amistad (del embajador) como por desahogo... (puntos suspensivos) que acababa de morir dejandole todos sus papeles, libros y dinero, etcétera. Uno de los manuscritos es éste que Miranda hizo imprimir (no hay tal que fuese en Filadelfia) para hacerlo circular en Europa, a fin de preparar la opinión pública, y lo está traduciendo en español para una segunda edición".

Duperou y caro, enemigos entre sí, coinciden en la revelación de que las reuniones de Madrid y París, en que Miranda se hizo reconocer como representante de los delegados de la América española para luchar por su independencia, fueron inventadas por Miranda con la complicidad de sus dos amigos. Estos, arrepentidos, no sabemos por qué razón, descubrieron la verdad, se burlaron de esa Junta, que llamaron un roman, una novela, y mostraron el procedimiento de Miranda para hacerse reconocer como representante de los americanos que luchaban por su independencia y que entonces no existían.

En cuanto a los papeles de Viscardo, ambos testigos coinciden en que el ex jesuita los entregó al ministro King, de los Estados Unidos, y que éste los pasó a Miranda para que los hiciera traducir al francés o al inglés. Ahora bien: ¿Cómo supieron estos hombres estos pormenores?. Caro dice que Miranda fue a visitar al ministro y éste le refirió, etcétera. Caro trabajaba con Miranda, pero no visitó al ministro King. Miranda dijo a Caro lo que le había dicho. ¿Le dijo la verdad?. Duperou confiesa lo mismo, con algunos datos sobre la pensión que recibía Viscardo del gobierno inglés. Son las palabras que Miranda dijo a Caro. Sin duda las dijo también a Duperou. Es decir: ni Duperou ni Caro oyeron la conversación de King con Miranda. Tampoco estuvieron presentes en la entrega de los documentos por parte de King a Miranda. Por otra parte; ¿Cómo sabía Duperou que Viscardo recibía del gobierno inglés una pensión tan abultada?. Ningún investigador ha encontrado una prueba. No lo propaló el gobierno inglés ni Miranda podía saberlo ni nadie sabe si eso es verdad.

Por último: es extraño que habiendo vivido a un mismo tiempo en Londres Viscardo y Miranda no se hayan encontrado una sola vez. La ciudad era grande, pero los conspiradores se conocían y tenían amigos comunes. Muy bien pudieron encontrarse u oir hablar uno del otro. Tomás de la Torre confió al rey de España, desde París, el 8 de agosto de 1801, que había sido solicitado para traducir del francés la carta de Viscardo. Sorprende que un escrito tan pequeño no haya sido traducido por Miranda y haya sido necesario buscar un traductor. ¿Quién lo buscó?. Nada dice Tomás de la Torre.

Surge la pregunta: ¿Viscardo entregó esos papeles a King o a Miranda?. ¿No habrá inventado Miranda la especie de que los entregó a King y éste se los pasó a él para dar autenticidad a la carta que el mismo Miranda escribió y atribuyó a Viscardo?. Si King pasó

todos esos papeles a Miranda, éste no los tradujo y se los devolvió otra vez, todos juntos, a King. Por ello se encuentran en su archivo o biblioteca, donde han permanecido, hasta hoy, sin que nadie los tocase.

¿No quedó con algunos Miranda? En su monumental archivo hay muchas relaciones geográficas referentes a América que pueden compararse con las que se hallan entre los papeles de Viscardo. ¿Los dos personajes -Viscardo y Miranda- tenían los mismos gustos, las mismas ideas, las mismas fuentes de información?

El pensamiento de ambos hombres es el mismo. Una extraña coincidencia que no se repite con ninguno de los otros cientos de jesuitas expulsos. Debemos reconocer que hay uno solo -Viscardo- que piensa y escribe como Miranda. Nunca se conocieron. Además: ¿Quién era el M. que enviaba datos, noticias, a Viscardo?

Miranda era un propagandista tremendo de sus planes e ideas. El nombre de Viscardo no se halla en la lista de los jesuitas que le entregó uno de ellos.

¿Quién le facilitó el nombre de Viscardo para agregarlo a esa lista? Seguimos en la obscuridad.

VI

DIVAGACIONES

La obra del eminente jesuita Miguel Batllori se publicó en 1953. Diez años más tarde, en 1963, otro investigador, Gustavo Vergara Arias, publicó en Lima un valioso estudio, de ciento ochenta páginas, sobre *Juan Pablo Viscardo y Guzmán. Primer precursor ideológico de la emancipación hispanoamericana*. La obra de Vergara Arias no alteró los hechos conocidos. Amplió la visión histórica. Hizo notar cómo América se ansiaba una libertad y una igualdad de todos los hombres: ideal que venía de lejos y podría remontarse a los teólogos españoles del siglo XVI y al Concilio de Trento en que la Libertad fue proclamada un dogma. El siglo XVIII fue en América, y también en Europa, el siglo de la búsqueda de la Libertad. El neogranadino Antonio Nariño, en 1793, se atrevió a escribir sobre *La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*. La expulsión de los jesuitas y la consiguiente supresión de la Orden por el breve *Dominus ac Redemptor* fue un duro golpe para ellos y para la libertad. No olvidemos que defendían el regicidio y el tiranicidio. Los cinco mil jesuitas que existían en América fueron llevados a Italia, España y otros paises europeos. En Italia, en 1786, según Viscardo, había unos tres mil jesuitas. No hay pruebas de que los jesuitas hayan sido los primeros en despertar ideales de independencia política. Batllori niega rotundamente que fomentaran planes separatistas. No obstante se les encuentra complicados en muchos proyectos. Bernardo del Campo, ministro español en Londres, escribió al conde de Floridablanca, en 1784, que Luis Vidal o Vidalle, emisario de los comuneros de Nueva Granada, estaba en Londres, de acuerdo con ex jesuitas, "impulsados únicamente por los provechos que pudieran sacarse".

Vergara Arias recuerda que en 1785 y 1786, Miranda buscó la colaboración de los jesuitas para sus planes emancipadores. En Venecia, el 19 de noviembre de 1785, el abate español Esteban Arteaga le dió una lista de los jesuitas americanos que se hallaban en Bolonia. En Roma trató de conocer otros nombres de jesuitas. El ex jesuita Tomás Belón le ofreció una lista de los jesuitas expulsados que residían en Italia. Miranda conoció a Belón en Mantua, el 27 de enero de 1786. Esas listas las presentó al gobierno inglés el ex gobernador J. Pownall.

Además, Miranda le transmitió informes sobre los hechos de Tupac Amaru en el Perú y de los comuneros de Nueva Granada. Son informes que coinciden con los que tenía Viscardo. Este y Miranda, ¿recibían estos informes de terceras personas o Miranda se los hacía llegar a Viscardo?. El "amigo" al cual alude Viscardo ¿quien era?. En el proyecto que Miranda presentó al gobierno inglés el 5 de mayo de 1790 habla de la colaboración que podían dar los jesuitas. Lo mismo escribió a William Pitt el 25 de enero de 1791. En 1782 se encontró

con el ex jesuita Guillermo Thomas Raynal. Pitt buscó la amistad o colaboración de ex jesuitas. El 26 de febrero de 1798, Rufus King, ministro de los Estados Unidos en Londres, escribió que había logrado la confianza de algunos ex jesuitas hispanoamericanos que tenían en miras la "emancipación de aquellas regiones" y estaban al servicio de Inglaterra "pagados por ella". Todos tenían memorias que iban a presentar al gobierno inglés. Eran descripciones y estadísticas de las tierras americanas. Miranda, en la cárcel, en Francia, el 5 de marzo de 1801, confesó que preparaba la independencia de las colonias españolas "con la ayuda de los ex jesuitas del Perú y tres agentes de las colonias hispanoamericanas que estaban en Londres". ¿Serían José del Pozzo y Sucre, peruano, y Manuel José de Salas, chileno?. ¿Y el tercero?. ¿Pablo de Olavide?. Este nunca se enteró de esta atribución.

Entre los papeles de Viscardo se halló una *Vista política de la América española de don Francisco Javier Clavígero*, autor de una magnífica *Historia antigua de México*. ¿Se la envió Clavígero o Miranda?.

En su carta a John Udny, del 30 de septiembre de 1781, Viscardo se ofreció como intérprete, pues conocía la lengua peruana y la francesa. Su viaje habría servido de ejemplo para "muchos de estos jesuitas americanos si viesen que yo hallaba protección y buena acogida entre los ingleses". Lo que quería era hallar los medios para trasladarse a América y conseguir la herencia que le correspondía. También dijo a Udny que estaba dispuesto a intervenir en cualquier empresa destinada a "promover una resolución en Sud América". Proponía grandes planes para extender la revolución a Panamá. La pérdida del Perú habría sido "infalible". Quería exponer su plan de operaciones "ante los ministros de Su Majestad" (inglesa). Su hermano podía dirigirse a Lima para "preparar los ánimos de la gente". Horacio Mann, representante inglés en Florencia, envió a los hermanos Viscardo a Inglaterra y les pagó el viaje. Las autoridades inglesas los escucharon y nada hicieron. La paz firmada entre España y Francia el 3 de septiembre de 1783 alejó aún más la posible ayuda inglesa. Los Viscardo pidieron medios para ir a Lima, pero el gobierno inglés, para no malquistarse con España, nada respondió. A comienzos de 1784 volvieron a Masacarrara. En 1795, Viscardo insistió de nuevo en su proyecto.

Hemos hecho notar que la carta a Udny, del 23 de septiembre de 1781 contiene un misterio que no ha sido resuelto. Es el que se refiere a "la lettera di E..." y al señor "M..." que recomienda el mayor secreto en este momento. No se ha logrado saber quiénes eran E. y M. Lo real es que este M. hacía llegar a Viscardo noticias de Túpac Amaru, ya muerto, y le daba muchos informes. En un momento le dice: "Después de la dicha carta me han llegado otras que nos avisan que Tupac Amaru tenía a su devoción todo el Perú, comprendido Quito y parte de Tucumán...". Todas las cartas suponen contestamente la rapidez de sus

conquistas.... Se trata de noticias que recibía el ignorado M. y que éste transmitía a Viscardo. A su vez, Viscardo las hacía llegar a Udny.

El 30 de septiembre de 1781, Viscardo volvió a escribir a Udny. Le habla del odio que existía entre los indios y los españoles. Por ello se ofrecía como intérprete a Inglaterra si resolvía ayudar en América la revolución de Tupac Amaru. Confiesa que sabía el francés "mediocremente". ¿Por qué, entonces, escribió en francés y no en español la carta a los españoles americanos?.

Es indudable que Viscardo recibía buenos informes de corresponsales que no menciona. El 14 de octubre de 1781, desde Florencia, Udny envió a Hillsborough la carta de Viscardo del 23 de septiembre de ese año y otras noticias que la había añadido el ex jesuita. En un párrafo le dice Viscardo: "Ecco, caro amigo, tutte le notizie che mi sono parvenute da buoni canali...". Es decir: tenía "buenos canales" que le habían llegar abundantes noticias. Y también gente: "Io ho discorso con una persona prattica di questi paesi, la quale mi ha assicurato che se l'Ilghilterra cola sua solita previdenza mandasse n'el Mare del Sud, detto Mare Pacífico, sei o cinque vascelli di forza, capaci di disfare le poche forse que presentamente vi ha la Spagna, e di piu quatrocento soli uomini di trupe scelte, con doppi uffiziali..." lograrían innumerables ventajas, etcétera.

Ahora bien: ¿Quien era esa persona práctica de aquellos paises que le había explicado cómo Inglaterra, con unas pocas fuerzas, conseguiría grandes ventajas en América?. La única persona que tenía estos planes, conocía América y confiaba en la ayuda inglesa era Miranda. No hay otra que haya estado en contacto con las autoridades inglesas, les haya propuesto una acción en América y haya podido comunicarse con Viscardo.

El ex jesuita tenía amigos secretos, cuyos nombres oculta, que lo informaban de lo que sucedía en América. ¿Quién movía estos hilos revolucionarios y se encargaba de buscar jesuitas para que lo ayudasen en sus planes?. En este tiempo, Miranda estaba en América y Viscardo en Italia. Si existió una comunicación entre ellos debió ser por correo. Cuando Miranda llegó a Europa y anduvo por Italia, anotó en una lista de jesuitas el nombre de Viscardo, su nacimiento en Arequipa y su pseudónimo de Rossi. ¿Cómo supo Miranda estos detalles que eran secretos?. Nos lo hemos preguntado otras veces y nunca supimos contestarlo.

Vergara Arias (página 62) analiza la posibilidad de que Viscardo y Miranda se conocieran y consideraran la manera de dar la libertad a la América hispana. Las noticias, casi idénticas, que se hallan en los papeles indiscutidos de Miranda y en los atribuidos a Viscardo, han hecho que tanto Vergara Arias como otros estudiosos eminentes hayan supuesto que Miranda y Viscardo se conocieran en Italia y mantuvieran una correspondencia. Quienes así pensaron fueron, entre otros, los ilustres historiadores Ricardo Becerra, Manuel Giménez Fernández, José Nucete Sardi, José Antonio Borja, Patricio Peñalver Simón, etcétera. Vergara

Arias declara que "nosotros consideramos que Miranda no llegó a conocer personalmente a Viscardo y Guzmán", pero está seguro que Miranda conocía la existencia de Viscardo. Miranda en Londres, en 1785, cuando pidió al gobierno inglés la misma ayuda que había pedido Viscardo, pudo saber que éste había andado por las calles de Londres un año antes. Pudo saberlo, pero nosotros no sabemos si lo supo. En sus viajes por Italia, Miranda pudo oír hablar de Viscardo, como en efecto algo intuyó cuando anotó su nombre y su pseudónimo, que nadie podía conocer. También pudo oir hablar de Viscardo a los diplomáticos ingleses y a muchos jesuitas. Todo pudo ser, pero no han quedado rastros.

Otra aclaración. Miranda, cuando anotó el nombre de Viscardo al final de una lista de jesuitas, escribió, exactamente: "D. Juan Pablo Viscardo y Guzmán conocido bajo el nombre de Rossi natural de Arequipa en el Perú". El mismo nombre repitió en la introducción a la *Carta a los españoles americanos*. Viscardo solía suprimir su segundo apellido Guzmán. ¿Cómo lo conoció Miranda?. Nos hemos extrañado que supiese el nombre de Rossi que había adoptado para su viaje a Londres. Ahora nos sorprendemos del de Guzmán. Son pormenores que revelan una intimidad muy superior a la de un conocimiento tan superficial como se puede tener con una persona que nunca se ha tratado en vida.

Viscardo no nos hizo saber sus ideas respecto a la forma de gobierno que debía adoptarse en América. Habló de los incas, pero no afirmó que el Nuevo Mundo pudiese tener una forma de gobierno incaica. Miranda, antes que Viscardo, admiraba el gobierno de los incas. Alguien piensa que pudo inspirarlo el poema en prosa *Los Incas*, de Juan Francisco Marmontel, publicado en 1778, y la *Historia filosófica y política del establecimiento y del comercio de los europeos en las dos Indias*, del abate Guillermo Thomas Raynal, publicada en Amsterdam en 1770 y en Génova en 1780. Nadie sabe si Miranda leyó los conocidos *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega. Hasta el 1797 no consta que Miranda haya imaginado un proyecto de gobierno incaico. Lo expuso a Pitt en 1798. Iba a tener una Cámara de los Comunes, otra de nobles "y un Inca o soberano hereditario".

Este elegía los jueces vitalicios. La Cámara alta estaría formada por caciques vitalicios y los nombrados por el Poder Ejecutivo, y la de los Comunes, por ciudadanos elegidos cada cinco años. La idea del Inca era común en Miranda y en Viscardo. ¿Quién inspiró a quien?.

Miranda y Viscardo comenzaron a exponer sus ideas independencistas en 1781. El 30 de septiembre de 1781, Viscardo pidió al cónsul John Udny que su gobierno ayudase la rebelión de Tupac Amaru. Sus ideas son vagas en lo que se refiere a la independencia. Habla del odio de los indios a los españoles y del posible éxito de los ingleses en una imaginaria invasión del Río de la Plata.

Se ha querido ver en esta carta un esbozo de la dirigida a los españoles americanos de 1798. No vemos tal cosa. Por el contrario: se trata de dos exposiciones que no tienen

ninguna relación entre sí. Se sabe que pudo ser del 1791 por una referencia al próximo centenario del descubrimiento de América. La carta, como es notorio, se imprimió en Londres, en 1801. En la *Advertencia del Editor*, supuestamente fechada en Filadelfia, el 10 de junio de 1799, Miranda dice: "Este precioso legado d'un Americano Español a sus compatriotas, sobre el objeto más grande y mas importante que se puede ofrecer a su consideración, está impreso conforme al manuscrito de la mano del autor mismo...".

Miranda, según estas líneas, imprimió "el manuscrito de la mano del autor mismo". Este manuscrito existe en la Biblioteca de la Sociedad Histórica de Nueva York. Es de puño y letra de Viscardo y sin duda es el que utilizó Miranda.

Con esta comprobación quedarían terminadas todas las dudas. Viscardo sería el autor y Miranda el editor y divulgador. Pero las dudas no desaparecen.

No olvidemos los procedimientos que empleaba Miranda para hacer pasar por ajenos escritos suyos: la carta atribuída a los Mantuanos, las actas y demás documentos de las Juntas de Madrid y hasta un ensayo de James Mill publicado en 1809 en la Edinburg Review que reprodujo, un año después, José María Antepara. Carlos A. Villanueva, en su *Historia y diplomacia. Napoleón y la Independencia de América* (París, 1911, pág. 106, citado por Vargas Arias) sostiene que el autor de la relación de Antepara fue el propio Miranda y que el guayaquileño Antepara sólo prestó su nombre para la publicación de la obra. Esta se titula: *South American Emancipation. Documents Historical and exploratory shoing the desing have been in progress and the exertions made by General Miranda* (Londres, 1810, Imp. by R. Huiqué). Miranda era muy hábil en escribir documentos que aparecían firmados por otras personas y él se encargaba de difundir.

En lo que respecta a la carta de Viscardo es sospechosa su insistencia en asegurar a sus amigos que la carta de Viscardo era "auténtica". ¿Por qué ese empeño?. Si un documento es auténtico no es necesario repetir que lo es. Generalmente esta insistencia se emplea cuando hay dudas que un documento sea falso.

El 14 de octubre, en su carta al general Hamilton, le dice: "Usted puede estar seguro de su autenticidad, pues los originales están en mi poder". En su otra carta a Caro, del 5 de julio de 1799, le escribe: "Cuya autenticidad es indudable". El mismo día, en una carta a Picton, le repite: "Yo le garantizo a usted la autenticidad". Sabido es que, según Caro, la carta no se imprimió en Filadelfia, sino en Londres. ¿Por qué esta pequeña superchería?. Vergara Arias supone que la carta se publicó con "el apoyo económico de sus amigos, especialmente de Mr. Rufus King". No hay una sola prueba. ¿Qué pensar frente a tantas inseguridades?

La historia enseña que un hombre como Miranda buscaba adeptos a sus ideas en todas partes, hacia una propaganda continua, seguía a los jesuitas para atraerlos a sus planes y quería presentarlos como hombres que tenían sus mismas ideas separatistas. Al mismo tiempo

nunca conoció a un jesuita como Juan Pablo Viscardo y sólo supo de él lo que anotó al final de una larga lista de jesuitas expulsos: su nombre y su pseudónimo. Pues bien: fue este jesuita tan oculto quien tuvo más papeles referentes a una posible independencia de América que ningún otro de sus hermanos. Estos papeles, por otra parte, se asemejan a los que abundaban en poder de Miranda y podían utilizarse para los mismos fines separatistas. Por último, los papeles de Viscardo terminaron en manos del ministro Rufus King quien pidió a Miranda que los tradujese al francés o inglés.

Todavía no sabemos si fue realmente Viscardo quien dio estos papeles a King o fue Miranda. King terminó por donarlos a una sociedad histórica y Miranda publicó una carta que Viscardo escribió a sus compatriotas españoles americanos y, mientras vivió, nunca quiso imprimir. La historia ignora si Miranda y Viscardo se vieron y hablaron alguna vez. Anotaciones misteriosas de Viscardo dicen que tenía un "amigo" que le daba informes secretos y se llamaba M.

VII

EL HALLAZGO

La figura de Viscardo ha pasado a la historia unida a la de Miranda. Ambos personajes se han fundido en uno solo. Ante la Historia, Miranda aparece como el mayor admirador de Viscardo. Conoce su carta, que le permite leer el ministro norteamericano Rufus King, y la difunde primero en Londres, en 1801, con un falso pie de imprenta, y luego en 1806, en su fracasada expedición a las costas de Venezuela. La publica en español y en francés.

La mayoría de los historiadores se han acostumbrado a llamar a Viscardo "El Precursor de la Independencia Hispanoamericana". Es del año 1781: el mismo año en que Miranda emprendía sus actividades separatistas. Uno y otro fueron posteriores a la independencia de los Estados Unidos y anteriores a la Revolución francesa. Las ideas de Viscardo y de Miranda coinciden de un modo impresionante. No puede suponerse que Miranda fue influído por Viscardo, pues cuando Rufus King dio a Miranda los papeles de Viscardo, Miranda estaba cansado de luchar por la independencia de América en todo género de ambientes. Viscardo vivía solo, aislado, lleno de misterios y ocultaciones. No hacía la más insignificante propaganda. Miranda era todo lo opuesto: la difusión de sus ideas era abierta, amplísima, llenaba su correspondencia y sus conversaciones. No puede concebirse una influencia de Viscardo sobre Miranda ni sobre nadie. En cambio puede imaginarse una, silenciosa, disimulada, oculta, de Miranda sobre Viscardo. Ambos personajes coinciden en un mundo de pensamientos. Muy difícil es saber si un escrito es de Miranda o de Viscardo. Sus archivos parecen uno solo. Miranda tenía un inmenso interés en hacer creer que los jesuitas lo acompañaban en sus ideas. Los buscó y no los encontró. Sólo una excepción: Viscardo, que le dió el documento más extraordinario que pudo concebir. Y Miranda lo difundió.

La obra insigne del gran Batllori fue una luz poderosa en el campo de los estudios viscardianos y mirandianos. Otros historiadores glosaron su libro y poco agregaron a sus conclusiones. Nosotros lanzamos la teoría de que Miranda pudo ser el autor del famoso escrito de Viscardo: su carta a los españoles americanos. Ningún historiador atacó nuestra tésis: tal vez por el corto número de aficionados a estos estudios. El problema que planteamos nosotros quedó en el aire y parecía olvidado, hasta que un día, un eminente profesor norteamericano, especialista en historia hispanoamericana, el doctor Merle E. Simmons, profesor en la Universidad de Indiana y otras de Estados Unidos, publicó un libro que causó sensación.

Su título es: *Los escritos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, precursor de la independencia Hispanoamericana* (Universidad Católica Andrés Bello. Instituto de Investigaciones Históricas. Caracas. Venezuela, 29 de noviembre de 1983, 388 páginas). Es una obra

muy bien presentada y escrita, con estilo claro y elegante. Su autor maneja el idioma con fluidez y está admirablemente informado. Nada de cuanto se conoce sobre el tema le es extraño. Es justo con sus antecesores y hasta tiene palabras cordiales con un artículo nuestro publicado en 1957 en la revista del Centro de Estudios Militares del Perú. Nos hace el honor de citarnos unas quince veces, casi siempre para refutar nuestras opiniones. Ha tenido razón, pues nosotros aventuramos afirmaciones demasiado rotundas sobre la posible intervención de Miranda en la redacción de la *Carta* Inmortal de Viscardo. La supusimos -y seguimos suponiéndola- muy posiblemente escrita por Miranda y copiada por Viscardo, que nunca se atrevió a divulgarla ni hacerla conocer a las autoridades inglesas, a las cuales tantos pedidos les hizo. Nuestra posición es audaz y, si no ha encontrado defensores, tampoco ha hallado opositores, sin duda por no interesar el tema.

El mérito, indudablemente extraordinario, de Simmons está en su descubrimiento, simplemente inesperado y deslumbrante, de unas cuatrocientas hojas escritas por Viscardo que Rufus King donó a la Biblioteca de la Sociedad Histórica de Nueva York. Se encuentran en la caja 81 de la Colección Rufus King, en la ciudad de Nueva York. El valor de este hallazgo es cada día más importante y no nos explicamos cómo no tuvo mayor resonancia en los estudios americanistas. Debemos elogiar, también, una oportuna y justa *Nota preliminar* del sabio historiador Pedro Grases. La Academia Nacional de la Historia, de Venezuela, dedicó a este libro un justo comentario bibliográfico firmado por R. J. Lovera De-Sola en que recuerda que Miranda es anterior a Viscardo en la idea de independizar a América (*Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, enero-marzo de 1985, tomo LXVIII, número 269, páginas 252-253). La obra del profesor Simmons merece muchos y mayores elogios.

Es atrayente la lectura de los capítulos en que Simmons reconstruye la vida de los hermanos Viscardo y expone las ideas que, en 1781, tenían sobre la posibilidad de lograr la independencia de América. En primer término proponían ayudar a Tupac Amaru. Luego, esfuerzos para pasar al Perú y luchar por la herencia que estaba a punto de perderse. Y, por último, el silencio. Tuvieron que pasar diez años para que en 1790, el 18 de septiembre, Viscardo escribiera en *Liorna et su Projet pour rendre l'Amerique Espagnole indépendante*. Lo presentó en Londres el 15 de marzo de 1791. Esto prueba que Viscardo hizo un viaje ignorado por sus biógrafos mucho antes de 1795 o 1797, como se suponía, sino en 1790 0 1791. es una comprobación o descubrimiento de Simmons. El documento, de unas ocho páginas, escrito en francés para ser leído por los diplomáticos ingleses, es un plan de invasión de América que no nos explicamos cómo pudo concebirlo un hombre como Viscardo que era un abate no muy leído y nada sabía de movimientos militares para invadir y dominar el Nuevo Mundo. No está firmado por Viscardo. En los días de su presentación, Miranda estaba en Londres y visitaba a los diplomáticos ingleses. Simmons piensa que los diplomáticos

británicos eran tan sutiles y hábiles que trataban al mismo tiempo a Viscardo y a Miranda sin que los dos se dieran cuenta de sus encuentros. Ni uno ni otro pudo haber sospechado la existencia del otro en un ministerio donde la gente no se movía como hoy, sino a pie o en coche y todo se sabía y comentaba. Viscardo y Miranda habrían vivido en Londres sin sospechar uno la existencia del otro. Todo esto puede creerlo quien quiera. Nosotros, con el mismo derecho, pensamos que también puede admitirse la posibilidad de que Viscardo y Miranda se hayan tratado muy secretamente o a plena luz y que Miranda haya dado a Viscardo documentos para que los presentase en el ministerio y convenciese a los diplomáticos ingleses. Así como se piensa una cosa puede pensarse otra. Lo indudable es que este *Proyecto* no sabemos si realmente llegó a manos de los funcionarios. Lo que sabemos es que nadie lo encontró en el ministerio británico. Todas sus ideas son las que hallamos en los escritos de Miranda.

A los diez meses de haber presentado el *Proyecto*, el 24 de enero de 1792, Viscardo presentó otro: *Suite du précédent projet* y un *Essai historique des troubles de l'Amerique Méridionale dans l'an 1790.* Son más extensos que el anterior y revelan la mano de Miranda o un conocedor de la política hispanoamericana que nunca supusimos en Viscardo. La *Suite* es continuación del *Proyecto*. El autor es un conocedor profundo de la ciencia militar, de la economía americana, de la navegación en el Cabo de Hornos y de una acción "por la fuerza militar más grande que se hubiera visto jamás en aquella parte del mundo". Viscardo se nos revela, no como un jesuita más o menos teólogo, sino como un estratega digno del futuro Napoleón o del gran Miranda. Los elogios que hace el autor de este escrito de la provincia de Caracas no son propios de un peruano de Arequipa....

El ensayo histórico sobre las inquietudes de la América Meridional en el año 1780 sorprende por la amplitud y riqueza que tiene su autor de todo lo referente a América en su geografía, en sus producciones y en sus fuerzas militares. Es un estudio hecho por un verdadero técnico en estas materias. No creemos que Viscardo haya podido componer una pieza semejante. Es un general que habla de miles de hombres y de complicadas operaciones militares. Domina la historia de las guerras, de los problemas políticos y de un mundo de temas que únicamente un hombre de armas, y de mucho talento, podía exponer.,

Lo mismo ocurre con el Ensayo histórico de las inquietudes de la América Meridional en el año 1780. No ignora nada de lo que ocurrió en América en ese año lleno de sublevaciones y agudos problemas sociales y políticos. En un momento recuerda que en 1782 hizo llegar a Inglaterra, por medio del caballero Horacio Mann, ministro plenipotenciario de Su Majestad en Florencia, una serie de documentos cuyas copias no había conservado. A su regreso a Italia no pudo continuar sus investigaciones. El ministro José Galvez era, a su juicio, el culpable de los malestares indígenas. El conocimiento de la política española no podía ser más amplio. La historia de Tupac Amaru era perfecta. Lo mismo ocurría con las

otras insurrecciones. En un momento declara qué recibió una carta de América estando en Génova, en 1784, de regreso de Inglaterra. Confiaba en que la Revolución francesa impondría la libertad en América y podría proclamar su independencia. Inglaterra no debía perder esa oportunidad. Parecen palabras de Miranda.... Era un instante decisivo.

Otro escrito descubierto por el profesor Simmons y atribuído a Viscardo es el titulado *Esquisse Politique sur l'état actual de l'Amerique Espagnole, et sur le moyens d'addresse pour faciliter son Independence*. Al final está fechado en Londres, en junio de 1792. El anterior tenía la fecha de 24 de enero del mismo año. Viscardo, indudablemente, desarrollaba una gran actividad. No olvidemos que Miranda vivía, sin saberlo, al lado de Viscardo y que ambos, según el profesor Simmons, se cruzaban en los pasillos del Ministerio sin conocerse. Viscardo, en este largo escrito, vuelve a proponer la independencia del Nuevo Mundo. Sus argumentos son los de Miranda en otros papeles suyos. Vuelve a desplegar un conocimiento admirable de la población, de la geografía y de los recursos que tenía América. La diócesis de México contaba con más habitantes que el Gran Ducado de Toscana. En 1761, en Boston, la primera ciudad de Norte América, vivían veinte mil habitantes; en Filadelfia, trece mil, y en Nueva York, doce mil. México, en 1777, reunía doscientos mil habitantes, un tercio de los que vivían en París. La América española tenía entre catorce y quince millones de habitantes. La expulsión de los jesuitas había producido grandes daños. El comercio recíproco con Inglaterra había sido muy beneficioso para los europeos. América necesitaba Libertad. Una expedición inglesa habría decidido la suerte de toda la América española. Sus habitantes podrían resolver la forma de gobierno.

Viscardo desenvolvía una propaganda que coincidía con la de Miranda. Hay un detalle que no podemos desdeñar. Tiene una importancia muy grande y revela algo que impresiona. Los lectores recordarán que Miranda, con un par de amigos, organizó una supuesta Junta en Madrid y otra en París que le confirió un diploma y el nombramiento de representante o diputado de los pueblos americanos. Tanto Caro como Duperou se burlaron de esa fantasía y ningún historiador la admite como auténtica. No obstante, Miranda no la olvidó y para algo, algún día, debía servirle. Pues bien: llegó el momento en que el supuesto Viscardo, en su *Esquisse politique sur l'état actuel de l'Amerique Espagnole...*, pudo utilizar esa invención y escribió: "Ensuite on feroit lecture de la Requete presentée a S.M. au nom des Colonies Espagnoles, et l'on en donneroit des Copies a tous les Magistrats, en les requérant de faire inméditement notifier a tout le peuple les effets de la bienveillance de S.M.B. et la liberté que chaqu'individu avoit dans cette circonstance de délibérer sur sus propres intérets de la derniere importance...".

Estas palabras no pueden ser más claras para destacar la representación que los supuestos diputados americanos habían otorgado a Miranda en París. Dicen: "En seguida se

daría lectura a la solicitud presentada a Su Majestad en nombre de las Colonias Españolas y se darían copias a todos los Magistrados requiriéndoles de hacer notificar inmediatamente a todo el pueblo a los efectos de la bondad de Su Majestad Británica y la libertad que cada individuo tenía en esa circunstancia de deliberar sobre sus propios intereses de la última importancia...".

La única "Requete" que se había presentado a Su Majestad en nombre de las colonias españolas era la que los charlatanes del Pozzo y Sucre y Manuel de Salas, precisamente en nombre de las colonias españolas, habían dado a Miranda haciendo figurar a don Pablo de Olavide que jamás tuvo conocimiento de semejante ceremonia. Con esta comprobación hay que deducir algunas consecuencias.

Miranda es el autor del "Esquisse" que copió Viscardo o Miranda y Viscardo se trataban de continuo y ambos compusieron ese documento. El nombramiento de los farsantes amigos de Miranda no pudo conocerlo Viscardo. Si alude a él, tan claramente, es porque se lo reveló Miranda o éste redactó el documento o hubo otro arreglo que no conocemos. Lo que interesaba era que hubiera diputados americanos en Inglaterra. Era el gran deseo de Miranda. Y Viscardo no deja de decirlo: "La presence des Deputés encourageroit les amis de la Liberté, et ne manqueroit pas de déconcerter les adversaires...". La presencia de los diputados entusiasmaría a los amigos de la Libertad y no dejaría de desconcertar a los adversarios.... En su entusiasmo, Viscardo planeaba cómo bajaría del navío el almirante inglés que daría la libertad en medio de músicas y el tronar de la artillería....

No nos detenemos en los pormenores que expone Viscardo para atraer a los españoles, como el respeto de su religión y de sus sacerdotes, ni las ventajas económicas que disfrutarían los ingleses. Son un pequeño mundo de ofrecimientos que hallamos en los escritos indiscutidos de Miranda y que evidencian una misma mano y un solo pensamiento. Seguimos la colección de documentos descubiertos por el profesor Simmons y que tantas luces arrojan sobre estos problemas. En marzo de 1793 hay una carta dirigida a un *Monsieur* cuyo nombre se ignora y en la cual se le dan sabios consejos de política internacional. Viscardo da muestras de ser un conocedor admirable de los entretelones diplomáticos que se referían a las principales naciones europeas. A Inglaterra, según sus ideas, le convenía la ruina de España para aumentar su comercio, su riqueza y su gloria. España sin las Indias sería una nación muy inferior. Y la América hispana, aunque no tuviese monarcas ingleses, disfrutaría de su comercio y de sus beneficios.

El autor de esta carta, nos dice que la sensibilidad de los pueblos americanos, largamente reprimida, "a enfin eclaté de la maniere alarmante que j'ai exposé dans mes précedens écrits". ¿Qué escritos?. ¿Los que hemos mencionado y analizado?. Todo es posible.

Viscardo o el autor de sus escritos tenía una visión simplemente admirable de la situación política de Europa y de España en particular, y del presente y próximo futuro de

América. Las grandes naciones europeas especulaban sobre la independencia de los paises hispanoamericanos que veían como algo ineludible.

Viscardo recordaba que había expuesto ese tema "a la fin de mon essai historique des derniers troubles des Colonies". Las colonias españolas, añadía, se encuentran, por tanto, en el momento de su mayor crisis. La independencia podía llegar por caminos inesperados. Inglaterra debía aprovechar esa oportunidad, tanto de una independencia, como de una alianza con España muy ventajosa.

Esta carta de Viscardo tiene la apariencia de auténtica, es decir, de haber sido escrita por él. Hay unas líneas que así lo revelan. Dicen: "En mis escritos anteriores he expuesto lo que pensaba sobre muchos objetos, de las sobredichas búsquedas; pero como hace veinticinco años que he salido de ese país, pues tenía entonces diecinueve años, lo que ha sucedido después de los acontecimientos y de los cambios es tan grande, mi alejamiento y mis circunstancias no me han permitido conocer bien a fondo...".

Hay, también, otra afirmación de Viscardo que prueba la autenticidad de otro escrito suyo. En la continuación de su Proyecto (Simmons, página 200), Viscardo recuerda que le hicieron llegar una carta a Génova en 1784, no bien llegado de Inglaterra. Ahora bien: consta que Miranda llegó a Italia, por primera vez, en 1785. No hay posibilidades de equivocaciones, ni en Miranda ni en Viscardo (puede verse a Batllori en las páginas 101 y 113).

Viscardo expone al "Señor" desconocido de su carta su deseo de vivir en la ciudad de Cádiz, pues solo allí encontraría algún éxito en la búsqueda de los diferentes objetos que se proponía. Para ello pedía alguna "maniobra política" que le consiguiese ese permiso. Viscardo sabía muy bien "que ma Mission a Cádiz ne seroit pas sans peril pour moi...". ¿Por qué este hombre que podía vivir en cualquier ciudad de Italia y de España se empeñaba en hacerlo en Cádiz?

La respuesta no es difícil para quien está familiarizado con estudios masónicos. Muchas veces hemos repetido, y repetiremos, que no hemos sido, ni somos, ni seremos masones, por estar convencidos que los fines de esta institución han sido largamente superados y hoy no tiene objeto la existencia de la masonería, a menos que se utilice como una simpática institución social; pero también declaramos que hemos estudiado su historia como pocos historiadores lo han hecho. Por ello nos es fácil contestar que Viscardo aspiraba vivir en Cádiz porque esta ciudad era el centro masónico más poderoso de España. No es el instante de entrar en demostraciones, que el lector encontrará en nuestro libro *La política secreta de San Martín*. Un hombre que, sin ninguna razón aparente y exponiendo la vida, como él confiesa, ansía vivir en Cádiz, es porque era masón y trabajaba con la masonería. Es algo que nunca se ha dicho, pero que ahora decimos. No encontraremos pruebas. Tampoco las encontró nadie para asegurar que Miranda era masón. No obstante, la mayoría de los historiadores, sólo

guiados por el olfato, tienen la intuición de que Miranda era masón. No obstante, jamás se ha encontrado la más mínima prueba de que lo haya sido: algo extraño en aquel siglo de la masonería y en un hombre de tantos misterios y complicaciones como Miranda. Sorprende, en efecto, que Miranda, en su enorme documentación, no haya mencionado, ni una sola vez, la palabra masonería ni masón. La excepción no existe. Sin embargo, el príncipe Ipsilanti, en sus memorias, recuerda que conoció a Miranda en una logia masónica. Miranda jamás mencionó este pormenor, tal vez por no tener importancia y tal vez por otras razones más poderosas. No sería sorprendente que Miranda y Viscardo se hayan tratado muy secretamente, por medio de la masonería, y hayan trabajado juntos en sus grandes proyectos; pero esto no pasa de una suposición que no tiene una insignificante prueba. Para nosotros, y para cualquier conocedor de la historia de la masonería, el empeño de Viscardo de vivir un tiempo en Cádiz es una prueba evidente de que buscaba un contacto con la masonería. En cuanto al hecho de haber visitado Miranda una logia masónica, ello no significa que haya sido masón. Nosotros hemos sido invitados por el Gran Oriente Argentino a dar dos conferencias en dos sesiones solemnes y lo hemos hecho con mucho gusto sin que ello nos comprometiese con la masonería ni nos convirtiese en masones.

El profesor Simmons, en su notable obra, publica otras cartas de Viscardo a un *Monsieur* fechadas el 16 de febrero, el 3 de marzo y el 7 de noviembre de 1795.

En ellas insiste en su proyecto de que Gran Bretaña iniciase una negociación para lograr la independencia de las colonias españolas y portuguesas del continente americano. Estudia su comercio y sus ganancias y expone otras reflexiones; pero la inteligencia diplomática y política inglesa era -y sigue siendo- un tanto obtusa. Logró su grandeza con pueblos desnudos del Africa y otros dormidos por el opinión de Asia. Nunca venció a una nación de su categoría y fue expulsada de América.

Un año antes de su muerte, Viscardo concibió un estudio sobre *La Paz*. El profesor Simmons hace notar, con razón, que es una obra dedicada a funcionarios, sino a un público en general. Pudo ser un libro si la muerte de su autor no lo hubiera impedido. Miranda lo hizo corregir por su amigo de la Rochette.

Viscardo tenía fe, como dice el título, en *La Paix et le bonheur du siécle prochaine*. Para ello habla de los horrores de la guerra. Tiene la esperanza de que las guerras desaparezcan entre los pueblos civilizados. El comercio llevaría a la paz. España había alcanzado un inmenso poder con las riquezas del Nuevo Mundo. El despotismo político y religioso se había impuesto sobre la Libertad. El comercio y el poderío de España declinaron por el dominio del despotismo. Viscardo hablaba o escribía como lo hacía Miranda. La población también disminuyó. La guerra de sucesión aumentó la decadencia. El sobrecargo de los impuestos fue otro mal incurable. Las riquezas de la tierra llenaban los vacíos. Viscardo o el

autor de este trabajo demuestra tener un conocimiento amplísimo de las estadísticas y de las obras fundamentales que estudiaban la realidad americana. El comercio libre en toda América, reglamentado el 12 de octubre de 1778 hizo un gran bien al continente.

El trabajo se extiende a la consideración de los impuestos, de los gastos, de la marina de guerra, a las industrias y manufacturas. Pasa luego a considerar la condición de los indios durante el gobierno español. La juzga dolorosa en extremo. Habla de Las Casas y del último obispo de Quito. La independencia habría significado un aumento del setenta y cinco por ciento en el crecimiento de la riqueza. El comercio inglés progresaba con gran rapidez. Etcétera.

El último documento del archivo o biblioteca de Rufus King publicado por el profesor Simmons es la famosa *Carta a los españoles americanos* atribuída a Viscardo.

Estos documentos están escritos con letra de Viscardo. Ninguno de ellos tiene firma. Oficialmente no puede afirmarse que son de Viscardo. Se supone que pertenecen a su pluma porque se hallan en la biblioteca de King y porque lo declaró Miranda y lo afirmaron Duperou y Caro. Estos dos últimos personajes hablaron de documentos en general y no en particular de ninguno de ellos. Ni Duperou ni Caro vieron ni leyeron los papeles superficialmente hemos analizado. El ministro Rufus King tampoco dijo que estos documentos fueran de Viscardo. En realidad nadie puede jurar que hayan sido escritos y copiados con su letra por el abate Juan Pablo Viscardo. Tampoco puede decirse que los haya compuesto Miranda u otra persona y transcripto, con su letra Viscardo. Entre tantos misterios o profundas obscuridades ésta es una más.

Hay también otras consideraciones que un crítico no puede ni debe olvidar.

No hay pruebas que estos documentos hayan sido entregados a las personas a quienes fueron dirigidos. No hay tampoco nombres de destinatarios. Si estuvieron destinados al gobierno inglés, ningún investigador, empezando por el ilustre Batllori, que revisó a fondo los archivos ingleses, nunca los encontró. No hay rastros ni indicio de que Viscardo los haya llevado a ninguna oficina del gobierno inglés. Debemos rendirnos a la evidencia de que Viscardo, si fue su autor, los escribió para guardarlos en su casa, no difundirlos jamás, salvo en el instante en que se sintió morir, y quedaron en las manos del ministro King.

El caso es, en verdad, poco común.

En cuanto al ministro King nada salió de su boca respecto a estos documentos. No dijo que se los entregaran Viscardo ni Miranda. Si los dio a Miranda se sabe, o se cree saber, porque así lo dijeron Duperou y Caro. Estos hombres no vieron esa entrega. Repitieron lo que les dijo Miranda, no lo que pudieron decirles otras personas porque nunca nadie les dijo nada.

Sólo queda el testimonio de Miranda y el cuerpo de los documentos en la biblioteca de King. Y este señor que recibió esos documentos no les dió ningún curso. Los guardó en

su casa y no sabemos si los leyó porque nunca se refirió a su contenido. Síntesis: no hay un solo dato seguro.

Lo que sí sabemos, por varios hechos concretos, es que Miranda acostumbraba forjar documentos que lo presentaban como diputado de provincias americanas o en comunicación con personajes que jamás lo trataron, como los Mantuanos y Pablo de Olavide. Miranda estaba convencido que si los jesuitas lo ayudaban en sus grandes planes mucho conseguiría. Necesitaba contar con el apoyo de uno o muchos miembros de la Compañía de Jesús. No sabemos si Miranda era masón. Lo que nos consta es que Viscardo trataba de radicarse en Cádiz. Esta ciudad era el centro masónico de mayor importancia en España. No necesitamos recordar que en ella se iniciaron y trabajaron muchos próceres de nuestra América, empezando por San Martín, O'Higgins y otros. La historia no concibe que Miranda y Viscardo, posiblemente masones, no se hayan tratado en Londres y otras ciudades.

Nada extraño sería que estuvieran de acuerdo en sus ideales. En este caso tampoco sorprendería que un escritor fluido como Miranda haya pasado muchos escritos suyos a Viscardo y éste lo haya copiado y guardado en su casa, pues nunca se halló uno solo en un archivo inglés, salvo los de los primeros tiempos. Estamos entrando en el campo prohibido de las suposiciones o imaginaciones; pero si estas palabras nuestra son suposiciones, también lo son las que enseñan que Viscardo escribió documentos que sólo aparecen copiados, que no llevan su firma y que coinciden, sorprendentemente, con los muchos que Miranda tenía en su casa. Todavía no se han puesto de acuerdo los pocos mirandistas y viscardistas que andan en estos temas si Viscardo entregó sus papeles a King o a Miranda y si fue Miranda o Viscardo quien los pasó a King y porque King los sepultó en su biblioteca y allí quedaron hasta que el profesor Simmons, con su perspicacia y magnífica laboriosidad, los encontró en la vieja y gloriosa Sociedad Histórica de Nueva York.

Todo está por esclarecer y por sentenciar. Ahora nos corresponde saber qué pensaba Miranda sobre lo que se atribuye a Viscardo.

VIII

LOS OTROS PAPELES

Son los que publicó, en 1938, la Academia Nacional de la Historia, de Venezuela, en el tomo XV del *Archivo del General Miranda. Negociaciones. 1770-1810* (458 páginas). El más antiguo es una curiosa memoria del marqués D' Aubarede para establecer en México un sistema republicano. No tiene pie de imprenta, pero se sabe que apareció en torno al año 1770. El coronel al servicio de Francia, William Claud, marqués de Aubarede, tuvo una larga vida que está reseñada en este escrito. La idea de convertir a México en una república comenzó en 1766.

El proyecto, en manos inglesas, por su incapacidad, quedó en la nada. Lo que aquí interesa es el conocimiento que Miranda tuvo de este hecho. Era la idea de la independencia que empezaba a flotar en el ambiente político y pronto se extendió a otros hombres y otros países. Pasaron más de diez años hasta que el quince de mayo de 1781 se difundieron las noticias del levantamiento de Santa Fe de Bogotá. Fue una revolución popular, en contra de los excesivos impuestos, que estremeció América. Un ejemplar de esta relación se encuentra en el Archivo de Miranda. Tiene notas del propio Miranda. En un tiempo se pensó que podían ser de Viscardo. El profesor Simmons lo niega rotundamente. Lo indudable es que este extenso informe fue conocido por ambos comentaristas: Viscardo y Miranda. La continuación del *Proyecto de independencia*, escrita por Viscardo, lo demuestra a la perfección. Viscardo refiere que las circunstancias lo obligaron a quemar todos los papeles relativos a las inquietudes y levantamientos de la América española ... Por algo no se ha conservado en su archivo este documento. En cambio, existe la Capitulación de Sipaquira, del 5 al 7 de junio de 1781. No pertenece a la letra de Viscardo. Lo que demuestra es que ambos archivos -el de Viscardo y el de Miranda- tenían unos mismos documentos.

Y fue en estos años de 1781 y siguientes que, tanto Miranda como Viscardo comenzaron a mostrar sus ideales separatistas. La carta escrita a Udny, en 1781, es un ejemplo, y otro es la carta firmada por Juan Vicente Bolívar, Martín de Tobar y Marqués de Mixares, del 24 de febrero de 1782. esta carta, como es sabido, debe haberla inventado Miranda para que se creyese que "en nombre nuestro y de toda la provincia pacte y contrate con nuestro pleno poder y consentimiento, y aún más allá si lo tuviese vuesamerced por conveniente con potencias extranjeras a fin de conseguir el rescate de un tan maldito cautiverio".

La idea de la independencia brillaba por igual en las mentes de Viscardo y de Miranda. Los documentos expuestos no admiten discusiones. Recordemos que una carta anónima que recibió Viscardo en septiembre de 1781 le aconsejaba buscar una persona, nacida en América

y con dotes políticas, que se pusiese al frente de lo que ocurría en el Nuevo Mundo. Un "Cierto amigo" había hecho llegar a Viscardo esas noticias. Era el 23 de septiembre de 1781. Es en esta carta donde un enigmático M. le recomienda "il piu grande segreto in questo punto". Todo se une en la historia de las ideas políticas de estos dos hombres: Viscardo y Miranda. La opinión general de los historiadores es que nunca se conocieron y que sólo después de muerto Viscardo, Miranda pudo leer sus papeles. Que lo crea quien quiera creerlo. Lo cierto es que en 1786 Miranda tuvo por vez primera, según pruebas escritas, noticia de Viscardo. En una lista de jesuitas expulsos que le dio en Roma el exjesuita Tomás Belón, todos nacidos en América, Miranda agregó el nombre de "Don Juan Pablo Viscardo y Guzmán, conocido bajo el nombre de Rossi, natural de Arequipa, en el Perú".

Hemos expuesto, en otras páginas, lo extraño que nos parece el que Miranda supiese el apellido secreto que había adoptado Viscardo. O Miranda tenía fuentes de información más próximas y poderosas o el mismo Viscardo le dijo cuál era el nombre que había adoptado. Con los dos nombres de Viscardo y de Rossi no era difícil encontrarlo en Londres y en cualquier parte. Otro hecho que hay que destacar es que Miranda no perdía sus esperanzas en el famoso don Pablo de Olavide. Sobre él escribió un libro magnífico el investigador francés Defomeaux. En una lista de "algunos Comisarios de la América del Sur venidos a Europa en diferentes épocas", anota: "12. El canónigo Vitoria, de México (establecido en Francia, como Olavide". Esto significa que Miranda no perdía la pista de Olavide. Sabía quién era, lo mucho que había trabajado en Extremadura y en el Perú, y cómo había sido perseguido por la inquisición por tener algunos libros prohibidos y no estar seguro si las campanas hacían llover o detenían las lluvias. Lo hecho con Olavide indignó a Europa y el infeliz peruano se recluyó cerca de Orleans esperando morir sin ver más las celdas de la inquisición.

Miranda y Viscardo parecen trabajar al unísono, muy de acuerdo y bien reglamentados. El 5 de marzo de 1792, el ministro español en Génova, dio cuenta al conde de Floridablanca que Viscardo "improvisamente ha desaparecido, quizá embarcado". Las investigaciones de Simmons han demostrado que Viscardo había dejado Italia entre septiembre de 1790 y marzo de 1791. Se fue a Londres. Miranda estaba en esta ciudad y el 14 de febrero de 1790 tuvo en Holliwood su famosa entrevista con William Pitt. El 5 de marzo Miranda presentó a Pitt su propuesta para lograr la libertad e independencia de América. Puede leerse en el *Archivo de Miranda* (VI, páginas 111-118). El 16 de octubre de 1790, Miranda envió al honorable William Pitt, la lista que le había mencionado de los ex jesuitas nativos de México, Perú y Chile que vivían en Italia en 1786 y residían en Roma, en los dominios del Papa. En Liorna, donde se hallaba Viscardo, éste se apresuró a componer el "Projet pour rendre l'Amerique indépendente", se fue a Londres y, el 5 de marzo de 1791 lo presentó. ¿A quién lo presentó? En los archivos del gobierno inglés no existe.

Miranda no abandonó su obsesión de incorporar a los jesuitas en la empresa de independizar América. El 28 de enero de 1791 volvió a escribir a Pitt y a recordarle que "very few individuals of the ex jesuits natives of Chili and Mexico, now exiled and ill used in Italy, might be of very great service ..."

El 8 de septiembre de 1791, otra vez a Pitt, le propone contratar a algunos ex jesuitas nativos de Sud América y, en esos momentos, exilados por el rey de España, que vivían en los dominios del Papa. Sus nombres se los había dado anteriormente.

Miranda no obtuvo ninguna respuesta de Pitt, y tuvo mucho que insistir para que le devolvieran sus papeles. El 17 de marzo de 1792 volvió a escribirle y a pedirle que le hiciera llegar sus documentos. Miranda pasó a Francia donde se pensaba seriamente en revolucionar España y sus colonias de América. Miranda prefería que la autora fuese Inglaterra. es en estos momentos, en junio de 1792, cuando Viscardo presenta en Londres su "Esquise Politique sur l'etat actual de l'Amerique Espagnole et sur les moyens d'addresse pour faciliter son independence". No había otras personas en el mundo que hiciesen unidas estos esfuerzos para lograr la independencia de América. En 1793, Viscardo escribió una carta a un Monsieur ignorado con sus planes para insurreccionar América. Volvió a escribirle, inútilmente, en 1795 en dos oportunidades. Hasta que llegó el año 1797. Fue de actividad intensa, tanto en Miranda, con su secretario traidor Caro, como en Viscardo, que se dedicó a componer su extenso y documentado trabajo "La Paix". Es el más erudito y bien razonado de todos sus escritos. ¿Lo hizo solo o con ayuda de alguien, muy bien informados, como, por ejemplo, Miranda? Nadie podrá contestarlo. Los datos que trae Viscardo son los que se hallan en el Archivo de Miranda. Eran noticias generales que podían ser útiles a muchos lectores o estudiosos. En Caracas hubo un intento de revolución, los momentos parecían decisivos. Miranda y Viscardo se movían en todos los sentidos.

En este año de 1797 aparece en el Archivo de Miranda un documento que se encontraba en el de Viscardo a un secretario del Ministerio de Estado inglés. En ella le cuenta que llegó del Perú un pasajero que "por su cultura y sus sentimientos constituye un testimonio muy honorable para sus compatriotas. Como todo el resto de la América española comparte los mismos agravios y hace que los espíritus se encuentren en todas partes en las mismas disposiciones". Se ha querido ver en este pasajero a Bernardo O'Higgins, pero esto no es lo que ahora interesa. La carta está en francés y una nota en este idioma dice: "Papier trouvé parmi ceux du jesuite Rossi, adressé au gouvernement anglais en 1797". Otra nota, en el mismo documento, en español, dice: "Esta carta se encontró entre los papeles del ex jesuita Viscardo, natural de Arequipa en el Perú, escrita a uno de los secretarios de Estado aquí en Londres":

Todo esto significa que Miranda disponía de papeles que pertenecían a Viscardo. Miranda sabía que usaba el falso nombre de Rossi. Este papel, ¿se incorporó al archivo de Miranda después de la muerte del ex jesuita o se hallaba en una fecha anterior, como parece demostrar el orden cronológico de colocación? ¿Quién manejaba los "papeles" de Viscardo y dejó uno en el archivo de Miranda? Es un pequeño problema que puede hacer meditar.

Fue, siempre en 1797, que Miranda imaginó las famosas juntas de Madrid y de París, en las cuales sus amigotes lo invistieron de grandes poderes. tanto Miranda como Viscardo parecen empeñados en lograr algunas ayudas eficaces por parte de Gran Bretaña. Y no consiguen nada. Miranda volvió a Inglaterra y en 1798 reanudó sus negociaciones con Pitt. Hizo creer que don Pablo de Olavide estaba a punto de llegar a Inglaterra. Repetía a Pitt que los comisarios de Sud América le habían dado grandes poderes para que los representase. Resaltaba la población de América y sus riquezas. Señalaba las rentas que producía América. Planeaba una Constitución para el Nuevo Mundo. Enviaba a Caro a la Trinidad y a Nueva York. Recomendaba que los principios jacobinos no se introdujesen en América. Se puso en contacto con el Presidente de los Estados Unidos. La amistad con el ministro King se estrechaba cada vez más. Hacía planes sobre la América independiente. Creía firmemente en su proyecto de Constitución con un inca hereditario. Propuso a la emperatriz Catalina de Rusia como "mediador y pacificador del Universo". Sabía que Napoleón estaba seguro que conquistaría Inglaterra. Confiaba en que las colonias hispanoamericanas marcharían a la independencia de acuerdo con Inglaterra y Estados Unidos. En agosto de 1798 preparó un extenso plan militar para la emancipación de la América española. Tiene coincidencias con los escritos de Viscardo. Ambos precursores se asemejaban en sus proyectos y en sus ideas. Miranda estrecha cada vez más su amistad con el embajador King. Está en comunicación con Alejandro Hamilton y otros personajes. El año 1798 llega a su fin. También se extingue la vida de Juan Pablo Viscardo. No se sabe en qué día fue. Los amigos, secretarios y luego traidores de Miranda, Caro y Duperou, repiten lo que les dijo Miranda: que Viscardo, ese jesuita que nunca habían visto ni oído su voz, antes de morir entregó su archivo al embajador norteamericano King, que éste pasó sus papeles a Miranda para que los tradujese al francés o al inglés, y que Miranda halló entre ellos una Carta a los españoles americanos que creyó conveniente publicar y distribuir entre los pueblos de Europa y América.

Es así como aparece la carta inmortal atribuida a Viscardo. Extraña que, a pesar de estar escrita en francés, de puño y letra de Viscardo, el embajador King haya pedido que se tradujesen a ese idioma, que él dominaba, o al inglés. ¿Qué contradicción o mentira hay aquí? El profesor Simmons atestigua que todos los documentos de Viscardo que pasaron a poder del embajador King estaban escritos en francés. Los reproduce fotográficamente y comprobamos que son de letra de Viscardo y que, en efecto, están redactados en francés. Si

así fue, como es, en efecto, repetimos, ¿por qué insiste tanto que King pasó estos documentos a Miranda para que los tradujera o hiciera traducir al francés: idioma que él hablaba perfectamente? Duperou y Caro escriben que King quiso que se tradujesen porque estaban escritos en español y Rufus King sólo sabía el francés y el inglés. Entonces, es mentira que estuviesen escritos en español. Simmons nos lo exhibe con la letra de Viscardo en francés, nada en español. El testimonio de caro y Duperou, por tanto, no es válido, es falso, es embustero, no coincide con la verdad, con la reproducción de los textos en francés sin nada de español. ¿Cómo se explica esto? Es indudable que aquí hay inexactitudes graves, de gente que mentía, que no decía la verdad o no sabía lo que decía.

Ante todo, nadie sabe cuándo Viscardo escribió esta carta. La carta aparece escrita en francés en 1798, cuando Miranda está más que nunca empeñado en convencer a todo el mundo de sus grandiosos planes. Miranda y Viscardo trabajaban aparentemente unidos y de acuerdo. No hay pruebas de esta unión; pero los hechos son los hechos y no mienten, como mintieron otras personas. Cada cual -Miranda y Viscardo- hacía, al mismo tiempo, todo lo que podía. De pronto, en 1798, cuando la campaña de Miranda era más intensa (todo el tomo XV de su *Archivo* lo demuestra), Viscardo se muere y sus papeles, misteriosamente, están en manos de King. ¿Se los dio el moribundo Viscardo? ¿O se los dio Miranda? Y King se los entrega a Miranda, todos escritos en francés, para que los haga traducir al francés. Esto no puede discutirse, pero se dijo y nadie se dio cuenta de lo evidente: de que no era necesario traducir al francés unos documentos escritos en francés. La fábula de Caro y Duperou, y sus inocentes repetidores se viene abajo. Linda novela, esta, que ni Agata Christie podrían desentrañarla. Tal vez el profesor Simmons logre iluminar este problema o charada histórica, realmente digna de las creaciones de Miranda.

IX

ALGUNAS COMPROBACIONES

El año 1781 marca el comienzo de las actividades políticas, en favor de la independencia de América, de Viscardo y de Miranda. El 23 de septiembre, Viscardo escribió a Udny que "la carta de E. es cierta (pero usted no confirme a nadie la noticia, porque M. recomienda el más grande secreto en este punto ...").

Hemos dicho, en otras páginas, que no sabemos quiénes eran estos E. y M. que estaban en comunicación con Viscardo, que Udny sabía muy bien quienes eran y que recomendaban mantener sus nombres en secreto.

Miranda tenía en su archivo una extensa información sobre "El levantamiento de Santa Fe de Bogotá". Era un compendio de las presentes sucesos del Socorro que empezaba por ser fechado en Santa Fe el 15 de mayo de 1781. Tiene una segunda parte con la fecha del 31 de mayo, una tercera fechada el 2 de junio y un apéndice sobre las Capitulaciones propuestas por los alzados de la Villa del Socorro y demás pueblos de su provincia y aceptadas por la Audiencia y Gobierno de la Paz (*Archivo Miranda*, tomo XV, páginas 27 a 68).

Miranda tenía en su poder esta documentación, completísima, sobre la rebelión de Tupac Amaru. No ignoraba detalles. Y tampoco los desconocía Viscardo. En su carta a Udny le dice que le llegaban desde América y se las comunicaba un "amigo" con quien tenía correspondencia. En un párrafo, por ejemplo, le dice: "Seguita poi il surriferito amico a darmi le seguenti ulteriori notizie, quali copio ..." El padre Batllori ha tratado de identificar a este amigo entre algunos jesuitas italianos; pero sus suposiciones no convencen. El misterio sigue en pie. Lo indudable es que desde América, por intermedio de un amigo, Viscardo recibía noticias que Miranda tenía, abundantísimas, en su casa. Estas noticias eran enviadas por Louis Duyens, de la Legación Británica en Turín, a Stanier Porten, del servicio diplomático de Londres. El 30 de septiembre de 1781, Viscardo proponía a Udny una expedición británica al Río de la Plata, en la cual él podía tomar parte, para ayudar a Tupac Amaru (Batllori, *El Abate Viscardo*, páginas 198 a 219).

Viscardo, en 1782, hizo los mayores esfuerzos para lograr una autorización que le permitiese dirigirse al Perú y reivindicar su herencia. En el mismo año, con fecha 24 de febrero, Miranda recibe una carta de don Juan Vicente Bolívar, don Martín de Tobar y el marqués de Mixares en que le piden que "en nombre nuestro y de toda la provincia pacte y contrate con nuestro pleno poder y consentimiento, y aún más allá si lo tuviese Vuesamerced por conveniente con potencias extranjeras a fin de conseguir el rescate de tan maldito cautiverio". Al comienzo de esta carta, los firmantes decían a Miranda que le habían remitido

otra en el mes de julio del año anterior, 1781. Miranda estaba en América. No sabemos qué correspondencia tenía con amigos de Europa. Lo que todos los historiadores saben muy bien es que esa carta en que unos señores de Caracas le pedían su colaboración para libertar América del poder español es falsa, fue inventada por él. Era uno de sus procedimientos, que pondría en práctica en Madrid y en París, más adelante, para hacer creer que los pueblos americanos pensaban en él para convertirlo en Libertador de América. Lo indudable es, como hemos comprobado, que Miranda y Viscardo comienzan simultáneamente sus actividades políticas -uno en Europa y el otro en América-. Nadie puede decir si hubo un entendimiento entre ellos. Los documentos no existen. Lo que existe son indicios, un misterioso amigo M., actos de Viscardo que parecen inspirados por otros de Miranda, etcétera.

A mediados de 1782, los hermanos Viscardo se dirigieron a Londres con aprobación de las autoridades inglesas. Miranda, en 1785, estuvo a punto de caer en manos del ministro español en París. Su persona era buscada como la de un conspirador temible. No se engañaban los españoles. El Archivo de Miranda es muy rico en papeles, pero son muchísimos más los que faltan que los que nos dan algunas luces en estos años. Comprobamos, a mediados de 1788, que entre ellos hay una muy completa "Lista de los exjesuitas americanos que actualmente residen en Italia expulsos de su patria". Su número alcanza a trescientas veintisiete personas. Al final, una nota afirma que el total de todos los jesuitas españoles que vivían en Italia alcanzaba a unas tres mil personas. Cada una recibía dos paoli por día. Las últimas dos líneas de este documento nos dan otro nombre: "Juan Pablo Viscardo y Guzmán conocido bajo el nombre de Rossi, natural de Arequipa, en el Perú".

Es el primer contacto oficial de los dos precursores. Empezaron en 1781, en forma simultánea y paralela. Y siguieron adelante, con sus mismas ideas, durante toda su vida. ¿Cómo supo Miranda el nombre de Viscardo? ¿Lo sabía desde mucho tiempo atrás? Nosotros creemos que así fue. ¿Por qué no figura en la lista que unos jesuitas le suministraron de todos los expulsos americanos? ¿Quién le dio el nombre de Viscardo para que lo anotara al final de todos los jesuitas americanos conocidos en Italia, con su lugar de nacimiento y -esto es lo principal- con su pseudónimo de Rossi? Nadie sabía que Viscardo se había cambiado de nombre, salvo unos funcionarios ingleses. ¿Fueron ellos los que revelaron a Miranda este cambio de nombre de Viscardo? ¿O fue el mismo Viscardo quien se lo dijo a Miranda? Es difícil que alguien pueda contestar a estas preguntas. El hecho es que Miranda sabe, acerca de Viscardo, que usaría el nuevo nombre de Paolo Rossi y su hermano el de Antonio Valesi. esto es muy difícil de conseguir y de saber cómo lo supo. O fue Viscardo quien se confió a Miranda o fueron las amistades de Miranda en el Ministerio inglés quienes le revelaron el hecho.

De todo esto surge, en forma incuestionable, que Miranda lograba informes que nadie o muy poca gente alcanzaba. Pero hay algo más. Miranda poseía una lista de "Nombres de algunas Comisarios de la América del Sur venidos a Europa en diferentes épocas". ¿Qué significa Comisarios?. Habrían sido, según Miranda, representantes, delegados, especie de ministros o embajadores de las distintas regiones del Nuevo Mundo que aspiraban a su independencia y tenían poderes y representaciones de sus pueblos para interesar en ese ideal a gobiernos de paises europeos. Ahora bien: ningún historiador tiene noticia de que estos Comisarios hayan sido auténticos, nombrados o encargados por algunos pueblos para tratar esa importantísima cuestión. Por otra parte, estos comisarios no eran muy famosos. Apenas se sabe de algunos de ellos que vivieron. Sólo hay dos que merecen un instante de detención. Uno, el número 13, es "D. Riquelme, de Santiago de Chile". Se trata, indudablemente, del futuro Bernardo O'Higgins. Sabemos, por la correspondencia de O'Higgins, que cuando era el joven Riquelme, conoció a Miranda en Londres. Conservaba de él buenos recuerdos; pero Miranda ya no sabía cómo se llamaba. Además, nadie puede asegurar ni, menos, probar, que O'Higgins haya sido enviado como representante o Comisario de Chile para proponer su independencia a ningún gobierno. La vida de O'Higgins es demasiado conocida para caer en esta fantasía. Otra ilusión de Miranda es suponer que era otro Comisario "El Canónigo Vitoria, de México (establecido en Francia al igual que Olavide)".

Después de los estudios del eminente Defourneaux sobre *Don Pablo de Olavide, el Afrancesado*, se tiene la seguridad completa de que este ilustre personaje peruano y Miranda nunca se conocieron ni tuvieron ninguna relación epistolar. La no existencia de pruebas significa que algún hecho no se haya realizado. Olavide era conocido en toda Europa por la persecución de la inquisición. Entre otras cosas lo perdió el no creer que el sonido de las campanas hiciese llover o detuviese la lluvia, según las intenciones de los feligreses. Olavide, hombre de estudio, lector consuetudinario, de ideas católicas, pero no milagreras, se refugió cerca de Orleans y vivió retirado del mundo sin soñar con combinaciones políticas y, menos, independencistas americanas. Miranda lo incluyó en su lista (*Archivo*, XV, 104) como un supuesto Comisario de México, donde nunca estuvo. Eran los manejos o fantasías de Miranda, para hacer creer que lo seguía mucha gente o representaba pueblos enteros.

En estos años de 1784 y 1789, los hermanos Viscardo hicieron grandes esfuerzos para pasar a América y recuperar su herencia que estaba a punto de corresponder a otros herederos. Batllori trae una documentación agotadora. Pero las esperanzas a perderse cuando el director general de temporalidades, don Manuel Joseph de Ayala, opinó que no se debía permitir a ningún ex jesuita de Indias regresar a los lugares de su naturaleza, ni sobre ello se les admita solicitud. Sus palabras, entre otras muchas, fueran concluyentes: "Los regulares secularizados no han dejado ser lo que eran cuando jesuitas. El espíritu de la Compañía ha sobrevivido a

la extinción del cuerpo, según lo testifican el sermón predicado en Berlín en las honras de Lorenzo Rizzi, las *Memorias* del Marqués de Pombal y, sobre todo, la *Segunda memoria católica*, tan justa y tan severamente condenada por el sumo pontífice ..." No seguimos con lo que se dijo de los jesuitas. "Viven Unidos para proteger o cometer delitos, con un enjambre de apóstatas de otras órdenes regulares y, en una palabra, son la verdadera infamia y deshonor del nombre español en Roma". Viscardo, en 1789, 1790 y 1791 perdió totalmente sus esperanzas de poder pasar a América y recuperar su herencia. Fue entonces cuando empezó a revivir viejos pensamientos políticos.

Al mismo tiempo, Miranda, en Londres, reanudó sus actividades en favor de la independencia hispanoamericana. En enero de 1790 tuvo sus conferencias con William Pitt. Miranda le envió detalles preciosos sobre la población, minas, productos, las tropas regulares, las milicias, las rentas, etcétera; la lista de los ex jesuitas americanos exilados en Italia; un plan para la formación, organización y establecimiento de un gobierno libre e independiente en la América meridional, y una relación detallada de todo lo ocurrido en la revolución del Cuzco y la de Bogotá del mismo año de 1781.

Después de la conferencia de Miranda con Pitt, el 14 de febrero de 1790, Miranda presentó a Pitt, el 5 de marzo de 1790, una "Propuesta" en que le exponía todos los derechos que tenían los hispanoamericanos para ser independientes. El documento es extenso y está bien fundado.

Pues bien: la "Propuesta" de Miranda influyó decisivamente en los escritos que, desde este año en adelante, escribieron Viscardo y otros amigos de Miranda en favor de la independencia. Cómo la leyeron y aprovecharon, es un misterio. No podemos decir si Miranda la hizo llegar a amigos suyos -lo cual es muy probable- o llegó a ellos por otros medios (Véase traducida como el *Archivo de Miranda*, XV, 114-118). Viscardo no perdió tiempo. El 5 de marzo de 1792, el ministro español en Génova, don Juan Cornejo, hizo saber al conde de Floridablanca que el ex jesuita Juan Pablo de Viscardo, domiciliado en Liorna, "improvisamente ha desaparecido, quizá embarcado". Viscardo se había ido a Londres, a conspirar en favor de la independencia hispanoamericana.

Hemos dicho que Miranda hizo llegar a Pitt, el 5 de marzo de 1790, una "Propuesta" en que exponía un plan para libertar América. El 18 de septiembre del mismo año -unos seis meses más tarde- Viscardo terminó en Liorna su "Proyecto" para convertir América en una nación independiente (Véase su publicación en la notable obra de Merle E. Simmons, *Los escritos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, Precursor de la Independencia Hispanoamericana*, Caracas, 1983, páginas 165-171). Un mismo espíritu inspira los dos escritos: el de Miranda y el de Viscardo. Los dos precursores trabajaban *a duo*, en forma paralela y simultánea: primero daba un paso Miranda y, en seguida, daba otro Viscardo.

En 1790, Miranda entregó a Pitt muchos informes sobre América: su población, sus productos, su fuerza militar y marítima (*Archivo*, XV, 121-126). Hubo otras cartas entre Miranda, Pitt, Joseph Smith y otros señores en 1790 y 1791. En septiembre de 1791, Miranda volvió a escribir a Pitt y le habló otra vez de los jesuitas que podían colaborar en la independencia americana (*Archivo*, XV, 132-137). El 24 de enero de 1792, es Viscardo quien hace llegar a Pitt la continuación del *Projet* (Simmons, *ob.cit.*, páginas 173-204). Es una pieza notable por su información y por su redacción. La inspiración mirandina es evidente. El 18 de septiembre de 1791, Miranda pidió gentilmente a Pitt que le devolviera los papeles, planos y memorias que le había confiado. El 17 de marzo de 1792, Pitt todavía no había devuelto esos papeles a Miranda, y éste volvió a pedírselos. Estaba desencantado de los ingleses y proyectaba dirigirse a Francia, donde revoloteaban proyectos para independizar a América.

En 1792, Miranda hizo propaganda en Francia para difundir sus ideas independencistas, americanas. Pitt le devolvió sus papeles. Desengañado también de Francia, Miranda mantuvo una discreta propaganda. No seguimos sus pasos. Recordemos que Viscardo, en el mes de junio de 1792, en Londres, presentó al gobierno inglés su extraordinario Esquisse Politique sur l'état actual de l'Amerique Espagnole et sur les moyens d'addresse pour facilitar son Independance. Es, sin duda, junto con los escritos anteriores suyos, lo mejor que se ha concebido en América y en Europa sobre la futura independencia del Nuevo Mundo. Lo dio a conocer el notable investigador norteamericano Merle F. Simmons en su gran libro sobre Viscardo (páginas 205-253). Merece ser leído y estudiado y comparado con el pensamiento mirandino. Alguien podría sostener que fue Viscardo quien inspiró a Miranda y no Miranda a Viscardo. Viscardo habla como un gran estratega, un conocedor profundo de todo cuanto puede referirse a América en el siglo XVIII. Nótese que produjo este libro en momentos en que Miranda vivía en Londres y pudo cruzarse con él -como reconoce Simmons- en los corredores del Ministerio inglés.

Otras memorias presentó Viscardo al gobierno inglés el 28 de marzo de 1793, el 16 de febrero, el 3 de marzo y el 7 de noviembre de 1795. Las descubrió todas a los historiadores americanos el laborioso Simmons (*Ob.cit.*, páginas 261 a 279). Con estos aportes, la figura de Viscardo se agrande en su talento, en su laboriosidad y en sus misterios. ¿Es posible que haya producido estas magníficas memorias sin haber hablado una vez con Miranda? ¿Cómo pudieron estos grandes hombres vivir en una misma ciudad, andar por los pasillos del mismo Ministerio y no encontrarse una vez, no cambiar una palabra? Todo es posible, pero hay cosas que no lo parecen. El hecho es que, tanto Miranda como Viscardo, intensificaron sus esfuerzos para convencer a los pésimos políticos ingleses. La diplomacia británica fue la peor de Europa, en todos los tiempos, y su política, sólo basada en imposiciones de fuerza, fue la de menos visión para el futuro, y pésimas comprensiones para el presente. Así fue en

este tiempo que Miranda buscó la colaboración de los aventureros que, más tarde, lo traicionaron: Pedro Caro y Louis Duperou. Era el 1797. En este año, Viscardo hizo saber a un subsecretario del Ministerio de Estado británico que un pasajero llegado del Perú, que "por su cultura y sus sentimientos ofrecía un testimonio muy honorable a sus compatriotas", había confirmado que en América el descontento en contra de España era general.

Alguien ha supuesto que este viajero podía ser O'Higgins, pero no hay indicios que lo demuestren. Viscardo no dejaba de informar al gobierno de cualquier detalle que se refiriese a América. En cuanto a Miranda, forjaba sus fantásticas reuniones en Madrid y en París, que le otorgaban poderes para representar a toda América. Ni Miranda ni Viscardo, al unísono, no sabían más que hacer. Ambos exhibían escritos admirables al inconciente gobierno inglés, tan insensato que perdió su gran oportunidad de hacerse dueño de la América española. Los dos precursores, como si obrasen en el mayor acuerdo, hicieron todo lo que pudieron para convencer y conmover al estúpido gobierno inglés. Hablaban con funcionarios idiotizados por el whisky. Viscardo tuvo su canto del cisne con su excelente trabajo titulado *La Paix*. Enaltece la explotación del suelo y el comercio. Eran las maneras más seguras de enriquecerse. El gobierno inglés lo recibió en 1797, pero fue como si no lo hubiera recibido.

Viscardo estaba en Londres. Se ha dicho que recibía una pensión del gobierno inglés; pero no hay una sola prueba, salvo una suposición de alguien que no pudo saberlo. Se cree que murió en Londres, a fines de febrero de 1798. Su famosa *Carta a los españoles americanos* -tal ves el escrito más débil de su pluma- no se sabe cuándo la escribió, y si realmente la escribió. Miranda faltaba de Inglaterra desde comienzos de 1792. En seguida, en Londres, se encontró con Rufus King, ministro norteamericano. Su amistad era estrecha y no se sabe bien por qué. Miranda, con la farsa de Madrid y París, se hacía llamar -y se titulaba- "Agent principal des Colonies hispanoamericaines" nombrado "pour se rendre suprés des Ministres de S.M.B. a l'effet de renouer, en faveur de l'Independence absoloue des dite Colonies, les Négociations entablées dan l'année 1790 ..."

Muerto Viscardo -luchador silencioso y oculto hasta el último instante de su vida-, Miranda tuvo en sus manos sus papeles. Lo cuentan Pedro José Caro y Louis Duperou en algo puede ser cierto y en mucho incierto. Nada hay de seguro. Hemos analizado este particular con anterioridad. El hecho, hasta ayer fundamental, fue que entre los papeles de Viscardo apareció su *Carta a los españoles americanos*, y Miranda se apresuró a traducirla y publicarla.

X

LA CARTA OTRA VEZ

La fama de Viscardo se basa en su Carta. Es, como dijimos, el más débil de sus escritos. Nadie sabe cuándo pudo escribirla y por qué no la difundió como era su objeto. ¿Se lo prohibieron las autoridades inglesas? ¿No lo creyó oportuno? Y, otra pregunta: ¿Por qué no dio a conocer ninguno de sus otros escritos, algunos realmente admirables? ¿Eran suyos esos papeles o, simplemente, los copió? ¿Cómo sabemos que fue su autor? ¿Por qué Miranda dio a conocer esa carta y silenció los otros escritos de Viscardo? ¿Qué dice, en fin, esta Carta? ¿Tiene, realmente, la gran importancia que se le atribuye?

Empecemos con lo último. La Carta fue conocida por muy personas en América. Miranda la hizo circular todo lo que pudo. Quienes la leyeron no dejaron constancia de su conmoción. Fue uno de los tantos papeles: catecismos políticos, proclamas, denuncias, amenazas, proyectos, insultos que se pegaban en una puerta o se desparramaban en una plaza o en el atrio de una iglesia. La independencia no se alcanzó por estos papeles. Como saben algunos historiadores actuales -no todos- se debió a la convulsión política que sufrió España, tanto en la península como en el continente. El llamado imperio sin rey, el gobierno en manos de Juntas populares. Choques de liberales y absolutistas. Luchas por la Constitución, etcétera. La Carta -para quien la conoce- no pasa de uno de esos papeles que se tiran. Alguien la mencionó, como curiosidad o muestra de erudición. Y no creemos no haya convencido a nadie. El que lo estaba no la necesitaba, y el que no lo estaba no iba a cambiar de ideas por sus argumentos. Mil veces más profunda era la lectura de los otros escritos de Viscardo. La aparición de estos nuevos papeles, por obra y gracia del profesor Merle. E. Simmons, fue un aporte extraordinario, admirable, a la biografía de Viscardo. De un simple ex jesuita, oculto, encerrado quien sabe en qué sórdida habitación de Londres, se transformó, de golpe, en el mejor teórico de la independencia de América. Si el profesor Merle E. Simmons no cree en nuestras dudas acerca de la paternidad de la Carta atribuída a Viscardo, que no crea. Está en su derecho. Nosotros tampoco tenemos las pruebas irrefutables; pero estamos seguros de que el problema Viscardo sigue envuelto en sombras, y que será muy difícil disolverlas. Somos los primeros en reconocer el gran hallazgo de Simmons y en tributarle nuestro aplauso. Y también fuimos y somos los primeros -por no decir los únicos- que, en este campo de la historia preindependencista, hemos planteado charadas que nadie sabe cómo resolver. Las dejamos ahí, sin solución, con sus puntos de interrogación, y leamos, una vez más, la Carta famosa para aquilatar sus méritos, si es que los tiene.

La importancia que empieza por dar el descubrimiento de América podemos firmarla nosotros, que creemos saber algo sobre este acontecimiento, totalmente transformado por nuestras demostraciones. Lo que, inmediatamente, dice de la conquista es una caída en la vulgaridad de los poco saben de historia americana. Habla, filosóficamente, de falta de libertad y otros defectos políticos que él advertía y que otros no tenían en cuenta. Fácil es disertar sobre el amor a la tierra en que se ha nacido, con argumentos elementales, inferiores a los que se divulgan en las escuelas primarias. ¿Por qué no recuerda, el abate Viscardo, el mundo, realmente nuevo, que España levantó en las Indias?

Ni una palabra para la difusión de la lengua española, del cristianismo, de las Universidades, anteriores en un siglo a las norteamericanas, de las imprentas, de los colegios, de las catedrales, de los palacios, de las ciudades, de los caminos, de los puertos, de mil otros hechos que transformaron desiertos y selvas y pueblos antropófagos, desnudos, inferiores a las bestias y culturas admirables que habían caído en la barbarie, en un continente que hoy decide los destinos del mundo, ¿Es ignorancia, es injusticia, es resentimiento y venganza por la herencia perdida?.

Viscardo piensa y escribe como un economista que no sabe bien lo que dice. Habla de lo caras que estaban ciertas mercancías y de lo bajo que debían vender las suyas los americanos. Es un problema que todavía hoy no se ha resuelto y no se sospecha cuándo se resolverá. Nadie ignora en qué estado se hallan las economías de algunos paises hispanoamericanos.

La erudición de Viscardo, en este escrito de continua queja, no es muy profunda. Cita al Inca Garcilaso de la Vega, en el segundo tomo de sus *Comentarios reales*, para evocar un insignificante episodio policial. Se queja, sin duda con razón, por la expulsión de los jesuitas. Trae una insignificante cita de Montesquieu, otra de los comentarios de Gerónimo Blanca y una mención de Antonio Pérez, el traidor, espía y vendedor de los secretos de Estado de Felipe II: todo para explicar que en España avanzaba el absolutismo. Pero el fin de la carta no es llegar a esta conclusión, sino protestar por el extrañamiento de los jesuitas. Toda la carta no es otra cosa que una protesta contra la expulsión. Supone que "la expulsión y la ruina de los jesuitas no tuvieron, según toda apariencia, otros motivos que la fama de sus riquezas". E, inmediatamente, los impuestos. De la independencia habla como de un hecho que impone el mal gobierno español y la distancia que separa América y la península. No hay otros argumentos. Es la venganza de la Compañía de Jesús.

Encontramos una sombra de conocimientos teológicos y filosóficos en un párrafo en que Viscardo defiende los derechos naturales del hombre. Era algo que repetían todos los escritores de ideas liberales, empezando por cualquier teólogo. Viscardo no admitía que el Nuevo Mundo hubiese sido descubierto solamente para que lo tiranizase la España. Esta nación estaba lejos, América era infinitamente más grande. Por tanto, España no tenía derecho

a dominar en América. Como ejemplo, Viscardo ponía a los Estados Unidos que se habían separado de Inglaterra. Esta mención de Gran Bretaña, derrotada por la América del Norte, tal vez haya detenido a Viscardo en la publicación de su *Carta*. Pudo ser una razón, pero no creemos en ella porque Viscardo no publicó ni éste ni ningún otro de sus escritos en toda su vida.

La última muestra de erudición que dio Viscardo fue una diminuta cita del Padre Las Casas. Su información, realmente, no podía ser más pobre. Todo su ideal se concentra en las últimas líneas de su *Carta*: "... América reunirá las extremidades de la tierra y sus habitantes serán atados por el interés común de una sola, grande familia de hermanos".

Enrique de Gandía

BOLIVAR, SU TIEMPO, SUS IDEAS

Es difícil definir el mundo de Simón Bolívar: el que él vivió, el que lo circundó en América y el que se desenvolvió en otras partes de la Tierra. No vamos a hablar del mundo africano, sumido en su olvido; ni del mundo oriental, incluido el Pacífico poco menos desconocido. Quedan el mundo americano y el europeo. En estos continentes el medio siglo escaso que va del 1783 al 1830 es un tiempo tan complejo que el historiador se siente estremecer. Podríamos decir que, en Europa, fue el siglo de Napoleón y de sus primeras consecuencias. En la América hispana ocurrió lo mismo con los nombres de Bolívar y de San Martín. Estados Unidos parece tener una historia aparte. No está aislado de Europa ni de América que habla español y portugués. Es indiferente. Sus relaciones, en especial con nuestra América, no son intensas. Contempla, sin mayor interés, los hechos consumados y los acepta. Reconoce la independencia de las nuevas naciones simplemente porque se han constituído y nadie puede negar su existencia. Lo que cuenta en los destinos del mundo, en aquellos años, es la realidad de los nuevos Estados Hispanoamericanos. Son naciones inmensas. Cualquiera de ellas puede encerrar varios reinos europeos. Sus habitantes son pocos, pero es fácil advertir que aumentan y crecerán cada día más. Hay un fenómeno nuevo, que pronto se hará más intenso: la emigración al Nuevo Mundo de pueblos europeos. América atrae como tierra de libertad. Emigran las familias de Irlanda, de Gales y de otras regiones de Inglaterra, perseguidas por sus creencias religiosas o por el hambre. Emigran, poco más poco menos, todos los pueblos de Europa. El camino de América es el camino, no solo de la libertad, sino de la riqueza. Los pueblos americanos, formados por indígenas, algunos negros y descendientes de españoles, entre los cuales hay mestizos y mulatos, reciben aportes inmensos de razas blancas de Europa, que hablan muchos idiomas y sueñan no volver a sus patrias. Es un fenómeno indiscutiblemente social que trae a América el amor al trabajo, sangres fecundas e ideas también creadoras, tanto en el campo de la política como de la cultura.

España es la primera protagonista. No reconoce la independencia de los pueblos que se le han separado, pero sus emigrantes se dirigen a ellos con sus trabajos y pensamientos. Son hombres de ideas liberales, que huyen de las guerras civiles, que enrojecen la península. La persecución de los apostólicos a los liberales es cruel e inexorable. Un liberal que no oculte sus ideas no puede vivir en España. En Italia ocurre algo semejante. Los patriotas que luchan por la unidad de la península son ahorcados. Tienen que emigrar. Y, por iguales razones de política o de miseria, son infinitos los hombres que pasan al nuevo mundo. Esta inmigración comienza con los primeros años de la independencia y se intensifica en los siguientes. Los nuevos inmigrantes se asimilan a los nativos. Forman un solo pueblo. No

hay diferencias en sus maneras de vida. Muy pronto los extranjeros se hacen americanos. Sus hijos olvidan las patrias de sus padres. América absorbe, une, mezcla e identifica.

Los hombres sólo se dividen por sus partidos políticos, la lucha diaria en favor o en contra de un gobernante.

Esta fusión de pueblos coincide con la intensificación del intercambio comercial. América provee materias primas y compra. En la Argentina se importaba hasta la harina. Lo que abundaba era la carne y todo lo que derivase de ella. En otros paises había otros productos. Los gobiernos no querían o no podían aumentar los impuestos. Sus faltas de fondos les hacían contraer empréstitos. Ningún país americano ha prestado dinero a un país europeo. Fueron los europeos, más pobres que los americanos, los que prestaron a los gobiernos del Nuevo Mundo. Una cuestión de ahorro. El europeo sabe ahorrar; el americano acumulaba animales o tierras. Si tenía dinero lo gastaba en viajes a Europa o en objetos de lujo. Cuando el gobierno le faltaba dinero no aumentaba los impuestos. Eran gobiernos de hombres ricos que hubieran debido pagarlos. Entonces lo pedían prestado. Así se endeudaron los paises hispanoamericanos. Hoy en día, los gobiernos aumentan los impuestos y las deudas. No sabemos cuando las pagarán.

El medio siglo que corre entre el nacimiento y la muerte de Bolívar es un tiempo que une el fin del siglo XVIII a los comienzos del siglo XIX. Es el paso del iluminismo al romanticismo. Estos dos estados anímicos, que forman dos estilos de vida y dos corrientes historiográficas, nacen de fuerzas políticas, de ideas religiosas y de muy distinta información erudita. No se puede comprender el iluminismo si no se comprende su sucesor, el romanticismo, y no se entiende el romanticismo sin tener un concepto claro de lo que fue el iluminismo.

El iluminismo nace, indudablemente, de la libertad de examen y de la crítica histórica que difunde en Europa el protestantismo. La investigación erudita es en muchos autores no católicos un arma para combatir el catolicismo. Los críticos de las escrituras sagradas y los historiadores de los Papas y de la política romana llegan a una culminación en el siglo XVIII.

En este siglo aparecen las grandes síntesis y surge un grupo extraordinario de hombres talentosos que se conocen como los enciclopedistas.

Casi todos viven a un mismo tiempo. Algunos son amigos. Otros, de amigos se convierten en feroces enemigos. Algunos nombres se obscurecen para siempre.

Brillaron en su tiempo y la posteridad los olvidó. Otros sobreviven a los siglos y es difícil que se esfumen. Tales los casos de un Montesquieu, de un Rousseau y de un Voltaire. Sus páginas llenas de luz y de sabiduría, convencen y asombran. No es extraño que los próceres americanos los hayan leído y admirado. Aún hoy, cuando se vuelve a su lectura se siente un soplo de estupor ante su erudición sorprendente, rica, a veces inalcanzable.

Eran hombres que consagraban sus vidas a las bibliotecas, no a los archivos, a lecturas infinitas, que dominaban los autores clásicos, los padres y los doctores de la iglesia. Eran teólogos y filósofos, eruditos y poetas, hombres de plumas elegantes y elocuentes. Los tiempos que les sucedieron no contaron con talentos tan deslumbrantes.

Estos iluministas, principalmente franceses, imitados burdamente en algunos otros paises, tenían, por su especial erudición, una filosofía de la historia que les hacían ver el pasado con unos ojos que no son los de hoy. Su erudición les había enseñado que el catolicismo se había corrompido, que perseguía la ciencia y la verdad, que enaltecía las tinieblas, que había destruído la cultura y la civilización de la antigüedad, que los pueblos orientales y americanos poseían conocimientos muy superiores, anulados por los fanáticos católicos. La Edad Media, período de mil años en que el catolicismo había alcanzado su máximo dominio, pasaba como un largo sueño de tinieblas y de ignorancia, de atraso y de salvajismo. España, país ultracatólico, era el que recibía más ataques y más calumnias. España había hundido las civilizaciones americanas, había deshecho sus monumentos, sus códices, borrado del mundo su maravillosa cultura. Roma, la Iglesia Católica, eran las culpables de esta ignorancia y de estas destrucciones. Ahí estaba la inquisición para demostrarlo. Ahí estaba el Index que prohibía la lectura de miles de autores.

Estas eran las convicciones, esta era la filosofía del iluminismo, del despotismo ilustrado, del siglo de las luces.

La revolución francesa no fue un resultado del iluminismo. Fue un movimiento político, nacido del ejemplo norteamericano, que quería volver a los Estados generales, a un Parlamento y a una Constitución. Lo logró y luego vino el terror. La revolución se guillotinó a sí misma. Fue la vergüenza, el horror, de Europa. Hoy es fácil hablar de excesos de la monarquía y de los nobles, del clero, de los ricos y de otras causas. Lo difícil es defender esa revolución que cada día se nos aparece más indefendible. Lo real es que Napoleón, surgido de ese caos, dio origen a una nueva era. Su dominio de Europa, ingrato a todos los pueblos, despertó sus nacionalismos. Los nacionalismos de cada rincón del Viejo Mundo buscaron en el pasado, en la historia, en los archivos, las fuentes de sus nacionalidades. Se empezó a amar la tradición, lo que luego se llamó folklore; los cantos, las músicas, los cuentos, los recuerdos, las costumbres, los trajes, de otros tiempos. Este estudio llevó a las raices medievales. Y así, de pronto, se descubrió que la Edad Media no había sido una sucesión de siglos de terror y de ignorancia, sino de luz y de sabiduría. El cristianismo no había hundido el paganismo. Había cambiado el modo de pensar de las gentes. Les había enseñado la piedad, el horror al circo de los leones que devoraban a los cristianos, la fe en otra vida, en un Dios y en un alma; la libertad de los hombres para hacer obras buenas o malas, salvarse o perderse en el otro mundo. El arte había dibujado las almas y no los

cuerpos. Al estilo griego y romano había sucedido el románico, el gótico, el renacimiento. En la Edad Media se habían formado las grandes naciones, habían nacido las lenguas neolatinas, los más hermosos poemas, una teología sorprendente, una nueva filosofía, y, al final, la más rica de las literaturas. Navegantes desconocidos habían explorado todas las tierras y todos los mares. Mapas de bellos colores dibujaban continentes lejanos y el que, un día, alcanzaría Colón. Todo lo que se había aprendido en el iluminismo, en esos escritores deslumbrantes por su sabiduría y su cuidado estilo, había sido falso, erróneo, calumnioso. Lo que había surgido de Roma, en cambio, lo que se había escrito, no en latín, sino en las lenguas romances, lo romántico, era lo cierto. Nace, así, lo que se ha llamado romanticismo.

El romanticismo es una concepción opuesta al iluminismo. El romanticismo empieza por desterrar el estilo ciceroniano, clásico, de los largos períodos y de las frases campanudas. La prosa es sencilla y fluída, luminosa y ágil. No acude a imágenes del clasicismo, no invoca a Júpiter ni a Venus. Es natural, preciso, y, sobre todo, es patriota. El escritor romántico es nacionalista. Lucha por la libertad de su patria, por el espíritu de su pueblo y de su nación.

La nación, como diría, más tarde, Renan, es un conjunto de hombres que tienen un mismo pasado y unos mismos ideales. El romanticismo es revolucionario, enemigo de Napoleón, amigo de la Libertad.

No todos los escritores, especialmente hispanoamericanos, supieron distinguir estas dos corrientes historiográficas, de opuesta información erudita y contrarias conclusiones filosóficas. Unos eran iluministas en sus ideas históricas, enemigos de España, calumniadores inconscientes de su historia, y, al mismo tiempo, románticos en su estilo literario. Otros tenían un estilo clásico y una mentalidad romántica. El iluminismo no se ha esfumado del todo. Vive en la actualidad en muchas mentes que no han tenido otra educación. En la América hispana fue aprovechado para combatir a España en su historia lejana.

El absolutismo de los fieles a Fernando VII, de los partidarios de la inquisición, justificaba de sobra los ataques que le dirigían los liberales.

No obstante, en las grandes figuras de la independencia hispanoamericana, desde Bolívar y San Martín a otros próceres menores, no se advierte una influencia excesiva del iluminismo, de ese modo de pensar del siglo XVIII. Hay, en cambio, fuertes brisas del poético romanticismo que ensalzaba la Libertad, el heroísmo, la muerte por la patria. Oficialmente, el romanticismo nace en el año 1830, en el estreno de *Hernani*, de Víctor Hugo, que hizo enfrentar a los románticos con los neoclásicos. La verdad es que existía desde mucho tiempo antes, principalmente desde los comienzos de la era napoleónica, en los primeros años del siglo XIX, en que el gran corso se declaró emperador. Bolívar, indudablemente, fue un romántico. Todas sus ideas son románticas. Además, demostró, en sus críticas a Olmedo, ser un conocedor profundo de la literatura poética y del valor de la poesía, como arte y como

sentimiento. Esteta literario, crítico notable para su época y cualquier tiempo, sintió el romanticismo en su espíritu, en su vida de guerrero, de amante y de soñador, con una fuerza que no se halla en otros personajes de su siglo. Era romántico por sus ideas patrióticas, humanitaristas y liberales. Todos los caracteres del romanticismo vibran en su acción y en su alma. En sus escritos no aparecen los rasgos comunes del clasicismo o neoclasicismo. Inútil es buscar en sus escritos reminiscencias de las letras de Grecia y de Roma, de su mitología o de sus formas literarias. Era un conocedor de los antiguos, pero no un imitador. Su pensamiento era moderno, propio de su tiempo y aún adelantado a su siglo. Fue precursor en muchas ideas. Y no se encastilló en prejuicios ni en localismos. Figura universal dentro de la cultura de Occidente y de la nueva Hispanoamérica. Por ello, en nuestro continente, es el representante máximo del siglo en que vivió.

Un hecho común a los Libertadores, tanto Miranda como Bolívar y San Martín, es que sus proyectos políticos estuvieron destinados a toda la América hispana, al Sud del Istmo de Panamá. Sólo en un proyecto de liberación que se encuentra en el Museo Mitre y ha sido publicado por el Instituto Sanmartiniano, en sus documentos referentes a San Martín, se descubre la visión de toda América hasta la Central como campo de lucha y de independencia. Los Libertadores no concibieron, en sus comienzos, patrias reducidas y aisladas. Sus miras fueron continentales. San Martín y Bolívar no estuvieron en comunicación antes de planear su entrevista en Guayaquil y, no obstante, concibieron un mismo ideal. Por ello se identificaron tan perfectamente en sus propósitos cuando se hallaron y decidieron en Guayaquil la unidad independiente de toda América; La acción de ambos había tenido por miras al continente. Fueron integracionistas, centralistas y continentales. San Martín era hombre de ideas monárquicas. Bolívar amaba la república, pero admiraba las monarquías y los imperios. Ambos sabían que los Estados con dinastías férreas habían durado siglos y alcanzado culturas superiores. Las diminutas repúblicas habían sido pasajeras y débiles. Los Estados Unidos comenzaban su carrera. No se podía prever su futuro. San Martín y Bolívar no lograron lo que soñaron. Combatieron por ideales insuperables y fueron frenados por innúmeras oposiciones.

Bolívar tuvo dos grandes amigos y colaboradores: Santander y Páez. Estos hombres, inspirados como él por el amor a la libertad, fueron por extraña contradicción, causas del fracaso de la Grande América. Ambos, Santander y Páez, se enemistaron. Políticas que eran intereses opuestos. En Nueva Granada no faltaban quienes querían aprovecharse de un suculento empréstito. En Venezuela había otras ambiciones de mando. En todas partes los caudillos dominaban en su ciudad o en su nación disminuída y tiranizada. Bolívar quiso salvar esos obstáculos. Imposible vencer a los malos cuando son muchos y cuando están unidos en un mismo empeño. Los historiadores de América no son todos bolivaristas. En la Argentina hubo contrarios a Bolívar por su pésima información sobre la entrevista de Gua-

yaquil. En el Perú no se olvida la resistencia contra los colombianos y venezolanos. En Colombia se ensalza a Santander y se reflexiona que la Constitución vitalicia no agradó a los principales dirigentes de la nación. En el Ecuador se admira a Bolívar y se justifica el desprendimiento de la nueva república. Otros historiadores ven a Bolívar como un dictador, cuando no un tirano, un ambicioso o un soñador. Alguien ha dicho que quiso imitar a Napoleón -error insuperable-. Otros lo presentan con rasgos neuróticos. La historia desapasionada lo juzga como un extraordinario estratega, un militar ejemplar, y un político de ideas sorprendentes. Su pensamiento político coincidió con el de San Martín, muy diferente a Bolívar y muy semejante en sus ideales americanistas. Ambos detestaron el federalismo. Era la culpa de todos los males que sufría América y de su desunión.

El federalismo fue la locura de América. Bolívar comprendió este estado de animo colectivo, delirante y frenético. Así lo clasificó y así fue, en verdad, el mundo político hispanoamericano. Por algo las revoluciones, que nadie se explicaba. Por algo las dictaduras, que se atribuían a ambiciones de mando personales. Hasta un filósofo como Hegel, cuando habló de América, la miró con desprecio y dijo que era un continente de continuas sublevaciones y guerras civiles. Las guerras civiles se produjeron por los choques que originaban los federalismos. Frente a ellos estaban los centralistas, los unitarios, los partidarios de patrias grandes y no diminutas. En la Argentina, en una triste época política, no faltaron escritores que desnaturalizaron la historia para elogiar a un presidente y al federalismo. Con esta prédica creían enaltecer a las provincias y a sus caudillos, enemigos de Buenos Aires. El federalismo argentino fue un microfederalismo, de provincias muertas de hambre frente a una provincia, la de Buenos Aires, que tenía una de las aduanas más ricas de América. De las entradas de esta aduana, por la cual pasaba el comercio de catorce provincias, de Chile, del Perú y de Bolivia, nada llegaba a las provincias. Era lógico que fueran enemigas de Buenos Aires. Si hubiera triunfado el partido unitario y se hubiera instalado un Congreso, o sea, el mando de todas las provincias por medio de sus representantes, los males propios del federalismo no habrían existido y el gobierno central habría hecho muy pronto una Argentina muy superior a lo que es en la actualidad. Este fue el microfederalismo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. En el resto de América hubo un macrofederalismo. No se dividían provincias, sino Estados, naciones enormes.

Unidas, como quería Bolívar, habrían constituído la nación más grande y poderosa del mundo. Divididas fueron lo que son: naciones respetables, pero inmensamente menores de lo que hubieran podido ser.

Se ha dicho, últimamente, que Bolívar tomó el modelo de su Constitución llamada vitalicia del sistema de gobierno que conoció en Haití. En Haití sigue hasta hoy el sistema de las presidencias vitalicias.

No vamos a juzgar este sistema. Lo que decimos es que Bolívar no imitó el gobierno negro de Petión. Buscó una forma de gobierno que hiciese difíciles, por no decir imposibles, las revoluciones, las luchas por alcanzar altos cargos, las ambiciones y, como consecuencia, las traiciones, las venganzas, los odios, las luchas políticas. Lo que no había existido en tiempos de la monarquía, salvo alguna rebelión contra algún gobernador o impuesto exagerado, se desató de un modo repentino no bien el poder salió del gobierno peninsular para caer en manos de los independientes. En toda América -lo sabe muy bien cualquier historiador continental- las guerras civiles nacieron de improviso. Provincias y caudillos se enfrentaron por motivos que ellos mismos no sabían explicar y que menos conocen los investigadores de hoy. Terminada en un lugar la guerra contra las fuerzas españolas empezaba enseguida otra guerra entre ese lugar y un lugar vecino. La libertad había enseñado a los hombres de América que podían elevarse a los más altos cargos si tenían el voto de sus compatriotas. Así empezó la política, el arte de hacerse entrega el poder por el pueblo. Se leyó a Santo Tomás y a Juan Jacobo Rousseau. Suárez estuvo ausente, pues enseñaba que el pueblo entrega el poder una vez al gobernante y no se lo puede retirar nunca más, salvo por mano de un tiranicida. Tomistas y rousseausistas se olvidaron de sus maestros y sólo supieron que el poder lo da el pueblo o se lo toma al pueblo. Si no había votos había fusiles y espadas, cuando no puñales. Más se pensaba en el mando en algún lugar que en la grandeza de todo el país. La historia se dividió en muchas pequeñas historias. La voluntad del pueblo se convirtió en algo sagrado.

Era lo que se debía obedecer, lo que había que invocar para legalizar o legitimar cualquier movimiento en busca del poder. El pueblo no siempre sabía lo que quería o lo que pensaba. No analicemos el pueblo de aquel entonces, en toda América, ni muchos de hoy en día. El pueblo a veces repite lo que le enseñan los políticos. No sabemos cuando grita ideas propias. Toda democracia tiene siempre, encima suyo, una oligarquía, o sea, el gobierno de unos pocos, que lo dirige. El ideal había sido algo supremo que se quiso conquistar y se conquistó. En alas de la libertad se hicieron muchas cosas buenas y malas. Hoy nadie lucha por la libertad porque, salvo en paises comunistas, no hay uno donde no se disfrute de amplia libertad. Hasta hay libertad para combatir la libertad. En los paises totalitarios no se puede combatir, en cambio, la falta de libertad. En América no se habló tanto de libertad, sino de formas políticas. Las principales eran la federal y la central, dentro del régimen republicano.

Bolívar fue un ardiente republicano centralista. Luchó siempre por gobiernos centrales y fuertes. Defendía la separación de poderes. Era enemigo de un gobierno monócrata o autocrático. Proyectó dos Constituciones. Sus principales fuentes ideológicas fueron Locke y Montesquieu. A los tres poderes montesquianos agregó en Angostura el poder moral y en la constitución para Bolivia, el poder electoral. Propuso dos cámaras, y en el proyecto boliviano

agregó una tercera cámara, la de Censores. Fue en la constitución boliviana que concibió un presidente vitalicio. La justicia era independiente. En Angostura propuso un Senado hereditario. Quería evitar las luchas por la presidencia y demás cargos políticos. Y por ello se echó encima a los políticos. No era militarista a pesar de ser tan extraordinario militar. Ningún cuerpo armado, a su juicio, podía deliberar. Sólo debía obedecer.

Bolívar fue estudiado como legislador. Pensaba constantemente en los pueblos de América. Por ello luchaba y por ellos soñaba. Había que hacer de América, la patria de todos los americanos, un país perfecto. Quería premiar a sus soldados y crear condiciones económicas excelentes para todos los americanos. No hacía demagogia; hacía justicia. Protegía la propiedad.

El 2 de enero de 1814, Bolívar pensó en la conveniencia de reunir en una sola nación Venezuela y la Nueva Granada. Al mismo tiempo se preguntó porque toda la América meridional no se uniría bajo un gobierno único y central. Esa unión era necesaria para resistir las agresiones que pudiese intentar la ambición europea. La guerra de dos mundos había comenzado. Al coloso había que oponer otro coloso formado por "la reunión de toda la América meridional bajo un mismo cuerpo de nación". Un solo gobierno central podía aplicar sus grandes recursos a un solo fin que "es el de resistir con todos ellos las tentativas exteriores". Interiormente se multiplicaría la mutua cooperación. Así América llegaría "a la cumbre del poder y la prosperidad".

Este era el gran ideal de Bolívar: toda América unida en una Santa Alianza que hiciese frente a la Santa Alianza europea. Europa llevaba la esclavitud a los paises que conquistaba. América luchaba por la libertad de todos los hombres. Eran dos fines muy diferentes, opuestos, que empezaban a debatir el destino del mundo. América aparece, con Bolívar y San Martín, como la campeona de los derechos naturales del hombre, de la libertad suprema de todos los seres.

Por este ideal, que Europa no comprendía y combatía, los Libertadores dieron la libertad a un continente. Para llevar a cabo ese propósito grandioso, como no tuvo otro continente ni otra nación en la historia de la humanidad, era preciso que América fuese una, con un solo gobierno y un solo pensamiento. Si lo había tenido en tiempos de la monarquía española, durante trescientos años, bien podía tenerlo en esos momentos en que América estaba en manos de los americanos. América tenía un mismo origen, una misma lengua, unas mismas costumbres y una misma religión. Era lógico que tuviese "un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan que formarse". Los nuevos gobiernos republicanos debían fundarse entre los límites de los antiguos virreinatos, capitanías generales o presidencias. Era el uti possidetis juris que surgía como fundamento del derecho hispanoamericano. Los nuevos Estados serían los viejos virreinatos, las viejas gobernaciones, las viejas intendencias, todos unidos en una inmensa federación con un gobierno central y único que rigiese el Nuevo Mundo.

Bolívar llevó a cabo esta unión americana cuando se encontró con San Martín en Guayaquil. la entrevista tuvo por fin unir Colombia y Perú. Además debían adherirse Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata. Un tratado previo, firmado antes de la entrevista, aseguró la unión del Perú y de Colombia con las firmas de Mosquera y Monteagudo.

La unión estaba hecha. Sólo faltaba que los Congresos de ambos paises ratificarán el acuerdo, la unidad de una gran parte de América. A ella le seguirían Chile y otros paises. La Argentina no firmó ese tratado, sino otro. Los constructores de esta inmensa nación fueron, por tanto, simple amistad.

Bolívar y San Martín. Y el nacimiento fue en la entrevista de Guayaquil. Momento grandioso, supremo, en la historio de América. Historiadores mal informados, pasiones infundadas, tergiversaron este hecho asombroso y magnífico y lo sumieron en sombras y leyendas durante más de un siglo y medio.

Nosotros lo esclarecimos para siempre.

En Europa todo se hacía por la tiranía; en América, por la libertad. Así lo decía Bolívar a Santander. A una Santa Alianza europea había que oponer una Santa Alianza americana. Este fue el ideal del Congreso de Panamá.

Un historiador eminentísimo, el doctor Salcedo Bastardo, en una obra que ha merecido, con la mayor justicia, el primer premio en un concurso internacional de la Organización de los Estados Americanos, ha mostrado cómo Bolívar consideró y llamó hermanos a todos los paises de América. En estas páginas de hermosa y rica erudición queda demostrado que el pensamiento bolivariano veía como hermanas a todas las naciones de América. A todas correspondía la libertad y si alguna carecía de ella, como el Paraguay, se proponía, no conquistarla, sino hacerle disfrutar de la libertad eliminando los obstáculos que la combatían.

Bolívar fue un precursor de Alberdi, de Sarmiento, de Urquiza, de Mitre y otros muchos argentinos que defendieron la inmigración en América de pueblos europeos, sanos y trabajadores. Invitó a los extranjeros de cualquier nación y oficio a establecerse en América bajo la protección del gobierno, con la garantía de la seguridad individual y el sagrado derecho de propiedad. Sus primeras ideas sobre inmigración de extranjeros datan de 1813. En este año ordenó que los extranjeros que se hallaban en el ejército fuesen declarados ciudadanos venezolanos. No tuvo nunca prejuicios raciales ni religiosos. Todos los hombres eran iguales y libres. Había que mezclar las sangres para unirlas. Años más tarde, en la Argentina, otros grandes pensadores sostuvieron las mismas ideas. América para la humanidad.

Bolívar era un gran militar, un hijo de la guerra, y, al mismo tiempo, un político que soñaba con una federación universal de naciones. Se anticipó a los proyectos de las modernas sociedades de las naciones, naciones unidas y otras especies de confederaciones internacionales que nunca han mostrado una trascendencia apreciable y permanente. Los Estados debían

tener gobiernos centrales para asegurar su orden interior, y federarse internacionalmente para aumentar la fuerza del continente. América era, para Bolívar, un continente que haría sentir su poder, especialmente contra la esclavitud, en Africa y en Asia. También en esto acertó en forma maravillosa. nadie ignora que, hoy en día, América hace inclinar la balanza del mundo en el sentido que ella quiere.

En su discurso de Angostura insistió: "Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa". Lo repitió hasta el último instante de su vida.

Fue el hombre que más luchó en América por la libertad e igualdad de los negros y de los indios. Odió la esclavitud y la combatió con toda su energía. Al mismo tiempo luchó por la difusión de la instrucción. "Un pueblo ignorante -decía- es un instrumento ciego de su propia destrucción". Libertad de los esclavos, igualdad de todos los hombres, educación e instrucción también para todos los seres humanos. La ley de las leyes era la igualdad. La Constitución para Bolivia hacía libres a todos los esclavos. A sus antiguos dueños, el Estado les daría una indemnización.

las ideas religiosas de Bolívar no han sido tan discutidas como las de San Martín. En la Argentina se ha querido destruir la condición masónica de San Martín con una teoría nueva, desconocida en otras partes del mundo, que presenta a la masonería de San Martín, Belgrano y otros próceres, como una sociedad que usaba los mismos ritos, las mismas ceremonias y los mismos signos de la masonería y no era masonería. Es exacto que hubo masonería y, al mismo tiempo, otras muchas sociedades políticas, con otros nombres, que no eran masónicas y hasta estaban en lucha con ella. Pero en el caso de la masonería de San Martín, Belgrano y otros, las discusiones deben suspenderse frente al testimonio de hombres que pertenecían a esa masonería y decían bien claro que eran masones y su sociedad era la masonería, exactamente con estas palabras. Bolívar fue masón en su juventud, como han reconocido sus biógrafos más destacados, pero sabido es que se alejó de ella y llegó a combatirla en no pocos momentos. San Martín nunca dejó de ser masón y mantuvo sobre esta condición un silencio propio de masones perfectos. sabido es que recomendó al general Miller no tocar el tema de las sociedades secretas, o sea, de la masonería. En cuanto a la fe cristiana o católica de Bolívar y San Martín sus escritos los revelan como indudables católicos, pero un tanto fríos o indiferentes, cuando no volterianos, es decir, irónicos, ante ciertas creencias que no eran dogmas, sino tradiciones piadosas. San Martín hablaba en broma de la Virgen del Carmen en su correspondencia con el otro gran masón Tomás Guido y no han faltado historiadores que, confundiendo la ironía con la fe, le atribuyeran una devoción especial por esa Virgen. Bolívar, amante de Voltaire y de los enciclopedistas, era igualmente un católico superficial. Condenó al clero fanático que enseñaba al pueblo que el terremoto de Caracas era un castigo del cielo por la oposición a los españoles; pero se hizo amigo de otro clero

que, años más tarde, apoyó sus ideas políticas. Hubo, así, un entendimiento entre el clero y Bolívar que los convirtió en aliados. Sabido es que se lo vió, alguna vez, durante la misa, leer, con gran interés, *El Correo del Orinoco*. En cuanto a San Martín decía en broma que si lo hicieran obispo arreglaría muchas cosas y que bastaba dar una buena suma al Vaticano para lograr un concordato...

El gran afán que Bolívar mostró toda su vida para difundir y elevar la educación lo encontramos en otros próceres americanos: en Belgrano, en San Martín y otros. Era una reacción contra las limitaciones que a las lecturas había impuesto la inquisición. Los enciclopedistas, empezando por Rousseau, Voltaire y otros, tan prohibidos y condenados por la inquisición, fueron los más leídos precisamente por esas condenas. Sabemos que Moreno, en 1810, tradujo casi todo el *Contrato social* de Rousseau, exceptuando las partes en que atacaba la religión, y que Belgrano donó una fuerte suma que le fue asignada como recompensa para que, con ella, se fundasen escuelas. San Martín igualmente se preocupó por la educación. En toda América ocurría lo mismo. Era la reacción, repetimos, contra la obscuridad que la Iglesia se había empeñado en imponer por temores excesivos. Notorio es que la inquisición dejó de existir con los primeros pasos de la guerra civil de liberales contra absolutistas.

La cultura de América en los años de la independencia era la de Europa en ese tiempo. Los catálogos de las bibliotecas del período monárquico, también llamado colonial, muestran largas listas de títulos de obras impresas en Europa y que trataban de los temas más diversos. El estudio de las tesis de los alumnos que, en las Universidades, aspiraban a un título de doctor, en jurisprudencia, en teología o en ambos derechos, desvirtúa la vieja creencia de que el estudio de las ciencias físicas y naturales estaba excluído de los claustros universitarios. En este aspecto no había diferencia de lo que se estudiaba en Europa. Algunos memorialistas o escritores políticos americanos de aquel entonces, dejaron dicho que sólo se discutía de teología y hasta ridiculizan esta pasión que consideraban de ignorantes o atrasados. Cuando se penetra en los programas de estudio o se leen las tesis presentadas se descubre que muy pocos estudiantes de nuestras universidades serían hoy en día, capaces de presentar obras semejantes. En algunas materias, como las humanísticas, podríamos decir que eran más profundos y eruditos los doctorandos de aquel entonces que los de la actualidad. Por otra parte, basta consultar los escritos de aquellos hombres de comienzos del siglo XIX y fines del XVIII para descubrir largas listas de autores que hoy nadie lee y apenas se conocen de nombre. Es indudable que los estudiantes de hoy manejan obras que en aquel entonces no existían y que quienes, en estos días, estudian electrónica o energía nuclear no habrían podido hacer lo mismo en aquel tiempo... Hay que colocarse en cada época para apreciar debidamente cada instante. Los hombres de la América que luchaba por su independencia tenían una cultura comparable a la de quienes se declaraban sus contrarios. Tal vez fuese mayor en los

que se llamaban liberales por afición a leer obras que los índices de Roma veían con horror. Este sólo hecho nos permitiría sostener que los liberales que no temían la inquisición eran más cultos que los ultramontanos; pero no vayamos tan allá. Todos lo eran y quienes carecían de cultura o eran analfabetos eran ignorantes lo mismo de este lado del Océano que del otro lado. Lo indudable es que las luces del siglo XVIII, con todas sus concepciones equivocadas -y no eran pocas- iluminaron por igual la Europa vacilante en su fe que la que alardeaba, como España, de su ciego amor a los dogmas.

El doctor Salcedo Bastardo ha hecho notar muy bien una característica de la historia social y política de nuestra América. Cuando vino la independencia los hombres del continente se separaron en dos extremos: uno era el de la federación que subdividía los pueblos a lo infinito; el otro era el de las dictaduras de caudillos o presidentes que dejaban de ser vitalicios cuando la muerte o una revolución los arrancaba del poder. Es un doble fenómeno que no falta en ningún rincón de nuestra América.

Entre estas dos tendencias, había otros hombres, un tercer grupo, también diseminado en el Norte y en el Sud, que se llamaba de los centralistas o unitarios, partidarios de una Constitución. Los constitucionalistas de América todavía no han sido estudiados en un análisis comparativo. Había constitucionalistas y constitucionalistas: unos, como Bolívar, querían armonizar un gobierno democrático con una estabilidad fija, permanente, de un presidente vitalicio y un senado hereditario. Otros establecían límites de tiempo a la duración de los gobernantes. Los enemigos de la patria americana eran los que no ansiaban ninguna Constitución. Así eran los federales llamados "apostólicos", de la Argentina, o los dictadores, a lo Rosas, que preferían un país dividido, sólo por pactos interprovinciales o de gobernadores. De este modo, la ciudad y el puerto de Buenos Aires podían apropiarse las rentas de la Aduana, la más rica de América.

La separación de España, el hundimiento de la férrea maquinaria administrativa española, que mantenía un mundo en perfecto funcionamiento político, económico, social y espiritual, sin crisis, sin revoluciones, sin herejías, sin descontentos populares, nos lanzó a todo lo que antes había sido reprimido o evitado: levantamientos, descontentos, protestas, guerras civiles, ensayos de constituciones y de sistemas de gobierno, pobreza, atraso, ignorancia, tiranías, presos políticos, confiscaciones, odios y rencores que claman venganzas.

Esta fue la llamada contrarrevolución. Es una continuación del estallido político que significó la independencia. La ruptura con España fue la guerra civil, primero, e internacional no bien se proclamaron las independencias de las nuevas patrias americanas. Ese caos, en que se mezclaba la lucha contra el español y entre los políticos que se arrebataban el poder fue nuestra historia: una historia que parece larga y es breve, que dura poco más de un siglo, es decir, tres generaciones, y alcanza a nuestros abuelos y padres y a nosotros mismos. No

estamos lejos de los hombres que hicieron la independecia. Los vemos, en los documentos de aquellos tiempos, con inquietudes y sueños que no difieren mucho de los nuestros. En algunos instantes parecen los mismos. En aquel entonces, en medio de tantas luchas e inquietudes, existía el temor a la Santa Alianza europea. Los viejos reyes querían que en América también existiesen monarquías. Era la única madera de volver al orden, a los tiempos de España, aunque no existiese el gobierno español. El miedo al republicanismo y a sus consecuencias era grande. América, para Europa, era el mayor peligro que podía existir en el mundo. Antes de la renuncia de Carlos IV, que dejó el continente más rico de la tierra en un caos político, donde peleaban los partidarios del Consejo de Regencia de Cádiz y los sostenedores del sistema de las Juntas populares españolas, no se concebía, ni sueños, lo que vino después: nuevas naciones republicanas que eran un ejemplo terrible para los políticos europeos que pretendían reproducir en sus patrias el constitucionalismo norteamericano. Era el comienzo del fin para los reyes absolutos, para los derechos divinos, para las dinastías que contaban con siglos en sus pedestales. Un cambio como jamás se había concebido. Peor que la república de Platón, con todos sus desvaríos. Era una nueva Utopía, una Ciudad del Sol, un gobierno que algunos llamaban de locos y que estaba al otro lado del mar, en naciones inmensas, muy superiores a las de Europa. Había comenzado un duelo, el de dos mundos, el europeo y el americano. Y los dos se temían grandemente: Bolívar, lo dijo muchas veces, temía los ataques de la Santa Alianza y estaba dispuesto a hacerles frente y derrotarlos. Los viejos reyes sabían que ese ejemplo democrático y republicano prendería en sus pueblos y cambiaría las ideas de sus súbditos. Temían, por tanto, a la América insurrecta. Si no hubiese existido el mar, la historia del mundo se habría precipitado en abismos inimaginables. Napoleón surgió como un rayo y pasó, también, con la velocidad del rayo. Su trayectoria será estudiada por siglos. América apareció de pronto, con Bolívar y San Martín y las legiones de políticos que se adueñaron de todos los destinos.

Los tronos de Europa han ido cayendo y en sus lugares se impusieron sistemas que son la negación de la libertad y de la justicia, que encadenan el pensamiento, que prohiben el ahorro, la propiedad, la herencia, el trabajo de acuerdo con la voluntad de cada cual, que llevan al poder no a los más capaces, sino a los que más prometen, engañan y mienten.

Este es el drama de nuestro tiempo. Drama en que los terrorismos, los secuestros, los asesinatos, las violencias más inauditas, como las locuras de los viejos nihilistas, pretenden arrasar la tierra para construir sobre las ruinas un mundo mejor, un mundo de hijos muertos que nadie sabe como será. Bolívar es el escritor y el político que mejor describió el caos americano que siguió a la independencia. América es un tumulto, nos dijo. Es un cuadro espantoso de desorden sanguinario. Todo era espanto y locura. Vino la ruina económica, la desorientación política, el futuro incierto. Hoy vemos a Bolívar, con su Constitución y con

sus ideas, con su comprensión perfecta del estado social que vivía América, como al político que mejor interpretó aquel tiempo, no sólo en los paises donde actuaba, sino en los restantes de América, como la Argentina y Chile. Su información era excelente. Leía los diarios de toda América, tenía amigos y corresponsales que le daban noticias ciertas. Los políticos no pensaban en la patria; pensaban en sí mismos. En vez de crear riqueza mendigaban empréstitos. En vez de aumentar impuestos para hospitales, escuelas y caminos, los aumentaban para pagar intereses. Economía que no ha variado mucho en el término de siglo y medio.

Un mal que ensombreció los ideales de Bolívar fue la existencia, en nuestra América, de tantos grupos históricos. Somos un continente mucho más grande que Europa. Y si Europa, desde hace más de dos mil años, está dividida en tantas nacionalidades, en tantos odios recíprocos, guerras y amenazas continuas, América tiene desde los tiempos prehispánicos, grupos étnicos profundamente diversos y nacionalismos que se detestan. Estos nacionalismos, con sus raíces autóctonas, existían desde antes de la independencia. La separación de España los exasperó. No se han investigado las causas de estas oposiciones. Fácil es dar respuestas inmediatas. Difícil es explicar los hechos en sus raíces profundas y en sus explosiones inesperadas. Lo real es que existieron y existen. Bolívar trató de combatirlos. Imposible vencerlos. Terminar con el dominio español fue infinitamente más factible que impedir los choques nacionalistas. Los años los han aumentado. Cortesías internacionales los disimulan. La verdad es que unos pueblos odian a otros pueblos. Todos tienen sus buenas razones para justificar antipatías. Resentimientos históricos, cuestiones de límites, rivalidades o competencias económicas, diferencias de razas, envidias recíprocas por bellezas o progresos que un país tiene y otro no tiene. Etcétera. Lo indudable es que las asperezas que crean, en la política viviente de nuestra América, los nacionalismos o, mejor dicho, las fricciones que surgen de estos nacionalismos, hacen un daño inmenso a la unidad que tanto persiguieron Bolívar y San Martín, por sólo citar a los grandes campeones de la unidad americana.

Lo que hemos ganado, con nuestros nacionalismos, es sembrar divisiones, aislamientos y odios. La Argentina, tal vez, sea el país de menos resentimientos en América. Tiene el orgullo de su historia, de su grandeza y de sus avances económicos y culturales; pero no tiene odio a los vecinos ni a ningún pueblo de la tierra. Por nacionalismo entiende el amor a la nación, a sus leyes y a su libertad. Este nacionalismo es un internacionalismo concentrado en una colectividad. En ella es imposible hallar una persona que no tenga antepasados de dos o más nacionalidades, europeas o americanas.

Los descendientes de indígenas hace siglos que están mezclados con otras muchísimas razas. Esto es ser argentino. La argentinidad no tiene rencores, no tiene envidias, no tiene antipatías, ni desdén hacia otras patrias porque en ellas están sus antepasados, sus escudos, sus genealogías. Los hombres del mundo han hecho a la Argentina y por ello todos son nuestros

padres o nuestros abuelos. Mucho de esto sucede también en otros paises americanos; pero nadie ignora que todos tienen algún resquemor contra el vecino por algo que uno considera justo y el otro injusto. Es lo que, en tiempos de Bolívar dividió América, lo que trajo su disolución como patria inmensa de todos los americanos. Los caudillos de entonces, los que quisieron, y lo lograron, ser presidentes de trozos de la patria común, nunca lo comprendieron. Y si lo comprendieron prefirieron el triunfo de sus ambiciones al triunfo de la patria continental.

Aún hoy, historiadores de Colombia, por ejemplo, justifican la oposición que en su país se hizo a Bolívar por la Constitución llamada vitalicia. Esa Constitución, que enterraba por un tiempo las ambiciones presidenciales de unos pocos hombres, habría hecho la unidad de una América más poderosa que cualquier otra nación de la Tierra. ¿Qué era y qué sería preferible, entonces y ahora: pequeñas patrias para que unos personajes llegaran a presidentes o una patria grande como el continente y poderosa como ninguna en la superficie del planeta?. La miopía o el error de los políticos disolventes, enemigos de sus vecinos, que excluían a Haití, por ejemplo, porque era un país de negros y olvidaban la protección salvadora que había dado a Bolívar, llegaba a límites inconcebibles a cualquier persona sensata. Había que crear patrias pequeñas para dominarlas mejor. No había que pensar en una patria inmensa gobernada por un Congreso con representantes de todas las regiones de América. El ejemplo de la Argentina, que aún defienden algunos rosistas absurdos, es clarísimo. Un Congreso, una Constitución, una presidencia, una capital, habrían puesto a una misma altura a las catorce provincias y, entre ellas, a la de Buenos Aires.

Los caudillos habrían perdido sus poderes absolutos en sus provincias y la de Buenos Aires habría tenido que repartir las rentas de su aduana entre las catorce provincias. No es extraño que todos gritaran "Viva la Federación" y mueran los salvajes, asquerosos, inmundos y locos unitarios que querían unir el país, hacer de él una sola y fuerte nación. Los integracionistas de América eran combatidos. Bolívar lo fue por todos los federalistas del continente. Los unitarios de la Argentina lo fueron por sus compatriotas provincianos que preferían sus ventajas personales a una patria magnífica. Lo extraño es que todavía hoy, en nuestra tierra y en otros paises del continente, no se comprendan estos hechos o se trata aún de defender a los disolventes de otros tiempos y se polemice con quienes dicen estas verdades.

No debe sorprender que Estados Unidos, Gran Bretaña y otras naciones europeas hayan puesto en juego sus influencias para dividir a los paises hispanoamericanos y no para unirlos. A nadie, en el mundo, convenía una América poderosa, más aún que los Estados Unidos. Era una América que, unida, hacía temblar los viejos reinos. El Congreso de Panamá, creado por Bolívar para enfrentar a la Santa Alianza europea, fue debilitado por quienes más hubieran debido reforzarlo. Se le tuvo miedo y se le anuló. Desde entonces, todos los Congresos panamericanos, minados y traicionados por influencias nefastas, han tenido el mismo fin.

VIDA SECRETA DE SAN MARTIN

LOS ORIGENES

El general José de San Martín es uno de los personajes de la historia americana cuya vida ha sido más discutida. Es también una de las vidas que tiene, en apariencia, más misterios. Estos misterios dejan de serlo si se les examina serenamente, a la luz de una documentación inobjetable y con un puro sentido crítico. El mayor inconveniente que halla en su estudio la vida de San Martín es la tradición de los viejos historiadores. Estos historiadores, empezando por Mitre, han hecho trabajos dignos del más alto y continuo respeto; pero los prejuicios que a ellos los envolvieron han sido heredados por los historiadores que les sucedieron y ha costado y cuesta mucho trabajo romper moldes y disipar leyendas y errores. El respeto a los errores pasados, que con el tiempo se convierten en tradiciones patrióticas, ha llegado en la Argentina y en América a un grado tal de sectarismo que los primeros investigadores que se han atrevido a decir ciertas verdades, han sido perseguidos como enemigos de la patria. Hay una resistencia al cambio -ley sociológica bien conocida- que vence los esfuerzos mejor intencionados. La resistencia a cualquier innovación que disipa conceptos petrificados no sólo se encuentra en lectores comunes, sino en instituciones sabias, en diarios y en profesores eminentes. En el futuro se les mirará con lástima, si es que se recuerda sus nombres; pero, entretanto, amargan las existencias de los historiadores honestos, llenan de obstáculos sus caminos y luchan denodadamente para mantener en pie las antiguas sombras.

La desconfianza de los tradicionalistas a veces resulta justificada. En su obstinación, en su testarudez, en alguna oportunidad han impedido improvisaciones y audacias revolucionarias de historiadores inexpertos, deslumbrados por hallazgos repentinos. El estudioso desapasionado no debe dejarse arrastrar por teorías o suposiciones que no estén fuertemente documentadas. La historia nunca es suposición, siempre debe ser certeza; la certeza no se alcanza con imaginaciones, con inducciones ni con deducciones: se logra con la base de documentos indiscutibles. Cuando esta documentación no existe, todo lo que se supone es, con seguridad, un error; cuando la documentación es patente, puede hablarse con tranquilidad.

Es por estas razones que los intentos de demostrar que San Martín no había nacido en el año 1778, en Yapeyú, sino en otro año o en otro país, en el Uruguay, han caído en el vacío. La no existencia de la partida de bautismo de San Martín no invalida las referencias personales que traen otros documentos. No creemos que este punto vuelva a tocarse mientras no aparezcan pruebas que muy posiblemente no surjan nunca. Tampoco es posible seguir repitiendo que San Martín estudió en el glorioso Seminario de Nobles, de Madrid. Los registros de alumnos no mencionan el nombre de San Martín. En cambio, figura inscripto desde

muy niño en el regimiento de Murcia, donde comenzó su verdadera carrera militar. Estos pormenores, que aún afean no pocos manuales y obras de divulgación, no tienen mayor importancia frente a otros hechos que la moderna historia de las ideas ahonda severamente para explicar el origen de la gesta sanmartiniana y de la verdadera independencia de América.

LAS IDEAS POLITICAS DE SAN MARTIN

Los historiadores no siempre se han ocupado de las ideas políticas de San Martín. No obstante, hay que conocerlas porque ellas explican su vida y sus ideales. Mientras San Martín vivió en España, los políticos españoles se combatían con dureza. Estaban los partidarios del viejo rey Carlos IV, de su mujer Luisa de Parma y del favorito Manuel Godoy, Príncipe de la Paz. Estaban sus contrarios, que ponían sus esperanzas en el joven Príncipe de Asturias, más tarde Fernando VII. Estaban los afrancesados, que veían con placer la sustitución de la decaída dinastía de los Borbones por la brillante y poderosa de los Bonaparte, y estaban los legitimistas, los tradicionalistas, los fieles a Fernando, que no concebían que el pueblo español admitiese a un rey intruso, a un rey que no habían elegido y no contase con la aprobación de las Cortes. Estaban los absolutistas, partidarios de un gobierno despótico, en manos del rey, fuese Carlos IV o fuese Fernando VII, que miraban con horror cualquier intento de Constitución, y estaban los constitucionalistas, como Jovellanos y tantos otros, que soñaban con una reorganización del reino español y una Constitución que pusiese límites al poder del soberano y reconociese nuevos derechos a los españoles. Por último, estaban los católicos a machamartillo, los partidarios de la inquisición, los que habían logrado el regreso de los jesuitas, y estaban los liberales los anticlericales, los masones, que combatían con todas sus armas el clericalismo estrecho y la inquisición. Por último, estaban los enemigos de todo sueño separatista de los americanos y los que juzgaban inevitable una separación de América y España para que en el Nuevo Mundo hubiese libertad de conciencia y de ideas políticas y una Constitución. Los separatistas imaginaban una América libre y unida, con un monarca que sería un descendiente de los incas o un príncipe europeo.

San Martín era masón, de ideas constitucionales y anticlericales, respetaba el catolicismo como religión, pero detestaba la inquisición. Era monárquico y soñaba una América libre y unida. No creía en la eficacia del gobierno de Carlos IV o de Fernando VII. Además, era hombre de cultura y hablaba el francés a la perfección, sin que se sepa, con seguridad, donde lo aprendió tan bien.

Enrique de Gandía

LOS PARTIDOS POLITICOS EN BUENOS AIRES

La política internacional europea y americana creó partidos políticos en Buenos Aires. Es otro aspecto de nuestra historia que los estudiosos corrientes han descuidado. No hablamos de los partidos políticos durante la colonia: los partidos y los enemigos de los jesuitas, los defensores del Príncipe de la Paz y sus enemigos, etcétera, sino de los partidos que surgieron con la lucha de los españoles en contra de Napoleón (Revolución del 2 de mayo de 1808 en Madrid).

Había hombres que esperaban un triunfo y un regreso de Carlos IV y del Príncipe de la Paz y hombres que habrían dado la vida para que no volviesen ni uno ni otro. Había hombres que consideraban una suerte que hubiese terminado la dinastía borbónica y empezase la de los Bonaparte. había hombres que conspiraban para entregar estas tierras a Gran Bretaña como un protectorado. Había hombres que llamaban a la infanta Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII y mujer del regente de Portugal, para que viniese a reinar en Buenos Aires como reina de toda la América española. Había hombres, como los del partido de Martín de Alzaga, que querían convertir el virreinato en una república independiente. Había hombres que consideraban lógico y justo suspender a las autoridades existentes y crear una Junta de gobierno, como las de España, que gobernase en nombre de Fernando VII hasta que un Congreso resolviese qué se debía hacer en el presente y en el futuro. Y había ambiciosos, mediocres, que soñaban ocupar el sillón del virrey, ser reconocidos como un virrey más, por cualquier gobierno de la península, y seguir como siempre, sin Congreso, sin Constitución, sin autogobierno del pueblo para el pueblo y por el pueblo.

San Martín no tuvo oportunidad de alinearse en ninguno de estos partidos porque llegó a Buenos Aires en 1812 con ideas políticas bien definidas.

SAN MARTIN Y LA MASONERIA

El problema de si San Martín era masón o no era masón ha inquietado a muchos espíritus. Hace unos años, algunos historiadores, movidos por el propósito preconcebido de demostrar que San Martín no fue masón y que la masonería argentina de la época de la independencia no era masonería, sino un conjunto de políticos que utilizaban los procedimientos masónicos para entenderse, sostuvieron esta extraña tesis. La invención, antihistórica, por no decir absurda, que hizo sonreír a los verdaderos masones, fue aceptada por los historiadores empeñados en demostrar una tesis indemostrable y aún cuenta con partidarios que la defienden por principio y por órdenes superiores. La publicación que hicimos nosotros de las monumentales memorias del general Tomás de Iriarte -la obra autobiográfica más extensa del mundo y el aporte documental, inédito, de mayor trascendencia en este siglo de historia americana- terminó con todas las dudas: Iriarte habla de la masonería del tiempo de San Martín y del suyo propio como de la verdadera masonería. Las confusiones de quienes supusieron teorías imposibles sólo pueden ser repetidas por semidoctos o polemistas de mala fe. El masonismo de San Martín fue confesado por él mismo cuando declaró al general Miller que, por el secreto que le imponía su orden, no podía hablarle de la acción de las sociedades secretas. La masonería de Bélgica acuñó una medalla en su honor y se la entregó personalmente. Se encuentra en el Museo Mitre y es la única que nos hace conocer el perfil de San Martín. La documentación, enorme, en que San Martín habla de "la sociedad", de "los amigos", etcétera, -todos términos masónicos que nadie puede discutir- prueba hasta la saciedad que aquella masonería era masonería y que San martín era un perfecto masón. No traemos otras pruebas, que exhibió magistralmente Barcia Trelles en sus luminosos estudios sanmartinianos, porque es simplemente innecesario.

La comprobación, el conocimiento, de que San Martín era masón, en otros tiempos escandalizaba y aterrorizaba a espíritus suspicaces y temerosos. Hoy, la tolerancia que ha nacido del Concilio Vaticano II hermana a todos los creyentes en Cristo y permite hablar de un tema a historiadores no masones, como nosotros, que antes no se atrevían a tocarlo o no tenían autorización para estudiarlo.

LA LOGIA NUMERO 5 DE CADIZ

Los historiadores de la Argentina y de América no han hablado nunca de la Logia Número 3 de Cádiz hasta que nosotros hicimos notar su existencia en un extenso estudio sobre Mariano Moreno, réplica al libro *Año X*, de Hugo Wast, que publicaron casi simultáneamente las Universidades del Litoral y de Bahía Blanca. Más tarde reprodujimos ese estudio en nuestro libro *Mariano Moreno: su pensamiento político* y ahora resumimos nuestra demostración. El conocimiento de esta logia gaditana es imprescindible para comprender no sólo la vida oculta de San Martín, sino una de las fuerzas más poderosas que actuaron en la política hispanoamericana de la independencia.

Todos los historiadores se han referido, con lujo de palabras inútiles, a la logia de Londres, la Gran Reunión Americana. La mayoría de los historiadores han atribuido la fundación de la logia londinense a Francisco de Miranda y han dicho que esa logia "era matriz de la de Cádiz". Así escribe, por ejemplo, el gran Bartolomé Mitre en su clásica *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*. Agrega Mitre que, en esa logia, Bolívar juró en manos de Miranda y que San Martín y sus compañeros fueron iniciados también en ella en el quinto y último grado. Barros Arana, mejor informado por Andrés Bello, escribió que San Martín fue el fundador de la asociación, pero Mitre lo refutó diciendo que padecía un error. No seguimos la huella de todos los repetidores. Hoy sabemos algo definitivo por un documento que dio a conocer el historiador español José Guillén y Tato, Director del Museo naval de Madrid, en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (Santiago de Chile, segundo semestre de 1960, año XXVII, núm. 63). Fuimos los primeros, repetimos, en analizar el contenido de este documento. Revela lo siguiente:

El corsario de Puerto Rico *San Narciso*, llamado también *El Valiente Rovira*, apresó el 3 de enero de 1812 el bergantín inglés *La Rosa*, cuyo sobrecargo era Juan Brown y cuyo capitán era John Moake. Iba de Londres a Caracas y llevaba cuatro cartas del venezolano Luis López Méndez, agente de la Junta de Caracas en Londres, y dos de Carlos de Alvear.

Las cartas de Alvear son una revelación extraordinaria en la historia de la masonería hispanoamericana y demuestran un hecho inesperado: la Gran Logia de Londres, que se suponía fundada por Miranda o por San Martín, lo fue, en cambio, por Carlos de Alvear. En una de sus cartas, Alvear escribe a su "hermano" don Rafael Mérida, que "me hallo aquí acompañado de los hermanos que en oficio indico" y añade: "Pienso salir el mes que entra con los Hermanos arriba expresados para Buenos Aires, y desde allí comunicaré a usted lo que ocurra ..."

Inmediatamente agrega: "Aquí he establecido una Logia para servir de comunicación con Cádiz, Filadelfia y ésa, como también para que encuentren abrigo los Hermanos que

escapen de Cádiz ..." Anota los nombres de unos masones que iban a huir de Cádiz y le dice: "Si usted no puede desde esa comunicarme lo que ocurre directamente a Buenos Aires, puede hacerlo por la vía de Londres, remitiéndoselo al Hermano López Méndez, diputado de esa capital, que creo probablemente quedará de Presidente de esta Sociedad". Acompaña varias listas de masones y en una se lee: "Lista de los hermanos admitidos en la Sociedad de Caballeros Racionales Número 7". Eran los siguientes: "Manuel Moreno, natural de Buenos Aires, Luis López Méndez, idem de Caracas; Andrés bello, idem de idem, y el marqués del Apartado, idem de idem".

Tenemos en las palabras transcriptas la declaración rotunda de Alvear de que fue quien fundó la logia número 7 de Londres: "Aquí he establecido una Logia para servir de comunicación con Cádiz ..." El hombre que la estableció no fue Miranda, como han creído y creen tantos historiadores, ni fue San Martín, como creyeron Bello y Barros Arana, sino Alvear, como nunca se dijo. Presidente de la logia quedó López Méndez, venezolano. Sabemos, también, quiénes fueron los masones admitidos en la logia de Londres.

La fundación de la logia de Londres tiene una importancia inmensa en la historia secreta de la independencia hispanoamericana. A ella se le han atribuido infinidad de resoluciones. Todo lo que se diga de ella y no esté documentado, con documentos a la vista y no con imaginaciones, suposiciones, deducciones, etcétera, no pasará de fantasías despreciables en estudios serios. No debe volver a repetirse que fueron Miranda o San Martín los fundadores. La fundación por resolución de Alvear vuelve a confirmarse en otra carta al presidente de la Logia número 4, fechada en Londres el 28 de octubre de 1811. En ella le dice que "habiendo llegado a esta ciudad con los Hermanos Zapiola, San Martín, Mier, Villa Urrutia y Chilavert, hemos fundado por orden de la Logia número 3 una con el número 7, y hemos recibido a los Hermanos que acompaño en la lista que va con el número 4. Queda de Presidente de la Logia número 3 el hermano Ramón Eduardo Anchoris ..."

La Logia número 3 de Cádiz fue, por tanto, la que dio vida a la Logia número 7 de Londres que tantos historiadores supusieron fundada por Miranda. La logia de Cádiz databa del año 1802, como hace constar Bernardo O'Higgins en sus recuerdos. Es indudable que se trataba de una logia masónica, como confirman otros documentos, y que sus miembros, como Alvear, San Martín, Holmberg, Zapiola y otros, eran perfectos, incuestionables, masones.

LA LOGIA LAUTARO

Los mismos historiadores que sostuvieron, con una falta de conocimientos y sentido crítico sorprendente, que San Martín no era masón y que la masonería a la cual pertenecía no era masonería, sino alguna otra cosa que ellos mismos no saben definir, afirmaron, con igual inconciencia, que la Logia Lautaro fundada por San Martín y Alvear en Buenos Aires no era masónica, sino una sociedad política que se disfrazaba con símbolos masónicos.

Ahora bien: la Logia de Cádiz, número 3, tenía por nombre Logia de Caballeros Racionales. El general Enrique Martínez, gran masón que actuó en 1810 y años posteriores, recuerda en sus memorias que en 1812 "llegaron de Europa S.A.Z.C. (San Martín, Alvear, Zapiola y Chilavert) que traían encargo de establecer la Sociedad de Caballeros Racionales cuya fundación había sido hecha en Santa Fe de Bogotá ..." Martinez, afirma, rotundamente, que "a esta Sociedad se incorporaron todos los masones y toda la parte civil, militar, eclesiástica y el comercio, y se ramificó con tal velocidad que ya nada se hacía en las provincias sin que fuese de acuerdo de ella". San Martín fue en Mendoza "el venerable", es decir, el jefe. La masonería "hizo que se reuniese el Congreso de Tucumán y declarase la independencia y nombró Director a Pueyrredón ..." El viejo general José Matías Zapiola dio al general Mitre unos informes que coinciden perfectamente con los datos que consignan las cartas de Alvear. No hay una sola contradicción. Zapiola refiere que la sociedad de Londres "estaba relacionada con la de Cádiz y otras y que en esa ciudad conoció a los personajes que menciona Alvear en las cartas capturadas por el corsario español.

No hay duda, como síntesis, de que la Logia de Londres fue fundada por Alvear, son la colaboración de sus amigos San Martín y otros, por orden de la logia de Cádiz, y que esos mismos hombre crearon la logia masónica Lautaro de Buenos Aires.

LA INFLUENCIA DE LA POLITICA NAPOLEONICA

Hemos demostrado que San Martín fue masón y actuó en la logias de Cádiz, de Londres y de Buenos Aires. Cabe ahora una pregunta que mucha gente se ha hecho y no ha tenido respuesta o, mejor dicho, las pruebas de la respuesta. ¿Por qué San Martín dejó España y pasó a América? Se ha contestado que San Martín se fue de España para luchar por la independencia de América. Las pruebas de este aserto eran sus campañas militares y sus ideales. Eran hechos vistos *a posteriori*, no eran documentos que explicasen el porqué de esos hechos.

Mitre fue el primero en referir que San Martín pudo salir de España gracias a la ayuda del noble escocés lord Macduff, conde de Fife, y del agente diplomático Carlos Stuart: "pudo obtener un pasaporte para pasar subrepticiamente a Londres". Un historiador muy posterior, bien conocido, basado en la palabra subrepticiamente, imaginó que San Martín huyó de España disfrazado. Por fortuna, José Pacífico Otero descubrió en el Archivo Militar de Segovia la autorización que se le otorgó el 6 de septiembre de 1811 para partir a Lima. No tuvo necesidad, por tanto, de disfrazarse ni de acudir al conde de Fife para lograr un pasaporte, como se ha venido sosteniendo. Recibió del gobierno español sus papeles en regla, con un excelente informe sobre su vida y su conducta y el 14 de septiembre de 1811 se embarcó en Cádiz rumbo a Londres. Ya sabemos que con él iban otros amigos, todos masones, y que llevaban el encargo secreto, de la logia número 3 de Cádiz de fundar otra en Londres con el número 7.

Nos hallamos en un instante de la vida de San Martín que constituye uno de sus grandes secretos y que los historiadores no descubrieron hasta que nosotros exhibimos los documentos correspondientes. José Pacífico Otero, en su monumental obra sobre San Martín, escribe que el futuro Libertador "declaróse desde un principio partidario de aquella libertad que España desconocía y que, sin embargo, buscaba para sí en lucha épica con un déspota". Es ésta una hermosa frase, pero un poco anacrónica. En 1811 todavía no estaba en juego ninguna libertad americana ni España desconocía ningún derecho de los americanos. En cambio, acierta Otero cuando, frente al insondeable misterio de su decisión, confiesa su curiosidad; "¿Cómo y por qué medios llegó San Martín a esta evolución ideológica y doctrinal a la vez?". Otero supone que San Martín llegó a ella "por instinto y por propia comprensión de los acontecimientos". Y agrega: "Es ésta una página de su vida sobre la cual pocos son los pormenores que conocemos ..."

Empezamos por saber que la masonería tuvo en San Martín, en estos meses, una influencia enorme. Lo sabemos por los documentos del corsario español, que hemos analizado, y por lo que declara el mismo San Martín en una carta al mariscal Castilla del 11 de sep-

tiembre de 1848. "En una reunión de americanos en Cádiz -dice San Martín- sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etcétera, resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de empeñar".

La "reunión de americanos en Cádiz" es la logia número 3 que conocemos gracias a la documentación del corsario. Pero la resolución que los llevó a regresar cada uno al país de su nacimiento no se debió al cálculo, profético, adivinador, de que se había de empeñar una lucha. Se debió, como veremos, a causas más poderosas que una suposición o intuición acerca de un futuro que nadie podía imaginar. Fue la adhesión a un política que no era por cierto española, sino francesa, y que San Martín y sus acompañantes conocieron gracias a la acción que entonces desempeñaban las logias masónicas. Debemos aclarar que la masonería entonces estaba dividida en dos grandes ramas que respondían a influencias muy diferentes. Una rama respondía a la influencia inglesa; la otra, a la francesa, dirigida por Napoleón. Esta rama, la masonería de orientación política francesa, tenía en Cádiz muchos masones que se comunicaban constantemente con los masones españoles. Son elocuentes los documentos que se refieren a estos contactos.

Hemos sido los primeros en revelar a los estudiosos de estos temas que San Martín y sus compañeros salieron de España de acuerdo con un perfecto plan napoleónico-masónico. Los documentos divulgados por nosotros han causado sensación, pero algunos historiadores tradicionalistas, que no se resignan a renunciar a enseñanzas infantiles, han querido quitarles valor. El encadenamiento de lo que ellos revelan con el conocimiento que ahora tenemos de las actividades masónicas de la logia número 3 de Cádiz, de San Martín, Alvear y otros "amigos", de la logia número 7 de Londres y de la logia Lautaro de Buenos Aires, les da una importancia trascendental. Además, hay que unir estos hechos a la política napoleónica referente a América y al partido francés que existía en Buenos Aires. Estos puntos históricos han sido siempre un misterio o un simple desconocimiento en la historia argentina y el hecho de haber sido nosotros quienes llamamos la atención sobre ellos nos trajo solapadas oposiciones.

NAPOLEON Y AMERICA

El estudio de la política napoleónica en América cuenta con excelentes estudios. Carlos Villanueva le dedicó un trabajo fundamental hace años. Nosotros escribimos un libro sobre *Napoleón y la independencia americana*. En pocas palabras, podemos resumir el problema. La guerra civil que existía en España entre liberales y tradicionalistas, por una parte, y afrancesados y partidarios de la nueva dinastía de los Bonaparte, representada por el rey José I, hermano de Napoleón, que reinaba en Madrid, inquietó profundamente a las provincias y colonias americanas y las llevó a una guerra civil paralela en que se enfrentaron los partidarios de juntas o gobiernos locales y los sostenedores del Consejo de Regencia que desde Cádiz pretendía gobernar sobre toda América. Antes de que se realizaran estos hechos y en años sucesivos, hasta el 1812, Napoleón consideró muy seriamente el destino de los virreinatos y gobernaciones de la América española. Podían caer en manos de Gran Bretaña, su mayor enemiga; podían convertirse en un refugio de la familia real española, que él había aprisionado, o de sus descendientes, y ser, en todo tiempo, un enemigo poderoso de Francia; podían transformarse en un reinado de la infanta carlota Joaquina de Borbón, hermana de Fernando VII y mujer del regente de Portugal: otros enemigos suyos que no le perdonarían jamás la conquista de Portugal y su huída al Brasil; podían caer bajo la influencia norteamericana y, por último, podían ser un campo de expansión de Rusia, otra enemiga suya, que había instalado fuertes en California y había tratado con Miranda la posible invasión de la América española.

Para evitar estas soluciones, que habrían redundado todas en perjuicio de Francia, Napoleón trató de que los americanos reconociesen al rey José y envió con esta misión a no pocos emisarios al Nuevo Mundo (No olvidemos al marqués de Sassenay que vino a Buenos Aires en tiempos de Liniers). El triste fin de todos los emisarios y el convencimiento de que los hispanoamericanos no aceptarían nunca, salvo grupos de excepción, a un rey ilegítimo, impuesto por la fuerza, que el pueblo español no había elegido ni confirmado, hizo pensar a Napoleón en la única salida que tenía el caos español y la guerra civil americana: la independencia del Nuevo Mundo para que no perteneciese a los Borbones, ni a Gran Bretaña, ni a Portugal, ni a Estados Unidos, ni a Rusia; y fuese, por el contrario, una inmensa nación o un conjunto de naciones totalmente independientes. Es así como envió a hacer propaganda en favor de la independencia y a luchar por ella a San Martín y a los demás masones de la logia número 3 de Cádiz.

Enrique de Gandía

LA REVELACION DE MARIANO CASTILLO

Mariano Castillo había nacido en Buenos Aires, vivía en Londres y trabajaba como espía del ministro Jorge Canning para averiguar las intenciones y actividades de los españoles e hispanoamericanos que en Inglaterra podían tener ideas favorables a Napoleón. Se ha supuesto que fue un jesuita expulso. De él existen unos documentos que hizo copiar en el Archivo del Foreing Office de Londres el ministro argentino Luis L. Domínguez y que sus descendientes donaron al Archivo General de la Nación Argentina (División Nacional, Sección Gobierno, Gran Bretaña, Copia de documentos del Archivo de Londres, Donación de la Sucesión Luis y Carlos Domínguez ... S.I., C.4º, A.4, nº 3). También se halla una traducción en el Archivo General de Indias, de Sevilla (Sección IX, Estado, América General, Legajo 13). Esta copia la recibió el embajador español Fernán Nuñez del Vexconde de Castlereagh y la envió a Ignacio de la Pezuela, en el Perú, desde Londres, el 26 de agosto de 1812.

El primer documento de Mariano Castilla es una carta del 13 de agosto de 1812, fechada en Londres, en Lack Place, Queems Elms, y dirigida a Roberto P. Staples, representante de los comerciantes ingleses de Buenos Aires que se hallaba momentáneamente en Inglaterra. Está escrita en inglés. La hemos reproducido en parte en nuestro libro citado *San Martín: su pensamiento político* (Buenos Aires, 1964). Vamos a glosarla. Empieza Castilla por referir que en el pequeño buque *George Canning* habían embarcado quince o veinte pasajeros que, no bien llegados encontraron los medios para acomodarse en el ejército. Castilla suponía que el navío había llegado a Buenos Aires en el mes de febrero de 1812. En realidad, como es notorio, San Martín y sus amigos masones embarcaron en Londres en enero de 1812 y llegaron a Buenos Aires el 9 de marzo. No eran quince o veinte personas, sino menos. Los nombres conocidos son los de Francisco Vera, Francisco Chilavert, Carlos de Alvear, Antonio Orellano y Eduardo Holmberg, el artillero, además de San Martín.

Fueron saludados por *La Gaceta* de Buenos Aires con palabras en que se explicaba a los lectores que esos "individuos ... han venido a ofrecer sus servicios al gobierno y han sido recibidos con la consideración que merecen por sus sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la patria". Sabido es que con ellos venían también José Matías Zapiola y otros señores no mencionados por *La Gaceta*. Volviendo a Castilla, no dudaba que Staples debía haber observado los cambios que habían tenido lugar en el sistema político no bien llegados esos viajeros. Y agregaba: "I am informed by persons interested and whom are now in London that those passengers were sent and supplied with money by the French Government, the negotiation was opened by the Aide de Camp of Marshall Victor some time a prisioner in Cádiz, but who was liberated and sent to France at the secret instigation of the before mentioned gentlemen". En español: "He sido informado por personas interesadas y

que se encuentran ahora en Londres que esos pasajeros fueron enviados y proveídos de dinero por el Gobierno francés, la negociación fue incitada por el edecán del mariscal Víctor, durante un tiempo prisionero en Cádiz, el cual fue liberado y enviado a Francia por secreta instigación de los antes mencionados caballeros".

Estas líneas constituyeron una revelación valiosa. Nos dicen que los pasajeros de la *George Canning*, o sea, San Martín y demás masones, partieron por encargo u orden del Gobierno francés, el cual los había proveído de dinero. El edecán del mariscal Víctor, durante su prisión en Cádiz, se había puesto en contacto con San Martín y sus amigos. Nos consta que el edecán francés era masón. Su entendimiento con los otros masones fue rápido. Lo pusieron en libertad, pasó a Francia y se organizó el viaje. Añadimos que los contactos de españoles y de franceses por medio de la masonería fueron confesados por Carlos de Alvear en más de una oportunidad.

Mariano Castilla agrega que, entre los pasajeros, se hallaba un barón alemán, oficial de ingenieros y, si no estaba mal informado, llevaba consigo despachos del emperador francés. Había también un coronel San Martín, que había sido ayudante y principal partidario del desaparecido marqués de Solano, gobernador de Cádiz. Castilla no tenía la menor duda, por su pasada conducta, que estaba a sueldo (*is in the pay*) de Francia, y era un enemigo de los intereses británicos, "pero lo que me confirmó en mi opinión del predominio de los intereses franceses en el consejo de Buenos Aires es la elección del general Pueyrredón en el gobierno ejecutivo".

La revelación de un San Martín masón y pagado por el gobierno francés para dirigirse a la Argentina puede ser discutida, pero no destruída. Nada tiene de inverosímil dentro de la política de aquellos momentos. Castilla empezaba a señalar y a destacar el predominio que tenía el partido francés en Buenos Aires y lo demostraba el hecho de que Pueyrredón había entrado a formar parte de la Junta ejecutiva, o sea, del llamado Triunvirato.

Otras cosas decía Castilla: por una carta que había recibido y otras que había visto, dirigidas al señor Aguirre y al señor Caldevila y además otros señores, "parece que la elección de Pueyrredón fue asegurada por la aplicación de unos miles de dólares, que puede usted estar seguro debe haber sido dinero francés, porque en Buenos Aires no se habría hallado a nadie que hubiera gastado su dinero en favor de Pueyrredón".

El francesismo de Pueyrredón fue confesado por él mismo en una serie de cartas que publicó la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y que no es posible discutir. Castilla expresa a Staples que Pueyrredón era el autor de la correspondencia con los ministros del rey José que un señor Cooke le había dado para traducir. "Este es el Pueyrredón -agregaba- que era llamado el hombre de confianza y el amigo en el cual se podía confiar ..."

Había, pues, en Buenos Aires, un partido afrancesado. Hemos ido más hondo en este problema en el tomo III, *Las ideas políticas de los hombres de Mayo*, de nuestra *Historia de las ideas políticas en la Argentina.*

LOS INFORMES DE ROBERTO P. STAPLES

Roberto P. Staples, como dijimos, era el representante de los comerciantes ingleses de Buenos Aires. Vivió largos años en esta ciudad. El 18 de noviembre de 1813, desde Buenos Aires, escribió a Hamilton, esquire, para decirle, entre otras cocas, que los pasajeros llegados en el velero *George Canning*, desde Inglaterra, San Martín, Alvear y el barón de Holmberg, se encontraban entre los hombres más destacados de Buenos Aires. "El primero mandaba la caballería; era particularmente un hombre activo y había adquirido popularidad. El segundo mandaba que en una carta suya del pasado mes de abril de 1812, al Foreing Office de Londres, "podía encontrar que esas tres personas le habían sido presentadas como pertenecientes a los intereses franceses. Ellos tenían gran influencia en Buenos Aires; pero aún no se podía establecer una opinión definitiva. Si llegase una fuerza francesa que alejase el temor de tropas provenientes de España, la situación que ellos tenían los habría hecho formidables".

El temor a los franceses era grande en Buenos Aires, pero en la ciudad no faltaban sus partidarios. Los ingleses lo sabían y no dejaban de informar de todo ello al gobierno de Londres. Lord Strangford, ministro inglés en Río de Janeiro, también obtenía sus informes. Manuel Aniceto Padilla y, principalmente, Saturnino Rodríguez Peña, eran sus mejores informantes. En un memorial anónimo que recibió antes del 25 de mayo de 1810 puede leerse lo siguiente: "Los procedimientos del virrey Cisneros no son menos alarmantes. Su Excelencia está bien al corriente que mientras persigue a las personas que se supone que se hallan en los intereses de la princesa del Brasil, mantiene una interrumpida amistad con los jefes del Partido de la Independencia, como Alzaga, Villanueva y el resto. Combine este hecho con la circunstancia de haber ofrecido Bonaparte la independencia a nuestras colonias y el resultado será obvio".

El informante de Lord Strangford vinculaba la invitación a hacerse independientes que Napoleón había ofrecido a los americanos con el partido que en Buenos Aires -el partido del calumniado e incomprendido Martín de Alzaga- trabaja, secreta y abiertamente, por la independencia. El informante hacía pensar a Lord Strangford en el peligro que podían representar tantas fuerzas unidas. Sabido es que ese informante, sin duda Saturnino Rodríguez Peña, era un enemigo de la independencia y un ferviente partidario de la infanta Carlota Joaquina. Lo indudable es que en Buenos Aires existía un partido afrancesado y que San Martín y sus amigos, por medio de la Logia número 3 de Cádiz, de los Caballeros racionales, había llegado con la misión napoleónica y masónica de luchar por la independencia de América.

Staples todavía hacía saber a su gobierno y al vizconde de Castlereagh, el 22 de junio de 1812, que en Buenos Aires el partido francés había ganado muchas influencias y que cuando la popularidad inglesa decayó, fueron enviados despachos a Francia por intermedio

de Norte América. El mismo general José Manuel de Goyeneche había renovado las negociaciones sobre principios franceses.

Cuando Napoleón cayó, la noticia causó profunda impresión en Buenos Aires y en todas partes donde había afrancesados. Gervasio Antonio de Posadas, que simpatizaba con Napoleón, comprendió que la política debía cambiar fundamentalmente y que era necesario volver a acercarse a los antiguos reyes de España, Carlos IV y Fernando VII. Así se lo escribió a San Martín el 18 de julio de 1814: "El maldito Napoleón la embarró al mejor tiempo; expiró su imperio, cosa que los venideros no creerán en la historia, y nos ha dejado en los cuernos del toro. Yo soy de parecer que nuestra situación política ha variado mucho, y que de consiguiente deben también variar nuestras futuras medidas".

La masonería ya no recibiría influencias de Francia ni Napoleón podría alentar a los separatistas americanos. Inglaterra, la nación que más ayudó a España a mantener la unión con los americanos y más instó a los americanos a no separarse de España, logró, por la presión de Lord Strangford, que el gobierno argentino enviara a Londres a Rivadavia, Belgrano y Sarratea con una increíble misión. Los representantes argentinos debían ofrecer a Carlos IV y a Fernando VII el gobierno y la posesión de estas tierras, debían, en una palabra, cumplir los juramentos de Mayo de fidelidad a Fernando VII. Los representantes realizaron su misión, pero pidieron al rey Fernando una condición, sin la cual no se llegaría a ningún acuerdo: un gobierno democrático, liberal y constitucional. Fernando VII se negó y Belgrano informó de ello al Congreso de Tucumán que declaró la independencia de las Provincias Unidas de la América del Sud el 9 de julio de 1816.

LAS CONSPIRACIONES DE 1812

En el año de 1812, en que San Martín y sus amigos masones llegaron de Londres, hubo dos auténticas y poderosas conspiraciones en Buenos Aires y una conspiración imaginaria. El Triunvirato de Rivadavia, Pueyrredón y Chiclana ignoró las dos conspiraciones auténticas y se encarnizó en una conspiración que nunca existió. Las conspiraciones reales fueron la de Posidonio da Coste y su grupo de comerciantes portugueses y algunos españoles, que pretendían traer a la infanta Carlota Joaquina a reinar en Buenos Aires, y la de San Martín y otro grupo de políticos criollos que respondían al clamor de la ciudad indignada por el autoritarismo despótico del Triunvirato y, en especial, de Rivadavia.

La historia tradicional conocía una revolución auténtica, la que estalló el 8 de octubre, y suponía real la atribuída a Martín de Alzaga. la de Posidonio da Costa era por completo ignorada. Hoy, gracias a nosotros, se sabe la verdad acerca de estos hechos complejos y obscuros.

Posidonio da Costa, viejo capitán portugués, gordo, rico, y defensor fanático de la causa santa de la infanta Carlota, conspiró secretamente para lograr sus fines. Se puso de acuerdo con el general portugués que se hallaba en el Uruguay para que invadiese Buenos Aires e hiciese posible el reinado de la infanta.

El triunvirato de Rivadavia, Pueyrredón y Chiclana oyó hablar de probables conspiraciones. Alzaga había dado origen, en 1809, con su revolución del primero de enero, de tan insospechados propósitos separatistas, a una serie de leyendas. Se decía de él que quería matar a todos los españoles que tuviesen más de siete años de edad y otras fantasías que circulaban entre negros y gente baja. Estas leyendas fueron repetidas al ser ejecutado un emisario de Goyeneche que visitó en Buenos Aires al obispo don Benito de la Lué y Riega. El Triunvirato tomó sus medidas. En primer término encargó a un sacerdote que envenenase al obispo don Benito y luego procedió a extorsionar a Alzaga, para salvarse, intentó esconderse, pero pronto fue descubierto, interrogado y, a las pocas horas, fusilado y colgado en la Plaza de la Victoria. El hombre que había salvado dos veces a Buenos Aires de las invasiones inglesas y había proyectado, por el primero, la independencia argentina y un gran congreso en el cual resolver los problemas de la nueva nación, y aprobar una constitución había sido muerto por orden principal de Rivadavia. Pueyrredón se había opuesto a esas ejecuciones absurdas, en que fueron asesinados unos cuarenta inocentes, acusados por enemigos personales, de ser contrarios a la dictadura rivadaviana, pero había tenido que rendirse a la prepotencia de Rivadavia y firmar nuevas sentencias de muerte. Lo indudable es que la conspiración de San Martín y sus amigos masones fue adelante y, no bien terminadas las últimas muertes, estalló el 8 de octubre de 1812. El Triunvirato fue barrido. Rivadavia y San

Martín quedaron, desde entonces, eternamente enemigos. En cambio estrecharon su amistad Pueyrredón y San Martín. Los unían su condición de masones y sus ideas afrancesadas.

La revolución del 8 de octubre de 1812 hizo posible la Asamblea de 1813, integrada en su mayor parte por viejos masones, que separó la Iglesia y el Estado, abolió la inquisición y los instrumentos de tortura y tomó una serie impresionante de medidas antimonárquicas y liberales.

LAS IDEAS RELIGIOSAS DE SAN MARTIN

Se ha discutido si San Martín era un perfecto católico, un deísta, un ateo. Cada historiador ha querido llevar el agua a su molino. Algunos estudiosos, convencidos por el testimonio elocuente que exhibían, sostuvieron que San Martín era un perfecto católico, ferviente devoto de la Virgen de las Mercedes. En efecto: en una carta que San Martín escribió a su amigo Tomás Guido, conocido masón, el 3 de octubre de 1816, le rogó que le contase lo que ocurría en Europa y le dedicase "media hora cada correo, que Dios y Nuestra Madre y Señora de las Mercedes se lo recompensarán". Con este documento -incomprendido en su ironía- fue fácil divulgar y probar que San Martín era un católico devoto. Los que así lo hicieron eran desconocedores de una ineludible documentación histórica o simples polemistas de mala fe. Pasaron por alto u ocultaron los testimonios que aquí vamos a reproducir.

El 6 de abril de 1830, cuando se supo en Bruselas que la Sala de Representantes rosistas había hecho gestiones para relacionarse con Roma, San Martín volvió a escribir a Guido con estos términos: "¿Están en su sana razón los representantes de la provincia para mandar entablar relaciones con la Corte de Roma en las actuales circunstancias? Yo creía que mi malhadado país no tenía que lidiar más que con los partidos, pero desgraciadamente veo que existe el del fanatismo, que no es un mal pequeño; afortunadamente nuestra campaña se compone (con razón de su educación) de verdaderos filósofos, y no es fácil empresa moverla por el resorte religioso. ¿Negociaciones con Roma? Dejen de amortizar el papel moneda y remitan un millón de pesos y conseguirán lo que quieran".

Estas líneas nos hacen saber qué pensaba San Martín respecto a los intentos de acercamiento con Roma. Los despreciaba y creía innecesarios. Hablaba de los gauchos como de verdaderos filósofos que tenían la suerte de no estar en contacto con la religión y suponía que se podía comprar a la "Corte" romana con un millón de pesos. Los católicos sabemos que así no habla un hombre de nuestra religión.

En la misma carta, San Martín agrega: "Yo ya soy viejo para militar; hasta se me ha olvidado el oficio de destruir a mis semejantes; por otra parte, tengo una pecotilla (y no pequeña) de pecados mortales cometidos y por cometer; "sinda mais". Usted sabe mi profundo saber en el latín, por consiguiente esta ocasión me vendría de perilla para calzarme el obispado de Buenos Aires; y por este medio no sólo redimiría todas mis culpas, sino que, aunque viejo, despacharía las penitentes con la misma caridad cristiana como lo haría el casto y virtuoso canónigo de Navarro de feliz memoria. Manos a la obra, mi buen amigo; yo suministraré gratis a sus hijos el Santísimo Sacramento de la Confirmación, sin contar mis oraciones, por su alma, que no escasearán. Yo creo que la sola objeción que podrá oponerse para esta mamada es mi profesión; pero, los santos más famosos del almanaque, ¿No han

sido militares?. Un San Pablo, un San Martín, ¿no fueron soldados como yo, y repartieron cuchilladas sin que esto fuese un obstáculo para encasquetarse la mitra? Basta de ejemplos".

Un buen católico no se expresa en esta forma irrespetuosa, no se considera capaz de "calzar" el obispado de Buenos Aires y no declara que despacharía a las penitentes como lo hacía un buen canónigo. Tampoco dice que administraría "gratis" el sacramento de la confirmación, que le dedicaría, en broma, sus oraciones, y que hubo santos -lo cual es bien cierto- que repartieron cuchilladas.

En los párrafos finales de esta carta tan reveladora de los verdaderos sentimientos que San Martín tenía por el catolicismo, le dice a Guido. "Admita usted la santa bendición de su nuevo prelado, con la cual recibirá la gracia de que tanto necesita para libertarse de las pellejerías que le proporcionará su empleo". Es el hombre que se burla de los obispos, de sus bendiciones y de la gracia.

En otra carta a Guido, del primero de noviembre de 1831, San Martín escribe: "La guerra fratricida que tanto ha deshonrado y destruido esas desgraciadas provincias es concluida. Gracias sean tributadas al gran Alah por tan señalado beneficio. El haga (como se lo pide con todo fervor este vil gusano y gran pecador) que la paz sea de tan larga duración como cuenta siglos el curso del majestuoso Río de la Plata". En vez de dar gracias al Dios de los cristianos, San Martín las tributa al gran Alah. Un católico, un deísta, no escriben de este modo. San Martín no pide a Dios una larga paz. La pide a Alah, el dios de los musulmanes.

El 6 de diciembre de 1852, San Martín escribió nuevamente a Guido. Había sabido que el fanatismo religioso había aumentado durante el gobierno rosista y quería tener informes seguros. "Dígame usted con franqueza -rogaba a Guido- a qué grado se halla en nuestra patria la tolerancia religiosa, pues por los rumores que corren parece que la cosa iba "muy mal, mi amigo. Hemos tenido libros quemados, matrimonios deshechos entre protestantes y católicos, y otras mil maravillas. El espíritu de este país resiste esas medidas antisociales y la fuerza que las apoya es insignificante para sostenerla. El gobierno ha tenido que prestarse últimamente a la creación de un templo de presbiterianos y con él son ya dos de distintas comuniones cristianas que existen en Buenos Aires".

San Martín oscilaba entre el deísmo y el ateísmo, era masón y se burlaba buenamente del catolicismo, de los obispos, de sus bendiciones y del Papa, a quien suponía fácil de comprar con un millón de pesos. No atacó nunca a la Iglesia ni al clero. No fue como Esteban Echeverría, que ansiaba ver arrasada la Roma pontificia. San Martín era un volteriano que sonreía frente a las ceremonias y a las creencias del catolicismo. Al final de su vida dedicó su sable a Rosas porque creyó, engañado, que defendía la independencia de la patria; pero no volvió nunca a la Argentina porque no podía soportar la tiranía rosista. No era federal, y además, se le hacía irrespirable el ambiente católico de Buenos Aires.

Estas conclusiones no agradarán a ciertos espíritus estrechos. Son lo que dicen los documentos, las palabras firmadas por San Martín. Ojalá otras pruebas destruyan estos testimonios y creen una nueva y definitiva visión interna del Padre de la Patria.

LA IGNORANCIA DE ALGUNOS SANMARTINIANOS

En agosto de 1968, la revista TODO ES HISTORIA dedicó un número al "Otro San Martín". Nuestra colaboración *La vida secreta de San Martín* ha sido refutada ocho meses más tarde, en el número 14 correspondiente al mes de abril de 1969, por el coronel Leopoldo R. Ornstein. Esta refutación nos obliga a una contrarréplica. "Tenemos la obligación de defender la memoria de San Martín de ataques que la desnaturalizan y la rebajan". El coronel Ornstein "ha dado una nota discordante con un inoportuno e irritante injerto, basado en sofismos tan burdamente urdidos, que no merecería ser tenido en cuenta si no se quedase como saldo amargo la pretensión de un historiador argentino de poner en tela de juicio la grandeza moral del Padre de la Patria. No debemos olvidar que una cosa es humanizar a un prócer transportado al Olimpo por el amor y el patriotismo de un pueblo agradecido, y otra muy distinta es difamarlo, pretendiendo desplazarlo del pedestal erigido por la veneración de ese mismo pueblo". Esto es lo que el coronel Ornstein "no supo discriminar al publicar su artículo, con lo cual ha lastimado la sensibilidad patriótica de la mayoría de sus lectores y, además, desvirtuó el buen propósito de la Dirección de la revista. Tal extravío es el motivo de estas refutaciones".

El articulista a que nos referimos cree un delito presumir o afirmar que San Martín era masón y escribe que esta suposición es una infamia. Ello permite deducir que todos los grandes hombres argentinos que fueron masones, como Saavedra, Belgrano, Castelli, los Rodríguez Peña, Mitre, Alberdi, Urquiza, Sarmiento y tantos otros eran unos infames. El coronel Ornstein puede pensar lo que quiera. Nosotros reverenciamos a masones tan ilustres y, en primer término, a San Martín. Nuestro contradictor se indigna que mostremos unas cartas en que San Martín no se revela como un perfecto católico y afirma que con esta exhibición atentamos contra la gloria del Gran Capitán. Nosotros seguimos convencidos que ser un tanto volterianos no disminuye la gloria de nadie. Por último, el coronel Ornstein juzga un ataque a San Martín la vinculación de su ideal de dar la independencia a la América española con el mismo propósito que agitó intensamente la política napoleónica. Para defender su tesis, el coronel Ornstein comete más de cincuenta errores históricos. Vamos a demostrarlos para dejar en pie la verdad histórica y para que los jóvenes argentinos comprueben cómo escriben y distorsionan la historia ciertos historiadores. No nos mueve contra el coronel Ornstein ningún resentimiento por su réplica. Muy bien sabemos que estamos solos en nuestros estudios históricos y que sólo el tiempo nos está dando la razón. Además, somos colegas en la Academia Nacional de la Historia. Nosotros admiramos su obra de profundo conocedor de las campañas militares de San Martín. El sigue una vieja escuela histórica que los nuevos

descubrimientos han enterrado definitivamente. Nosotros revisamos el pasado con la letra de los archivos y las más severas comprobaciones. Esta es nuestra diferencia.

ERROR Nº 1

El coronel Ornstein sostiene que, en la época de San Martín, "la masonería no era mal vista por la Iglesia Católica. Tan es así -continúa- que numerosos eclesiásticos se afiliaron a ella y hubo varios que usaron sobre sus hábitos las insignias correspondientes a su jerarquía masónica. Fue recién en el año 1884 cuando el Papa León XIII prohibió toda afiliación a aquella institución".

No vamos a decir: esto es mentira, ni usar palabras impropias de una polémica elevada. Emplearemos el término que menos pueda herir o molestar: inexactitud o error. Pues bien: esto es un error inconcebible en un hombre que tiene una cultura y se atreve a hablar de estos temas. El Papa León XIII, en su encíclica *Humanum Genus*, del 20 de abril de 1884, rectifica al coronel Ornstein y le dice: "Dióse el primer aviso del peligro el año 1738 por el Papa Clemente XII, cuya Constitución confirmó y renovó Benedicto XIV (en 1751). Pío VII (en 1821) siguió las huellas de ambos, y León XIII (en 1829), incluyendo en la Constitución apostólica. *Quo graviora* lo decretado en esta materia por los anteriores, lo ratificó y confirmó para siempre. Pío VIII (en 1829), Gregorio XVI (en 1832) y Pío IX (en 1865), por cierto repetidas veces, hablaron en el mismo sentido".

La masonería, por tanto, fue condenada por la Iglesia en 1738, en 1751, en 1821, en 1825, en 1829, en 1832, en 1865 y en 1884, es decir, antes del nacimiento de San Martín y durante los años más destacados de su vida.

ERROR Nº 2

Insiste el coronel Ornstein en que la Iglesia Católica, en tiempos de San Martín, autorizó "a todos los fieles para afiliarse a la masonería, incluso a los eclesiásticos". Esto es una monstruosa inexactitud. Los eclesiásticos que se incorporaban a la masonería no tenían ninguna autorización.

ERROR Nº 3

Concluye el coronel Ornstein que la prohibición de incorporarse a la masonería "ocurrió 34 años después del fallecimiento de nuestro Prócer". Como vimos, ocurrió cuarenta años antes de su nacimiento. Rogamos a los lectores que comprueben quién tiene razón.

ERROR Nº 4

Repite el coronel Ornstein que nadie ha podido probar fehacientemente que San Martín era masón. Lo ha probado Augusto Barcis Trelles en su luminosa obra sobre el Prócer. Lo

han probado otros autores y lo hemos probado nosotros en tres libros nuestros. En un artículo no podemos transcribir tantas páginas.

ERROR Nº 5

Dice nuestro contradictor que "jamás apareció un solo documento que pruebe la afiliación de San Martín a la masonería". Son innumerables, harto conocidos; pero los negadores acueden al procedimiento de decir que esa masonería no era masonería, error al cual nos vamos a referir.

ERROR Nº 6

Al hablar de las memorias del general Tomás de Iriarte, duda que este general fuese masón. Las propias confesiones de Iriarte y su actuación en las logias de la época no dejan la menor duda. Sus revelaciones acerca de las iniciaciones de los masones y de las luchas de la masonería con la inquisición en el Perú son sensacionales.

ERROR Nº 7

Llama "infundio" al suponer que San Martín aludió a la masonería en su carta al general Miller en 1827. En ella le dijo: "No creo que hable usted lo más mínimo de la Logia de Buenos Aires: estos son asuntos enteramente privados y que, aunque han tenido y tienen una gran influencia en los acaecimientos de la revolución en aquella parte de América, no podrán manifestarse sin faltar por mi parte a los más sagrados compromisos". Sólo un masón considera sagrados sus compromisos y recomienda que se mantenga tanto secreto. El lector juzgará si en las líneas transcriptas no se evidencia un espíritu masónico.

ERROR Nº 8

Repite que "nadie ha podido probar que (la Logia Lautaro) fuera masónica". Lo prueba toda su actuación, lo prueba Iriarte y lo prueba el hecho de haber sido fundada por masones procedentes de la logia masónica de Londres, fundada por orden de la logia masónica de Cádiz.

ERROR Nº 9

Transcribe el juicio de Sarmiento que ignoró los documentos hallados en estos últimos tiempos, supuso que la logia Lautaro no era masónica y que se propusieron fundarla cuatrocientos hispanoamericanos diseminados en la Península: todos errores y fantasías, como la cifra de cuatrocientos criollos.

ERROR Nº 10

El coronel Ornstein escribe que "lo que se sabe a ciencia cierta es que la Logia Lautaro" tuvo una "finalidad inspirada por Miranda". Lo único que no se sabe a ciencia cierta es

precisamente esto: la supuesta inspiración mirandina. El coronel Ornstein se ha hecho eco de una serie de leyendas y fantasías que hace un siglo repetían algunos historiadores, pero que no se pueden probar con ningún documento.

ERROR Nº 11

Y continúa: "... y dada a conocer al historiador Mitre por el general Zapiola". Lo que dijo Zapiola es que creía que la logia de Londres la había fundado Bolívar, pero no estaba seguro. Lo de Miranda no lo podrá probar nunca nadie jamás.

ERROR Nº 12

El coronel Ornstein reproduce el juramento que Zapiola transmitió a Mitre. Zapiola, a los noventa y cuatro años, recordaba muchos hechos exactos, que se confirman con otros documentos; pero lo relativo al juramento ha sido siempre una incógnita. No hay pruebas que sea el que se supone.

ERROR Nº 13

Nuestro contradictor afirma que Zapiola indujo a San Martín y a Alvear a ingresar en la Logia Lautaro. es otra inexactitud que, para dejar de serlo, necesita ser probada.

ERROR Nº 14

Zapiola, según el coronel Ornstein, no hizo referencia a la masonería. No se sabe, por tanto, si era masón, o eran masones los personajes que él menciona. Dudar del masonismo de Zapiola, con todos los elementos de juicio que se conocen, raya en lo absurdo.

ERROR Nº 15

No hay documentos, según el coronel Ornstein, que prueben el masonismo de las logias de Cádiz y de Londres. Su número, por fortuna para la historia, es muy grande. Todos se correlacionan tan perfectamente que abrigar dudas parece increíble.

ERROR Nº 16

La medalla regalada a San Martín por la logia masónica de Bruselas tampoco prueba el masonismo de San Martín ni puede decirse que sea masónica porque "sólo tiene dos signos masónicos". Preguntamos al coronel Ornstein cuántos signos debería tener para ser admitida como masónica. Por suerte reconoce que esos signos "son los mismos que utilizaban los miembros de la Logia Lautaro", con lo cual no queda duda que ésta también era masónica.

ERROR Nº 17

El coronel Ornstein no cree suficiente el testimonio del general Enrique Martínez, hombre que actuó en 1810 y años posteriores, compañero de San Martín, perfecto masón, para probar el carácter masónico de todos los personajes que menciona. Su testimonio, extenso y preciso, es concluyente y, unido a otros muchos que lo confirman, no puede dejar dudas.

ERROR Nº 18

El coronel Ornstein cree en el juramento republicano que Zapiola reveló a Mitre y no hay pruebas que sea exacto, y se pregunta cómo San Martín, si era masón y debía sostener ideas republicanas, tuvo, en cambio, ideas monárquicas. Su duda es fácil de resolver: San Martín en una época fue republicano y en otra época fue monárquico. Por otra parte, la masonería estaba dividida en roja y azul. Esta última era defensora de las monarquías.

ERROR Nº 19

El coronel Ornstein quiera hallarnos en una contradicción o desconocimiento incomprensible por haber afirmado que nadie habló, jamás, de la Logia Número 3, de Cádiz, cuando es bien sabido -desde hace más de un siglo- que no hubo historiador, en América, ni manual elemental, de colegio primario y secundario, que no haya aludido a la famosa Logia de Cádiz, de los Caballeros Racionales. En las polémicas hay que ser nobles y no atacar con golpes prohibidos o emplear procedimientos efectistas, pero falsos. No queremos admitir que el coronel Ornstein ha tenido un instante de debilidad y ha caído en estos procedimientos, impropios de su caballerosidad. Lo ha hecho sin mala intención, pues él sabe muy bien que no ignoramos, desde hace muchos años, todo cuanto se refiere a la Logia de Cádiz. Ha cometido, simplemente, un error más o no ha comprendido nuestra afirmación de que nadie, nunca, mencionó la Logia de Cádiz, bien conocida, con el nombre de Logia Número 3. Esto lo hicimos conocer nosotros, analizando unos documentos publicados, pero no estudiados por ningún historiador. Ahora sabemos el número que tenía la logia de Cádiz, su importancia enorme, a tal punto que enviaba emisarios a fundar logias a Londres y a otras partes (Iriarte recordaba cómo los masones de Cádiz iniciaban a los jóvenes oficiales en los barcos que se dirigían a América, durante el viaje).

ERROR Nº 20

Hace un siglo, más o menos, empezó a atribuirse al general Francisco de Miranda hechos que la historia documental hasta ahora no ha podido probar. Una de las fantasías más conocidas fue la de que fundó la Logia de Londres. Este hecho novelesco, que no se encuentra probado por ningún documento, lo aceptaron, en otras épocas, historiadores ilustres; pero

hoy ningún estudioso serio lo repite. La única excepción es el coronel Ornstein que ha leído obras de hace un siglo y no estudios modernos.

ERROR Nº 21

Es de los más interesantes. El coronel Ornstein, informado únicamente por libros extraordinariamente atrasados, no entiende el alcance de nuestras demostraciones. Hemos probado que la Logia Número 5 encomendó a Carlos de Alvear y a otros masones, entre los cuales se hallaba San Martín, que fundaran la Logia Número 7, en Londres. Así lo hicieron. Esta Logia Número 7 -designación que hemos sido los primeros en revelar- es la que los historiadores retardados en más de un siglo de crítica histórica han identificado con la Gran Reunión Americana y le han dado este nombre y también el de Gran Logia de Londres, confundiendo la Asociación o Sociedad de Americanos que Miranda dijo haber fundado en París, no en Londres como parece creer el coronel Ornstein, en 1797. La fábula se originó de una pregunta del ministro Pitt a Miranda: ¿Qué personas lo habían autorizado para pedir a Gran Bretaña una intervención en América?

Miranda contestó que se había reunido en París, el 22 de diciembre de 1797, con unos "diputados" llegados de América y que lo habían autorizado a trabajar por la independencia del Nuevo Mundo. Los "diputados", además de Miranda, eran José del Pozo y Sucre y Manuel José de Salas, que traicionaban bellamente a España. Lo cierto es que el gobierno inglés fue prontamente informado de que esa representación era un invento de Miranda. Nunca se ha probado la existencia de esta reunión o asociación de americanos cuyo nombre, también inventado, se aplicó a la Logia de Londres. La existencia de la logia londinense era un misterio: nadie sabía quién la había fundado, se confundía con la sociedad imaginaria de París y se le atribuía un mundo de fantasías. Nosotros, por los primeros en la historia americana, hemos descubierto su fundación -Carlos de Alvear- y hemos revelado que tenía el número 7. Si el coronel Ornstein probara que la sociedad o logia de Paris existió y fue trasladada a Londres y la fundó Miranda se haría más famoso de lo que es.

ERROR Nº 22

El desconocimiento de los hechos anteriores ha llevado al coronel Ornstein a afirmar, confiadamente, que la Gran Reunión Americana, nunca existida, era una logia de Londres, y la número 7, revelada por nosotros, era otra: la primera supuestamente fundada en 1797, cuando Alvear tenía diez años, y la segunda en 1811.

ERROR Nº 23

Miranda, según Ornstein, "acudió a la emperatriz Catalina de Rusia con igual propósito" (la independencia de América). Es la novela mirandina que avanza. Miranda no se dirigió a

Rusia con ese propósito. Fue el príncipe de Potemkin quien lo invitó a visitar a la zarina. Ella estaba interesada en extender los dominios rusos a las tierras americanas que visitaban los cazadores de pieles. Fue posteriormente cuando Miranda le expuso sus planes.

ERROR Nº 24

La novela mirandina se agranda con la noticia de Sarmiento, de que la Gran Reunión Americana o Gran Logia de Londres abarcó a cuatrocientos americanos residentes en Londres. Esta cifra y esta noticia sólo puede aceptarla el coronel Ornstein.

ERROR Nº 25

El coronel Ornstein confunde la Casa de los Diputados de Venezuela en Londres o residencia particular de Miranda, con la imaginaria asociación de París, de 1797.

ERROR Nº 26

Afirma que los datos referentes a Miranda fueron obtenidos en Londres por el destacado historiador argentino, general Adolfo S. Espíndola, inolvidable amigo nuestro. Así fue; pero eran bien conocidos desde muchísimo tiempo antes.

ERROR Nº 27

Supone que Bolívar se afilió a la Logia fundada por Miranda. Ni la fundó Miranda, como dijimos, ni Bolívar se afilió jamás a ella. Son muchos los autores eminentes que han repetido esta fábula. Entre ellos, como vemos, está el coronel Ornstein.

ERROR Nº 28

La novela de Bolívar en Londres se llena de emoción con la escena soñada de un Miranda tomando juramento al futuro Libertador. La historia de otros tiempos era más hermosa que la crítica que exije pruebas.

ERROR Nº 29

"Es por lo tanto indudable -continúa el coronel Ornstein- que en 1810 todavía existía la "Gran Reunión Americana" o "Gran Logia de Londres". Sólo ha existido en la imaginación de los poetas y novelistas que se dedicaron a historiadores y sus repetidores.

ERROR Nº 30

La Logia Número 7 de Londres, que dimos a conocer nosotros, era, según el coronel Ornstein, "una filial de segundo orden" de la imaginaria Gran Reunión Americana. Otra fantasía del señor coronel. Era la única.

ERROR Nº 31

El coronel Ornstein quiere quitarnos el mérito de haber analizado por los primeros y deducido la existencia de la Logia fundada por Alvear en 1811 porque los documentos fueron publicados por la Academia Chilena de la Historia en 1960. Fueron publicados, pero no analizados. Nadie logró las consecuencias que nosotros pudimos alcanzar.

ERROR Nº 32

Además cree que Sarmiento, hace más de cien años, tuvo conocimiento de la Logia Número 7, que dimos a conocer nosotros. Sarmiento creyó en la existencia de una logia imaginaria y nunca supo que la Número 7 había sido fundada por Alvear en 1811.

ERROR Nº 33

El coronel Ornstein quiere discutirnos lo que hemos probado a la perfección e interpreta que la Logia Número 7 de Londres fue fundada por "todos" sus primeros miembros y no por Alvear exclusivamente. La documentación es terminante. Alvear recibió el encargo y él mismo declaró: "He establecido una logia".

ERROR Nº 34

¿Qué concepto se hubiera formado cualquier argentino si un militar como San Martín, hallándose en las filas del ejército español, no hubiese regresado a su país tan pronto como se enteró de que sus compatriotas se hallaban en guerra contra España para conquistar su independencia? Esto se lo pregunta el coronel Ornstein porque no tiene en cuenta fechas ni ideas políticas de aquellos momentos. ¿Qué concepto nos formamos de los hermanos de San Martín que no volvieron a su país? El coronel olvida que la independencia no se declaró en 1812 sino en 1816. La guerra no era contra España, sino contra una forma de gobierno que aceptaban muchos criollos y combatían muchos españoles. El ideal de la independencia no lo tenían todos los nativos de América. Bien sabido es que no se combatía precisamente por la independencia. Bolívar se desesperaba de que los criollos se alistasen en gran cantidad en las filas absolutistas.

ERROR Nº 35

El coronel Ornstein afirma, con un sorprendente optimismo, que los porqué de la venida de San Martín a América están explicados en unos cinco o seis mil documentos. Hubiera acertado si hubiese suprimido la palabra mil.

ERROR Nº 36

Afirma que rechazamos como pruebas todos los documentos publicados acerca de San Martín. No es exacto. Lo que decimos es que hay que extraer de ellos la verdad; no deducir fantasías.

ERROR Nº 37

Viene a explicarnos que la libertad estaba en juego desde 1810 en el Río de la Plata, en Chile y en Venezuela. Creemos que esto lo sabe mucha gente; pero lo que el coronel Ornstein parece olvidar es que no se trataba de la libertad de una nueva nación, sino de una lucha por una forma determinada de gobierno: juntas o gobiernos locales o sino dependencia de un Consejo de Regencia, de Cádiz, sin que ni unos ni otros -juntistas y consejistas- dejasen de gritar ¡Viva Fernando VII!

ERROR Nº 38

Supone que España, en 1811, desconocía derechos a los americanos. Es olvidar que el gobierno peninsular se los había reconocido en una manifestación famosa, proclamando su igualdad con los españoles. Nuestros ejércitos luchaban por una forma determinada de gobierno.

ERROR Nº 39

El coronel Ornstein menciona escritos de San Martín en que dice que estando en España y al saber la lucha que existía en América se apresuró a trasladarse a su patria. Con ellos demuestra que San Martín sabía muy bien lo que ocurría en América. Lo sabía todo el mundo. El error del coronel Ornstein es detenerse en esos documentos, no ir más allá en sus investigaciones, saber, en una palabra, porque el Prócer se resolvió a defender en América, a llevar al Nuevo Mundo, a su patria, la idea de la independencia: idea que, en esos años, muy pocos hombres tenían en nuestras tierras. Por ignorar estos hechos, por vivir encerrado en un círculo de conceptos añejos y erróneos, habla de antipatriotismo y otras injusticias semejantes.

ERROR Nº 40

El coronel Ornstein considera una calumnia presentar a San Martín como un posible agente político de Napoleón. Quien reveló este hecho fue el argentino Mariano Castilla, bien calumniado por sus contradictores de hoy. Los documentos de Castilla que se refieren a San Martín fueron dados a conocer por nosotros. Fuimos los primeros en publicarlos y luego los reimprimieron otros historiadores sin citarnos. Castilla, repetimos, era un argentino que, al igual que otros argentinos, habían tomado el partido inglés. Así había hecho, por ejemplo, Saturnino Rodríguez Peña. Otros argentinos seguían al partido francés, como Juan Martín de Pueyrredón, y otros el partido portugués, como los de una lista de unos ciento veinte señores que dimos a conocer. Informaba al gobierno inglés de las actividades políticas de los españoles y americanos que pasaban por Londres. Por ello puede ser considerado un espía. También tenía algunos enemigos. Además, pidió el gobierno inglés que lo resarciera de los gastos que había hecho para obtener sus informaciones. El coronel Ornstein no cree, por tanto, en la palabra, en la revelación de Castilla. No cree porque era un espía que recibía o iba a

recibir dinero del gobierno inglés. Si el coronel Ornstein no creyera en la revelación de Castilla por estar en contradicción con la política napoleónica, por no haber enviado Napoleón nunca emisarios suyos a América o por otros motivos atendibles, tendría razón. Pero no creer en una revelación porque proviene de un espía pagado por un gobierno, sin ninguna otra razón, no es suficiente para mostrarse tan escépticos. ¿Por qué pagan tan bien todos los gobiernos a sus espías si, por principio, no hay que creer en sus informes? ¿No recibía buenas sumas del gobierno inglés el señor Francisco de Miranda? ¿No fue mantenido por el gobierno inglés el gran argentino Saturnino Rodríguez Peña por haber hecho fugar a su compañero masón el general Beresford?

ERROR Nº 41

El coronel Ornstein dice que Castilla, según sus propias palabras, "fue declarado traidor en su patria". Por ello no cree en la palabra de una traidor. No dice el coronel Ornstein que fue declarado traidor por los españoles, no por los argentinos que aún no habían proclamado su independencia. ¿Sabe el señor coronel qué título tuvo la primera biografía del gran Miranda que circuló impresa por América y leyó todo Buenos Aires? "Historia de una traidor". Peña y su compañero Manuel Aniceto Padilla fueron llamados traidores por haber libertado a unos generales ingleses y huído con ellos al campo enemigo. Hoy se les reverencia.

ERROR Nº 42

El coronel Ornstein dice que nosotros, con la revelación de Castilla, desmentimos a San Martín en sus declaraciones sobre la causa de su regreso a la tierra natal. Es inexacto (recuérdese que nos propusimos no emplear otras palabras). Lo que hacemos es completarlas y mostrar su perfecto encadenamiento.

ERROR Nº 43

El coronel Ornstein sostiene que con un solo documento no se puede aceptar una afirmación y que la revelación de Castilla, de que San Martín vino a América de acuerdo con la política napoleónica es, por tanto, inaceptable. No nos explicamos por qué habla el coronel Ornstein de un solo documento: véase: Castilla (documento uno) revela que San Martín y los pasajeros de la *George Canning* fueron enviados a América por la política napoleónica que fomentaba la independencia del Nuevo Mundo; Roberto P. Staples (documento dos) confirma lo dicho por Castilla, descubre la labor, hasta entonces ignorada del poderoso partido francés que existía en Buenos Aires y presenta a Martín de Alzaga como jefe del partido de la Independencia; el vizconde de Castlereagh (documento tres) no niega ni duda del hecho que se le hace conocer y lo pasa al embajador español Fernán Núñez; éste (documento cuatro) lo remite al ministro Ignacio de la Pezuela (documento cinco) que tam-

poco desmiente la noticia. Por si esto fuera poco, es preciso saber que la sospecha de que Alvear y San Martín habían sido o eran emisarios franceses no estuvo reducida al único documento -según el coronel Ornstein- de Castilla. Llegó a Buenos Aires y Bowles no creyó en lo que tanta gente decía de San Martín y Alvear. todo esto lo refiere el propio comodoro inglés (documento seis): "Alvear y San Martín ... son los únicos que poseen, en este momento, real influencia y peso aquí, y porque las sospechas de que eran aventureros y emisarios franceses, cosa que desde ningún punto de vista me parece fundada, pueden producir desagradables consecuencias en este momento ..."

ERROR Nº 44

La adhesión de San Martín a la política napoleónica que tanto luchaba por la independencia de América pone, según el coronel Ornstein, "en tela de juicio el bien conquistado prestigio de San Martín". Muy al contrario: lo presenta como al político más hábil de su época en lo que se refiere a los planes para alcanzar la independencia. San Martín comprendió muy a tiempo que era inútil seguir fieles a Fernando VII y coincidió con la política masónica de las logias número 3 y número 7 y los esfuerzos napoleónicos que trabajaban intensamente para dar la independencia al Nuevo Mundo español e impedir que cayera bajo el dominio de Gran Bretaña, de Portugal y de la misma Francia. Por ello proclamamos a San Martín como al fundador de la independencia hispanoamericana.

ERROR Nº 45

El desconocimiento que el coronel Ornstein tiene de estos problemas le hace escribir largas páginas para sostener que nosotros hacemos decir a un documento "lo que él mismo no dice", que ninguna prueba confirma la revelación de Castilla de que "la negociación fue abierta por el edecán del mariscal Víctor, des un tiempo antes prisionero en Cádiz, pero que fue liberado y enviado a Francia por la secreta instigación de los antes mencionados caballeros" (Alvear y demás viajeros de la *George Canning*), y que tenemos la obligación de decir el nombre del edecán . El coronel Ornstein, seguro de habernos colocado en una posición difícil, nos hace un verdadero reto: "¿Puede explicar cómo averiguó que ese señor era masón, si ni siquiera conoce su nombre ni tampoco se lo proporcionó Castilla?" Y, unas líneas más adelante, agrega: "Desde el momento en que el articulista comprometió su palabra ante el público lector, asegurando que tiene constancia de que el tan zarandeado edecán era masón, es obligación suya ineludible citar su nombre". Nunca hemos temido los retos o duelos, y menos en cuestiones tan elementales de historia que el coronel Ornstein, por sobresalir brillantemente en otras especialidades, no ha creído necesario dominar. El coronel Ornstein escribe unas líneas que nos complacemos en reproducir: "Este detalle que aparenta ser de poco monta, tiene para los historiadores y demás personas afectas a la historia sanmartiniana

una importancia de gran trascendencia, dado que ese edecán constituye la clave de la veracidad o de la falsedad del informe de Mariano Castilla, como también de la existencia real de aquel", pues "no sería extraño que este sujeto (Castilla) haya tratado de endilgar a los ingleses un edecán fantástico para dar visos de veracidad a su informe del 13 de agosto de 1813 ..." Suponemos que los lectores han entendido claramente la situación que plantea el coronel del edecán del mariscal Víctor. Si este edecán existe y no es una invención de Castilla, la veracidad del informe de Castilla, que tanto niega el coronel Ornstein, queda probada definitivamente y la polémica ha terminado con la derrota y el silencio definitivo del señor coronel. Si el edecán no existe, si nosotros no sabemos o podemos probar su existencia e ignoramos su nombre, el informe de Castilla es falso y nosotros somos los derrotados. Confesamos que nos da lástima alcanzar un triunfo con tanta facilidad. Nos basta con reproducir las palabras de Carlos de Alvear, masón indiscutible, que recuerda su actuación en Cádiz. Ellas confirman lo que dicen sus cartas apresadas por el corsario español y, sobre todo, lo que dijo Mariano Castilla y nos descubren el nombre, tan deseado, del edecán del general Víctor prisionero en Cádiz y libertado por el dinero que prodigó Alvear: exactamente como refirió Castilla. Empecemos con un primer párrafo de carácter general: Alvear era "el centro de las relaciones íntimas de todos los americanos y mi firma una recomendación para ser admitidos al servicio de la revolución bajo las órdenes de los gobiernos que dirigían los movimientos de Méjico, Caracas y Santa Fe (de Bogotá), prodigué ingentes sumas de dinero para auxiliar la evasión de todos los que querían venir a defender la causa de la libertad. Yo mismo los buscaba y animaba proporcionando los medios de mi peculio gratuitamente y sin cargo de devolución". Nótese que Alvear prodigaba ingentes sumas de dinero para auxiliar las evasiones. Es así como (rogamos al señor coronel que preste un poco de atención), a fuerza de dinero logró la fuga del teniente coronel francés Rossels, prisionero en el castillo de Santa Catalina (aquí tiene el señor coronel Ornstein el nombre del edecán y del castillo en que estaba encerrado) para que llevase al general Víctor, que sitiaba a Cádiz (parecen las palabras de Castilla) "cartas en las que suplicaba interpusiese su mediación para que fuesen puestos en libertad oficiales americanos que habían sido prisioneros en los ejércitos de España para que así pudieran pasar a América y sostener la independencia contra las pretensiones injustas del gobierno peninsular, empresas que a costa de riesgos inminentes y de gastos incalculables produjeron los mejores resultados a la causa general del Nuevo Mundo". Todo se hacía por medio de las redes masónicas. Es, por tanto, la palabra de Alvear la confirmación más valiosa, exacta, impresionante, del informe del calumniado y exactísimo argentino don Mariano Castilla a quien tanto debe, gracias a nosotros, la historia sanmartiniana. Y pensar que el señor coronel Ornstein afirmó para negar la evasión del edecán teniente coronel Rossels, que "esa fuga resultaba más que problemática para el interesado y sumamente peligrosa

para españoles e hispanoamericanos que la preparasen, facilitasen o instigasen ..." El señor coronel ha distorsionado e interpretaciones para sostener una tesis insostenible. "Está terminantemente prohibido -señor coronel Ornstein- adulterar textos documentales y falsear su interpretación".

ERROR Nº 46

El coronel Ornstein hace una afirmación que es otro error y que, para tener razón, debe probar: "San Martín valoraba el genio militar creador de Solano (general español de ideas afrancesadas y muerto por ello) ... pero siempre fue ajeno a las ideas políticas de Solano".

ERROR Nº 47

Seguro de haber deshecho el informe de Castilla (ahora más fuerte que nunca con la confirmación plena de Alvear), el coronel Ornstein se pregunta: "¿Cómo pudo pensar de Gandía que nada tiene de inverosímil la infamia que un espía traidor delator y calumniador de sus compatriotas, se atrevió a arrojar a los pies del más grande de los argentinos ...?" La revelación de Castilla no sólo no tiene nada de inverosímil, sino que ahora es una verdad imposible de destruir. No fue una infamia, sino un informe que no hizo ningún daño, que dio a conocer una verdad que vemos confirmada por las declaraciones de Alvear y otros muchos documentos y da a San Martín la gloria de haber sido uno de los primeros hombres que prepararon en las logias de Cádiz y de Londres la independencia de América.

ERROR Nº 48

El coronel Ornstein no ha estudiado la política ni la diplomacia napoleónicas referentes a la independencia de América. Por ello comete el error de suponer que su influencia en la independencia fue "indirecta", impidiendo el envío de fuerzas españolas a América con su invasión de la península. Esto es lo que se enseñaba en otros tiempos en las escuelas primarias. En las Academias, por fortuna, hoy se sabe algo más: algo que demuestra, también que la revelación de Castilla no fue un hecho aislado, exclusivo, fácil de destruir o de poner en duda. Son muchos los libros, eruditísimos, aparecidos en América, en España, en Francia, en Estados Unidos, etcétera, sin contar los nuestros, que analizan los esfuerzos que hizo Napoleón para independizar el Nuevo Mundo, sacarlo de su posible caída en manos de los Borbones, de Gran Bretaña, de Portugal, y hasta de Rusia o Estados Unidos. En 1808, Napoleón determinó enviar treinta y dos emisarios a América para sostener la política de su hermano José. La reacción americana en contra de los franceses lo llevó a trabajar en favor de la independencia por medio de su representante Serurier y de monsieur Desmoland. La documentación relativa a estos hechos es enorme. El 12 de abril de 1809 partieron de Madrid, como emisarios napoleónicos, Santiago Antonini y Alejandro Duclos para el Río de la Plata,

Antonio Cabello para el Perú, y Manuel Rodríguez Aleman para Nueva España. En 1810 un curioso impreso de los Niños Expósitos, que dimos a conocer, trae los nombres de los emisarios que debían dirigirse a distintas partes de América. Al Río de la Plata estaban destinados Roque Frías, madrileño, y Benigno Alfaro, de Pamplona. El 11 de julio de 1811, el duque de Bassano, ministro de asuntos extranjeros, escribió al ministro francés en Washington: "La intención de Su Majestad el emperador es de favorecer este movimiento general (de independencia) y dar aliento a la emancipación de todas las Américas. Usted fue avisado de esta resolución en despacho del 29 de diciembre de 1810. Pero las cosas han tomado hoy un carácter más positivo. Su Majestad no se limita por más tiempo a dar su aprobación al principio de independencia, pero está resuelto a ayudar a obtenerla favoreciéndola con el envío de armas y con todos los socorros de que pueda disponer". En 1813 son los venezolanos Delpech y Palacio Fajardo los que van a Francia a buscar la ayuda napoleónica. Los emisarios napoleónicos a América se calculan, entre los que vinieron y los que estuvieron por venir, en cerca de cincuenta. Si San Martín adhirió a la política napoleónica de la independencia americana no fue el único, ni una excepción.

ERROR Nº 49

El coronel Ornstein supone que la guerra de los españoles peninsulares contra Napoleón "creó la oportunidad para que los criollos de la América española se rebelaran contra las autoridades improvisadas en la Madre Patria". Es la vieja historia, que tanto daño ha hecho y hace al honor argentino, que presenta a los criollos como unos oportunistas que se aprovechan de su situación difícil traicionarla y rebelarse contra ella. Hemos demostrado en muchos libros nuestros lo erróneo y falso de esta teoría. La verdad de los hechos fue una guerra civil entre partidarios del autogobierno y del sistema democrático y liberal y defensores de gobiernos absolutistas.

ERROR Nº 50

El coronel Ornstein insiste en diversas partes de su interesante artículo en que no acepta el testimonio de Mariano Castilla, cuya exactitud histórica hemos demostrado ampliamente, porque un enemigo suyo lo llamó intrigante. ¿Saben los lectores quién fue el hombre que calumnió a Castilla? Manuel Moreno: el difamador máximo de San Martín, que más lo ofendió e indignó y a quien el Prócer cubrió de insultos y retó a duelo. Misterios de la historia y casualidad asombrosa. Fue el propio San Martín quien pulverizó al calumniador del informante que hizo conocer a la historia su vinculación con la política europea que fomentaba la independencia de América. El coronel Ornstein no pudo traer un personaje más ineficaz y falto de autoridad moral -que también traicionó a Dorrego y se vio envuelto en mil "intrigas"- para anular el valor testimonial de Castilla.

ERROR Nº 51

El coronel Ornstein quiera convencer a sus lectores que San Martín fue un perfecto católico y que nosotros no estamos en lo cierto al demostrar que era masón y se burlaba del clero y muchas prácticas religiosas. Para ello exhibe una indulgencia que no es por cierto de un católico preconciliar, sino de un sacerdote que cuelga los hábitos y se hace casar por otro en una iglesia de Roma. Es la indulgencia de un historiador católico que ignora cuántos Papas combatieron la masonería, que cree que la Iglesia autorizaba a los sacerdotes a usar insignias masónicas y a ingresar en la masonería y otras monstruosidades que si no estuvieran firmadas por él mucha gente creería que se las inventamos para calumniarlo. Rogamos a los lectores que vuelvan a leer las cartas de San Martín a Guido, se pongan una mano en el corazón y lo perdonen.

PALABRAS FINALES

Fácil e inútil polémica. estamos polemizando con un historiador eminente que comete más de cincuenta errores increíbles, ignora nociones históricas elementales, distorsiona la historia de un modo absurdo y hace gala de una crítica que disminuye la figura de San Martín y descubre intenciones que no sabemos cómo calificar. ¿Cómo no ha encontrado un amigo que le haya aconsejado no iniciar una polémica de este carácter? ¿Cómo nadie le ha dicho que las polémicas se sabe cuándo empiezan y no se sabe cuándo terminan? Nunca hemos buscado la paz. Amamos la guerra y en ella vivimos.

DETRAS DE LA HISTORIA

Todas las historias son desconocidas fuera del pequeño círculo de sus cultores. Cada una es un misterio en sus orígenes, en su desenvolvimiento y en sus fines. No hablamos de la historia universal porque su contemplación es tan insondable como el campo de las estrellas. Así como los abismos del cielo pierden la imaginación humana en infinitas concepciones, la mirada con que el hombre sueña que puede comprender el pasado de su patria se obnubila en el caos de las incontables interpretaciones con que los historiadores tratan de condensar y explicar las oscuridades en que se debaten.

Todo historiador piensa que su especialidad, en la que se siente seguro y supone que ha hecho grandes revelaciones, es la única que merece el respeto y la atención de los hombres discuten sus dudas y sus creencias. Por ello no podemos afirmar que una historia es superior a otra historia. La historia la hacen los hombres con sus vidas, sus sueños y sus luchas. Por ello, a veces, es más inescrutable la historia que circunda la Tierra, la historia americana ha sido vista, en Europa, como una historia de pueblos jóvenes, improvisados en su política, es decir, en el arte de conducir y gobernar a los hombres, y que, en resumen, no tienen historia o sólo una historia de simples biografías y guerras inútiles. Es, desgraciadamente, el juicio o la suposición de los historiadores europeos, desde Hegel en adelante. Por ello los historiadores americanos compadecen a los europeos en el conocimiento que tienen de la historia americana. La ven con una visión superficial, deformada o plena de errores. Es indudable que lo mismo ocurre con los historiadores americanos respecto a la historia de Europa. Pocos son los estudiosos americanos que intentan ahondar la historia del Viejo Mundo. estos contados aficionados, no obstante, tienen de la historia europea un entendimiento que no está lejos de la verdad y que les hace descubrir, con sorpresa y con pena, la inmensa incomprensión en que viven los investigadores europeos respecto al pasado americano.

La historia del Nuevo Mundo, en efecto, es una historia tan rica y tan densa que sus mismos cultores quedan asombrados. En primer término comprueban que el descubrimiento de América cambió profundamente aspectos y destinos de la naciones europeas. Naciones pequeñas, como España y Portugal, se hicieron dueñas del mundo. El hombre se halló, de pronto, frente a problemas que en siglos anteriores nunca había concebido. La igualdad y libertad de todos los seres humanos empezó a imponerse en la historia de la humanidad. La independencia del Nuevo Mundo revolucionó en pocos años la vida política de los pueblos americanos e hizo temblar las cabezas coronadas de Europa. América trajo al juego social de los hombres la fuerza de la democracia y de la república. Las monarquías empezaron a derrumbarse.

Fue la transformación y el cambio político más grande e inesperado de la historia humana. Nunca había ocurrido nada semejante ni lejanamente se había concebido. Las formas antiguas de gobierno quedaron estancadas en pueblos detenidos en el tiempo o que ignoraban las marcha de las cultura. Desde el 1776, con la independencia norteamericana, y desde el 1816, con la de las Provincias Unidas de la América del Sud, la historia del mundo avanzó con el signo de América. El constitucionalismo americano dio las reglas con que los pueblos que no dormían el sueño de la resignación y la orden de no cambiar el pasado empezaron a vivir una nueva existencia. Desde hace solamente unos dos siglos, la historia europea es en su esencia una historia americana. Los historiadores europeos no se dieron cuenta de este cambio tan radical que vivieron sus pueblos desde que se tuvo noticia de la independencia de América. Esto hace que la historia tenga que dividirse en dos grandes etapas: la historia del hombre antes de América y la historia del hombre después de América. El protagonista es el siglo XIX: uno de los siglos más brillantes, en su cultura euroamericana, de toda la historia.

Estas consideraciones y afirmaciones nuestras no las inspira una obra que con su extraordinaria documentación abre horizontes inesperados en un aspecto de nuestra historia que podemos juzgar semidesconocida. La ha escrito nuestro amigo y colega, el eminente historiador venezolano, licenciado Lautaro Ovalles, agregado cultural de la Embajada de la República de Venezuela en la Argentina. Su título es: *Francisco Antonio Sea y su "Proyecto de conciliación y confederación de la España y América", con otros documentos coetáneos.* Un subtítulo agrega: *Piezas de la correspondencia del Embajador de España en Inglaterra con el Ministerio de Estado en 1820 y 1821 en la Sección de Estado, Legajos 5471 y 5472 del Archivo Histórico Nacional de España.* La edita la Academia Nacional de la Historia, de Venezuela. El licenciado Ovalles ha analizado este tema en otro estudio suyo anterior: *Francisco Antonio Zea y su proyecto de integración Hispanoamericana,* aparecido en Buenos Aires en 1990. Es un esfuerzo que, por la cantidad de los documentos exhumados y el sorprendente valor de los mismos ha de tener una fuerte repercusión en América y también en Europa.

Los estudios históricos hispanoamericanos no tienen, en estos años, la profundidad y elevación que tenían hace medio siglo. Los grandes maestros de aquellos tiempos han muerto. Los que nosotros hemos conocido no son los de hoy en día. Vivimos, con alguna rara excepción, en un mundo historiográfico que debería ser más rico y productivo de lo que ha descendido. El interés por la historia ha sido sobrepasado por el de la política y la economía. Las pruebas, indiscutibles, nos entristecen. En toda la América no hay un especialista que haya enriquecido la historia de Cristóbal Colón con un hallazgo o una comprobación que modifiquen en algo lo tantas veces repetido. Las grandes figuras de la independencia hispanoamericana no han recibido aportes documentales que enriquezcan sus vidas. Después de

las *Memorias* del general Tomás de Iriarte, en doce tomos, que nosotros hemos ofrecido a los historiadores argentinos, sólo se han publicado algunos libros, folletos y artículos que no han modificado en nada los viejos conocimientos. Sólo en este instante, con este aporte documental del licenciado Lautaro Ovalles, puede decirse que la historia de nuestra América tiene unas revelaciones que hacen meditar a los historiadores. La obra de Ovalles descorre un velo que antes ocultaba un paisaje asombroso de proyectos, intrigas y aventuras que nadie conocía. Ovalles permite contemplar vidas ocultas, sueños inalcanzables, todo género de imaginaciones políticas que sirvieron de base a resoluciones cuyos orígenes antes se ignoraban. La gesta de América, que transformaba el mundo, tanto americano como europeo, y significaba el comienzo del fin de las monarquías, nos muestra el carácter revolucionario que tuvieron los últimos años del siglo XVIII y los comienzos del XIX. La guerra civil que ensangrentó América fue, por sus orígenes, su transcurso y sus consecuencias, la transformación más profunda que vivió la historia del hombre sobre la Tierra. Esto lo sabemos algunos historiadores americanos. No lo saben los europeos que aún no han comprendido el siglo de donde han salido.

El siglo XIX comienza con la independencia hispanoamericana y termina, a principios del siglo XX, con el triunfo definitivo, sobre toda la especie humana, de los ideales de América. Lo estamos comprobando, día a día, en este nuestro presente, con el dominio absoluto que América ejerce sobre la Tierra. Hoy el mundo tiene la civilización material en Europa y la cultura política de América. Unión perfecta que permitirá a los hombres del siglo XXI y de los futuros lograr conquistas materiales e intelectuales como nunca se soñaron en el tiempo incontable de la vieja historia.

Los historiadores no se han planteado, en forma seria y profunda, el estudio del porqué se produjo una división tan profunda entre los regímenes políticos de Europa y de América. Hay ensayos, contados libros, algunas páginas que se acercan a la verdad. Lo común es que los historiadores escriban sobre guerras, muertos y heridos, y no aborden los problemas fundamentales: primero, porque no los conocen, y, segundo, porque no tienen la capacidad de resolverlos. Les falta conocimiento de América.

Un ejemplo capital nos lo da la independencia de la América hispana. La del Norte ha sido más y mejor estudiada. No nos corresponde tocarla. Los historiadores de Europa y América todavía no saben, en su mayoría, porque se separaron España y sus tierras americanas. Las teorías son muchas y todas falsas. Las hemos enumerado y analizado en varios libros nuestros. Es como si no se hubieran publicado. Son muy pocos los historiadores que han entrevistado la verdad: el choque de las ideas llamadas liberales, o sea, del gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo, un Congreso y una Constitución, con el absolutismo que negaba esos propósitos.

El amor a la igualdad y a la libertad, sin ninguna influencia de la Revolución francesa, ni otras causas que han pasado al repertorio de las teorías olvidadas, es lo que dio origen a la independencia hispanoamericana. España, sin un rey legítimo, se levantó contra el impuesto por Napoleón y así tuvo origen, el 2 de mayo de 1808, la revolución contra los franceses. Fue el legitimismo que se extendió a toda América y adoptó el sistema de las Juntas populares que gobernaban en nombre del caudillo Fernando VII. Las pretensiones del Consejo de Regencia, que desde Cádiz aspiraba gobernar sobre toda América, primero dieron nacimiento a una guerra civil en España entre el Consejo de Cádiz y la Junta de Valencia, y, luego, entre los consejistas y juntistas que se combatieron en América. Los juntistas defendían un Congreso y una Constitución. Los consejistas no los deseaban y sólo anhelaban al gobierno absoluto de Fernando.

No hubo una revolución en América. La hubo en España en contra de Napoleón. En América hubo una inmensa guerra civil entre absolutistas y liberales. Esta es nuestra tesis que hemos expuesto en varios libros, que muchos historiadores aceptan y otros rechazan. Lo cierto es que la guerra que dividió a los pobladores de América a comienzos del siglo XIX no fue de razas, ni por razones económicas, ni otras causas más o menos fantásticas. Fue de ideas. Los llamados españoles eran muchas veces hombres nacidos en América que preferían el dominio de Fernando al del pueblo americano, y los considerados americanos tenían en sus filas gran número de hombres nacidos en España que dirigían sus ejércitos por amor a la libertad, al parlamentarismo y al constitucionalismo.

Esta guerra civil, la más extensa y fecunda en sus consecuencias que vieron los siglos, respondió a ideales encontrados e hizo pensar a algunos genios políticos de aquellos momentos en el porqué una nación, un imperio, tan poderoso como era el de América iba a dividirse en fragmentos que poco representarían como pequeñas naciones. Diez y más años de luchas significaban gustos inmensos e innumerables vidas. América se agotaba sin darse cuenta que estaba cambiando los destinos políticos de una gran parte del mundo, especialmente europeo.

La influencia de América en la vieja historia de Europa no ha sido estudiada como hubiera debido serlo. No hay un autor que haya analizado lo que se dijo de América en los congresos que, en distintas naciones, se celebraron para que los reyes, llenos de pánico, hallasen algún medio con que detener los avances del republicanismo. La Santa Alianza europea, con el zar Alejandro I a su frente, no se atrevió, con todo su poder, a cruzar el Océano para combatir a la odiada democracia. Contribuyó a organizar la expedición de veinte mil hombres que desde Cádiz debía partir al Río de la Plata para terminar con los rebeldes que defendían la libertad. Juan Martín de Pueyrredón, por medio de sus agentes masones, logró sublevar los veinte mil hombres de Rafael del Riego e imponer en España la Constitución de Cádiz de 1812. El príncipe de Metternich fue un derrotado, sin que el lo supiera,

por la política secreta de Pueyrredón. El formidable ejército de Cádiz, con naves rusas y de otras naciones, revivió el imperio de la Constitución en España y, muy pronto, en gran parte de Europa, América impuso el constitucionalismo en todos los paises civilizados de la Tierra. La historia cambiaba por horas. Ideas nuevas, jamás conocidas, anunciaban a los reyes que su fin estaba cerca. El absolutismo parecía próximo a desaparecer.

La lucha de ideas se hacía cada vez más finas y más dura. Al mismo tiempo, en América, ocurrían hechos políticos que, en tiempos del dominio español, no se habían concebido: los americanos se odiaban entre sí y cada región del Nuevo Mundo proyectaba convertirse en una nueva nación. El proceso era rápido e irrefrenable.

La Argentina, para empezar, daba un penoso ejemplo con su anarquía de 1820. La hemos estudiado en nuestra *Historia de las ideas políticas en la Argentina*, en varios tomos, continuada con la *Historia política argentina*. Cada provincia del antiguo virreinato se gobernaba por su cuenta. Las del Litoral, o sea, de los ríos Paraná y Uruguay, habían deshecho el Directorio, el glorioso gobierno de Pueyrredón, y cada una amenazaba convertirse en un Estado independiente.

El ejército de San Martín que, de acuerdo con las órdenes masónicas, debía libertar el Perú, se vio sin un gobierno a quien obedecer y se convirtió en algo único en la historia, tanto de Europa como de América: un ejército sin bandera, sin un territorio en que instalarse, sin un jefe que renunció y, pronto, con el mismo San Martín que empezó a mandar un ejército argentino que no tenía el respaldo de una nación y sólo contaba con la hospitalidad chilena. Así dio la independencia al Perú. Otras partes de América respondían a la mano firme de O'Higgins, como Chile, o de Simón Bolívar, como el norte del continente sudamericano. Los grandes cerebros de la independencia, como Bolívar y San Martín, veían el derrumbe del continente.

Había que lograr la paz una vez deshecho el ejército de los veinte mil hombres de Rafael del Riego. La paz sólo podía conseguirse, para los americanos, con el reconocimiento de la independencia por parte de España. Los esfuerzos para alcanzar esta paz han sido estudiados por historiadores americanos, pero no por europeos. Es un momento trascendentalísimo en la historia del mundo occidental que los sabios de Europa no han comprendido y, menos, analizado. Sólo el destacado historiador venezolano, el licenciado Lautaro Ovalles, ha traído a la bibliografía americana y europea un estudio simplemente admirable sobre el primer gran intento de reconciliación del disgregado imperio o estado Hispanoamericano. Nuestro ilustre amigo ha estudiado, como dijimos, con claridad y hondura, el plan de Francisco Antonio Zea. Su obra, la más documentada que existe sobre este grandioso proyecto, pone al alcance de los estudiosos de la política euroamericana todos los elementos que se conocen para agotar su análisis. Este proyecto puede decirse que fue el primer intento de un

Commonwelth en la historia del mundo. Supera al conocido proyecto del conde de Aranda en tiempos de Carlos III, de una serie de monarquías en América con infantes españoles. El licenciado Ovalles ha ofrecido este valioso aporte a quienes dudan de los sentimientos hispanófilos de los americanos. Demuestra que la gran guerra civil de la cual surgieron las actuales repúblicas del Nuevo Mundo no nación de intereses económicos ni de odios raciales, sino de divergencias políticas.

Estas diferencias habrían podido superarse si algunos hombres de la alta política española, empezando por Fernando VII hubieran tenido visiones más justas de la realidad histórica de aquellos momentos. El principal culpable del rechazo del proyecto de Zea fue el rey Fernando. Su miopía política y el servilismo de sus colaboradores, que asentían hasta el restablecimiento de la Inquisición, impidió que España y América fuesen la nación más extraordinaria, en su riqueza y poder, de todos los tiempos. La documentación exhumada por el licenciado Ovalles es un tesoro que hoy deslumbra a los hispanistas y americanistas. Este solo aporte da fama a un hombre y es un honor para la institución que lo publica y ofrece a todos los historiadores.

La lectura de la riquísima mole de documentos traída por el licenciado Ovalles nos sugiere algunas reflexiones. El proyecto de Zea fue conocido por algunos estudiosos, tanto de España como de América; pero, en el resto del mundo, la ignorancia de las cosas americanas fue y es casi total. Muchas veces hemos lamentado el desdén o la incomprensión de los investigadores europeos que contemplan los hechos de América. No se dan cuenta que para hablar de los destinos de Europa hay que empezar por conocer los que creó América. Sin la influencia, poderosísima del Nuevo Mundo, la historia de Europa habría sido otra. Digamos, también, que sin Europa, América no sería lo que es. Lo indudable es que en esos años que rodean el 1820 no sólo la Santa Alianza europea perdió, definitivamente, su posibilidad de dominar el separatismo americano, sino que también vio esfumarse la esperanza de que las nuevas naciones ultramarinas adoptasen la forma monárquica de gobierno.

La historia del monarquismo americano ha sido hecha de un modo fragmentario. La mayoría de los historiadores no dio importancia a los planes monárquicos que aparecían y desaparecían en distintos lugares del continente. Algunos, por cierto eminentes, como Carlos Correa Luna, llegaron a escribir libros valiosos para demostrar sin lograrlo, que muchos de esos planes monárquicos eran fingidos -una simulación monárquica-, expuestos para atraerse las simpatías de los gobiernos europeos y, en particular, detener los trabajos, visibles unos y ocultos otros, de la Santa Alianza. No hay, por tanto, una historia completa de la política monárquica en América, sino referencias parciales y locales. Tampoco hay un estudio sobre la Santa Alianza y América que haga conocer sus sueños perdidos y su inmensa derrota o incapacidad de enfrentar el poderío americano. Esta guerra de dos mundos, como nosotros

la hemos bautizado, no encuentra un historiador digno de su grandeza. Deja la impresión de que se quiere ocultar un capítulo triste del viejo absolutismo frente al surgente liberalismo y no confesar la ineptitud de Europa ante los grandes conductores de la independencia de América.

El hecho es que cada día se hace más necesario, a los historiadores europeos, saber algo del inmenso cambio, para ellos inadvertido, que sufrió o vivió su historia en los primeros años del siglo XIX. Las vidas y obras de hombres como Bolívar y San Martín tienen que ser ahondadas en los estudios históricos europeos si no se resignan a seguir aturdidos en un verdadero pozo de ignorancia. No vamos a decir que hubieran debido hacer los embalsamados monarcas europeos y, en especial, el testarudo Fernando VII. La incapacidad de este hombre no pudo ser más increíble. No supo ver lo que estaba ocurriendo en su casa, en su patria y en América. Se empeñó en luchar por una causa ultraperdida, que iba contra la corriente ideológica -la del liberalismo, o sea, congresismo y constitucionalismo republicano- más poderosa que haya conocido la humanidad. Si el cristianismo y otras religiones tardaron siglos para imponerse sobre partes de la Tierra, el ideal de la democracia empezó por triunfar en pocos años y extenderse sobre el planeta en menos de medio siglo. Ninguna otra fuerza ideológica fue tan rápida, poderosa y profunda como la de la democracia en toda la historia de la humanidad. Quien no sabe o no ve o no quiere ver estos hechos y estas verdades es ciego o demente.

El proyecto de Zea, como nos refiere Ovalles, no mereció una aprobación o impulso de Bolívar. Primero: porque él no había autorizado esa presentación, y, segundo, porque no era necesaria. América no buscaba colaboraciones. Fernando VII, a quien muy bien se podría llamar el más grande de los culpables, por temor a que los liberales españoles se aliacen a los americanos, la rechazó y alejó la última posibilidad de salvar a su imperio. Fue el hombre que perdió América e hizo más daño a su patria. Inglaterra, una nación que siempre fue funesta para España y mucho para América, temía que Portugal se desligase de su influencia. El licenciado Ovalles nos expone, en forma perfecta, la política inglesa en Portugal. Si esta nación se hubiera unido a España y ambas hubiesen formado un bloque frente a Europa, tanto Gran Bretaña como las otras naciones del continente no habría debido influir en dos monarquías débiles, sino en un reino, un poder tan grande como el de Gran Bretaña. El equilibrio europeo habría dejado de ser lo que era y si, además, hubiese unido la alianza hispanoamericana su fuerza habría sido inmensa y Gran Bretaña hubiera debido obrar de otra manera. España habría recuperado Gibraltar y Portugal se habría liberado de la influencia inglesa.

El licenciado Ovalles destaca estas ideas que exponía muy bien el duque de Frías.

Era el interlocutor de Zea. Es una presentación de la política euroamericana como no han hecho otros historiadoras y que abre horizontes nuevos e inesperados en el estudio de

la diplomacia de Europa y América. Eran instantes en que se forjaban y decidían unos destinos que duran hasta hoy y se prolongarán, seguramente, por largo tiempo. El duque prefería una alianza con Portugal antes que con América. Hoy su visión hace reír. Entonces, a España le parecía imprescindible para inspirar otro respeto a Europa. Más inteligente era el rey de Portugal que, a pesar del republicanismo de los argentinos, había firmado un tratado de comercio con Buenos Aires. Lo que se enfrentaba era el republicanismo y el monarquismo.

Fue el primer presidente de Venezuela, Juan Antonio Páez, quien mejor explicó la expansión que habían tomado en América los proyectos monárquicos. Eran todos muy sinceros y tenían amplias miras. La Santa Alianza los apoyaba y rogaba al cielo que se realizasen. Iban desde Colombia y Venezuela hasta el Río de la Plata. Sabemos lo que ocurrió en México. Conocido es el proyecto de San Martín con el virrey español. La propuesta de Zea llegó al duque de Frías antes del 9 de octubre de 1820 en que la hizo saber al rey de España. Muy bien nos relata Ovalles cómo el rey Fernando debía dar la libertad a los pueblos americanos para que permaneciesen unidos en un gran pacto federal. Se perdía algo para no perderlo todo. La exposición que hace el licenciado Ovalles es perfecto en su claridad y en su realidad. No podía exigirse un plan más conveniente para España y para América. Todos los habitantes de las provincias confederadas tenían los mismos derechos y pertenecían a un mismo país. El convenio abarcaba otras muchas ventajas. Pero, como dijimos, el gobierno español lo rechazó. Fue la intolerancia, la falta de inteligencia, del rey Fernando VII. Entre tanto, Estados Unidos e Inglaterra estaban a un paso de reconocer la independencia de las nuevas naciones hispanoamericanas. Los irlandeses emigraban para combatir en las filas de los republicanos. La situación era, realmente, dramática. Gran Bretaña, con su pésima política internacional, temía la unión de España y Portugal, la reconciliación hispanoamericana y hasta la misma independencia de las naciones del Nuevo Mundo. Podían aliarse a otros paises de Europa o a Estados Unidos y ser una amenaza para Inglaterra. Los hispanoamericanos no aceptaban la Constitución de Cádiz, de 1812, porque establecía muchas diferencias. Inglaterra prefería que las nuevas naciones fuesen monárquicos. Así todas se darían la mano.

Estamos frente a un cuadro realmente asombroso. El gran tablero del ajedrez hispanoamericano tenía muchos jugadores. Dos de ellos -Bolívar y San Martín- planearon la unión de las dos Américas en que habían triunfado: la Gran Colombia, o sea, las actuales repúblicas de Venezuela, Colombia y Ecuador, el Perú , que lograría la adhesión de Chile, y la Argentina, que entonces abarcaba las actuales Bolivia y Uruguay. Habría sido una Confederación admirable: la nación más grande y poderosa del mundo. El licenciado Ovalles recuerda que, en Madrid, el diputado mexicano a las Cortes, don Francisco Fagoaga, presentó un proyecto que, en muchos puntos, coincidía con el de Zea. Parecía un regreso a los tiempos de Carlos III en que también se soñó con una Confederación de reinos hispanoamericanos. Las naciones

de Europa miraban América con ojos rapaces. Era un bien que parecía de nadie y que todos querían arrebatarle alguna parte. En 1806 y 1807, Gran Bretaña había intentado apoderarse de Buenos Aires y Montevideo y extender su invasión al resto de América. Así compensaba la pérdida de la América del Norte. Su derrota en el Río de la Plata impidió un gran cambio en la historia del mundo moderno.

La documentación monumental dada a conocer por la licenciado Ovalles revela proyectos de depredación imaginados por aventureros internacionales. Ofrecían sus planes delirantes a Francia, a Gran Bretaña y a la misma España. Por su parte, Bolívar enviaba al general D'Evreaux a reclutar personal militar a Irlanda. El representante del gobierno de Colombia, Luis López Méndez, otorgaba plenos poderes al general Maceroni para que Europa organizase una expedición con un mínimo de quinientos hombres de infantería y otros doscientos para un ejército de diez mil hombres. El general francés Maceroni, nacido en Nápoles, deseaba volver a Italia y dejar la Nueva Granada porque consideraba que la causa de la libertad estaba más amenazada en Europa que en América. Todos estos pormenores, que dibujan una fisonomía histórica y política y nos revela el licenciado Ovalles, han sido, hasta hoy, totalmente ignorada en Europa. Un señor Cohen, judío, pariente de los Rothshil, revendía pertrechos de los almacenes ingleses a los americanos. Había que formar una escuadra para hacer frente a las últimas naves de guerra españoles. Un teniente coronel alemán, disgustado por no recibir una comisión, traicionó a Colombia y ofreció al duque de Frías, por cuarenta libras, documentos confidenciales que debía llevar a Angostura. En España, como nos relata Ovalles, se pensaba contratar a corsarios para que hiciesen a los americanos la guerra de corso. Lo mismo, por su parte, hacían los americanos desde el Norte hasta Buenos Aires. Son varios los autores que se han ocupado de estos temas aún no suficientemente estudiados. En medio de estas intrigas, un aventurero Mokal terminó suicidándose. Francia pretendía apoderarse de Santo Domingo. La política francesa en América, según un documento, "tenía un carácter miserablemente artero". Francia creía que con cincuenta millones de francos España reconocería la independencia de Venezuela. Los españoles, con su honor, habrían sucumbido todos antes que venderse. Los aventureros Granier y Maceroni, desengañados de hacer fortuna en España, se dirigían a Nápoles "como campeones de la libertad". Intrigantes, traidores, espías, mercaderes de armas y de hombres, políticos fracasados, idealistas sinceros, delirantes, ladrones, falsificadores y canallas abundaban en todas partes. Ovalles nos trae este escenario de luchas y de sueños como no hubo otro en la historia humana. Hasta que el duque de Frías fue trasladado y no se habló del gran plan de Francisco Antonio Zea.

El aporte de esta documentación, recopilada por el licenciado Ovalles, es uno de los más sorprendentes de las investigaciones históricas en la América hispana. Son cientos de documentos que nos revelan hechos hoy desconocidos de la política del siglo XIX, especial-

mente en Europa. Así sabemos cosas que no aparecen en las historias corrientes. En enero de 1820, el duque de San Carlos informaba el duque de San Fernando que se proponía escribir una història secreta de la política de aquellos momentos. En Inglaterra, desde el 1811, el príncipe regente se hallaba a la cabeza de la administración porque el rey, su padre, estaba loco. Por algo se habían separado los norteamericanos. El príncipe era "odiado e insultado de mil modos". Era conocido "el desarreglo de su vida privada" así como "las desavenencias con la princesa, su esposa". El príncipe regente estaba dominado por su madre. En cuanto al duque de York era "aún más aborrecido que el príncipe regente. Desde el 1809 había sido acusado en la Cámara de los Comunes porque Mad Clarke, "su amigo, traficaba con empleos y comisiones del ejército". Su renta anual pasaba de diez mil libras esterlinas. Por otra parte, el duque de Clarence había vivido amores "con una cómica que ya dejó de existir". Los otros hermanos de la familia real no tenían ninguna influencia en el gobierno. Una conspiración había proyectado asesinar a los ministros. "La inmoralidad -escribía el duque de San Carlos- es aquí más de temer porque está fortificado con una ilimitada libertad de imprenta a cuyo abrigo no hay delito que deje de disfrazarse, ni criminal que no encuentre defensores". La historia de Inglaterra era la más corrompida de Europa. Las Cámaras se entretenían con "las diferencias entre el rey y la reina". En América eran muchos los espías ingleses que, por dinero, lo mismo servían a un bando que a otro. La política inglesa trataba de multiplicar sus puertos en el mundo y su comercio. Portugal vivía dominado por Gran Bretaña. Media Europa hacía los mayores esfuerzos por arruinar a España y separarla de sus dominios en América. España estaba hundida por sus malos gobiernos y por las traiciones de sus viejos aliados. Los documentos que nos presenta el licenciado Ovalles deberían ser analizados por los estudiosos españoles que desean comprender las causas íntimas de la decadencia española y de la independencia del Nuevo Mundo. Esperamos que los lean y aprovechen y no hagan, como tantas veces, oídos sordos a las voces que los descubren lo que deberían saber desde hace mucho tiempo. La diplomacia española, con sus esfuerzos para lograr la unión con Portugal, hoy nos parece un tanto ingenua frente al problema americano que hubiera debido tratar de otra manera.

El proyecto de Zea habría sido una tabla de salvación para España y también para América. La guerra por la independencia se habría suspendido y, en vez de las naciones que hoy existen, habríamos tenido otra infinitamente más grande, rica y poderosa, que habría asombrado al mundo. Pero la historia es la historia, no suposiciones e imaginaciones. La independencia exigía reconocimientos y concesiones que España no estaba dispuesta a oír, ni menos a poner en práctica. Es que España se empeñaba en seguir -y siguió- un camino viejo, en esos momentos ya atrasado, que pretendía prolongar un ayer político que los nuevos tiempos veían como algo vetusto e imposible de continuar. No eran los hombres los que

combatían. Eran las ideas: las viejas y las nuevas, las antiguas y las modernas. Europa y, en este caso, España, suponían vivo lo que estaba muerto desde la independencia de los Estados Unidos, lo que jamás volvería. América era el Nuevo Mundo, el mundo moderno, de la igualdad y de la libertad, de los Congresos y las Constituciones, de los presidentes y de los representantes del pueblo. Los gérmenes ideológicos que se fueron concentrando en el siglo XVIII encontraron en América un lugar propicio para desarrollarse y extenderse sobre todo el mundo. Es por ello que si no se conoce la historia de América es poco menos que inútil analizar la historia de Europa. No se pasará de guerras por un castillo, una aldea, una ciudad, o intereses risibles frente a la grandiosidad de los escenarios y los protagonistas de América. Lo más interesante de la historia europea tal vez sean los latrocinios y los adulterios de los reyes y reinas, nobles y plebeyos.

El licenciado Ovalles nos exhibe en los documentos de Zea su pensamiento político. Fue uno de los grandes diplomáticos y pensadores que Bolívar tuvo a su lado. Comprendió, en 1820, que la esperanza de tantos españoles de volver a conquistar al Nuevo Mundo es más digna de lástima que de estupefacción. Ovalles nos trae documentos más que suficientes para mostrarnos realidades que muchos historiadores no han visto por ignorancia o por repetir lo que sus maestros les han enseñado. La guerra sin piedad que españoles y americanos se habían declarado los separaba más por el odio, como decía Zea, que por el Atlántico.

Era el mes de octubre de 1820. La federación de naciones que proponía Zea era una salvación maravillosa, pero impropia en esos momentos. El mismo Bolívar, con su conocimiento de los hombres y de las realidades guerreras y políticas, lo entendió y no aprobó el proyecto. Sabía que era inútil intentar acuerdos con hombres de la vieja escuela, con sus ideas monárquicas y sus sueños de dominio. Morillo había sembrado demasiados horrores. En cambio, el duque de Frías, gran señor y diplomático, se dio cuenta que todo dependía de la voluntad de Fernando VII y que era tiempo perdido tratar de convencer a ese bruto de algo que habría hecho un gran bien a España. Además, no sabemos si concientemente o en forma inconciente, ambos negociadores -Zea y Frías- sabían que entra Bolívar y Fernando había un tercer personaje que no podía descartarse y que jamás habría admitido una reconciliación con España. Era el pueblo americano, profundamente dividido por lo menos en tres partes: los que aspiraban la independencia, los pocos que soñaban una vuelta de España, y los indiferentes o asqueados de tantas luchas que arruinaban y seguirían arrasando el continente.

Los habitantes de Santo Domingo eran tan ignorantes que no comprendían el concepto de la libertad. La ciudad no pasaba de diez mil habitantes, incluyendo a los esclavos. Francia e Inglaterra pensaban apoderarse de ella. En la parte negra, Boyer enviaba emisarios a Londres para que le contratasen oficiales.

El 1820 fue un año de crisis económicas en Europa y de desastres en la Argentina y otros países de América. Los aventureros políticos desparramaban infundios.

La insurrección, en Cádiz, del primero de enero de 1820, de los veinte mil hombres de Rafael del Riego, había asombrado a Europa y nadie se explicaba cómo y por qué había sucedido. Ignoraban la intervención secreta de la masonería y la labor de los agentes de Pueyrredón. También la desconocen hoy en día muchos historiadores europeos. Pueden verse los detalles es uno de los tomos de nuestra *Historia de las ideas políticas en la Argentina*. El hecho es que este acontecimiento cambió la historia de Europa en los primeros años del siglo XIX. Fue un golpe de muerte a la Santa Alianza y a los pensamientos retrógrados y anticonstitucionales de Fernando VII. Muy bien lo comprendió el autor anónimo que cita el duque de Frías San Carlos, en una carta al duque de San Fernando transcripta por el licenciado Ovalles. Esta periodista decía que "el embajador inglés en esa Corte había pasado una nota a nuestro gobierno, ofreciendo la mediación del suyo con tal que S.M. mudase de sistema estableciendo un género de representación nacional análogo a las luces del siglo y llamando a los desterrados ..." El duque de San Carlos no sabía si esa nota era apócrifa, pero lo indiscutible es que alguien salvar su imperio americano, debía establecer una "representación nacional análoga a las luces del siglo". Pero no estar de acuerdo con las luces del siglo, o sea, con una representación nacional, Fernando perdió América. Un periodista desconocido, cuya existencia se quería negar, daba consejos perfectos para que España no abandonase trescientos años de luchas y de trabajos en al creación de un Nuevo Mundo. fernando no quiso adaptarse a "las luces del siglo" y así fue.

La documentación exhumada por el licenciado Ovalles tras un mundo de datos e informes que enriquece lo poco que saben los historiadores de América. Así nos enteramos por un guardia marina que en julio de 1820 escribió a su padre, residente en Plymouth, que en esa fecha todavía se ignoraba si al sud del cabo de Hornos había lo que se llamaba Tierra Firme o solamente islas. No nos extrañemos si el zar Pedro el Grande no sabía dónde terminaba Asia y empezaba América. Otro interés tiene el saber, por otro informe de noviembre de 1820, de un "confidente" de Zea, que Bolívar tuvo discusiones con el almirante Brion. Este, en forma inesperada, le presentó una cuenta de tres millones de pesos por la manutención de las legiones. Bolívar, según el informante, juzgó "que el judío de Curazao había hecho bien su papel de especulador, siendo cierto que la mayor parte de esas legiones habían muerto de hambre o sólo se habían mantenido de presas y recursos sacados de los pobres isleños". Bolívar tampoco se llevaba bien con los oficiales ingleses que le rodeaban.

El licenciado Ovalles nos descubre cómo los aventureros que pululaban tanto en las filas de los independencistas como en las de las fernandistas trataban, y lo conseguían, explotar a unos y a otros. No se ha hecho la historia de los espías, traidores, mercenarios y

aventureros que aprovechaban la guerra de americanos y peninsulares para servir y engañar a los más incautos. Es una historia que puede comenzarse con los documentos que aquí tenemos y que un investigador sagaz podría ahondar y exhibir para desengaño de muchos lectores. Es otra historia, la historia secreta que hay detrás de la historia tantas veces divulgada, que el licenciado Ovalles nos trae en bandeja de plata para estupor de los nuevos historiadores. Hay casos curiosos e ignorados, como el del general Maceroni, título que le había dado el gobierno de Colombia. Después de prometer grandes triunfos estaba dispuesto a combatir en favor de España con un ejército que llevaría al continente y nunca pasó de su imaginación. Para ello, según el barón de Granier, era preciso que el gobierno español "le entregue un adelanto de cien mil piastras". Sabemos por el duque de Frías, en otra nota que descubrió el licenciado Ovalles, que Maceroni era bien conocido en España y que vivía ocultándose de los acreedores. Hombres como este se han hecho famosos en muchos paises americanos.

La enorme documentación reunida por el licenciado Ovalles nos demuestra que la lucha por la independencia de América era vieja en Europa como un campo magnífico para proyectos delirantes y, también, para ganancias seguras. Mientras las cancillerías pensaban conquistar Santo Domingo o Cuba o influir en el triunfo o derrota de los combatientes, una turba de aventureros, simples farsantes, embusteros y embaucadores, ofrecían triunfos seguros lo mismo a americanos que a españoles. Los ofrecimientos y los planes iban y venían. Los gobiernos tenían servicios de "inteligencia" muy rudimentarios, pero, gracias a los eternos delatores y agentes dobles, muchas cosas se sabían. El dinero hacía hablar a los que vivían de sus charlas. En medio de esta tragicomedia, las figuras del duque de Frías y de Zea se perfilan como las más serias y sensatas, incapaces de descender a las bajezas de otros personajes que ambulaban pidiendo dinero a cambio de traiciones. Uno de estos espías, que nos da a conocer el licenciado Ovalles, informaba, posiblemente el duque de Frías, que en Roterdam tomaría un buque que lo llevaría a Demerara "y desde este punto iré al encuentro de Bolívar". Por ello pedía "que prevenga usted a Morillo de que la persona en quien usted tiene depositada su confianza utilizará siempre la palabra Moscú, tanto al firmar las comunicaciones como en todas las demás ocasiones". Aconsejaba hacer "la prueba del fuego", pues iba a escribir con ácido y limón y utilizar principalmente los sobres para las cosas más importantes. Por ello había que acercar el papel al fuego.

El 30 de noviembre de 1820, el duque de Frías hizo saber a don Francisco Antonio Zea que el Ministerio de Fernando VII había considerado "absolutamente inadmisible" la base de las proposiciones "de reconciliación entre la España y sus provincias disidentes de Ultramar. El proyecto de Zea, la esperanza de una confederación hispanoamericana, se habían esfumado para siempre. Las expresiones de respeto, simpatía y amistad entre Frías y Zea

fueron muchas y sinceras. Zea contestó a la nota de Frías con palabras tristes y emocionadas. "He sentido vivamente -la dijo- y lamentaré toda mi vida que se haya malogrado la ocasión de establecer entre la España y la América independiente las únicas relaciones que puede ya saber entre "unos y otros pueblos, las de íntima amistad, libre comercio y una estrecha y firme confederación".

Los documentos reunidos por el licenciado Ovalles nos hacen saber que los intrigantes a influyentes no dejaron de ofrecer sus servicios a quien quisiera utilizarlos. A los españoles quedaban algunas ilusiones. Había que fomentar las rivalidades entre los jefes disidentes.Granier, Maceroni y otros buscadores de aventuras volvieron a poner sus ojos en Nápoles, donde se combatía por la libertad.

Austria había declarado la guerra a Nápoles. El mismo Maceroni reconocía que la causa de la justicia y de la libertad estaba más amenazada en Europa que en América, pues está asegurado su independencia. Maceroni estaba dispuesto a luchar en cualquier lugar donde le pagasen. El ministro inglés de relaciones exteriores lo llamaba "inmundo". Su esperanza, después de combatir en Nápoles, era volver a América para seguir actuando como general en Colombia. En esos momentos ofrecía al ministro de la guerra de Nápoles, Caracas, fusiles y cohetes para rechazar a los austríacos. Para ello exigía un crédito en Londres o en París. Repetía que Colombia no le había reembolsado el dinero que había gastado en comprar armas. El general conde Ludorf se había negado a recibirlo ni hablar con él. El ministro inglés aseguraba que Granier y Maceroni eran dos aventureros y "vale más tenerlos por enemigos que por amigos ..."

En América se elevaba el sol. El licenciado Ovalles nos trae las gacetas ingleses del día de diciembre de 1820 que hacían saber que la expedición chilena al mando de San Martín y Cochrane había desembarcado en Pisco. El duque de Frías escribía al ministro don Evaristo Pérez de Castro que el presidente Monroe, en su discurso en la apertura del Congreso de Washington, había declarado que los Estados Unidos debían reconocer muy pronto "la independencia de nuestras posesiones ultramarinas". Francia no perdía sus sueños de conquistar o cambiar Cuba por otras islas. Los reclutadores de jóvenes irlandeses estaban fracasando en sus empeños. San Martín y el virrey del Perú habían firmado un armisticio. Otro armisticio había habido entre Bolívar y Morillo. España perdía, palmo a palmo, sus dominios en América. Zea trataba de organizar nuevas expediciones de Europa a América. En junio de 1821, l duque de Frías comunicaba al ministro don Eusebio de Bardari que "Cartagena, Panamá, Portobelo, Coro y Quito estaban en grandes apuros, especialmente la primera plaza, mientras que San Martín, a consecuencia del bloqueo a que tiene reducida a Lima, y cuyo cerco va estrechando por tierra de día en día, se lisonjea de ser dueño en breve de aquella importante y casi última posesión de la España en la América Meridional". El fin del dominio español

en América estaba muy próximo. El 18 de julio de 1821, el ministro en Londres, Luis de Onís, comunicó a Eusebio de Bardari que, según los periódicos de Estados Unidos, la ciudad de Caracas había caído en poder de los insurgentes. En consecuencia, los españoles habían evacuado La Guayra y se habían retirado a Portobelo. El mismo Onís informaba que "el aventurero Cochrane" ejercía "piraterías" en la Mar del Sur. "El gobierno inglés ha manifestado que está ya cansado de las tropelías que ha cometido el expresado Cochrane y que ha dado orden a su almirante para que las haga cesar". Una escuadra inglesa y otra francesa habían salido con este propósito pero esas ayudas en nada favorecían la causa española. Los ingleses sólo protegían su comercio. Nada hacían "contra los corsarios insurgentes, aún cuando vean que nos destrozan y toman nuestras posesiones". Tampoco querían indisponerse con los gobiernos de Buenos Aires y de Chile y fomentaban su independencia. La escuadra francesa había apresado a algunos corsarios o piratas americanos y los había enviado a los Estados Unidos para que los juzgasen, pero no era creíble que se tomasen medidas contra ellos. Las cortes españolas hablaban con los diputados de las posesiones transatlánticas. Todo era inútil. El mundo veía que España estaba perdida y que las nuevas naciones americanas empezaban a tener una enorme influencia. Era preciso reconocer cuanto antes su independencia para ser naciones favorecidas.

La colección de documentos que el licenciado Lautaro Ovalles ha puesto en manos de los historiadores de Europa y América tiene más importancia para los primeros que para los segundos. Les enseña que Europa y la Santa Alianza nada pusieron hacer para impedir el triunfo del republicanismo en una parte del mundo y que las monarquías absolutas pronto serían sustituídas por las constitucionales. Lautaro Ovalles da una lección magistral con esta obra a los eminentes historiadores de Europa que tan poco saben de temas americanos e ignoran que fue América la fuerza política que cambió sus viejos destinos imponiéndoles constituciones que nunca habían imaginado.

Este libro del licenciado Lautaro Ovalles nos descubre un horizonte insospechado en los estudios históricos americanos. Son aspectos desconocidos de la política oculta de las cortes y de los ministerios. Sueños que habrían transformado la faz de la humanidad, propuestas locas de aventureros y políticos que buscaban ganancias fáciles y encumbramientos prodigiosos. Algunos llegaron a altas cumbres. Otros se esfumaron en las tinieblas. Y, por encima de este mundo tan complejo y oscuro, figuras de hombres providenciales que, en pocos años, cambiaron los destinos de América y de Europa. La historia ignorada que sustenta la historia bien conocida es descubierta en esta obra con aportes sensacionales. Podemos decir de este libro que ha sorprendido por sus revelaciones y que ha abierto puertas inesperadas a visiones que nos revelan una "pre" o "sub" historia que nunca habíamos intuído. Es la historia de las ideas que dan vida a los hechos históricos, que tanto se olvidan en el estudio

de nuestro pasado y por cuyos análisis tanto hemos escrito. No olvidemos que este libro nos coloca en un instante en que dos hombres, uno en América y otro en Europa, con una palabra, habrían podido crear la nación más poderosa de la historia humana, como había sido la de la gloriosa España, y que, por no pronunciarla, dejaron que América fuese como es. Fue un instante que tuvo una trascendencia única en nuestros orígenes y en el destino de Europa. Aquí está su secreto. Ahora sabemos qué fue. Por ello sentimos una fuerte emoción al felicitar a nuestro ilustre colega, el licenciado Lautaro Ovalles, que ha escrito este libro, y a la Academia Nacional de la Historia, de Venezuela, que lo ha editado para desvanecer la niebla que, desde siglos, ha envuelto nuestra historia americana.

CITAS

(1) JUAN BAUTISTA ALBERDI: Del Gobierno en Sud América según las miras de su revolución fundamental. 1867. Obras Selectas. Prólogo de Joaquín V. González. Edición La Facultad. Buenos Aires, 1920. Tomo XIII, págs. 61-62.

(2) JOSÉ MANUEL RESTREPO: Historia de la revolución de la República de Colombia. París, Librería Americana, 1827. Tomo I, pág. 6.

(3) JOSÉ MANUEL RESTREPO: Compendio de la Historia de Colombia. París, Librería Americana, 1833.

(4) RAFAEL MARÍA BARALT Y RAMÓN DIAZ: Resumen de la Historia de Venezuela desde el año 1797 hasta el de 1830. París, 1844.

(5) Colección de Documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú Simón Bolívar para servir a la historia de la independencia de Suraméricana. Caracas, Imprenta de Devisme hermanos. Calle de Orinoco Nº 140. 1826-16 (sic)

(6) El Marqués de Rojas, Simón Bolívar. París, 1883. IDEM. El General Miranda. París, 1884.

(7) Bolívar y San Martín. Análisis crítico-histórico de la carta del señor Pedro S. Lamas, argentino, al ilustre americano general Guzmán Blanco por el Pro. Enrique María Castro, en La opinión nacional. Caracas, Imprenta de La opinión nacional, 1885.

(8) DIEGO BARROS ARANA: Historia General de Chile. Santiago de Chile, 1886. Tomo VII (1887), pág. 355.

(9) BARTOLOMÉ MITRE: Obras Completas. Historia de Belgrano y de la Independencia argentina. Buenos Aires, 1940. Tomo VII, págs. 205-207.

(10) BARTOLOMÉ MITRE: Obras completas, Historia de San Martín y de la Emancipación Sud-Americana. Buenos Aires, 1938. Tomo I, págs. 102-104. La primera edición es de 1887 y la segunda de 1890. Nueve años antes, Mariano A. pelliza, en su "Dorrego en la historia de los partidos unitario y federal. Buenos Aires, 1878, escribió: "San Martín y Alvear, que habían sido afiliados en las sociedades secretas establecidas en Europa por el general Francisco de Miranda, para trabajar por la emancipación de la América española ..." Y así, otros autores. Difícil es precisar quién fue el primero en difundir esta creencia.

(11) IDEM. Tomo I, págs. 165-166.

(12) JULES MANCINI: Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815. Traducción del francés de Carlos Docteur. París, 1914.

(13) CARLOS NAVARRO Y MAMARCA: Compendio de la Historia General de América. Prólogo de Eduardo de Hinojosa. Angel Estrada y Compañía, Editores. Buenos Aires, 1913. Tomo II, págs. 551-552, 570-571, 573, 574, 575.

(14) ANTONIO R. ZUÑIGA: La Logia Lautaro y la Independencia de América. Edición oficial de la masonería argentina del Rito Esoces Antiguo y aceptado y es propiedad de ella. Buenos Aires, 1922.

(15) C. PARRA PEREZ: Historia de la Primera República de Venezuela. Tipografía Americana. Caracas, 1939. tomo I.

(16) LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: Breve Historia de América. Ediciones Coli. México. D.F. 1944.

(17) CÉSAR JARAMILLO PÉREZ: Resumen de Historia de América. Editorial La Salle. Quito, Ecuador, 1950.

(18) MARÍA DEL CARMEN VELÁZQUEZ: México, Centroamérica y Antillas. Programa de Historia de América de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, 1953.

(19) AMÉRICO JACOBINA LACOMBE: Brasil. Programa de Historia de América. Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, 1956.

(20) EUGENIO ORREGO VICUÑA: O'Higgins, vida y tiempo. Editorial Losada, Buenos Aires, 1946, páginas 61-62.

(21) FABIÁN ONSARI: San Martín, La Logia Lautaro y la Francmasonería. Avellaneda, Argentina, 1951, página 35.

(22) MARGARET H. HARRISON: Capitán de América. Vida de José de San Martín. Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1943.

(23) A. TENORIO DE ALBUQUERQUE: Libertadores de América. A maconaria e a emancipaçao dos povos americanos. Ed. "O Malhete". Sao Paulo (sin año, posiblemente 1962).

(24) CARLOS ALBERTO ERRO: Significado y proyección histórica de nuestra emancipación, en El Territorio.Posadas, Misiones, 3 de julio de 1966, página 2. Dice: "En 1812 había ocurrido un suceso harto importante. A bordo de la fragata Canning llegaron San Martín, Alvear y Zapiola, quienes integrarían la Logia Lautaro, inspirada en las ideas de Francisco de Miranda, el ilustre venezolano, máximo adalid de la independencia americana...". Olvida a Holmberg.

(25) A. J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, IRENE CALBO, MARÍA ROSA MATEOS, AURORA RAVINI: Contenidos americanos de la declaración de Tucumán, en Academia Nacional de la Historia, Cuarto Congreso Internacional de Historia Americana. Buenos Aires, 1966, Tomo III. En la página 91 dicen: "Al fin, el 24 de marzo de 1816, se iniciaron las sesiones.... La actividad de la Logia Lautaro, a la que pertenecía buen número de diputados, fué incesante. Imbuídos de los ideales de la Gran Reunión Americana, los lautarinos propiciaban la unidad política continental". Donde la fantasía del profesor Pérez Amuchástegui alcanza su máximo esplendor es en este otro párrafo del libro que escribió en colaboración con el profesor Fernando L. Sabsay: "La preparación de prosélitos se hacía en Londres, bajo la dirección de Miranda, en la organización llamada Caballeros Racionales o, seguramente, Logia Lautaro; hacia 1798 O'Higgins -uno de los discípulos predilectos de Miranda- pasó a Gibraltar y fundó allí la Gran Reunión Americana, germen de los propagandistas de la independencia que actuaba en España e Indias." (La sociedad argentina. Génesis del Estado Argentino, Buenos Aires, 1973, pág. 33). No nos extrañemos si aún acepta leyendas como la siguiente, hasta desterrada de los manuales escolares: "El obispo Lué manifestó que...mientras quedara un español en alguna parte de América, ése debería tomar el mando, que sólo podría recaer en los hijos del país cuando no hubiera más españoles" (Ob. cit. pág. 49).

(26) JAIME CAÑÁS: Qué hicieron los agentes secretos en el Río de la Plata, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1970. En la página 91 dice: "Las primeras sociedades, que establecieron sus centros de dirección en Inglaterra y España, tuvieron su orígen en una asociación que con aquel objeto fundó en Londres, a fines del siglo XVIII, el célebre y nunca bien comprendido don Francisco de Miranda. Para cooperar con este grupo, constituyóse una vasta sociedad secreta, integrada exclusivamente por americanos criollos. Dicha sociedad se extendió por España como un reguero de pólvora bajo el nombre de Sociedad Lautaro o Caballeros de la Razón. En Londres se hallaba el cerebro, una especie de Gran Oriente, pues a los británicos les interesaba apoyar toda agrupación que fuera contra los intereses de la corona hispana.

Además, desde esta ciudad se mantenían comunicaciones marítimas con todos los centros urbanos y puertos de la América Hispana". Sería muy útil que alguien probara el apoyo de Gran Bretaña a todo lo que fuera contra los intereses de la corona hispana.

(27) ANÍBAL A. ROTTJER: La Masonería en la Argentina y en el mundo, Buenos Aires, 1957. IV edición, 1973.

(28) AMÉRICO CARNICELLI: La Masonería en la Independencia de América, Bogotá, 1970 (Apartado Aéreo 3491, Bogotá). Dos tomos.

(29) AMADEO BAEZ ALLENDE: La Masonería paraguaya a través de sus hombres (Diez presidentes y tres vicepresidentes masones de la República del Paraguay), Asunción, 1970.

(30) JAIME EYZAGUIRRE: O'Higgins, Santiago de Chile, 1946. (No obstante, el erudito y fino estudioso que fue Eyzaguirre tiene el mérito de haber entrevisto la inexistencia de la fantástica Logia de Londres, fundada por Miranda, y lo dijo, sin sospechar su trascendencia, en su atrayente libro La Logia Lautarina, Editorial Francisco de Aguirre, S.A. Buenos Aires, Santiago de Chile, 1973).

(31) FERNANDO PINTO LAGARRIGUE: La masonería y su influencia en Chile. Editorial Orbe, Santiago de Chile, IV edición complementada, 1973.

(32) BENJAMÍN OVIEDO: La Masonería en Chile, Santiago de Chile, 1929.

(33) RENÉ GARCÍA VALENZUELA: Contribución al estudio de la historia del Supremo Consejo de Chile, Santiago de Chile, 1969.

(34) Reacción por un ataque a San Martín, en La Nación. Buenos Aires, 27 de mayo de 1974, página 2, columnas 6 y 7.

(35) ABRAHAM SCHEPS: Monteagudo y el Congreso de Panamá, en La Nación. Buenos Aires, domingo, 30 de mayo de 1976. Suplemento literario, página 4. No seguimos con los autores que han insistido en estos conceptos. Federico Ibarguren, en Así fue Mayo (Buenos Aires, 1966, pág. 117) habla, como todos, de "la Sociedad de Lautaro o Caballeros Racionales, que era filial de la Gran Reunión Americana, creada en Londres por Francisco Miranda".

(36) Carlos Pereyra: Breve Historia de América. Empresa Editora Zig-Zag, Santiago de Chile, 1938.

(37) José de la Cruz Herrera: Bolívar, forjador de la libertad. Ediciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Caracas, Imprenta Nacional, 1957.

(38) José Pacífico Otero: Historia del Libertador don José de San Martín. Tomo primero. El Capitán de los Andes. Buenos Aires. Depositarios: Cabaut y Cía. 1932. Página 191.

(39) WILLIAM SPENCE ROBERTSON: La Vida de Miranda, en IIº Congreso Internacional de Historia de América. Traducción del original de Julio E. Payro. Buenos Aires, 1938. Tomo IV.

(40) ENRIQUE DE GANDÍA: Historia de las ideas políticas en la Argentina. Tomo V. Las ideas políticas de la independencia americana. Capítulo XLIII. Las ideas políticas de Bernado O'Higgins. Buenos Aires, 1968.

(41) MANUEL GÁLVEZ: Don Francisco de Miranda: el más universal de los americanos. Biografía. Buenos Aires, 1946. Páginas 294-297.

(42) GABIÁN ONSARI: San Martín, la Logia Lautaro y la Francmasonería. Avellaneda, 1951.

(43) MIGUEL BATLLORI: El abate Vizcardo. Historia y mito de la intervención de los jesuitas en la independencia de Hispanoamérica. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Comisión de Historia. Comité de Orígenes de la Emancipación. Caracas, 1953.

(44) JULES MANCINI: Bolívar et l'emancipation des colonies espagnoles des origenes a 1815. París, 1912.

(45) C. K. WEBSTER: Britanian and the Independence of Latin American, 1812-1830. London, New York, Toronto, Oxford University Press, 1958.

(46) LOUIS DEPEROU: Noticia histórica sobre el general Miranda, sus proyectos de emancipación de la América del Sud y el papel que Inglaterra debía desempeñar. París, 1800 (En francés). Publicada por Batllori en el Apéndice a su obra, páginas 285-293.

(47) CAYETANO ALCAZAR MOLINA: Los hombres del reinado de Carlos III. D. Pablo de Olavide (El colonizador de Sierra Morena). Madrid, 1927.

(48) EDUARDO NUÑEZ: El prócer Olavide en Alemania, en La Nación. Buenos Aires, domingo, 22 de agoisto de 1965. Suplemento literario, pág. 1.

(49) MARCELÍN DEFOURNEAUX: Pablo de Olavide ou l'Afrancesado (1725-1803). Presses Universitaires de France. París, 1959.

(50). DIDEROT (DENIS): Don Pablo Olavidés, précis historique rédigé sur des mémoires fournis a M. Diderot par un Espagnol, en Oeuvres complétes de Diderot, edición Assézat, Tomo VI, páginas 467-472.

(51) MANUEL IZQUIERDO HERNÁNDEZ: Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII. Ediciones de Cultura Hispánica. Madrid, 1963.

(52) Academia Chilena de la Historia, Boletín. Santiago de Chile, semestre de 1960. Año XXVII, Número 63.

(53) ENRIQUE DE GANDÍA: Mariano Moreno: su pensamiento político. Editorial Pleamar. Buenos Aires, 1968, páginas 111-118.

(54) JUNTA DE HISTORIA Y NUMISMÁTICA AMERICANA: Gazeta de Buenos Ayres, Reimpresión facsimilar. Buenos Aires, 1910. Tomo IV, página 690, nota. Gazata correspondiente al sábado, 23 de noviembre de 1816.

(55) PEDRO TORRES LANZAS: Independencia de América. Fuentes para su estudio. Catálogo de documentos conservados en el Archivo General de Indias de Sevilla. Primera Serie. Madrid, 1918, Tomo III, página 111, número 3.310.

(56) MARTÍN V. LAZCANO: Las sociedades secretas, políticas y masónicas en Buenos Aires. Buenos Aires, 1927.

(57) Símbolo, revista editada por Editorial Símbolo, Cangallo 1242, dirigida por Alcibíades Lappas. Buenos Aires, junio 1970. Año XXIV, números 71-72, San Martín, el Hombre de las Logias, páginas 186-192.

(58) JOSÉ IGNACIO YANI, PRESBÍTERO: Algo sobre Entre Ríos y su primer diputado Doctor Ramón Eduardo Anchoris con motivo del centenario de la incorporación de éste a la Asamblea Nacional Constituyente el día 22 de Abril de 1813 (exigua colaboración al estudio de la historia patria). Buenos Aires, 1913. Es uno de los pocos y más completos trabajos publicados sobre Anchoris. Era sacerdote y masón. Pascual de Mendiburu, en su Diccionario biográfico del Perú, dice que fue arrestado el 18 de setiembre de 1810 por conspirar con otros americanos y enviado a Cádiz, donde estuvo preso en una fortaleza y conoció s San Martín "y a la sociedad secreta que presidía el veenzolano Miranda". Y cita a Paz Soldán, Historia del Perú independiente, Tomo I, pág. 270. Sabemos que es exacto que haya sido conspirador y masón y haya estado preso en la fortaleza donde estuvo también el edecán del mariscal Víctor. La fantasía es lo de Miranda presidente de la sociedad secreta de Cádiz. Anchoris salió del Callao en la fragata Archiduque Carlos, el 28 de julio de 1811. Monteagudo fue su gran

enemigo. Nació en Buenos Aires, el 13 de octubre de 1795. Estudió en el Colegio de San Carlos y teología en la Universidad de Charcas, donde se doctoró. Poco se sabe de su actuación sacerdotal. Representó a Entre Ríos en la Asamblea de 1813.

(59) GREGORIO F. RODRÍGUEZ: Historia de Alvear. Buenos Aires, 1913, Tomo I, páginas 60-64.

(60) IDEM, páginas 63, 64, 65.

(61) ENRIQUE DE GANDÍA: Primeros ideales políticos del general San Martín en Anales de la Sociedad Científica Argentina. Buenos Aires, 1949, Tomo CXLVIII, entrega VI, y Tomo CXLIX, entregas I y II.

(62) Las cartas de Castilla y de Staples hállanse originales en el Foreing Office, de Londres. Una copia se encuentra en el Archivo General de la Nación Argentina, División Nacional, Sección Gobierno (Gran Bretaña. Copias de documentos del Archivo de Londres. Donación de la Sucesión Luis y Carlos Domínguez. Portugal. Brasil. Lord Strangford, 1808-1815. S.I.C. 4, Nº 3). También hay una traducción en el Archivo General de Indias, de Sevilla. Sección IX. Estado. América general. Legajo 13. Fue remitida desde Londres al gobierno español por el embajador español Fernán Nuñez a Ignacio de la Pezuela, el 26 de agosto de 1812. El embajador la obtuvo del vizconde de Castlereagh. Dejamos constancia que nosotros fuimos los primeros historiadores que dimos a conocer estos documentos. Tiempo después, otros historiadores los han reproducido o hecho venir de Londres otras copias sin tener la cortesía de reconocer nuestro hallazgo.

(63) ENRIQUE DE GANDÍA: San Martín: su pensamiento político. Ediciones Pleamar. Buenos Aires, 1964, páginas 11-18.